

LUIS DURAND

# UN AMOR



Zig-Zag

# U N A M O R

por Luis Durand.

La obra literaria de Luis Durand abarca aproximadamente un cuarto de siglo, desde que en 1927 publicó su primer libro, "La Chabela", al cual siguió poco después "Mal de Amor", aparecida en 1928.

Posteriormente, la obra de Luis Durand puede clasificarse así:

Libros de cuentos: "Tierra de Pellines", "Campesinos", "Cielos del Sur", "Mi Amigo Pidén", "Casa de la Infancia" y "Sietecuentos".

Novelas: "Piedra que Rueda", "Mercedes Urizar", "El Primer Hijo", "La Noche en el Camino" y "Frontera".

Memorias: "Gente de mi Tiempo".

Ensayo: "Presencia de Chile".

Biografía: "Don Arturo".

En esa caudalosa obra, escrita sólo desde los treinta y cuatro años de edad, Luis Durand demuestra ser, por encima de todo, un magnífico pintor de la vida rural chilena y un extraordinario intérprete del hombre de campo. El huaso, sus malicias, sus sentencias, sus grandezas y sus miserias encuentran en el cuentista y en el novelista un relator admirable. Es que Durand tiene también alma de campesino, de huaso, y así puede escribir concienzudamente sobre lo que ha vivido, sentido y amado.

Al atardecer de la vida, Luis Durand incursiona en el ambiente de la ciudad. "Un Amor" es la obra póstuma —aunque inconclusa— de aquél, y a lo largo de sus páginas se revelan una aguda observación social y una desconcertante obsesión sensualista. "Es una novela abrupta, cruda, desequilibrada, angustiosa", según la cabal expresión del escritor Luis Merino Reyes.

Empresa Editora Zig-Zag

Portada de Daniel Marshall

UN AMOR

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

(C) Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A. 1957  
Derechos reservados.  
Inscripción N.º 19258.  
Santiago de Chile.  
1957.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

31191

L U I S   D U R A N D

U N   A M O R



---

Z I G   -   Z A G

Portada de  
DANIEL MARSHALL

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CENTRAL

Visión de Imp. y Bib.

14 AGO 1957

Depósito legal

## Luis Durand

¿COMO envolver a quien fuera todo espontaneidad, vida pura a flor de piel, en un lenguaje circunstancial? Su existencia generosa, que tuve el privilegio de conocer en la intimidad, estaba hecha por las más frescas reacciones y por una astucia también visible, que le servía para guarecer la delicadeza de su ánimo. Nadie más inerte que Luis Durand, menos aguerrido para soportar las inevitables enemistades. Siempre se me ocurrió compararlo con un molusco que anduviera sin caparazón. Protegía mal una condición anímica hipersensible, una naturaleza que le llevaba a entregar, a la carilla escrita, multitud de matices, de facetas, de pequeñas reacciones, de goces infantiles, que en la vida real le obligaban a detener su marcha y a apoyarse en su bastón. Poseía, y como derivada de esta condición, la aptitud de captar en el prójimo los insignificantes impulsos, a veces, para dicha suya, de amistad fraternal; con frecuencia, de mezquindad, de cobardía, de abrupta sordidez. La amistad no era para él ejercicio basado en el saludo fugaz ni en la carta de protesta afectiva. Una impulsión le unía al amigo a quien estimaba y perseguía en su recuerdo, analizándolo en su obra si era escritor como él, en los rasgos grafológicos de su letra, en la metamorfosis de su rostro si era su invitado o su anfitrión, en el distanciamiento o en la frecuencia de la persona querida. Tentó, de este modo, ami-

gos dispares, que sin ese punto de reunión y convergencia no habrían podido convivir en forma tan natural y digna. Si la incomprensión o la riña separaba a sus amigos dilectos, él sufría, trataba de ocultar las mutuas expansiones, anheloso por lograr, de nuevo, el brote de esa flor maravillosa, de ese pan amable y tibio que era para él la amistad. Era fiel con sus amigos y sabía descubrir en el adversario el nervio, la llaga de sus flaquezas, de suerte que su calificación desdeñosa sacaba sangre, corría por los vericuetos resonantes de nuestro ámbito literario y le creaba una atmósfera hostil.

Esta naturaleza hipersensible, este campesino sin la tosquedad del campesino, este hombre blanco, de cuerpo desvellado, sin el equívoco del femenino, guardaba de su infancia, de su mocedad, de su juventud, hasta de su madurez, recuerdos tristes. Sólo permanecía como oasis de dulzura la evocación de su madre. Cuando ella le enviaba donde las vecinas a buscar una novela, o le narraba cuentos o le servía las sabrosas comidas del Sur. Porque había en Luis Durand un sibarita y un devorante, un ávido de dichas periféricas e íntimas, un ser epicúreo con absoluta conciencia de que entre el renuncio al goce, por inconformidad con el mundo externo, y el goce pleno, es preferible afrontar el mundo hostil en busca del goce, impulso primario del hombre y de la multitud. Tal vez así puede esbozarse una explicación a su hábito medular de novelista, sin un ambiente propicio que le hubiera modelado su afición, sin un influjo literario oportuno. El cielo, las aguas, los animales, las flores y los pájaros, la selva perfumada, el amor a las mujeres campesinas, le llevaron a prolongar el goce de la contemplación y también a rectificar la realidad contraria, suprimiendo aristas, marcando el color o el arabesco. No es otro el secreto del escritor. Su gestación de artista puro, auténtico, inconfundible, explica que en los comienzos narrara sus cuentos, de viva voz, a huasos y campesinos y que después los escribiera, en cuadernos cosidos a mano, guiado por un impulso silvestre de recopilador. Toda su literatura está impresa por este sello, por esta tibieza de matriz húmeda, incluso aquella en que pretendió ser ensayista, orador, cronista cotidiano. En Luis Durand hay, sobre toda otra aptitud, un cuentista y un novelista. Su existencia total, de día y de noche, en el ajetreo de sus actividades y en la pausa onírica del reposo, está fijada por la pasión narradora. Andar con



él era ir envuelto en un conjunto de cuentos alegres y tristes, de anécdotas heroicas y depresivas, de chascarros picantes, que constituían los entremeses de una novela oceánica, la cual sólo podría extinguirse con su muerte. Así conozco Traiguén sin haber ido nunca a ese pueblo; veo a los amigos de su madre; veo a su padre, un personaje fabuloso y aventurero, que un día le acarició la cabeza y otra vez le causó un agravio; siento la lluvia sureña y percibo el cielo lavado y transparente; le veo en una riña con látigo y en una peligrosa andanza de amor. Había un viejo que tenía una hija muy buena moza, y al imponerse de que el futuro autor de "Frontera" la asediaba, lo insultó y lo desafió a pelear. Durand sabía, eso sí, hasta en sus últimos años, plantarse duramente en la vara, como un macho con responsabilidad ante sí mismo y su raza. El galán se armó de un látigo con argolla, y el padre burlado, de una vara de luma. "Por suerte —me explicaba— yo iba con sombrero; de todas maneras, sentí, de pronto, que me corría la sangre. El mutuo cansancio finalizó la riña. "Eres hombre", me dijo el viejo... Pero fíjese usted —me agregó el narrador, como si mostrara el entretelón de la escena—, me fui a una acequia, introduje la cabeza en el agua y después me senté a llorar a sollozos." He aquí otra clave de su idiosincrasia, un detalle que aclara la indole de su relación afectiva, bárbara, en la amistad y en la enemistad, en el impulso que llegaba al derroche extremo y en el odio sordo y frío, de varón sin lágrimas. "Los rotos me iban a pedir vino cuando yo administraba aquel fundo. Llegaban muy mimosos, hablándome "chiquito"; después, con el vino en la cabeza, se convertían en unas bestias, en unas fieras; yo tenía que montar en mi caballo y echarlos a pencazos." Llegó uno, cierta vez, pequeño, moreno, insignificante, y con cualquier pretexto aceptó el desafío de un matón muy creído de su invencibilidad. El David criollo lo derribó de un puñetazo y golpeó a cinco más. Una de las últimas víctimas que se engañaron con la apariencia del roto esmirriado, un muchacho macizo, hijo del capataz, al verse perdido, se volvió hacia el administrador y le dijo suplicante: "Don Lucho, mire lo que hace este canalla..." El rasgo de cobardía causó asco a don Lucho, su parte sentimental se mantuvo inmovible, sintió repugnancia a la fealdad moral, a la pérdida de esa línea decorosa que busca, hasta en los actos más triviales, el artista. Una noche, venía el ad-

ministrador Durand del interior de un potrero, y cuando abría la puerta, se encontró con el afuerino. "—¿Cómo te va?", le dije sin inmutarme; es claro que con mi revólver afianzado debajo de la manta. "—Buenas noches, don Lucho", replicó con humildad. "—¿Y qué te pasó el otro día, que estabas como una bestia?" "—Son cosas del trago, don Lucho, perdón..."

El lenguaje vivencial, la seguridad mutua de que ninguno de los dos, en un caso de paroxismo furioso, iba a ceder, tuvo la virtud de anularlos, incluso de unirlos en un diálogo jerarquizado. Había otros, en cambio, a los cuales no les gustaba pelear, eran unos hombres altos, de rostros blancos y hermosos. "—¿Tal vez por narcisismo, por miedo de que les rompieran la cara?", pregunté yo. "—Por eso tiene que haber sido", respondió don Lucho.

Las doctrinas psicoanalíticas, los complejos que mueven a los personajes trágicos, se mostraban vivos, gesticulantes, en su habla, sin la más remota sombra pedantesca. "Quizás, así será", replicaba socarrón, si uno le deslizaba un término en boga.

Imperceptiblemente, nos hemos dejado dominar por sus hábitos, y ahora estas líneas emocionadas adoptan un tono de conseja, de anécdota colorida. Tratemos de salvarnos de su influjo. Poseía, además, Luis Durand, una curiosidad natural irresistible. Si oía celebrar una novela, salía a buscarla en seguida, cualquiera que fuera su precio. No pudo, éso sí, leer ciertas obras. El "Ulises", de James Joyce, fue expulsado con violencia por sus manos blancas y gordas. Nietzsche, Spengler, Marx pudieron erguirse en su biblioteca, pero jamás complicaron la simplicidad candorosa, lírica, de su mundo íntimo. En cambio, tenía una vasta cultura novelística, había leído a los óptimos narradores europeos, y era difícil sorprenderlo con un hallazgo de esta clase. "Leí un cuento de Horacio Quiroga —le dije cierta vez—. Hay un hombre que va en una barca y sufre la mordedura de un bicho venenoso; muere sobre su embarcación a la deriva." El había leído a Quiroga hacía tiempo; pero buscó de nuevo el tomo hasta ubicarlo, y entonces comentamos las diferencias absolutas existentes entre el relato del uruguayo y su famoso cuento "La Picada", original, personalísimo. "A propósito —me expresó—. Una vez me escribió Quiroga, con motivo de

la publicación de uno de sus libros de cuentos, una carta muy afectuosa y linda."

Su repercusión en el extranjero era totalmente ajena a su voluntad. Alguien descubrió que en la Argentina un sujeto había publicado más de alguno de sus cuentos robándoles la firma, y el hecho le causó risa. Quizás si sonrió con el mismo resplandor que iluminó la barbilla del Manco de Lepanto al imponerse de las andanzas del Quijote de Avellaneda. Nada más distante que Luis Durand de esos escritores empresarios que hacen circular sus mensajes egolátricos desde el Estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos. En esa intimidad críptica que es la redacción de una revista, vimos llegar, más de una vez, un comentario elogioso que algún autor desesperado, pálido por la falta de oxígeno con antimonio que producen las letras impresas, hacía sobre sí mismo, acerca de su talento original, de sus obras. El escuchaba mi explosión de protesta y reía; aceptaba la flaqueza humana sin inmutarse, capaz de valorizar otros acentos de esa personalidad sorprendida en mala postura. Tanta era su falta de interés por proyectarse hacia el exterior o por imitar los métodos de propaganda que veía en otros, que en más de una ocasión dejó esperando al representante de alguna editorial foránea poderosa, interesado por contratar sus obras. Ese amor a los suyos, a sus amigos, a sus restaurantes y aceras metropolitanas, ayuda a comprender su anhelo, a veces muy visible y siempre recóndito, por recibir el Premio Nacional de Literatura. Pero no vamos a hablar de ello en homenaje a su memoria, dispuestos a no aventar esa llama que es el recuerdo de un amigo, cuando empiezan a disiparse las circunstancias de su vida y sólo resaltan los grandes rasgos, aquellos que modelan una imagen rectificadada por nuestra memoria y por su nobleza íntima, no siempre descubierta. Es preferible recordarlo en la plenitud de su esfuerzo creador, en esos momentos de éxtasis pleno que tiene el artista, sin otra alternativa que el ascenso a la cima y el descenso hastiado. Nosotros le vimos escribir "Guau-Guau y sus Amigos" y "Frontera". La primorosa novelita infantil la entregó a la Editorial Rapa-Nui, con su tinta fresca, como un vibrante dibujo animado en que el color y el habla de los animales, el rumor de aguas y el viento, parecen brotar de la carilla impresa. La escribió como si jugara, en muy poco tiempo. Usaba unas hojas de papel fino, como su

jabón y las esencias perfumadas que vertía en sus pañuelos. Allí deslizaba su letra caligráfica, de pequeño y grácil rasgo. Si estaba en vena, las carillas de un block y de numerosos mazos de papel no permanecían largo tiempo en blanco. "Frontera" la escribió en Santiago, en Quilpué y en Llole, entre 1947 y 1948, sin grandes pausas, tan identificado con su tema y sus personajes, que se sentía dominado por más de uno de ellos. Así le sucedió con doña Adolfin, viento colado en la mayoría de sus páginas. Cuando iba a rematar esta densa novela, me escribió desde Llole, y me dijo que estaba triste, pues la obra alcanzaba a su fin y el protagonista, Anselmo Mendoza, iba a morir. El día en que describió la muerte de Anselmo, asesinado por unos bandidos, él lloró su fin y es seguro que estuvo insomne, con la garganta comprimida por la pena. Porque al escribir de Luis Durand hay que hablar de "pena" y de "lágrimas", sin rubor viril por las lágrimas. La novela fue entregada al copista y de allí volvió a sus manos para efectuarle algunas correcciones, entre denuestos castizos, si no le habían entendido algunos nombres de plantas y de pájaros. Después pasó a la imprenta. Es su obra cumbre, una epopeya, un himno de vida y de color, donde accionan su plasticidad para imitar el lenguaje campesino, su gracejo cruel, su captación poética del ambiente. "Frontera", exaltada por la crítica y el público, le convirtió en best seller y le produjo una dicha que sólo empañaba alguna reticencia habitual entre camaradas de oficio. Un día resolvieron hacerlo hijo ilustre de Traiguén. De allá me escribió, el 6 de diciembre de 1949, el párrafo que transcribo: "Este trabajito de hijo ilustre es bastante embromado, le diré. Porque no ha cesado desde el momento en que llegué a la estación. Discursos he dicho más que si fuera candidato a diputado. Y luego ha sido necesario cantar himnos rotarios..." Poseía también una disposición natural para zafarse de las arremetidas de los pedantes. Alguien lo detuvo en la calle para reclamarle por la calidad de algunos artículos publicados en la revista "Atenea". "Si, es verdad —replicó humildemente—; pero usted sabe que errare humanum est", como dijo el pato cuando se apartó de la gallina."

Después, no todo fue alegre, la obsesión que lo minaba, por su error de valorizar el localismo de nuestro ambiente o por considerarse burlado en su astucia de huaso, empezó a producirle un progresivo adelgazamiento, un color ceroso en

su rostro. "—¿Usted encuentra que estoy pálido?" "—Está bien, don Lucho. Un amigo mío estaba enfermo y los médicos le diagnosticaron dolencias terribles, pero le visitó un preparador de caballos, porque mi amigo era hípico, y a la primera ojeada, exclamó: "¡Qué va a estar tísico, señor, si tiene las orejas coloradas!" Luis Durand sacó de su bolsillo un espejito con respaldo de oro, y luego de observarse cauteloso, preguntó: "—Mis orejas todavía están coloradas, ¿no es cierto?"

En estas condiciones precarias de salud, cuando ya se presentaban las auras del fin, inició su última novela, "Un Amor", que ahora se publica en calidad de obra póstuma, tal como él la dejó, con una nota explicativa en la última página. Luis Durand ha de haber experimentado, al avanzar por las nutridas páginas de esta novela, el desasosiego del autor que presiente la muerte y quiere extender, al mismo tiempo, el hondo testimonio de su vida. El novelista partió a Quilpué a finalizar su obra. Algunos lo vieron irse, en un mediodía de septiembre, cargado de maletas, de papeles y de libros. La última página de "Un Amor" está fechada el 30 de septiembre de 1954, o sea, once días antes de su muerte. Los amigos que visitaron al escritor en su retiro, poco antes de que el agravamiento de su enfermedad obligara a sus deudos a traerlo a la capital, lo descubrieron maltrecho y entristecido. Sumaba a la soledad física una desconsoladora soledad moral. Ese ánimo se advierte desde las primeras páginas de esta novela, escrita, probablemente, en el término de un año y que, según nos parece, el novelista no alcanzó a leer en su totalidad. Quizás si así pudiera explicarse la angustia de apoyo femenino que experimenta el protagonista, Juan Alsina, a través de todas sus páginas. La mujer es el último puerto de recalada de las naturalezas hipersensibles que no logran armonizar la intensidad de sus impresiones con la amistad aplomada y viril. Mediante la historia de su protagonista, subyugado por el amor de una mujer y distraído con los amoríos furtivos que le proporcionan otras, Luis Durand retrata la tragedia de una naturaleza muy poco urbana, sumida en el rigor de la urbe, siempre en trance de añorar un pasado tierno, con las amplitudes de la campiña, o intuir un futuro placentero que viniera a compensar, con el éxito, los esfuerzos y sinsabores de toda una vida.

La sociedad que nos presenta Durand es un núcleo nue-

vo, integrado por personas hechas en el trabajo y que tal vez en una generación anterior se enfrentaban con la faena manual, como artesanos o trabajadores de la pampa. Sus mujeres, en su mayoría, tienen aún el recuerdo fresco del pequeño comercio donde ayudaban a sus padres en la dura y monótona tarea de atender el mostrador. De este modo, puede explicarse su tránsito brusco hacia los goces que proporciona el dinero; su avidez de lujos y placeres, sin que, a pesar de ello, dejen de mostrar los indicios de la angustia primitiva. Son mujeres que buscan también la cultura como un símbolo de aristocracia y poderío; pero esta capacidad cultural, esta actitud lectora de libros a la moda, se traduce, como es de suponer, en snobismo. En otro plano, la nueva sociedad, que carece de reservas morales y de tradiciones, experimenta más bien el hambre original, propia de su ascenso, y se lanza al amor físico, sin grandes regateos, como si en esa conducta descubriera también la prueba de su poder, de su albedrío. Las rebeldías de Luis Durand se amoldan por ese cauce; su protagonista Juan Alsina y las mujeres que lo rodean hacen continua mofa del amor conyugal, delatando que sienten en él la fijación de una arcaica sociedad decadente, cuyo rebrote quiere sumirse con gula en el placer. Guiados por este planteamiento, podríamos comprender y absolver muchas crudezas de esta obra póstuma de Luis Durand; de esta novela que se desarrolla en la ciudad, al revés de sus anteriores producciones campesinas, y que, a veces, y sólo por instantes, parece rebasar los cercos rígidos de la construcción urbana y fugarse hacia las quebradas sonoras donde todavía hay cabreros y posadas rústicas.

Juan Alsina, hombre en el filo de la cincuentena, sólo piensa en la mujer. Es un abogado y un pintor en horas libres, pero el curso de su vida está determinado por su avidez sensual. La mujer es el paisaje en esta novela póstuma de Luis Durand; en ella se refugia el protagonista y pretende saciar su sed física y espiritual; hacia ella van sus confidencias y busca extraer de ella misma el mayor acopio de infidencias, algunas bastante escabrosas, como un verdadero confesor. No tiene otra escapatoria Juan Alsina, abogado de pocos pleitos, pintor dominguero, a quien, más que en el ejercicio de su profesión o de su arte, vemos en plan de amador infatigable. Juan Alsina es un gozador completo de los placeres de la gula y del amor sensual, y la novela adquire

sus ámbitos más tensos en reuniones humanas donde se come o se juega, o en la intimidad traslúcida de la alcoba. Tal vez en ningún libro como en un manuscrito póstumo pueden apreciarse mejor las dificultades del ajetreo artístico, las inseguridades que detienen y varían la ruta trazada por el autor en la concepción ideal de su obra. Todo está sujeto a la dificultad de una forma, a la limpidez u obscuridad de un lenguaje; pero existe también una tensión, un ánimo subconsciente que alumbraba la mano del novelista mientras escribe y es adivinado por la sensibilidad del lector, libre de prejuicios literarios, cuando lee. Es lo que ocurrirá con esta novela abrupta, cruda, desequilibrada, angustiada, de Luis Durand.

El novelista habría deseado una muerte en pleno trabajo, y recordaba a Joseph Conrad, que murió con la frente vencida sobre sus cuartillas. Su vigorosa contextura estaba roída, pero el laborioso infatigable siguió su faena, a pesar de todas las dificultades y quebrantos. Con esa intuición salvaje que tienen los escritores y poetas, más de alguno presagió su fin e incluso señaló un mal cuya mención le causaba horror. Una adivina le anunció que en el año 1954 ocurriría un acontecimiento grandioso que lo situaría en la primera plana de la actualidad. Bien sabemos que el suceso ocurrió, pero él pensaba en otro acontecimiento que fue, en cierto modo, su obsesión. Como ser profundamente intuitivo, dueño de una riqueza psicológica extraordinaria, presintió su muerte con antelación y la lloró muchas veces. En la noche del 31 de diciembre de 1953, estuvimos con él en un bar céntrico. Habló muy poco, parecía ofendido con nuestra normalidad, con nuestro inseguro optimismo. Tal vez no supimos comprenderlo. Cuando una persona querida ya no existe, uno empieza a recoger el hilo del tiempo y a lamentar los olvidos, las indiferencias, la incompreensión con que el engranaje inexorable de la vida nos desgasta. En otra oportunidad, en un lapso de buen humor, martirizado por sus dolores, dijo: "Creo que en muy poco tiempo más estaréis de pie frente a mi urna, pronunciando el más estilizado de vuestros discursos". Su socarronería latente, su astucia segura de la calidad del afecto que él mismo desataba, le hacía insinuar una actitud literaria en una hora de boca enmudecida y de tinieblas interiores. Después, siguió el aján de vivir, sea en las páginas de su novela, sea en la charla

amistosa o en la esperanza sentimental. ¡No sabía existir de otro modo!

A nuestro amigo le prescribieron reposo, tratamiento, exámenes, radiografías, intervenciones quirúrgicas. Era el ascenso de su inútil martirio. Sin embargo, no perdió su bonhomía, su prolijidad afectiva. Durante uno de los exámenes radiográficos, hubo de comerse un bistec con huevos, un vaso de leche, pan con mantequilla. Aquello implicaba un bombardeo para sus órganos enfermos. A las once de la mañana, cumplía el mandato médico, cuando pasó un conocido y le dijo: "Lo que es tener buena salud, poder comerse un bistec con huevos a esta hora". Luego surgió, en el mismo sitio, un anciano ojeroso y pálido. El descubrió, de una mirada furtiva, su tragedia y le pidió con insistencia que le acompañara a comer. Era uno de esos hombres con hambre, víctima de la necesidad auténtica, sin quejas ni aspavientos teatrales.

Quizás si es mejor no seguir la trayectoria de sus dolencias. Hubo días en que sintió renacer sus esperanzas, se le había operado con éxito, el corazón resistió sin daño. Disfrutaba de un corazón de adolescente. Siempre se lo dije, con gran satisfacción de su parte, al verlo sumido en sus laberintos de ternura, al oírlo quejarse de incomprendiones y miserias. En la segunda intervención quirúrgica, corrió el riesgo de morirse e inmediatamente vino la reacción literaria. "Ya sé lo que es la muerte —me dijo—; no se sufre en los últimos instantes, es como un sueño, como una torpeza invencible." Sin embargo, su muerte real fue una lucha con la brisa, con el oxígeno que no llenaba sus pulmones de campesino, con la luz que se fugaba de su pupila, ahora desprevenida, insensible. Quienes estuvimos en la vecindad de su agonía, deseamos, probablemente, decirle, como al iluminado caballero de la ficción inmortal: "No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esta cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizás detrás de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada que no haya más que ver". Pero la muerte vista de cerca, sin estilizar, sin la distancia



que exige el escritor en su visión contemplativa, da la impresión justa de la fatiga, del dolor de unos pasos impotentes para vencer la distancia, del resoplar de unos pulmones que ya no pueden respirar, de unos ojos que ya no quieren la luz. Es la sensación precisa del hombre que, en su minúscula capacidad individual, es dejado atrás por el mundo impasible. "Hay tiempos de sequía —me dijo en cierta ocasión, mientras veníamos en ferrocarril desde San Pedro—; pero después las cosas cambian. Acuérdesse de mis palabras; yo estaré entonces pudriéndome bajo la tierra." Se refería probablemente a la obra del escritor en general, a mis propias tentativas y esperanzas. Su fábula auténtica, llevada a la perfección en sus cuentos y novelas, como esos látigos y monturas campesinos, prevalecerá en nuestra literatura, por su fuerza íntima, por su visión sagaz de la tragedia de sus hombres, a quienes les dio un ámbito de cielos duros, una naturaleza inhospitable, por donde se descargaba su poderoso lirismo.

LUIS MERINO REYES

**H**ACIA frío, y todos los autos que trató de detener siguleron de largo, sin advertir sus señas. A la luz de una cafetería, desde donde se escapaba un tumulto de voces cada vez que alguien empujaba la mampara, vio la hora en su reloj de pulsera. Iban a ser las dos de la madrugada, y entonces un delgado silbido se le escapó de los labios, expresando así su disgusto de que fuese tan tarde.

“¡Caramba, la hora que es, y mañana tengo que levantarme temprano! ¿Y qué se han hecho estos autos del demonio que no pasa ninguno?” La Alameda veíase solitaria y silenciosa. Sólo a ratos, la bocina de un auto, pese a la ordenanza municipal, rompía el silencio. Al pasar por la Farmacia Rozas, que estaba de turno, le llamó la atención una litografía que representaba a una muchacha bellísima, que sonreía, mostrando sus dientes. Se detuvo un instante para contemplarla.

“Se parece a Sylvia —murmuró con voz casi imperceptible—. Aunque no precisamente en los dientes. Es la única falla en su rostro tan gracioso. ¿Por qué no se los cuidará? ¿Qué estará haciendo ahora?”

Suspiró hondo y buscó en sus bolsillos la caja de fósforos para encender el cigarrillo que llevaba en la mano. En ese momento pasó un auto de alquiler, y, aunque lo llamó con silbidos y a grandes voces, no se detuvo.

“¡Qué tipos tan estúpidos! —rezongó furioso—; ¡así, en

esa forma, van a tomar pasajeros alguna vez! Lo tremendo es que con este paseo me voy a coger un resfrío de padre y señor mío."

Entró en la Pastelería Torres a comprar una caja de fósforos, y aprovechó la oportunidad para ir al retrete. Al cruzar la sala, congestionada de público, lo llamaron de una mesa, reiteradamente. Reconoció a algunos empleados de la Corte, algo achispados ya, por obra y gracia del alcohol.

—Juan, Juan Alsina; venga, señor, venga a saludar a sus amigos.

Se volvió entonces, para decírles con tono cortante:

—Vuelvo en seguida.

Se metió en el reservado, pensando con fastidio en la estupidez que había hecho al entrar allí. Lo demorarían con su insistencia de borrachos que discuten con arbitraria pasión las cosas más absurdas.

Al salir, aprovechó el momento en que el mozo tomaba nota de un nuevo pedido en la mesa desde donde lo llamaron, y, deslizándose tras un biombo, logró salir a la calle sin ser visto por aquellos amigos, cuya conversación en aquella oportunidad no le ofrecía ningún interés.

Salió a la calle y respiró con deleite el aire de la noche de comienzos de abril. Le pareció que en aquel instante hacía menos frío, y caminó lentamente hacia la Plaza de la Constitución, con la esperanza de encontrar allí un auto. Pero no había ninguno, y sólo unos pasos más allá del Club de la Unión encontró un taxi, uno de esos viejos Fords del año 20, cuyo motor, acaso por un milagro, seguía funcionando.

Inclinado junto a la ventanilla delantera vio al chofer que estaba en gran plática con una muchacha, que le miró con sonrisa provocadora.

—¿Está desocupado?

—Sí, señor; suba.

Latió el motor después de varios requerimientos, y, cuando ya iba a echar a andar, Juan preguntó:

—¿Y esta niña va con nosotros?

—Si usted no tiene inconveniente, puede ir. No hay cuidado ninguno, señor. Soy viejo en esta profesión. Y me parece haberlo llevado más de una vez.

La muchacha se volvió a medias, mirándole con el rabo del ojo. Sonriendo le insinuó:

—¿Tiene miedo de que lo vaya a cogotear?

Alsina encendió un cigarrillo y le contestó con aire des-  
preocupado:

—Algún temor debo tener, cuando pregunto. Las muje-  
res, a veces, son más audaces que los hombres. Y más te-  
mibles.

—Verdad es —intervino el chofer—; pero de esta amiga  
no hay nada que temer. ¡Es una pobre palomita sin hiel!

—¡Vaya! —protestó la joven—. ¿Y cómo sabe usted  
tanto? A lo mejor, si nos topamos, solos, con el caballero,  
podríamos armar una pelea, y ganársela yo. Se han visto  
cosas peores. ¡Ah!, pero oiga, mi amigo, pare, pare, que se  
me va pasando de largo.

Habían atravesado ya la Plaza Baquedano, a esa hora  
desierta y silenciosa. Los autos cruzaban veloces, como dis-  
paros de luces.

La muchacha descendió frente al puente de Pío Nono.  
La luz de un foco le iluminó la cara. Era una morena de  
ojos risueños y nariz respingada. Llevaba el pelo en dos  
crenchas. La boca, exageradamente pintada, se le destacó  
como una mancha roja. Se asomó a la ventanilla para de-  
cirle a Alsina:

—Lo conozco a usted y sé por dónde trajina. A ver si  
algún día lo encuentro solo, para asaltarlo.

Rió Alsina afable y le replicó en son de broma:

—Trataré de defenderme lo mejor que pueda.

—¡Pobres cabras estas! —exclamó el chofer—. Por aquí  
debe tocarle el turno ahora. Hay que ver que es una pro-  
fesión bien sacrificada, porque los carabineros las molestan  
bastante y lo mismo los de Investigaciones.

—¿Y por qué —preguntó Alsina—, que no tienen un  
carnet para el caso?

—Tienen, pues, señor; pero la verdad es que como ellas  
no pueden reclamar del abuso, no les queda otra que aguan-  
tar la mecha. Se las llevan a la comisaría, o a donde se les  
ocurre, y allí les pasan revista. Como estos pacos andan  
toda la vida con el bolsillo planchado, no les viene mal sa-  
tisfacer su necesidad sin gastar un cinco. ¿Usted va hasta  
Los Leones?

—Sí, un poco más acá. En la calle Capitán Robles.

—No la conozco. Pero usted me dirá dónde es. La Mu-

nicipalidad les cambia todos los días el nombre a las calles. Ya va siendo un berenjenal que no se entiende.

—Así es, hombre. Y, dígame, cuando estas pobres muchachas se quedan gareteadas, ¿qué hacen? ¿Dónde van a dormir? ¿A qué hora comen si no tienen dinero?

El chofer lanzó una interjección contra un auto que se le venía encima, echándole las luces de sus focos.

—¡Qué animales son estos tipos! —exclamó—. Y, volviendo al asunto, le diré que ésa es la gran cuestión. A veces las armamos nosotros con unos pesos para el desayuno y para que paguen la pieza donde van a dormir. ¡Si estas pobres chiquillas son como pájaros sin bandada! Esta con quien veníamos es de muy buena gente de San Vicente de Tagua-Tagua. Vino a estudiar aquí. Y en la pensión donde estaba, un futre la pasó por el aro. Y de ahí siguió la cueca. Les gusta la cuestión y se entusiasman por comprar trapos y joyitas que les venden los judíos. Pero se les complica la existencia porque a veces no tienen ni siquiera un maletín donde guardar sus prendas. Andan con lo encapillado. Esta cabra, por ejemplo, tiene una amistad por Lord Cochrane abajo. Allí va a dormir, a lavar, a arreglar sus trapos. Y es hartito buena gente. En días pasados, yo no sé si se topó con un futre generoso o lo pilló durmiendo. La verdad del caso es que andaba como con dos mil pesos. Fue a buscarme al paradero para convidarme a comer. ¡Pobre chiquilla! Me dijo: “De usted, que es tan buena gente, me acordé inmediatamente, y por eso vine a decirle que, si se le ofrecen unos pesos, cuente con su amiga. Y, después de comida, vamos un rato por ahí por San Diego. Alguna vez tiene que ser por amor el caso. No todas las veces va a estar una acostándose con unos tipos de porquería”.

Alsina, distraído, interrumpió la charla del chofer:

—¡Qué vida la de estas pobres mujeres! ¡Qué espantosa vida!...

Habían llegado, y el chofer, poseído de gran locuacidad, se volvió hacia su pasajero de ese momento, para seguir en su charla:

—Es tremenda, señor. Y no fuera nada eso. Hay que ver lo mal miradas que son. Como a la basura, ni siquiera para saludarlas, porque de día andan por ahí a las escondidas. Muchas veces se ven obligadas a acostarse con los palomillas de la garuma, que andan al aguaito de los borrachos

para darles un garrotazo y quitarles la plata. Otras, con borrachos que les arman el gran bochinche hasta por un peso.

—Es triste, en realidad —comentó Alsina descendiendo—. Y nada podemos hacer. Buenas noches.

—Así es, señor; buenas noches.

Entró Juan Alsina en su departamento y se quedó un rato como detenido por un pesado olor a gas, que advirtió en seguida. Cerró la puerta y le echó el seguro. Recordó que ese día había leído en el diario el asalto a un ex oficial de marina, que también vivía solo, en un departamento del centro.

Hundió el interruptor y se quedó mirando la estancia un largo rato, como si la viese por primera vez. A los pies de la cama vio un diario desplegado, el mismo en que había leído el asalto al oficial.

Sobre una mesita de arrimo había un vaso de leche, que le dejara Zoila, la lavandera, que venía también a arreglarle el departamento. Torció el gesto con aire de cansancio y de disgusto.

“Leche —murmuró—. ¡Ah!, me da asco. Me comería una manzana.”

Buscó en los cajones del *closet* y encontró una. Sintió una invencible pereza de ir a buscar un cuchillo para mondarla. Fue a sentarse en el silloncito que había a los pies de la marquesa y allí se quedó con la fruta en una mano.

“¡Qué estúpido es todo esto —murmuró—, qué idiota! ¡Qué hago en este mundo! Estoy solo, abandonado. Tengo casi cincuenta años y nadie manifiesta interés en mi amistad, en mi vida, en mis ilusiones. ¿A qué seguir viviendo? Creo que me conviene comprar una pistola, con unas lindas balas de acero dentro de la cajetilla. Me parece que debe de sentirse una especie de voluptuosidad al apoyar el cañón de ella, sentir el frío del metal sobre la piel y apretar el gatillo. Se me ocurre que uno, antes de que la vida se vaya, alcanzará a contemplar el espectáculo hermosísimo de ver surgir una rosa de sangre roja, al hundirse en la nada.”

Le dio un mordisco a la manzana y le desagradó la corteza dura y áspera. La dejó encima de la mesa. Al alzar los ojos se fijó en un cuadro en que dos borrachos con sonrisa cínica ven pasar a una muchacha. Le hizo recordar la

conversación del chofer, y, por consecuencia o asociación de ideas, los versos de un vate mexicano:

*Pobrecitas putitas,  
¡qué lástima me dan!  
Parecen señoritas  
por lo serias que van.  
Van a casas de cita  
para ganarse el pan.  
Nacieron cuidaditas  
¡y cómo morirán!*

Suspiró largamente, poniéndose de pie. Al caminar unos pasos vio que junto a la entrada del baño el cartero había disparado una carta por debajo de la puerta. El corazón le dio un vuelco. A lo mejor Sylvina le escribía, para explicarle lo ocurrido el día anterior. Se quedó respirando agitadamente. Una ilusión infinita le hacía latir el corazón.

“¡No! —exclamó—, no es capaz de un gesto así. Como todas las mujeres, cree que el sufrimiento del hombre es cosa sin importancia. Ella estará ahora feliz conversando acerca de cuál es la *boite* más interesante de Río de Janeiro. O de las faldas que se llevan en la estación. Acaso de los nuevos modelos que llegaron desde París, enviados por Christian Dior. El corazón, los sentimientos, la ternura humana, ¿dónde los guarda una mujer? ¿En qué resquicio del alma?”

Dio unos pasos por la habitación y pasó a llevar un montón de libros que estaban apilados sobre la mesa de centro. Sin recogerlos, siguió en su monólogo:

“Y pensar que uno es tan imbécil. Ama para ilusionarse con sus palabras de mentido afecto. Eso no es nada más que vanidad de las mujeres de hoy. Lo hacen con la misma despreocupación que cuando se inclinan a cortar una rosa. “¡Ay —exclaman—, qué rosa tan linda! ¡Y qué aroma!” Se la colocan en el pecho y ni siquiera advierten cuándo se les ha deshojado, cuándo se les ha caído. Con sus mismos pies trituran la delicadeza de sus pétalos. Toda esta gente de la burguesía adinerada no tiene idea de lo que es sentimiento. La palabra alma es algo desconocido completamente para ellos. Viven nada más que para satisfacer su exhibicionismo, su idiota afán de comprar cosas, zarandajas, con

que los comerciantes de las casas de remates las envuelven en un miraje de vanidad”.

Retornó Juan Alsina a dejarse caer sobre el sillón, y allí se quedó largo rato ensimismado. Una honda arruga le surcaba la frente. Quiso darle otro mordisco a la manzana que tenía en la mano, y una falta de ánimo, de amargura infinita, le torció el gesto.

“¡Qué dura, qué cruel es esta mujer! —dijo en voz baja y con amargo acento—. ¡Para qué diantres me buscó, si no era capaz de afrontar una situación determinada! A lo mejor también por vanidad, para sentir el homenaje de un hombre que la halague, que le diga cosas amables y hermosas. ¡Pero esto no lo voy a soportar! ¡Que se vaya a la misma punta del cerro!”

Se puso de pie de nuevo, y en seguida se inclinó a recoger el montón de libros que se habían diseminado por el piso. Cuando se alzó, estaba congestionado. Un gran cansancio le llenaba el pecho. Y una tristeza helada le circulaba en las venas. Afuera, en la Avenida Providencia, que quedaba a unos metros, resonaban las bocinas de los autos, con eco tristón. Juan Alsina suspiró largamente, y al meterse los dedos entre el cabello, como era su costumbre, adivinó de pronto su cara pálida y desencajada, sus ojos hundidos y su frente que, como una llanura estéril, sólo ofrecía una larga arruga.

“¡Estoy viejo! Ahí está la gran cuestión. Viejo y desamparado. Viejo como los árboles secos por encima de los cuales los pájaros pasan de largo, y en donde sólo anidan las sabandijas. ¡Qué más se puede esperar!”

Suspiró de nuevo al recordar que un día le había dicho a Sylvina:

“—Yo te encuentro toda la razón de que no me ames. De que no te interese. De que no sientas este huracán que me devasta por dentro. ¿Qué te puede atraer en mí? ¿Qué te puedo dar yo, ahora que todo lo mejor de mi vida está marchito? Ya soy un viejo. Un viejo...”

Ella le había mirado con sus ojos tranquilos, dulces y tersos como un lago en calma. Le puso su mano hermosa y fresca como un gran pétalo húmedo sobre los labios y le dijo con esa voz baja, ensordinada, acariciadora, de mo-



dulaciones quemantes, que le surgía en sus momentos de afecto:

—Cállate. No digas tonterías. Me gustas así, viejo como eres. Amo tu dulzura, amo tu manera de ser. Tu espíritu. Me has dado una infinita paz que nunca creí tener. Si fueras un muchacho no me interesarías. Eres torpe y tímido para expresar tus emociones, pero a veces, con una palabra, me colmas el corazón de dicha. Además...”

Sylvina había bajado los ojos y se había quedado silenciosa, vacilante.

—Además qué... —la interrogó Juan, anheloso—; dime, adorada, no te guardes las palabras.

—Además —dijo ella entonces, alzando los párpados y envolviéndolo en la luz pura y magnífica de sus ojos—, además tú me has idealizado, has descubierto en mí un mundo de maravilla, que, sea cierto o no, me llena de felicidad, de agrado, de alegría. Es la parte hermosa de una vida obscura y opaca hasta ahora; luminosa y radiante en estos momentos. No creo que esto llegue a hacerme daño, a tornarme vanidosa. No creo que sea tan pobre de inteligencia para no darme cuenta de que tu amor me va embelleciendo cada día, haciéndome vivir como en medio de un jardín. En el que yo también soy una flor. Dime, amor, ahora, ¿cómo puedo mirarte como un viejo?”

Estaban junto a la puerta de la casa donde ella vivía. Una vieja casa enorme, junto a la cual, separada sólo por altos galpones ruinosos, estaba una de las fábricas de maderas elaboradas de su marido. Pero en esa vieja casa, ella, en un rincón de sol, que daba a la calle, había cultivado un jardín. Rosas, claveles, crisantemos, achiras y dalias ostentosas. Lirios y nardos, jacintos y petunias. Afuera, la calle era un pandemónium. Camiones, carretelas, vehículos a gas que lanzaban explosiones terribles al echar a rodar, entre gruesas columnas de humo.

Sylvina cortó un botón de rosa de matiz amarillo. Se lo colocó a Juan en el ojal de la solapa y le dijo con una sonrisa adorable:

—Llévatela. Es algo de lo que tú sueñas en mí. Dura muy poco, eso sí.

—¿Así durará tu cariño?

—No sé. No contesto preguntas tontas. Hasta luego. —

Adoptó un tono de dulce súplica para agregarle—: Vuelve pronto. No te pierdas. Tú sabes que me haces falta.”

Así como ésa, veinte, cien incidencias fueron desfilando por la mente de Juan Alsina. Sylvina había sido en su vida como una onda melódica, como un refugio amable.

Pero ya hacía largos días que las relaciones iban mal. El era un hombre difícil, por su carácter demasiado sensible, y Sylvina, de una rara terquedad silenciosa. Sus molestias las expresaba con largos silencios en que aparecía altanera y desamorada. La raza vasca se hacía presente, y no tenía por sí misma la dulzura fácil, para soltar sus propias amarras sensibles.

Juan Alsina había comenzado a desnudarse y no cesaba de monologar como un niño enfurrufado:

“Sí, está bueno ya para soportarle sus tonterías. Que haga lo que se le antoje. Yo necesito vivir tranquilo. ¿Por qué me he de estar matando por seres totalmente egoístas, que sólo viven para ellos?”

En ese momento le llamó la atención la bocina de un coche que se había detenido frente a su ventana, y que sonaba en forma muy conocida. Eran llamadas breves y seguidas. Pensó apagar la luz, pero ya era demasiado notorio. De pronto una voz que lo llamaba:

—¡Juan! ¡Juanito! ¿Está leyendo, mi amor? ¿No quiere que pase a verlo un momento? Apuesto que está malhumorado y me va a contestar alguna de esas cosas tan lindas que sabe decir.

Era Rosa Eulalia Marín, simpática, alegre como un pájaro en un día de sol y buena para conversar horas enteras. ¿Qué hacer? Una vaga desazón lo invadía. Pero en el fondo le agradaba tener con quien charlar en aquellas horas nubladas.

Entreabrió la ventana, y en el chorro de luz que se escapó de ella, vio la cara sonriente de Rosa Eulalia, asomada a la ventanilla de su coche.

—Pero, mujer, ¿que te has vuelto loca? Oye, ¿tú sabes qué hora es? Son más de las tres.

—¿Y eso qué importa? ¿Tú crees que “el tiempo se va a detener” y que no vamos a poder dormir todo lo que sea necesario? No sea tonto, mi amor. Péñese esas chascas que tiene y vamos a dar una vuelta por ahí a una *boite*. —Pro-

nunciaba con intención la palabra con todas sus letras—. Tomaremos unos traguitos, yo lo convido, porque traigo el maletín repleto de billetes. Les saqué el alma a una serie de viejas mezquinas, que se han quedado más enojadas conmigo que si les hubiera quitado el marido. Pero yo estaba pensando en usted, mi amorcito. Lo vi muy triste ayer. Parecía un Armando Duval, perdido en la calle Bandera, y tenía deseos de verlo. Bueno, apúrese y vamos a darnos la gran farra.

Alsina sonrió desganado:

—¡Hase visto loca más grande! A las horas que anda por esas calles de Dios. Oye, cierra tu coche y baja un instante. Tengo deseos de conversar tranquilo contigo. Después iremos a donde a ti se te ocurra.

—Así lo haremos, pues, niño. Déjame arreglar este cacharro, porque estoy "cuneteada". En seguida bajaré a oír tus confidencias. Porque estaremos de confidencias, no me cabe la menor duda. ¿No es así, amor mío?

Entró contoneándose, moviendo las caderas como en una danza afrocubana. Los ojos magníficos se le salpicaron de luz al entrar en la habitación iluminada. Era una morena alta, esbelta, de porte elegante y de pechos audaces. No llevaba otro abrigo que una *écharpe* caída sobre la espalda y cuyos extremos sujetaba con ambas manos, junto con su cartera.

—Amor, y qué desordenado lo veo. Me parece que sus asuntos sentimentales van muy mal. ¡Miren esa arruga en la frente! Tan honda como un abismo. Déjeme allársela. ¿No sabes tú que yo tengo magia en la yema de mis dedos? Alguien me habló un día de la hechicería de mis manos. ¿Ve, mi amor, cómo esa antipática arruga va desapareciendo? Ahora una risita, mi niño. Tiene penita, ¿no es verdad? Yo se la voy a quitar. Estoy dispuesta a alegrarlo mucho. Sí, pues. Las penas enturbian el alma, obscurecen la razón. Enferman el ánimo y el cuerpo.

Tomados de la mano conversaban, mirándose con sonrisa afectuosa.

—Dime, Rosa Eulalia, ¿y tu marido no te dice nada cuando llegas a estas horas? ¿O no te importa a ti lo que él diga?

Reía la joven, mostrando unos dientes de loba, unos

dientes un poco dispares, pero grandes y brillantes. Alzó la mano para darle una palmadita en la mejilla, y luego replicó:

—No me ha dado ni siquiera un beso el muy mal educado. Béseme aquí, muy cerca de la boca, pero sin propasarse. Así, así... ¡Tan cariñosito que es él! Cariñoso como un tigre de Borneo. Y ahora le voy a contestar su pregunta: ¿Usted ha conocido a alguien que hable y regañe cuando está durmiendo? ¡Si mi marido es un hombre muy ordenado! Cuida su sueño, el pobrecito, tanto como su bolsillo. Y no se preocupa de averiguar la hora en que llega su mujercita. Sabe que le es fiel como la hembra del ruiseñor, que es el único pájaro que valoriza el amor. Pero, ahora, para decirle la verdad, le contaré que Tristán anda en el Sur, en sus negocios de maderas, trabajando para poder alimentar a su familia. Es un marido modelo. ¡Se merece la mujer que tiene!

Juan se había reclinado en la cama y la miraba con simpatía y afecto. Rosa Eulalia permanecía de pie bajo la lámpara, cuyas pantallas le daban una ligera tonalidad celeste a la habitación.

—Siéntate, mi hija. ¿Prefieres en el silloncito o en la butaca? No te la recomiendo, porque se hunde demasiado. Es mejor el sillón.

La joven dio unos pasos por la habitación. Miró los últimos libros: "La Edad de la Razón", "El Extranjero", "Narciso y Golmundo", "El Proceso".

—¿Sabes? Me gusta Kafka. El otro día me acosté temprano y me puse a leer un libro de este hombre. Es completamente absurdo y paradójico. ¡Pero qué extraordinario talento tiene! Una se encuentra a cada rato con la sorpresa, con lo descabellado y estrafulario. ¡Pero qué riqueza de creación, de fantasía, de desenfado para mirarlo todo como una comedia sin sentido! Y esto es una realidad en la vida. Una comedia grotesca e hipócrita, porque todos vamos viviendo en forma estúpida. Siempre distantes de la felicidad, engañándonos, convirtiendo nuestros sentimientos más puros en una ficción ridícula.

Alsina la miraba con curiosidad. Rosa Eulalia se había tornado súbitamente seria. Sus pupilas se habían endurecido y su boca se contraía en un gesto amargo. Se quedó ca-

llada, sin el estímulo de la réplica de Juan. Alzó ella los ojos y de pronto lanzó una exclamación:

—¡Pero qué amor, ese burrito entre los cardos! ¡Qué precioso cuadro! No te lo había visto. ¿Lo acabas de comprar?

—Sí; es un González, que me vendió un muchacho, hijo adoptivo de Demour, el escultor. Tú sabes, Demour acaba de morir.

—No, no lo sabía. Pero el cuadro es una maravilla. ¡Qué gracia y delicadeza, qué realidad tan viva! Oyeme. ¿No es prodigioso que una realidad tan vulgar, como es la de un burro entre unos cardos, el arte la sublime de tal manera?

—Ahí está lo grande. Ahí está el portentoso secreto, la magia, el milagro de exaltar la realidad hasta hacerla lindar con lo divino. Bueno, pero siéntate, o si quieres te tiendes en la cama, y así descansas mejor.

—¡Oh, no, por Dios! ¿Cómo se le ocurre una cosa semejante? Yo debiera enojarme mucho por tal proposición. Imagínese que me quede dormida y a usted se le ocurran cosas inconvenientes. Sería espantoso, para nuestra moral, para la austeridad de nuestras costumbres. Y eso no es difícil de que ocurra, porque yo tengo el sueño muy pesado. Te aseguro que no sentiría nada.

Rió con alegría y tiró la *écharpe* y la cartera sobre una pequeña cómoda, en donde había una gran rosa granate en un fino florero azul. Después, volviéndose hacia Juan, le dijo con el rostro iluminado:

—Levántate, hombre tonto. Tienes una cara de empresario de pompas fúnebres. A pesar de lo que te acabo de decir, me voy a tender en tu cama. ¿No tienes un chalón con que me tapes los pies?

—¡Claro que tengo! Y uno precioso que compré en Tomé este verano. Tú serás la primera en usarlo. ¿Te saco los zapatos?

—Sí, es mejor. Así descanso más.

Acomodóse la joven sobre las almohadas, reclinándose feliz y contenta.

—¡Qué rica es tu cama! ¡Qué agradable! Cómo sería de estupenda una batalla amorosa con el ser que amas. Ven, aproxima el sillón, para que conversemos más a gusto. Así, así, mi amor, apóyate en la almohada si quieres, estarás más cómodo y conversaremos mejor.

Hizo Juan lo que Rosa Eulalia le decía. Dócil, se reclinó

junto a ella, suspirando hondamente. Ella le tomó la mano, acariciándosela.

—¡Pobrecito! Tú no sabes lo que me apena verte así. ¡Qué mala suerte la tuya! Enamorarte de una mujer cobarde, de una mujer incapaz de ninguna grandeza. De una mujer que vive aferrada a los convencionalismos y a las idiotas prácticas sociales. ¡Ay, hijito, a mí me revientan! Me dan náuseas. Yo, todos los días de mi vida, al abrir los ojos, le doy las gracias a mi madre por haberme dado este corazón generoso, este desprecio para mirar, sin miedo, al mundo y su rodar, lleno de limitaciones. Pero óyeme, Juanito, a mí me parece que se te está pasando la medida, que tú debes reaccionar. No es justo que una mujer esclavice el carifio y la voluntad de un ser humano, sin darle nada, sin endulzarle la existencia. Yo creo que eso no es posible. No es justo, Juanito. Tu vida también tiene un valor, una consideración, una dicha que esperar. Oyeme: ¡Si esto no puede ser! Yo misma lo voy a impedir, de cualquier manera.

Se había enderezado, y, con el codo apoyado en las almohadas, lo miraba con ternura de madre reflejada en sus pupilas. Juan la miró intensamente. En sus ojos iba creciendo una lágrima.

—¡Tonto! Eso es lo que no me gusta en ti. Aprende a hacer tu corazón fuerte. Aprende a esconder tu flaqueza. Mira, yo soy mujer y te voy a decir una cosa. La mujer es un ser esencialmente vanidoso. Tiene la vanidad de su belleza, de su situación social, de su atractivo. Y cuando ve al hombre quebrado, deshecho, convertido en un pelele, es cuando más se esponja. Se hincha como un pavo. Te lo digo porque bien lo sé. Y ustedes los hombres son iguales. Tampoco les interesa la entrega total del espíritu de una mujer. Es algo monstruosamente absurdo, porque dos seres que se aman debieran ser todo delicadeza y generosidad para hacer más grande la dicha. La felicidad del amor es lo más esquivo que hay. Nunca se puede ser como quisiéramos que fuese el ser a quien amamos. Siempre estamos descontentos de sus actitudes. El alma amorosa es un fluido que se disuelve como el humo. Tú eres un hombre esencialmente bondadoso, y eso te pierde, Juanito. Créemelo. Es en tu propio corazón donde reside tu enemigo. Al ser amado hay que estar siempre inquietándolo. Es una brutalidad, pero es lo cierto. Yo misma, que te adoro como a un hermano o co-

mo a un padre, si fuera tu amante, es seguro que comería a hacerte sufrir. Si es una fatalidad. ¿No lo crees tú así?

—Por lo que me ocurre, bien veo que estás hablando la Biblia.

—Sí; es eso, mi hijo: oye, dime, ¿no tienes más leche que esa que está en el vaso? Fíjate que con tanto discurso me ha dado un poco de fatiga. Pero no quiero dejarte sin tu leche. Y no tengo ganas de moverme de aquí tampoco. Estoy tan abrigada, tan tibia, tan feliz. Viéndonos en esta intimidad, ¿quién creería que no somos amantes?

Juan le había pasado el vaso de leche, diciéndole:

—Es leche para mí, que me deja Zoila. Pero no pensaba tomarla. Tengo algo de repulsa en el estómago. Y por ahí debe de haber más. Siempre ella guarda otro poco para el desayuno. Tómatela sin cuidado. Además, por ti, creo que no sólo un vaso de leche pudiera sacrificarte. ¿Quién hay que sea más amiga mía que tú? ¿En qué circunstancias no has estado a mi lado con toda el alma? ¡Qué amistad tan hermosa es ésta! ¡Cómo la echaríamos a perder si fuésemos amantes!

Rosa Eulalia dejó de beber y le cerró un ojo picaramente.

—¿Crees tú? ¿Estás bien seguro? Yo por mi parte le diré, le diré. Ay, no me atrevo a decirle...

—¡Tonta! ¡Tonta!, ¿crees que no conozco tus tretas? Sé bien cuál es nuestra situación.

—¡Quién sabe, mi hijo! Nadie sabe lo que lleva en los infinitos vericuetos del corazón. A lo mejor de pronto estalla entre nosotros una pasión terrible, devastadora, con celos y tragedias que nos hagan hilachas el alma. ¡Anda tú a saber! Yo por lo menos lo creo muy posible y me está dando miedo su proximidad, caballero. De repente, usted, entre lágrimas y suspiros, comienza a ver en mí el rostro de su amada y me asalta en forma. ¡Dime lo que pasaría! Y yo, que tengo buen corazón, yo que soy la mujer eternamente sofiada, como me dice ese brasileño del demonio, no podría decirte que no. Además, en esos momentos, usted debe ser irresistible...

Le hablaba sonriendo, con los ojos brillantes y la boca desplegada como una corola. Apoyada con el codo sobre la almohada, se quedó mirándole en los ojos.

—Sabes que tu chal es muy agradable, pero es demasiado

liviano. Estoy sintiendo frío por aquí atrás, en las partes que la honestidad impide nombrar. Echame tu abrigo encima. Porque no pienso irme ni en una semana de aquí. Tu conversación me es muy grata, Juanito. Es decir, así lo espero, pues todavía no me has dicho una palabra.

Juan Alsina cogió su abrigo, que colgaba de un gancho, y se lo echó encima. Le dio una palmada sobre los muslos y le dijo:

—Creo que ahora estarás bien abrigada. La leche te va a dar sueño. Por suerte ahí afuera está tu automóvil. Iré a buscar a tu brasileño para que venga a besarte en los ojos. Y lo que a él le provoque...

Rosa Eulalia se acomodó para quedar más de frente a Juan. Sonreía con aire de picardía, mordiendo la punta de una uña.

—Sería maravilloso —exclamó—, ¡estupendo! Pero ahora sólo deseo conversar contigo. Auscultar los latidos de ese corazón enamorado. ¿Sabes a quién te encuentro parecido?, y no me digas que no. ¡A ese burrito comiendo cardos! Totalmente igual. Es ése el papel que estás desempeñando. Empecinado como un burro y no te dan nada más que cardos, espinas y ásperas tristezas. A ver, habla de una vez, ocupa la boca en algo. ¿Siempre está ella en su actitud de princesa, esperando que su vasallo le bese la punta del pie?

Alsina se echó hacia atrás en el sillón. Con una manera muy característica, se pasó la mano por los cabellos, que ya comenzaban a blanquearle en las sienes. Buscó un cigarrillo y lo encendió despaciosamente. Rosa Eulalia lo miraba con el rabillo del ojo, atenta a su actitud. Alsina, después de lanzar el humo en una espesa bocanada, le dijo con desgano:

—¿Qué quieres que te diga, si tú conoces tanto como yo las alternativas de este amor tan infeliz? Yo bien quisiera arrancármelo del pecho, suprimir totalmente el recuerdo de su imagen. Pero soy tan estúpido, que me parece quedar en la más espantosa soledad si no pienso en ella. Si no recuerdo sus ojos dulces y bellos, si no sueño con su boca de gesto ligeramente desdeñoso, si no evoco el perfume de sus cabellos castaños. ¡Psh! ¿A qué te voy a cansar con las tonterías que ya te he dicho tantas veces? Tal vez Sylvina no midió las proyecciones que podía tener un amor en un



hombre apasionado como yo. Acaso no se dio cuenta de que era cobarde para afrontar las dificultades que sobrevendrían. Porque yo te voy a decir una cosa: el ambiente de esta clase media chilena es peor que el de las fieras en un jardín zoológico. Medio Santiago se come al otro medio, a dentelladas, a zarpazos, a puñaladas arteras. En la sonrisa amable de cada persona se oculta un avispero. La gente aquí tal vez se aburre, no se entretiene en las nobles recreaciones del espíritu y sólo mira las cosas por el lado torpe de la malicia y del pecado. Nadie, aunque lo haya sufrido en carne propia, se detiene a pensar en que amar, fuera de las respetables normas de la Iglesia y de la ley, es un sufrimiento imponderable. Un constante dolor, una permanente encrucijada en la cual casi siempre se está al borde de la desesperación.

Rosa Eulalia le oía ahora tendida de espaldas, mirando al techo, como si allí estuviera escrito lo que debía contestarle a Juan. Este prosiguió con voz insegura y dolorosa:

—Es una tontería la mía. No hay duda alguna. Uno no puede dar todo lo mejor de su espíritu sin resarcirse, sin sentir la compensación afectiva, que le es indispensable para mantener su equilibrio. La vida amorosa, con su misterio, con su poesía, con sus quebrantos y trizaduras, va corroyendo el alma, como un ácido violento. No se puede sentir esa paz que da la vida en plenitud, cuando estamos crucificados por tantas y tantas incertidumbres.

Calló un instante y cogió la manzana que dejara sobre la mesa para arrancarle un pedacito. Después prosiguió acerbamente:

—Tú tienes toda la razón cuando me dices que esto debo terminarlo. Está muy bien, pero así me quedo en una soledad aún más espantosa. Si yo pudiera enamorarme de otra mujer sería estupendo. Pero si no soy capaz de hacerlo, si el corazón se me empecina en esta absurda historia, no sé cómo resolver mi conflicto. Morirse es la única solución. Y me parece que soy cobarde para matarme. A veces, cuando suelo encontrar por ahí a mi ex mujer, del brazo de su marido, siento una tremenda ira. Si yo la hubiese amado en los momentos en que me pidió la anulación, no sería tan infeliz ahora, porque, defendiendo mi amor, no dejaba escaparse la dicha que tenía entre mis manos. Aunque, ¡qué hubiera sacado si ella ya no me quería!...

Rosa Eulalia suspiró, entrecerrando los ojos y, abrazándose la cabeza, apoyó la nuca en sus manos para volverse a mirarlo.

—Has tenido una suerte negra, Juanito. No me lo explico, porque eres un hombre simpático, afectuoso, lleno de bondad. De una inteligencia superior. Pero no has sabido comportarte con las mujeres. Matilde, tu ex mujer, era una bruta, una bestia con cara de mujer; no te merecía. Era, en ese tiempo en que la traté, una mujer preocupada tan sólo de la vida social, de las modas y de los chismes del día. ¿Qué papel podía hacer al lado tuyo?

—Es cierto —murmuró Alsina, con los ojos bajos y una expresión de ausencia—. Es cierto. Pero en la vida matrimonial hay algo que no sé cómo explicarte. Uno siente, de pronto, una ilusoria paz. Naturalmente, muy ilusoria, porque la convivencia diaria rompe el ensueño a cada instante. Hasta en las ocasiones más íntimas. Yo recuerdo, por ejemplo, que mi mujer, casi en los momentos mismos del supremo gozo de la entrega, me hizo preguntas como ésta: "Oye, ¿te acordaste de pagar la letra de mi abrigo? Creo que era para hoy el vencimiento".

Rosa Eulalia se volvió a mirarle, con una sonrisa mezcla de desencanto y de ironía:

—¡Pobre Juanito! ¿Pero qué otra cosa podías esperar de esa estúpida? A mi nunca me cayó en gracia. ¿Recuerdas que estuvimos agraviados un buen tiempo en aquella época? Por cierto que no eran celos amorosos. Pero me causaba ira saber que te ibas a casar con una muchacha tan frívola, tan sin corazón. Oyeme. Es posible que tú estés pensando ahora que no soy yo quien pueda darte consejos. Porque el caso mío se asemeja mucho al tuyo. Con la diferencia de que yo no convierto en drama, por respeto a mi marido, las circunstancias que vivo. Yo sé que tiene una amante y que se va de juerga muy seguido con mujeres; durante el día se hacen las moscas muertas. En el comienzo esto me produjo una rabia terrible. Muchas veces quise seguirlo, hacerle una escena en la calle o en un restaurante. Pero me di cuenta de que su perfidia y su solapada reincidencia me lo iban haciendo odioso. Aquel amor tranquilo del matrimonio se me convertía en indiferencia, en desdén. No se me ocurrió buscar un amante. Acababa de nacer mi hijo y me sentía dichosa con él en los brazos. Ocupaba el día en atenderlo y

experimentaba esa dicha, esa orgullosa alegría de ser madre. Pero nunca se sabe lo que llevamos adentro. Comencé a sentir lentamente que, como un veneno, se me infiltraba con solapada persistencia el desamor. Sentía que era joven, que en las arterias me brincaba la sangre como una potranca en libertad. A veces, bailando, el roce demasiado estrecho de mi acompañante me causaba una profunda inquietud. El aliento del hombre que enlazaba mi cintura, la presión de su mano al girar en la danza, me provocaban una especie de vértigo. Un deseo salvaje de entrega total. Una violencia de fiera en la selva me quemaba las venas y me hacía darme cuenta, intensamente, de todas las fuerzas primitivas que duermen en nosotros. Acaso, en esos instantes, si la ocasión fuera propicia, me hubiera entregado como una vulgar ramera a cualquier tipo.

Rosa Eulalia se revolvió en el lecho y le dijo a su amigo:

—Oye, ¿quieres acufiarme el chalón en los pies? Se me están helando. Déjame darle un mordisco a esa manzana. Tengo la boca seca.

Después se quedó con la mirada fija en el cuadro que le llamara la atención y le preguntó a Juan:

—Dime, burrito empecinado, ¿te estoy lateando mucho?

—En absoluto. Sigue, que me interesa. Esta conversación es harto más provechosa que dormir, dándose vueltas, obsesionado hasta en el sueño por una idea fija.

—Lo curioso es que en esos casos experimentaba el decidido propósito de llegar a la casa y buscarle la camorra a Tristán. Si él no se insinuaba, lo haría yo. Pero no sé si el aire de la calle y la compañía de mi marido, que me hablaba un lenguaje meloso, comenzaban a irritarme, a sentirlo repulsivo y antipático. Me acostaba junto a él, es decir, en mi cama pegada a la suya, y entonces hacía la comedia del sueño, del cansancio. El se acomodaba en el lecho y me preguntaba con fingida solicitud amorosa: “¿Estás muy fatigada, mi amor? Descansa tranquila. Yo también me estoy muriendo de sueño”.

“Muchas veces sentí que la sangre me hervía y que un impulso irrefrenable me inducía a insultarlo con los peores calificativos. En otras ocasiones, cuando se pasaba a mi lecho, me daban ganas de echarlo a empellones. Deseos de darle de bofetadas, de arañarlo, de sacarle los ojos. Y todo aquel deseo indeterminado que me envolvía, como una lla-

marada ardiente, se me transformaba en verdadera frigidéz. Me causaba asco, y en los momentos en que sus palabras entrecortadas me anunciaban su deleite, yo hubiera deseado tener unas fuerzas de gigante para levantarlo en vilo y estrellarlo como un pelele en la pared.

"Y es que no era sólo su traición amorosa lo que me repelía. Era, además, su conducta como hombre de hogar. Vivía haciendo la comedia del esposo modelo, muy parecido a esos pobres hombres que el día domingo van a misa con la señora y después la acompañan al mercado. Y por la tarde salen con los niñitos de la mano hacia el cine. Tristán no llega a ser tan estúpidamente vulgar como eso. Pero en aquellos años de soledad amorosa, en que veía nitidamente mi fracaso de mujer casada, me crispaba los nervios cuando le oía decirme con voz más dulce que un terrón de azúcar:

"—¿Quiere que vayamos al cine, mi amor? ¿O vamos a dar una vuelta en auto? Podríamos ir a Peñaflor a tomar once. Me han dicho que hay ahora allí un sitio muy agradable, donde se pasa muy bien.

"Yo pensaba: "Sí, te han dicho, repugnante hipócrita. ¡Te han dicho! Es por allá donde vas con tu amante. ¡Y por donde se te antoja! Lo que es a mí me tienes sin cuidado, hijito. Ya buscaré yo quien me dé lo que necesito en cariño, en sinceridad, en lealtad". Lo esencial en la convivencia humana, a mi juicio, me parece que es eso. Que en los sentimientos sepa uno a qué atenerse. Se me figura una verdadera maldición tener que hablar con una persona que siempre está mintiendo. Los seres que no son capaces de afrontar las situaciones en su verdadera medida, me parecen sencillamente miserables. Y esto ha sido mi marido, además de ir poco a poco convirtiéndose en un roñoso en lo que se relaciona con su dinero. Hemos llegado ahora a una situación más clara. El paga todo lo que se necesita en la casa. Pero en mí no gasta un centavo. Tú sabes que mi madre tiene fortuna. Ella me da para todas mis menudencias. Claro que la viejita me lleva sus cuentas... ¡Sí, pues!... Pero a mí eso no me preocupa. ¡Que vengan todas las cuentas del mundo! La vida siempre será corta para gastar lo que una tiene.

Juan Alsina se levantó para ir a buscar un paquete de

cigarrillos. Al volver del rincón en donde quedaban la cocina y el baño, le propuso a Rosa Eulalia:

—Oye, ¿qué te parece que prepare una taza de café? Creó que nos hará bien.

Rosa Eulalia se incorporó en el lecho y lanzó hacia atrás las ropas que la cubrían.

—Escucha, escucha un segundo. ¿Has oído algo más dulce, más puro, más nítido? Son goterones de música que están cayendo en el amanecer. ¡Oyeme, no son melodías de ensueño las que surgen de la garganta de esas diuquitas! ¡Cómo embellecen la mañana! ¡Qué maravilla! Hacen pensar en que la vida es buena, que es noble y hermosa. Descorre la cortina, Juanito; abre la ventana, para que veamos cómo nace el día.

Un aire fresco, casi helado, entró por la ventana. Un cielo ligeramente moteado de nubes, descolorido aún, en la indecisa luz del alba, se extendía por el oriente. En el fondo, envuelta aún en gasas de misterio, divisábase la cordillera. Una luz blanquecina destacaba las altas aristas azulosas de los cerros. La ciudad comenzaba a despertar, con un rumor sordo y misterioso. En la distancia resonó un pitazo bronco, cuya vibración se quedó en el aire, esparcida en temblorosas resonancias. Evocó la sirena de un barco que se apresta a zarpar.

Apoyados en el marco de la ventana se quedaron en silencio, con los ojos perdidos en la distancia. Se destefían lentamente los luceros en las lindes del día. A ratos, como un chorrito de agua que les cayera en el mismo corazón, se oía el canto de las diucas.

—Le cantan al silencio, a la pureza del día que comienza —exclamó Rosa Eulalia con aire soñador—; después se van lejos a buscar su paz, su mínima felicidad. Quién como ellas, que viven la existencia breve, sin los estúpidos quebrantos de nosotros.

Una especie de súbita conmoción la estremeció. Se pasó las manos por los brazos desnudos hasta más arriba del codo. Desde el otro lado de la cordillera la luz subía como un débil resplandor.

—Oye, Juan, vamos a encontrar el día allá en el campo. Vamos a bañarnos en el primer rayo de sol de la mañana. Vamos en seguida. Déjame lavarme la cara y echarme "una ligera mano de gato", y nos marchamos. Por allá toma-

remos algo: leche o un mate sabroso. Un pedazo de pan que tenga olor a horno. Vámonos, Juan.

Ya sentados en el asiento delantero, oprimió Rosa Eulalia la llave del contacto. El motor, sin acabar de ponerse en movimiento, gruñía como un perro enojado.

—¡Vaya! —exclamó Rosa Eulalia—, lo que falta es que se haya descargado la batería. Lucidos estaríamos con nuestra excursión. Pero no puede ser. Si este cacharro andaba muy bien.

Pero de pronto el motor se puso en movimiento. Era un automóvil magnífico. Rosa Eulalia lo manejaba con la destreza con que un jinete huaso conduce su caballo. Con una hábil maniobra se volvió para tomar la Avenida Providencia, aún silenciosa y desierta. Algunos perros, con la cola baja, trotaban a lo largo de las aceras y se encaramaban a hurgar en los tarros de basuras. Unas mujeres con unas enormes bolsas de arpillera, que llevaban al hombro, espantaban a los canes famélicos, para sacar todos los papeles que había en cada recipiente.

Rosa Eulalia le había impreso una gran velocidad al coche. No transitaba ningún vehículo a esa hora. Cerca de Los Leones encontraron un gran camión, cargado con carabineros.

—¡Carabitates! —exclamó Rosa Eulalia en son de broma—, y tan temprano. ¿A dónde irán esos pobrecitos? Seguramente a repartirse por la ciudad a desempeñar su trabajo. ¡Lo pasan tan ocupados! Viven enamorando a las empleadas. También tienen necesidad de amar, ¡qué diablos! ¿Cómo se entiende de otro modo la vida?

Juan miró la aguja y vio que marcaba casi ciento treinta kilómetros. Rosa Eulalia, con el pie cargado a fondo y las manos firmes en el volante, se mordía el labio inferior. En su rostro advertíase una sensación de deleite, que le fluía de las pupilas, en las cuales brillaba una intensa luz. Miró un instante a su compañero y le preguntó:

—¿Te gusta? A mí me encanta sentir el vértigo de la velocidad. Y si un día ocurre sacarse el alma de un viaje, ¿qué más da? ¡Nada de cuentos, mi hijito!

Pero en una curva rechinaron los frenos como un animal herido. Le fue necesario hacer un violento viraje para sortear unas carretelas, cargadas de hortalizas, que iban al lento y cansino trote de sus caballos.

Disminuyó la tensión del rostro de la joven y, lanzando una carcajada que le endulzó las pupilas, exclamó:

—¡Te anduvo dando miedo, Juanito! ¿Eh? No lo niegues.

Juan se encogió de hombros, estirando los labios con desdén.

—¿Miedo? No sé. Emoción, quizás sería más propio decir. La cuestión es romperse la crisma sin tener tiempo ni siquiera para decir ¡ay!

Siguieron empinándose por un rojo camino zigzagante, que ondulaba al pie del flanco de los primeros cerros. Rosa Eulalia detuvo el coche en la huella que bordeaba el pasto junto a los alambrados. Los cerros, allí, formaban un amplio anfiteatro. Veíanse como gigantescos animales, que mostrarán bajo la piel rugosa su poderosa osamenta. Abajo se extendía el valle con sus casas pintadas de blanco, de rojo y amarillo. Pastaban las bestias en los potreros, inmóviles, como si aún estuvieran amodorradas o ateridas por el frío de la noche. En un recodo brilló un automóvil y su bocina resonó nitidamente. Dio la impresión de que en todo el ámbito se iba repitiendo su clarinada.

Más abajo veíase la bruma azul gris de la ciudad. Era una bruma sucia que se extendía en todo lo ancho de la perspectiva que abarcaban los ojos.

—Qué aire tan agradable, tan sabroso, como diría un tropical. Parece que los nervios se calman y que entra en el corazón una paz, una tranquilidad reconfortante. ¡Qué sensación maravillosa! Es como si uno tuviera energía para soportar todos los dolores, todas las penas y amarguras. ¿Sabes, Rosa Eulalia, que nos haría un bien inmenso si todas las mañanas pudiésemos darnos este baño de pureza, de frescor matinal? Mira cómo están las hojas cargadas de rocío. Y el aire huele a infinitas esencias vegetales; es como si la noche fuese la gran purificadora.

Rosa Eulalia no le contestó. Había alzado los brazos y distendía el pecho, como si quisiera llenar sus pulmones de aire virginal. Con movimientos rítmicos, bajó y alzó varias veces los brazos, juntando las manos por encima de su cabeza. Después se quedó abstraída en la contemplación del paisaje. Sobre los cerros aún persistía una fimbria azul, que marcaba la desigualdad de las aristas. Y de súbito, en un abanico de luces, cuyas varillas finas se alzaban hacia arriba, el sol derramó su oro líquido sobre el ámbito. Cantaron

los gallos en las casas de la vecindad. Y el verde maduro del campo adquirió el plural colorido de sus marchitos matices.

—Aquella —indicó Rosa Eulalia—, donde brillan esos ventanales, entre los árboles; es la casa donde murló el Presidente Ríos. ¡Pobre hombre, cuánto sufrió! ¿De qué le sirvieron los honores y grandezas por los cuales tanto luchó? ¡Qué espantosa enfermedad! Cuando uno piensa en eso, no puede dudar de que un ataque al corazón, y con él la muerte fulminante, es una bendición de Dios al lado de toda esa dolorosa agonía. ¿Tú conociste a Ríos, Juanito?

—Sí —repuso éste—, lo vi y estuve cerca de él unas dos o tres veces. Me pareció un hombre un tanto áspero y re-concentrado.

—Exacto, ésa era la impresión que daba. Pero en la intimidad era simpatiquísimo. Tenía una extraña manera, casi evasiva, de hablarles a las mujeres. Y cuando quería agradarles, resultaba sencillamente un tipo fascinador.

—Mira qué maravilla —exclamó Juan—, cómo van saliendo de la quebrada los pájaros. ¡Qué felices deben de ser! Van jugando en el aire azul. ¡Qué sensación de serenidad dan! Es como si fueran deslizándose inmóviles sobre un cristal.

Cerraron el coche y, cogidos del brazo, siguieron una vereda que iba hacia la quebrada. Allí había yerbas que tenían nombres seductores: horizonte, yerba voladora, sabinilla y limpiaplata. Desde abajo les llegaba un rumor de aguas misteriosas; de helechos y de troncos cubiertos de musgos y de líquenes.

¡Qué gozo aquel de caminar! Se acabó aquella vereda y siguió después otra más intrincada, entre matas húmedas y yerbas erizadas.

—Mis pobres medias —se lamentó Rosa Eulalia—, aquí terminaron. Pero no importa. Vamos, Juanito. Vamos hacia un rincón donde encontremos el ave fénix de la dicha.

Subieron el barranco, resbalándose entre gritos y protestas alegres. Y de súbito se encontraron con un paso de la quebrada que no tenía más puente que un tablón.

—¡Por Dios, qué pena! Aquí se acabó nuestra excursión. Aquí nos vamos de cabeza al abismo, como que dos y dos son cuatro.

Se quedaron con cara de desesperación mirando el ta-



blón. De pronto Juan, desprendiéndose del brazo de la joven, estuvo de un salto al otro lado. Rosa Eulalia lanzó un chillido, gritándole:

—¡Y qué sacas si yo no puedo pasar!

—No, si tú también vas a pasar. Sácate los zapatos y me los tiras para acá. Y ahora dame la mano. No mires al abismo.

Rosa Eulalia se sentó en una piedra al otro lado, después de cruzar el tablón.

—Déjame respirar —exclamó angustiada—. ¡Ay, si ya me muero, Juanito! Ahí tienes en lo que queda el valor de una mujer.

Subieron el cerro por un sendero casi vertical. Fue una hora larga de fatigoso repechar. Y al encimarlo, no pudieron retener un grito de alegría. Se extendía frente a ellos una amplia explanada verdeguante, que después se ampliaba en suaves colinas, al pie de los murallones de piedra que reverberaban al sol. Allí, a unos cuantos pasos, se alzaba un pequeño rancho techado con esa paja larga que crece entre las piedras, en los cañadones de las serranías. Un grupo de cabritos que arrancaban las yerbas, triscando jubilosos, lanzaron un balido de espanto, huyendo a perderse. Y casi instantáneamente salió del rancho un tumulto de quilltros, de rosada lengua y ojos vivaces, gordos y de pelaje brillante, que ladraban hasta desgañitarse. Tras ellos asomó un viejo de cara simpática y ojos curiosos, que chistó a los feroces "mastines" aquellos.

—¡Perrós molestosos estos! Cállense de una vez.

Saludó con cara sonriente y los ojos le brillaron, como si una luz de juventud los alumbrara.

—¡Buenos días! —saludaron a un tiempo los recién llegados.

—¡Buenos días! —replicó el anciano. Se quedó un instante mirándoles y les preguntó—: ¿Por dónde vinieron? ¿Cruzaron por el tablón?

—Sí —se apresuró a responder Rosa Eulalia, con los ojos alegres y orgullosa por su hazaña—. Por ahí. Es harto peligroso. ¿Verdad?

—Para quien no tiene costumbre —concedió con sonrisa afectuosa el anciano—. Para uno no es nada. Es arriesgón grande para el que no sabe andar por el cerro. ¡Válgame

Dios! ¿Usted pasó con esos tacos por el tablón? Es mucha temeridad.

—No, me saqué los zapatos. Con ellos puestos, se me dobla un pie y me voy de cabeza a la quebrada.

—Ya pasó una vez —informó el anciano con semblante grave—. Se cayó una señorita que andaba a caballo. Era tan sin miedo, que cuando se desmontó no quiso ni sacarse los espolines para atravesar. Pero Dios, a veces, tiene tiempo de estar en todas partes. La niña se enredó y quedó colgando de un palo seco, que no se quebró. Tuvo harta presencia de ánimo. Yo vine a buscar mi lazo trenzado y ella misma se amarró de la cintura. Y así la levantamos hasta el borde de las piedras. Le dimos la mano ahí, y de un envión se puso en pie. Estaba pálida, y los ojos los tenía mojados por las lágrimas. Pero ya arriba soltó la risa, y todo lo que dijo fue: "Una se muere nada más que cuando Dios quiere". Y así no más es —agregó el anciano, pasándose con donosa pulcritud la mano por la barba blanquecina—. Pero pasen más adelante. Yo no soy nada más que un pobre cabrero, así es que la comodidad que puedo ofrecerles es muy poca. Pero con voluntad las dificultades son siempre menos. ¿Verdad, señorita?

—Así es, señor —díjole Rosa Eulalia con un tono respetuoso y amable que le salió de súbito—. Así es. Todo es bueno cuando nace del corazón.

En el rancho se respiraba la misma atmósfera que traucía la bella presencia de aquel hombre. Una cama limpia y ordenada. Unos cajoncitos, con un cuero encima tan blanco como la nieve, servían de asientos.

—Iba a tomar desayuno en este momento —comentó en seguida—. Estos perros son mis amigos, mis compañeros y guardianes. Con ellos converso de todo. No me contestan porque son muy respetuosos con su amo. Pero están siempre atentos a lo que les digo. Ninguno se desmanda en quitarle lo que le doy a su compañero. En las noches ellos rondan la casa y van a buscar al monte a los cabritos que su madre dejó abandonados entre los pedrones. A veces, cuando las noches son hermosas, ellos también se sientan conmigo a mirar las estrellas. Aquí, el cielo está más cerca y los luceros brillan como lámparas. El viento, entre los pretiles, gime igual que los animales perdidos, mientras en el corral los cabros duermen, balando amorosos, como no lo hacen de

día. El aire será muy bueno por aquí —digo yo—, porque los ochenta años que llevo encima no los siento. Quién sabe si es porque conversar con los animales es menos trabajoso que con la gente.

Hervía la tetera y la leche estaba retirada en un limpio tiesto de greda. Se quedó el anciano mirándolos con una especie de recóndita ternura. Rosa Eulalia tenía los ojos brillantes como si fuera a llorar. Después dijo con la voz húmeda:

—¡Qué ser tan encantador! Oye, Juanito, ¡qué infelices somos al lado de un hombre así! ¿De qué nos sirve todo lo que aprendimos? ¿De qué, cuando vivimos corroídos por una estúpida vanidad? Torturados por tantas preocupaciones y angustias.

—Tengo una bombilla especial para servirles mate a las visitas. Son muy pocas las que recibo y muy a lo lejos. Se los voy a cebar con culén y unas ramitas de salvia. La tortilla la amaso yo mismo, y la hago de harina blanca, porque la harina en rama me cae pesada al estómago. A ustedes tal vez les molesta que los perritos estén aquí, con nosotros. Pero a mí me da mucha pena ofenderlos echándolos afuera.

—¡Cómo se le ocurre! ¡Son todos muy simpáticos y qué pelaje tan hermoso tienen! —dijo Alsina. Rosa Eulalia se había quedado ensimismada. Miraba al anciano y los ojos le brillaban dulces y amorosos.

Leche, tortilla y unos sabrosos pedacitos de charqui fueron la parte principal de aquel grato desayuno. Cuando salieron a la luz y al aire, el cerro de enfrente tenía un mágico resplandor, lleno de reverberaciones de palacio encantado. El anciano los acompañó hasta un paso que bajaba hacia el estero. Los perros trajinaban entre el bosque, haciendo huir a los pájaros, asustados.

Rosa Eulalia abrazó al anciano, y con la voz insegura le dijo:

—¿Me permite que le dé un beso?

El anciano la miró con tierna curiosidad. Quitóse su sombrero y con respeto respondió:

—Si es su voluntad, señorita. Me deja un recuerdo que no olvidaré nunca. Porque un viejo...

Rosa Eulalia lo besó en ambas mejillas.

—Cállese —le dijo—. ¡Un viejo! Usted es un ángel encantador.

Alsina tenía la cara roja como un camarón recién cocido, en el momento en que Rosa Eulalia se volvió a mirarlo, cuando ya iban en camino.

—¡Qué estúpido soy! —dijole Juan—. Quise darle dinero. Y él me contestó: “¡Me pagó como una reina la señorita! No, señor. Déjeme quedarme con el gusto de haberles hecho una pobre atención. Unas monedas me robarían ese agrado”.

—Adorable criatura ese viejito —le dijo Rosa Eulalia—. Me dio la impresión de que besaba a un árbol. Tenía su cara dura como un pedazo de madera. Y un olor a monte, a hojas de árboles. Oye, ¿no parece un sueño delicioso éste?

—¡Así es! ¡Qué buena ocurrencia la tuya de que viniéramos a ver salir el sol! El corazón me late mejor. Siento que Sylvina ya no es una herida en él. Es un recuerdo hermoso y lejano.

—¡Ojalá te dure, hijito! —dijo Rosa Eulalia, mirándole de reojo, a tiempo de que echaba a andar el coche—. ¡Ay!, si esto te hiciera bien, yo te pasaría a buscar muchas veces para ir a conversar con ese ser maravilloso que acabamos de conocer. ¡Pero usted es tan tonto! Algo le está fallando, mi amigo.

Llegaban a la parte pavimentada y plana del camino y el automóvil se llevó el paisaje por delante. Ya estaban al borde de la ciudad. Ambos advirtieron que el corazón se les oprimía, como frente a un peligro que no sabían precisar.

## 2

De pie, dándole la espalda al sol, Sylvina se había detenido en el último peldaño de la escalera del hotel, que descendía hacia la playa. Un mar azul verdoso, hinchado y ondulante, en un cabrilleo cegador, llegaba a estrellarse en anchos florones de espuma. Luego se extendía sobre la arena de oro, dejando allí toda su impetuosa arrogancia.

“¡Por Dios, qué viento más fastidioso!”, exclamó la joven, luchando en vano por manejar las hojas del diario que trataba de leer. Lo dobló como pudo, más bien aprisionando los papeles bajo su brazo. Descendió en seguida rápidamente otra corta escalera, y dirigiéndose a alguien que estaba sentado en la terraza en una silla de lona, le gritó:

—¡Andrés! ¿No quiere bajar a la playa? Yo voy un momento hasta allá. Tengo deseos de caminar por la arena. De mojarme los pies.

—Bueno. Anda no más. Cuidado con resfriarse, mi amiga. Con lo alfeñique que es usted...

Se arrellanó, hablando solo, porque ya la joven, ágil y esbelta, cruzaba la playa, para acercarse a la orilla donde las olas dejaban una ancha faja de humedad. Don Andrés Suárez miró largo rato a su esposa y, golpeando la colilla del puro que fumaba, refunfuñó entre dientes:

“¡Mujer más loca y porfiada! Después anda meses enteros con sus resfrios. Como le agrada más pasarlo en la cama que en pie, no le importa un comino”.

Reconcentrado, refunfuñó un largo rato, hasta que de pronto apareció un hombre bajo y rubicundo que lo saludó con gran efusión:

—¿Y qué tal, don Andrés? Lindo día, ¿no? Y ya estamos casi a mediados de marzo. Yo no me explico cómo hay gente que se mete al mar en este tiempo, cuando el agua está como para congelarse.

Don Andrés se sacudió la ceniza que le había caído entre las arrugas del chaleco. No sin esfuerzo se puso de pie, exclamando:

—Usted sabe que la gente tonta es la que más abunda. Por eso media población se enferma de resfrios. Son las que hacen el negocio de las boticas. En fin, allá ellos. Y yo no debiera decir nada, porque mi mujer anda ahí en la playa, descalza, mojándose los pies. Buscando la manera de enfermarse.

El recién llegado se volvió hacia la playa y, haciendo pantalla con las manos, después de un rato exclamó:

—Allá está, pues, jugando con las olas. En realidad, Sylvia tiene un espíritu de chiquilla traviesa. ¡Déjela usted, don Andrés! Si con eso no le hace daño a nadie...

—Ya lo creo que no —barbotó don Andrés—. Es ella misma la que se embroma. Le gusta vivir en la cama, leyendo novelas estúpidas. Es ése su placer más grande, ahora que yo no la puedo acompañar por las noches al teatro, o a esas comidas en las que se habla de política o de literatura o de las combinaciones de la canasta. A mí, maldito lo que me interesa. Claro que a veces me entretengo jugando un

polcer o una partida de canasta. Pero con este reumatismo del demonio, cualquiera se expone al frío de las noches.

Vicente Aspillaga le oía recogido en amable deferencia. Tenía los ojos fijos en la playa, como si le fascinara la contemplación del océano, que ahora mostraba un denso tono azul oscuro. Una violenta ráfaga de viento agitó las carpas de listones rojo y blanco, amarillo y verde, que se alineaban cerca del parapeto, en cuyas balaustradas se apoyaban los vendedores de barquillos, de helados y de frutas. Una ola gigantesca, coronada de espuma, mostró su vientre verde glauco, haciendo lanzar un chillido de placer a los bañistas más próximos.

Andrés Suárez alzó su figura maciza, aunque un poco desmedrada, como si el paletó le quedara grande y el cuello de la camisa más ancho de lo necesario. Daba la sensación del hombre que convalece recientemente de una enfermedad grave. Su frente ancha, de cejas erizadas, mostraba un lunar oscuro que le sobresalía de la piel. Tenía una nariz grande, como de fiera fácilmente irritable, y por las ventanillas le asomaban unos pelos rebeldes a las tijeras y a las pinzas. Debía de tener sesenta y cinco años. Su mano derecha, con la cual se corrió el cierre de la chaleca de lana, mostró las gruesas venas en relieve y las manchas amarillo-oscuras, indicadoras de que los años transcurridos no eran pocos.

Una muchacha en traje de baño, cuya cabellera se llevaba el viento como una rubia llamarada, pasó corriendo al lado de los dos hombres. Llevaba la espalda roja y la arena le brillaba sobre los hombros. Unos ojos fulgurantes, como luces que giran en un lente, fijaron su mirada sobre ellos. Alzando la mano en la cual llevaba un pequeño bolsón rojo, les saludó:

—¡Adiós, caballeros buenos mozos! ¡Chaito!

—Es la Pepita Saldes —dijo Vicente—. Linda muchacha, aunque me han dicho que es un poco casquivana. Más de una aventurilla he oído contar de ella por ahí. A lo mejor son chismes. La gente siempre se entretiene con lo que se dice de los demás, olvidándose de que forman parte del rebaño, y que a ellos también les toca su parte.

Andrés Suárez aspiró el aire por las anchas ventanillas de su nariz grandota. Carraspeó un rato, y sacando el pañuelo se sonó ruidosamente.

—Con las mujeres no se puede tener ninguna confianza —dijo—. Son seres inclinados a la perfidia y a la veleidad. Las más nobles son capaces de las peores ruindades. Y conste que yo, mal que mal, no tengo de qué quejarme. Sylvina, con todas sus tonterías de nueva rica, es una buena muchacha. Hasta cierto límite, por cierto.

Vicente Aspíllaga se descolgó la máquina fotográfica que llevaba sobre el hombro. Jugó con ella, balanceándola sujeta de la correa y le replicó con tono de reproche:

—Don Andrés, don Andrés, por Dios, ¿cómo puede decir usted semejante barbaridad? Su esposa me parece que es la mujer más sencilla y menos vanidosa que he conocido. En su manera de vestir, en las joyas que usa, nunca se advierte ni un alarde de ostentación. No. Creo que no es justo usted con ella.

Andrés Suárez sonrió como un viejo tigre en acecho. Se afirmó el sombrero que una nueva ráfaga de viento estuvo a punto de llevarle. Sacó el reloj de oro y, mirando la hora, se quedó con él en la mano, meditando:

—Sé bien lo que digo, mi señor don Vicente. Yo soy uno de esos hombres que conocieron la miseria. He trabajado en veinte oficios allá en el Norte antes de ser alguien que roncara fuerte. Y el padre de esta niña ha sido, igualmente, un roto como yo. No es mucho lo que ha progresado, pero, en fin, tiene ahora una situación holgada. Nosotros sabemos lo que es la vida dura y aporreada. Y todas estas muchachas de familias de fortunas recientes son insoportables. No pueden ponerse un traje si no es el último modelo traído de París. No pueden consulta un médico que no sea una eminencia. ¡A mí qué me importa! No soy un mezquino. Pero muchas veces pienso: ¡si las cosas hubieran sido de otro modo! No, mi amigo, ésta es una especie de infección, de flagelo. La gente de la clase alta tiene cien mil estupideces y limitaciones, especialmente de casta. Pero, aunque me duela, yo reconozco un estilo en ella. Un señorío que no se aprende de un día para otro. Y es que...

—¡Hola, Vicho, cómo le va! ¡Qué gusto de verlo! ¿Y Reina vino con usted?

Llegaba Sylvina, con las mejillas encendidas, los ojos refulgentes y la boca risueña, como una rosa recién abierta. Apoyándose en el brazo de su marido, se sacó la zapatilla para lanzar la arena que traía en ella.

—Reina no quiso venir. Está muy preocupada de unos cursos que están haciendo en la Cruz Roja. Y en estos días de Semana Santa van a celebrar una especie de convención. Allá se quedó muy dedicada a sus folletos y reglamentos. Usted sabe cómo es...

—¡Qué pena! —exclamó Sylvina, dándose con la zapa-tilla en el muslo—. Antes de salir, la llamé dos o tres veces por teléfono y no la encontré, ni ella me llamó, aunque le dejé recado. Usted sabe cómo es Andrés, que ordena hacer las maletas y una hora después ya una está en camino. Este caballero nació apurado, en realidad.

Carraspeó don Andrés ruidosamente, tirándose los pelos que le asomaban de la nariz. Sonrió después, diciendo con tono desabrido y escéptico:

—¡Ah, y si no fuera así, no saldríamos ni al día siguiente! No he conocido a otra mujer más demorosa para hacer sus menesteres. Entra, sale, da cien vueltas y siempre está en las mismas. A mí, eso me crispa, me descompone el genio. Por eso le tengo ordenado al mozo que meta en las maletas lo necesario, y vamos andando. Y, claro, doña Sylvina, toda la vida tiene por ahí que andar comprando las cosas que se le olvidaron.

Vicente Aspillaga se colgó de nuevo la máquina fotográfica en el hombro. Llevaba una chaqueta de viaje, a cuadros, y una camisa de seda color crudo. Su mirada esquivó la de don Andrés, pero sus ojos buscaron los de Sylvina, para lanzarle un destello apasionado. Sacó de la cartera de su chaqueta una pipa y una bolsa de tabaco y, mientras la llenaba, dijo en tono afable:

—No creo que sea tanto. Pero, si hemos de ser justos, hay que pensar en que las damas requieren un sinnúmero de pequeños artilugios, que les son indispensables para su *toilette*. Y las combinaciones de sus trajes constituyen una verdadera obra de arte. Es distinto, don Andrés. Es distinto. La mujer, por su misma condición, no puede olvidar que debe cuidar el marco de su belleza, de su personal encanto. Estoy seguro de que a usted mismo no le agradaría verla en situación desmedrada frente a las demás señoras. Porque...

—No. Andrés es único —interrumpió Sylvina—. Habla de todo eso, pero yo le aseguro a usted que es el primero en censurarme si no me presento como corresponde. Y es natural que con su impaciencia, con sus brusquedades, pase



toda la vida igual. Ha ocurrido, más de una vez, que no lo pueda acompañar porque no alcancé a preparar con calma mi maleta.

Don Andrés se volvió hacia un muchacho que pasaba, para decirle a gritos:

—Oye, niño. Guárdame este chalón donde quede seguro. No es raro que venga un rato por aquí esta tarde. Creo que si hemos venido, no es para quedarnos en el hotel, o jugando al naipe, eternamente.

Lo dijo mirando a Sylvina con aire malhumorado. Después agregó:

—Lo que hay, Vicente, es que a esta niña le ha faltado disciplina toda la vida. Es de una inconsciencia pasmosa. Jamás ha logrado aprender los principios que deben dirigir nuestras acciones. Si promete llegar a las cinco de la tarde, es porque llegará a las siete; si le asegura a usted que le hará una diligencia hoy, no la hace hoy, ni mañana, ni pasado. Es un ser que anda preocupado nada más que de los libros, de los discos de música, de los modistas famosos y de una serie de futilidades que la hacen aparecer como una nueva rica. Llena de pretensiones inútiles. ¡Ah!, mi señor don Vicente, ¡vanidad de vanidades! Yo no sé qué hubiera hecho Sylvina si tuviera una media docena de chiquillos que criar.

Sylvina, con la cartera en la mano, escuchaba aquella filípica como quien oye llover. Miraba hacia el mar en actitud de ensoñación. Era una joven de frente despejada y luminosa, de pechos erguidos y finos. Su boca, de labios apetitosos como una fruta, tuvo un gesto desabrido que no llegó al desdén.

Se volvió con los ojos tristes, y sin mirar a ninguno de los hombres, replicó con despego:

—Por suerte, Vicente ya le conoce el disco. No creo que se conmueva demasiado con sus reproches. Además, si cada persona vive contrariándose a sí misma, no veo qué encanto puede tener la existencia. Yo soy así, y ya no estoy en edad de meterme dentro de moldes diferentes. Vicente, ¿puede usted sujetarme la cartera mientras me pongo el abrigo?

Obsequioso, Aspillaga le recibió la cartera y le ayudó a colocarse el abrigo. Don Andrés en ese momento se dirigió hacia una venta de refrescos y de cigarrillos, para pedir una caja de fósforos.

—Pobrecita —le susurró entonces Aspillaga—, qué disgustos tiene que soportar. ¡Ah mi amada, si fuera usted mía, cómo me preocuparía yo de hacerla feliz! No sería su marido, sería su esclavo, atento a sus menores caprichos.

Sylvina se quedó un instante con la mano sobre la frente y los ojos perdidos en la cambiante e inquieta vastedad del océano. Después le contestó en voz baja:

—Gracias, Vicente. Es usted acaso el único que entiende mi problema.

Le miró con los ojos fijos, casi inmóviles, en los que había, sin embargo, un tibio resplandor. En ese momento don Andrés los llamó:

—¿Nos vamos? ¿El auto está por aquí cerca, Sylvina?

—Sí, supongo que sí. Sebastián sabe dónde estamos y habrá buscado una colocación próxima.

—¡Sebastián! ¡Sebastián! Buen pedazo de alcornoque es el tal Sebastián. No sirve para otra cosa que para andar enamorando a las sirvientas. Si no fuera por su mujer y sus chiquillos, ya lo habría mandado a la punta de un cuerno. Y, además, porque tiene un abogado que lo defiende mucho. Tal vez por afinidad de gustos. Es un gran lector.

Sylvina, que iba un poco atrás, sonrió, cerrándole un ojo a Vicente.

—Como ya se le acabó el tema conmigo, ahora sigue con Sebastián. ¡Pobre muchacho! Usted, Andrés, no advierte que es un hombre joven.

—Muy lindo, ¿no? ¿Así es que la juventud lo autoriza para ser un sinvergüenza? Espérate que me encuentre en mi día. Entonces veremos cómo lo va a pasar.

Sylvina tuvo un gesto de aburrimiento, de cansancio. Murmuró entre dientes:

—¡Ah, bueno! Eso lo sabe usted y lo resolverá como quiera. Lo que es yo, en ese problema de Sebastián no vuelvo a meterme.

—Problema, problema; tú a todo lo llamas problema. Esas no son nada más que tonterías. El día que me colmen las soluciono en un periquete. Ojalá que todos los problemas fueran así. Se ve que no tienes idea de lo que significan algunas palabras.

—Bueno, llámelo usted como quiera. Es una manera de decir como cualquiera otra —replicó la joven, realmente fastidiada.

—¡Psh! —hizo Vicente—. ¡Qué importancia tiene una palabra! La cuestión es hacerse entender.

Llegaban a la terraza, en donde rojeaban los cardenales y las achiras opulentas. Manchas de cinerarias, de delicados colores, destacaban su belleza floral en medio del pasto recién regado. La superficie del mar brillaba en cambiantes tonos, y de rato en rato oíase el romper de las olas junto a las rocas grises y negras, cuyas arrugas quedaban un instante estriadas de espuma. Desde uno de los hoteles próximos llegó la música de una orquesta, que preludiaba un trozo de "La Princesa de las Czardas".

Sylvina siguió la melodía, entonándola en voz muy baja y en una lenta cadencia, muy distinta del ritmo de la orquesta, que a ratos se perdía totalmente entre el ruido de las bocinas de los autos y el estruendo del océano, cuando no, la disolvía el viento.

—Linda música esa de "La Princesa de las Czardas" —exclamó Vicente—. Me gusta por la gracia, ágil y juguetona, de sus variaciones melódicas.

Sylvina había encendido un delgado cigarrillo de tabaco inglés, que colocó en una boquilla de marfil. Entornó los ojos y, echando la cabeza hacia atrás, con los labios juntos, lanzó con lento deleite una delgada columna de humo azul, que el áspero aire marino absorbió instantáneamente. En su rostro, bañado de sol y a contraluz, veíase la fina pelusilla de su tez. Los pómulos duros y prominentes, el mentón fino y la frente graciosa, le daban un poético encanto, que recordaba a las mujeres de Boticelli. Golpeando con el índice la boquilla, para que cayera la pavesa del cigarrillo, murmuró con airecillo de superioridad.

—Si —opinó—, en ese género musical está bien. Es una composición realizada, en su mayor parte, en el tono de los vales vieneses. Es agradable, pero intrascendente. No toca ninguna fibra honda del sentimiento.

El viejo Andrés Suárez se volvió a mirarla, con aire sarcástico, casi insultante. Sonrió como si se acordara de algo gracioso y lanzó un eructo, que no se cuidó de reprimir. Era su opinión sobre el asunto. Sylvina miró a Vicente, como diciéndole: "¿Ha visto usted qué barbaridad?"

En seguida se detuvo para ponerse despaciosamente rouge en los labios. Don Andrés exclamó en ese momento:

—Ahí está esa perla de Sebastián, leyendo novelas policiales. ¡Es un tipo tan culto!

Iban a cruzar la calzada, cuando oyeron que les hablaban.

—¡Don Andrés, Sylvina! ¡Pero qué maravilloso encuentro! ¿Desde cuándo están por aquí?

Suárez, con franca sonrisa de alegría, se volvió a saludar al recién venido.

—¡Hola, mi señor abogado! ¡Qué gusto de verlo! ¿Viene llegando?

—Sí, acabo de llegar en el expreso. ¿Qué tal, Sylvina, cómo le va a usted? ¡Qué bien la veo!

—¡Qué gusto de verlo, Juan! Qué buena ocurrencia haber venido por acá. Nosotros no pensábamos salir en este fin de semana. Pero ya sabe usted cómo es Andrés. Se le ocurre de un momento a otro y sale disparado.

Andrés Suárez sonreía afectuoso a Juan Alsina, como si su presencia le disipara en gran parte el mal humor de que había dado muestras reiteradamente. Allí, junto a su coche, un espléndido Cadillac, que brillaba como un animal de maravillosa piel, saludaba a cada rato a la gente que pasaba en coche o a pie, frente a él.

—Oígame, joven letrado, espero que no me defraudará en mi deseo de que almuerce con nosotros. ¿Eh? ¿Qué le parece?...

—Bueno, yo había quedado de buscar a Walter Palacios, con quien quedé de reunirme a la una y media, en la puerta del Club de Viña. Pero no sé si se habrá acordado. Tiene tal cantidad de amigos, que forman legión.

—¡Oh, no se preocupe, Alsina! No le va a ocasionar ningún disgusto si no concurre a la cita. Ya Walter estará trenzado, jugando un cacho, con media docena de sus compadres.

—En todo caso, para no ser informal, pasamos por el Club a verlo. Y si no está comprometido, nos lo llevamos. Es un hombre tan simpático. Yo admiro su gracia, su buen humor. ¡Y qué mujer tan encantadora tiene el muy pícaro! Oígame, yo estaba pensando en que fuéramos a almorzar al "Castillo". ¿Le agrada a usted, mi señor don Juanito?

—Estupendo me parece. ¿Verdad, Sylvina?

—Bueno, entonces vamos andando. Váyase usted atrás con Sylvina y Vicente. Yo me iré al lado de don Sebastián, para que me cuente algunas de las novedades que ha reco-

gido entre sus colegas. O me narre alguno de los capítulos de la novela que está leyendo. A ver si logro culturarme o culturizarme. ¿De qué manera debe decirse, Juanito?

—De cualquiera, don Andrés. Siempre estará bien lo que usted diga.

Carraspeó Suárez con su tono característico de gran fumador de puros y, mirando hacia atrás, exclamó irónicamente:

—No siempre oigo opiniones tan amables. Pero esto no me aflige. Yo sé que soy un salvaje, un hombre primitivo. Una especie de jaguar con las uñas gastadas y con los dientes en placas. Pero ya estoy en la meta. Bajando la cuesta a toda prisa. Mis opiniones no son nada más que las de un viejo gruñón. ¿Verdad, Vicente?

Vicente, que no había despegado los labios desde que llegara Alsina, exclamó vivamente:

—¡Vaya, don Andrés! No veo por qué usted acude a mi opinión para algo tan opuesto a mis sentimientos con respecto a su persona. Creo que ninguno de los que vamos aquí puede pensar de ese modo.

—Qué poca psicología manifiesta usted, Vicente. A mí me parece que puedo contar con la opinión suya y la de Juanito. Pero aquí van otras dos personas que llevan la cabeza sobre los hombros y que la ocuparán a veces para pensar en algo. Supongo...

—Gracias —expresó Sylvina, seca y cortante—. No podía esperar menos de la fineza que se ha gastado, toda la mañana, conmigo. Me parece que la otra persona que ocupa a veces la cabeza para pensar es Sebastián. Y no veo en razón de qué hace coincidir sus opiniones con las mías. Está bueno...

El chofer, un muchacho de cuello corto y rostro pálido, con las mejillas sonrosadas, como las de los tísicos, miró a don Andrés Debió verle tal cara de tigré mirando a su presa, que se encogió de hombros sin atreverse a pronunciar palabra. Juan Alsina dijo entonces con tono de broma:

—Me parece, don Andrés, que si usted sigue buscando la camorra, se la vamos a dar entre todos. Y después lo tiramos al mar. El panorama, como ve, no es muy atrayente. Y no siga con sus pulgas alborotadas, porque tengo muy buenas noticias que darle. ¡Maravillosas! Realmente estupendas. Mientras nos preparan el almuerzo, hablaremos del

asunto. Sylvina entre tanto puede dar un paseo romántico por la terraza con Vicente.

El viejo Suárez soltó la risa a todo trapo.

—Ah, eso me parece genial. ¡Genial, Juanito del demonio! Porque lo gracioso es que ninguno de los dos tiene nada de sentimental ni de romántico. Sylvina puede oír la historia más desgarradora y se queda tan tranquila, como si viera caer la noche. Y don Vicho anda en la misma cuerda. Pero sus conversaciones son de un sentimentalismo suprasensible. Werther es un bárbaro al lado de ellos. Un troglodita, un canibal.

—¡Epale! No se le pase la mano, don Andrés. No le permito que la broma suba de tono. ¡Qué diantres le pasa a usted con Sylvina! No puede ser...

Sylvina, que hasta ese momento iba como abstraída, le dijo en voz baja algo a Vicente, que Juan no alcanzó a percibir. Después exclamó en voz alta y trémula:

—¡Cómo qué le pasa! ¿Es que se extraña usted, Juanito, de oír a Andrés en ese tono? Me llama la atención, porque usted bien sabe que es lo habitual en él. Lo raro sería lo contrario. A mí lo que me causa indignación en Andrés, es su manía de salir conmigo a la rastra. Yo me podía quedar tranquilamente en la casa y él salir encantado, para conversar con las personas que le agradan.

—Así debiera ser —dijo Suárez con aspereza—. Pero desgraciadamente estoy viejo, y te necesito. Por lo menos para que te des cuenta de cuándo me voy a morir. Si no fuera así, te dejaría tranquila, para que te entregaras a tus delicadas meditaciones. Bien, Juanito, vámonos a conversar de esos asuntos tan interesantes de que me habló. Pero antes encarguemos lo que vamos a comer.

Hicieron la lista y bajaron la escalera de la rotonda del restaurante. Sylvina se quedó sentada junto a la balaustrada, contemplando el embate de las olas y la algarabía de los patos liles, que giraban volando, para bajar sorpresivamente, con velocidad de proyectil, hasta la superficie del agua y engullirse con voracidad inagotable las sardinas que asomaban a la superficie, en cardúmenes palpitantes.

Vicente permaneció en actitud meditativa junto a Sylvina, cuyo rostro se había endurecido. Fumaba nerviosa uno de sus cigarrillos ingleses, en su elegante boquilla de marfil.

—No les dé importancia a estas tonterías —le susurró el hombre—. ¡Si usted sabe que son manías de viejo cascarrabias! Una manera de desahogarse, al comprobar que ya no sirve para nada. Además, a mí se me ocurre que Juan es el gran culpable de muchas de las reacciones estúpidas de don Andrés. Es a él a quien le confía sus secretos y sus asuntos más íntimos. Y Juan, que le manifiesta a usted tanta devoción, no es nada más que un hombre que anhela llegar a ciertas situaciones. Un ambicioso capaz de hacer cualquier ruindad en provecho personal.

Sylvina miraba hacia el mar. Era como si la fascinara el rebrillo movable del agua y ni siquiera oyera lo que Vicente le decía. Pero la última frase de éste la hizo mirarle de frente, con sus grandes ojos inmóviles, como agua marina que sólo a ratos lanzaba algún destello. Después dijo en tono grave y dolido:

—No diga eso, Vicente. No lo repita, se lo ruego por nuestra amistad. Juan es un amigo, sin falsía. Un hombre sincero y noble. No, Vicente, no se deje llevar por la pasión. Juanito es un ser lleno de bondad. Acaso demasiado bueno para los tiempos que vivimos. Lo que hay es que Andrés lo mete en toda clase de asuntos y él no halla, a veces, cómo salir del paso en buena forma.

Rió sarcástico Vicente. Con acento amargo, que no pudo reprimir, exclamó:

—¡No sabe cómo salir del paso! Por Dios, qué criatura tan inocente es usted, Sylvina. Pero entonces quiere decir que usted no tiene ninguna experiencia. Si este Alsina es un tipo pérfido y lleno de veleidades. Con su sonrisa y su suavidad, puede engañar a cualquiera. Yo lo conozco bien, Sylvina. Sé bien la laya de pieza que es.

Sylvina estiró el brazo por encima de la balaustrada, para arrojar la colilla del cigarrillo. Su rostro era duro y sus ojos esquivaron los del hombre. Sacudióse la blusa de lana negra que llevaba y después alzó la mano para echarse hacia atrás el cabello que le revolvía el viento.

—Hace frío aquí —dijo, levantándose de la silla—. Creo que es mejor que caminemos por allá abajo, por donde van ellos.

—Muy bien —replicó Vicente con evidente disgusto—, pero no se olvide de que desean hablar solos.

—No tenemos para qué juntarnos. Pero yo no me siento bien aquí.

—Es decir, no se siente bien por lo que le dije de Alsina. Lamento haberla herido tan en lo vivo.

—En absoluto. Está usted en un profundo error si quiere darle una oculta intención a mis palabras. Lo que hay es que a Juan lo considero uno de esos buenos amigos que suelen encontrarse sólo por excepción. Perdóneme, Vicente, pero no creo lo que me acaba de decir. Para mí, si eso fuese verdad, sería el más profundo desengaño.

Vicente se quedó en silencio, con cara de circunstancias. Se quitó el sombrero para pasarse el pañuelo, reiteradas veces, por la cabeza. Era como si no encontrara otra manera de desahogar su molestia. Con la voz insegura dijo después, sentencioso:

—Bien. El tiempo engaña y desengaña.

Sylvina, como si no le oyera, miró hacia el cielo y observó con aire distraído:

—Me está pareciendo que el día se va a descomponer.

—Seguramente —contestó Vicente, con franco mal humor—; yo no tengo ninguna experiencia en las variaciones climáticas. Apenas si conozco la manera de ser de las personas. Y esto, equivocadamente, como en este caso, en que usted me lo observa.

En un recodo de la balaustrada, que se elevaba sobre el murallón de granito, hasta donde venía a estrellarse el oleaje, cuya espuma, al deshacerse, salpicaba el muro, se encontraron con Andrés Suárez y Juan Alsina. El viejo venía resplandeciente. Más erguido, más fuerte en sus años de hombre trabajado.

—¡Qué hay! —les gritó al divisarlos—. ¿Ya está listo el almuerzo?

—Todavía no —exclamó Sylvina—. Salimos a caminar porque yo tenía frío. ¿Qué hubo, Juanito, todavía no terminan esa conferencia?

Juan la miró riendo, con aire de malicia y de complicidad.

—Faltan apenas unos minutos para terminar. Sigán en su paseo romántico.

Sylvina enrojeció ligeramente y por sus ojos pasó una ráfaga de luz más intensa.



—¡Juanito, Juanito! No olvide que siempre lo he considerado un buen amigo. Ya está bueno para bromas, ¿no?

El viejo Andrés Suárez gruñó como un puma que divisa una jauría de perros. Borneó el bastón en el aire, con jactancia juvenil, y murmuró satisfecho:

—Me alegro, me alegro, Juanito. Porque le diré que la actitud de Elcira me tenía con un humor de perros. Usted, Alsina, sabe lo que son las mujeres. Ya ha tenido una buena experiencia con lo de la nulidad de su matrimonio. Yo que estoy en años, como para "parar las patas" cualquier día, me preocupé de dejarle su porvenir asegurado. La casa de la avenida Las Acacias es de ella. Además, le compré un millón de pesos en bonos del Banco Hipotecario, que alguna renta le darán. Tiene unas cuantas joyas valiosas, que en momentos de apuros la pueden sacar del paso. En fin, no me he portado como un indecente mercachifle con ella. Usted sabe que Elcira es una mujer que debe andar bordeando los cuarenta años, si es que ya no los ha pasado. Se conserva maravillosamente. Y en la cama, creo que no tiene nada que envidiarle a la Sulamita, la preferida de Salomón.

Se detuvo para estornudar ruidosamente, y luego se sonó con tal estrépito como cuando revienta un neumático.

—Pero este último tiempo he advertido unas alternativas muy raras en ella. Su carácter afectuoso, tan tierno, se ha tornado áspero, caprichoso, casi imposible de soportar. Yo, que no tengo el lomo muy suave, la mandé al diablo la última vez. Casi me entró la convicción absoluta de que me estaba pasando por el aro. Yo estoy viejo, pero todavía, claro que no con mucha frecuencia, puedo echarme el fusil al hombro y disparar en buenas condiciones. Encontré dos veces a Pancho Olave en casa de Elcira. Es verdad que no estaban solos, porque la acompañaban dos de esas amigas virtuosas en la canasta. Son de las que adivinan las cartas que están en poder de las demás jugadoras y saben robarse el mazo hasta cuando están durmiendo.

"Pancho Olave es un tipo que se las trae. Es de esos abogadillos sin pleitos, que ganan dinero por medios mágicos. Petardista y truhán como él solo, le advertí a Elcira que no me gustaba nada tal amistad. Elcira reaccionó violentamente y me contestó en forma inusitada:

"—¿Te imaginas que porque caí contigo, estoy dispuesta a acostarme con el primer imbécil que llega a mi casa?

Me parece que estás bastante equivocado. A no ser que tengas alguna experiencia muy desagradable con tu mujer.

"Me dejó estupefacto su violencia, su actitud sin precedentes. Estuve a punto de darle un par de sopapos, para que supiera que todavía tengo la mano pesada. Después se vino a Valparaíso, sin avisarme, y volvió con su madre y una hermana que es visitadora social y andaba de vacaciones. Como una niñita que acabara de salir del colegio, se rodeaba de una muralla cortafuego.

"—Viejo estúpido —me increpó muchas veces—, esto te pasa por creer aún en algunas cosas grandes y bellas.

"Porque aquí donde usted me ve, querido Juan, soy también un sentimental, pero muy adentro del corazón. Muy escondido. No quiero que ningún pije chirle venga a reírse de mí, o mujeres chifladas a discutirme ineptias. Como Sylvina, por ejemplo, que es una buena muchacha y ha caído ahora en todas las tonterías de la nueva rica. Y me gusta leer, admírese usted, Juan, que siempre habrá creído que soy un animal. Me encanta leer y me emociono hasta las lágrimas ante la belleza de algunas páginas. Pero no me vengan con idioteces, como Sartre o como Picasso. Yo soy un hombre que cree que la suprema emoción se basa siempre en el sentimiento y en la belleza. Pero qué estúpido soy. Le he estado haciendo confidencias que usted no me ha pedido y que tampoco le interesan en absoluto.

—Hombre, don Andrés, no me diga eso. Yo soy amigo suyo, y trató de serlo dentro de lo que la vida y las circunstancias lo permiten. Le agradezco que tenga confianza en mí. No lo traicionaré; puede usted estar seguro de ello. Ya ve lo que en el fondo son las mujeres. Todo el malestar y el mal humor de Elcira provienen nada más que de esa defensa apasionada que hizo usted el otro día de Sylvina. Ella cree que ahora ustedes están en una gran armonía conyugal. Y que su actitud responde a ese estado de ánimo suyo. Piensa, y, si hemos de hablar con franqueza, no le falta razón, que los años le están haciendo buscar de nuevo el alero de su hogar. Y que ella se queda a trasmano. Elcira es una mujer orgullosa, y, a mi juicio, tiene grandes cualidades: es leal y abnegada. Siempre es triste para una mujer digna ser la querida de un hombre. Porque ése es el caso. Ella vive de usted. Yo siempre hago una diferencia fundamental entre lo que es una querida y una amante. Los aman-

tes sólo se dan amor, sin obligaciones de ningún género en el aspecto económico. La querida es la mujer que el hombre mantiene. Es como otro hogar que no está regido por las leyes. A mi juicio, Elcira Lasalle es tan señora y digna de respeto como lo es Sylvina. Lo que pasa es que viven en circunstancias diferentes.

Andrés Suárez cogió a Juan del brazo y lo detuvo para decirle:

—Oígame, Juanito, oígame por su madre. Usted me ha dicho una verdad de a folio. Yo pienso exactamente igual. Y a cada pije o muchacha malcriada que ha tratado de disminuir la persona de Elcira lo he puesto en su lugar. ¡Caramba que los he puesto! Como para que no vuelvan jamás a las andadas. Pero, ahí viene Sylvina con Vicente, y antes de que lleguen le voy a decir algo aún. Elcira está totalmente equivocada con respecto a la actitud que me atribuye con mi mujer. Es la misma de siempre. Hace ya más de dos años que yo no tengo relaciones sexuales con ella, usted lo sabe. Y no me ha demostrado la más mínima inquietud. Ha seguido como si tal cosa. Como si no lo hubiera advertido. Yo no sé si es una muchacha frígida, o bien es que nunca me ha querido. Porque el caso es que cuando me casé con ella, yo tenía cuarenta años y era, aún entonces, una verdadera bestia. No me bastaba una mujer ni dos. Me estrechaba con la que se pusiese por delante. Y a Sylvina no recuerdo haberla visto nunca temblando de amor entre mis brazos. Se quedaba silenciosa y como extrañada de que aquello me causara placer. Recuerdo que muchas veces le pregunté:

—¿Y tú, mi hijita, no gozas? ¿No te causa placer el amor?

—Nunca me contestaba y se limitaba a esconder la cara entre las almohadas. Cuando yo le exigía una respuesta, solía contestarme entre dientes:

—Sí. Claro que sí.

—Lo de Elcira comenzó a los cinco años después de casarme. Tengo la certeza absoluta de que Sylvina lo sabe, pero jamás se ha preocupado de averiguar lo más mínimo. Es más, creo que para ella es una alegría el hecho de que yo tenga otra mujer. Y yo, en momentos de rabieta, he sentido el impulso de mandarla al diablo, de pedirle que me deje

libre. Pero son ráfagas y nada más. En el fondo le tengo aprecio por su lealtad inamovible. Ella no me pone el...

—¡Andrés! ¿Que no piensa usted en almorzar hoy? Ya está bueno, pues, para conferencias y confidencias con Juan.

Juan se volvió hacia Sylvina y la esperó un instante, al borde de la acera, mientras don Andrés se reunía con Aspillaga. Traía una flor roja prendida en el pecho y sus ojos tenían una dulzura afectuosa. Sonreía y la boca, ligeramente entreabierta como pétalos en el viento, le daba una gracia poética a su rostro.

Juan se quedó mirándola como en éxtasis. Se había quitado el sombrero y una profunda arruga le hendía la frente. En las sienes los cabellos blancos le daban el aspecto de un hombre prematuramente envejecido.

—¿Qué hay, Sylvina, ¿cómo está usted? —le dijo con voz lenta y cálida—. ¡Qué deseos de verla tenía! Me he escapado, dejando en mi estudio algunos asuntos urgentes. Pero deseaba estar cerca de usted, respirar mejor mirándola. O quién sabe si para sentir mayor angustia, al medir el inmenso abismo que nos aleja. Que nos aleja cada vez más. Porque esto es horrible. Es vivir muriéndose en cada instante. Es debatirse en permanente desesperación. Es el suplicio de Tántalo. Verla, verla siempre, y a veces no tener ni siquiera oportunidad de decirle una palabra.

Sylvina alzó su rostro fino y fijó sobre Juan su mirada tranquila. Todo en su rostro denunciaba un estado de alma perfecto. Un corazón sin sobresaltos, sin que ninguno de sus latidos rompiera su ritmo regular.

—No diga eso, Juanito. No diga eso. Yo me siento tan feliz de verlo, de conversar algunas palabras con usted. ¡Cuántas veces, en momentos de inmensa tristeza, he pasado a un estado de dicha muy grande, al oír su voz por teléfono! Me quedo dichosa, como si jugara con sus palabras. Como si el cariño que ellas me prodigan se me derramara por todo el cuerpo, como un baño tibio, que me causara un delicioso bienestar. Los hombres no saben sentir el deleite de amar por el amor mismo. Quieren llevarlo siempre a eso que a mí se me figura que es la muerte del amor.

Alsina se quedó un instante mirando el mar, cuya movable superficie formaba tumbos verdes, cerca de las rocas. Sacó el pañuelo que tenía en el bolsillo delantero de su ves-

tón y se limpió reiteradamente los labios. Después murmuró con amargo acento.

—Perdóneme, Sylvina; pero a mí me parece realmente monstruoso eso que acaba de decir. Monstruoso, porque va contra la condición esencial de la naturaleza humana. No creo que haya en el mundo una pareja de enamorados que se queden satisfechos mirándose, como las estatuas en un museo.

Don Andrés Suárez, en ese momento, se asomó en lo alto de la escalera, para gritarles con molestia, más aparente que real:

—¡Vaya! ¿No eras tú, Sylvina, la que estaba regañando porque no almorzábamos luego? Ahora es con Juan con quien estás pololeando. ¡Qué mujer tan constante!

Subieron corriendo la escalera. Y Sylvina dijo rápidamente:

—Me interesa el tema, Juanito. Vamos a conversar sobre el asunto.

Encontraron a don Andrés en compañía de un general de artillería, recién llegado del Norte. Era el general don Pedro Sánchez Deramond. Acababa de ir a pasar revista a las guarniciones de la provincia de Antofagasta. Presentó a su señora, una mujer alta, de rostro bondadoso y un tanto inexpresivo. Se quedaba oyendo con profunda atención las opiniones de su marido, que hablaba con tono enfático y compenetrado de sus altos conocimientos en el arte de la guerra.

—Mi amigo Suárez. Creo que no nos podemos quejar del espíritu de nuestra gente. Es de primer orden. Es fácil formar con ella un conjunto disciplinado y marcial. El hombre de nuestro pueblo es de una inteligencia extraordinaria y de un poder de captación admirable. El caso más evidente para probar esto es el de los sargentos. Son individuos de tropa que se han formado ascendiendo hasta su grado, con una constancia y espíritu de sacrificio ejemplares. Y lo interesante es, créamelo usted, don Andrés, que un sargento del Ejército de Chile, en un momento dado, es capaz de comandar un regimiento. Tal es su preparación. Es portentoso.

—Admirable, sin duda alguna —dijo Suárez, y agregó, guiñándole el ojo a la señora del general—: Lo triste es que la guerra no sirve para nada. Desde los tiempos de Adán no

hay memoria de que un conflicto se haya arreglado con guerras.

—Sí, es verdad, no lo niego —aceptó el general, un tanto reticente—. Pero, mi amigo, ¿qué sería de aquel país que no tuviera un ejército para resguardar sus fronteras? ¿Qué sería del derecho si no estuviera garantizado por...?

Trajeron el aperitivo y el mozo se acercó al general, interrumpiendo su disertación, para preguntarle:

—¿Le sirvo un *whisky* o un *bitter*?

—¡Pedro! —intervino la señora—, no debías probar el licor. Acuérdate de que el doctor te encontró con la presión bastante alta.

—Ah, pero un trago de *whisky* le viene a las mil maravillas —dijo Vicente, que, junto a la señora de Sánchez, escuchaba con gran interés la disertación de su marido.

—¡Claro! —exclamó Sylvina—. A mí me encanta un poquito de *whisky*, porque causa una especie de aliciente, de estímulo muy agradable. Lo que me cuesta aún tolerar es su sabor. Me hace acordarme de la parafina.

El general, sin tomar en cuenta para nada la advertencia de su esposa, había cogido un vaso del rubio licor.

—¿Le pongo más hielo?

—No. Suficiente. Estoy un poco delicado de la garganta.

El mozo se volvió a Sylvina para preguntarle qué iba a tomar de aperitivo. La joven sonrió, cerrándole un ojo a Juan. Riendo contestó:

—A mí vaya a buscarme un jerez.

El viejo Suárez dio un respingo y se volvió a mirar a su mujer, con semblante de extrañeza:

—¡Bah! ¿Y de dónde sales tú tomando jerez? ¿Lo has aprendido acaso en un té-canasta?

—Exactamente, señor don Andrés —replicó Sylvina, con risueño desparpajo. La señora del general se animó en ese momento y le preguntó:

—¿Le gusta a usted jugar a la canasta?

Sylvina bebió un trago de jerez, tan corto, que casi fue como para mojarse los labios. Después dijo frívolamente:

—Sí. A veces me entretiene.

Andrés Suárez, entonces, lanzó un verdadero bufido.

—¡Te entretiene! ¿Qué significado les atribuyes tú a las palabras? Te apasiona, te enloquece. Creo que si te lo dieran

por ocupación, desde el momento en que abres los ojos, serías la mujer más dichosa del mundo.

Sylvina le lanzó una larga mirada en que se mezclaban su disgusto y su impotencia para dominar los impulsos de don Andrés. Puso el vaso de jerez sobre una mesilla próxima, y sacándose la boquilla de marfil, dejó que el humo saliera de sus labios sin esfuerzo. Sonrió después evasiva y dijo sosegadamente:

—Bien. Eso es lo que usted cree, Andrés. Y lo que usted cree no hay poder humano capaz de arrancárselo de la cabeza. Pero la verdad es otra. Por lo menos, mi verdad.

El general, incómodo de no poder seguir adelante con su disertación sobre asuntos de su competencia, no tuvo más remedio que seguir el giro que tomaba la conversación:

—Bueno —anotó como si estuviera dictando una orden de servicio—, a las señoras les encantan los naipes. Es una honesta entretención que en provincias ayuda a disimular el aburrimiento.

Don Andrés miró a su alrededor como si quisiera darse cuenta del alcance de aquellas palabras. Después exclamó, reteniendo la molestia que lo embargaba:

—¡Honestas entretenciones! ¡Honestas entretenciones! ¡Ja! Está bueno. A mí me parece una mayúscula alcahuetería. Discúlpeme usted, señora; pero yo tengo mis razones para creer que por debajo de la mesa comienzan muchas cosas que no debieran comenzar nunca. ¡Oh, pero no hablemos de esto! ¿Qué tengo yo que ver con ellas? Soy un hombre que ya está más allá del bien y del mal.

—A mí me parece una entretención deliciosa —se atrevió a balbucear tímidamente la señora de Sánchez—, ¡deliciosa!, las horas se van sin sentir.

Suárez chupó ávidamente su puro y, rascándose la nariz, exclamó desabrido:

—Seguramente. A mí a veces se me olvida que no debo hablar de ciertos asuntos. Pero lo malo es que todavía tengo opiniones. Todavía el cerebro me funciona. Bastante mal, por cierto. Como puede funcionar el motor de un Ford del año 20.

—Pero usted no es el mismo del año 20, don Andrés. O quizás sí me equivoco...

Andrés Suárez reía ahora con franca risa comunicativa y jovial.

—No sé, no sé, general. Pasemos a almorzar, que ya es tarde. Tú, Sylvina, que eres la dueña de casa, distribuye en esta mesa los asientos. Como yo soy exigente, me dejo a la señora a mi lado. El general sabrá si corresponde de la misma manera.

Juan volvía de lavarse las manos, cuando ya estaban sentados. Sylvina se sentó entre el general y Vicente Aspillaga.

—Venga, Juanito, siéntese aquí —exclamó Suárez—. Entre los dos le daremos conversación a esta señora. Dejemos que Sylvina y Vicente conversen sobre estrategia con el señor general. Y se lo digo en serio, mi amigo. Mi mujer tiene una virtud sorprendente. Sabe hablar de lo divino y de lo humano. No se achica ante nada. La otra noche, por ejemplo, dió una larga disertación sobre las *boites* de Río, que me dejó soberbiamente impresionado. De modo que no se descuide, porque el otro día la vi leyendo las Campañas de Napoleón. Por ahí lo puede embromar.

Sylvina miró a Juan. Había en la intensidad de su mirada una verdadera súplica. Era como si le dijera: "Por caridad, no deje usted que Andrés siga molestándome. Es demasiado".

Juan recogió el mensaje y dijo en un tono de broma intrascendente:

—Oiga usted, don Andrés, así es que Sylvina, por lo que nos dice, es una verdadera enciclopedia. Para mí que es usted el que se las trae y muy gordas. Quiere ser el único que puede dar opiniones y demostrar conocimientos. No está bien eso. Déjela también a ella que haga funcionar su cabeza.

—¡Psh! De eso ella no se descuida. Ya lo verán.

—No, mi señor don Andrés. Usted está muy peleador. Le llamamos severamente la atención.

Sylvina, aparentando no darse cuenta de lo que decía Juan, había iniciado una conversación con el general, y, de vez en cuando, se volvía a Vicente para darle a entender que estaba pendiente de hacerlo participar de su charla.

—El Norte... —dijo con énfasis el general— es algo que da que pensar. Mire, mi estimada señora, ¿quiere usted que le dé una opinión bien sincera? El Norte, a mi juicio, está convertido en una calamidad. Fuera de Iquique y Antofagasta, los demás son pueblos que están haciendo una vida



totalmente artificial. No tienen medios propios que los sustenten. Son pueblos tristes, desolados, que sólo pueden vivir malamente con la ayuda fiscal. Las salitreras y los minerales de cobre son como las haciendas grandes que tienen sus pulperías, y por el pueblo pasan de largo. Lo ocupan nada más que para ir al correo o a la tesorería a comprar estampillas. A mí me parece que el Gobierno este y los que vengan deberán preocuparse de ir estudiando la manera de inyectarles vitalidad. Ya sea estableciendo industrias o enviando misiones de técnicos que estudien los terrenos de las pampas ya explotadas. A mí me han asegurado que hay allí elementos minerales de una inmensa riqueza. Si no se toman medidas, se va todo al mismo demonio.

—¿Quiere usted que yo les ponga limón a sus erizos?... —le ofreció Sylvina al general—. ¿Un poquito de aceite? Juanito, por favor, alcánceme la sal... Gracias.

Sus ojos lanzaban chispazos de cálida luz. Sonreía luego a Vicente con un aire inocente de novicia que acaba de confesarse.

—Don Andrés —preguntó el mozo, obsequioso—, ¿le pongo un *rhin* al hielo? ¿Le gustaría en seguida un *chablis*?

—Que diga el general. Yo, en vinos, nunca he logrado aprender nada. Juanito también en eso sabe mucho.

Escogieron el vino. Sylvina aliñó con gran dedicación los erizos y después apenas se comió una lengua. Le preguntó a su vecino:

—Iquique supongo que no estará en esas condiciones. Sería una pena. Yo adoro a mi pueblo.

El general, después de beberse casi entero el contenido de su copa, sin acordarse de la presión alta, se limpió reiteradamente los labios.

—¡Vaya! —exclamó—. No tenga idea de que usted era de Iquique. Ahora caigo. Don Andrés hizo su fortuna por esas tierras, si no me equivoco.

—¿De qué fortuna habla usted? —replicó Suárez, vivamente, dejando en el aire la respuesta que le iba a dar a la señora de Sánchez—; porque si usted llama fortuna a los roñosos pesos que yo tengo...

—¡Bueno! No discutiremos sobre el particular. Ya sabemos a qué atenernos. —Y volviéndose a Sylvina, le preguntó—: Perdone usted, señora, pero no he tenido oportunidad

de conocer su apellido. Porque su familia es de Iquique...  
¿No es así?

—Sí, claro —expresó Sylvina—; mi abuelo, que vino de Europa, y mi padre se formaron en la pampa. Yo soy Larre y por mi madre Caminondo.

—Curioso —dijo el general—; cuando estuve al mando del destacamento en Calama, había un sargento de apellido Caminondo. Tal vez no será de su familia.

Sylvina tomó el vaso de vino blanco y se bebió un trago. Después, moviéndose en su asiento y dándole la cara a su vecino, le contestó sonriendo:

—No, por el contrario. Ese es Félix Caminondo. Tío mío. El se quedó en el Ejército, sin mayores expectativas. Naturalmente que...

Había enrojecido y la fina curva de sus cejas brillaba. Con el índice se pasó la yema del dedo para suavizar el picor de la transpiración. Pero el general, que sopeaba feliz el jugo de los erizos y de la cebolla menuda, replicó, tragándose un bocado:

—No hay tal, señora. El Ejército es siempre un noble camino. Ya se lo decía a don Andrés. La preparación del militar chileno es tan eficiente, que un sargento es capaz de comandar un regimiento en un caso de emergencia.

Andrés Suárez sonreía mefistofélicamente. En su boca había un pliegue de burla y de desdén. Trató de hablar y Alsina exclamó entonces:

—Son lindos sus apellidos, Sylvina. Larre Caminondo. Me parece que son vasco-franceses los dos. Por eso a veces es tan porfiadita usted, señora...

Su voz era afectuosa, suave y acariciadora. En los ojos de Alsina brillaba una luz intensa. Sylvina replicó, ya respuesta:

—Sí, efectivamente, son apellidos vascos. Y aunque Andrés se ría de estas cosas, así como hay un sargento de artillería en mi familia, también hay un arzobispo, primo hermano de mi abuelo.

Andrés Suárez rió breve y sarcástico:

—Yo no me río de lo que tú crees. Tú bien sabes, Sylvina, que mi árbol genealógico comienza en mí. No blasono de parentelas encumbradas, ni desdén a los que no tienen nada más que el pellejo pegado al cuerpo. A mí lo que me interesa es lo que los hombres son capaces de hacer. Y en

los demás, siempre he creído en el dicho: "No es señor quien señor nace, sino quien lo sabe ser".

El general, que atacaba ahora un gran trozo de filete, dejó su cubierto para exclamar:

—¡Bravo! Eso se llama hablar bien. Merecen un trago esas palabras. Salud.

Alzaron todas las copas. Brilló el vino en el cristal. Afuera, junto a la baranda del pasillo, las aves del mar pasaban ondulando en el aire azul dorado. El mar seguía en su eterna canción, ronca y monocorde. Al otro lado, a través de las aguas, se destacaban los altos edificios de la aduana. Un vapor, anclado dentro de la poza, lanzó un largo y trémulo bramido. En el sol de la media tarde se perfilaron, como recortados en un dibujo, las velas de una goleta que enfilaba su proa hacia fuera de la bahía, dejando una estela brillante, que la inquietud de las aguas borraba casi en seguida.

Vicente Aspillaga preguntó a don Andrés, en un momento en que todos se quedaron en silencio:

—¿Ustedes piensan ir al Casino esta tarde? ¿O van en la noche?...

Suárez, que discutía de manera áspera aunque cordial con su vecina acerca de la calidad de las películas norteamericanas, le contestó:

—¿A la noche? No, mi amigo. A la noche pueden ir ustedes con Sylvia. Así no habrá ningún peligro de que la enamoren.

—¡Oh, por Dios, qué caballero tan bromista es usted! Y como la señora tiene un carácter angelical, abusó con ella —exclamó la señora de Sánchez.

—En realidad —la apoyó el general—, esta señora tiene cara de santa. Y tiene que serlo, porque me parece que don Andrés no es hombre que se distinga por su mansedumbre.

—No se equivoque, señor general, y no olvide tampoco que no hay regla sin excepción. Loyola tampoco se distinguía por su mansedumbre, y fue un santo. Era duro, cruel e inflexible. Pero yo no aspiro a santo. Nada de eso me entusiasma. Al Casino voy a ir en la tarde. Y después de comer alguna cosilla, a la cama. Un viejo reumático como yo debe contentarse con eso.

Juan Alsina le dio una palmada sobre el brazo.

—Sí, está bueno, muy bueno todo eso. Pero siempre que

no le piquen las pulgas. A la hora que Escudero lo apalea, es muy capaz de echar el reumatismo al diantre y quedarse hasta el amanecer. Y muy fresco.

—El tiempo está delicioso, don Andrés —dijo Vicente, con aire desaprensivo—. A un hombre como usted, un reumatismo así no le llega ni a tocar la piel.

Sylvina le guiñó un ojo al general.

—Yo no doy opiniones en este caso. Sé que serían muy reprobadas. Don Andrés no es de los hombres que se guían por las insinuaciones de su mujer.

—Perdido estaría —replicó éste, displicente—. Si les parece, daremos una vuelta en auto —agregó en seguida, dirigiéndose a la señora de Sánchez.

Bajaron a la calle. Una ráfaga húmeda hizo que las señoras se afianzaran el pañuelo en la cabeza. Los hombres, a quienes los tragos les habían puesto las mejillas encendidas, aspiraron con deleite el áspero sabor del viento del mar.

3

Senderos de luces palpitantes se extendían sobre las aguas del océano. En el fondo de la bahía bramó desolada una boya, y el ruido de una cadena, deslizándose a través del escobén, destacó después el chirrido de las máquinas en reposo. Oscilaban las luces sobre el puente de los barcos anclados en la poza. Y desde ellos podía admirarse el espectáculo de los cerros tachonados de luces que subían y bajaban por los faldeos.

En la esquina de Agua Santa resonó el agudo pitazo de un automotor, pintado de blanco, cuyos anchos ventanales arrojaban torrentes de luces sobre la calle. Como un enorme proyectil reluciente, salió disparado en dirección al puerto. Alzaronse en seguida las varas que detenían el tránsito en el paso a nivel, y entonces se puso en movimiento un río de vehículos que iba hacia el camino de Las Salinas.

Caía la noche y la puntilla de Concón se divisó cual una sementera de luces que tiritaban en el viento. La calle Valparaíso era un desfile interminable de gentes que conversaban, entre el resonar de las bocinas y el grito insis-

tente de los suplementeros que voceaban los diarios de la tarde. Almacenes, negocios de frutas, boticas y tiendas iluminados profusamente, veíanse atestados de público que curioseaba y compraba con lento y pegajoso afán de pasar el tiempo.

Don Andrés Suárez, que caminaba entre el general y su esposa, iba rezongando de todas las molestias ocasionadas por la afluencia de gente. De pronto se volvió a Sylvina, que les seguía a pocos pasos entre Vicente y Juan Alsina.

—Sylvina, ¿en qué botica dejaste la receta? Ya debe estar lista. Creo que es mejor pasar a buscarla ahora, porque a la salida del Casino seguramente la botica va a estar cerrada.

—Sí, Andrés. Venía pensando en ello. Es en la otra cuadra. No se preocupe usted, yo la pasaré a retirar ahora mismo.

—No lo olvides. ¿Le telefoneaste al practicante para que vaya a las nueve al hotel?

—Sí, Andrés. Ya está avisado.

—Y el dólar subió de golpe —exclamó el general—. ¡Qué barbaridad, hombre! Ayer lo cotizaban a setenta y ocho y ahora a ochenta y cinco. Y el nacional sigue por los suelos. Lo ofrecen a cuatro cincuenta. A este paso va a quedar a la par con el peso chileno. Le diré, don Andrés, que la situación de Argentina es hartó crítica. A este paso, no sé a dónde van a dar.

Andrés Suárez lanzó un gruñido desdeñoso.

—Todas esas alternativas no son nada más que maromas del mercado internacional. La cuestión es que no nos embromen a nosotros. Porque ese asunto del salitre me está pareciendo bastante intrincado. No se ve claro por dónde van a salir. Y lo malo es que los yanquis siempre harán lo que se les antoje.

Juan Alsina y Vicente Aspillaga discutían con Sylvina sobre las singularidades que ofrecía el arte moderno en todas sus expresiones.

—A mí me da la impresión —decía Juan— de que esta gente anhela dar la sensación de originalidad. De nuevas maneras de expresar la sensibilidad de hoy día. Pero el asunto no es tan fácil. Porque la vida sigue igual...

—Es decir —lo interrumpió Vicente—, tú dices que sigue igual, porque el hombre, o mejor dicho, el ser humano,

come, duerme, respira y camina, igual que lo hacía siglos antes. Pero hay otra manera de vivir, de sentir, de apreciar los fenómenos de la existencia.

Alsina se exaltó, interrumpiéndole con vehemencia:

—¡Qué fenómenos ni qué tonterías, hombre! No me vengas tú con teorías en el aire. El ser humano sufre, ama, goza y anhela, en la misma forma que hace dos mil años. Los hombres de ciencia resolvían los problemas humanos en parecida forma como se hace hoy día. Los artistas tenían un concepto de la belleza más hondo, más puro, más seguro. ¿En qué se ha superado el arte de los griegos? En las matemáticas, ya se conocían muchos de los secretos que han revolucionado al mundo actual. Si no, que lo diga Leonardo da Vinci.

—Oiga, oiga, Juanito, si todo eso ya lo sabemos —les interrumpió Sylvina.

Juan Alsina rió alegremente y en son de broma le replicó:

—¿Qué sabe usted? ¿Quiere que le diga una cosa? Que usted no es nada más que una mocosa intrusa, que se mete a dar opiniones de todo. Y si sigue por ese camino, voy a llamar a don Andrés para que la ponga a raya.

Sylvina le lanzó una mirada de fingido enojo. En el fondo de sus pupilas desleíase una dulzura afectuosa:

—¡Antipático! Si es él no más quien lo sabe todo. Pero, ógame, Vicente, y no venga usted también a darme en la contra, ¡cómo no va a ser interesante y original un Picasso, un Sartre! A mí me parece que han revelado un mundo nuevo y que por medio de sus concepciones nos han descubierto el secreto más hondo, más íntimo, de lo que es el mundo de hoy día.

—Sí; en realidad, eso es verdad —apoyó Vicente, sin comprometerse demasiado.

Por un instante, Juan sujetó del brazo a Sylvina y le dijo en tono de acatamiento total:

—Señora, usted tiene toda la razón. Sus opiniones me aclaran todas las dudas y me llenan de luz el cerebro. El cerebro de un hombre de cincuenta años, que ya ingresa de frentón a la edad senil.

—¡Juanito, Juanito! La junta con Andrés le está haciendo muy mal. Creo que voy a tener que rectificar por completo el juicio que tenía sobre usted.

—Lo sentiré mucho. Porque hasta ahora el juicio era bueno. ¿No es cierto? Pero mire, Sylvina, no nos pasemos de la botica. ¿No es aquí donde tiene que retirar la receta de don Andrés?

Hermoso golpe de vista daba el edificio del Casino, con sus cúpulas, sus amplios ventanales y sus jardines, en donde acaso había flores tan bellas como las que adornaban el jardín de Aladino. En la boletería de la entrada, el general quiso adelantarse a sacar los billetes para ingresar a la sala de juego, pero don Andrés se lo impidió con gesto autoritario:

—Usted manda en el Ejército. Pero en esta comparsa mando yo.

Dos jóvenes muy acicalados saludaron a Suárez y a Sylvina con gran cortesía. Sylvina vestía un amplio pollerón de tono gris y una blusa de lana color lila intenso, que le daba una gracia poética a su semblante. Un encanto casi irreal. Cuando pasaron, uno de los mozos preguntó a su amigo:

—¿Quieres decirme quién es esa mujer que acabas de saludar? La he encontrado muchas veces y nunca me han dado razón cuando he preguntado. Supongo que no será la mujer de Suárez.

—Pues es ella misma. Ella mismísima.

—¡Qué joder la pital! ¡No te puedo creer! No te lo voy a creer nunca! Casada con ese viejo de mierda. ¡Pero si no puede ser! ¡Ese encanto de mujer, casada con ese viejo con facha de capataz de hacienda grande! ¡Qué brutalidad, hombre por Dios! O mejor dicho, ¡qué mujer tan preciosa y tan bruta!

El otro hizo sonar en sus manos una media docena de fichas rojas. Sonrió con gesto desdeñoso y repuso:

—No tanto, no tanto. No te olvides que el dinero es el amo del mundo. El señor que todo lo puede, y Andrés Suárez, vendiendo tablas para hacer las casas de todo Chile, tiene más millones que Arlequín. Además, ella se casó con él cuando era mocosa. En un tiempo en que Suárez tenía riñones como para mandarse al pecho a todas esas niñas del café, que jamás el amor toman en serio, como dicen en "La Princesa de las Czardas".

—Bueno, pero ahora el viejo apenas se podrá echar el fusil al hombro para la Pascua de Resurrección. Y esa mu-

chacha está pidiendo más rienda que una potranca en El Ensayo. Porque se ve una muchacha...

—Sí, claro. Pero me da la impresión de ser una de esas mujeres que gozan sintiéndose admiradas. De esas mujeres que son capaces de sentir un espasmo oyendo a un idiota que les repita la jaculatoria de su belleza en todos los tonos. Y que cuando las atrincan, le sacan el potito a la jeringa.

—¡No estás fregando! Si al viejo le deben poner más gorros que en una enfermería. No hay mujer que aguante las ganas cuando se le calentó la paila. A mí el cuento de la frigidez sexual me convence muy poco. Las mujeres, si no tienen muchas ganas, se acuestan por saber lo que es canela. Y si el hombre, sea por casualidad o porque es muy gallo, las hace gozar, la frigidez se va al demonio. Y todo su hielo se convierte en una olla de aceite hirviendo. ¡Y esa mujer de Suárez es un churro muy apetitoso!

—Seguro. A mí no me ha gustado nunca. Me da la impresión de esas mujeres un poco solapadas, arteras. Que están esperando lisonjas. Bueno. Para ser justo, te diré que yo la he tratado muy poco. Son gentes que viven en un círculo muy restringido. ¡Pero que le hacen empeño, no me cabe la menor duda! Vicente Aspillaga, se me figura que la ronda. ¡A lo mejor ya se la ha mandado al pecho!

—¡Vicente Aspillaga! De veras que iba con ellos. Sería una verdadera lástima. Para mí, ése no es nada más que un pedante. Un tipo que cree que entiende en todos los conocimientos humanos. Sería una verdadera lástima que esa mujer tan preciosa se lo prestara a un idiota tan antipático.

—¡Psh! ¡Qué de extraño tendría! La mujer es un ser absurdo a menudo. Hace la romántica y pide que le hagan versos sutiles y delicados, y se entrega al chófer, en el pasto del jardín, mientras el marido lee el diario en el W. C. Conozco el caso idéntico de una muchacha linda y muy literatosa, a la cual le atraca el bote el chofer, que es una especie de boxeador o de trapealista de circo. El otro día los sorprendió el rondín nocturno, que cuida una fábrica ubicada en la esquina. Y un día el marido me declaró que a él le encantaba leer el diario en el W. C. "Uno ni se da cuenta de cómo pasa el rato", me dijo. "Sí —estuve a punto de decirle—, no se da cuenta de cómo lo echan por el des-



vío." ¡Ah las mujeres, hombre! Y pensar que uno no puede pasar sin ellas. Y a veces sufre como un animal, como una bestia que ha vivido en libertad y de pronto la encierran en una jaula, en donde apenas puede darse vueltas. Ya ves tú lo que me está pasando a mí. Irene se calentó con ese imbécil de la Embajada y ya no hay quién la detenga. No le importan su madre, su niño, su padre, que es un viejo tan bueno. Me ha pedido el divorcio y me ha dicho que si no se lo doy, se irá de todas maneras...

—En eso no hay caso. Estás frito. Tienes que dárselo, porque de otro modo te envenenará la vida. Pero antes dale una buena tanda. Una pateadura en regla. A lo mejor así te vuelve a querer de nuevo. Ya ves lo que le pasó a Rubén Reinoso. El sabía que su mujer le estaba poniendo el cucurucho. Lo majadereaba con muchas actitudes melodramáticas y estúpidas, pidiéndole la nulidad. Hasta que una noche Rubén le dio la gran "zarza". Creo que la cosa culminó tirándola escalera abajo. Y quedó, después de curarse los machucones, "como una seda". "Como un botón de rosa en el pensil." Claro que eso es una canallada, pero a veces hay que ser canalla para conseguir un poco de felicidad. Buena filosofía, ¿eh? ¿Qué te parece? ¿Volvemos a echar otra manito? A ver si se nos compone la suerte.

A medida que avanzaban por el amplio pasillo, sobre cuyo piso se extendía una espesa alfombra roja, comenzaba a oírse el bordoneo metálico de las fichas que ordenaban los ayudantes de los *croupiers* en las mesas de la ruleta.

Los "botones" iban y venían enfundados en sus ridículos uniformes ajustados. Los *maîtres* y mozos de categoría lucían sus amplios chaqués y sus camisas relucientes, que seguramente las lavaban por cuenta del poderoso concesionario. Las grandes salas, iluminadas feéricamente, veíanse congestionadas de gente que se apretujaba junto a las mesas de ruleta. En los asientos laterales, los que habían perdido "hasta el modo de andar", se aburrían, sin resolverse a abandonar las salas del Casino. Seguramente a cada rato esperaban encontrarse con algún amigo, con los bolsillos repletos de fichas de a ciento y algunas "galletas" de a cinco mil, que les dijera:

—Pero, hombre, ¡si yo me hinché! ¡Le saqué la cresta al Casino! Alguna vez hay que joderlo. Acerté siete plenos.

Me repitió el cinco cuatro veces y después otras tres veces al hilo. Oye, llegué a transpirar como una mula dando vueltas a una noria. Pero te imaginas el gusto que me daba cuando el baboso del *croupier* decía: "¡No va más!"..., y luego: "¡Colorado el 5!" Las otras tres veces últimas lo pesqué con plenos de quinientos pesos. Ahora me voy. Te dejo dos mil para que te entretengas. Pero yo me las echo esta misma noche para Santiago. Harto que me he jodido todo este tiempo. Pero ahora la embuché gorda. Cuando puedas me devolverás esos dinerillos".

Palpitaba el ruido de las fichas como una corriente metálica. La voz de los *croupiers*, con acento un tanto afeminado, o afrancesado, gritaban a cada instante:

—¡No va más!

—¡Negro el 17!

—¡No va más!

—¡Colorado el 27!

Unas mujeres, abrumadas por el peso de sus pieles, anotaban con minuciosa preocupación los números que iban saliendo, y que se fijaban en los pizarrones de la sala. Una de ellas dijo con sonrisa esperanzada:

—¿Te fijas, niña, que el 12, el 19 y el 32 no han salido ni una sola vez en esta mesa? Tienen que salir. ¿A ti cuánto te queda?

La interpelada, una mujer pálida, de carrillos caídos y ojos esquivos, contestó evasiva:

—¿Qué me queda? Nada casi. No alcanzo a reunir ni quinientos pesos. Y no he pagado el hotel. Ni siquiera se me ocurrió sacar boleto de ida y vuelta. No puedo jugar ni un cinco más.

En ese momento el *croupier* gritó:

—¡Colorado el 19!

La otra abrió con movimiento nervioso la cartera y sacó un puñado de billetes rojos.

—¿Ves? ¿No te decía yo? Acaba de salir el 19. Van a empezar a salir los números que estaban embuchados. Dame, dame lo que tengas. Juguemos mil pesos a medias. A lo mejor hacemos la grande. Y si nos va mal, yo tengo donde conseguir dinero para salir de apuros.

Apresuradamente compraron las fichas. Les dieron unas fichas preciosas. Eran de un color lila claro, como el matiz

de un rosicler en un amanecer de verano. Pusieron fichas al 19 y al 32.

Repicaba el ruido de las fichas su canción de mentida esperanza. La voz nasal y apretada del *croupier* gritó con su gutural sonsonete:

—¡No va más!

Y, casi en seguida, con una frialdad de frío irremediable, de luces que se apagaban y se encendían en los ojos ávidos, y de temblor en los labios trémulos, se oyó la voz cortante:

—¡Negro el 35!

El rastrillo arrasó implacable, sin miramiento de ninguna especie, todas las fichas que cubrían el tablero. El 35 era el único número que no tenía fichas. Unos dedos largos, delgados, ágiles como garras de ave de rapiña, separaban con prodigiosa rapidez las fichas, haciendo montones de colores. Las dos mujeres, silenciosas, se miraron con aire trágico. Una de ellas murmuró, como si las palabras se le cayeran de los labios:

—Vamos a otra mesa. Aquí ya estamos timbradas.

Andrés Suárez se había instalado en la mitad de una de las mesas, muy cerca del *croupier*. Había comprado fichas por valor de treinta mil pesos, en partidas de diez mil cada vez. Con sus grandes manos de venas en relieve, salpicadas de manchas de color café, regaba el tablero de fichas. Y cada vez el rastrillo se las llevaba para adentro. Saltaba la bolita e iba a detenerse, precisamente, allí donde Suárez no había puesto nada.

—Jodiendas grandes —rezongaba desdeñoso.

Y luego, sin que en su rostro se alterara ni uno solo de sus rasgos, sacaba su gran cartera de cocodrilo y desprendía de ella otro billete.

—¿Va a seguir con las amarillas, don Andrés?

—Me da lo mismo —gruñó distraído.

Sylvina tenía una mirada dura, congelada, como si sus ojos hubiesen perdido el color. Nerviosa, mordía la boquilla de marfil. Algo de hermético había en su semblante.

—Qué manera de jugar —sonrió forzosamente—. Perder el dinero de ese modo es absurdo.

Andrés Suárez le lanzó una mirada de asesino.

—¿Quieres irte a sentar, mujer? —le dijo, ahogando su ira—. Si no juegas, no sé qué estás haciendo aquí.

Sylvina permaneció inmóvil como una estatua. Con los párpados bajos, se quedaba a ratos como hipnotizada, mirando el reguero de fichas que derramaba su marido. En las ocasiones en que la esposa del general le habló, se limitaba a modular un monosílabo. Era como si la manera de jugar del viejo Suárez le causara una especie de pavor y de ira.

Vicente Aspillaga jugaba en el otro extremo de la mesa, con bastante suerte. Había acertado seis o siete plenos y los bolsillos se le hinchaban de fichas. El general, como los niños que hacen dibujos, ponía cada vez cinco fichas de veinte pesos en las esquinas de los números. Acertaba muy seguido pequeñas ganancias y su mujer se le acercaba feliz para susurrarle:

—Anda pasándome las ganancias para que no te tientes después. Dame las fichas.

Pero él se hacía el sordo. A ratos, ante la insistencia de ella, le cerraba un ojo, diciéndole:

—Sí, sí. Espérate un rato. No echemos a perder la suerte.

Juan Alsina, que había repartido mil pesos en fichas de a ciento sobre el tablero, para perderlas instantáneamente, se quedó en un rincón, evitando el tumulto de la gente. Sus ojos se detenían con expresión dolorosa en Sylvina. Varias veces se había acercado a ella para decirle:

—Salga de ahí, Sylvina. Venga, conversemos. Observemos el panorama.

Pero ella se limitaba a sonreír, con aire alucinado, como si tuviera que levantar a un mundo.

—Sí —murmuraba—, voy en seguida.

Mas, permanecía allí, hipnotizada, como si sus pies se hubieran enraizado en el suelo. Juan no veía sino a ella. Todo el espectáculo de emoción, de drama, acaso de tragedia, que se desarrollaba allí, se le disolvía en la mente. Quedaba completamente ajeno a ese angustiado debatirse de las pasiones humanas. “¡Sylvina, Sylvina! —pensaba—, ¿qué secreto lastre racial lleva en lo más íntimo de su alma?” No había duda de que era de otra raza, de otra naturaleza sensible. Que un fuerte ancestro, vivo y poderoso aún en su sangre, la trabajaba. Era una mujer soñadora, una mujer que amaba todos los más bellos atributos del alma humana. Y, sin embargo, era mezquina, casi avara, en lo que se refería a bienes materiales. Si un día Andrés Suárez se muriera, le a tocaría a ella tanto dinero, que no tendría tiempo de gastar-

lo en muchas vidas. ¿Es que el abuelo, trabajador venido de la tierra vizcaína, el padre y la madre, comerciantes de menestras allá en la pampa del salitre, le habían metido hasta el tuétano el amor al dinero? ¿El amor apasionado a los efectos materiales?

Y ahora estaba allí, desgarrándose interiormente. Con el corazón lacerado como una piedra llena de filos. Aquellos miles de pesos que Andrés Suárez botaba, sin que se le contrajera un músculo del rostro, acaso la harían agonizar. Juan sentía a ratos que una especie de odio, de desprecio, de desdén, le subía desde lo más íntimo. ¿Qué se podía esperar de un ser que no sabía lo que era la generosidad? Y ella blasonaba a ratos, en sus momentos de romanticismo, extraído acaso de sus lecturas de los diecinueve años, de un total desprendimiento por las cosas terrenales. Mas, cuando le pedía su lugar a Sebastián y ella iba con las manos sobre el volante del Cadillac de Suárez, Sylvina era otro ser distinto, otra naturaleza, que se identificaba con todo lo que aquello significaba en importancia social. Era su esplendor de mujer rica.

“No, no es posible —murmuraba Juan, hablando consigo mismo—. Esta mujer no vale nada. Tiene todas las fallas de los nuevos ricos. Gente sin evolucionar, sin trasvasijar. ¿Cómo puede lograrse un gran vino sino después de años de decantamiento?”

Se acercó de nuevo a ella y en ese momento Suárez le miró, haciéndole un guiño, para que se llevara a Sylvina, que le molestaba con su presencia. Alsina la tomó del brazo, diciéndole en son de broma:

—Ya, mujercita porfiada, venga conmigo. Vamos al cabaret a tomarnos un refresco, a oír música. ¿Qué saca con estar ahí, si don Andrés no va a cambiar de actitud? Al contrario, lo exaspera su cercanía.

Sylvina le lanzó a su marido una mirada indefinible. Luego bajó los párpados y le sonrió a Juan.

—Sí, Juanito —murmuró—, vamos. Me da ira ver cómo Andrés bota el dinero en esa forma tan estúpida. Cuando podía gastarlo en algo más provechoso, más noble. ¿No le parece? Ay, vamos a sentarnos. Me muero de cansada.

Juan Alsina se quedó un instante en silencio, sin contestarle. Miró hacia donde estaba jugando Vicente y lo sorprendió con los ojos pendientes de ellos. Con un montón

de fichas en una mano, se empuñaba para verlos hacia dónde iban. A su vez, advirtió que Juan lo observaba, y entonces volvió a interesarse por su juego. Suspiró hondamente Alsina y le habló entonces, como si estuviese monologando:

—¡Mi amiga adorada! ¿Qué ideas son esas que le entran en esa cabecita? ¿No se da cuenta de que Andrés Suárez puede tirar a la calle cien mil pesos todas las noches, durante un año, y que siempre será inmensamente rico? ¿Y que lo que le deje a usted y a su hijastro no lo podrán gastar en forma normal durante toda su vida? Es una tontería, mi muchachita porfiada. Además, don Andrés es hombre que nunca niega su ayuda a quienes se la solicitan. Estudiantes pobres, asilos de ancianos, ¡qué sé yo a cuántos ayuda! No vale la pena que usted se eche a perder la sangre porque él, de vez en cuando, tire a la calle unos pesos.

Sylvina había sacado su estuche y se pintaba los labios con parsimoniosa lentitud. Después, con igual minuciosidad, se pasó el pañuelo por el borde de los párpados. Sacó, en seguida, su boquilla de marfil y encendió uno de esos delgados cigarrillos ingleses que le agradaba fumar. Lanzó un hondo suspiro y ahora, sonriendo francamente a Juan, con sus ojos lípidos, claros y serenos, le dijo:

—Sí, mi amor; sí, mi padre misionero. No hace más que estar un instante solo conmigo, cuando ya comienza a sermonearme. Vamos, vamos a bailar un mambo. Ahí lo quiero ver al viejito verde. Al viejito enamorado. Porque me han dicho que está muy enamorado. ¿Es cierto eso, Juanito? ¿Es verdad que está usted queriendo a una mujer que es muy linda, según me han dicho?

Se le licuaban los ojos gozosos. Una luz de burlón afecto le iluminaba las facciones. Se reía ahora como una chiquilla loca de felicidad por el éxito de alguna travesura reciente. Tomándolo del brazo insistió con la voz baja y tierna:

—¿Verdad, Juanito, que es muy linda la mujer a quien ama? Cuénteme. Cuénteselo a su mejor amiga.

Juan, silencioso, la miró intensamente. Le ardían las pupilas y su actitud era la del hombre tomado por un sentimiento total. Le tembló la voz cuando le dijo:

—¿Linda y bonita? ¡Qué palabras absurdas y mezquinas son esas! Ella no es eso. Es un ser maravilloso. Una visión de ensueño. Una rosa entreabierta, un rayo de sol en el agua de un torrente. Un trino en la garganta de un pájaro...

Sylvina, sin soltarlo del brazo, se cubrió con la otra mano el rostro. Los ojos le brillaron y la boca húmeda era como una cereza que mostrara su pulpa.

—¡Juanito, por Dios! Pare, pare, por favor. Pero ése no es un ser humano. ¿Vive aquí en la tierra ese portento, esa beldad sin mácula? No puede ser...

Entre el tumulto de gente, preocupada de su problema del instante, y de los felices por efímeras ganancias, se tomaron de las manos. La mano de ella, fresca y tierna como un gran pétalo, oprimió la de Alsina dulcemente. Este le dijo entonces:

—Ese ser portentoso anda aquí en la tierra. Se llama Sylvina y lo tengo cogido de una de sus manos.

Sylvina se puso seria y murmuró con cálida entonación, tratándolo de tú:

—Juanito, Juanito, ¡cuánto me quieres! ¡Cuánto te quiero yo también! ¿No es verdad, amor mío?

Iban pasando por una mesa donde estaba sentado un hombre moreno, de ojos vivos y amplia frente, que miró a Alsina con gran persistencia. No pudo reprimirse y lo llamó:

—Juanito. ¡Juan Alsina!

Sylvina se sonrojó ligeramente, esquivándose. El hombre se había puesto de pie y le extendía la mano.

—También la conozco a usted, señora. Estuvimos una vez en Concón, almorzando con su marido, que nos convidó. ¡Usted es la señora de Suárez! ¿Cómo te va, Juanito?

—Bien, muy bien, querido Rodrigo.

Sonrió el hombre, desarrugando el ceño.

—Mira, si dijeras que te va mal, sería como para pegarte un tiro. Junto a esta señora, que es un ser divino, ¿a quién le puede ir mal? Dime: ¿andarán con permiso algunos ángeles del cielo aquí en la tierra? Pues, de otro modo, no me lo explico.

Sylvina, sin vanagloria, le agradeció, diciendo con efusiva alegría:

—¡Qué exageración, Dios mío! Dígame, ¿viene usted del trópico o ha sido siempre la fantasía su condición primordial?

—¡Nada, señora! Le advierto que no soy poeta ni algo que se le parezca. Soy, por el contrario, excesivamente realista. Soy milico. Un hombre que aprendió el arte de matar. ¿Ha visto horror igual?

Sylvina, ya en confianza, había apoyado el codo sobre la mesa y le miraba con ojos curiosos.

—No tanto. El arte de la guerra debe ser una necesidad biológica. Por ahí he oído decir que si existiera una paz eterna, la tierra no podría alimentar a la gente que vive sobre ella. De modo que...

—Se justifica, dice usted, señora mía. Pero en este momento yo pienso que ha sido un gran error el mío. Supóngase que en una guerra civil, por uno de esos azares del destino, yo la matara a usted. ¿Cuántas vidas serían necesarias para reparar tanto daño? Ni en mil años se conformaría el mundo al recordar tal catástrofe. ¿No te parece, Juanito?

—¡Uf! —rió Sylvina—. Usted erró la profesión, señor mío. Usted debía dirigir una gran empresa de propaganda. Vendería hasta las piedras de un río, haciendo creer que eran pellas de oro.

Juan Alsina le cerró un ojo a su amigo:

—No es para exagerar tanto. Pero en los elogios a Sylvina yo te encuentro toda la razón. Más que eso: me doy cuenta de que ella realiza el milagro de convertir en poetas a quienes no lo son.

Sylvina estaba realmente divertida con aquellas palabras, ligeras, pero empapadas en simpatía, que elogiaban en tono de broma afectuosa su belleza.

Juan Alsina preguntó:

—¿Qué se va a servir usted, Sylvina?

—Una limonada fresca. Con poco hielo.

—¿Y tú, Rodrigo?

—Yo, el trago más humilde que haya. No creo que falte a la decencia al contarte que perdí hasta la camisa, en la forma más tonta que puedes imaginarte. No pensaba venir al Casino. Vine por una equivocación de la empleada de mi casa. Tú sabes que soy edecán del Presidente.

—¡Ah! —interrumpió Sylvina—. Usted es el coronel Rodrigo Moren.

—El mismo, señora.

—Ahora lo recuerdo bien —exclamó la joven—. Aquella vez que lo encontramos en Concón usted andaba de uniforme.

—Creo que sí, señora. Veo que tiene buena memoria. Otra de sus cualidades.



—¿Y qué es lo que te ocurrió? —preguntó Alsina.

—Pues, que yo me iba al Sur con mi mujer y mis chiquillos. Pero este viaje estaba sujeto a lo que ordenara el Presidente. Llamó S. E. y no había nadie en mi casa. Recibió el recado la empleada y lo entendió todo al revés. El Presidente dijo que no necesitaba a nadie en Viña, fuera de un secretario, y que todos sus edecanes se fueran a veranear tranquilos. Pues, la empleada entendió todo lo contrario. O sea, que S. E. me esperaba en Viña.

—¡Qué barbaridad! —exclamaron a un tiempo Sylvina y Juan.

—Una barbaridad espantosa. Cometí la tontería de venirme con todo el dinero que tenía para el viaje, y cuando el Presidente me dijo que me fuera cuanto antes, porque no me necesitaba para nada, se me ocurrió la más genial de las ideas: venir al Casino, para tentar suerte y aumentar mis fondos. Y tú sabes que el señor Escudero es muy bromista. Me dejó poco menos que como el hombre que no tenía camisa.

—¡Qué loco es usted! ¡Ah, si los hombres en ciertos casos tuvieran el criterio de las mujeres, no les pasarían estas cosas! —exclamó Sylvina.

Alsina miraba sonriendo a Moren. De pronto lanzó una gran carcajada.

—¡Pero qué hombre tan igual en sus cosas! Desde que eras un chiquillo de doce años has obrado en la misma forma. Por supuesto que todas esas tonterías las has hecho con tu dinero o con lo que tienes. Oyeme, si estuviera la señora Renata aquí, sería capaz de darte con el palo de la escoba por tonto. Ya veo en los apuros que te vas a ver. Eres un grandote sin cabeza. ¡Y cómo se equivoca la gente! Por ahí dicen que eres uno de los más brillantes oficiales del Ejército.

—Ahí tienes tú —murmuró Moren, ahora casi tranquilo y despreocupado—. Si la gente habla nada más que porque tiene boca.

Conversaron de cosas indiferentes, y de pronto Moren se levantó para irse.

Sylvina, inquieta, miraba a Juan, sin atreverse a insinuar que si algo se le ofrecía, lo podía ayudar. Pero Juan, levantándose a su vez, le dijo:

—Perdón, Sylvina. Este hombre es uno de mis grandes

amigos. Y un noble corazón. Un segundo. —Alcanzó a Moren y le dijo—: Te puedo prestar un poco de dinero. Acéptalo. Entre nosotros no puede haber cumplimientos. Me lo darás sin apuros. Ahora que soy abogado de Andrés Suárez, me pasa lo que a los carniceros: engordan con la proximidad de la grasa. Si me veo afligido, ya le daremos un palo a don Andrés. Además, ahora que soy soltero, mis necesidades son muy pocas. Andate tranquilo, Rodrigo.

Sylvina lo esperaba inquieta.

—Juanito, si a usted le hace falta lo que le facilitó a su amigo, yo se lo puedo pedir a Andrés. No vaya usted a andarse con etiquetas. Además, es dinero en calidad de préstamo, y eso no puede perturbar mi calidad de avara, de mezquina, como cree Andrés que soy.

—Oígame, Sylvina, ¿quiere usted hacerme otro servicio? No de dinero. Dígame que lo va a hacer. ¿Sí? Bien, acompáñeme ahora. ¡Son tan pocas las veces que puedo hablarle! Tengo el corazón como en un calabozo oscuro, tétrico. Necesita del perfume de su persona, de la claridad de sus ojos.

Sylvina le miró tierna y complacida, como se mira a un niño. Poniendo su mano sobre la de él, le dijo:

—Pero aún me ha dicho muy pocos piropos, Juanito. Con unos cuantos, creo que podría sacar a ese corazón del calabozo. ¿Y valdría la pena? Porque después habrá que echarlo de nuevo a la obscuridad. ¡Me da pena, amor!

Sallieron a bailar, bailes cuyo nombre Alsina ni siquiera columbraba. ¡Con qué aérea gracia giraba ella! Le parecía a él que su cuerpo era como el tallo tibio de una planta delicada, y que un movimiento brusco lo podía tronchar. Entonaba a ratos la melodía del baile y de pronto le susurraba:

—Juanito, dígame que me quiere. Dígamelo, amor. Dígame que me adora. Dígame que soy linda. Sólo cuando me lo dice usted le encuentro gracia. Ay, Juanito, ¿qué será de nuestras vidas?

Juan la aprisionó del talle con más fuerza, aproximándola a él. Los ojos de Sylvina eran dos torrentes de luz magnética, cuyo efluvio le llegaba hasta el corazón. Un perfume leve surgía de ella, como de una rosa al acercársela al rostro.

—Nuestras vidas podrían ser un canto de amor —murmuró Juan lentamente—, una divina melodía. Todo depende de tí. Tú puedes convertir esta ansiedad dolorosa en felicidad, en alegría, en dulzura. Puedes curar todas las heridas. Puedes hacer que resplandezca una luz radiante en donde ahora sólo hay oscura desesperación. Di, adorada, dime, mi niña caprichosa, que tú también lo anhelas con tanto fervor como yo.

Sylvina apretó su mano en la de él.

—Sí —suspiró—; bien sabe usted que yo también lo deseo. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Qué hago yo para no ser cobarde, para atreverme a coger un poco de esa dicha que necesitamos como el aire para vivir? Es que no me atrevo a prometerle lo que...

En ese momento terminaba el baile. Fueron a sentarse con aire grave y dolido. Sylvina alzó los ojos dulces y amorosos.

—Juan —murmuró—; Juanito, no quiero verlo triste. Recuerde que lo quiero mucho. Que todos mis pensamientos y mis sueños son totalmente suyos.

Estaban tan abstraídos, que no se dieron cuenta de que Vicente Aspillaga se había reunido a ellos.

—Por Dios —exclamó irónico—, qué conversación tan animada la de ustedes. Ni que estuvieran de duelo. ¿Cuál de los dos es el afectado?

Sylvina, más dueña de su voluntad, se rió. Pero su risa fue en el aire, como si estuviera haciendo un ejercicio vocal.

—Siéntese, Vicente —le dijo amable y atenta—. ¿Cómo lo ha tratado la suerte?

—Así, más o menos. Yo juego con mucha cautela y así también son mis ganancias. Aunque dicen que de los audaces es la fortuna, yo no voy con el dicho. ¿Tú jugaste, Juan?

—Tiré mil pesos a la ruleta y los perdí instantáneamente. A mí me aburre estar ahí, como hipnotizado, viendo si va a salir el número. Me parece idiota. Por lo demás, no tengo suerte para esto. No he ganado nunca.

—Juanito es afortunado en amores —dijo Sylvina, con intención traviesa.

—Así me parece a mí también —dijo Vicente—. Este se hace el leso. Sabe mucho.

Juan Alsina permaneció en silencio. Se entretenía en

lanzar el humo del cigarrillo, en densas columnas. De pronto sonrió malicioso y exclamó, dirigiéndose a Sylvina:

—Mire usted quién viene ahí. ¿Qué le pasó a éste?

Era Rodrigo Moren. Venía radiante. Riéndose desde que los divisó.

—¿Has visto, hombre? Hice la grande. Perdona, señora, pero lo que me ha pasado ha sido estupendo. Oye, Juanito, te diré que ésta no la hago ni en cien años.

Saludó a Vicente y continuó poseído por una verdadera euforia:

—Pero es que tenía una rabia negra. Una ira de perro hambriento. Cambié cuatro mil pesos de los cinco que me facilitaste y los jugué a la brutanteque. Estuve casi en la inopia y con los mil que me quedaban comencé a rehacerme. Oyeme, pero esto es una brutalidad muy grande. Ahora comprendo cómo la gente se envicia en esta lesera. ¿Quieres que te diga? Recobré todo mi dinero y gané treinta mil pesos. ¿Has visto? Toma, Juanito, ahí tienes lo tuyo. Muchas gracias. Debiera darte la mitad de mis ganancias; pero como con eso te ofendería, los invito a un trago. El más caro que haya en el Casino. Yo creo que a usted, señora, le debo la suerte. A la mirada de sus ojos. ¡Por cierto, qué ojos tan hermosos tiene usted! Ahora que estoy contento se los encuentro más lindos.

Sylvina lo miraba riendo.

—¡Qué hombre tan arriesgado es usted! Supóngase que hubiese perdido. ¿Qué habría hecho? ¡Se habría merecido una paliza!

Rodrigo Moren se secaba la transpiración del cuello. Adelantó el busto para decirle:

—Eso sería el colmo de la felicidad. Unos palos de usted los sentiría como caricias. ¡Ay, señora! No olvide que de los audaces es la fortuna. Esta misma noche me voy a Santiago. Ahora nadie me hace jugar un peso, ni por penitencia.

—Qué pena —bromeó Sylvina con coquetería—, y yo que pensaba pedirle que jugáramos a medias. Ya sé que no lo podrá hacer.

Rodrigo Moren bebía con deleite un trago de *whisky*. Agitó el vaso para que se disolviera el hielo y le contestó:

—¡Es que ahí la cosa cambia! Por una mujer como usted, se pueden perder una fortuna y la vida. Se pueden

hacer todas las locuras: incluso traicionar a la Patria... Pero esto no lo repita. ¡Soy un militar de intachable pundonor!

Rieron todos ante la cómica actitud de sigilo con que Moren pronunció las últimas palabras. Vicente, golpeando su grueso anillo sobre el cristal de la mesa, observó:

—Veo que es un temperamento apasionado el de este caballero. Hace declaraciones contundentes.

Juan miró a Sylvina con dulzura y dijo con lenta voz:

—Sylvina provoca siempre estas declaraciones. Se lo diremos a don Andrés, para que tome sus medidas.

—¡Por Dios! —exclamó la joven señora—. ¡Y van a ser las dos de la mañana! ¿Qué será de Andrés? ¿Vamos a verlo un momentito?

Recorrieron las mesas de la ruleta y, como no lo encontraran, se dirigieron a las de punto y banca. La sonajera de las fichas los perseguía como un bordoneo metálico. En una de ellas estaba Andrés Suárez, muy erguido y tieso en su asiento. Se había olvidado de su reumatismo y de todos los achaques que pudieran sobrevenirle. En ese momento el *croupier* gritó:

—*Encart!*

Después, impasible, volvió a exclamar:

—Hagan juego, señores.

Los naipes saltaban como pájaros traviesos en las ramas de un árbol, en el extremo de la tablilla del *croupier*.

—¡Cartas! Público, cero. Uno la banca. ¡Ganó la banca!

Los ojos miraban sin perder un detalle. Nada podía distraer la tensión de la gente que allí se sentaba. Las manos apretaban las fichas. Y los ojos seguían como en una trayectoria apasionante el movimiento de las manos que tomaban las cartas. Andrés Suárez tiró al público dos galletas de a cinco mil pesos. Sylvina estaba pálida y sus ojos habían vuelto a recobrar su dureza de piedra. Con la boquilla de marfil entre los dedos, su mano temblaba levemente.

El *croupier* gritó:

—Siete la banca, cero al público. Ganó la banca.

Andrés, impasible, volvió a lanzar otras dos galletas de a cinco mil pesos sobre el tapete. Sylvina se acercó en silencio y, tras breve vacilación, le dijo:

—¿Nos vamos, Andrés?

El viejo la miró, refunfuñando:

—No pienso irme todavía. Está muy entretenido esto.

—¿Y el reumatismo? —insinuó Sylvina con voz afable.

—El reumatismo está esperándome en la cama. Por aquí no lo he visto.

En ese momento el *croupier* gritaba:

—Nueve la banca. Ganó la banca.

Andrés Suárez lanzó sin vacilar las dos últimas galletas de cinco mil pesos que le quedaban. En seguida extrajo de su bolsillo el libretto de cheques. Firmó uno, y haciéndole un gesto a Juan, le indicó que se acercara.

—Hágame el favor de llenarlo por cien mil pesos y cóbrelo arriba. Tráigame pronto el dinero.

Juan se dirigió en seguida a cumplir el encargo de Suárez. Sylvina lo siguió casi corriendo.

—¡Juan! Juanito, óigame, por favor.

Aisina se volvió a mirarla. Tenía el rostro descompuesto y los ojos trizados de desesperación. Arrebatadamente le dijo:

—Juanito, por Dios, ¿cómo es posible que le haga caso a Andrés? ¡Si está loco! Botando el dinero como un enajenado. No le cobre ese cheque. Si no es posible. Se lo pido yo, Juanito. No lo haga.

—Venga —le dijo Juan con voz tranquila e imperativa—. Venga. No me ponga en una situación ridícula y absurda. Su marido está en su sano juicio. Yo le doy mi palabra de honor de que si pierde este dinero, le llamaré la atención, invocando mi amistad. Venga, Sylvina, tenga calma. Usted conoce demasiado a su marido y no va a hacer una escena aquí.

—¡Qué barbaridad —exclamó Sylvina—, tirar el dinero de ese modo! ¿Se da cuenta usted a cuánta gente se le podría hacer el bien con esa suma?

Juan pasó el cheque por la ventanilla. El cajero lo saludó y le preguntó:

—¿Es de don Andrés Suárez?

—Sí. ¿Hay necesidad de consultarlo?

El hombre sonrió diciendo:

—¡No! Ese caballero puede girar muchos cheques un poco más grandes que éste. ¿Qué clase de billetes?

—¡De diez mil!

Juan miró a Sylvina. Una pálida sonrisa la hacía más

bella. Con los labios entreabiertos lanzaba el humo de su cigarrillo, para aplacar los nervios.

—¡Qué gran tonta soy! —comentó con la voz trémula. Juan la miró con tristeza. Después le dijo:

—Algo de eso hay, mi adorada. Perdóneme, pero...

—Sí, es verdad —prorrumpió ella con vehemencia—; pero mi marido es un estúpido. No me explico cómo ha podido ganar tanto dinero.

Cuando volvieron, encontraron a Andrés Suárez frente a un montón de fichas de cinco mil. Su porfía, su fría decisión, habían vencido al azar. Juan miró con ojos burlones a Sylvina. Esta se había sonrojado, y al observar la mirada de Juan, se acercó a él, para decirle entre dientes:

—Juanito, no se burle de mí. No se ponga antipático. Sea encantador, como lo es siempre.

—Muy bien. Pero aquí no puedo ser encantador. Vámonos a bailar otro rato.

—Sí, vámonos. Esta tensión me resulta intolerable. Yo no puedo ver a Andrés jugar de ese modo.

Sin embargo, se quedaron un instante aún. Vecino a ellos estaba sentado un hombre pálido, cetrino, de labios gruesos y desdeñosos. Tenía frente a él un enorme montón de fichas. Lo observaba aquella muchacha rubia que saludara a don Andrés y a Vicente en la playa. Veíase marchita y en sus ojos se extinguía la luz de una gran fatiga. El *rouge* de sus labios se había desteñido, y, a ratos, respondiendo al duro acicate de los nervios, le asomaba la lengua blanquecina. Ya no le quedaban sino cuatro fichas de cien pesos.

Miró al hombre pálido con reiterada persistencia. Este bajó los ojos hasta las fichas que tenía frente a él, y le devolvió la mirada. La joven tenía en el hueco de la mano una llave atada a una ficha metálica con un número. Le ardieron los ojos intensamente y luego bajó los párpados, con tal sabiduría expresiva, que el hombre sonrió.

—Si usted quiere le devuelvo ahora su dinero —le dijo con gran desparpajo—. Ahí van cinco mil, mientras tanto.

Juan tomó levemente a Sylvina del brazo y la empujó hacia el pasillo.

—¿Vio? —le dijo—. Pocas veces había visto funcionar mejor la telepatía inalámbrica.

Sylvina preguntó:

—Parece que ella le pidió dinero. Deben de ser muy amigos para atreverse a tanto.

—¡Tontita! A ratos veo que es bien inocente. O lo simula. Quiere decir que yo capté mucho mejor el mensaje.

—¿Cómo fue? —preguntó Sylvia, asomándole a las pupilas una lucecita tímida y llena de curiosidad.

—Pues, el mensaje fue el siguiente: "Lo espero en mi departamento. Pero antes facilíteme un poco de dinero".

—¡Qué horror! Pero eso no puede ser, Juanito. Creo que usted se pasa de preparación. ¿Esa niña, no es la esposa de René Elizondo? ¡Qué mal pensados son ustedes, los hombres!

Juan se quedó silencioso. Después dijo:

—Es verdad. Pero las mujeres son siempre seres desconcertantes. Y hacen cosas terribles.

Bebieron un refresco en silencio. Después bailaron, abortos en la ansiedad que los hería.

En ese momento apareció don Andrés.

—Perdí una bagatela —dijo—, casi nada. Pero oiga usted, Juanito, ¿se fijó en ese hombre pálido, flaco, que estaba sentado cerca de mí? Es Numan, el millonario árabe. Y a propósito de él, les quería contar lo que le pasó. Yo no creo en supersticiones, pero siempre, dicen, cuando uno está ganando y presta dinero, se va al hoyo inmediatamente. Y es lo que acaba de pasarle a ese tipo. Tenía un cerro de fichas. Estaba ganando como para darle un capote al Casino. Pues se le ocurrió prestarle un poco de dinero a esta muchacha, que es tan simpática... No recuerdo su apellido en este momento. ¡Psh! ¡Qué diantres!

—La mujer de Elizondo —le apuntó Alsina.

—La misma. Pues, casi en seguida comenzó a perder que era un gusto. ¡Tenía una cara de asesino! Bueno, doña Sylvia —insinuó Suárez—, ¿nos vamos o quiere seguir pololeando con Juanito? Parece que don Vicente, su otro admirador, la ha dejado un poco abandonada esta noche.

—Muy simpática la broma —exclamó Sylvia, sonriendo con desdén no exento de molestia.

Sallieron. Afuera hacía un frío húmedo. Por la avenida de La Marina, como en la canción de Jean Sablon, resonaban los cascos de un caballo arrastrando una victoria. En la esquina de Miramar, perforó la noche el silbido de un automotor que iba hacia Quilpué. El suelo estaba húmedo



y los globos de las luces del Casino velanse nimbados por la niebla. El mar rezongaba triste, a lo lejos.

Sylvina observó:

—¡Qué agradable el aroma a heliotropo!

—Tú siempre percibes las cosas agradables de la vida —dijo Suárez, comenzando a armar la bronca.

—¡Alguna cualidad he de tener! ¿Verdad, Juanito?

—Sí, ¿pero a dónde vas? —le interrumpió Suárez—. No te olvides de que hemos de acompañar a Juan hasta su hotel. Si él fuera rico, o menos delicado de lo que es, estaría en el hotel nuestro. ¡Qué agradable es ser rico!, ¿verdad, Sylvina?

Llegaron al hotel de Juan.

—Qué viejito tan peleador se ha puesto usted —bromeó Juan—. Y con Sylvina... ¡Psh! No le hallo ninguna gracia. Buenas noches.

4

Volvió Sylvina de ver una casa que don Andrés, a instancias suyas, había resuelto edificar en el barrio de El Golf, por el lado de San Pascual. No eran pocas las molestias que le había ocasionado aquella casa. Los arquitectos y constructores, al tanto de la fortuna de Suárez, hicieron lo posible para convencerlo de que construyera una casa enorme, con grandes salas, como para alojar a un regimiento. Por supuesto que, al ser aceptado el proyecto, las ganancias de ellos iban a ser fantásticas. Pero Sylvina se opuso resueltamente, y Suárez, que siempre tenía la costumbre o la manía de llevarle la contraria, esta vez le dio toda la razón. Era más que ridículo, absurdo, vivir en un caserón cuando ellos eran sólo dos personas. Felipe, hijo natural de Suárez, no vivía con ellos, pues era alumno de la Escuela de Minas y vivía allá en La Serena, como pensionista. Sólo venía a Santiago en los periodos de vacaciones.

Andrés Suárez demostró en esta circunstancia una gran delicadeza. En ningún momento trató de imponerle a su esposa que aceptara a ese niño en el hogar. Cuando se lo insinuó, Sylvina, sin pensarlo ni un segundo, le contestó:

—Si nosotros no tenemos hijos, ¿por qué no traer a ese niño a la casa? No hacerlo me parecería un gran egoísmo.

Suárez, arrugando el ceño, le lanzó una escrutadora mirada. Brillaron sus pupilas bajo las tupidas cejas. Estaban en la mesa, almorzando, sin que hubiera ningún invitado. Ni siquiera el infaltable Vicente Aspillaga, que a menudo llegaba solo o con su mujer, Reinalda, una joven rubia y radiante de simpatía y de belleza, sin ostentación.

Don Andrés Suárez se quedó un instante abstraído. Con las manos empuñadas, apoyándose las sienes y los codos sobre la mesa, se volvió de pronto a Sylvina para decirle:

—Mira, yo reconozco que he sido y soy un poco atrabiliario contigo. O, por lo menos, que siempre te he impuesto mi voluntad. Pero, en este caso, me parece un poco fuerte la cosa. No acepto tu respuesta favorable inmediatamente. Te voy a dar por lo menos un par de meses para que lo pienses y des vuelta el asunto. Por lo demás, a este chiquillo lo voy a mantener interno. Pero, naturalmente, quiero que cuando salga a la calle, tenga una casa, o su casa, a donde dirigirse.

—Como usted quiera, Andrés. Yo le voy a contestar siempre lo mismo. Ya lo pensé. Vuelvo a repetirle que sería un gran egoísmo de mi parte no aceptarlo. Pase, en el caso de que tuviéramos muchos hijos. Y ni aún así creo que es humano.

—Bien —dijo Suárez, levantándose y sacando su gran cortaplumas, para abrir su puro—; me gusta oírte hablar así. —Encendió en seguida el cigarro y comenzó a pasearse por la sala.

El sol entraba a torrentes por los ventanales, haciendo resaltar el colorido de los dibujos de la alfombra. La dorada luz iluminó de pronto un cuadro colocado en la testera, a espaldas de Sylvina. Representaba a unos vacunos de piel rojiza con manchas blancas, que bebían agua en una acequia al pie de unos rubios álamos. El cuadro tenía una bellísima perspectiva y el campo se extendía en una nota verde-dorada, bajo un cielo pálido de poética tonalidad.

—En dos meses más hablaremos del asunto —murmuró Suárez—. Por ahora el chiquillo está en casa de su abuelo, que me escribe preocupado por él. Por su porvenir, por sus estudios. ¡Qué sé yo! Además, me informa de que su salud

es muy delicada y teme que cualquier día doble la esquina y el muchachito se quede en el aire.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Sylvia.

—Dieciséis años.

—¡Dieciséis años! Y estamos catorce años casados. O sea que usted ya se sentía muy satisfecho de la mujer que tenía en su casa.

Sonrió con leve tinte de amargura la joven y, mirándole con los ojos duros y serenos como un espejo de tersa e inmóvil superficie, le agregó:

—Después dicen que los hombres no son unos sinvergüenzas y que las mujeres tienen la culpa en el fracaso de los matrimonios. No miran nada más que la satisfacción de sus apetitos. La alegría y la felicidad de la mujer legítima no les importan un comino.

Andrés Suárez se la quedó mirando con curiosidad. Fue como si en ese instante se diera cuenta de que su mujer era linda. Un remordimiento, muy superficial, lo hizo pensar un instante que él no debía haberse casado con Sylvia. El era explosivo, vehemente, colérico. En sus estallidos de iracundia era una verdadera catarata. Y cuando conversaba con sus amigos, en momentos de buen humor, era excesivamente expansivo. En cambio Sylvia era casi hermética. Era rebelde a dejar ver lo íntimo de su carácter. La dureza vizcaína se le hacía presente. Muy pocas personas podían decir que la habían visto llorar. Y en el cine, en la parte más emocionante, comenzaba a sonreír, en una forma que era más bien trágica. Más de una vez ocurrió que, no obstante su terquedad y orgullo, las lágrimas fueron más fuertes, y la vencieron, rodando por sus mejillas.

Suárez se quedó mirando el cuadro iluminado por el sol y le preguntó a Sylvia de pronto:

—¿De quién es ese cuadro?

Sylvia estiró los labios con un gesto desdenoso, peculiar en ella, y respondió cortante:

—De Valenzuela Llanos.

—¡Vaya! Nunca había reparado en él. Ahí, iluminado por el sol, produce la sensación del campo en otoño. ¿Lo compraste tú?

Sylvia, que en ese momento abría una caja metálica de cigarrillos ingleses, lo miró, sonriéndose realmente divertida.

—¡Vaya! ¿Pero es que usted ha comprado alguna vez un cuadro?

—No, nunca. No tengo tiempo para eso. Pero sé que tú vas a las exposiciones, y allí discutes con Alsina sobre pintura. ¡Me imagino que te lo habrá escogido él!

—¡Está bueno! Me parece que tengo criterio propio. Claro que mis conocimientos sobre pintura se los debo en gran parte a Juanito. Tiene un gusto estupendo y es un gran pintor.

Suárez estaba en uno de esos momentos de gran bondad. Apoyado en una hermosa silla de estilo francés, que era la moda del día, la interrogó con gran curiosidad:

—¿Sí? ¿Crees tú? Me alegraría mucho de que así fuera. Juan es un gran muchacho y además un hombre de una mala suerte que no merece. ¿Qué más quería esa estúpida de mujer que tenía? Era un marido de lujo para ella. Es una bruta. Se separó de Alsina para casarse con un pije-cillo. Un Tapia Larraín. Lo trágico para ella es que el tipo tenga como apellido paterno el de Tapia. ¡Dios Santo, qué gente tan ridícula! Debe rabiar todos los días.

—No hay tal —exclamó Sylvina, riendo con su risa de niña—. Matilde suprimió su apellido y ahora se llama nada más que Matilde Tapia Larraín. Y el Larraín lo pronuncia acentuándolo en la a, como es costumbre pronunciarlo en la clase alta.

Andrés Suárez rió sarcástico.

—Este es el mundo de ahora. Nuevos ricos, estúpidos como cangrejos, renegados arribistas sociales de auténtica clase media y oligarcas tronados. Es algo insoportable. Bueno, Sylvina, me voy. Chao.

Debía de andar de muy buen humor Andrés Suárez para que empleara la palabra chao al despedirse. Eran de esas cosas a las cuales siempre se mostraba rebelde, y cuyo empleo más bien lo hacía irritarse.

Sylvina se quedó sentada en la cabecera de la mesa, abstraída en sus pensamientos. Recordó uno de sus viajes al Sur; en una época en que acompañaba con frecuencia a Suárez. Entonces conoció a aquella muchacha con la que su marido había tenido ese hijo. Era una joven rubia, de cabellos claros y tez delicada. Los ojos azules le conferían un aspecto de inocencia, de recato, de timidez angélica. Daba la sensación de una flor recién abierta. Sus padres

eran suizo-alemanes, y la chiquilla había nacido allí en el campo, en medio de una naturaleza opulenta. Educada en el liceo de Temuco, allí cursó hasta el sexto año de humanidades.

Un romance, iniciado apenas, fue cortado bruscamente por don Germán, el padre. El pretendiente de Elsa, un joven teniente de Carabineros, se enfrentó lealmente con el viejo, a quien declaró sus intenciones.

—Estoy en los comienzos de mi carrera —le dijo—, y creo que en un año más ascenderé y entonces estaré en condiciones de casarme con Elsa. Mi familia es de aquí, de Temuco. Gente conocida y respetable, aunque no tienen fortuna. Para mí será una gran felicidad que usted no se oponga a nuestros proyectos.

Don Germán se quedó hosco y silencioso, rumiando su respuesta. Después le declaró ásperamente, con lentas palabras:

—Yo no tengo nada que decir en contra de usted. Pero Elsa es muy joven. Muy joven. Más adelante hablaremos. Por ahora, la hija se va al campo a ayudarle a su madre en la casa. ¿Usted ascenderá a capitán?

—No —repuso el mozo, herido en lo vivo—. Ascenderé a teniente. Ya vendrá lo demás.

—Sí, pues, ya hablaremos, si ella lo sigue apreciando. Y Elsa se fue a la casa de sus padres, sin chistar. Allí vivía en la medianía de lo que era la existencia de un colono, dueño de una hijuela de ochenta hectáreas. Criando gansos y chanchos. Echándose a perder las manos en la hortaliza y con el tizne de las ollas de la cocina. Un día Raúl Gómez la fue a visitar al campo. Llegó en un brioso caballo cubierto de sudor. Iba muy correcto en su uniforme de servicio. Elsa, tímida y ruborosa, le ofreció asiento en el corredor. Advertíanse en ella el temor y la angustia, pensando en la acogida que don Germán le dispensaría.

Don Germán, al llegar, pasó de largo hacia el interior de la casa, sin detenerse a saludar al visitante. Y adentro se quedó sin dar señales de vida. Doña Hertha, que no se atrevía a mirar de frente a su marido, estaría en esos momentos, seguramente, sentada en un rincón de la cocina, murmurando entrecortadas palabras en alemán.

Elsa se mostró tan desconcertada, que no tuvo ni siquiera ánimo para invitar a su pretendiente a pasar a la

pequeña sala donde se alineaban unos sillones de mimbre, al pie de los cuales se extendían dos o tres choapinos.

Por fin apareció don Germán. Saludó a Gómez sin darle la mano. Y luego ordenó a su hija que fuera a donde su madre, que la necesitaba. Cuando la muchacha se retiró, el colono, sin mirar a Gómez, murmuró:

—Amuezo ya pasó. La gente del campo amueza temprano.

Raúl Gómez se encendió de ira. Se puso de pie y le dijo con voz trémula:

—¿Puedo despedirme de Elsa?

El viejo, sin inmutarse, le contestó:

—No hay necesidad. Yo avisaré a ella que usted se fue.

El muchacho, mudo de rabia, avanzó hasta el borde del corredor, en uno de cuyos postes había atado su cabalgadura. Antes de subir a ella y con aire desafiante se volvió al colono para decirle:

—Gringo imbécil, gringo roto. Gringo de mierda.

Esperó un instante aún. El colono se mantuvo con la cabeza gacha, sonriendo burlón por lo bajo.

Y cuando el mozo se alejó, requiriendo a su animal con energía, murmuró:

“Visita a la fuerza no me conviene”.

Poco tiempo después conoció Suárez a don Germán. Era éste experto en el manejo de las máquinas aserradoras. Lo ocupó para que dirigiera las faenas del aserradero, y como el suizo era tenaz en su trabajo, serio y cumplidor, un día le propuso:

—Véngase conmigo, don Germán. Le ofrezco que se quede a cargo del fundo. Aquí tendrá, además, el derecho a vivir en las casas y talaje para sus animales. Creo que el trabajo no le impedirá vigilar sus siembras. Yo, desde luego, lo autorizo para ello.

Nadie supo cómo Andrés Suárez se las ingenió para seducir a Elsa. Don Germán y doña Hertha no se dieron por aludidos. El colono sólo vino a reventar cuando la muchacha se embarazó. Entonces se quejó ante Suárez, en tono más bien humilde y sin asomo de altanería, mientras la madre lloraba en su rincón de la cocina, sin dejar de mover ágilmente los palillos de su tejido.

Allí en el campo nació el chiquillo. Y, desde entonces, Sylvina no volvió a esa casa. Pero la historia la conocía en todos sus detalles. Jamás le habló del asunto a Andrés Suá-

rez. Se encerraba en su hermetismo, en su soledad. Era como si su marido sólo fuese una persona que vivía en la casa y daba para todo. Y con una esplendidez inusitada. Pero las barreras de esa reserva, de ese abismo, jamás fueron salvadas. Sylvina nunca pudo tratar de tú a su marido. A ratos le parecía que debía tratarlo de don Andrés o de señor Suárez. Pocos años después ya casi no existían relaciones de marido y mujer entre ellos. Sylvina experimentaba un secreto gozo ante esa situación. Era como si estuviera soltera y esperara, en una especie de vaga ensoñación, que apareciera un novio que viniese a declararle su amor. A enamorarla, como nunca lo había sido, porque, en realidad, su matrimonio con Andrés Suárez no tuvo jamás ninguna de esas características.

Por ese tiempo Suárez se vio en la necesidad de volver a vivir en el Norte. El gerente que tenía en Antofagasta era un hombre bueno como el pan. Su misma bondad le había hecho comprometer a la firma en un negocio que a la larga resultaría catastrófico. Se amontonaron obligaciones cuantiosas, que obligaron a don Andrés a embarcarse en otras aún mayores para salir adelante. Era una época de crisis, y entonces aquel hombre, que se enfrentaba tranquilamente y sin sonrisas obsequiosas con los gerentes de bancos, tuvo que entrar en largas y prolijas conferencias, en las cuales necesitaba explicar minuciosamente el estado de sus negocios y todas las perspectivas que ellos tenían, a fin de no experimentar esa sensación odiosa de que una cortina espesa se interponía entre el movimiento de sus operaciones y el visto bueno que un gerente podía poner, como un signo mágico, cuando era imprescindible acudir al crédito.

Su presencia en el Norte tuvo efectos asombrosos. Ante ese hombre, cuya actitud imponía, y que era terrible cuando se quedaba en silencio sin contestar de inmediato a una vacilante explicación tras la cual se ocultaba un ardid, los deudores fueron desfilando sin que él ni siquiera los llamara, y la situación volvió muy pronto a entonarse. Parecía que aquellas enormes letras, en donde se destacaba el nombre de Andrés Suárez, recobraban todo su esplendor. "Barraca Vilcún", "Andrés Suárez", "Maderas", "Barraca Trancura", volvían de nuevo a ser inmensos galpones, llenos de agitación humana, en donde aullaban las sierras y se deslizaban las grúas, transportando enormes lingadas de made-

ras, que se empleaban en las faenas de las salitreras y en las de Chuqui y Potrerillos.

Fue en ese tiempo cuando Sylvina tuvo oportunidad de conocer a Juan Alsina, abogado en la oficina de los Impuestos Internos de Antofagasta, con derecho de profesión libre en algunas horas. Lo encontró una tarde en que habían sido invitados a comer en casa de Mr. Strong, gerente general de las salitreras, en la pampa de Antofagasta. Juan Alsina, en el momento de servir el cóctel, se quedó de pie junto a ella, que había aceptado unas gotas de *whisky* en un vaso, al cual agregó una media botella de agua mineral y puso dos enormes trozos de hielo. En el ir y venir de los invitados se fueron acercando hasta la pared, y allí se quedaron, apoyados en una mesa de arrimo encima de la cual había dos pequeñas ánforas rojas. Tres enormes flores, también rojas, de cáliz obscuro, salpicado de puntos amarillos, se asomaban en cada una de ellas.

Sylvina se volvió a dejar su vaso sobre la mesa, y, al reparar en las flores, exclamó, volviéndose a su vecino:

—¡Qué maravilla de flores! ¡Y qué frescas se ven! ¿Habrá jardín aquí en esta casa?

Sonrió Alsina y se quedó mirándola con maliciosa simpatía.

—Hay uno, en realidad, estupendo. Pero éstas no son de ese jardín. Estas nacieron de las manos de un artista. Porque no hay duda de que es necesario ser artista para darles esa sensación de naturalidad y de frescura que usted acaba de admirar.

La joven lo contempló, incrédula. Sus ojos claros, que tenían siempre una fijeza penetrante, fueron del rostro de Alsina a las flores. Sonrió a su vez, con aire de confusión, y declaró con delicioso rubor:

—¿Ha visto que soy tonta? Pero en realidad son tan perfectas que dan la sensación de ser naturales.

Juan miró a Sylvina con ese agrado con que se mira a una mujer bonita y graciosa.

—Están muy bien hechas —dijo—; a lo mejor las traen de los Estados Unidos. Por eso no es difícil equivocarse. No se precisa ser tonto para eso, ¿no cree usted?

Su voz era tranquila, afectuosa, sin ostensible halago. Ella, entonces, cogió el vaso y bebió con deleite su agua con ligero sabor a *whisky*. Alsina la miró risueñamente.



—Con ese tremendo *whisky* se va a emborrachar usted —bromeó.

Volvió ella a beber un trago y con la cucharilla de largo cabo quebró un pedazo de hielo, que hizo sonar entre sus dientes.

—Sí —murmuró—; pero no crea usted que siempre es así. Me gusta de vez en cuando saborear un traguito de *whisky*, porque me da energía y me produce una alegría inusitada. Es como si me pusiera una inyección de entusiasmo. Y es curioso, porque tengo la presión baja. A mí me han dicho que el *whisky* es vasodilatador y que se lo dan a los enfermos del corazón.

—Seguro. Pero en la pequeña cantidad que usted lo bebe sólo debe producirle una sensación estimulante. Su corazón debe desplegarse como una flor.

—¡Qué amable es usted! Acaso un poeta, perdido aquí en medio del desierto.

Alsina hizo funcionar su encendedor para dar lumbre a un cigarrillo. Sylvia le dijo:

—¿Me convida fuego?

—Perdón. No creí que fumaba.

—¿No creyó? ¿Por qué no creyó?

Juan le dio una rápida mirada inquisitiva; después, lanzando una bocanada de humo hacia arriba, le habló sin mirarla:

—Pues, por nada. O acaso por mucho.

Ella, con el codo apoyado en su mano, le preguntó con ansiosa curiosidad:

—No entiendo esa contradicción. Me gustaría que me explicara.

Alsina la miraba ahora sonriendo:

—¿Quiere usted saberlo, sin más remedio?

—Sin más remedio.

—Pues bien, yo admito que las mujeres fumen cuando no son atrayentes. Cuando nada hay en ellas que las haga seductoras. De lo contrario, me parece antiestético, y además, no me explico ese agrado en una mujer. A veces se fuma por distraerse, por aplacar los nervios, aunque resulte lo contrario. En fin, no sé; nuestro conocimiento es tan breve, que no me atrevo a darle a conocer la totalidad de lo que pienso.

Sylvina se quedó en silencio, con los brazos cruzados. Después lo miró a los ojos con tranquila seguridad.

—Vaya —murmuró—, a mí me ocurre todo lo contrario. Me da usted la impresión de haberlo conocido toda la vida. Más que eso, me hace pensar en que seremos amigos: buenos amigos.

—Gracias. Me siento muy honrado. Ojalá que así sea y que jamás defraude tan buen augurio.

Mr. Strong, un hombre delgado, muy erguido, con el cabello peinado en una onda hacia arriba, los ojos azules y la tez rojiza, avanzaba sonriente hacia ellos.

—Señora de Suárez, cuánto me place tenerla por acá. Perdone usted que no haya venido a tributarle mi homenaje, pero he estado viendo que ha congeniado muy bien con don Juan. Es un hombre muy ameno, nunca aburrido como los gringos. Y un bondadoso amigo.

—Así me está pareciendo, Mr. Strong. No se preocupe por mí, porque pienso acapararme a este caballero aunque se fastidie conmigo. A menos que lo comprometa, poniéndolo en un conflicto.

Mr. Strong se echó a reír alegremente. Tomando a Alsina por un brazo, le dijo:

—Es un hombre de suerte usted. Un hombre de mucha suerte, no hay duda alguna.

Volviéndose a Sylvina agregó:

—Esto me causa un profundo pesar, pues yo pensaba ser su compañero y su pareja de esta noche.

Sylvina rió feliz. Alzando el brazo desnudo se palpó el peinado. Después se sacudió levemente una brizna de ceniza que le quedó adherida al traje, un elegante vestido de noche con flores estampadas en fondo negro. En su mano, un enorme brillante lanzó un vivísimo destello.

—No se preocupe, mister Strong. ¿Que no ve la terrible cara de aburrido que tiene don Juan? Usted lo viene a salvar. Con usted me voy, mister Strong.

Alsina exclamó con simulada tristeza:

—Así son las mujeres. Usted me la lleva en los momentos en que me hará más falta.

—¡No! De ningún modo, señor Alsina. A los amigos no se les causa daño en esa forma. Menos cuando están en nuestra casa. La dejó con usted. Soy también un hombre generoso y me contentaré con admirarla de lejos.

✕ Juan Alsina advirtió que aquélla era una de esas espléndidas fiestas que los salitreros daban en el Norte con gran frecuencia. Los dólares, en pesos chilenos, se multiplicaban prodigiosamente. Mujeres elegantísimas, vistiendo trajes deslumbradores, estaban adornadas con brazaletes, con pendientes y placas de brillantes, que realzaban en algunas su belleza, y en otras ponían de relieve el derroche de que podían hacer gala. Sylvina sólo llevaba su anillo espléndido y una flor natural sobre el pecho. En la mesa se sentó al lado de Juan, mientras Mr. Strong les sonreía con pícaro complacencia. Andrés Suárez, que conoció también esa noche a Alsina, quedó al lado de la mujer de éste. Una mujer rubia de extraordinaria belleza, aunque no tanto de simpatía. Llevaba un precioso traje de lunares sobre un fondo azulino. Una plaqueta de brillantes fulguraba sobre su pecho. Tenía los ojos azules oscuros, y junto a la boca sensual y graciosa se le hacía un hoyuelo al sonreír.

Unas altas copas, que despedían destellos violáceos y cristalinos, daban la sensación de que, al beber, el pie de ellas se iba a estrellar en la mesa. Cubiertos finísimos, y platos brillantes como porcelana tenían una rosa encarnada pintada en el centro. El mantel era una verdadera obra de arte. Alsina se inclinó hacia la joven señora, para decirle:

—Este es un banquete de príncipes. No creo que en la corte de Inglaterra se coma con mayor suntuosidad. Yo no voy a poder comer aquí: en mi casa la mesa tiene hule. Figúrese usted la diferencia.

Sylvina se rió de buena gana. Esperó un instante que la mirara la mujer de Alsina y le dijo:

—¿Sabe que su marido es fantástico para mentir? A lo mejor usted no se ha dado cuenta. Porque el cariño es ciego, según dicen.

—¡Quién sabe! —exclamó la mujer de Alsina, haciendo un gesto desdenoso. Suavizó después el rostro con una sonrisa—. Bueno —explicó sentenciosa—, el cariño, quizás más bien el amor, suele hacer milagros.

Sylvina preguntó con intención nada sutil:

—¿No los hace aún?

—¡Ah! Eso lo sabe él. Pregúnteselo. Lo tiene bastante cerca.

Alsina, que conversaba con la señora del Intendente, no

pudo atender la insinuante respuesta de su esposa. Oía sonriendo la explicación que ella le daba.

—¡Ah! ¡Esa es la real! No tenía idea yo. De modo que para robarse el mazo hay que tener dos pares. ¡Qué interesante!

—Bueno, nosotros jugamos la...

Sylvina, molesta, pues en un momento se sintió sola, porque la conversación atacaba de flanco a sus vecinos en esos instantes, tocó el brazo de Alsina para decirle:

—Señor don Juan, me abandona usted por completo. Y, en cambio, aprenda de mi marido, que atiende con especial interés lo que dice su señora.

—¡Oh, perdón! Oía a la esposa del Intendente unas explicaciones sobre la canasta. ¡Muy interesantes! ¡Maravillosas!

—¡Ah, qué bueno! Después me las explicará. Supongo que no será egoísta conmigo. ¿De modo que usted es un gran canastero? ¡Qué lindo! Otro compañero más.

—¡Libreme Dios! Por supuesto que no de usted, sino de la canasta. ¡Qué pena! Canastera usted. No lo hubiera creído jamás. No puede ser. ¡Tal vez sea una broma!

—No es broma. Pero tampoco es una pasión, ni menos un vicio. Yo la tomo como un descanso de la mente. Como una placentera distracción.

Juan alzó una de aquellas fabulosas copas y le dijo a Sylvina:

—No discurremos ahora sobre el tema. —Bajando la voz añadió—: Mi vecina es una virtuosa del juego. Mis opiniones la ofenderían, porque es señora de años; pero a usted le voy a pegar sin lástima.

Se calló, pero no pudo evitar de añadirle:

—¡Placentera distracción! ¡Descanso de la mente! ¡Qué barbaridad! Y eso lo dice usted, mirando a la gente, con ese par de estrellas que tiene en los ojos, con esa boca de flor.

Sylvina miró a la mujer de Alsina, que conversaba ahora con su vecino, un mozo de ojos vivos y de aire superior, con un bigotillo que era como una raya sobre el labio. Tocó leve con el codo a Juan y le susurró:

—¡Cuidado! Mire que su esposa debe de tener el oído alerta. ¡Y qué preciosa muchacha es! ¡Qué felices deben de ser ustedes! —exclamó, tras una pausa en que se le escapó un suspiro.

—No tanto como para envidiarme —murmuró Alsina, limpiándose despreocupadamente los labios con la enorme y suave servilleta, que olía a flores.

—¡Oh, no embrome! No diga una barbaridad tal.

La mujer de Alsina conversaba apasionadamente sobre la interpretación que la Orquesta Sinfónica, venida de Santiago, le había dado a la Quinta Sinfonía de Beethoven. En ese momento no hubiera oído ni un cañonazo disparado a su lado. Creía ella ser una persona de gran preparación y sensibilidad musical.

—No, no embromo en absoluto. ¡Tanto es así! Bueno, le digo esto en mérito a sus palabras de antes, a su idea de que seremos buenos amigos. Nos vamos a separar en un plazo muy breve. A lo mejor en un par de meses más ya está todo liquidado. Anularemos nuestro matrimonio.

—¡Qué horror! —exclamó Sylvina, realmente conternada—. ¡Pero si no puede ser! Si eso es una locura.

Alsina había cogido de nuevo la copa y le hacía salud.

—No, no es para tanto. Ella cree que el único hombre que la puede hacer feliz es ese caballero con el cual conversa en este momento. Y si lo cree así, a pie juntillas, no voy a perder mi vida tratando de disuadirla de su convicción. A mí me parece que la vida es demasiado corta para perderla en discusiones. Ni en jugar a la canasta, Sylvina. Créamelo usted.

La joven se quedó en silencio un largo rato. Correspondió a un brindis de Mr. Strong y de su esposa, que se desentendió un momento de la conversación de don Andrés. Después se volvió a Juan Alsina y quedó observándolo, con una mirada penetrante. Una luz pensativa se asomaba en sus pupilas. Encendió un cigarrillo, suspirando, y lo hizo con sus fósforos, sin darse cuenta de que Juan le ofrecía la llama de su encendedor.

—¡Qué gran tristeza debe usted de sentir! —le dijo lentamente, con la voz velada y húmeda—. Supongo que sólo su orgullo de hombre le da fuerzas para disimular su dolor. Porque ella es una preciosa criatura.

—Es posible —dijo Alsina— que mi orgullo de hombre se sienta herido; pero dolor, ese dolor que deja el olvido, no lo siento en absoluto. Se lo aseguro por mi fe de hombre. Ya el amor se había terminado.

En ese momento todos hacían salud a los dueños de

casa, que daban las gracias, sonriendo felices. Brillaban los delicados cristales en la suave luz de los rojos velones. La dueña de casa se puso de pie para decir:

—¿Pasamos a tomar el café?

—¡Qué cosas raras pasan en este mundo! —le susurró Sylvina—. No me lo hubiera imaginado jamás.

Por el camino se les reunió Andrés Suárez. Alsina le dijo:

—¿De modo que es usted el famoso don Andrés Suárez?

Suárez alzó su poderosa cabeza y le miró con el rostro serio y los ojos escrutadores. Juan le observó, a su vez, con curiosidad.

—¿Famoso? No veo dónde está lo famoso —exclamó, preocupado de abrir el cortaplumas para romper su enorme puro—. ¿Qué es lo que llama usted un hombre famoso?

Juan sonrió con suavidad.

—Bueno, claro es que se puede ser famoso de tantas maneras. Hombres de ciencia, artistas, políticos, médicos que descubren los secretos de la medicina, ¡qué sé yo! Usted lo es por el enorme volumen de sus negocios madereros. ¡El rey de la madera! ¿Le parece poco?

Suárez miró a Sylvina y, poniéndose el puro en la boca, le guiñó el ojo al morder el cigarro.

—¿Qué te parece tu amigo, los nombres que le viene a poner a un simple vendedor de tablas? ¡Eso y nada más, señor!

Se quedaron conversando largo rato. Bebieron el café y el bajativo, juntos. Don Andrés le contó muchas anécdotas de sus comienzos en la pampa. Desde cuando trabajaba con el combo y la picota en los rajos. Alsina le oía atento. Sólo de vez en cuando hacía una observación. De pronto don Andrés le dio una palmada en la rodilla y le dijo con afecto, mirando a Sylvina:

—¿Sabes que me agrada tu amigo? Creo que voy a serlo yo también de él. Me gusta este hombre. Y yo tengo buen ojo. Me equivoco muy pocas veces.

Sylvina sonrió complacida.

—Bueno, me alegro mucho de su decisión, Andrés. Pero conste que yo soy amiga más antigua de Juan que usted. No se le olvide. Se lo tengo que hacer notar, porque siempre me la quiere ganar en todo.

—¡Muchas gracias! Me dejan muy comprometido. Veo que estoy de suerte esta noche. Estamos a cuatro de enero.

Una gran fecha para mí. Y tanto, que no necesito anotarla en ninguna parte. Ya no se me olvidará.

Preludiaba la orquesta sus primeros compases. Y luego el aire de un baile de moda se extendió como aérea onda que llenaba todo el amplio salón. Juan miró a Sylvina y le consultó:

—¿Tiene deseos de bailar?

—Sí, ¿por qué no?

—Entonces, si don Andrés me da permiso.

Andrés Suárez sonrió irónico y exclamó:

—¡Vaya! Me gusta la consulta. Es ella la que tiene que decir. No se equivoque tanto, mi amigo. Hace tiempo que es dueña de su voluntad.

Se perdieron muy pronto entre la ronda de danzantes. Hacía un calor intenso, y, aunque los amplios ventanales estaban abiertos de par en par, los hombres veíanse con el rostro brillante de transpiración. Las señoras, con sus trajes escotados, se defendían mejor de aquella cálida atmósfera. Flotaba en el aire una mezcla de perfumes. Juan sostenía levemente la mano de Sylvina. Le daba la sensación de un pétalo fresco. Con esa suavidad tierna de una flor.

Le preguntó afectuoso:

—¿Le gusta mucho bailar?

—¡Oh, sí! Encuentro que el baile nos da una sensación de ensueño, de juventud, de alegría. Es algo, para mí, realmente fascinador.

—¿Le agrada tanto como la canasta?

—Sí, tanto como la canasta. Quién sabe si un poco más. Y, dígame, ¿por qué le tiene fobia a la canasta? A mí me parece una distracción simpática. Hace olvidar las preocupaciones y las fastidiosas incidencias de la vida diaria.

Giraban velozmente, y de pronto Sylvina le pisó un pie.

—¡Perdón! ¡Oh, qué torpe soy! Es una barbaridad. ¿Le dolió mucho?

—¡En absoluto! Los ángeles no pesan.

—Seguro. Pero yo soy una mujer de carne y hueso. Ya ve. ¡Ha descubierto algunos de mis defectos y vulgaridades! Imagínese los que tendré y cuántos podrá advertir en una larga amistad. ¡Tendrá que alejarse de mí!

—Las distancias no valen cuando se nos queda un recuerdo grato.

Ella se quedó mirándolo en silencio. Después dijo casi sin despegarle los ojos:

—Así debe ser. Usted lo sabe bien, pues lo habrá sentido intensamente. Porque su esposa, en realidad, es un ser adorable. ¿Usted la quiso mucho?

—No sé. No sé si fue un gran amor el que le tuve. Quién sabe si los novios y después los maridos pueden amar con esa intensidad que se pinta en las novelas.

—¡Qué extraño me parece lo que dice! A mí, por el contrario, se me ocurre que es ése el amor que se da sin restricciones. Sin la inquietud dolorosa de lo prohibido. El pecado siempre debe nublar lo bello y puro del amor verdadero.

—¿Viene usted saliendo del colegio?

Ella se mordió los labios y luego hizo un mohín de coquetería.

—¡Qué cosas tiene usted! ¿Recuerda lo que dijo Andrés hace un momento?

—¡Bueno! Pero, en todo caso, usted está en el Libro Primero del amor. Desde los tiempos más remotos han dicho que el amor es ciego. El amor es un pájaro que rehusa escapar de su jaula. Es una herida que comienza a sangrar. Un dulce tormento que mata.

—¡Qué bien lo conoce usted! —insistió ella—. Con razón yo...

—No —la interrumpió Alsina—. No lo conozco. No lo he conocido nunca. Hoy es el primer día que sé lo que es.

Sylvina enrojeció levemente. Evadiendo el rostro, como si algo le llamara la atención, le dijo con insegura voz:

—Está usted de broma, por lo que veo.

Cuando alzó los ojos hacia él, Juan la miró con intensidad.

—No —exclamó, enronqueciendo—. No estoy de broma. Desde que la vi a usted, sé lo que es el amor. Lo sé en forma tan fulminante como un disparo. Es el amor que llena toda una vida.

Ella se quedó en silencio. Después dijo:

—Estoy cansada. ¿Vamos a beber algo? —Y mientras caminaban, agregó—: No puede usted decir eso. Asegura lo que no pasa de ser una impresión momentánea.

Junto al mesón del pequeño bar los encontró Mr. Strong. Reía, alegremente, al exclamar:

—¿Ve usted, don Juan, que he cumplido honorablemen-



te mi compromiso? Pero ahora me permitirá el próximo baile con esta señora.

—¡Encantada! Me estaba extrañando su ausencia. Porque este caballero empezaba a sentir fastidio.

—¡Uf! Eso no lo voy a creer aunque venga a decírmelo Dios mismo. Don Juan es un hombre de buen gusto. Por ese lado no se le puede reprobar nada.

Juan Alsina, con el vaso en la mano, sonreía.

—Es la táctica de las mujeres. Saben lo que son, pero, humanas al fin, les agrada que les recuerden su belleza y su gracia. Imagínese usted lo aburrido que estaría yo. ¡Más feliz que Nuestro Señor cuando subió a los cielos!

—Lo creo, lo creo. Pero ahora me la llevo, sin remedio. Y lo dejamos muy solito y triste.

Sylvina agregó riendo:

—Despedazado, muerto de pena.

—Ni más ni menos.

Hacia el final de la fiesta, Andrés Suárez se despidió de Alsina afectuosamente. Le retuvo con su manaza de oso y le dijo:

—Váyase a almorzar un día de éstos con nosotros. Aunque es preferible a comer. No hace tanto calor. Bueno. Hasta pronto.

—Hasta luego —dijo Alsina—. Yo se lo voy a recordar.

—Muy bien. Esperaré ansioso.

5

Iba a cruzar la calle, cuando el agudo y estridente pitazo de un enorme camión le hizo detenerse al borde de la calzada. Pasó retemblando el pesado vehículo, y Juan intentó de nuevo atravesar la calzada, pero vio que tras él seguía un desfile de automóviles, que rodaban lentamente. El camión les interceptaba el paso. De pronto un auto pintado de claro hizo sonar la bocina. Juan, distraído, fumaba nerviosamente, pues en su oficina le esperaban algunos clientes, con los cuales tenía que finiquitar los diferentes detalles de una partición. Pensó cruzar corriendo, y, en el momento en que iba a intentarlo, oyó una voz que le llamaba. El corazón le latió como un pájaro que bate sus alas. Era la voz de ella, de Sylvina, que le decía:

—¿Quiere que lo atropellen? Venga, venga. Me interesa hablar con usted. Suba un instante, Juan. Cómo le va, pues. ¿Va muy apurado?

Así era, en efecto. ¿Pero cómo resistir la tentación de estar junto a ella un instante? ¡Que se fueran al demonio los clientes y la partición! Ya arreglaría eso.

—¿Cómo le va, Sylvina? ¡Qué agrado oír su voz, amiga mía! ¿Cuántos siglos hace que no la veía?

Sylvina le sonreía afectuosa, ladeando la cabeza sobre el volante para mirarlo. Su mano ágil y expedita movía los cambios con absoluto dominio. De sus ojos brotaban luces fugaces, que comunicaban a su rostro una fulgente expresión.

—¡Por Dios, Juan, qué idea tiene usted del tiempo! ¡Si antenoche estuvimos juntos! Y cuando tuve el honor de conocerlo —añadió, dándole un particular énfasis de afectuosa broma a estas últimas palabras.

Juan se acomodó en su asiento, y, sacando un cigarrillo, lo encendió lentamente.

—El honor —murmuró—, el honor. ¡Qué distinto de lo que me pasó a mí! Para mí fue la más venturosa circunstancia que puede ocurrirle a un hombre durante toda la vida. El día de su gloria. No sé cómo decirlo, pues temo que me encuentre cursi. Pero mi corazón no es el mismo que llevaba en el pecho hace tres días.

—Juan —dijo ella con voz dulce y lenta—, ¿por qué me dice eso? ¿No sabe usted que soy una mujer casada?

El la miró en actitud de evasión, tomando la manilla de la puerta como si fuera a escaparse.

—Sí, lo sé —expresó con amargo acento—. Lo sé. Y conozco ya mi destino, Sylvina. Adivino que mi vida será un vía crucis. Una amarga dulzura, un sol siempre nublado.

Seguían a lo largo de la Avenida Brasil. Tocó ella la bocina, que resonó como un lamento. Después lo miró intensamente:

—No me gusta que hable así, Juan. Seremos amigos, los mejores amigos del mundo. Me es usted muy simpático, y hablaremos de tantas cosas. ¡De tantas! Haremos más llevadera nuestra soledad.

Hizo una pausa y después agregó:

—Yo también anhelo tener un buen amigo. A veces una se siente tan sola en medio de la gente. Se me ocurre que

debe de ser tan grato contar con otro ser en quien poder confiarse sin temor.

—Sí —dijo Juan sordamente, como si le doliera una herida—; pero uno es hombre, y no puede traicionar sus propias ambiciones.

Sylvina miró su reloj y dijo:

—Perdón, Juanito —rió, interrumpiéndose—. Perdón otra vez, por llamarlo así. No sé por qué usted me inspira tal confianza, que siento deseos de darle ese tratamiento. ¿No le parece mal?

Juan rió sin ganas. La miró con tristeza al contestarle:

—¿Por qué? Usted es dueña de llamarme como quiera. Será siempre grato para mí. Todo lo divino hay que aceptarlo con gratitud.

—Me parece que es usted gruñón. Pero yo no le voy a hacer caso. Mire, pues. Yo debo ir a la modista a las cinco y media. Son las cinco. ¿Qué le parece que alcancemos hasta el Auto Club a tomar un helado? ¡Yo invito!

—Todo me parece muy bien.

Hundió ella el pie en el acelerador. Juan la miró como en éxtasis. El viento le moldeaba los pechos erguidos y graciosos, como una fruta entre el follaje. Una blusa color lila le daba algo de irrealidad a su rostro. La pantorrilla se le distendió en la media de seda, que transparentaba un lunar obscuro. El pie jugaba a ratos, sin soltar la pequeña plancha de hierro en que se apoyaba. De pronto, al ascender una colina, ella lanzó un pequeño grito:

—¡Juanito! ¡Mire usted qué cosa más linda! ¿Bajemos a verlo bien?

Era un barco de pasajeros que apareció tras una puntilla de la costa. Veíase blanco, esbelto, con sus altos mástiles y su chimenea pintada de blanco, verde y rojo. El agua brillaba, palpitante, en una especie de cauce que azotaba la quilla. Veíase a la gente del pasaje apoyada en la borda, contemplando la costa. Algunos miraban con sus anteojos de largo alcance. La nave, a la distancia, veíase liviana y ágil, como un inmenso cetáceo, poseído por la alegría de moverse en su elemento. Una bandera tremoló en la proa, junto a la cual los pájaros del mar, con las alas en arco, evolucionaban con elegante voluptuosidad. Tras el barco, se quedó un instante un promontorio de aguas de color verde

intenso. Después el barco se fue achicando, hasta no ser más que un punto blanco en la vastedad del océano.

—¡Qué hermoso es un barco navegando! —dijo Sylvina, con aire soñador—. ¡Qué maravilla! Da la sensación de algo irreal. De algo fantástico. Dan deseos de irse...

Se quedó abstraída un instante junto a una gran piedra ubicada a orillas del camino. Juan le preguntó:

—Pero usted habrá viajado muchas veces.

—Sí —replicó ella, volviendo de su ensimismamiento—. No tanto. Hemos ido dos veces a Europa. Pero nunca en la forma que yo quisiera. Andrés es un hombre difícil. Hay que someterse a su voluntad. Le gusta ver ciertas cosas. Fábricas, industrias, grandes instalaciones. En realidad, tuve muy poca oportunidad de ver museos y bibliotecas, que era lo que me interesaba. Y en el país vasco, la tierra donde nacieron mis antepasados, apenas estuvimos de paso un par de días. Y yo que iba con ansias de ver aquellos rincones que describe Loti en sus libros. Caminar por los senderos de la montaña. Ver esas aldeas que pinta a ratos Baroja. Siempre me quedé con deseos de ver todo eso. Andrés es un hombre muy inquieto, sin embargo, y muy curioso en ciertos casos.

Se había sentado frente al volante y, antes de poner el coche en movimiento, dijo:

—Una vez conseguí llevarlo al Louvre, cuando estuvimos en París. No crea que le disgustan los cuadros, las estatuas, la música o el teatro. Es un hombre que tiene la manía de ocultar sus sentimientos bajo una aparente corteza dura. Y no hay tal. Se quedaba absorto, mirando todo ese infinito mundo que creó la inteligencia del hombre. Estuvimos como tres horas allí. Yo estaba feliz, aunque temblando de inquietud. Y de pronto dio un respingo y dijo:

"—Vamos. Yo no he venido a París a esto. Es demasiado.

"Y salió refunfuñando. Por suerte, yo, mientras él se metía en conferencias y exposiciones industriales, volví varias veces al Louvre, con unos amigos chilenos que estaban allí: los Roldán Maure. No sé si usted los conoce.

—No —respondió Juan secamente, mirando hacia el mar, sin darse cuenta de la forma cómo contestaba.

Sylvina lanzó una carcajada, riendo con su manera de niña consentida.

—¡Ay, qué Juanito este! —exclamó con aire regocijado—.

No puede soportar mi lata. Veo que es bien gruñón usted, mi amigo.

Se quedaron en la terraza, cubierta con una lona blanca con franjas rojas, a ratos agitada por el viento. No había nadie a esa hora. Y allí pidieron unos helados. Sylvina se sirvió su copa con tal rapidez, que Juan se asombró.

—¡Por Dios, qué grosera la mujer!, dirá usted. Pero tenía sed, calor, como si algo me quemara. Seguramente me van a hacer daño. Pero privarse de todo es como no vivir. ¿No es así, Juanito? ¿Por qué se quedó tan callado?

Asina sonrió y dijo, tratando de mostrarse jovial:

—Me parece que, después de conocerla, voy a ser siempre callado.

—¡Vaya! ¿Tanto le molesta mi conversación? ¿O es tan deliciosa que sólo desea oír mi voz?

—Esto último me parece exacto. La música es siempre agradable. Y oírla a usted es para mí una melodía.

Ella le miró con ojos burlones, no exentos de simpatía. Juan se sonrojó como un muchacho.

—¡Qué cosa tan curiosa es la que me ocurre! Creo que nunca he dicho tantas tonterías. Son de una pobreza mental, que realmente merecen compasión. ¿Acaso es el amor, Sylvina?

Sylvina se había puesto seria. Suspiró, diciendo:

—¡Qué momento tan agradable he pasado a su lado, querido amigo! Pero no se ponga triste. Si ese súbito amor que siente por mí hace más bella su vida, yo me sentiré feliz. Mientras tanto, le ofrezco mi leal amistad. ¡Ay, amigo mío! La vida siempre nos da sorpresas. ¿Qué sabemos de lo que vendrá más tarde? Esperemos que sea lo mejor. Que nos toque una gotita de felicidad.

Subieron al auto, y Sylvina, después de mirar su reloj, se fue lentamente, como si quisiera prolongar aquel momento. Entre las desnudas colinas desérticas, divisábanse las casas de la ciudad. Antofagasta daba la sensación de otro país. De un país extraño, en donde reinara un silencio casi de muerte.

Sylvina, de pronto, observó:

—¡Qué terrible desolación es ésta! Hace pensar en un paisaje lunar.

—Así es, en efecto. Se advierte en todo que falta ese signo vital de la tierra fértil.

Sylvina esquivó sin apremio a una camioneta que apareció en la curva sin tocar la bocina.

—¡Qué idiota el hombre! —exclamó, haciendo girar rápido el volante, para poner de nuevo el coche en la huella del camino—. Pero admírese usted, Juanito, y créamelo porque es verdad: yo adoro esta tierra que tiene un ceño tan duro. Una fisonomía tan hostil. Siempre pienso que es más cierto que todo otro vínculo eso de que uno es hijo de la tierra donde nació. Es muy agradable el Sur, pero a mí me parece demasiado tierno, con sus aguas, sus selvas, sus campos sonrientes. Me causa una especie de saturación, de relajante ternura. Se asemeja a las personas demasiado melosas que nos hostigan con sus frases de miel. Yo me crié en la pampa de Iquique. Allí mi padre tenía un negocio de trapos y almacén. Vivíamos en una casa que el sol achicharraba en el día. Por la tarde empezaba la calamina a quejarse al irse enfriando.

"Me acostumbé a contemplar la soledad. A veces me iba por el desierto y me extraviaba en las hondonadas solitarias. Me extasiaba recogiendo piedrecillas de colores. Advirtiendo que allí existía una vida mínima. Pequeños bichos que vivían de la nada. El sol no conseguía dar alegría a esos rincones. A veces oíase un latido extraño. Era como una música, una queja, que tenía una rara afinación melódica. La luz radiante daba a ratos sensaciones mágicas. Era como si los colores se colocaran en fila: rojo, lila, verde, azul, amarillo, y se pusieran a desplazarse vertiginosamente, o a vaciarse en un lago de aguas celestes. Era una sensación de misterio que nunca me causó espanto. Y yo amaba esa soledad. Adoraba ese misterio que me hacía pensar en cosas hermosas y desconocidas. Contemplando esa irrealidad, encontraba después tontas y sin gracia las leyendas narradas por los sirvientes, que eran casi todos del Sur.

Juan Alsina la oía sin chistar, como si estuviera embelesado con las palabras de ella. Iban entrando en la ciudad, y de pronto Sylvina, callándose, apoyó levemente su mano sobre su brazo y le dijo:

—¿Me va oyendo, Juanito?

Juan le cogió rápido la mano y le besó la punta de los dedos.

—Y tanto le iba oyendo, que sentía una tremenda angustia de que nos fuésemos a separar. Un día acuérdesese de

todo eso y cuénteme más. Es bellísima la sensación que guarda de su niñez.

Ella le acarició con los ojos dulces y cálidos.

—¡Qué bueno que le haya gustado, Juan! Un día lo aburriré hablándole de todo eso. ¿Dónde desea que lo deje? ¿Quiere usted venir a comer mañana con nosotros? Tengo unos discos estupendos. Y le voy a mostrar algunos de los cuadros que compré últimamente. Ahí sí que me va a criticar de lo lindo. Pero discutiremos.

—Gracias, Sylvina; hasta mañana.

—Hasta mañana, Juan. Lo esperamos, entonces. ¡Y bien alegre! ¡La vida no es tan mala! La encuentro ahora más bella que nunca. Acaso por el agrado de conocerlo...

El coche arrancó rápido, y él, al borde de la calzada, apenas divisó su mano que se agitó un instante desde la ventanilla.

Encontró en la puerta a la señorita Celmira, que atendía el estudio de él y de dos abogados más, que trabajaban en esa misma oficina.

—Vaya, don Juan, ¿qué le pasó? Lo estuvieron esperando, hasta hace unos minutos, esos señores que usted había citado. Se fueron rabiando de lo lindo.

—¿Ah, sí? Que rabien. Me fue imposible desocuparme antes. ¿No dejaron nada dicho?

—Sí, que mañana a las diez estarían aquí. Yo lo llamé a su casa. Pero la señora, que iba saliendo muy apurada, me contestó que no tenía idea dónde estaría usted. En la notaría, me dijo Godoy que no había ido usted en toda la tarde, pero lo divisó en el auto de mister Strong, como a las tres. Yo no me atreví a llamarlo allá. ¿Me necesita usted?

—No. Váyase no más.

Subió la escalera, pensando en Celmira. Estaba en amor con un profesor de la escuela primaria de hombres; un mozo pálido que usaba corbata de rosa y un sombrero de cazador. Celmira, en cierta ocasión en que vio un libro de Neruda sobre la mesa de Alsina, lo tomó, y después de hojearlo rápidamente, lo dejó en su sitio, como cosa sin importancia.

—Y qué —la interrogó Juan, con curiosidad—. ¿No le interesa Neruda?

—No; no es eso, don Juan. Puede decirse que no lo conozco. Pero Alberto, mi novio, que es un poeta de sensi-

bilidad moderna, dice que Neruda es un mito. Que es confuso, absurdo y disparatado.

"—Vaya —comentó Alsina—, ¡qué raro! Pero el poeta de "Crepusculario" y de "Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada" no puede ser un mito. A mi juicio, es un poeta formidable, que honra el idioma en que ha escrito.

"—Quién sabe —murmuró la señorita Celmira—; pero ésa es la opinión de Alberto. Y él entiende en poesía. ¡Imagínese usted si no sabrá, siendo él mismo un gran poeta!

"—Naturalmente. Yo no entiendo nada. Me dejo guiar por mí mismo. Eso es todo. Y es muy poco."

Celmira era una gordita de ojos redondos y vivarachos. Por la mañana teja o bordaba en su rincón de la sala de espera. Y por las tardes daba conversación a los clientes, atendía el teléfono y leía novelas policiales con muy poco interés. No era su debilidad la literatura. A veces la llamaba su novio, y entonces Celmira aprovechaba para contestarle con gran énfasis:

"—Claro que lo leí. Sé de memoria tu último poema. Y el seudónimo que usas ahora me parece maravilloso: Alberto Núñez del Arco. ¡Qué poético lo encuentro! Don Pedro, uno de los abogados de aquí, que es un caballero muy amable, me dijo el otro día: "Qué hermosos los versos de su novio. A él no le costará mucho, porque tiene su musa inspiradora". ¿Qué te parece? Oye, dime, ¿y eso es verdad?"

Ahora, solo en su oficina, echado hacia atrás en una silla, Juan veía extinguirse el día. Un sol rojizo que se proyectaba en las paredes en delgadas llamas. En la lejanía y junto a un árbol que se mantenía inmóvil como un índice, divisó el mar. Brillaba el agua, ondulante, refulgiendo más y más en la lumbrada última del día.

Sonrió desabrido, aplastando la colilla del cigarrillo. Y recordando a Celmira exclamó en voz baja:

"¡Tu musa inspiradora! Yo también tengo ahora mi musa. ¡Sylvina! La siento hasta en los huesos. Le escribiré para decirle que me voy mañana mismo de Antofagasta. Su presencia, su cercanía, a la larga me hará daño".

Se enderezó, deteniendo el vaivén de la silla de balance. Acodado sobre el escritorio, se quedó un largo rato ensimismado.

"Estamos en enero —habló en voz alta—. Y en abril



cumpliré cincuenta años. ¡Cincuenta años! O sea, que comienzo a ser un viejo. Un viejo que por dentro se siente joven, con ilusiones, con el alma aún ilusionada por el ensueño. ¡Qué tontería! Y ahora que me libero de mi mujer, ahora que puedo ser feliz, ya no lo seré nunca. Porque, aun en el caso de que Sylvina corresponda a mi amor, jamás sería dichoso. Una mujer que comparte su lecho con otro hombre, ¿qué intensidad amorosa me puede dar? Vivir eternamente torturado con el fantasma del otro será algo horrible. No. No puede ser."

Sin cerrar la ventana, a fin de que entrara el aire fresco de la tarde, corrió la cortina y encendió la luz. ¡Cosa extraña la que le ocurría! Nunca había sentido con mayor intensidad el deseo de escribir. Era como si con ello fuese a respirar mejor. Como si, dejando fluir la corriente atropellada de sus pensamientos, el corazón recobrara su ritmo habitual. De esta forma se disiparía su inquietud. Un dolor que le atravesaba el corazón.

En la pequeña luna de un espejo que coronaba una fotografía de su mujer se miró fugazmente las sienes plateadas y los ojos sombríos. Miró el retrato de Matilde, y se quedó contemplando su sonrisa. El hoyuelo que se le hacía junto a la boca. Ese hoyuelo gracioso del cual le hablara muchas veces en sus cartas. Pero, ¿es que él la había amado con el arrebató, con la exaltación que sentía ahora por Sylvina? ¿Con el lancinante dolor que ya le hacía sufrir adivinando dificultades y tormentos?

"Bueno —murmuró—, y esta tonta, ¿qué hace aquí todavía?"

Tomó el marco y deslizó el vidrio hacia arriba, sacando el grueso tarjetón de la fotografía. Lo volvió a mirar un instante, y en seguida lo partió en dos. Y luego lo fue destrozando con creciente furia, hasta dejarlo convertido en un montón de pedacitos, que lanzó al canasto de los papeles inútiles.

"Pobre mujer estúpida —dijo entonces, sonriendo con desdén—. El hecho de no apellidarme Larraín me ha librado de ella. ¡Qué descanso, Dios mío! ¡Qué admirable circunstancia ha venido a devolverme la libertad!"

¡La libertad! ¿Pero es que él era libre en esos momentos? Sentíase más prisionero que nunca. Vefa delante de él, en el espejo de su imaginación, los ojos tranquilos, claros, de

Sylvina. Su boca graciosa, su frente luminosa, como una cumbre donde destellaba un rayo de sol.

Sacó de un estuche una de las plumas-fuente, y, al tomarla, rozó un ramo de rosas que había en un pequeño florero. Se desprendieron unos pétalos, y, junto con ellos, surgió un perfume tibio, denso, acariciador.

"Rosas, rosas —murmuró—. ¡Qué delicioso aroma! Mañana le mandaré un ramo. Porque le agradarán las flores..."

Hizo sonar el cabo del lapicero en los dientes y, por fin, se decidió a escribir:

*Adorada mía:*

*¿Quién me puede impedir que yo la adore y que la sienta mía en lo más íntimo de mi alma? ¡Adorada mía! ¿Cuántos millones de seres humanos han comenzado a escribir una carta con esas palabras que jamás perderán su mágico y poético significado? Porque amar es un milagro, Sylvina. Es apoderarse de todo lo bello y condensarlo en el ser amado. Es sentir lo infinito dentro del pecho y convertir en melodía la voz que nos conmueve. Es sentir que el corazón se dispara en mil latidos, cuando los dedos de la mano que besamos como en un rito divino, nos tocan y nos sacuden en una conmoción de eternidad.*

*Junto a usted, Sylvina, he aprendido, en un instante, a conocer lo que es el amor. Yo no sé si es el atractivo de su rostro, o es el fluir de su mirada, de su sonrisa, de su gracia, lo que me deslumbró. Acaso fue su espíritu el que penetró en mí, como un rayo de sol en una estancia oscura.*

*No lo sé, Sylvina. Pero hay algo maravilloso que me agita desde que la vi. Es un resplandor, una música, una suave fragancia, la que ahora me recorre las arterias para darme la sensación de que mi sangre es una esencia, que me enciende la imaginación y me hace columbrar una vida, de sublime destino, en la cual hasta hoy no pensé.*

*¡Qué difícil es, Sylvina, expresar lo que se siente cuando se ama tan intensamente! Porque la adoro con tal ilusión, con tal ímpetu, como si mi ser fuera un vaso desbordante de vida que se volcara totalmente, para darse a usted. Para empaparla en el sentimiento de mi amor, en la emoción hecha de ternura y fantasía al adorarla, al divinizarla.*

*Me asomo a cada instante a su recuerdo como a un fascinador abismo, de rara atracción que me causa vértigo.*

*El vértigo de no poder salvar la infinita proyección de mi ansiedad sin límites, sin horizonte, sin dimensión, porque se desorbitó buscando en el espacio las dos estrellas de sus ojos.*

*Me da vergüenza escribir estas frases que acaso estén chorreando cursilería. Pero, ¿es que se puede pensar cuando se tiene la cabeza ardiendo?*

*Yo no sabía lo que era amar, Sylvina. No lo sabía. Las mujeres que me hicieron soñar con el amor nunca me causaron esta terrible y pavorosa herida. Usted, con su mirada, como del minero que pega un golpe en plena guía de oro, me descubrió el alcance portentoso del amor. Del amor que conduce a la dicha o lanza a la más negra desesperación.*

*¡Sylvina, Sylvina! Me hirió usted en la raíz del alma. Hoy he visto que mis sienes blanquean, que un surco de melancolía me cruza la frente; que mis ojos ya los vela una luz de atardecer. Frente a mí hay unas rosas deshojadas. Un perfume de angustia, extraña y aguda, se desprende de ellas. Es el aroma de mi último sueño, del más hermoso. Es un crepúsculo de oro y de sangre. Es una vibración de bosque en la sombra. Es un latido del viento en la soledad.*

*Su juventud, su envolvente alegría, han sido como un súbito resplandor en mi camino. Su risa se me quedó repicando en el alma, como el acorde de un instrumento. Percibo ahora, en el recuerdo, sus palabras, su voz, su mirada. ¡Qué inmensa congoja me invade! Pero, dígame, Sylvina. Una noche caminé por la montaña del Sur, mirando una luz a la cual nunca llegaba. La noche cada vez era más densa, más silente, y también más rumorosa en los esteros que recitaban sus letanias interminables. Nunca encontré la luz en esa noche de zozobra.*

*Ahora, de súbito, la encuentro en el resplandor de su belleza, en la armonía de su plural encanto de mujer. Y tengo que pasar de largo. Llevo ya sobre las sienes la gris neblina del otoño. ¡Oh Sylvina! ¡Qué cosa tan amarga es amar la vida cuando la muerte ya viene a nuestro encuentro!*

*Pero la amo. La adoro, Sylvina. Desde ahora y hasta cuando los ojos se me cierran eternamente.*

Leyó la carta y murmuró con fastidio:

“¡Qué carta más idiota! ¡Pero no se me ocurre otra cosa! ¿Qué hago? La romperé sin pensarlo más.”

Quedóse, no obstante, abstraído, cavilando largamente. Aquella carta de tono excesivamente sentimental le causaba una inquietud. Había pensado escribirle una carta sencilla, como una conversación, en la cual le fuera contando todas sus emociones íntimas. Y le salían aquellas páginas cargadas de un excesivo tinte romántico. Ahora, después del esfuerzo, sentía un enorme cansancio, una fatiga de la cual no se recuperaría tan fácilmente. Pero deseaba expresarle lo que pasaba en su intimidad, en su hondura sensible. Saber cuál sería la actitud de Sylvina, su reacción más inmediata.

“Se la daré mañana, si tengo una oportunidad —se dijo, estirando el labio con desdén—, y sea lo que fuere. Debe saber que la adoro, que me muero de amor por ella.”

Y a la noche siguiente la encontró sola, esperándolo.

—Qué bueno —le expresó, adelantándose a recibirlo—. Ha llegado pronto. Así tendremos oportunidad de conversar un rato antes de que llegue Andrés. Mi esposo le imprime a la conversación un tono muy suyo. Está ahora en la oficina, discutiendo con los agentes de la compañía de vapores. Espero que no tarde demasiado, porque esas conversaciones a veces resultan interminables.

Se sentaron muy cerca. Ella en un sillón de alto respaldo y Juan junto al brazo de un amplio sofá. Frente a él colgaba una hermosa marina. Se quedó mirándola con atenta curiosidad.

—Qué bien está ese cuadro —murmuró con voz insegura—. El agua se ve maravillosa.

—¿De veras? —expresó ella, animándose—. A mí me gusta también. Fíjese usted que los elementos de la composición casi no existen, aparte el agua, y sin embargo da una sensación estupenda de vida, de animación, de armonía en los efectos de luz.

—¿De quién es?

—De Somerscales. Me han dicho que es uno de sus cuadros más logrados.

Mientras hablaban, Juan Alsina sentía que su carta le estaba ardiendo en el bolsillo. Y, de súbito, sin reflexionar, la extrajo y se la alargó a Sylvina. Se sonrojó como un adolescente al decirle:

—Me encargaron que le entregara esta carta, Sylvina. ¿La leerá usted?

Ella se rió feliz, como una chiquilla entretenida en un juego muy agradable. Cogió la cartera que tenía a su lado y la metió adentro. Después miró a su alrededor, buscando el hueco donde colocarla de nuevo junto a ella.

—¡Vaya! —exclamó con acento dulce y tierno—. ¡Quién me escribirá! ¿No lo conoce usted? ¿No será Juanito callado?

—¿Le molestaría si fuera él? ¿Tendría paciencia para leerla hasta el final?

—Yo creo que sí. Se me ocurre que debe de decir cosas muy bellas...

Se oyó en ese momento el roce de unos pasos sobre la alfombra. Se entreabrió la puerta y apareció tras ella la alta y recia figura de Andrés Suárez.

—¡Hola, buenas noches, mi señor abogado! ¿Y qué tal, cómo lo va pasando usted? Me alegro de tenerlo por aquí.

Sylvina se levantó y dijo:

—¿Me excusan un instante? Voy a ver que les sirvan un traguíto. Vuelvo en seguida.

Pero no regresó sino mucho rato después. Entró sonriendo, con las mejillas levemente encendidas y en los ojos una cálida y expresiva luz. Andrés Suárez, que no había cesado un instante de conversar, se interrumpió para reclamarle en ese tono ligeramente inclisivo que empleaba para dirigirse a ella:

—Bueno, ¿y qué pasa? ¿Has convidado a nuestro amigo a comer o a hacer penitencia?

—En seguida, en seguidita, Andrés. Por Dios el hombre reclamador. ¿No es así, Juan? ¿Verdad que usted no es así en su casa?

Andrés Suárez se restregó reciamente la nariz y, carraspeando, contestó amoscado:

—¡Psh! ¿Sabe que me gusta la pregunta? Pregunta bastante inocente. Seguramente Juan te va a decir que sí, que yo soy molesto e impertinente. En el fondo deseas que te diga que eres un portento de dueña de casa. ¡Ay, señor! Mujer habías de ser. Como todas, no vives nada más que para recibir elogios.

En ese momento se abrió una ancha puerta de correderas. Un mozo de blusa blanca impecable y de corbata de rosa anunció:

X —La mesa está servida.

La mesa y unas sillas de bellas formas, amén de unos graciosos muebles colocados en los rincones, eran todo el mobiliario de la sala. Una hermosa lámpara de estilo antiguo, que Juan no supo precisar, la alumbraba.

Sylvina, con sencillez encantadora, con un recato y dignidad que a ratos daba la sensación casi de humildad, agregaba sólo de cuando en cuando su gracia amable en la conversación. Andrés Suárez charló incansable, poniendo de relieve sus años de pobreza, de angustia, de desesperado batallar. Sylvina, de vez en cuando, acaso sin darse cuenta, alzaba las cejas, o se quedaba con el rostro inmóvil como una máscara. Solía murmurar:

—¡Que le gusta exagerar a usted, Andrés! No creo que haya sido para tanto.

Suárez le lanzaba, como un disparo, una mirada de desdén, que en ella provocaba risa.

—¡Cállate; tú qué sabes de eso! Es decir, lo sabes demasiado. Y si no, que lo digan estas manos que supieron empuñar las riendas de los carretones, acarreando el caliche chancado hasta los cachuchos y viviendo entre las patas de las mulas.

"Pero son los primeros pesos los que cuesta juntar, querido amigo. Después el dinero se nos viene solo. Hay que tener la cabeza firme y la mano apretada en el comienzo. Saber gozar de los placeres que proporciona la fortuna es otra de las grandes lecciones. Porque tener dinero sin saber para qué sirve es una desgracia peor que la de ser pobre.

Después oyeron música de Bach, de Schumann, de Brahms y de Beethoven, en los discos que Sylvina acababa de comprar en Santiago. Hablaron sobre la riqueza imaginativa del músico genial. Andrés Suárez hizo una mueca amarga y desdefiosa.

—Sí —exclamó—, ahora es un dios que domina al mundo con su arte. Pero mientras vivía sufrió lo que ni siquiera es dable suponer en un pobre diablo. Pagó caro el hecho de tener genio. La gente vulgar, que es la mayoría, trata siempre de humillar al verdadero artista. Creen que ellos deben darlo todo, para no recibir nada. A mí me fastidia oír tanto elogio para aquellos que se murieron abrumados por el egoísmo, víctimas de la miserable condición humana. ¡En fin, qué sé yo de esto! Ustedes podrán hablar con más juicio.

Rióse Juan de buena gana. Mirando a Sylvina, le dijo:

—De modo que somos nosotros los virtuosos en la apreciación de los grandes maestros. Muchas gracias, don Andrés, por tan alta opinión.

Sylvina tomó uno de sus largos y delgados cigarrillos ingleses y lo encendió lentamente.

—Con respecto a mí, sé cuál es la verdadera opinión de Andrés.

—¿Ah, sí? No sé qué quieres decir. Explicáte con mayor claridad.

—¡Vaya! Pero sí es muy sencilla: que yo no soy nada más que una ignorante y una presumida.

—No tanto, doña Sylvina, no tanto. Aunque algo de eso haya, no se lo daría a entender a nuestro amigo. Aún no nos conoce mucho.

Lo despidieron, acompañándolo hasta la puerta. Sylvina le dijo:

—Buenas noches, Juan. Muchas gracias por su compañía, y por todo —agregó, dándole particular inflexión a su última frase, mientras una sonrisa le brillantaba las pupilas.

6

Iban a ser las diez de la mañana. Por la ventana entreabierta entraba el aire sonoro que venía del mar, trayendo su excitante aroma. En los cristales empavonados, la luz del sol se proyectaba como un encaje, o un fino tul que daba la sensación de palpitar sobre la roja alfombra.

Juan Alsina, sentado en un amplio sillón, estaba leyendo un grueso expediente, en el cual, después de largos considerandos y "otrosíes", se daba una serie de nombres en largos y cansadores detalles. Trataba de poner sus cinco sentidos para entender la circunstanciada exposición de los hechos. Se daba cuenta de que se escapaban a su atención, rebelde a concentrarse en el asunto. Como todos los hombres nerviosos, que creen que con un cigarrillo se van a sentir mejor, buscó en su bolsillo la cajetilla, en el preciso instante en que sonó el teléfono. Se puso de pie de un salto y, tomando el auricular, preguntó:

—¿Aló? ¿Quién habla?

Juan Alsina se sonrojó al oír la voz, que llegó clara y nítida a su oído:

—¿Qué hay, cómo le va, Juanito? ¿Qué es de su vida? También a mí me parece que hace años que no sé de usted. ¿Ha visto?

Juan sintió que el fono le temblaba en la mano. Dio un paso hasta acercarse al sillón, que aproximó al escritorio, para sentarse, apoyando el codo en la cubierta del mueble. Tartamudeó ligeramente, poseído por una intensa emoción al contestar:

—¡Sylvina, Sylvina! ¿Por qué se burla así? Nunca llegaré a pensar que pueda usted sentir ese anhelo con respecto a mí...

Lo interrumpió la voz de ella, que le hablaba en tono grave y tierno:

—¿Por qué no, Juan? Una no sabe jamás lo que lleva adentro. Y cuando nos agita una emoción, no me parece que sea un pecado confesarlo.

—Sí, Sylvina. Me parece maravilloso oírle esas palabras. Se me ocurre que en el corazón hay un espejo en el cual se refleja el alma de la mujer que adoramos.

Lo interrumpió de nuevo ella. A través del alambre, su voz adquiría un acento de misteriosa y rara dulzura:

—Mire, Juan, óigame: Creo que lo único que vale en esta vida es ser sincero. Y yo también tengo que decirle que en usted me he encontrado con la gran sorpresa. Es usted un niño en sus sentimientos. Porque me ha escrito una carta de adolescente. Una carta de un muchacho que no pasa de los diecisiete años. Quien puede hablarle así al corazón de una mujer tiene derecho a ser feliz. ¿Por qué no lo ha sido usted?

Juan se quedó un instante sin responder. Una agitación intensa le llenaba el pecho.

—No sé, Sylvina. Acaso porque habría de encontrar en mi camino al ser que me hiciera conocer el amor. ¿Usted sabe lo que es sentirse deslumbrado? ¿Sentir ese fluido que nos produce una especie de embriaguez dolorosa, de inmensa felicidad?

—Así supongo que ha de ser. Conversamos mucho, Juanito. ¡Mucho! ¿Pero me da permiso para darle un consejo? No idealice demasiado. No sublime la dura realidad. Aprenda a ser un hombre dispuesto a conquistar la dicha a través



de los mayores desagrados. De las más amargas sorpresas. Acabo de leer esa hermosa novela de Anatole France: "El Lirio Rojo". Acaso le estoy hablando influida por ella. Me ha dejado enferma, porque me ha descubierto un aspecto del amor humano que ni siquiera columbraba. Soy una mujer llena de sueños, vagos, inasibles. Tonta de remate. Y, no obstante, hoy espero algo de la vida. Algo, no sé qué es, Juan. Gracias por su carta, amigo mío. Gracias por su ilusión de ver en mí, idealizada, una mujer que no existe. Que está lejos de ese ser que su fantasía iluminó.

—Cuando lo desee, conversaremos, Sylvina. Veo que es usted quien tiene cincuenta años, y yo, diecisiete, como me acaba de decir. Diecisiete para adorarla, Sylvina... Para...

—¡Juanito! Le voy a probar que el ensueño y la realidad son asuntos bien distintos. No olvide que estamos hablando demasiado por teléfono. Esto lo prohíbe la Compañía, y suele haber oídos indiscretos. Dígame, ¿irá usted al teatro esta tarde? Representan "Como en Santiago". Nosotros iremos. A ver si nos encontramos allá.

—Iré, Sylvina. Muchas gracias.

—Ya, Juan. Chao.

—¡Hasta luego!

Le quedó resonando en el oído la palabra "Chao". La dijo como si fuera a cantar. Sintió que una especie de hervor cruel y delicioso le subía por las arterias. Que percibía el inquietante perfume de su cuerpo. ¡Chao! Lo había dicho con su boca de flor, con los ojos llenos de luz. Con su sonrisa, que era como el aire de la primavera.

Se asomó al balcón para respirar. Le parecía que el corazón le saltaba dentro del pecho. Que le palpitaban las sienas. Que una cruel y dulce ansiedad le hacía sentirse dichoso y al mismo tiempo triste y dolido. Al volverse, vio el expediente sobre el sillón. ¡Horrible lata aquella! Y tenía que leerla, que entenderla, pues era necesario ganar dinero para seguir viviendo.

"Sylvina, Sylvina —murmuró—, ¡qué canto de amor hay en tu juventud! ¿Qué voy a hacer de mi vida, ahora que la adoro, ahora que cada instante me lo llena su recuerdo?"

Se fue caminando, al mediodía, hacia su casa. Iba tan abstraído, que sólo reparó en ello al entrar. Pasó a su escritorio y allí estuvo poniendo en orden sus papeles, sin saber lo que hacía. Sin poder meditar acerca de los diversos

asuntos que le preocupaban. ¡Sylvina, Sylvina! Era un retornado que iba y volvía desde su pensamiento hasta su corazón.

A través de la delgada cortina vio a su mujer que cruzaba el *living*. No alcanzó a percibir si iba vestida para salir a la calle.

“Ojalá se vaya —pensó—. Así almorzaré solo. Si se queda, me iré al club.”

Matilde abrió en ese momento la puerta. Una blusa obscura hacía resaltar el blancor de su tez. La falda clara le daba cierta elegancia pulcra y hogareña.

—¡Qué grata sorpresa, señor don Juan! —le dijo en tono de amable broma—. ¿Cómo es que usted se digna venir a almorzar a esta casa?

Juan la miró con aire tranquilo, serio, con algo de inexpressivo:

—Tal vez molesto —expresó sin pizca de malicia—; pero si tienes visita, me iré a almorzar a otra parte. Los dulces idilios no deben ser interrumpidos.

Matilde, poniéndose las manos en las caderas, como una actriz que se acerca a las candilejas, para dirigirse al público, dio unos pasos. Y se quedó mirándolo sin mostrar su verdadero estado de ánimo.

—No sé por qué dices eso —le contestó con vaga molestia—. Bien sabes que yo jamás he convidado a Hernando si no estás tú. Además, conoces cuál es su conducta y su hombría. Es un caballero que no aceptaría nada que vaya contra sus principios.

—Así me parece a mí. Un Tapia Larraín está obligado a comportarse a la altura de sus nobles antecedentes.

Picada en lo vivo, replicó con frialdad cortante:

—¡Vaya! ¡Qué humorista estás! Supongo que no pretenderás que reniegue de su apellido. Estaría bueno...

—Yo no pretendo nada, Matilde. El señor Tapia Larraín no ocupa ni siquiera un instante mis pensamientos. Y me parece pueril discutir contigo esto. Veo que eres apasionada. ¡Mira tú! Otra cualidad que no te conocía. Te felicito.

Rió ella con risa amarga, y, sin sacarse las manos de las caderas, miraba hacia afuera, observando con el rabillo del ojo la actitud de su casi ex marido.

—Gracias. ¡Ja, ja! Veo que estás muy gracioso. Y déjate de pullas. Te ruego que almuerces conmigo, porque tengo que

hablarte de muchas cosas. Me parece verte en estos días absorto en un delicioso ensueño. Parece que la señora de Suárez te ha hecho aflorar por lo menos una tonelada de romanticismo. Con sus aires de princesa y su facha de laucha Mickey, te viene como anillo al dedo para tus conversaciones intelectuales.

Juan encendió un cigarrillo para disimular la ira que le acometió al oír el insulto para la mujer que estaba adorando.

—No sé qué quieres decir, ni cuáles son tus intenciones. Lo único que me consta es que, mientras ella me ha dicho que tú eres una mujer bellísima, una deliciosa criatura — ésas fueron sus palabras—, tú te refieres a ella en términos ofensivos. No me explico tu actitud. A menos de que sea el producto de los celos...

Matilde sonrió burlona y evasiva. Apartó un instante la cortinilla para mirar hacia la calle.

—Le has apuntado medio a medio, hijito. Son los celos más espantosos. ¡Qué me importa a mí la señora de Suárez! Ni los millones de su viejo. ¡Aunque sea un viejo simpático y encantador!

—¿Lo cambiarías por un Larrain?

—¡Bah! Si yo lo quisiera, ¿por qué no? Y te diré que, por mucho que te burles, yo no me he enamorado de Hernando por su apellido. Tú lo sabes bien.

—Por el apellido Tapia, ¡claro que no!

—¡Oh! Mira, Juan; venía a hablar contigo en el mejor ánimo, y veo que estás intratable con tus sátiras. ¿Son celos? Te contesto con tus propias palabras.

—Sí, celos. Espantosos celos. Bien, di qué es lo que deseas hablarme.

—¿Pero que te vas a ir? ¿Así es que el señor Alsina no se digna hacerme el honor de almorzar conmigo?

Juan se puso de pie, suspirando. Hubo en su rostro una sombra de tristeza que trató de disimular. Su actitud había cambiado por completo. Su voz casi se quebró al hablarle a su mujer, que se quedó mirándolo con visible inquietud:

—Con mucho gusto, Matilde. Todos los honores que quieras. Y además el deseo sincero de que seas feliz. Que el hombre que escogiste, al separarte de mí, te dé lo que yo no pude o no supe darte.

Matilde se sonrojó y le miró con los ojos brillantes.

—Gracias, Juan. Gracias. Sé que eres bueno. Fue nuestro carácter tan distinto el que nos separó. Acaso yo tuve la culpa. No sé... Bueno, ahora no vamos a darnos explicaciones, que serían absurdas y tardías.

—Ya lo creo.

Se habían sentado a ambos lados de la mesa, dejando la cabecera solitaria.

—Dije que te hicieran cazuela de vaca. Como sé que te gusta... ¿Quieres ponerle un poquito de ají?

—No, Matilde. Ando un poco enfermo del estómago. Dicen que el ají es un gran estimulante, pero a mí me irrita. Tú lo sabes. Aunque ya lo habrás olvidado.

Matilde se quedó mirándolo con penetrante curiosidad.

—¿No quieres pan tostado?

—No me gusta. Pero, en fin, dame. Será mejor, ahora que ando con esta molestia.

—¡Juan, don Juanito! Yo lo conozco a usted. Lo conozco más de lo que se imagina. Me parece que usted también anda enfermito del corazón.

—¡Ah, claro! Eso es cierto. Admiro tu adivinación. Bueno, déjate de tonterías y dime lo que deseas.

Matilde alzó los ojos y miró a Juan con aire decidido.

—Mira, Juan —le dijo—, tú sabes que este asunto nuestro está ya muy avanzado. No es raro que en un mes o dos, a lo sumo, se termine. Pues bien, yo quería pedirte que me dijeras, con toda franqueza, si nos partiremos por igual lo que hay en esta casa. O si no piensas darme nada, puesto que fui yo la que inició la demanda. Además, tú me has regalado unas cuantas joyas, que ahora valen un dineral. Y en cuanto deje de ser tu mujer, no me parece digno conservarlas.

Sonrió Juan, sin mirar a su mujer. Se demoró mucho rato en ponerle mantequilla a su pan, y después le dijo:

—Matilde, viviste varios años conmigo y no aprendiste a conocerme. Lo siento. Mira, óyeme. Yo lo único que necesito es mi cama y mi ropa. Todo lo que contiene mi escritorio son elementos indispensables para mi trabajo. Lo demás es tuyo. Recuerda que ahora yo seré un joven soltero. ¡Nada, Matilde! Todo es tuyo. Quizá, si quieres regalarme algún cuadro, te lo agradeceré. Ya conoces mi debilidad en ese sentido.

Matilde se quedó un largo rato en silencio. Era un tanto

frívola y desdefiosa. Pero aquella actitud de Juan la emocionó. Sentíase derrotada en su orgullo de mujer. Porque su marido en ese momento era un hombre sin rencor, sin odio. Porque él era el ofendido, el abandonado. Reconoció, un tanto humillada, su egoísmo, su vanidad, su ligereza. No era sensible, como para dejarse vencer por la emoción, y sin embargo le costó dominarse, recuperar la integridad de su ánimo.

—Gracias, Juan —murmuró en voz baja—, gracias. Eres excesivamente bondadoso, con una bondad que yo no hubiera tenido si me hallara en el caso tuyo. Mereces tener la felicidad que no tuviste conmigo.

—¿Crees que existe la felicidad? —le preguntó Juan sin mirarla y como si hablara consigo mismo.

—Sí, aún creo. Y quién sabe si pudimos tenerla nosotros mismos. Tal vez nos manejamos equivocadamente. O bien fue nuestro destino.

—¡El destino! —exclamó Juan con amargura—. Me parece que lo crea uno mismo con su inexperiencia o con su ambición de ser dichoso. Ya no tengo edad para pensar en un destino maravilloso. El nuestro fue, mientras vivimos juntos, el resultado de una manera de ser. No hubo el amor necesario para que ambos pudiéramos llevarlo por el buen camino. Ahora que ya todo terminó, no creo que para mí tenga muchos atractivos. No queda más que dejar que la vida siga su curso.

Matilde le oía, teniendo la taza de café en alto y bebiéndolo en cortos sorbos, con ambos codos apoyados en la mesa.

—Juan, tú vas a ser feliz ahora. ¡Qué amargas horas vivimos en nuestra incompreensión! Oyeme, las mujeres, por tontas que sean, yo una de ellas, según tu opinión en medio de tus rabetas, tenemos, a pesar de todo, una secreta adivinación. La otra noche, en la casa de Strong, me formé la impresión de que tú y la señora de Suárez os habíais gustado, en forma fulminante, con un amor a primera vista. Espérate. No me lo niegues ni protestes. Lo único que te quiero decir es que me complacería que así fuera. Créemelo, Juan. Ella es una preciosa muchacha, aunque un poco vanidosa con los millones de su viejo. ¿Quién te dice que no quedará viuda cualquier día y entonces puedas realizar tus sueños? Eres todavía un hombre joven y con mucho gancho, según oigo decir por ahí. Yo te guardaré el secreto. Aunque lo niegues, esa mujer te dio el flechazo. Te conozco, hijito.

Estabas esa noche como en éxtasis. Y lo que me fastidia más es que estuve pendiente de mirarte a ti y de mirarla a ella. Llegué a sentir celos. ¿Has visto algo más divertido?

Se rieron ambos, francamente regocijados. Juan le observó:

—Supongo que esos celos no llegarán al extremo de darle un golpe a tu ídolo para destruirlo instantáneamente.

Matilde le miró con jovial dulzura. Después dijo:

—¡Quién sabe, quién sabe! Recuerde, señor Alsina, que la sentencia aún no se ha dictado. No vaya a resultar aquello de que en la puerta del horno se quema el pan.

Juan soltó la risa, pero hubo algo de falso en ella. Una súbita inquietud le asaltó de pronto. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si Matilde de súbito se diera cuenta de que no estaba enamorada de don Hernando Tapia Larraín? ¡Bueno estaría!

—Sabes —le dijo— que no te conocía este aspecto humorístico. Señora Matilde, le ruego que no me haga bromas tan pesadas. No olvide que mi corazón está herido con ese flechazo que usted, con tan buen ojo, advirtió.

—Sí, ríete no más. Pero te has quedado inquieto. No pases susto. Ya los dados están tirados. Y no olvides que te guardaré el secreto.

—Gracias. Aunque el secreto no exista.

Se habían levantado de la mesa y se quedaron mirando a los canarios que se bañaban jubilosos en la pequeña fuente que tenían en su jaula.

—Ven a almorzar cuando puedas conmigo, Juan. Tenemos aún que hablar de algo más. Me agrada sentirte amigo sin resquemor. Y gracias de nuevo por tu generosidad. Y, antes de que se me olvide decírtelo, te ruego que dispongas de tus cuadros. ¡Son tan tuyos! Sé la pasión que sientes por ellos.

—Bien, Matilde. Ya hablaremos de eso. Creo que los repartiremos.

Esa noche, mientras caminaba hacia el teatro, Alsina se encontró con don Andrés Suárez y su esposa. Venían de la Plaza de Armas, en donde habían estado oyendo a la banda del regimiento.

—¡Qué hay, Juan! ¿Cómo le va a usted?

Se lo dijeron ambos casi a un tiempo. Sylvina, cogida del brazo de don Andrés, le sonreía afectuosa y feliz.

—Qué agradable noche —dijo Suárez—. Yo, si no fuera

porque doña Sylvina está empeñada en ir al teatro, me quedaría en la plaza, respirando esta deliciosa brisa. A ella, que es una joven y hermosa señora, le gusta mucho que le digan esto. Se le olvida que su marido es un viejo gruñón, a quien le agrada hacer su voluntad. Pero a veces es necesario aparentar también el papel del marido modelo. Y por cierto que yo lo hago con absoluta sinceridad.

Dos chispitas de alegría, de acariciadora luz, se estaban desliendo en los ojos de Sylvina. Un leve sonrojo le florecía en las mejillas. Se desprendió del brazo de Suárez para decirle con fingido enojo:

—Nunca podrá usted decirme alguna cosa amable, en la que no haya un alfilerazo. Por suerte, mi paciencia es infinita. Creo que me iré derecho al cielo cuando muera.

—De eso no me cabe la menor duda —replicó Suárez, sonriendo en tono chancero.

Juan miró a Sylvina, que se mordió los labios con aire reticente.

—No es una compensación muy segura —insinuó, tratando de no comprometerse—; pero si Sylvina tiene fe, es una hermosa ilusión.

—Pero de ilusiones no se vive. Es preferible una agradable realidad. Y eso es difícil conseguirlo cuando la voluntad falta y las intenciones sobran.

—Así es, doña Sylvina. Pero no olvide usted que las intenciones pueden ser buenas o malas. Usted no se atreve a aclarar el punto, pero lo insinúa en forma muy hábil.

Suárez, entretenido, sin asomo de mal humor, le guiñó el ojo a Juan al pronunciar estas palabras. Este observó:

—Veo que les gusta entretenerse en un juego de palabras un tanto peligroso. Pero los dos están muy bien entrenados. No me parece que se hagan daño.

Sylvina entrecerró los ojos y suspiró, diciendo:

—¿Le parece a usted? Yo preferiría oír palabras directas, que no tuviesen segundas intenciones.

Habían llegado al teatro, y allí resultó que Suárez y Alsina habían sacado las entradas. Don Andrés dijo, sonriendo, afectuoso y paternal:

—Devuelva sus entradas, mi amigo. Acuérdesese de que yo soy vendedor de tablas y gano más dinero que un abogado, aunque tenga muchos pleitos.

Sallieron del teatro después de ver la pieza de Daniel

Barros Grez, "Como en Santiago", y se fueron comentándola, en dirección a casa de don Andrés. Sylvina dio una opinión bastante acertada acerca de la manera cómo los actores se habían desempeñado y del ambiente de época de la obra. Al llegar a la casa, Juan se dispuso a despedirse.

Don Andrés, dirigiéndose a Juan, le propuso:

—¿No quiere pasar a tomar un refresco? La noche está tan calurosa que casi no dan deseos de acostarse.

Alsina se quedó en actitud vacilante. Y entonces Sylvina le animó, diciéndole:

—Pase, Juan. Arriba en la sala está siempre muy agradable a esta hora. Abriendo las ventanas se siente una temperatura deliciosa. A mí sí que me van a perdonar, porque me duele un poco la cabeza.

—¡Qué pena! —lamentó Alsina—; sentiremos mucho que nos falte su compañía; pero si don Andrés tiene deseos de echar un párrafo, por mí, encantado.

Rió Sylvina, afable. Sujetaba la mano de la mampara a fin de que entraran los dos hombres. Alzando las cejas, con un gesto que era característico en ella, le reparó:

—No diga sentiremos, Juan. No hable en plural. Porque, al revés, Andrés estará encantado con mi ausencia. Así él conversa a sus anchas, y no pierde el tiempo lanzándome esas frases tan amorosas que acostumbra.

Andrés Suárez estiró los labios, cerrando un ojo con gesto cómico.

—No crea que es tan dulce paloma como se la puede usted imaginar. También le agrada el fandango. Cuando no le digo nada, es ella la que busca el bochínche.

Subieron hacia la sala, que era como una terraza al abrir los anchos ventanales. Lejanamente se divisaban las luces oscilantes de algunos barcos surtos en la bahía. A ratos, llegaba hasta ellos el sordo y misterioso rumor del mar. Sylvina trajo una bandeja en la que venían vasos, agua mineral y una botella de *whisky*. En otra bandeja les dejó un trozo de torta y un canastillo con galletas. Resplandecía en los ojos de la joven una tibia luz que hacía más seductora la simpatía de su rostro. Bebía en cortos tragos un poco de agua mineral. Su traje negro, con una graciosa chaquetilla, que modelaba su silueta, comunicaba una elegancia aristocrática a su persona.



—¡Ay, qué rica estaba el agua! Siento que algo me arde en el estómago.

—Tal vez un poco de sal de frutas le haría bien —le insinuó Juan.

—¡De veras! Voy a tomarla en seguida. Bueno, señor don Andrés, muy buenas noches. Buenas noches, don Juan. Que tengan un buen tema de conversación. Y no me pelen, por favor.

Salió rápida, y en el pasillo, donde se detuvo para cerrar una ventana, se le oyó entonar en voz baja:

*La primera vez que te miré,  
loca por tu amor yo me sentí...*

—¡Doña Sylvina! —exclamó Suárez, moviendo la cabeza—. Es una excelente muchacha. ¡Con un carácter a prueba de terremotos! A veces siento el remordimiento de haberme casado con ella, porque, si he de ser sincero, yo soy un viejo gruñón y malas pulgas y quién sabe si le he echado a perder su vida. Me parece un grave error que un hombre maduro se case con una mujer demasiado joven. Por un lado, se expone a que la mujer lo pase por el aro, y por el otro, si la mujer es de temperamento tranquilo, a despedazarle todas las ilusiones que pudo formarse acerca del matrimonio.

—Pero veo que usted es un hombre fuerte —le observó Juan—. Uno de esos hombres de que habla la Biblia. Que tenían ochenta o noventa años y le hacían media docena de hijos a una mujer.

—¡Psh! No, hombre —exclamó Suárez con gesto desencantado—, no diga usted. Son nada más que historias. Los años, en la cuestión sexual, son una tremenda realidad. Una pavorosa realidad. Yo he sido una fiera en ese sentido. Una máquina productora de deseos y de goces. Un sensual de la peor especie. Pero ahora, a los sesenta y cinco años, me doy cuenta de que el hombre experimenta una caída vertical. Se cae como cae una piedra al suelo, en la inactividad. Sólo de vez en cuando se puede levantar la bandera. Una vez a la semana o a los quince días. Para mí es trágico, porque siento en lo hondo, en lo íntimo, un rescoldo quemante, abrasador, pero que no me produce los efectos a que aún aspiró. La sangre no baja a los órganos para darles la fortaleza del

caso. Uno, frente a una mujer, es ahora como un soldado que se pone a pelear con un palo, frente a otro que está armado con un fusil ametralladora. Yo la verdad la digo. Si Sylvina no me pone el gorro, es porque es demasiado leal, no digo buena. La naturaleza, en esos casos, manda más que el comandante de un regimiento. O bien será así porque en ella hay un gran desencanto, o sencillamente porque es frígida. Piense usted que yo le llevo treinta y cuatro años. ¿Se da cuenta? Es una brutalidad.

Miró Suárez hacia el techo. Una honda arruga le hendía la frente. Golpeó el cigarro en el borde del cenicero para quitarle la pavesa y se bebió un pequeño sorbo de *whisky*. Echando una gruesa bocanada de humo, continuó:

—Pero no fue por falta de hombre que Sylvina pudiera sentirse defraudada. Yo, hasta hace poco, he sido un guerrero que podía pelear con buenas armas. Lo que pasó fue otra cosa bien diferente. Y perdone que le hable de estas cosas. Lo hago porque usted es un mozo que me inspira confianza. Yo no debí casarme con Sylvina, no porque ella no merezca ser mi esposa. Muy al contrario. Es una muchacha de grandes méritos. Una de esas mujeres que pasaron de la medianía económica y acaso de la pobreza, a la riqueza, a la opulencia, pudiera decirse. Hace años que ella no sabe lo que cuesta el dinero, ni el valor inmenso que en ciertas y determinadas circunstancias tiene una cantidad cualquiera. Y, es curioso, yo soy un zorro viejo, que se da cuenta de muchos detalles de la vida corriente, tal vez sin pretenderlo, como una consecuencia de lo que los hechos dejan en nosotros. Sylvina es una mujer que maneja el dinero en dosis muy bien administradas. Casi con cuentagotas. No digo que sea mezquina, avara, no. Pero nada que signifique un gasto lo decide en forma súbita. Es un ser curioso en ese aspecto, pues en muchas oportunidades he dejado, intencionadamente, de darle dinero para los gastos que son de rigor en la casa. No me lo pide. A veces le pregunto:

"—¿Y por qué no me habías pedido dinero? ¿Cómo te las has arreglado?

"—¡Bueno! —me contesta—. Por ahí suelo reunir algunos pesos. Y, cuando es necesario, los ocupo en la casa. ¿Para qué necesito plata yo?

—Es curioso —observó Juan—; es más bien una cues-

ción de hábito en ella. De disciplina, de orden. De esa tendencia al ahorro que hay en toda mujer.

—Sí —dijo Suárez—, algo de eso hay. Pero también, en gran parte, es el resultado de haber vivido, cuando niña, en un medio de lucha permanente para reunir el dinero. De ir echando en una cajita, y, al fin de la semana, contar los pesos, estirar los billetes de a cinco y de a diez, para mandarlos a la Caja de Ahorros, a fin de incrementar el pequeño capital de la familia. Son experiencias que no se olvidan, y en las viejas razas de Europa, despedazada por guerras y hambrunas, llegan a constituir hábitos, que no varían, aunque la fortuna llegue a situaciones de seguridad, que ya no ofrecen temor al porvenir.

—¡Seguramente! —comentó Alsina—. Pero en su esposa me parece que debe ser un aspecto de su modalidad. Probablemente, en seguida, gasta el dinero en cualquiera fruslería. Acaso en ella hay un fondo de orgullo, y no le agrada gastar en forma dispendiosa.

—Puede ser, puede ser —dijo Suárez, sacando un terrón de hielo del balde de metal, para echarlo en su vaso con *whisky*—, y, por lo demás, eso no tiene mayor importancia para mí. Lo que me preocupa es la vida íntima de Sylvina. Usted la ve jovial, afable, efusiva, en apariencia; pero es persona difícil de conocer. Es un ser hermético. Guarda sus emociones y sus ideas muy adentro, muy en lo íntimo. Nadie diría que se ha percatado de algo que le choca o le molesta. Sólo que de pronto le asoma, le surge como una incidencia a la cual no le ha dado ningún valor. Es el peligro de las mujeres retraídas. Uno, con ellas, nunca sabe en qué terreno pisa. Son mujeres que no le largan carta sino cuando saben que el impacto va a dar en plena fama. Pero, mi querido amigo, lo estoy lateando de lo lindo. ¿Qué le puede interesar todo esto a usted? Estará con unos tremendos deseos de irse a dormir.

—¡Nada, don Andrés! Por el contrario, me interesa más de lo que usted se imagina. Y una cosa, que le ruego no la tome como impertinente curiosidad de mi parte: ¿cómo es que usted, hombre maduro ya, se fue a casar con una mocosa, para sus años?

Andrés Suárez le miró con los ojos alumbrados de picardía. Soltóse a reír y, lanzando el humo de su habano, le replicó vivamente:

—¡A eso iba, mi amigo! Si fue algo realmente curioso. Una de esas incidencias que en la vida del hombre parece que no fueran a tener trascendencia. Y resultan todo lo contrario.

"Pues, oiga usted. Yo fui muy amigo de Francisco Larre, el padre de Sylvina. Un hombre de una pieza. Uno de esos vascos duros y empecinados en el trabajo. Pancho Larre, Panchote, como le llamábamos por su aire de seriedad y su parca manera de expresarse, traía un concepto, muy frecuente en la gente que llega de Europa. Creen, como en el viejo cuento de Pedro Urdemales, que aquí en América se amarran los perros con cadenas de oro y se atrancan las puertas con barras de plata. Venía de hacer el servicio militar, que, allá en su país, era en ese tiempo por dos o tres años. Renegando de la juventud perdida en aprender todas las maromas de la milicia, que se inventaron para matar a la gente. Creyó que aquí tendría una buena ocupación porque sabía leer y escribir y conocía la tabla de multiplicar. Cuando se encontró con la realidad, se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que enfrentarse con ella. Trabajó en la pampa, de particular, de barretero, de capataz de mulas. Allí nos encontramos, en las mismas faenas y en iguales condiciones. Con la diferencia de que, mientras los demás obreros gastaban su dinero en cantinas y quillombos, donde las mujeres, enfermas de toda clase de males, concluían de quitarles las energías, Panchote juntaba el cinco, la chaucha y el peso, hasta reunir el capital necesario para instalarse con un boliche, en el que se vendían todas esas menudencias que fueron la base de la fortuna de muchos faltos, que voceaban su "cosa tenda" por todos los rincones de Chile. Yo hice lo mismo que Panchote Larre, pero impulsado por razones distintas. Soy hijo natural de un hombre bastante rico en su tiempo. Un señorón que dejó a mi madre embarazada, sin preocuparse jamás de cuál sería la suerte de ese hijo que había dejado en el camino, como se deja una prenda olvidada, sin mayor valor. Tomé el apellido de mi madre y me propuse superar mi destino. Vencer la adversidad y darle a mi vida, a fuerza de ñeque y de voluntad, una condición superior.

"Lo conseguí. Pancho Larre por su lado y yo por el mío, fuimos adelante en negocios muy distintos. Tuve más suerte que él, aunque bien se la merecía por su honradez, por su

empeño, por su fe a toda prueba. Por él conocí a unos españoles barraqueros, y allí comenzó a brillar mi estrella. Los pesos fueron cayendo, no en flojas monedas, sino en succulentos chorros de dinero.

"Allí, en el negocio de Pancho, que ahora es el jefe de una de mis fábricas, conocí junto al mostrador a Sylvina. Era una mocosa, a quien acariclé más de una vez, en mis frecuentes visitas a casa de mi amigo. Criada allí en medio de la pampa, era delgaducha, pálida, casi sin formas de mujer. Lo único que recordaba de ella, cuando me fui al Sur, eran sus ojos. Unos ojos verdes, llenos de chispitas doradas, que animaban su rostro cuando sonreía. Un caso bien curioso. Sus dos hermanas eran grandotas, con esa belleza que da la juventud, sin que existiera en ellas ningún rasgo delicado y gracioso que llamara la atención. Y el hermano, un bohemio sin remedio, un gracioso y simpático sinvergüenza, al cual jamás le niego el dinero que me pide, cuando recurre a mí, y que le doy, pensando en que a nadie se le puede negar su parte de sol en este camino que seguimos hasta darnos el último topón.

"Pues, señor, cuando volví desde el Sur, me fui directamente a la casa de mi amigo Pancho. Y me encontré con la gran sorpresa. Allí estaba Sylvina, tras el mostrador, mirando a la gente que llegaba, con sus ojazos de aguamarina o no sé de qué diablos. Y de aquella mocosa flaca como un colligüe había surgido una muchacha de atractivas y delicadas formas. Unas caderas de suave y apetitosa redondez y unos pechos que eran como la fruta pintona que da por primera vez un árbol nuevo.

"Ni Pancho ni doña Rosario se fijaron jamás en mis carifios para Sylvina, que debe su nombre al personaje de una novela que leyó doña Rosario en sus cortos ratos de ocio. Al pasar, yo le tiraba una oreja, un mechón de pelo, o le daba una palmadita en su rostro, cuya piel fresca y suave era como una rosa. Un día que me llevó el desayuno a la cama, la pesqué de un brazo y la acerqué a mí.

"—Estás muy linda, chiquilla —le dije—. ¿Ya tienes novio? Claro que lo tendrás.

"Ella, ruborizada, se encendió, bajando los ojos. Entonces, sin pensar en el bailecito en que me metía, la tomé y le llené la cara de besos. No supe cómo se me escapó, pero la

mocosa del diantre no chistó. No dijo "esta boca es mía". Era ya un secreto entre los dos.

"Una mañana en que Pancho andaba en Antofagasta y doña Rosario atendía el mostrador lleno de clientes, pasó lo que tenía que pasar. Allí en el campamento de la pampa, sin ver a otros hombres que aquellos rotos que se sacaban el alma por una botella de aguardiente, Sylvina debió de encontrarme joven y bello. Figúrese usted: ¡a los cuarenta y siete años!

"Sylvina se embarazó. Y allí ardió Troya. Pancho no tuvo necesidad de afrontarme. Cuando lo vi, su aire de sufrimiento, de dignidad ofendida, era tal, que me impresionó. Y antes de que pronunciara la primera palabra, le dije:

"—Bueno, Pancho. No hay más que me caso con esta mocosa. No puede ser de otro modo. Y perdóname por lo que ha pasado. ¿Has visto? ¡Cuándo iba yo a pensar en que serías mi suegro! Date cuenta tú de lo que significa esto para mí, teniendo presente que estaba dispuesto a morir soltero. Es decir, solterón empedernido. Una vez más se cumple el dicho: "El hombre propone y Dios dispone".

"Sylvina perdió su guagua en una penosa operación, en la cual estuvo a punto de mandarse cambiar para el otro bando. Yo creo que con esa operación pasó algo raro, que los médicos nunca explicaron; pero el hecho es que no volvió a embarazarse.

"Y aquí está la clave de muchas cosas, querido Juan. El hombre que se siente bien capaz; capaz de hacer un hijo hasta en el pote de un estoperol, como decía un roto muy gracioso, allá en la pampa, siente un tremendo resquemor cuando no puede salirse con la suya.

"Sylvina, no por su culpa, por cierto, como le he explicado, no pudo darme ese hijo. Y esto, que reconozco que es una gran injusticia, me ha hecho sentir un despego hacia ella. Un despego a tal extremo, que ya hace por lo menos dos o tres años que no hacemos vida conyugal. Ella parece no advertirlo. Y esto me causó en lo íntimo, en lo más escondido, una especie de agravio. Es como si no le importara un comino el asunto. Acaso es frigidez sexual. Acaso es porque esta mujer está esperando a un tipo, sea ahora o después que me muera, que le saque la madre. Que la posea como un semental a una yegua que está en calor. Y yo estoy en la situación ridícula del viejo que no puede separarse de

ella, porque quedaría solo, como un perro sarnoso. Las que vinieran a reemplazarla lo harían nada más que por mi dinero. Y, además, no lo haría, porque a Sylvia la estimo con grandes condiciones de sensibilidad y finura en muchos aspectos. Hay en ella una especie de respeto para mí, del cual jamás se ha podido evadir. ¿Ha observado que me trata de usted? La he reprendido ásperamente por esto, en varias ocasiones, y no he conseguido que cambie el usted por el tú. Terca como buena vasca.

"Muchas veces pienso en que la vida de esta chiquilla ha debido ser bien triste. Yo, metido en mis negocios y en amoríos con otras mujeres, con las cuales sentí florecer mis pocas energías eróticas, la he dejado sola. Su cuerpo no me atrae. Me parece que no la hubiera poseído jamás. Que nunca la hubiese gozado. Nada hay en mí, en esa delicuescencia del sexo en ejercicio, que me recuerde un momento de intensidad amorosa con ella. ¡Psh! ¡Qué diablos!

"¡Pero, por Dios, hombre! ¡Qué barbaridad! Me va a tomar miedo usted. Son las cinco de la mañana. Buenas noches, mi amigo, buenas noches. Perdone usted a este viejo latero.

7

DIARIO DE SYLVINA.

*Martes 25.*

¡Qué día tan brumoso y triste! Me da la impresión de que la ciudad entera siente, muy adentro del corazón, esta bruma helada, esta gris melancolía, que nubla el espíritu. Y, a pesar de esto, yo no siento mi ánimo deprimido como en otras ocasiones, en que la luz esplende y vibra en el aire azul dorado.

Por el contrario, me siento, no diré feliz, pero sí tranquila, poseída por una dulce esperanza, por una tibia y grata sensación de ensueño, que me induce a creer que mi existencia será más bella, más agradable de vivir en adelante.

Ayer vino Juan. Lo llamó Andrés para consultarle unos asuntos legales, y en seguida pasó para acá con él a la hora del té. Lo vi con aire preocupado. En sus ojos había una sombra de tristeza. Como Andrés está conversando siempre

de sus negocios y dificultades, no le da tiempo para que él converse. Le oye con gran atención, como si estuviera totalmente entregado a escuchar lo que Andrés explica. Pero de pronto se le salló un suspiro muy hondo, que disimuló tosiendo de intento. Luego encendió un cigarrillo. Yo estaba en la cabecera de la mesa, teniendo a Andrés a mi derecha y a Juan a mi izquierda. No hablé una palabra y me limité a oír lo que decían. Sorprendí a Juan mirándome con los ojos ardientes. Me hizo el efecto de que me quemaba, y experimenté al propio tiempo un miedo muy grande de que Andrés se fuera a pecar de ello.

Pero Andrés estaba tan abstraído por sus preocupaciones, que ni siquiera ha dirigido su mirada hacia Juan. Siempre está cuidando de que su cigarro puro se queme parejo, y le gusta, después de que le bota la pavesa, soplarlo y verlo convertido en una brasa roja.

Me llama la atención la facilidad con que Andrés se ha hecho amigo de Juan. Por lo general es más bien esquivo con las gentes a quienes acaba de conocer. Quién sabe si será mejor decir que es huraño. No es que crea que se acercan a él o buscan su amistad por sacar provecho de su situación económica. No es hombre que tenga prejuicios a este respecto. Tiene suficiente personalidad para saber cómo se las maneja con quienes tienen la audacia de insinuársele en ese sentido. Y no le importa un ardite dar todo lo que a él se le ocurra, si lo hace espontáneamente. Lo que le desagradaba es que le hagan sentir que es poderoso y que se manifiesten ante él en actitud de acatamiento. Es entonces cuando le oigo rezongar con su gesto característico de desabrimiento: Este anda buscando un hacha que afilar.

Pero con Juan le ha ocurrido todo lo contrario. Es él quien lo busca y lo recuerda con frecuencia, y tanto, que el otro día me dijo que estaba pensando encargarle todos sus asuntos judiciales. Estábamos terminando de almorzar, cuando me dio a conocer sus propósitos. Yo le observé, deseosa en lo íntimo de que hiciera todo lo contrario de lo que yo le insinuaba, cosa que es tan frecuente en Andrés:

—Me parece que debes pensarlo con calma. No te olvides de que Juan es abogado de una repartición fiscal, y, a lo mejor, el tiempo de que dispone no es suficiente para poder preocuparse de tus asuntos.

—¡Psh! ¡No, nifia! Si los abogados fiscales se mueren de



aburrimiento en sus oficinas. Lo que me hacía pensar no es eso, sino que este mozo es demasiado desapegado al dinero, a las cosas materiales. Y el hombre, en su lucha por la vida, no debe exagerar la nota. El dinero, para mí, no vale sino por la forma en que se le emplea. Por eso hay que tratar de conquistarlo, de disponer de él. Juan tiene ese defecto. Hombre supersensible, no se da cuenta de esta tremenda circunstancia: tanto tienes, tanto vales. Es una sentencia bárbara y despiadada, pero dentro de la realidad no se puede olvidar. Usted, doña Sylvina, me parece que es de las personas que no lo olvidan.

—¡Cuándo no, pues! ¿Habrá alguna vez una conversación entre nosotros en la que no me haya de dar un pinchazo? No creo ser avara. No veo con qué objeto habría de serlo.

Andrés torció el gesto con ese aire despreciativo que acostumbra, y que a mí me saca de tino, y me contestó:

—Esas son singularidades que no tienen explicación. Son inherentes a la condición humana.

A mí me causa ira de que me crean mezquina. Encuentro que es un defecto odioso en el ser humano. Aunque tal vez lo sea en cierto modo. Recuerdo ahora el placer que experimentaba, siendo una mocosa, y después que cerraba mi padre la puerta del negocio y corría las cortinas de espeso borlón, cuando yo le ayudaba a contar el dinero. Me causaba gran placer ir estirando los billetes y reunirlos en fajos de a diez. Luego las monedas tenían para mí un brillo mágico, un armonioso son, que me producía deleite.

Mas, ahora que puedo tener en mi cajón montones de billetes y de monedas, veo que no me proporcionan ni siquiera agrado. Lo que hay, y esto sí que es grave, es que yo no sé imaginarme las tragedias del frío, del hambre, de la miseria negra. Todo me parece una especie de leyenda en la cual hay mucho de exageración. Y es que como dicen que no hay ciencia sin experiencia, es esta experiencia la que a mí me falta. Siempre estoy pensando en que no soy feliz. Muchas veces me he preguntado, en mis horas de cavilación, en qué consiste la felicidad, y no sé precisarlo. Soy rica, inmensamente rica en bienes, que por supuesto provienen de mi marido, pero no sé con certidumbre para qué sirve la riqueza. Porque yo, en esta casa, soy como una chiquilla que vive pendiente de su papá; un viejo gruñón que la

está sermoneando a diario. ¿Qué puedo hacer por mi gusto, por mi entera voluntad? Nada. Todos mis actos están subordinados a la voluntad omnipotente de Andrés. Y yo tiemblo sólo de pensar en que haya algo en mi conducta que provoque su ira. Es espantoso. Creo que sería capaz de matarme. Aunque esto, en realidad, sería lo de menos. Pero me disgusta morir en un acto de violencia. Quisiera morir dulcemente, durmiendo, soñando en ese amor que sale en las novelas, y que a mi me da la impresión de que no pasa de ser fantasía de artista.

Porque yo no sé lo que es el amor físico. Esa sensación divina de que hablan las mujeres en la intimidad, en esas confidencias que rehuyo sistemáticamente, porque a nadie pienso contarle mis experiencias en el lecho conyugal. Y también las rehuyo, porque casi siempre las señoras casadas, cuando se reúnen, en ausencia de los hombres, terminan por contar cuentos picantes, que yo, más que graciosos, encuentro indecentes. Me provocan repugnancia: una sensación de algo viscoso que me deja manchada. Muchas veces han dicho en tono de zumba:

—¡Por Dios, no cuenten esas cosas delante de Sylvina, que se ruboriza como una niflita de doce años!

—Perdonen —he contestado—, pero cada persona tiene su manera de ser. Me desagrada que me tilden de mojigata, pero no puedo seguir las en ese tema.

Una tarde estábamos en casa de Hilda Soto Ralson, que es una mujer encantadora. Ella celebra esas tonterías, pero sin darles pábulo. Esa tarde que para mí ocurrió algo bien desagradable, Hilda dijo:

—Yo le encuentro razón a Sylvina. Ella es así. ¿Por qué hemos de obligarla a ser de otro modo?

Entonces la gorda Enriqueta Rosales salió con su inmundia estupidez:

—Además, Sylvina está viviendo la época de la nostalgia. Porque, dejémonos de bromas; ¿no es verdad, Sylvina, que a tu marido ya no se le endereza ni para el diecinueve de septiembre?

Sentí que la cara me ardió, y me fue imposible contestar a una grosería tal. Acaso yo no debiera dar el detalle en estos apuntes, pero lo hago para no seguir yo misma considerándome una mojigata. Me quedé inmóvil como una piedra. Pero en mis ojos debieron ver algo que las contuvo.

Nadie se rió. A la pobre mujer no le quedó más que refunfuñar:

—¡Vaya! Mejor es que vayamos a oír una clase de moral. Fue Hilda quien deshizo la tensión, exclamando con forzada sonrisa:

—Bueno, aquí están los naipes. Vamos viendo las parejas. Comienza el trabajo, hijas mías.

Tal vez serán estupideces. Pero me pareció demasiado insultante el hecho de que a un hombre de la calidad de Andrés se le tome para blanco de necias bromas. Lo encuentro absurdo, además, porque es un hombre, aun así viejo, por el cual las mujeres se dislocan. No sería raro que la infeliz mujer esa le haya puesto ojos tiernos, y que Andrés, con su cachaza, se le hiciera el desentendido.

Ahora mismo Andrés mantiene una mujer, a la cual le ha puesto casa. Es una mujer bellísima, que se viste con mucha gracia y elegancia. No creo que la tenga únicamente para mirarla. A mí esto me duele por muchas circunstancias. No las voy a explicar, pero, en mis noches solitarias, he pensado muchas veces en cuál es la razón para que Andrés se haya alejado de mí. Me tomó cuando era una muchacha inexperta, y acaso mi invencible timidez, mi falta de conocimientos para atraerlo en la intimidad, en el secreto del amor, lo desilusionaron.

Pero es que yo no he sentido ningún placer al entregarme a él. Ha sido siempre algo que más bien me causaba una sensación de vergüenza. De áspero contacto, durante el cual sólo estaba deseando que aquello terminara. En la cara de Andrés vi, en más de una oportunidad, reflejado el disgusto que mi actitud le causaba. Y, sin embargo, he soñado muchas veces que un hombre me posee y me hace experimentar un infinito y maravilloso deleite. Al despertar he sentido que una llamarada me arde en las caderas y un deseo violento de apretarme, de aferrarme a ese hombre que se me aparece en el sueño. Quién sabe si soy yo la única culpable de mi soledad. Del desamor de Andrés. Porque él, en esas noches, cuando llega tarde y suele contarme que ha estado en el club, se queda con esa mujer. Ella sabrá hacerlo feliz, pues mientras se acuesta y trajina, entre su dormitorio y el baño, le oigo canturrear y silbar alegre, como un chiquillo. Hasta hay ocasiones en que viene a sentarse al borde de mi cama, y me cuenta con excelente humor algunas historias de las

que circulan en el club. Pues, por lo que veo, los hombres son bien cara de palo. Entre ellos se cuentan todas sus aventuras y sus pasajeros amoríos. En cambio, a las mujeres deben decirles que esa intimidad no se la contarán ni a su madre.

Pero así tendrán que ser las cosas. En estos días he oído algunas historias galantes, relacionadas con Pepita Saldes y con Juanita Acharán. Son dos mujeres realmente encantadoras, y en especial Juanita, a quien le sobra gracia hasta para hacer reír a una momia. Y lo admirable es que lo hace sin necesidad de hablar palabras feas ni de doble sentido. Es una mujer que jamás pierde su don de gentes ni el señorío de su trato. Me han contado que Matilde, esa mujer que tiene Andrés, es también de gran simpatía personal, y que canta muy bien, con voz de soprano, en el piano y en la guitarra. En cambio, yo no tengo ninguna gracia. Lo único que sé es silbar. Se lo aprendí a mi padre, que silbaba el día entero, mientras arreglaba sus mercaderías dentro del almacén. A mí me ocurre lo mismo. Mientras me visto y hago mi pleza, me entretengo silbando. Andrés me embromó, en días pasados, diciéndome:

—¿Sabes que silbas muy bien? Podías aprender a tocar la flauta o el pito.

Y en efecto, hay días en que siento deseos de aprender a tocar un instrumento. Pero me quedo en la intención. Tengo una sombra dentro del alma, algo sordo en el pecho. No soy un ser que vibra en melodías. Y, a pesar de lo dicho, yo siento que me llegan al alma todas las expresiones de la belleza. La música tiene para mí una repercusión tan honda, que me transporta a regiones divinas, inexplicables. Comprendo lo que es la maravilla del artista, de traducir y expresar la belleza. En días pasados me encontré con esa Matilde, que es la verdadera dueña del cariño de Andrés. Es una mujer de ojos brillantes, de boca desdeñosa, de gran agilidad y donaire al caminar. Era poco antes del mediodía, y llevaba una rosa amarillo pálido en el pecho. Un paletó negro de nutria, que le sentaba muy bien a su tez clara, y una falda de color gris, que le contrastaba estupendamente. Unos zapatos preciosos completaban su tenida.

Pasó junto a mí con gran seguridad, como si no tuviera idea de quién soy. Fui yo, en realidad, la que me sentí disminuida, sin gracia, vulgarmente vestida. Ella atravesó la calle y sacó la llave de un auto azul. Me pareció que era un

Oldsmobile. Todo estupendamente bien. Andrés tiene dinero, y esa mujer sabe gastarlo con elegancia, con gusto y alegría.

Algo me dolló muy adentro, porque se me salió un suspiro, quién sabe si desde el mismo corazón. Al volver la esquina, me topé casi de manos a boca con Juanito Alsina. Se quedó mirándome como si me quisiera alzar en sus brazos. Con su voz tan grata, me dijo:

—¿Y esos ojos de pena, qué significan? ¿Cómo puede sentir pena la mujer más bonita de esta ciudad? Del mundo, diré mejor. Sylvina, Sylvina, ¿cómo es posible que vaya un ángel triste por la calle?

¡Un encanto de hombre es este Juan! Nunca nadie me ha hablado con mayor ternura, con más claridad en las pupilas. Me hizo enderezarme. Me hizo sonreír, sentirme linda y seductora. Juan es como los chiquillos para decir palabras de cariño. Y así como un chiquillo es también de temeroso, para decirme en la intimidad cómo me quiere, cómo me adora en cada instante de su vida.

Me causa espanto anotarlo, pero a mí me está gustando Juan, bien de veras. Lo siento dentro de mí, rebullir como un pájaro, con sus muestras de delicadeza, de dulce y envolvente seducción varonil. Y he sentido, por primera vez, junto a él, el deseo de darle un beso a un hombre. Mejor dicho, de dárselo a Juan. De abrazarme a su cuerpo y sentirme como una pequeña en los brazos de alguien que me dé su cariño y la sensación de que estoy defendida de todos los temores que me asaltan.

Esa tarde que vino a hablar con Andrés, tomó once con nosotros. Creo que ya lo dije en estos apuntes. Yo tenía un gran deseo de que Andrés nos dejara solos unos instantes, y al mismo tiempo temblaba de temor de que así ocurriera. De pronto vino el contador a decirle que Mr. Sullivan, uno de los gringos del salitre, deseaba hablar con él y lo esperaba en la oficina.

Andrés mostró un visible disgusto de que vinieran a interrumpirlo. Para él, hombre que siempre está hablando de negocios, de letras, de giros en los bancos, es un deleite conversar de lo que le agrada. En ese momento sopló con fuerza la ceniza de su cigarró, y le preguntó a Pérez:

—¿Usted le dijo que yo estaba en casa?

Visiblemente turbado, Pérez le contestó tartamudeando:

—Sí, don Andrés, le dije que estaba, porque, según me explicó, lo necesita para un asunto muy urgente, que usted mismo le encargó.

Andrés lo miró con cara de pocos amigos, y le replicó:

—Está bien; pero cuando yo estoy en mi casa, es porque necesito estar en ella sin que me molesten para nada. No lo olvide usted, Pérez. No se vaya, por favor, Juan. Tengo que hablar aún con usted. Vuelvo en seguida.

Un tenso silencio gravitó sobre nosotros largo rato. De pronto, irreflexivamente, le pregunté:

—Y bien, Juan, ¿qué ha hecho usted en todos estos días? No se ha dejado ver.

Como si las palabras se le atragantaran, Juan me contestó:

—¿Qué he hecho? Y me lo pregunta... Nada más que pensar en usted. En adorarla en cada instante. Usted no me ha visto, pero yo la veo en forma permanente, porque su imagen no se aparta de mí.

Me he quedado como una tonta, sin saber qué contestar. Sus palabras me causan un secreto gozo, una indecible alegría, y también un temor infinito. Sin mirarle y sintiendo que no debo darle a conocer mi emoción, le he dicho:

—¡Pero, Juanito, por Dios! ¿Se da cuenta usted de lo que significan sus palabras? Me duele que lo preocupe tanto y le cause sufrimiento. Yo soy una mujer cobarde, que no merece el homenaje de su amor. ¿Qué le puedo ofrecer? Yo le agradezco su cariño, pero no puedo admitir que sea un quebranto en su vida. Que perturbe la normalidad de su existencia.

Me doy cuenta de la ridícula vulgaridad de mi respuesta. Me imagino lo que Juan debe de estar pensando de mí. Nervioso, dolorido, se ha levantado de su asiento, para pasearse un rato y luego detenerse frente a mí. Me habla lentamente:

—Tengo la boca seca y me arde la cabeza. Sé que este amor será para mí un largo dolor. Sé lo que pesan ciertas circunstancias en la vida real. Si usted poseyera un temperamento apasionado; si fuera una mujer capaz de exponer la vida a cambio de un poco de felicidad, todo sería distinto. Y si me amara, por supuesto. Pero en los seres sensibles y

apasionados, la razón no cuenta. Uno salta al vacío, sabiendo que se va a romper el alma. Esta es la diferencia. No le pido nada. Sólo que sea un ser humano, y que, en la medida de sus circunstancias y de su situación, no me deje ir como un tronco a la deriva. A veces, amar así, dolorosamente, no es tan cruel, cuando el ser amado comprende y nos aligera el peso. De otro modo, me parece que es como una fatalidad. Como si a uno le diera una enfermedad incurable, que no tiene otra finalidad que la muerte. La muerte, que también mata todo orgullo, todo drama, toda pasión.

Ha hablado de una hebra, como si se estuviera ahogando. Después, obstinadamente, se ha quedado mirando, a través de la ventana, cómo atardece. Unas campanas distantes comunican una melancolía aguda a la tarde. Es el viento el que trae sus sonos saturados de tristeza. Relumbra una mancha de sol sobre la calamina de un techo, y el horizonte violeta se torna de color de púrpura en el último instante en que el sol se va.

Siento de pronto un ardiente deseo de ser franca y leal con ese hombre que está frente a mí, sufriendo por quererme. La voz me sale como un susurro que acaricia. ¡Qué curioso y raro me parece! Nunca he hablado en ese tono.

—Juanito, Juanito —le digo—, le agradezco su cariño. Se lo agradezco con todo mi corazón de mujer. Pero quíerame sin dolor, sin angustia, sin desesperación. ¿Qué puedo ofrecerle ahora? Nada, o casi nada. Mi simpatía, mi afecto de amiga, mi estimación a sus grandes condiciones personales...

—Sí, sí, por cierto que nada más —dice él con tono amargo y sombrío—. Gracias, Sylvina. Gracias. Es usted una mujer buena y compasiva. Me llevo todo eso con gratitud. Pero, dígame con franqueza, ¿no hay en usted ni siquiera una gotita de inquietud? ¿Nada, Sylvina, hablando con el corazón a flor de piel?

Siento que lo estoy queriendo, acaso tanto como él a mí. El corazón me late agitadamente, y no me atrevo a suavizar su tensión, acaso por egoísmo, por vanidad de mujer que se siente dominando a un hombre. Le contesto:

—Quién sabe, Juan. Quién sabe...

El se pone de pie, cual un resorte que se dispara.

—Me voy, Sylvina. Excúseme usted con don Andrés.

—¡Pero, cómo! Si usted prometió esperarlo. Le parecerá muy raro.

—Así es, Sylvina. Pero tengo compromisos en mi oficina. Le ruego que así se lo diga a su marido.

Me adelanto a tomar el sombrero, para entregárselo. El también avanza, y me alarga la mano. Con la voz velada me dice:

—Buenas tardes, Sylvina.

No he alcanzado a contestarle cuando me siento entre sus brazos. Y su boca se ha unido a la mía, en un beso cuyo sabor yo no conocía. Es una sensación maravillosa. Sus labios me queman, y sin darme cuenta, siento que mi lengua está en su boca, y que él la succiona, con tal ansiedad, como si quisiera arrancarme la vida. Desde la cabeza hasta los pies me arde la sangre y me he apretado a él con un deseo de sentirlo en mí, unido a mí en un solo ser. ¡Oh Dios mío! Ahora sí que creo que existe un amor que hasta hoy ha sido ignorado por mí. Creo que si en ese momento nos hubiera sorprendido Andrés, no me habría dolido morir. Sentir que las balas penetraban en mi carne para arrancarme la vida.

Después que Juan se ha marchado, me he dejado caer en un sillón. Estoy temblando, y me parece que una niebla de oro me nimba las pupilas, impidiéndome ver el contorno de los objetos. Me arden las orejas y los pies, y en el cuerpo experimento una sensación de martirio y de deleite. Mi vida de mujer, mi sexo, ha despertado de súbito como una hoguera que se enciende en una inmensa llamarada.

Me quedo temblando de temor, de angustia, de inquietud. Andrés me va a ver la cara y no podré resistir su mirada. Corro a lavármela muchas veces. Pero la sensación deleitosa no desaparece. ¿Qué voy a hacer, Dios mío? ¿Qué voy a hacer?

8

—¿Aló? ¿Aló? Aló, ¿con quién hablo?

Al otro extremo del alambre se oyó una voz apenas perceptible que decía:

—Aló. ¿Hablo con la señora...?

En seguida se producía un chirrido en el cual se disolvía la voz. Rosa Eulalia, con el fono en la mano, y apoyándose en las almohadas, hizo un gesto de desesperación.



—¡Pero, por Dios, si no oigo nada! ¡Teléfono del diablo! Dan ganas de estrellarlo contra la pared. ¿Aló?... Si me oye, llámeme de nuevo, por favor. Aló... Sí, que me llámeme de nuevo, a ver si se compone este aparato. Ahora no le entiendo nada; me parece que está hablando debajo de la tierra.

Colocó el auricular en el aparato que había puesto encima de la cama, y en seguida se estiró entre las tibias ropas del lecho, rebullendo con perezoso deleite. A través de los cristales de la ventana y por el claro de la persiana entreabierta, penetraba el sol, en un ancho torrente dorado, que iluminaba la estancia y mostraba las ropas que vestía la noche anterior, diseminadas en pintoresco desorden.

Se quedó con la mano sobre el auricular, esperando el llamado. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del lecho, y su cabellera negra hacía resaltar la palidez de su rostro, cuyos ojos brillaban inquietos. Sus brazos desnudos relucían como si estuvieran forrados en raso. Estiró el cubrecama de grandes flores de vivo colorido, estampadas sobre un fondo de color crema, y se quedó mirando el aparato telefónico con cara de extrañeza, al ver que no llegaba el llamado.

De pronto sonó la campanilla y junto con levantar el fono y oír la voz, Rosa Eulalia lanzó una especie de alarido jubiloso:

—¡Juanito! ¡Pero si no lo puedo creer! ¿De dónde viene saliendo, hijo de mi alma? ¿Has visto algo más fantástico? Si anoche lo he pasado soñando contigo. Esto es lo que se llama conjunción de pensamientos. ¿Has pensado mucho en mí en estos días?

Se quedó oyendo con la boca entreabierta y los ojos risueños. Intentó varias veces hablar con la exaltada vehemencia de su carácter, y se quedaba callada, después emitiendo una especie de rezongo.

—¿Llegaste ayer y sólo ahora me llamas? Eres un canalla. Porque si me hubieras hablado en la tarde, habría dejado cualquier compromiso para salir a comer contigo. Con todo lo que tenemos que conversar, me mando a cambiar feliz. ¡Imagínate! En cambio, salí a comer con mi señor marido a la casa de unos amigos, y luego se produjo la infaltable sesión de canasta. Me aburrí como una ostra. ¡Me tiene bien contenta la famosa canasta! ¿Te imaginas lo que significa estar con la mente ocupada en esperar que salga el mo-

nicaco, o un tres negro, para impedir que se roben el pozo? Es como para aullar de rabia. ¡Y hay tantas cosas en qué pensar, Juanito! Supe lo de tu mujer. ¡Qué de cosas tenemos que hablar! Almorzaremos juntos, ¿no te parece?

Se quedó oyendo lo que le decía Juan, mientras jugaba con el cordón del teléfono. Una sonrisa de picardía le hacía asomar la lengua entre los labios. De pronto prorrumpió en una carcajada:

—¡Pero mira que eres bien sinvergüenza! ¿Así es que ahora que estás soltero, no aceptas salir sino con una dama que diga que sí a todo lo que tú le propongas? Vaya, me gusta la idea. Tienes razón, porque la vida hay que aprovecharla lo mejor que se puede. En lo que a mí respecta, no hay inconveniente ninguno, mi hijito. Lo único que puedo decirte, como una simple advertencia, es que te amarres bien los pantalones. ¡No vaya a ser cosa que quedes en vergüenza! Mira que sería hartito feo, como estreno de soltero. Bueno, en todo caso, ya sabes que acepto cualquiera proposición de tu parte. A la una, ¿verdad? Hasta luego, mi amor. ¡Chao!

Se quedó largo rato sumergida en intenso cavilar. Con las manos enlazadas tras la cabeza, los pechos se le henchían, asomándole por el escote de la bordada camisa. Miraba hacia el techo, como si estuviera contando los listones del cielo raso. Su rostro reflejaba una honda preocupación. De pronto se puso a hablar sola, como si contestara a sus propios pensamientos.

“Qué bueno que se haya venido Juan —murmuró—, ¡qué bueno! No tengo ni un solo amigo que se le iguale. Y tan mala suerte que ha tenido el pobrecito. Las mujeres somos muy brutas a veces. Nos gustan los hombres que se comportan como unos salvajes. Los seres buenos, como Juan, están perdidos. No saben ocultar sus sentimientos, y, entonces, juegan con ellos, como los chiquillos con una pelota. ¡Si no lo sabré yo!”...

Siguió largo rato en su monólogo, hablando entrecortadamente. Se quedaba luego en silencio, como si estuviera preocupada, escuchando a un interlocutor y luego volvía a pronunciar algunas frases en voz alta. De pronto se le ocurrió mirar el reloj, y, lanzando un grito, exclamó:

“¡Qué horror! Van a ser las once y media, y tengo hora en la peluquería a las doce y cuarto. Voy a tener que bañar-

me a toda carrera. ¡Hase visto barbaridad igual! Si esto de acostarse tarde es una tontería sin nombre”.

—¡Melania! Prepárame el baño, rápido. Tengo que salir volando.

Entró Melania, una muchacha regordeta y sonriente, que la reprochó:

—¿No ve, pues? Toda la vida le ha de pasar igual. Después sale sin tino para la calle. Me lo hubiera dicho denantes, ya el baño estaría listo.

—Ya. Apúrate, apúrate, y no rezongues. Cuando las cosas están hechas, no se saca nada con hablar. Además, tú sabes que las mañanas se han hecho para reposar en la cama, y la tarde para dormir la siesta. Y en la noche hay que salir a andar por el mundo, para divertirse un poco, pues, hijita.

La muchacha le contestaba desde el baño, en donde hacía chapotear el agua, lavando la tina:

—Claro, pues, señora, ésa es la vida de los ricos. Sería bien bueno que nosotras hiciéramos lo mismo. Estarían ustedes muy bien atendidas.

Echó Rosa Eulalia la ropa hacia atrás, y se sentó en la cama. Alzándose la camisa, se miró las rodillas. En una de ellas tenía un manchón verde amarillento, por los efectos de un golpe que se diera algunos días antes.

“Imbécil, más que imbécil —murmuró con rabia—, miren cómo tengo mi rodilla. ¿Hase visto estupidez igual? Son las gracias que me hace mi amor. Si es un encanto... Ahora, cuando me vea con Juan, con lo celoso que es, se va a poner como un quique. Ya va a saber lo que es esta dulce mujercita. Esta bella *signorina* apasionada y dramática en el amor.”

Se alzó con pereza y estiró los brazos, para recobrarle de la lasitud que la invadía. Después se miró con minuciosa atención en el espejo, como si auscultara el color de su rostro, el brillo de los ojos, la marchita corola de su boca. Registró su ropero, examinando detenidamente algunos trajes. Por último escogió una bata color de azafrán y la tiró sobre el lecho. Estaba viendo sus medias, revueltas dentro de una caja, cuando sonó de nuevo el teléfono.

Lo atendió con la seguridad de que era la persona cuyo llamado esperaba. Sería, con el rostro inmóvil y los labios apretados, escuchó un instante.

—Sí, con ella. Buenos días. Yo bien, me estoy levantando.

do y tengo hora en la peluquería, en media hora más, de modo que dispongo de muy poco tiempo.

—...

—Sí, eso tenía que decirte. No voy a poder almorzar contigo. Acaba de llegar Juan Alsina, de quien te he hablado tantas veces y quiere almorzar conmigo. No podía excusarme porque hace tanto tiempo que no lo veo. Además, es uno de mis amigos más queridos. Tal vez el único. Y tengo un gran deseo de verlo...

—...

—Perdóname, pero no puedo. Será otro día. Hoy es imposible. Tú sabes que siempre estoy dispuesta a complacerte. Pero hoy no...

Se le oscureció el rostro a la joven. A cada rato iba a abrir la boca para responder. Y se quedaba con la palabra en suspenso. Por fin pronunció con exaltación:

—Pero, por Dios, ¿qué te imaginas de mí? ¿Por quién me tomas? Oyeme, óyeme te digo. Oyeme alguna vez. Soy una mujer que ama, y por el amor puedo hacer todas las locuras. ¿Me entiendes? Haz lo que quieras. Haz lo que quieras, te digo. Este no es el amor, esto es una idiotez. Este es el infierno. Tú eres un enfermo mental. Un loco completo, porque no puedo creer que pienses cosas que sólo las puede pensar un canalla...

—...

—Sí, es mi amante; es mi amante de toda la vida. Ojalá lo fuera. Ojalá; porque con él tendría la verdadera dicha. Mira, haz lo que se te ocurra. Bueno, no me hables nunca más. Está bien. No tengo tiempo de oírte estupideces. Ya, haz lo que se te antoje.

Descargó el fono sobre el aparato como quien da un hachazo. Se le había encendido la cara y las manos le temblaban como si fuera presa de un ataque. En esto volvió a sonar el teléfono. Rosa Eulalia tomó el fono y lo dejó colgando. Se oía la voz que llamaba con verdadera furia.

Se metió en el baño temblando de cólera. Y el agua tibia le produjo una sensación deliciosa, como si le disolviera la terrible tensión en que estaba. Se estiró en la tina, y poniendo los brazos a lo largo de su cuerpo, se quedó inmóvil, con los ojos cerrados y la faz hierática. De la pieza vecina llegaba aún la voz que gritaba por el fono, poseída de verdadero frenesí.

"Este bruto me va a enloquecer —exclamó—. Ahora sí que la hice de oro."

Su cuerpo esbelto se destacaba, con inusitado relieve, dentro del baño. El vientre ligeramente redondeado descendía hacia el pubis, y las caderas, de curvas graciosas, ondulaban cuando sus rosados talones se apoyaban en el piso de la tina, para rebullir en el agua. Los pechos, como dos frutas en sazón, emergían, perlados de gotas cristalinas, con los oscuros pezones erguidos y desafiantes, en un ofrecimiento jubiloso.

Levantó los pies, apoyándolos en una de las llaves de metal reluciente. Y entonces se le vino a la mente una frase de Rodolfo Monardes, uno de los hombres a quien hizo enloquecer con sus coqueterías, con sus promesas de entrega que nunca se realizó: "Te besaré los pies, mi adorada, como si fueran dos lirios. Esos pies que sostienen el encanto de tu belleza. De tu juventud que sonríe como el sol en los pétalos de una flor".

¡Rodolfo! ¡Qué hombre tan lleno de bondad! Y ella lo había hecho sufrir hasta lo increíble. ¿Por qué? Le agradaba verlo rendido, con los ojos trizados de pasión, de deseo, de ardiente desvarío. Entonces era casi feliz con aquel farfante de su marido. Muchas veces se entregaba a él pensando en Rodolfo. Soñando con sus ojos, con el aliento de fuego con que la besaba, suplicándole: "Te amo, te amo y te deseo. ¿Por qué no eres mía, adorada? ¿Por qué no quieres darme la dicha de ser el hombre más feliz del universo?"

Ella no le dio esa dicha. Lo conoció en un baile, al cual Rodolfo asistió acompañado de su novia, una encantadora muchacha morena, de dulces ojos apasionados. Rosa Eulalia había sentido en esos momentos el deseo de atraer a ese hombre de mirada leal, de rostro de niño, que no conoce las perfidias de la vida amorosa. No le fue difícil enloquecerlo, dispararlo hacia una quimera que ella le ofrecía, con falsas promesas no cumplidas. Con la caprichosa inconsecuencia de su carácter de muchacha frívola, que jugaba con el amor.

Lo arruinó moralmente. Lo llevó a la más oscura desesperación. Rompió con su novia, perdió su empleo en la casa importadora donde trabajaba. Y entonces ella, en lugar de ampararlo, de curarle las heridas de aquella batalla incruenta, lo plantó, diciéndole que era una mujer casada y que todo no había pasado de un flirteo sin mayores con-

secuencias. Otro tanto hizo con tres o cuatro hombres más, que sintieron en lo profundo la fascinación arrebatadora de su demoníaca y perversa atracción. ¿Por qué lo había hecho? No era mala ni perversa en lo íntimo. Era una loca irreflexiva e inconsciente del daño que causaba. Experimentaba un enfermizo deleite de ver a los hombres enloquecidos por ella. Uno de esos hombres fue un diplomático, que desobedeció las órdenes de traslado de su Gobierno y estuvo a punto de perder todo su porvenir. Otro, un mozo arrebatado que le disparó dos balazos en el momento en que ponía en marcha su auto. Los nervios de aquel muchacho desesperado y la rapidez con que logró alejarse la libraron. Estuvo recluida, en su casa, después de ese trance, varios meses, temerosa de que éste la acechara para matarla.

Acaso esta incidencia le hizo madurar el seso. Comenzó a comportarse con un recato y una seriedad que nunca tuvo hasta entonces. Y se dio cuenta del daño que había hecho, cuando advirtió que su marido era un mujeriego de la peor especie, que las emprendía hasta con las sirvientas de la casa. Había adquirido, dentro de la chismografía del círculo de sus relaciones, una fama de mujer fácil, que se entregaba al primero que la solicitaba, en circunstancias que no había llegado nunca al hecho.

En realidad no la había sacudido, hasta ese momento, el llamado de un amor que la penetrara como el rayo al tronco de un árbol. Comenzó a experimentar una rara sensación de soledad, de aislamiento, de disgusto consigo misma. Su marido era cada vez más hipócrita, más comediente, en su actitud de hombre que hace la farsa de la felicidad conyugal.

Fue de súbito, como en un deslumbramiento, cuando sintió que el dardo la hería hasta lo último. Iba por la Alameda, en un día de sol radioso, y recordó de pronto, al ver el letrero de una ferretería, que necesitaba un candado firme para poner a la puerta de su garaje. Se detuvo, y dejando el coche en la entrada de la calle que desembocaba en la Alameda, penetró en el negocio, situado en la misma esquina.

Reinaba allí una luz penumbrosa que le impidió ver, al entrar, a las personas que lo atendían. Un olor a fierros, un hieló de metales sombríos la asaltó con desagrado. Avan-

zó hasta ella, entonces, un hombre alto, moreno, de pronunciadas cejas y ojos dominadores. Le negreaba, como una mancha ligeramente azulenta, la barba tupida, cuidadosamente afeitada. Sobre el traje llevaba un guardapolvo de color cremoso, bastante limpio, aunque con algunas manchas rebeldes al lavado.

Rosa Eulalia le saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Necesito un candado que sea firme, pero no grande. Más o menos regular.

El hombre la miró con ojos audaces, de gran fuerza penetrante.

—Sí —dijo, parco—, ¿quiere tener la bondad de pasar por acá? Le voy a mostrar lo mejor que hay.

Abrió el hombre un estante cuyas puertas tenían sujetas, con grapas y cordeles, las muestras de la mercadería que allí se guardaba.

—¿Es un candado para ponerlo en un portón, tal vez? —la interrogó—. Hay de varias marcas, y no crea usted que los más caros son los mejores.

Hablaba con un ligero acento extranjero, y su tez rojiza daba la sensación de que podía ser un español del Sur. Rosa Eulalia lo miró con altanero desplante. Al otro lado del mostrador, el hombre le clavó a su vez los ojos con una especie de desafiante dominio.

—Aquí tiene usted —le habló, pasándole un candado de metal bronceado—. Esto es de lo mejor que tenemos. Un poco caro, pero vale la pena; no es tan fácil romperlo, ni hallarle ajuste a la combinación que tiene.

—Sí —dijo ella—, éste me parece bien. ¿Lo venden con cuántas llaves?

—Con tres. Pero usted puede mandar a hacer las que quiera.

—Lo necesito para la puerta del garaje —dijo Rosa Eulalia—, y me parece que éste es bastante bueno. El que tenía lo dejé sin cerrar y se lo volaron casi inmediatamente. Los pillos andan a la orden del día.

—¡Oh, de eso no hablemos! Este Chile es un país maravilloso, pero tiene algunas cosas detestables. Los ladrones, por ejemplo. Andan sueltos por todas partes.

—No es chileno usted, por lo que veo.

—No, y lo siento, porque a este país lo quiero tanto o

más que al mío. Bueno, aquí he pasado la mayor parte de mi vida. Yo soy italiano. De Nápoles.

—¿Ah, sí? De modo que sabrá cantar usted.

El hombre sonrió y los ojos se le suavizaron, acariciadores.

—Bueno, lo que es cantar como se debe, no sé. Pero me gustan el canto y la música. Allá en mi tierra no se puede vivir sin eso. Allá canta el chiquillo que vende los diarios, el pescador que sale en su bote y el gran señorón. Es un pueblo alegre. ¿Usted ha estado en Europa?

—Sí —respondió Rosa Eulalia—, pero era muy mocosa. Fui con mis padres cuando tenía doce años.

—¡Vaya, qué curioso! Esa edad tenía yo cuando me vine. Y ya el próximo mes cumpliré cuarenta. O sea, que llevo veintiocho aquí.

Rosa Eulalia lo miró, sintiendo que algo la atraía hacia ese hombre, al cual acababa de ver por primera vez. Había en sus ojos algo de llama ardiente, de fuego abrasador.

“Vaya si seré bruta —pensó—, esto sí que está divertido. La sacaría muy bien con este bachicha que sólo entiende en fierros.”

—Muy bien —dijo entonces—; ¿quiere darme el vale? Voy a llevar este candado.

—Cómo no —repuso él, y se dispuso a empaquetar el candado. De pronto alzó la mirada, y la envolvió en una onda quemante. Había en sus ojos algo de satánico y fascinador. Con voz en la cual se advertía una especie de arrullo y de insinuante persuasión, le dijo—: Desde que entró, me dio la impresión de conocerla. ¿No va usted a la casa de Silvio Valentí? Casi aseguraría haberla encontrado alguna vez allí.

Rosa Eulalia se lo quedó mirando con atención. Sonrió alegre, y sin coquetería le contestó:

—¡Pero claro! Soy muy amiga de doña Asunta. Lo que no recuerdo es haberle visto. Seguramente lo recordaría. Soy buena fisonomista y no olvido fácilmente a la gente con quien hablo.

—¡Oh! —prorrumpió él visiblemente complacido—, eso no es raro. En una reunión, donde hay mucha gente, no es difícil olvidar o confundir las caras que se ven.

—Sin embargo, usted me reconoció y ubicó el lugar donde me vio.



—Es distinto. Una mujer como usted produce una impresión profunda. El encanto y la simpatía femeninos hacen siempre milagros.

—Sí —repuso ella, ahora con coquetería—, cuando se tienen, convengo en ello.

—¡Por Santa Margarita! No diga usted tal cosa. Que Dios no la oiga, pues lo agravaría de estar descontenta con una de sus obras más perfectas.

—¡Pero, por Dios! —rió Rosa Eulalia, encendida y con los ojos brillantes—, me va resultando usted un hombre muy galante. Tal vez es el influjo de Nápoles que repunta en usted en este día tan lindo. El sol embellece todas las cosas.

—Sí, como que es el padre de la vida y de la belleza del mundo. Pero aquí dentro, perdóneme, el único sol que hay es usted.

Se pusieron a conversar. Mario Longhi se llamaba aquel hombre que vendía fierros. Era ingeniero mecánico egresado de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago. Amante de la música, adoraba a Verdi, a Puccini, a Strauss, a Schubert. Y refiriéndose a sus lecturas, dijo:

—En literatura soy un ignorante. Me agradan las novelas eróticas. Guido da Verona me encanta; y así, otros novelistas de esa especie. Imagínese. No quiero leer a D'Annunzio o a los rusos y franceses de fama mundial para no tener la pena de declarar que no me gustan. Tengo la vanidad de esconder mi ignorancia, de que la gente no se dé cuenta de que soy un salvaje. Bueno, vendiendo fierros, qué otra cosa se puede esperar.

La acompañó hasta la puerta, conversando animadamente de los Valenti y de otras gentes que Rosa Eulalia también conocía. En la calle estaba el Chevrolet y esto les dio motivo para conversar otra media hora. Longhi era muy entendido en todo lo que se relacionaba con el automovilismo. Por fin se despidieron, y en el momento de subir al coche, Rosa Eulalia se dio cuenta de que no le había pagado el candado.

—¡Qué barbaridad! —dijo aspaventera y confundida—. ¡Si no le pagué el candado! Y usted tan tranquilo, sin decirme nada.

—Por un candado no me voy a arruinar. Hay miles en el almacén.

—No, eso no —dijo ella, buscando en su cartera el mo-

nederó—. No valdría la pena. Hay otras cosas más grandes y más bellas por las cuales se pueden arruinar los hombres.

—Sí, claro, ya lo creo —acentuó él, con tono cálido y vibrante—. Por una mujer, por ejemplo. Por una mujer como usted no sólo eso...

Le rodaron los ojos tibios y relucientes a ella y preguntó con insinuante tono:

—¿Qué?...

—La vida es poca para ofrecerla.

Rió con cara divertida.

—Bueno, pero mientras tanto le pagó su candado.

Se la quedó mirando con una llama de fiera en las pupilas, que le ardían como carbones encendidos.

—Me gustaría que me lo quedara debiendo para ir a su casa a cobrarlo. Y claro, con la condición de que no me lo pagara nunca, para poder seguir yendo.

—No hay necesidad. Vivo en Los Lirios 140. En mi casa hay té y asientos en que descansar. Si algún día tiene tiempo, tendríamos mucho gusto en verlo por allá.

Eran las cuatro de la tarde en el reloj del automóvil, y Rosa Eulalia sintió de pronto que una secreta armonía le cantaba adentro. Encontró que el sol no le molestaba. Que el aire era más claro y transparente. En vez de ir a su casa, siguió derecho hacia la cordillera. Le fascinaba un agreste paraje escondido entre el flanco de los cerros, a donde la gente iba a refugiarse, huyendo del calor de la ciudad. Deseó no encontrarse con nadie, para pensar y divagar tranquila sobre algo que la turbaba: su ansia de ser feliz. Y esa tarde, ese divagar, ese anhelo de soñar, daba vueltas en su cabeza y venía a rematar en aquel hombre al cual acababa de conocer.

Detuvo el coche bajo unos enormes y viejos eucaliptos, cuyas hojas de color metálico opaco susurraban leves en lo alto. Corría allí un aire fresco y oloroso. Mientras le ponía llave al coche, se quedó mirando hacia los empinados cerros cubiertos de vegetación, entre los cuales se divisaban casas blancas de techos rojos. Por las quebradas montuosas el viento disolvía la humareda azul que surgía entre los árboles.

Alzó la cabeza y una amplia sonrisa le distendió la faz. "Estaría divertido —pensó— tener un amante ferrete-

ro. ¡Qué ridiculez! A lo mejor resulta un bachicha ordinario y de malas pulgas. En buen lío me vería."

De nuevo se quedó abstraída contemplando el paisaje. La boca le floreció en una sonrisa. Sacó la polvera y se pasó la esponja por el rostro. Después se miró los ojos y con las yemas de los dedos se alisó el arco de las cejas. Se sacudió la blusa y con trancos perezosos se dirigió hacia la pequeña hostería, en cuya puerta un alemán de rostro sonriente, que se entretenía en acariciar a un gran perro, la acogió con una profunda reverencia.

Estaba el sitio aquel casi solitario. Junto a un esponjoso arbusto florido, había una pareja de enamorados que seguramente discutían con pasión los eternos conflictos del amor, a juzgar por el ardor y la expresiva mímica que empleaban en su coloquio. Una viejecita de ojos azules y tez sonrosada le hablaba con desgano, en inglés, a una joven que debía de ser su señorita de compañía, por la actitud respetuosa con que le respondía a cada rato, moviendo la cabeza:

—*Oh, yes! Oh, yes!*

En otra mesa, un matrimonio tomaba su café, con cara de mortal aburrimiento. El hombre tenía un diario en la mano y lo leía a ratos, contestando con monosílabos las pocas palabras que su mujer le dirigía de cuando en cuando.

Rosa Eulalia pensó que ésa era la imagen del matrimonio perfecto. De la espantable monotonía de aquellos seres que a lo largo del tiempo se soportaban por inercia, por falta de horizontes o simplemente por vulgaridad. Pidió una taza de té, y cuando se la trajeron, se acordó de que tenía una sed angustiosa y que necesitaba tomarse un refresco antes.

"Seré tonta —se reprochó—; lo que falta ahora es que ese bachicha de porquería me tenga pensando todo el día en él. ¡Pero qué ojos tenía ese animal! Si parecía que me iba a devorar con la mirada." Sintió, entonces, que un leve cosquilleo le subía por las rodillas, y que le llegaba hasta el sexo como una llama artera que le iba penetrando cada vez con más ardor, hasta quemarla en una especie de voluptuoso y cruel deleite. Se restregó las rodillas con furia, para arrancarse la sensación erótica. Pero se dio cuenta de que aquello persistía. Ahora era una llamarada que le ardía en el costado, le lamía el vientre con satánico gozo, y

le subía por el busto hasta llegarle a los pechos, que le dieron la sensación de ponerse duros y erectos. Se le encendió después la cara y, en las orejas, la sensación quemante se le hizo insoportable.

Dejó que el té se le enfriara, pues le pareció que iba a contribuir a quemarla entera. Experimentó, en seguida, el deseo urgente de colocarse bajo el chorro de una ducha fría. De quedarse horas recibiendo el golpe del agua que resbalaba sobre su cuerpo, hasta dejarla aterida.

Se bebió de un trago la taza de té, y cuando intentó probar el *sandwich* que le habían traído, experimentó una repulsión tan intensa, que ni siquiera lo tocó. Pagó, y cuando el gringo de rostro rubicundo le hizo una más profunda reverencia de despedida, lo vio como en sueños. Como si en medio de una bruma rojiza viera dos manchas azules, que se distendían en la grotesca musaraña de su sonrisa.

“¡Qué bruta soy! —murmuró indignada—. ¡Qué bruta soy, Dios mío! Me he calentado como una perra con ese italiano de porquería. Con ese vulgar vendedor de fierros.”

Pero seguía viendo sus ojos llameantes. Su frente alta, su boca de labios prominentes, en donde unós dientes de jabalí relucían con increíble atractivo. Notó, al hundir el pie en el acelerador, que le flaqueaban las piernas. Que algo parecido a un calambre le soltaba las articulaciones. Y al mover el volante, las manos trémulas y los brazos laxos le provocaron la idea de que no iba a ser capaz de gobernar el coche. Lo detuvo, y abandonando el volante se echó hacia atrás en el asiento para ponerse a reír a carcajadas. Pero era una risa en falsete, sin la espontaneidad amplia, habitual en ella.

“Santo Dios —gritó sola, allí en el camino, riendo con esa risa que le resultaba de una enloquecedora comicidad—. Pero si éste es un ataque agudo de calentura. ¿A dónde voy a encontrar el médico que sepa el remedio para mejorar a una mujer caliente?”

Y al decir estas palabras, riéndose sola a carcajadas, lo volvió a recordar, con su sonrisa envolvente, con sus ojos pletóricos de llamas fúlgidas. Con sus dientes capaces de devorar a dentelladas a una mujer. Siguió riéndose, con risa histérica, que se le fue haciendo dolorosa, hasta producirle un dolor en el estómago.

“¡Santo Dios! —gemía—; pero si yo no sabía que era

una mujer tan bruta. Tan inmensamente bruta. Ahora sí que la hice de oro. Y todo por bajarme a comprar candados."

Descendió del coche y se puso a caminar lentamente a lo largo de la huella que bordeaba la carretera. En el puente que cruzaba la quebrada, se detuvo para apoyarse en la baranda, y allí se quedó abstraída mirando correr el agua bajo la tupida ramazón de las orillas. La humedad que subía desde allí y el viento encajonado que soplaba fresco y trascendido de aromas, la fueron calmando lentamente. Le dolía siempre el estómago, como si se hubiera tragado una piedra que le pesaba demasiado. Pero ya la racha que su imaginación desencadenó había pasado y la retornaba suavemente al equilibrio.

Regresó con lentitud, y al divisar en el camino una arboleda, entre cuyo follaje amarilleaban los damascos, se detuvo para preguntar si le venderían unos pocos. A su llamado a la puerta de la quinta acudió una señora rubia, de risueño rostro y ojos claros. Su nariz respingada y su boca sin *rouge* le daban un aire de chiquilla alegre. Una mocosa de no más de cinco años se le pegaba regalona a la falda. Rosa Eulalia la saludó afectuosamente y le preguntó:

—Señora, usted perdone. ¿Venden fruta aquí en su quinta?

La dueña de casa se quedó mirándola con la curiosidad reflejada en las pupilas.

—Sí y no —dijo afable—, porque mi marido la tiene contratada en el centro. —Volviéndose a la chiquita, la regañó—: Niñita, por Dios, suélteme, que me va a romper el vestido.

—¡Qué mocosa tan preciosa! Bueno, tiene a quién salir. ¿Cómo te llamas, encanto?

La chica la miró esquivo, escrutándola con sus ojos claros. Sacando la lengua y echando la cabeza hacia atrás, se sujetaba del delantal de la mamá, que la regañó de nuevo, con más severidad:

—Niñita fastidiosa, que me va a despretinar entera. Vaya donde su "mama" a tomar sus onces.

—Es regalona, como si fuera la única —dijo Rosa Eulalia, acariciando los cabellos de la pequeña.

—Y lo es —replicó la señora—. Pero no crea usted que yo le doy mucho lado. Me cargan los niños malcriados. Y los regalones tienen siempre esa falla.

Rosa Eulalia se quedó mirando a la joven señora y terminó por decirle:

—Me encantaría llevarme unos pocos damascos. Son tan agradables recién sacados del árbol. Pero no le insistió, señora. Los compromisos son los compromisos. Hasta otra vista.

Mas, la señora, vivamente, la retuvo diciéndole:

—Pero no se vaya, por favor. Me dejaría con gran pena si se marcha. Entre, entre, vamos a la quinta las dos y le venderé los que desee. Aunque me molesta eso de venderle. ¡Me cae usted tan bien! Parece que la conociera en alguna parte.

La casa brillaba como espejos que relucían por todos lados. Una fresca penumbra en las habitaciones daba la sensación de paz, de dulce tranquilidad campesina. Unos jilgueros cantaban alegres su tonadilla rústica en una jaula, colgada bajo un parrón de pilares blancos. Sol y sombra había allí. Y de la arboleda llegaban ráfagas de aire tibio, oloroso a pasto asoleado y a fruta madura.

—Asiento un instante. ¿Vino usted por aquí a almorzar o a tomar el té seguramente, porque de este rincón no es... me parece?

—No. Lo que pasa es que venía por la Alameda denantes, y sentí de pronto un calor desesperado. Y, sin pensarlo más, llegué hasta la hostería de los alemanes, allá arriba, para descansar y tomar un refresco. Como ve usted, señora, tomo mis decisiones con rapidez.

—Se me figura conocerla —repitió la señora mirándola atentamente—. Casi tengo la seguridad.

Pero no se conocían. Se presentaron y luego conversaron de amigos y paseos. Salieron a montones las relaciones comunes. La conversación adquirió un ritmo rápido y ameno en alto grado.

—Quédese usted a tomar el té conmigo. Le aseguro que charlando lo tomará con gusto, porque ese té, sin compañía ni conversación, debió de ser muy poco apetitoso.

—De veras, señora. No se equivoca ni en lo más mínimo.

Bajo el parrón, en una pequeña mesa cubierta con una carpeta muy coquetona, bordada con vivos colores, se sirvieron el té, que Rosa Eulalia encontró delicioso. Una dorada y olorosa mermelada, con que cubrió el pan tierno y sabroso, le despertó el apetito en forma inusitada. Conversaron como si fueran amigas de toda la vida, a tal ex-

tremo que Rosa Eulalia, con su carácter vivo y travieso, se conquistó por completo la voluntad de Erica Kruger de Ramírez, que así se llamaba aquella inesperada amiga. Hasta entraron en intimidades ligeramente escabrosas. Erica, sin pizca de mojigatería, exclamó de pronto:

—Bueno, a los hombres tenemos que disculparles todas sus engañosas y sus infidelidades. Lo malo es que ellos no aceptan que se les corresponda con la misma moneda.

Rosa Eulalia rió con picardía, echándose hacia atrás y chupándose un dedo que se había untado con mermelada.

—Sí —exclamó—; no aceptan el mismo trato, porque son esencialmente egoístas, pero, mal que les pese, con algo se les corresponde; no ha de ser una tan demasiado desatenta. ¿No le parece a usted?

Erica se quedó con la boca desplegada como una flor. Le refulgieron los ojos, y al reír mostró la lengua, con una intención maliciosa, que acaso denunciaba a un temperamento sensual. Después se pasó la servilleta por la boca, mientras la conmovía una risita de joven que apenas columbra los secretos del amor. Le hizo gracia la frase de Rosa Eulalia y la repitió risueñamente:

—Sí, pues, no se puede ser tan desatenta.

Rieron de nuevo, como dos muchachas que se cuentan sus picardías, y luego Erica le propuso, tuteándola sin advertirlo:

—¿Quieres que vayamos a coger damascos para que te los lleves recién sacados de la mata?

—Encantada. ¡Pero si son unos poquitos, nada más! No tengo ni siquiera en qué llevarlos.

Erica la tomó del brazo, diciéndole:

—Por eso no te preocupes. Aquí no hay otra cosa que canastos. Yo te presto uno y te servirá de pretexto para volver a dejármelo.

—¡Oh, cómo se te ocurre! No hay necesidad de ese pretexto. Me tendrás muy seguido por acá. Tengo la seguridad de que vamos a ser muy amigas. ¿No crees tú lo mismo?

Erica la miró con una sonrisa de simpatía.

—Vaya —dijo—, a mí me parece que somos amigas de toda la vida. Me da la tincada, y yo te diré que me equivoqué muy pocas veces.

—Ahora menos que nunca —replicó Rosa Eulalia, con acento de profunda convicción—. Me gustas tú y tu casa,

y me figuro que a tu marido no le caerá mal esta amistad, surgida así, tan impensadamente.

—¡No!... Cuando te conozca va a simpatizar inmediatamente contigo. Estoy segura de ello.

Rosa Eulalia, lanzando el cuesco de un damasco, se volvió para observarle:

—Siempre que no nos propasemos, tú no dirás nada. Porque si no...

Erica sujetaba un gancho y echaba las frutas doradas en una cesta que había traído una muchacha.

—No creo que sea tan fácil. Mi marido es un hombre muy serio. ¡Demasiado serio! Reparte su vida entre su oficina y su casa. Y sus amores somos nosotras: la niña y yo. Sus entretenimientos: oír la radio y leer los periódicos. Y revisar el auto. Con oírlo, sabe dónde tiene alguna falla. Y en vez de molestarse, casi se alegra porque al día siguiente se levanta al amanecer para arreglarlo. Muchas veces, los domingos, por ejemplo, se entretiene en eso. Goza haciendo ese trabajo, que entiende a las mil maravillas. En la caja trasera lleva siempre toda clase de herramientas y repuestos, para reparar cualquier desperfecto, de modo que nunca nos ha ocurrido quedar botados en el camino. A menos que la *panne* sea muy grave y necesite llevarlo a un garaje.

—Pero eso es maravilloso —dijo Rosa Eulalia con aire distraído—. A mí me pasan las cosas más ridículas, porque no entiendo nada del motor. Empezó a fallar y ahí mismo me quedo. A veces son detalles insignificantes, que los descubriría el más lego, pero yo estoy en la luna. ¡Ay, hilita, se ve que no he nacido para la mecánica!

Estiraba los labios con gesto realmente cómico y cerraba un ojo, haciendo una musaraña tan divertida, que hizo estallar en una carcajada a Erica.

—¿Quieres que te diga que eres una simpatía? Con un carácter de chiquilla. ¿Siempre eres así, o tienes también tus días negros? Porque creo que eso le pasa a todo el mundo.

Suspiró Rosa Eulalia y, en una ráfaga que dobló a los árboles, mostrando el revés opaco de las hojas, divisó los ojos ardientes y dominadores del "bachicha" de la ferretería. Movi6 la cabeza con ira, tratando de rechazar la persistente imagen. Giraron sus pupilas con destello fulgu-



rante, y sacando el pañuelo de la cintura, se limpió la boca con pensativa lentitud.

—Te diré que tengo días horribles de depresión. Pero en esos casos no me dejo ver de nadie. No me gusta que los demás sufran mi mal humor. Es muy ingrato ver a la gente carlacontecida. Y todas preguntándole: “¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?” Y a veces, si uno contara lo que le pasa, sería como para que se cayera la torre de Babel. Porque si la gente no comprende los conflictos de los demás, ¿qué objeto tiene contarlos? Nada más que satisfacerles una estúpida curiosidad.

Erica tenía sujeta una rama del árbol y la apoyaba en su pecho. Le brillaban los ojos, y sin advertirlo acariciaba la rama como si fuera un ser vivo. Sacó después algunos damascos y le contestó con voz lenta y dulce, como si estuviera hablando en sueños:

—Tienes razón, tienes razón. Hay que sufrir en carne viva las emociones o los dolores para saber lo que significan. A veces, una cuenta por desesperación lo que le ocurre, y después le queda la angustia, la inquietud de que su tragedia íntima no fue traducida a la atmósfera sensible del instante que vive, y que sólo sirvió para darle pábulo a un chisme. ¡Qué triste es eso!

Rosa Eulalia se quedó mirándola intensamente. Después dijo con grave acento:

—¡Qué bien has explicado eso! Se ve que lo has sufrido. Yo te diré que en ese aspecto me he dado costalazos que me han dolido mucho. Y, desde entonces, he aprendido a callar. El silencio es a veces como una cárcel que nos oprime. Pero no queda más remedio que ser así. De otro modo una se expone a experimentar las más crueles decepciones.

Se quedaron un instante pensativas. Y como Erica siguiera tomando damascos, Rosa Eulalia exclamó en tono de protesta:

—Oye, ¿pero estás loca? Yo no me voy a llevar esa enorme canasta de damascos. Si yo lo que quiero son nada más que unos pocos. Más bien por monería.

—Yo no sé —replicó Erica— qué hacer con ellos. Te los tienes que llevar. Y pagármelos a precio de oro. ¿Te imaginas que voy a estar trabajando por puro amor al arte?

Sentadas sobre un tronco, siguieron conversando largo rato aún. Estaban tan abstraídas, que no se dieron cuenta

de la llegada de una joven rubia, alta y esbelta, que avanzó cautelosa hasta donde se encontraban, sonriendo, con aire de darles una sorpresa. La primera en verla fue Rosa Eulalia, que se puso de pie de un salto.

—¡Pero, por Dios, qué contiene esto! —exclamó riendo—. ¡Pepita! ¿De dónde sales tú? ¿Así es que eres amiga de Erica? ¿Habrás visto casualidad? ¡Qué mundo tan chico es éste!

Erica la saludó con sonrisa cordial y afectuosa. Pero se vio que en sus ojos se reflejaba una honda inquietud. Toda aquella confiada y expansiva actitud que había observado con Rosa Eulalia pareció apagarse, diluirse.

—¿Y qué es esto? —la interrogó con tono de vago reproche—. ¿Qué vientos te traen por acá? ¡Cuánto tiempo que no te veía! Ni que te hubieran echado los perros en esta casa.

—¡Pero qué ocurrencias tienes tú! ¿De dónde sacas semejante idea? Si lo que pasa es que he estado viajando a Viña todo el tiempo. El famoso Casino me tiene loca, niña. He estado con una suerte negra y poseída por la obsesión de rehacerme. ¿Has visto tontería igual? Pero ya me decidí a dejar pasar la mala racha. Estoy dispuesta a no volver sino en las dos últimas semanas. En una noche en que esté con suerte me puedo recuperar de todas mis pérdidas.

Mientras hablaba, Erica la observaba con aire inquisitivo, como si tratara de descubrir en ella una oculta intención. Luego sus ojos tornáronse esquivos, huidizos, y su fisonomía adquirió una expresión casi hostil. Rosa Eulalia había tomado la cesta con damascos y la apoyaba en la cadera, en actitud de quien se dispone a partir. Por último comenzó a caminar, diciendo:

—Esta Pepita siempre con sus cosas. Tan viva del ojo que es, y a veces parece que viniera cayendo del nido. ¿Cómo se te puede ocurrir que le vas a ganar al Casino si estás con la mala leche? Yo no, mi hijita. Cuando el Casino me zarandea, le digo inmediatamente que se vaya a la punta del cerro, con toda su fregatina de ruleta y punto y banca.

Erica, entrecerrando los ojos y con expresión de zumba, le observó:

—Te estará yendo muy bien en el amor, pues, mujer. Tú sabes que ambas cosas no se pueden conciliar. Dicen que son incompatibles.

Pepita frunció el ceño y lanzando una rápida mirada, le replicó con molestia no bien disimulada:

—¿En el amor? Pues no me he dado cuenta, fíjate. ¿Crees tú que vale la pena ocupar el tiempo para pensar en eso?

Sonreía forzosamente, mordiéndose los labios. Había dejado caer los párpados y hacía sonar, nerviosa, el cierre de su cartera. Erica miraba a lo lejos, como si no la oyera, pero se volvió de súbito buscando su mirada:

—¡Como para pensarlo mucho, no lo creo yo tampoco! El amor, si se toma en cuenta la manera de ser de los hombres, no hay que tomarlo en drama. Aunque esto sea muy discutible. Es algo que depende del temperamento de cada persona.

Rosa Eulalia, acomodando su canasta, les lanzó una mirada de reojo. Advirtió, en seguida, en aquel cambio de ideas en apariencia intrascendente, una oculta intención. Y era Erica quien agfedía, mientras Pepita se mantenía a la defensiva, en una actitud ligeramente desdenosa.

—¿Tú andas en coche, Pepita? —preguntó, tratando de desviar la conversación hacia un terreno más despejado.

Pepita pareció no oírla. Sonrió enigmática, y una raya le hendió la frente. Echó la cabeza hacia atrás, sujetándose el pelo que le revolvía el viento. Habló con tono cortante:

—Claro que depende del temperamento de cada persona. A ti me parece que te toma con demasiada intensidad. Lo que es a mí, me importa un comino. Te diré, más bien, que el amor no creo que exista en estos tiempos. Los hombres son todos unos asquerosos. Lo único que desean es acostarse con una y gozarla como a una bestia. Descargaron su porquería y se acabó el amor. Yo, por lo menos, estoy fastidiada con esto. Creo que no me podré enamorar. ¿Qué ilusión puede existir, cuando el único afán de todos los tipos con que una se topa es el de bajarle los calzones, mientras están resoplando como unos salvajes?

Sus amigas estallaron en una gran carcajada. Erica comentó:

—¡Por Dios que eres torpe! No se me ocurre que un hombre se me venga encima en esa forma. Es una grosería que yo no podría soportarle a nadie. Ni siquiera cambiar una palabra con un animal de esa especie. No, no; yo no

me explico con quiénes puedes tú encontrarte para que te ocurran cosas semejantes...

Pepita, que le oía calmosamente, mientras encendía un cigarrillo, puso la cajetilla de Chesterfield en su cartera, que cerró de golpe, metiéndosela con energía bajo el brazo.

—Oye, Erica, déjate de tonterías. A mí, tú no me vienes con el cuento de la niñita inocente que acaba de comulgar. Esas no son nada más que huevadas. Sí; no te pongas colorada, ni te dejes llevar por la ira. Son huevadas y nada más. El hombre de hoy día, cuando nos quiere contar el cuento romántico, no es, para nosotras, nada más que la imagen del perfecto idiota. En el fondo nos estamos riendo de él, a carcajadas. Tengo amigos de lo más pintado, que en el salón hacen la comedia de la finura y de la delicadeza, y aun contestan cartas de amor en las cuales se habla de los ideales, de la generosidad del alma y, en fin, de cuanta tontería se le ocurre a un hombre sentimental. Después de leerlas, esas jóvenes tan pulcras sonríen compasivas. Y para demostrar que la realidad es lo único que existe, se van a acostar con su amante y dejan al joven sentimental, enamorado, en la luna. Y a su amante, a él se entregan con tanto recato como el que acostumbraban aquellas sacerdotisas del placer cuyas actitudes eróticas se ven en los frisos de Pompeya. Nosotras ya somos mujeres que estamos viviendo una etapa de libertad o de libertinaje, si tú quieres, en la cual los maridos tienen en gran parte la culpa. Porque casi todos se dejan poner el gorro en forma descarada. Al fin y al cabo piensan que, como todo tiene una compensación, ellos pueden usufructuar, a su vez, de las mismas franquicias.

Hablaba atropelladamente, lanzando gruesas bocanadas de humo, con los ojos llenos de fuego y los labios temblorosos. Golpeaba a cada rato la pavesa del cigarrillo, y sus uñas pintadas daban la sensación de que sus dedos eran agudos punzones de carne rosada.

Rosa Eulalia se había sentado al borde de la solera; y escarbaba en el cañasto con damascos como si buscara el más hermoso para comérselo. De cuando en cuando les lanzaba furtivas miradas, pasándose la lengua por los labios, reseco y desteñidos. Erica, apoyada en un poste, despedazaba lentamente el extremo de una rama. Sería, con

aspecto de estar profundamente disgustada por las palabras de Pepita, le dijo con dureza:

—Me extraña tu manera de expresarte. No creo que sea ése el lenguaje más apropiado para usarlo en este momento en que nuestra amiga viene por primera vez a mi casa.

—Pero, por Dios, no te preocupes por mí —exclamó la aludida, interrumpiéndola con vehemencia—. Lo que no me parece bien es el tono en que están hablando. Me da la impresión de que estuvieran disgustadas. Y no vale la pena agravarse por opiniones más o menos distintas.

—Bueno... así me parece. Lo que no sé es si se trata de simples opiniones o si en el fondo Erica me hace algún cargo. No me lo explicaría —añadió Pepita, sonriendo con una ironía que subrayó el gesto de su boca.

—¡Cargo!... Sabe que me gusta... No veo por qué había de hacerte algún cargo. A menos que la conciencia te remuerda de algo...

Pepita la miró friamente. Su voz helada y la seguridad desafiante con que habló eran, en realidad, un signo de molestia:

—Que me remuerda la conciencia... ¡Fíjate que no!... En absoluto. Tengo la conciencia más transparente que un cristal. Te lo aseguro...

Rosa Eulalia se levantó, y alzando el canasto con damascos exclamó risueña:

—Bueno, ya, córtela. Cómanse algunos damascos para endulzar la boca. Lo demás son puras leseras. Me corto un brazo de que es así. Y perdonen que me vaya, porque tengo que acudir a una cita.

—¿De amor? —la interrogó Erica, riendo.

—Sí —contestó Rosa Eulalia—, de amor apasionado, “de un amor que me tiene penando”...

—Espérame un segundo, mientras voy al baño —le pidió Pepita—. Quiero que me laves. Me vine en el camión de la hostería, pero ya que estás aquí, aprovecho la comodidad. Vuelvo en seguida.

—Sí, sí, anda tranquila. Te espero.

Erica se quedó en silencio, sonriendo vagamente. Suspiró en seguida y movió la cabeza con aire de quien piensa: “Qué tengo que estar preocupándome de estupideces”. Tomando del brazo a Rosa Eulalia, le dijo:

—Oye, ¿eres muy amiga de Pepita? ¿Desde mucho tiempo?

—Somos bastante amigas, desde unos cinco años a esta parte. Poco antes de que se casara.

—Mira, te ruego que vuelvas cuanto antes. Tú me inspiras confianza. Tanto, que yo jamás traté de tú a nadie, a veces ni en años de amistad, y a ti te he tratado en un par de horas. ¿Puedo pedirte que vengas?

—Pero sin duda. Mañana; espérate, mañana tengo un día muy traqueteado. Hoy es martes. Martes, sí; el viernes espérame a la hora del té. Te voy a traer alguna cosita, por los damascos... Sí, pues. No voy a llegar otra vez preguntando: "¿Vende damascos, señora?", y me quedo a alojar y a que me den plata para el camino.

—¡Tonta! ¿Entonces vienes?

—Sí, mi amor, vengo; y muy dispuesta para la confianza. —Cerró un ojo y dijo con picardía—: Porque de eso se trata, ¿verdad?

—Sí, de eso. Precisamente. Me interesa, además, saber si Pepita te dice algo de mí.

Erica salió a dejarlas hasta el coche. Se dieron con Pepita un beso en ambas mejillas, sonriendo como dos gatas, prontas a sacar las uñas. Ni siquiera se rozaron la cara con los labios.

—¡Qué cosa más curiosa! —dijo Pepita apenas el coche se puso en movimiento—. Nunca te oí hablar de Erica. No tenía idea de que fueses su amiga. ¿Hace mucho tiempo?

Rosa Eulalia tenía una sonrisa burlona tras los anteojos negros, mirando hacia lo lejos. Calló un largo rato.

—Sí, bastante tiempo. Por lo menos unos doscientos minutos.

Soltó la risa Pepita, y volviéndose le tiró una oreja, hasta hacerla gritar.

—¡Grandísima canalla! Habla en serio alguna vez. Con testa como es debido.

—¡Pero si te estoy hablando en serio! Pueden ser doscientos minutos o ciento ochenta. No me fijé bien en la hora.

—¡Qué linda la guaguüita! ¡Agü, si es tan juguetona ella! Dí, de una vez, la verdad. Te lo pregunto, porque nunca les oí hablar a ustedes de conocerse.

Rosa Eulalia le contó la manera cómo acababa de conocerla. Terminó diciendo:

—Me ha parecido una mujer encantadora y se me ocurre que vamos a ser buenas amigas. A menos que tú, como eres una intrigante, logres disuadirme de ello.

—Sí, eso es seguro. Me alegro de que la hayas conocido, porque estamos en un entrevero bastante idiota. Tú conoces a Renato Carmona, que es uno de los ingenieros de la "Asonal", la Asociación Constructora de Edificios Públicos. Es un tipo muy simpático y alegre. Allá en Viña, donde tiene unos edificios en construcción, nos vemos con frecuencia y nos hemos hecho bastante amigos. Pero amigos y nada más. A veces jugamos a medias en el Casino.

Rosa Eulalia se volvió sobre su hombro para mirarla risueña y maliciosa.

—¡Por Dios que me duele este ojo! ¿Quieres soplármelo?

—¡Ah, qué bruta eres! Me fastidia, te diré, esta idiotez de que nadie cree que yo pueda tener un amigo sin acostarme con él. ¿No sabes tú que también hay hombres a quienes no les interesa hacer el amor con ciertas mujeres? Este jamás me ha dicho media palabra en ese sentido.

—¡Y para qué te va a hablar! ¡Cuando tú tienes una boquita milagrosa! No hay necesidad de que el pobrecito gaste su elocuencia. ¡Si tú te empleas a fondo!

—Cállate... No digas disparates. Habla alguna vez en tu vida como corresponde a tus años. Lo que pasa es que Renato le hizo el amor a Erica, y ésta, que en realidad es la primera vez que se mete en líos, se fundió como un tacho. Se enamoró como una bruta. Bueno, te diré que no es para menos, porque Carmona es un muchacho con más gancho que un quillay. Pero es un hombre que tiene mucha cancha. Para él este amorío no ha pasado de ser una aventura más; en cambio para la pobre gringa la cosa es seria. Ella, que es una mujer encantadora, lo tomó como algo para toda la vida. Es sentimental la pobrecita, y esto la ha puesto al borde de la tragedia. Imagínate tú si será enferma del chape. Para colmo, ahora me doy cuenta de su gran error, cree que yo se lo he levantado. ¡Dios mío, qué tontería más grande! ¡Si yo no sé enamorarme de los hombres! Y te advierto: me gustaría que me ocurriera. Porque así estaría preocupada de algo que disipe la monotonía de mi vida. Se sufre por lo que veo; pero sentirse sola, botada como un trapo usado, es atroz también. Oye, déjate de bromas y piensa un poco en el asunto. ¿Acaso hay algo más trágico

en una mujer que sentir que todos los hombres desean acostarse con ella para en seguida dejarla plantada? No me embromes, Rosa Eulalia; yo soy una mujer de buen corazón. Incapaz de hacer canalladas. Y por no entenderme con ese animal de mi marido, he ido derivando a los más absurdos extremos. Lo mismo que tú me acabas de decir, me da a entender que soy una puta, una grandísima puta. Y yo no soy eso, oye, no soy eso.

De pronto su pasión se desvió, estallando en llanto, en un llanto histérico que la hacía lanzar pequeños gritos. Rosa Eulalia, asustada, detuvo de súbito el auto.

—¡Pero, Pepita de mi alma! ¿Cómo es posible que pienses así? Son ideas de loca. No creo que haya alguien, entre tus amigas, que llegue a calificarte de ese modo. Serénate, mi hijita. Nunca me hubiera figurado una cosa así. Cálmate, Pepita, por favor.

Se hallaban detenidas junto a una alta tapia de ladrillos rojos, por encima de la cual se mecían grandes árboles murmurantes. El viento de la tarde traía un fresco aroma de jardín recién regado. En la lejanía, el sol era una intensa llamarada roja. Pasaban por la carretera los automóviles veloces, como bestias de piel brillante que lanzaban su alarido jublloso. El aire que se removía a cada instante, con el rápido y continuo desfile de vehículos, refrescaba la cálida atmósfera.

Pepita se fue calmando poco a poco. Rosa Eulalia, sentada frente al volante, en el cual se apoyaba, se quedó observándola con ojos tristes y curiosos. Pepita sacó su polvera y, después de secarse con esmerada atención los ojos, comenzó a ponerse polvos, tratando de hacer desaparecer las huellas de sus lágrimas. En seguida se extendió el *rouge* en los labios y se miró largamente en el espejo de su cartera.

—Miren si seré estúpida —prorrumpió al fin—, llorando por tonterías que no tienen asunto. Sólo a mí me puede pasar esto de ponerme en ridículo.

—Vaya, ahora sí que está bueno —la conformó Rosa Eulalia—; ¿así es que tú crees que sólo a ti te puede pasar? Todas lloramos cuando necesitamos aliviarnos un poco si los pesares nos oprimen demasiado. Lloran hasta los hombres, hijita, y no vamos a llorar nosotras.

—¡Los hombres! —exclamó Pepita con acento amargo y despectivo—. Lloran de maricones, cuando una no se los



quiere prestar y andan calientes como quiltros. ¡Ah, qué asco! Cada día les estoy tomando más repugnancia. Créeme que a veces casi les encuentro razón a las mujeres lésbicas. Bien sabrán ellas por qué lo hacen. Alguna razón tendrán, y una no puede ponerse a juzgarlas sin conocimiento de causa.

Rosa Eulalia se enderezó, acomodándose en su asiento. Introdujo la llave del contacto, y antes de poner el coche en movimiento, se quedó mirando a su amiga un instante:

—¡Por favor, no hables tonterías! Me muero sólo de pensar en hacer el amor con otra mujer. Me parece que es lo más triste que a una le pueda ocurrir. ¡Me muero, te diré! Es como si una mujer no fuera capaz de conquistar el cariño de un hombre y se viera obligada a hacer porquerías de esa clase. No, Pepita, estoy segura de que tú eres incapaz de tal cosa.

—¡Claro que yo también estoy segura de que no lo voy a hacer! Pero, como tengo rabia, necesito desahogarme de algún modo. Aunque sea diciendo disparates. Y Erica es tan papanatas, por no decirte otra cosa, que cree en el sentimiento, y en el amor, y en la payasada. Todo eso los hombres lo dicen cuando algo que les cuelga les anda molestando demasiado.

Rosa Eulalia iba a buena velocidad y la miró furtiva, con los ojos alumbrados de picardía y la boca sensual, mostrando sus dientes de loba. Alzó los hombros, restregándose una oreja, en actitud voluptuosa:

—Algo, algo que cuelga, ¿qué será ese algo?

Pepita se agitó en el asiento, apoyándose en el vidrio y tomada del cordón del respaldo.

—¡Algo! No sabe la niñita qué es. Hipócrita, tienes deseos de oírlo de mis labios, para que sea yo, siempre, la deslenguada. Pero no te voy a dar en el gusto. ¡Como a mí no me cuelga nada, maldito lo que me importa!

Rosa Eulalia lanzó una carcajada que era casi un alarido y, echándose sobre el volante, le imprimió mayor velocidad al coche. Había enrojecido y se humedecía los labios con la lengua. Riendo como loca, gritó:

—¡Por Dios, qué mujer tan salvaje! Oye, dime, y eso ¿se lo dices a tus amigos?

Pepita, tratando de disimular una sonrisa, se quedó

mirándola con algo de gata, que en la obscuridad convierte en un resplandor de intensa luz sus pupilas.

—No creas que soy tan idiota siempre. ¡Si a veces también hago la comedia de la jovencita que se cae del catre, soñando con la luna! Y sé hacerme la inocente, la ruborosa y púdica, cuando alguno de esos tontorrones me dice: “Claro que estas cosas no se pueden explicar bien delante de una señora”. Entonces yo tengo una caída de ojos, especialmente preparada ante el espejo, y trato de ruborizarme en una forma deliciosa. Me da un resultado estupendo, te voy a decir. Si tú la quieres aprender te la puedo enseñar. A ver, hazme tú una leve insinuación. Por ejemplo: “Yo tengo un departamento de lo más simpático, en donde podríamos...” Entonces aquí viene la cosa. Oye, pues, tonta, mírame...

Rosa Eulalia detuvo el coche junto a un árbol. Se bajó para secarse la transpiración y enjugarse los ojos, riendo a gritos, mientras se sujetaba el pelo con una mano.

—¡Oh, qué brutalidad más grande! ¡Qué mujer tan tremenda eres tú! Oye, por caridad, no sigas con tus tonterías, porque me va a dar un ataque.

Llorando de la risa, con el pañuelo en la mano, se apoyaba en el tronco del árbol.

—¡Pero, por Dios, qué tonta tan grande eres! Señorita, yo tengo un departamento muy simpático... Oye, me duele el estómago de tanto reírme. ¿Quieres, por caridad, conversarme de algo bien triste ahora?...

Pepita la miraba entre alegre y displicente, más bien asombrada de que su broma hubiese causado tanto regocijo en su amiga.

—Por lo que veo, estás cada vez más chicha fresca. Porque no es para tanto asunto. Oye, ¿quieres que te pida un favor?

—Dime...

—No le cuentes a nadie toda esta lesera de llantina y lo que te dije con respecto a ciertas cosas. Son tonterías que no dan para volver sobre ellas. A lo mejor estoy un poco histérica. Y no me he dado cuenta. Esta vida tan zarandea-da lo echa a perder todo. Bueno, no sigo por este camino, porque no estoy dispuesta a darte en el gusto de hablarte de tristezas. Ay, mi hijita..., ahí sí que habría paño que cortar.

Hablando de asuntos de diversa índole, ni siquiera le dio tiempo a Rosa Eulalia para que le prometiera discreción. Entraron a la avenida Cristóbal Colón en el momento de encenderse las luces de la amplia vía, en la cual persistía cierto encanto rural. Iluminados palacetes de graciosas líneas modernas, algunos con ventanales en las esquinas, o bien como un alto telón de luz, cuadriculada, proyectándose sobre el jardín. En muchas de esas casas de gentes acomodadas esperaban los automóviles que se abriera el portón de reja, mientras, desde alguna ventana, la algarrabía infantil anunciaba la llegada del papá.

—¿Vas a tu casa, Pepita?

—Sí. Pero no te molestes en ir a dejarme. Aquí, cerca del Estadio Francés, puedo tomar el micro.

Rosa Eulalia siguió en silencio. Hundió el acelerador a fondo por una calle de poco tránsito. En todas las casas había a esa hora alguien que regaba el jardín delantero. Los niños hacían sonar las baldosas de las aceras con sus monopatines y sus velocípedos bulliciosos, y los mayores realizaban proezas circenses dándose volteretas sobre la calzada.

Dejó Rosa Eulalia a su amiga frente a la puerta de su casa, en donde un hermoso perro negro, de vientre y patas amarillos, se alzó apoyándose en la reja, lanzando ladridos de júbilo.

—¿Cuándo te veo?

Pero ya Rosa Eulalia, sin oírlo, se había lanzado calle abajo a buena velocidad. Casi instantáneamente olvidó a Pepita y a Erica. Dos ojos ardientes fijaron sus pupilas dominadoras sobre ella. Experimentó la sensación de que eran esas pupilas las que iluminaban la calzada y además caldeaban el interior del auto. En la obscuridad la joven sonrió, como si se burlara de ella misma.

"Amor a primera vista —musitó con furor contenido—. ¿Habíase visto imbecilidad semejante? Y con el clavelito que me fui a encontrar. ¡Uf! Voy a tener chapas, candados y serruchos que es un contento. ¡La suerte mía! Y a lo mejor también tiene un departamento que ofrecirme. Esto es lo que se llama un precioso hallazgo."

Detuvo el coche bruscamente, y retrocediendo, en seguida, lo enderezó hacia el portón, haciendo sonar la bocina. Era habilísima en el manejo del volante; pero al des-

cender, ya dentro del garaje, sintió la sensación de un terrible cansancio. Recordó de pronto el canasto con frutas y se volvió para ordenar:

—¡Juan! Saca un canasto con damascos que viene en la caja del coche y llévalo al comedor.

Le pareció que olía a transpiración y que las ropas se le pegaban al cuerpo. Subió con pesados trancos la escalera, desabrochándose la bata y desatándose el cinturón. Vio la hora y calculó que tenía el tiempo suficiente para darse una ducha. Al pensar en la fresca sensación, experimentó un estremecimiento de gozo.

“Qué calor más pesado —se quejó fastidiada—. Me duele la cabeza. No voy a comer nada esta noche.”

Pero después del baño y de una deliciosa fricción con agua de Colonia, que olía a flores, advirtió que tenía hambre. Su marido había avisado que no llegaría a comer. Tenía que asistir a una comida en el Club de la Unión. Era un compromiso que no podía eludir, porque le daban una despedida de soltero a un gran amigo.

Oyó como si le hablaran de otro planeta el recado que le transmitió el mozo. Ni siquiera se dio el trabajo de pensar en si era aquello una excusa verdadera o una de las eternas simulaciones de su marido. Comenzó a comer, y casi en seguida se hartó, como si hubiese ingerido veinte platos. “Es mejor —pensó—; así dormiré como una santa.” Sonrió, dándole vueltas a la idea pueril de si las santas dormían o se lo pasaban en eterna adoración a Dios. Ya acostada, sintió un delicioso agrado en el contacto fresco de las sábanas. Dejó la ventana entreabierta y se entretuvo largo rato oyendo el rumor de la calle, que de súbito atronó el rugido angustiado de la sirena de un carro de los bomberos. Y otro, en seguida, y luego dos más que pasaron bramando como una tromba.

Pensó, entonces, que le hubiese gustado ser bombero y trabajar con las mangueras, mientras la envolvía el aliento de las llamas, y las escalas se cimbraban como si fueran a doblarse. O bien caminando sobre una muralla dando feroces hachazos en las vigas que se derrumbaban, convertidas en una especie de cráter que lanzaba cenizas, humo y llamaradas siniestras. Se exaltó imaginando proezas absurdas. Veíase ardiendo con las ropas convertidas en una hoguera. Y de pronto un bombero que lanzaba un chorro inmenso de

agua dulce y fresca que ella en vano trataba de beber. El hombre estaba abajo con los ojos fulgurantes y el rostro más rojo que el sol del atardecer. Era Mario, que le sonreía, con una sonrisa olímpica, como si fuera Vulcano emergiendo de las ardientes entrañas de la Tierra.

Se revolvió malhumorada, torciendo el gesto desdeñoso, y trató de huir del ensueño abriendo los ojos, pues no tenía deseos de dormir. Alargó el brazo y cogió una novela de encima de una mesa próxima. Le pareció tan grotesco el hecho de sentir la obsesión de aquel hombre al cual apenas conocía, que se dijo ella misma, acicateándose: "Claro, yo voy a ir a buscarlo todos los días. A comprarle candados, y serruchos y azadones".

"¡Pedazo de mierda! —exclamó como una gata brava—. ¿Qué se habrá figurado de mí? ¿Qué tengo yo que ver con él?"

Soltó una gran carcajada que resonó en el silencio de la estancia, al darse cuenta de que era ella quien creaba toda esa fantasía. Asustada, se enderezó y miró su busto en escorzo, en un espejo ubicado enfrente. Los hombros de raso sujetaban una cinta que le sostenía la camisa; los pechos duros, de mujer que no había tenido hijos, avanzaban hacia adelante cual si buscaran una caricia. Con los ojos llenos de luces insinuantes, se interrogó a sí misma:

"¡Y qué! —exclamó furiosa—. Y si me gusta, ¿qué más da? Las mujeres no somos seres divinos, ni tampoco de hierro, ni de piedra. ¿Qué más da que venda fierros, si a mí me gusta? ¿Qué vida va a ser esta mía al lado de mi marido, un hipócrita que no vive sino para hacer la comedia del esposo ejemplar?"

Se quedó largo rato divagando, a veces en forma disparatada. Otras, creando fabulosas fantasías de amor y de ternura casi celestial. Trató de leer. Y aquellas páginas admirables de "Narciso y Golmundo" no pudo entenderlas. La amistad de esos dos muchachos que se quieren, a pesar de que sus caminos son divergentes, le causa una terrible inquietud. No entiende el problema que los agita y los evade de la vida natural y corriente. De súbito advirtió que se quedaba dormida en una deliciosa lasitud. Se revolvió en la cama y abrazó la almohada. Vio un lago de aguas claras y profundas. Un bote avanzaba hacia la orilla donde ella se encontraba. Y en el bote viajaba él, Mario, el hombre de

los ojos de fuego de la ferretería. Ella, fascinada, se quedó esperándolo. Esperando que le alargara la mano para irse con él a través de las aguas transparentes, verdiazules, removidas en un leve temblar de estrellas que se diluían como monedas relucientes.

Durmió agitada, presa de una extraña exaltación. Oía, como en una especie de pesadilla, el rumor de la calle, al paso de los vehículos, y la vibración de las ventanas. Hasta que de pronto sus nervios se aquietaron y se sumergió en un sueño profundo.

No oyó cuando entró su marido ni sus trajines habituales. Sólo lo sintió cuando se acostó en su cama, acomodándose junto a ella, buscándola, lleno de deseos. No obstante haberse lavado y limpiado los dientes, olía a cigarros puros y a trago fuerte, en una desagradable mezcla con el perfume del dentífrico que acababa de usar.

Ella, metiéndose el camisón de dormir entre las piernas, las apretó con energía. Y cuando trató de besarla, mientras sus manos la recorrían, para excitarla, lo rechazó violentamente:

—¡Qué te pasa, idiota! Llegas al amanecer con un olor que apesta, y todavía vienes a molestarme. ¿Por qué no te fuiste a acostar con alguna de las desvergonzadas con que te lo pasas por ahí?

Intentó de nuevo besarla, tratando de alzarle el camisón, mientras le decía con la respiración entrecortada:

—¿Pero qué tienes, mi amor? Mira, óyeme. Si estuve en una reunión de lo más inocente que hay. Y tampoco llego al amanecer. Por favor, ve la hora. Oye, mi hijita, no seas tonta. La prueba de que deseo andar contigo debiera convencerte de que no he andado con mujeres...

—Mi hijita, mi hijita, ándate a la punta del cerro con tu mi hijita. Me tienes ya colmada con tus hipocresías. No quiero estar contigo, ¿me oyes? Me das asco. Y lárgate a tu cama, antes de que te eche a empellones. Mi hijita...; después que te revuelcas quién sabe con qué mugrientas, vienes aquí con tus inmundas zalamerías.

Apoyado en el respaldo de la marquesa, el hombre se quedó un rato con cara hosca. Veíase que trataba de dominarse. Rosa Eulalia, al borde del lecho y dándole la espalda, rezongó con tremenda irritación:

—Con lo que me costó quedarme dormida y el lindo

llega a molestarme. ¡Claro, pues! Alguna que se te negó por ahí te hace llegar como quiltro en celo. Como sabes que tienes en la casa a una bruta, obligada a decirte amén, vienes a desahogarte. Pero no te lo imagines que voy a seguir aceptando tus porquerías.

Tristán echó violentamente la ropa hacia atrás y se dejó caer del lecho, murmurando con desdén amenazador:

—Está bien, está muy bien. Haz lo que te parezca. Yo también sabré arreglármelas. Y te advierto que no con mugrientas ni desvergonzadas. Ojalá algunas que se creen unas princesas fueran como lo que pisan esas mugrientas. ¡Ja!

Rosa Eulalia, volviendo al centro del lecho, rió sarcástica:

—Cállate será mejor. Cínico. No eres nada más que un cínico. Un pobre diablo farsante...

El hombre se quedó respirando con fuerza, sin decir palabra. Y luego, dándose vueltas en el lecho, comenzó a roncar sonoramente, como si de súbito se quedara dormido. Pero, en realidad, estaba despierto, pensando con rabia en lo que Rosa Eulalia le dijera: que si llegaba ardiendo de deseos con ella, era porque alguna mujer lo había rechazado. Aquella suposición dio en el clavo, pues, en realidad, así había ocurrido. Aquellos días andaba en amores con Eliana Véjar, una de las muchachas que actuaban en el Burlesque. Un amigo, cuando le contó que le gustaba aquella gorda de melena pintada y ojos profundos de mujer caprichosa, le había dicho con perentoria seguridad: "¡Psh! ¡Si ése es pan comido, hombre! Atrácale no más. Esa te aguanta el salto a la primera insinuación. Y si le muestras un billete de a mil, capaz que ella te convide a reunión. A mí, la cabra esa no me entusiasma. Además, tengo muchos pedidos. Casi no me va alcanzando la producción ni para el gasto de la casa".

Sin embargo, la muchacha no era tan fácil. Las dos veces que Tristán la había convidado a tomar once, en su oficina, o a comer en algún restaurante, había sonreído afable y con una clara aceptación en la mirada. Pero no había concurrido a la cita. La última tarde que la encontró, momentos antes de que comenzara el espectáculo, al requerirla en forma categórica, ella le miró esquiva, como si temiera ser vigilada.

—Bueno —le contestó—, ¿a dónde iremos?

—La espero aquí y nos vamos en un auto. Por el camino decidiremos el sitio. ¿Qué le parece?...

—No —replicó ella con cierta cortante dureza—. Espéreme en la puerta del teatro Andes. Podemos ir a uno de esos restaurantes de Nuñoa.

—Muy bien. A las nueve y media estaré allí. No se demore.

Pero tampoco acudió, y Tristán, que la esperó hasta después de las diez, se marchó al centro, en donde se encontró con Walter Palacios, que le propuso ir a comer al Club de Setiembre. Palacios era un hombre moreno, ligeramente bizco, y cuando sonreía, su boca sensual se desplegaba amplia, como las fauces de una fiera que estuviese siempre hambrienta. Era uno de esos hombres que sabían mantenerse en una actitud hábilmente desdeñosa con las mujeres. Las cortejaba y asediaba, con una pasión que las hacía creer que estaba enamorado sin remedio. Mas, apenas se alejaba de ellas, se quedaba tan tranquilo como si jamás lo preocupara un asunto amoroso. Era un hombre para quien el encuentro erótico era sólo un pasatiempo. Y con cierta singular cualidad. Amante apasionado de su mujer y de sus hijos, dejaba de golpe a un lado todos sus enredos si se daba cuenta de que le habían sorprendido o en su casa ocurría algún asunto que requiriese su atención. El quería vivir sin complicaciones y no cultivaba ningún enredo con sostenido requerimiento. Sus amigos le conocían bien, y se reían a carcajadas cuando decía con una cara de actor de comedia bufa:

—Te diré que estoy loco por esta mujer. Creo que éste será el único amor de mi vida.

—¡Hasta cuándo! —le replicaban risueñamente—. ¿Serán unos dos meses más? Porque un amor tan definitivo en ti no puede prolongarse tanto.

Palacios se quedaba mirándolos con una cara dramática. Como si le hirieran en lo más sensible. Con aire reconcentrado y la mirada ausente, se recobraba, sacando un suspiro desde lo más hondo del pecho...

—Cállate, no digas tonterías —insistía con aire atormentado—; ¡es que tú no conoces a esta mujer! Hay que verla desnuda, compañero. Tiene unas tetitas que parecen dos palomas que acaban de despertar. Y un culito amandolinado, oloroso como un melón de color. Dan deseos de



comérsela sin ningún desperdicio. Yo la tendría sin bañarse un mes, por lo menos, para que se le juntaran hartas mugrecitas, y comérmelas toditas, junto con ella.

—¡Ah, qué tipo tan indecente! —decíanle, haciendo gestos y aspavientos de repugnancia, aunque en los ojos les estaba ardiendo una llama de perversa sensualidad.

Mientras caminaban por la calle Catedral, Palacios echó a su amigo una rápida mirada de reojo y, advirtiendo el mutismo de Tristán y su aire deprimido, le dijo:

—¿Y qué te pasa a tí? Apuesto a que ya andas en nuevos amores. Oye, no se puede negar que el hombre es una bestia muy grande, un animal sin entendederas. Porque, no me digas que no es una burrada sin disculpa que uno ande a la siga de unas chinas de porquería, teniendo en su casa a una mujer macanuda. A una mujer sería y buena, de la cual se tiene la seguridad de que no nos pone el gorro...

—Eso nadie lo puede asegurar —le interrumpió con desabrimiento Tristán—; no me refiero, por cierto, a tu caso, pues tienes una mujer excepcional. ¡Maravillosa! Y tú eres, en realidad, quien menos puede hablar de esto, porque...

Palacios se detuvo en el medio de la acera para tomarlo por las solapas, con una de sus enormes manazas:

—Mire, mi amigo —le dijo con tono sentencioso y solemne—; le prohibo terminantemente hablar en ese tono, dando a entender que no tiene fe en Rosa Eulalia, que es la muchacha más encantadora que yo he conocido. Oígame, el zopenco. Es una mujer divina, la tuya... Te voy a decir más: no te la mereces. Entiéndeme. No te la mereces, pedazo de cocodrilo. La gracia, la simpatía, la fineza de Rosa Eulalia. Mira, cuando yo la recuerdo, me parece ver un canasto de flores iluminado por el sol. Y vive al lado de usted, que no es nada más que una buena mugre. ¡Pobrecita!

Estallaron ambos en una sonora y reiterada carcajada. Tomados del brazo siguieron caminando, poseídos por creciente hilaridad. Palacios retuvo de nuevo un instante a su amigo, ahora frente a la puerta del Club.

—¿Sabes? Esto me recuerda la escena de una novela de Zola. No sé en cuál de ellas. Pero son dos borrachos que llegan a tal grado de intimidad, que uno le dice al otro: —Oye, compadre, ¿tú sabes que yo me acuesto con tu mu-

jer?" El otro se ríe a más y mejor, y le contesta: "—¡Claro que lo sabía!" Qué divertido, ¿no? Y nosotros, al revés, sin emborracharnos, estamos haciéndonos el elogio de nuestras respectivas mujeres.

Tristán, con actitud ambigua, entre seriote y risueño, exclamó:

—¿Crearás que casi no le encuentro ninguna analogía a tu cita? Porque supongo que aunque nos caigamos al suelo de borrachos, no nos haremos confianzas de esa especie.

—Oiga, mi señor don Tristán, perdone que le vuelva a insistir en que usted no es nada más que un pedazo de alcornoque. Bueno, es claro, hay que tener un espíritu sutil para entender las sutilezas, o las ídem (que así también se puede decir). El grado de amistad y de finura intelectual nos inclina a hacernos el homenaje de admiración y de respeto a la esposa del amigo. Hay una analogía de carácter superior. Naturalmente que cuesta un poco percibir ciertos matices del pensamiento. No todos lo pueden conseguir, eso también es verdad. Sí, señor...

Movía Palacios la cabeza con aire mefistofélico. En la actitud de quien dice: Esto no lo puede entender usted, porque es muy idiota.

Tristán soltó la risa y empujándolo hacia la escalera, le dijo:

—Entra, mata de arrayán florido. Te diré que eso está muy bien; muy hermoso, mientras los caballeros, de alto y noble espíritu, no encuentren la manera de mandárselo a guardar a la mujer del amigo. Como se hace con elevados propósitos, tendientes a conservar la armonía y la paz hogareñas, nadie puede sentirse ofendido. No protestar armando escándalos de mal gusto.

—¡Exacto! Hay que considerar con mucha cautela la intención que a uno lo guía. Si no se sabe discriminar con altura generosa, es muy fácil caer en el mal gusto, mi amigo.

Entraron muy alegres al Club, repartiendo saludos a babor y estribor. Palacios le reiteró:

—Conste que la cita no estuvo tan desatinada. Por lo menos sirvió para que usted cambiara su cara de idiota por esa que ahora lleva, y que puede dar la sensación, aunque equivocada, de una ligera inteligencia. Oye, cuéntame, ¿es cierto que le andas buscando camorra a la Eliana, esa mu-

chacha que estuvo trabajando con Serrador y ahora está en el Burlesque?

—Sí, algo de eso hay —dijo Tristán, estirando los labios con disgusto—. ¿Quién te lo contó?

—No me pregunte tonterías, compañero. Usted sabe que yo tengo mi servicio secreto. Sí, pues... Le diré que por el momento está machacando en frío. Yo la conozco mucho a la interfecta. Esto forma parte de mi hermenéutica femenina. Yo no pierdo el tiempo en interpretar libros. Interpreto la vida, la mujer principalmente. ¿Quiere que lo informe? ¡Esa tonta se enamora! Usa para sus deliquios amorosos unos seis amantes por año. O sea uno cada dos meses. Es una muchacha correcta y muy ordenada en sus asuntos. Ahora me parece que está enamorada de Gabriel Carey, que no vende pelotas de carey, porque trabaja en camiones. La anterior temporada la tuvo con Ricardo Moren, y la otra que le conozco con Juan Casali, un bachicha que vende fideos y tallarines. Tú pierdes el tiempo ahora. Pero no está mal que hagas turno. Porque la Eliana es muy serietita en sus asuntos. Está enamorada en estos momentos, y no hay caso. Yo que la conozco de lejos te daré datos preciosos acerca de su trayectoria. Te digo de lejos, porque no deseo provocar celos retrospectivos en ti. Son los más apasionados y crueles. No te preocupes, Tristán; te indicaré oportunamente el momento en que debes entrar de frentón a la pelea. O sea, cuándo debes comenzar a atracarle el bote.

—Anda a bañarte con tus consejos y advertencias. Le advierto, joven, que no acepto cabronerías en mis asuntos amorosos. Por si le interesa, vaya tomándolo en consideración.

Palacios, que cuando sonreía era un espléndido animalote de extraordinaria simpatía, le dijo con cómica gravedad:

—¡Haz el bien y no mires a quién! Te hablo así, sin recordar el peso exagerado de ciertos admniculos con que usted nació. Te diré que es una profilaxis muy atinada la tuya. Lo que lamento es que no entiendas mi cándida intención de creer en que a ratos te asoma un leve rayo de inteligencia. Es un error muy frecuente en mí y se origina en mi espíritu generoso. No le guardo rencor por su grosería. Usted está muy bien cuando se halla en su papel. O sea vendiendo quillay en bolas. Le advierto, para su provecho personal, que la última frase se puede usar al revés.

Gracias, mi amigo, pero debo, al mismo tiempo, notificarle que desde este momento hemos cortado toda relación amistosa. Claro que después que haya pagado la comida. Sí, señor, las cosas deben ser muy claras y precisas. Por lo menos éste es uno de los aspectos más elevados de mi manera de discurrir.

Tristán le oía, sonriendo, mientras estudiaba el *menu*. En ese momento vino a sentarse a la mesa de ellos un hombre rubio, con el pelo ligeramente ondeado, de ojos azules y frente amplia. Una boca de labios enérgicos y sensuales le comunicaba singular atractivo al sonreír.

—¡Qué dicen los inseparables! —exclamó con semblante alegre—. Apuesto que el par de viejos frescos viene de una casa de citas, a calafatearse, después de excesos impropios de su proveya edad.

Palacios, que estaba con la cuerda y con ganas de tomarlo todo por el lado festivo, le miró con simulada cara hosca.

—Mire, joven propasado, le ruego que nos explique en qué día y hora le hemos dado tanta confianza, para dirigirse de modo tan singular y grosero a nosotros. Le agradeceré, yo por mi parte, que tenga a bien retirarse, pues tenemos que hablar de asuntos de extremada gravedad y reserva con "el amigo aquí", que está muy delicado del mate. Estoy aprovechando sus últimos momentos de lucidez.

Tristán le cerró un ojo al recién llegado. Después le dijo:

—¿Te das cuenta? Si está más pelotas que un toro padre. En plena menopausia. Para mí, que ya no le queda hilo en la cañuela, y se baraja hablando nada más que "inepcias".

El otro lanzó una sonora carcajada.

—Eso mismo creo. Le estoy encontrando más facha de rancho que de palacio. Ahora me doy cuenta por qué a la Carmen Luisa la he visto más de una vez con un arrogante capitán de Ejército. ¡Qué diantres! Cuando el equipo se echa a perder hay que cambiarlo por uno nuevo. Es muy justo. La chiquilla esa no es tonta.

Palacios encendió un cigarrillo Pall Mall, en una hermosa y fina boquilla plateada.

—No me interesa el dato. Las mujeres me tienen muy decepcionado. Ahora tengo unos "amiguitos muy dijes". He resuelto pasar los últimos días de mi vida en una paz octaviana. Ellos son mucho más tiernos. Me da una gran tris-

teza pensar en el tiempo que he perdido, rindiéndole culto al "eterno femenino". ¡Cómo he desperdiciado mi loca juventud!

Tristán propuso un cacho que fue aceptado con entusiasmo por Palacios. En ese preciso instante, uno de los ocupantes de la mesa próxima llamó en alta voz:

—Oye, Rucio Carmona, ¿te quedas? Nosotros nos vamos a comer a La Bahía. Si quieres acompañarnos, allá te esperamos.

El nombrado se volvió para contestar breve y preciso:

—Muy bien. Pero sin compromiso, pues no sé qué irá a pasar aquí. Hasta luego.

—Te conviene quedarte con nosotros —le dijo Palacios, adoptando un aire majestuoso—. Que te vean alguna vez con gente decente. No has de andar siempre con la plebe. Aunque, si hemos de ser justos, yo considero que aun cuando su aspecto no está del todo mal, sus modales son de una ordinariez repugnante. Sí, mi señor don Renato Carmona. Esa es mi opinión. No sé cuál será la del señor que me acompaña, cuya ordinariez también es una de sus virtudes más sobresalientes. Tengo la seguridad de que estará de acuerdo con usted. Es lo lógico. Cada oveja con su pareja.

—Oye —dijo Carmona, dirigiéndose a Tristán—, y por lo que veo este tonto cree que es realmente gracioso. Lo cierto es que nosotros somos demasiado complacientes con él. Sus bromas son de pésimo gusto y, además, es poco leal con nuestra amistad.

—Así es, así es —exclamó Tristán con aire distraído y esquivando un bostezo—. Lo que pasa con el joven Palacios es que trata de disimular que la Carmen Luisa le tiró la cadena... Y como es un vanidoso de porquería, no quiere contar lo que le ocurrió con ella. Para mí que ya no le están cuajando los helados. Y la Carmen Luisa, mi amigo, pide más rienda que una potranca del Vínculo o de Aculeo.

—No les voy a hacer confidencias esta noche —exclamó Palacios—, pero ustedes saben "que es tan corto el amor y tan largo el olvido". La pobrecita creyó que su deber era ser leal con la ética y se mandó para el río, creyendo que era mozuela. Disculpen el lenguaje poético que uso, pero es mi manera habitual. Es otro ahora el que cabalga en la potra de nácar.

—Oye —exclamó Renato Carmona dirigiéndose a Tris-

tán—, ¿vamos a estar toda la noche oyendo las gracias de don Walter? Me parece absurdo?

—Sí, es absurdo —saltó Palacios con los ojos encandilados de malicia y picardía—. Esta noche usted debiera estar en La Reina, paseando por allá. Corre un viento delicioso en esos parajes, y con un violín manejado por manos expertas, se pueden expresar todas las tribulaciones de un alma atormentada por el amor... Sí, por amor.

Era tan cómica la actitud de Palacios, que todos estallaron en risa.

Tristán preguntó, sonriendo malicioso:

—Oye, cuenta, ¿qué tal la gringa?

—Tiene que ser buena, tiene que ser buena —reiteró Palacios—; pero a ésa hay que enseñarla, porque se me ocurre que antes no se ha acostado nada más que con su marido. Para el joven Renato, eso es una incitación más. Como catedrático en los secretos del amor... Imagínate lo que le costará.

—¡Psh! Cállense, hombres. Ese afán que tienen de andar hablando idioteces.

—Tienes razón. Es un afán de gente torpe. Eso es lo que nos quieres decir. ¡Pero, en realidad, es un afán tan delicioso! Y la Erica es una mujer idealista. Como lo eres tú. Discúlpame que ponga de relieve tus bellas cualidades...

—Guatitas à la mode de Caen, ¿para quién son? —vino a interrumpir el mozo.

—Filete con papas a la paja.

—Aquí —exclamó Tristán.

—Y para el caballero, la ternera mechada con apio y paltas. Están servidos, los caballeros.

—Muy bien. Que el *fond de cave* ese venga ligeramente "chambreado".

—Correcto. Entibiándose está.

Comieron alegres, comentando algunos asuntos de la política y de la película que daban en el Central. Luego derivaron de nuevo al tema amoroso, en el cual, con jubiloso y recíproco alarde, se "confidenciaron", exaltando a las mujeres que habían poseído después de un asedio amoroso lleno de incidencias.

—Se sufre, pero se pasan también ratos muy agradables —observó Tristán—. Y qué diablos, si no nos resigná-

ramos a soportarles todas sus mañas, no sé qué haríamos. Sería como para ahorcarse de aburrimiento.

Se despidieron en la puerta del Club, ya pasada la una de la mañana. Por la acera del Congreso iba un grupo de muchachos cantando a voz en cuello:

*Acuérdate de Acapulco,  
María Bonita,  
María del alma...*

Acababan de regar la calle, y un hálito húmedo los envolvió, haciéndoles experimentar un escalofrío. Desde una fuente de soda de la calle Bandera salió el grito trasnochado de una vendedora de lotería.

—Quedan los últimos boletos de la Polla. Aproveche de ser millonario el domingo.

En un carro de la línea Matadero, débilmente alumbrado, iban los últimos trasnochadores que salían de las cantinas de San Pablo o de Bandera, junto al Mapocho. Un borracho gritó roncamente:

—Viva Gabriel González, mierda...

Partió el tranvía con su sonaja de fierros y Tristán detuvo un taxi para dirigirse a su casa del barrio alto.

El auto cruzó la Plaza, cuyas calzadas relucían en la luz de los grandes focos, mojadas por el reciente riego. Un trolebús, que por esos días habían sido puestos en servicio, los detuvo en la esquina de Merced, con su enorme masa luminosa. El chofer observó:

—Hay que sacarles el bulto a estos animalotes. Lo agarran a uno y lo dejan convertido en tortilla.

—De veras —dijo Tristán, distraído—, son como para tenerles miedo.

Iba pensando en lo que le contara Palacios acerca de aquella muchacha con quien se había empeinado. "Tonterías —murmuró—, porque en realidad mi mujer es joven y bonita. Me paso de idiota perdiendo el tiempo y dinero en estas "pindongas". Pero, ¡qué diablos! En la variedad está el gusto." Sin embargo, experimentó de pronto un tremendo deseo de poseer a su mujer. Se acomodó en su asiento feliz de tener la certidumbre de que llegando a su casa podría acostarse con ella, acariciar su cuerpo de seda y recorrerla con sus manos expertas, con el deleite de conocer los toques intensos que provocaban el rebullir de su sexo. Ella, con voz cálida, ensordinada, musitaba apenas:

—Déjame, déjame. Andate a tu cama, mi hijito. Andate, estoy muerta de sueño.

Entonces él la besaba, quemándola con el aliento, mientras succionaba su lengua en una eternidad deleitosa. Hasta que ella, como una fiera que se lanza sobre su presa, se enderezaba sobre los talones, mientras él la alzaba, para sentirse envuelto por sus piernas, que eran dos ríos de lava ardiente.

—Sí, mi amor. Sí, mi hijito...

El hombre, con la voz entrecortada, volvía a insistirle:

—¿Tienes deseos, mi amor? ¿Ah? Dime, dímelo otra vez...

Exhalaba ella un largo gemido de placer, hablando con las palabras tremantes:

—Ay, amor, ay, amor; tómame ya, por caridad.

Pero todo aquello había dejado de ocurrir hacía un buen tiempo. Sus reiteradas trasnochadas, sus estúpidos líos, que él mismo denunciaba con el *rouge* en el pañuelo o en la camisa, habían concluido por herir a Rosa Eulalia, que se entregaba ahora sin la ardorosa espontaneidad de antes, aunque Tristán la poseyera con la misma exaltación.

No le había perdido el cariño a su mujer. Pero era una atracción sin belleza, sin la ilusión amorosa de los primeros años. Era un macho fuerte, una poderosa bestia sensual. Experimentaba en lo íntimo una alegría animal de poseer a muchas mujeres. De poder, como el gallo, sacudirse y cacarear ostentoso después del acto. Así había llegado a confundir la posesión de su mujer con las otras, con quienes llegaba a las casas de cita, en donde era recibido por un hombre de mirada inexpresiva e impassible o por alguna vieja alcahueta, que hacía sonar un manojo de llaves en el bolsillo del delantal. Le causaba casi hilaridad recordar el hecho de que todas las mujeres con quienes había ido siempre se quedaban a su espaldá y penetraban en la estancia con la cabeza gacha. El, con la tranquilidad del hombre habituado a esta clase de aventuras, penetraba tranquilo y seguro. Casi siempre la frase de ellas era:

—Ponle llave a la puerta. ¡Apúrate!

Pero él esperaba un instante, porque sabía que vendría la mujer o el hombre a requerirlo:

—Hay que pagar la pieza primero.

Contaba rápido unos billetes y daba siempre una pro-



pina generosa. Si era hombre, éste contestaba con un "gracias" cortante y entonado. Las viejas alcahuetas se deshacían en palabras de agradecimiento. Terminaban preguntando:

—¿No se van a servir nada?

Tristán, por toda respuesta, cerraba la puerta bruscamente, dándole dos vueltas a la llave. Recordaba con desagrado el contacto con aquellas sábanas de género burdo, tiesas y oscuras. Percudidas por el continuo y descuidado lavado. Las ásperas fundas de las almohadas que le dejaban una sensación de rasmilladura en el rostro y un asqueroso olor a desmanche que se le prolongaba en el olfato por largas horas. Alguno de sus amigos le había aconsejado, hablando del asunto, que lo mejor era arrendar un departamento.

En ese momento el taxi se detuvo un instante para dejar pasar a un enorme camión, detenido frente a la casa de Renato Carmona, y recordó su arrogante figura. Era también, como él, como Palacios, igual a muchos de sus amigos, un hombre para quien las mujeres no tienen mayor importancia en su emoción. La vida pasional e intensa no les había conmovido jamás. Era algo ajeno a su sensibilidad. Recordó que Carmona, en una ocasión, le contó que en unos días de veraneo había conocido, en un balneario de la costa, a una simpatiquísima muchacha, casada con un abogado. Hicieron allí, durante esos días, una vida en común. Excursiones, paseos a caballo, comidas y bailes, en que la galanteó, diciéndole todas esas cosas agradables que les agrada oír a las mujeres. Una vez, en un deslizador, se vieron envueltos en el fuerte oleaje, y él, viéndola cansada, la cogió por la cintura, para ayudarla. Unidos estrechamente dentro del agua sintieron, no obstante, que la vieja fiebre ancestral les subía por las arterias como un fuego líquido. Nadaron jadeantes y felices de sentir que muy pronto lograrían dominar el peligro, arribando a la playa sin otra sensación que la de aquella ráfaga de ansiedad erótica. Después ni siquiera conversaron del asunto. Carmona, recién casado, casi olvidó totalmente aquella incidencia, y cuando regresó a Santiago, se mezcló a los mil recuerdos que le dejaban las mujeres a quienes cortejaba.

Pero una tarde, al salir del Café Astoria, la vio cruzar frente a él. Lo saludó con una insinuante sonrisa, y cuando

avanzó hacia ella, se detuvo para darle la mano con alegre y amistosa efusión.

—¡Qué hay, cómo le va!, ¿qué dice usted? ¿Qué ha sido de su vida?

Ella sonreía feliz, con la roja lengüecilla asomada entre sus dientes pequeños.

—Aquí, viviendo, como usted me ve.

—¡Claro! Feliz y contenta sin acordarse para nada del amigo que recuerda su compañía entre los momentos más felices de su vida.

—¡Vaya! Me alegro de saberlo. Yo me imaginaba todo lo contrario.

Carmona la escrutó hasta el fondo de los ojos, que se licuaban en luces risueñas.

—¡Esta sí que es buena! Pues sépaselo usted que no ha habido un solo día, desde que nos separamos, que no he vivido pensando en usted. En verla, en sentir el intenso deseo de tratarla como en esos felices días del verano. ¡Qué hermoso fue todo aquello!

Ella se quedó mirándolo con la boca entreabierta y con un delicioso hoyuelo en la mejilla.

—Bueno —le dijo audaz, sin esquivar la mirada—, no creo que sea tan difícil. ¿No tiene usted algún rincón reservado donde podamos renovar esos bellos momentos? Sería muy agradable, pues yo también lo he pensado... Más de una vez.

Renato se quedó mirándola perplejo. No sabía si se encontraba frente a una mujer que se estaba burlando de él. O bien que tomaba el asunto sin complicaciones e iba derecho al grano. Sonrió, tomándola de un brazo para apretárselo, en una actitud dubitativa.

—¿De veras? ¿O está usted con ganas de bromear?

—No sé, pues. Si usted me habló en broma, le contesto en igual forma. Pero si me habló en serio, en serio le contesto.

—¿Entonces?...

—Entonces no hay más que hablar.

Renato se quedó con la idea de que aquello había que tomarlo con precauciones. Pero como no se perdía nada más que la intención, a los pocos días la llamó por teléfono. Después de las palabras que eran de rigor, le dijo:

—Bueno, pues, mi amiga: tengo que decirle que hay

un rincón que la espera a usted ansiosamente. Es el rincón de la dicha. ¿Qué le parece a usted?

—Me parece espléndido. ¿Dónde, y cuándo y a qué hora?

—En la avenida Santa Luisa 840, departamento 36. Hoy, a las cuatro. ¿Está bien?

—Muy bien. Hasta luego.

Todo era tan fácil, que Renato se dijo: "Bueno, éste es un carril. Si resulta, resulta. En todo caso nada se ha perdido".

Sin embargo, la esperó con los nervios tensos, atento a todos los ruidos exteriores y mirando el reloj cada cinco minutos. La aguja se demoraba una eternidad en llegar a cada número de la esfera. Sonaba la campanilla de los ascensores y se oía el taconeo breve de unos pasos que avanzaban por el pasillo y, entonces, Renato se acercaba a la puerta con el ánimo de estar listo para abrirla, tan pronto como ella tocara el timbre. Volvió a mirar la esfera y ahora el puntero marcaba las cuatro en punto. Encendió un cigarrillo y dio unos pasos por la estancia, murmurando nerviosamente:

"Habrà que esperar por lo menos otra media hora. Las mujeres nunca se distinguen por su puntualidad."

Mas todavía no había terminado de decir estas palabras, cuando un timbrazo breve y seco le hizo dar un brinco. Al abrir, la encontró sonriente y tranquila. De una mirada la abarcó entera. Vestía un traje gris y una chaqueta de piel del mismo tono. Un pequeño sombrero inclinado sobre una oreja le dejaba en descubierto la frente amplia y tersa.

—Mi amor, qué preciosa vienes —le susurró el hombre, cogiéndola por la cintura, mientras intentaba besarla.

Pero ella se esquivó, diciéndole:

—Espérate, déjame sacarme el rouge.

Tiró los guantes de tul sobre la mesa y, en seguida, extrajo de la cartera el pañuelo, con el cual se limpió cuidadosamente los labios. Después se los ofreció a Renato, abrazándolo por el cuello. Se quedaron un instante unidos, y mientras el beso se hacía más y más intenso, la joven fue curvando el cuerpo, hasta quedar como adheridos en una prolongada vibración.

Fue la primera en apartarse. Sencillamente y sin aspavientos de ninguna especie, dijo:

—Tengo muy poco tiempo. A las cinco debo juntarme con mi mamá, para tomar once y después ir al cine. Arregla la cama, mi hijito. ¿No te vas a desnudar?

Mientras tanto, se sacaba el vestido con una expedición extraordinaria. Se quedó sólo en enagua. Y a tiempo de meterse en el lecho, murmuró:

—Me voy a sacar las medias también. Son tan delgadas, que con el más leve roce se les van los puntos.

Quiso él besarle los pechos. Entonces ella, vivamente, se opuso.

—No, no quiero. No me gusta. Además los tengo muy feos. Te van a desencantar. Déjate de tonterías, dame un beso.

Se levantó en seguida después de la entrega y corrió hacia el baño, en donde se lavó ruidosamente. Hacía sonar el agua como si fuesen varias personas las que se lavaban. Y cuando apareció, venía en la punta de los pies con la enagua recogida, dejando ver el sexo y la redondez de las caderas, en donde la piel brillante mostraba la huella roja de la faja. Renato se enderezó en el lecho para decirle:

—Tienes un culito precioso. Date vuelta. Déjame verte bien.

Giró ella y, dando un tiritón, preguntó:

—¿Precioso no más? Ay, me dio frío.

Renato sonrió rascándose la cabeza.

—Y muy sabroso. ¡Caramba! ¿No te acuestas un momento?

—No puedo, mi hijito. Ya van a ser las cinco y mi mamá me hace una escena si me demoro.

Después, mientras se vestía y se alisaba las medias, cuidando que la raya quedara derecha al abrochar los tirantes, añadió:

—¿Así es que te gustó, ah? Para otra vez será con más calma. Dormiremos una siesta. Es muy agradable después de hacer el amor.

Ya vestida, se acercó al lecho para decirle a Renato:

—Dame un beso antes de pintarme la boca.

Se colocó el sombrero y cogió los guantes y la cartera.

Le ofreció la mejilla a Renato, diciéndole:

—¿Cuándo quieres que nos veamos? Avisame el día antes para no comprometerme. Ya, mi amor. Chaito.

Desde la entrada del pasillo se volvió para sonreírle y

enviarle un beso con los dedos. Y sin vacilar abrió la puerta, dándole un gran golpe al cerrarla.

Renato se quedó largo rato sumergido en una especie de estupor, de perplejidad, en la cual se mezclaba el asombro.

“¿Qué clase de mujer es ésta? —se dijo—. Viene a hacer el amor por primera vez con un hombre que casi no la ha enamorado, como si fuera a peinarse a la peluquería.” ¿Qué era lo que la impulsaba a ello? No se había demostrado muy apasionada, ni tampoco hizo la comedia de un supremo y deleitoso goce. ¿Era curiosidad? ¿Era el producto de una insatisfacción? ¿O simplemente una perversión de la sensualidad?

No pasó más allá de un par de meses aquel amorío tan singular. Una tarde que la citó, Renato se encontró en el centro con Erica. Conversaron un momento junto a la ventana de una joyería, y él le preguntó:

—¿Hacia dónde va usted?

—Ando de compras. Mañana es el cumpleaños de mi chica y quiero verle por ahí algunas cosillas.

Renato miró el reloj. Era casi la hora de la cita con aquella muchacha.

—¿Quiere usted tomar una taza de té conmigo? Me dará un gran placer. Y si no le parece mal, la acompañaré después a sus compras.

Erica se quedó meditando un instante, mientras se mordía el labio inferior, y le miraba sonriendo, con una cara de plácida dulzura.

—Yo creo que sí. Aunque me parece tan raro tomar té con un caballero que no es mi marido. Pero es una cosa tan simple, creo. ¿Quiere usted esperarme un instante mientras hablo por teléfono?

Tomaron té en la sala de los bajos del teatro de Huérfanos. Renato le dijo:

—Si vamos a otra parte donde haya una ruidosa orquesta, no podremos conversar. Aquí es más deficiente, acaso, pero hay un silencio muy propicio a la charla.

Erica sonrió con leve malicia. Y en los ojos verdes se le deslizó una alegre luz.

—¿Cree usted que tendremos tema como para conversar mucho rato?

Bajaban la escalera en ese momento y el hombre la tomó de un brazo que oprimió cariñoso.

—Yo creo que sí, Erica. Porque en este mismo instante se me están ocurriendo diez mil cosas que decirle.

La joven entrecerró los ojos. Una rayita de luz le dividió los párpados, en una línea rutilante.

—¡Qué hombres éstos! Mienten con una tranquilidad única. ¿A cuántas mujeres les ha recitado el disco que ahora desea hacerme oír?

Renato lanzó un profundo suspiro y se sacó en ese momento el sombrero, con exagerada cortesía, para saludar a una mujer alta, de rostro desdeñoso y atrayente. Después le susurró con voz acariciante:

—¿También usted, Erica, cree la estúpida historia de que soy un don Juan? ¡Profundo error! Yo soy un hombre monógamo. Adoro siempre a una sola mujer.

—¿Sí? ¡Qué interesante me parece esa declaración! ¡Cuán feliz debe ser su esposa!

El hombre la detuvo un breve instante para decirle:

—¿Usted alude a la felicidad conyugal? Sinceramente, dígame, ¿usted cree en ella?

—¿Por qué no? ¡Ni siquiera se le puede preguntar eso a una mujer casada! Casarse es algo muy grande, amigo mío.

—¡O muy insignificante! Un carril por la banca, ¡si se acierta!...

Pensaba en ese momento en aquella hermosa muchacha que se le había entregado sin romance de ninguna especie y a la cual en esos mismos instantes dejó esperándolo. Era una mujer de un tremendo sentido práctico. Le agradaba algo y lo tomaba sin mayores preocupaciones. Comenzó a columbrar que esta otra era lo contrario: la mujer que desea que la enamoren y conquisten, que la convezan de algo, de lo cual está convencida desde el primer instante en que inicia el peligroso juego del amor. Y entonces experimentó como un anticipado cansancio. El espantoso cansancio de acostarse con una mujer de la cual no se está enamorado.

Erica era luminosa y floral. Sus brazos, sus pechos, mostraban la carne joven sin huella de terribles batallas, que a la larga marchitan como las corolas batidas por el viento. Como la tierra recién desmontada, que sufre de pronto la intensidad del calor del sol. Erica sentía que algo se removía en su interior. En la corriente de la sangre hasta entonces tranquila, porque no supo lo que era una tempestad.

Quería presentar batalla. Un combate tremendo, en el

cual el enemigo demostrara hasta qué punto era la intensidad de su pasión. Inexperta, no sabía de los recursos y de las asechanzas. Se creyó segura, mientras no empezó a funcionar el corazón. Mientras no supo lo que eran los infinitos días de ausencia, de silencio, de simulada indiferencia. Y en las noches de insomnio, y en los días sin término, en todas aquellas adversas y despiadadas alternativas, aprendió, así, que amar —como decía la Mistral— era amargo ejercicio.

Renato no era uno de esos hombres que se mostraban inquietos y vehementes cuando una mujer se les mostraba esquiva. No era de los que hablaban diez veces por teléfono al día, o le mandaban una carta diaria con un mensajero. Se quedaba tranquilo, haciendo su vida normal, reuniéndose con sus amigos, en el club, o simplemente en un bar del centro, para jugar un cacho o conversar del tema del día. Confiaba en sus ojos claros, en su sonrisa envolvente. En sus rubios cabellos que habían acariciado tantas mujeres.

A Erica la había citado muchas veces, sin que ésta se decidiera a concurrir.

“Y qué más da —se decía desdeñoso—; por último, todas son iguales. El amor todavía no se me convierte en tragedia.”

Encontraba de pronto a Erica y se mostraba afectuoso. Rindiéndole con grande exaltación su interés por ella.

Erica le miraba, disimulando su inquietud. En el fondo sentía una terrible indignación, una furiosa molestia de comprobar que todo el tiempo que se había quedado en silencio, a él no lo sacaba de su tranquilidad y dominio. Una tarde que Renato le insinuó que se vieran en un departamento, cuyas llaves podía pedir por teléfono, Erica enrojeció de ira:

—¿Qué se ha imaginado usted de mí?

—Pues, nada —repuso él con una sonrisa de cinismo—; que es usted una mujer. Una preciosa criatura a quien adoro y a quien deseo. ¿Hay algún mal en ello?

Sentados frente a frente en una mesa del Crillon, ella le miró con los ojos encendidos de ira. Cogió su cartera para sacar su polvera y refrescar su rostro con la plumilla.

—Según su concepto de moral, por supuesto que no. Usted mira el asunto como quien se cambia de traje, o arregla la maleta para ir a tomar el tren. Yo no quiero hacer

la gazmoña ni la niña recién salida de las monjas. Pero su actitud, Renato, me produce un terrible, un espantoso desencanto. No creo que las mujeres deban ser de una rigidez absoluta, aun aquellas que han de mantenerse dentro de compromisos tan sagrados como en el caso del matrimonio. Pero, amigo mío, yo, no obstante su manera de ser, creo que el amor, el verdadero amor, es algo muy grande y hermoso. Reducirlo todo al acto de la entrega me parece grosero e innoble. Piense de mí lo que quiera.

Renato aplastaba la colilla del cigarrillo lanzándole furtivas miradas. Buen comediante, se quedó muy serio, y después le dijo, con grave acento:

—Está equivocada, Erica, en el concepto que se ha formado de mí. Pienso exactamente como usted. El amor humano es lo que nos enaltece y nos confiere una condición superior. Y no olvide que somos el producto del amor. Nada es grosero cuando no se pone una intención grosera en ello.

Miró el reloj la joven y dijo lentamente, con voz triste y ligeramente amarga:

—Posiblemente. ¿Quiere usted que vayamos andando? ¿O prefiere quedarse aquí?

Fueron caminando hasta el pie del Santa Lucía, y allí, de pronto, Erica hizo detenerse a un taxi.

—Adiós, mi amigo —le dijo alargándole la mano.

—Cómo es eso de adiós —la apremió él, reteniéndole la punta de los dedos—. Hasta muy luego, Erica.

Ella le miró sin sonreír. Y en el momento de subir, insistió:

—Adiós, y que lo pase usted bien.

Carmona se quedó en la esquina contemplando el ir y venir de los coches que por allí desfilaban veloces. Cogíendose la chaqueta de las vueltas, la sacudió con energía y se dispuso a atravesar la calzada. De los jardines del Santa Lucía se escapaba un intenso y cálido aroma vegetal. En los asientos de piedra se sentaban algunas muchachas que vigilaban a los chicos que correteaban, entre agudos chillidos. Parejas de enamorados subían lentamente por el sendero de suave gradiente. Comenzaba diciembre y la tarde era tibia. Arriba, en las torres almenadas, rojeaba aún el sol próximo a ponerse. Renato suspiró hondo y dijo para sí:

“Lo que hay es que esta tonta es romántica. Quiere que le hagan el amor a lo Julieta y Romeo, o que lloren por



ella, como en el caso de Werther. Lo que es yo, no estoy para historias idiotas... O se aviene a mi manera de ser, o se va a la punta del cerro."

Caminó lentamente por la vereda húmeda con el agua del riego y aspiró con deleite el aire fresco. Retornó a su monólogo:

"Pero se va herida en el ala. Esta palomita vuelve; vuelve muy luego, y ahora sí que vendrá sin discusiones".

Descendió por una vereda para llegar a la acera con ánimo de ir al centro, cuando oyó que le llamaban en voz baja:

—¡Renato! ¿Adónde vas tan de largo?...

Se volvió para encontrarse frente a Pepita Saldes, que le miraba sonriendo con un libro en las manos.

—¡Pepita! ¡Qué gusto de verte! ¿Qué haces por aquí? ¿Leyendo?

—Sí, un poco. Estaba asándome de calor en mi casa y salí un rato a respirar. ¿Qué es de tu vida?

—Aquí, lateándome. Te diré que Santiago está intolerable. Las mujeres son lo único que tiene de bueno esta ciudad, donde eternamente no hay otra cosa que hoyos, piedras y montones de escombros o de materiales. Perdóname, Pepita, las mujeres están preciosas, pero más tontas que nunca. No saben más que jugar a la canasta o conversar de películas. Afortunadamente, mañana me voy de nuevo a Viña y allá, por lo menos, me entretengo en mirar el mar, encaramado en un andamio.

Pepita lo miraba con curiosidad, haciendo deslizarse entre sus dedos las páginas del libro que tenía sobre sus rodillas, como cuando barajan un naipe. Le preguntó en tono de broma:

—¿Pero cómo puedes aburrirte aquí en Santiago? Si tú eres el chiche de las niñas. Apuesto que te ha fallado alguna y eso te tiene de mal humor. ¡Gran goloso, no te satisfaces nunca!

Renato la miró con cara divertida:

—Oye, ¿hagamos algo bueno para matar el aburrimiento? ¿Tomemos un coche y nos vamos a comer al Arrayán? Y ahora que me acuerdo, hay una luna preciosa. ¡Hasta es posible que nos enamoremos! ¿Qué te parece?

—Maravilloso. Lo único que te advierto, para que no te hagas ilusiones, es que no pienso, ni por asomo, enamo-

rarme de ti. Ni aunque sea por un par de horas. No, mi hijito, no soy tan bruta como crees. Además, un revolcón en el suelo no me seduce en absoluto. Ni aunque sea con luna y con susurros del viento entre los árboles. A mí no me vienes a cantar esa canción. Ahora yo te pregunto a mí vez: ¿qué te parece?

—Estupendo. Pero le advierto una cosa: no se alabe tanto, tirando piedras para arriba, porque de repente le cae una en los dientes. Yo a ti te tengo entre mis reservas más valiosas. Como quien dice, un gran vino con cuatro estrellas. Sí, Pepita, sí. Vendrá el cuarto de hora, cuando menos lo pensemos...

Soltó Pepita una gran carcajada y exclamó:

—Creo que te vas a quedar con las ganas, cabrito. Aunque si la cosa se presenta en forma, tampoco estaría mala. Bueno, vamos andando.



Una raya de sol cruzaba la mesa junto a la cual se acababan de sentar, y hacía más vivo el color de unos rojos cardenales, que la adornaban, con sus tallos sumergidos en un pequeño florero.

Rosa Eulalia dejó su cartera en una silla y se puso a sacarse los guantes con lentitud. Sonreía con los labios desplegados, que dejaban entrever sus dientes brillantes. Después extrajo la polvera y comenzó a secarse, con la plumilla, las gotitas de transpiración que le abrillantaban la frente y la nariz. Juan Alsina la miraba curioso y sonriente, como si quisiera descubrir en ella algunos rasgos de su rostro en el cual antes no había reparado.

La joven respiró con fuerza, apoyando los codos sobre la mesa. Tenía los brazos desnudos y vestía una graciosa bata de género ligero, de vivos colores, que confería claridad a su rostro.

—Está simpático este rincón —exclamó, humedeciéndose los labios con una rápida asomada de su lengua—. Fíjate que yo no lo conocía. ¿Cómo te acordaste de él?

—No sé —dijo Juan, encogiendo un hombro—. Seguramente porque tú me dijiste que no querías almorzar en un restaurante del centro. Me acordé, tal vez, porque una

noche comí aquí con un médico que andaba con una muchacha muy fea. Le hacía el amor apasionadamente, mientras ella tomaba la actitud de una inocente paloma. Era, en realidad, un espectáculo bastante divertido.

—Y tú por supuesto que andabas solo. ¡El pobrecito tiene tan mala suerte! Ninguna mujer lo mira ni lo lleva de apunte. ¡Qué barbaridad! Creo que voy a tener que hacerme cargo de usted, para que no lo pase tan abandonado. Porque esa princesa de la cual está enamorado sólo le dará audiencia por teléfono, ya que no tenemos televisión. Oye, cuéntame cómo va eso. ¡Si tenemos tanto de qué hablar!

Llegó el *maitre*, un hombre gordo, moreno, de corta estatura, que les hizo una gran reverencia, alargándoles la cartilla con el *menu*. Miró a Juan Alsina con aire de viejo conocido, y luego le dijo:

—¿Qué era de su vida, don Juanito? ¿Que lo tenían preso, señor?

Juan le sonrió afable y amistoso.

—¿Qué hay, cómo le va a usted? Me tenían preso, pues, hombre. Me acaban de largar y aprovecho para venir a verlos. ¿Qué tienen de bueno para comer aquí?

Rosa Eulalia arrugó la frente, miró rápidamente la lista, devolviéndola en seguida:

—Me carga escoger los platos. Comeré lo que tú comas, Juanito. Sé que tienes muy buen gusto.

El gordo intervino sonriente:

—¿Qué les parecen unos espárragos a la vinagreta? Y luego unas humitas, que están deliciosas. Un filete a la chorrillana... Unas criadillas al canapé. Ustedes verán.

Escogieron, para comenzar, sin muchos titubeos. Rosa Eulalia deseaba conversar.

—¿Les pongo un *Chaulisito* al hielo?

—Nosotros le iremos diciendo lo que comeremos. A mí tráigame instantáneamente una mineral, porque estoy muerta de sed. Hombre de Dios, salga corriendo a buscarla, porque si se demora va a encontrar mi cadáver.

—Por lo que veo, es tu muerte lo más próximo que tenemos —le dijo Alsina—, porque si aparece ese jaguar, te disparará una media docena de balazos antes de oír la más mínima explicación.

—Sí, espérate no más. ¿Que crees tú que estoy muerta?

Mira el juguetito con que ando. Mientras tanto lo uso para espantar las moscas.

Extrajo del maletín una pistola que le mostró con el cañón hacia abajo. Parecía, en realidad, un juguete metálico y brillante. Juan Alsina le advirtió con aire preocupado:

—¡Psh! ¡Qué tonterías son éstas, mi hijita! Deja eso en la casa lo más guardado que puedas. Con las armas uno no se puede descuidar, menos aún cuando no se tiene el hábito de manejarlas.

La joven enarcó las cejas con desdén. Una honda arruga le atravesó la frente.

—Qué más da, mi hijo —exclamó torciendo la boca y haciendo una mueca—. ¿Crees tú que tiene importancia vivir cuando todo le sale a una al revés?

Una sombra triste veló las pupilas de Juan, y dijo con aire desencantado:

—Algo de eso hay. Me amarga comprobar que toda la gran ilusión del amor no es nada más que una quimera. No me explico por qué absurda circunstancia los seres que se aman buscan todos los motivos para hacerse sufrir. Para despedazarse día a día. Para romperse el alma, con las dudas, las evasivas y las apariencias.

Rosa Eulalia tomó la servilleta de las puntas y comenzó a darse aire con ella.

—Oye, mi amor, a mí me parece que la incomprensión, acicateada por un tremendo afán de predominio, es la que echa todo al demonio. Tanto el hombre como la mujer anhelan recíproca sumisión. Y eso es tan difícil como echar a correr las aguas hacia arriba, porque casi siempre el hombre y la mujer se atraen por contraste. Como en una fragua, el amor llega al rojo vivo, a fuerza de golpes. ¿No te parece, Juanito?

Juan Alsina, con la copa en alto, la miraba con aire meditativo y un poco ausente. Y, entonces, Rosa Eulalia prosiguió:

—Te apuesto lo que tú quieras que la tal Sylvina, de quien te has enamorado con tanto fuego, tiene un carácter totalmente opuesto al tuyo. Tú eres apasionado, tierno, soñador como un adolescente. Y ella, por lo que me has dicho, es una muchacha fría, calculadora, egoísta. Una de esas mujeres que les agrada que les den todo, en homenaje,

en amor, en generosidad. Esa clase de mujeres, cuando llegan a dar algo, lo dan con cuentagotas. En caso como éste, el egoísta no se sacia nunca de recibir. Cuando sufre, sufre por vanidad, por orgullo o porque no lo halagaron lo suficiente. Se me ocurre que hasta cuando se entregan, no están tranquilas hasta no saber si el goce que dieron fue el más intenso, el más divino. Yo soy mujer, Juanito, y sé muchas cosas de las mujeres. Andate con cuidado. Tú no sabes lo que es el corazón de una mujer. De igual forma, este salvaje, con quien me encontré, tampoco tiene idea de ello. Es un animal, un ser primario, una fiera en permanente celo.

Alsina la miraba en silencio, con una débil sonrisa apenas insinuada.

—Es interesante lo que dices, Rosa Eulalia, muy interesante, pero me parece que exageras en lo que se refiere a Syvina. Es que yo no te he explicado aún las circunstancias que la rodean, el medio en que creció. Las limitaciones que han determinado su manera de ser. A mí se me ocurre que ella es un ser demasiado sincero consigo misma, con un concepto de lealtad y de sacrificio llevado al último extremo. Con un anhelo de no salirse de sus principios de honestidad, de recato, de...

Rosa Eulalia le observaba con los ojos fríos y el labio ligeramente desdeñoso. Cuando le vio vacilar, le interrumpió sin apuro:

—Oye, Juanito, perdóname. Yo no puedo tener prevención contra Syvina, a quien todavía no he visto ni en retrato. Pero no te olvides de que los seres perfectos no existen. No son de este mundo, ni tampoco del celestial. Cuando una persona falla en sus conceptos capitales, está frita. No se puede servir a dos amos a carta cabal. Tú lo sabes, Juanito. Si una mujer llega a aceptar una pasión, un amor, los acepta de punta a cabo. Y hace la grande. Si no, quiere decir que es una mojígata, lisa y llanamente. Sí, pues, mi amor, para qué estamos con tonterías. Tú, un hombre inteligente, un artista sensible y delicado, crees que alguien en el mundo tiene derecho a embromarle la paciencia a otro ser, a hacerlo sufrir, torturarlo convertirle la vida en tragedia, para ser honesta, correcta, recatada. ¡Al diablo! O se es o no se es. Lo demás son leseras. Un ser humano es algo grandioso. No se le puede arrullar con pa-

labras vagas, ni con mentiras ni veleidades. Oyeme, Juanito, yo no te amo con amor de enamorada, ni te deseo sexualmente. Pero sí te quiero mucho, como a un hermano, como a un papá bondadoso. Más que eso, como a mi único amigo. No me parecen buenos los antecedentes de la niña esa, si viene con tantos remilgos. Me duele anticipadamente que vayas a sufrir otra vez, como sufriste con esa tonta vanidosa y estúpida de tu mujer. Ya ves en lo que paró: te deja a ti para casarse con un papanatas.

Sin darse cuenta, Rosa Eulalia se bebió de un trago una copa llena de vino. Después soltó una carcajada.

—Mira si seré bruta —dijo riendo—. Por estar dándote consejos y opiniones muy importantes, me tomé todo el vino, creyendo que era agua. Oye, pero hablemos también de lo mío. Ya ves: yo, dándote consejos, cuando a mí debían apalearme por bestia. Oyeme: es posible que esté equivocada en lo de Sylvia, y lo deseo, para que seas feliz algún día. Te quiero contar cómo conocí a este bachicha. Estoy segura de que ahora debe andar por las calles de Santiago buscándome. Y no es raro que haya llamado a todos los hoteles de Santiago preguntando por ti. Porque apenas le dije que almorzaría contigo, me gritó y me aseguró que un hombre a quien yo trataba con tanta confianza sólo podía ser mi amante.

—Pero claro que es mi amante —le contesté—. Y a ti qué te importa, ¿eres mi padre o mi marido para tomarme cuentas? Yo hago lo que se me antoja, y mañana, si tengo deseos, me entrego al carabinero de la esquina.

—Me gritó por teléfono de una hasta ciento y me amenazó con matarme en medio de la calle si me encontraba contigo. Descolgué el fono, y desde el baño seguí oyendo sus gritos. Es un ser anormal. Un loco que cae desde su más tremenda exaltación hasta un abismo de humildad, para convertirse en un niño que llora a sollozos después, y me pide perdón por todas sus brutalidades.

—Es un hombre riquísimo. Es el principal accionista de la Sociedad Tanalco, proveedora de enseres y muebles de todas las dependencias del Estado. Pero a él lo que le encantan son sus fierros. Goza más vendiendo una pala o una docena de estoperoles que una partida de máquinas para sumar. Oye, Juanito, y lo peor del caso es que yo lo quiero. Lo adoro. No puedo olvidar el día en que lo conocí, cuando

me traspasó con su mirada de fuego mientras me mostraba el famoso candado que le fui a comprar. Y en el amor es una especie de hoguera que no cesa de arder, de quemar, de incendiar lo que toca. Algunas tardes nos hemos encontrado y me ha dejado convertida en un trapo. Deshecha, sin tener fuerzas ni siquiera para vestirme. El otro día me pasó algo terrible. Iba yo manejando, con la cabeza en el aire, y de pronto sentí que un agudo dolor me cruzaba la cintura. Experimenté la sensación de que los brazos se me caían del volante y que la cabeza me rodaba en medio de un vértigo de angustia. Vi que los autos se me venían encima zigzagueando, y otros cruzaban delante de mí a una velocidad fantástica. No me explico de dónde saqué fuerzas para detenerme. Creo que me falló un instante el corazón. Tú sabes que mi madre se murió de un ataque fulminante. Imagínate lo que pasaría por mi pobre cabeza. Los letreros luminosos subían y bajaban delante de mis ojos. Por fortuna vino un carabnero en mi ayuda. Llegó muy guapo, pero quién sabe qué cara tendría yo en ese momento, cuando me dijo: "¿Se siente mal? ¡Por Dios, qué le pasa, señora!" Le hice apenas un gesto. Era lo único de que me sentía capaz en ese momento. Resultó un hombre tan bueno, que me ayudó a colocar el auto en donde no estorbara el tránsito. En seguida me llevó, poco menos que en peso, hasta una botica próxima. Media hora más tarde, yo era otra. Era de nuevo una mujer viva.

"Nunca he sentido más gratitud hacia un ser humano. Así, medio muerta, me dieron deseos de abrazarlo, de darle un beso. Pero pensé que sería mejor darle la mano con algunos billetes. ¡Se me ofendió el chiquillo! ¡Para qué te cuento! Se subió al guindo de pura rabia. Y tuve que desahacerme en disculpas.

"Oyeme, Juanito, ¡qué cosa tan frágil es nuestra belleza de mujer! Perdona la modestia. Me miré en el espejo y tenía los ojos hundidos, las mejillas terrosas. Me parecía a esos horribles monos que dibujan en los libros de medicina, en los cuales se muestran las características de la acromegalia. Es increíble lo que desgasta el exceso en el placer sexual. Y yo, con aquel hombre del demonio, poseído de satiriasis, estaba desinflándome como una copucha. Lo trágico y cómico a la vez es que a mi señor don Tristán se le ocurría, a veces, hacerme algunas señitas o algunos

chiflidos, como en el cuento del alemán. En vano trataba yo de hacerme la desentendida, porque, entonces, llegaba a poner manos a la obra.

"Juanito, por tu vida, no te escandalices. Tú, que estás amando a la ninfa de un cuento de hadas, que estás viviendo una etapa de tu vida en pleno ensueño, debes sentirte horrorizado por mis palabras. Figúrate, si no me desahogo contigo, ¿con quién lo haría? Acaso no me atrevería ni siquiera con la amiga más íntima. Y en esas ocasiones, imagínate, con qué felicidad recibiría yo las caricias de mi maridito. Antes de caer en el pecado, lo rechazaba con una rabieta. Pero ahora, créeme, te lo digo sinceramente, algo me remuerde, algo me inquieta. Experimento terror de que mi fatiga sexual le advierta lo que me está pasando.

Bebió otro trago muy corto Rosa Eulalia, y se limpió los labios con la servilleta. Lo hizo con gran delicadeza, como si tuviese la boca herida. En sus ojos refulgía una luz de picardía que le resbalaba por las mejillas, hasta brillarle en los dientes. Se rió un largo rato con tal regocijo, que Alsina, sin saber por qué, se rió también con ella, esperando lo que iba a contarle.

—Oyeme, Juanito. Entre paréntesis, te diré que el "óyeme" se me ha pegado, porque es la frase de rigor que usan en el circo, a donde voy muy seguido con el niño. Tú vas a pensar que soy una grandísima sinvergüenza, por estas tonterías de las cuales te converso. Pero no puedo resistir los deseos de contártelas, aunque pertenezcan a las intimidades del lecho conyugal. Una de esas noches en que había llegado a mi casa deshecha, se me metió en la cama mi adorado maridito. Se había portado muy cariñoso conmigo. Me compró un traje lindísimo y luego me llevó a los establecimientos Weil para escoger un anillo precioso. A Tristán le agrada el amor con muchos adornos, pero a mí, esa noche, me resultaban sus caricias una verdadera tortura. No supe cómo, en medio del prólogo, me quedé profundamente dormida. Perdida en un sueño de esos que deben parecerse a la muerte. Pero el asunto es que no estaba muerta y desperté tan asustada, que hubo de pasar un largo rato hasta darme cuenta de la realidad... Me faltó poco para que se lo preguntara...

Era tal la mímica expresiva de Rosa Eulalia, que Juan Alsina no pudo menos de estallar en una carcajada. Ella,



frente a él, trataba de disimular los accesos de hilaridad que la conmovían reiteradamente, tapándose la boca con la servilleta. Bebió un vaso de agua mineral, y el picor del gas y su risueña tentación la hicieron lanzar el agua como en una explosión. Juan, cuyo ánimo era un tanto deprimido, se reía ahora alegremente. Después murmuró:

—¡Demonio de mujer! Tú sí que sabes disfrutar de tu vida. Supongo que la otra no te interesa mucho.

Rosa Eulalia se secaba las lágrimas con un pequeño pañuelo, que esparcía un cálido e intenso perfume. Se miró en el espejo de su cartera y exclamó:

—¡Por Dios, Juanito, qué barbaridad! Quizás la gente crea que estoy loca. Oye, pero no crees tú; ¡sí me interesa también mucho la otra vida! Y hasta espero llegar hasta San Pedro con mi bachicha de la mano. Puede ser que haya mucha concurrencia el día que lleguemos y nos deslicemos sin que el viejito lo advierta. Aunque "los buenos" de este mundo son tan idiotas, que no sería raro que nos señalaran con el dedo. No les falta razón; date cuenta de que soy una adúltera, una de esas mujeres pecadoras que se describen en las novelas de Pérez Escrich y de Luis de Val. No, Juanito, creo que no voy a entrar al cielo. Y no me aventuro tampoco a pasar una vergüenza tan espantosa.

"Tengo la absoluta seguridad de que, en estos momentos, mi amante estará como un motor a alta presión. El hecho de haberme negado a almorzar con él y de saber que me encuentro en tu compañía, debe tenerlo exasperado. Yo no sé qué voy a hacer con este hombre, y lo espantoso es que lo quiero, que lo adoro, que lo siento dentro de mí como una dulce y permanente angustia. Y el muy canalla, como conoce mis sentimientos, a veces se me emperrea. Yo sé que sufre con eso. Sé que vive días de desesperación y de locura, en que no lo soporta nadie. Ni siquiera él mismo se aguanta. Es un hombre muy morigerado en sus costumbres, aparte sus arrebatos amorosos. Pero en esos días de rencillas, sé que se pone a beber y que ha peleado con sus mejores amigos, hasta el punto de agarrarse a bofetadas. Hay noches en que este salvaje se olvida de que soy una mujer casada y me llama por teléfono a las horas que se le ocurren. Tengo que insistirle en que está equivocado de número; sin embargo, aprovecha ese instante para decirme que me odia, que me desprecia.

"Como el teléfono está en mi velador, yo le contesto con monosílabos, apretando el auricular en mi oreja para que no se oiga su voz. Y le contesto:

"—Sí, señor, de nada, pero está equivocado de número. No hay de qué...

"Dejó el teléfono y me quedo temblando de terror. A veces se queda tranquilo, pero en otras ocasiones me vuelve a llamar para decirme:

"—¡Claro, qué te importo yo! Como estás ahí entregándote al imbécil, al estúpido de tu marido, te encantaría que yo me diera un tiro y me matara como un perro. Pero no soy tan idiota, no soy tan ridículo.

"Tengo que contestarle con ganas de morirme de desesperación: "Pero entienda que está equivocado".

"Una de esas noches, Tristán, poseído de cólera, me pidió que le pasara el fono, bramando de furia:

"—Dame el fono. ¿Qué es lo que le pasa a ese cretino? Borrachos que les da con la manía de llamar por teléfono.

"Le contesté tartamudeando:

"—¿Pero estás loco? ¿Te vas a poner a discutir con un maniático?

"He tenido que dejar el teléfono en el *hall*, descolgado, por temor de que marque horas enteras. Como ves, Juanito, es un hombre encantador mi amante. Una especie de rui-señor que le canta a su hembra mientras empolla los huevos. Y que se queda sin comer durante días y días hasta morir de amor.

Juan Alsina la miraba con aire preocupado. Después, rascándose la barbilla, en un ademán muy suyo, le dijo meditativo:

—Pero, Rosa Eulalia, por Dios, ¿cómo puedes dejar que un hombre tan incontrolado se introduzca en la intimidad de tu existencia hasta tales extremos? Me parece que debes estudiar el asunto con inteligencia y tacto, hasta llevarlo un poco por vías más razonables. Porque, de pronto, te puede meter en el más tremendo conflicto. ¿Tú crees que él se va a separar de su mujer si llega a ponerte en la disyuntiva de elegir entre tu marido y su amor?

—No sé, Juanito —repuso ella con amargo acento—; en realidad, esto me está costando sangre, sudor y lágrimas, como dice el viejo Churchill. Pero, oye, ¿quieres que te diga una cosa? ¡Me siento tan tranquila ahora que tú has lle-

gado! Tengo la absoluta convicción de que me ayudarás a salir del paso. Sería muy interesante que conocieras a este fulano.

—Siempre que no me largue con un fierro por la cabeza.

—Es tan animal el pobrecito, que no me extrañaría. Pero es hombre sensible. Estoy segurísima de que si tú conversas con él, lo domarás un poco. Y éstos no son casos excepcionales, Juan, porque en diversas oportunidades he oído hablar de algo parecido. ¿Recuerdas el caso de la Patricia Staager? Se enamoró locamente de un muchacho de apellido Ruiz Martínez, ingeniero de minas. Un hombre que, para mi gusto, no tiene nada de extraordinario.

"Se conocieron en la calle, en circunstancias curiosas. Ruiz iba con su mujer, por casualidad amiga de la muchacha que acompañaba a Patricia. Se "ligaron" desde el primer momento, y tú sabes, Juan, que en estos casos hay como un secreto, como un destino ineludible. Comenzaron a encontrarse en la calle, en el teatro, en casas de amistades comunes. Una noche fueron a una *boite*, al Morocco, y allí, arrullados por la música y por la incitante voluptuosidad del baile, el romance adquirió un ritmo apremiante.

"Patricia era una rubia esplendorosa, una ñatuza de ojos suaves, como los de una gata al sol. Apasionada más que una gitana, creyó que Ruiz Martínez, ya en el círculo vertiginoso de su atracción, se lanzaría ciego y sordo a la conquista de ella, echando por la borda todo compromiso, toda atadura. De un carácter fuerte y decidido, creyó dominarlo totalmente. Pero Ruiz Martínez es un tipo demasiado equilibrado. Un Renato Carmona multiplicado por cuatro. En vano trató Patricia de envolverlo en la onda de su fascinación. Pero él, sin mostrar su juego, la estrechó por su lado. Patricia, joven, bonita, con cierta fortuna y situación social, creyó que la batalla la ganaba, en una rendición total. No creas que hizo misterio de su *flirt*, o pololeo, como decimos en auténtico chileno. Hubo escenas violentas entre Ruiz y su mujer. Esta fue a hablar con la madre de Patricia, quien le prometió arreglar las cosas "si es que era verdad aquello". Patricia, con gran desparpajo, cuando su madre la interrogó, le repuso con tono alto y violento, como en un melodrama: "—Perdóname, querida, pero yo soy mayor de edad y sé lo que hago. Seré yo la única que chille cuando me apriete demasiado el zapato".

"¡Pobrecita! Y el zapato le apretó tanto, que un buen día el tipo le declaró la banca sin mayores rodeos:

"—Bien. Si tú aceptas mi amor, sin otro compromiso que el de querernos lealmente, seguiremos hasta donde tú lo desees. Mas, por el momento, yo no puedo separarme de mi mujer. Ella es muy joven, va a tener un hijo y además... yo la quiero... Debo ser leal contigo.

"Ella lo miró con ojos de odio y desesperación. Oye, Juanito, fue un caso de satánico orgullo, de inaudita rebeldía, de locura total. Tú sabes que Patricia se lanzó a la muerte desde un noveno piso de un edificio de la calle Nueva York... Fue algo tan espantoso, que sólo recordarlo me causa pavor. Dicen que al dejarse caer, como si sólo en ese instante midiera su acción, lanzó un grito tan agudo y desgarrador, que traspasó el ámbito, dominando el ruido de la calle, para conmover a todos los transeúntes, horrorizados al ver aquella muñeca preciosa con el cráneo deshecho en medio de la calzada.

Se quedó un rato pensativa Rosa Eulalia. Tenía los ojos tristes y el busto doblegado, como si en ese instante la agobiara el dolor de aquella muchacha, muerta por tan desesperado amor.

—¡Psh! Lo que falta es que ahora te dejes tú llevar por la corriente turbulenta en que te ha metido ese hombre. Me parece que debes reaccionar con energía. Tienes que pensar en tu hijo, en tu madre, y por último en tu amigo. ¿No dices tú que soy el único amigo con que cuentas en el mundo?

—Así es, Juanito. ¿Puedes dudarle? Sí, en realidad, tú me tienes que guiar para salir del atolladero. Si no, estoy perdida.

Acarició las manos de Juan, mirándolo tiernamente, mientras le asomaban las lágrimas. Después se soltó a reír nerviosamente, diciendo:

—Pero has visto qué cosa tan estúpida es que dos seres se busquen, atraídos por el amor, para torturarse. Yo quiero a este hombre, y soñé que su amor traería paz y calma a mi espíritu. Y sólo he vivido en medio de un torbellino desde que me entregué a él. A veces una llega a creer que en realidad son castigos de Dios.

Juan Alsina, fumando, sonrió débilmente, lanzando una gruesa columna de humo.

—¿Creés tú —le dijo, mirando cómo el humo se disolvía en el aire— que Dios se pueda preocupar de estas pequeñas incidencias que atañen a la vida de los seres humanos? Somos nosotros mismos quienes creamos nuestra dicha o desventura. Vivimos arrastrados por las circunstancias y ellas se agrandan o empequeñecen, de acuerdo con nuestras reacciones.

Las ramas de un eucalipto gigantesco, que se alzaba en el centro del patio, se movían lentamente, y a través de ellas el sol jugaba en los cristales, fulgurando en el vino rojo de las copas. Rosa Eulalia estiró los labios y, dándose una palmada en el brazo, exclamó alzando con aire de orgulloso desafío la cabeza:

—Y, por último, que venga lo que venga. No le tengo miedo a este bruto. Si me arma el escándalo, él será el perjudicado. A soberbia a mí tampoco me la gana nadie. Y te diré, Juanito, que si ello llega a provocar un divorcio, estoy dispuesta. Lo único que me acongojaría es que me separasen del niño. Pero a mí chiquillo me lo quitarán cuando yo esté muerta. ¡Psh! Ahí sí que sabrán quién soy yo. Oye, y no me has dicho, ¿Sylvina está aquí? Supongo que me la presentarás. Ahí veré cómo es, en realidad, esa princesa de cuento de hadas.

Alsina enrojeció levemente. Se dio un papirotazo en la solapa del vestón para disimularlo y luego, sin temor de que su amiga advirtiera su turbación, repuso:

—Bueno, tú sabes que los gustos no siempre coinciden. Ahí veremos. Se me ocurre que vas a simpatizar con ella, aunque sois dos temperamentos totalmente opuestos. Sylvina da la impresión de que nunca deja ver el fondo de su pensamiento, a pesar de que a veces es muy expansiva y jovial. Pero jamás tiene el arrebato, la generosa euforia de tu carácter. No sabes cuánto deseo que la conozcas. No tienes idea hasta qué punto anhelo de que sondees su pensamiento y veas, con esa certera observación de una mujer a otra que le interesa, si hay en ella la pasta generosa y heroica del amor. Y esto ha de ser pronto. En estos días voy a convidar a don Andrés y a Sylvina a comer en el centro. Te invitaré, en esa ocasión, con Tristán. ¡Aunque preferirías que fuera tu adorado salvaje quien estuviera en vez de tu marido! Me temo que en ese caso no tendrías ni siquiera un minuto para observar a Sylvina. Me interesa

en alto grado que en esa reunión quede enhebrada una amistad. Así podré darme cuenta de muchos detalles que mi ceguera amorosa ni siquiera vislumbra. En un temperamento razonador, como es el de Sylvina, nunca llega uno a saber el porqué de ciertas actitudes. ¿Tienes tú algo urgente que hacer esta tarde? Dimelo con franqueza, pues deseo desahogarme un poco contigo. ¿Quieres que nos bebamos una botella de champaña helada? A mí no me agrada mucho, pero tiene la virtud de encender el espíritu, de inflamar la imaginación. De hacernos hablar sin reticencias. ¿Te acuerdas de aquella noche que comimos en una quinta de La Cisterna, en compañía de Palacios y de su mujer? ¡De cuántas cosas bellas hablamos en esa ocasión! Era como si tuviésemos el corazón en permanente hervor, y en la cabeza, una luminaria. Lo gracioso fue, no sé si tú lo supiste, que aquella quinta era nada menos que una casa de citas. Hablamos como locos, y Pepita Saldes, que también estaba, nos hizo reír a carcajadas.

"Bien, Rosa Eulalia, tratemos de repetir esos momentos. He estado oyéndote conversar y tu compañía me parece deliciosa. Algo así como los preliminares de un gran amor. Deseo hablarte de mis proyectos y de lo que esta mujer ha significado para mí. ¿Quieres que te anticipe algo? Me tince que seré total y absolutamente desgraciado en este amor. Porque advierto en Sylvina terribles fallas. Oscuras lagunas en su mente, que no se clarificarán jamás. Y yo tengo el firme propósito de evadirme de este embrujo. De toda esta simulación, que tiene mucho de artero y de perverso. Ojalá que me equivoque. Ojalá que mi imaginación no me lance a los abismos siniestros de los celos infundados o fundados. Pero es que hay algo, algo que todavía no te lo puedo precisar, que se me está clavando agudamente en el pecho.

"Y yo, como te digo, deseo evadirme de esta tortura, de esta quimera, en que me estoy derritiendo. Y el único camino que tengo para hacerlo y entregarme a otra gran pasión, es el arte, es mi ensueño de llegar a ser un gran pintor. ¡Si tú supieras, querida amiga, con qué infinita ilusión he pensado en ello!

"Pero también el arte requiere una consagración total. No se puede tomar como un tanteo, como una afición fugaz, porque en ese caso jamás se llega a realizar una obra de

creación verdadera. Es necesario entregarle todas nuestras facultades.

—¡Salud, querida! Bebamos, bebamos por nuestro futuro, porque nuestros sueños sean una maravillosa realidad.

—Sí, Juanito, sí. Tiene que ser así. ¿Por qué la vida nos ha de negar lo que ambicionamos con tanto fervor? Tienes talento y juventud para alcanzarlo plenamente. Por ti, Juan, porque llegues a la cima de tus aspiraciones. ¡Te lo mereces tanto, mi amor! Al seco este trago, al seco, aunque nos emborrachemos.

—¡Gracias, gracias! No hay cuidado de emborracharse. En todo caso, tendremos un momento de dichosa embriaguez. De grande y bella esperanza. Pero óyeme tú, ahora. Este proyecto que abrigo desde hace largos años requiere, para que sea un día lo que anhelo, el abandono total de mi profesión de abogado. Acaso tú me dirás que esto es absurdo y disparatado. Pero no puede ser de otro modo. Tengo que dejar del todo los expedientes para tomar los pinceles, y así lanzarme de lleno a la gran aventura. Aún no sé cómo lo voy a hacer, pues, precisamente, don Andrés Suárez se ha empeñado en que sea el abogado que tome a cargo todos los asuntos de su gran industria. Allá en Antofagasta, en un momento de flaqueza, lo acepté, y ahí está ahora la dificultad para desprenderme del compromiso. Es un hombre excelente y en realidad me duele no cumplir el compromiso.

Rosa Eulalia, que le oía con profunda atención, le interrumpió diciéndole:

—¿Y no podrías dedicarte únicamente a los asuntos suyos, dejando todos los otros que tienes entre manos?

—Eso he pensado. Pero no puede ser. Yo, además de trabajar en mi taller, debo también asistir a la Escuela de Bellas Artes. No creo que llegue a ser un Juan Francisco González o un Pedro Lira, pero ésa es mi intención. Tengo que mirar muy alto y no andarme por las ramas. La voluntad no me fallará, y si fracaso, créeme que no será por falta de fe. Además, otro factor muy importante es mi edad. Acabo de cumplir cuarenta y nueve años. ¡Qué quieres tú! Viví alimentando esta inmensa ilusión. Y se me pasó la vida, sin darme cuenta de que el tiempo no vuelve atrás. Espero, sin embargo, hacer algo aún.

Rosa Eulalia había cogido un cigarrillo del paquete que

Juan dejó encima de la mesa. Lo encendió sin prisa, como si diese forma a un capricho. Su voz fue cálida y tierna al decirle:

—¡Vas a triunfar, Juanito! Vas a triunfar. Tengo la absoluta seguridad de ello. Pero dime, ¿me permites que te haga una pregunta, acaso un poco tonta? ¿Has pensado en que antes de ganar dinero con tus cuadros tendrás que vivir sin entradas, acaso un tiempo demasiado largo? Oye, perdóname, pero es que me interesa en extremo tu proyecto y no quiero que por ningún motivo te veas obligado a abandonarlo.

Alsina la miró dulcemente conmovido.

—Gracias por tu preocupación. Pensando en todo esto, he ahorrado algún dinerillo. Creo que me alcanzará para vivir holgadamente un par de años. —Sonrió con un leve aire de tristeza y añadió—: Creo que no tendré mayores preocupaciones a ese respecto. Después, ya veremos.

—Ya veremos —repitió Rosa Eulalia como un eco—. Ya lo estoy viendo. Un triunfo inmenso, clamoroso. ¡Qué feliz vas a ser entonces, querido Juan! Y qué feliz voy a ser yo también. Mira, ¿te fijas que el champaña ni siquiera nos hizo ponernos sentimentales? Todavía queda un "potito" en la botella, como dice Pepa Saldes. Tomémoslo. Salud, amor y gloria. Y también dinero. No podemos renunciar a nada de lo que nos produce satisfacción y placer.

Dejaron las copas sobre la mesa y Rosa Eulalia exclamó, haciendo una graciosa mueca:

—¿Qué será de mi pobrecito tigre del desierto de Libia? A lo mejor se ha estrellado por ahí y lo tienen en la capacha. Pobre mi bachicha, mi animal sin domesticar. Con tal que no se rompa la crisma, porque entonces me dolería el alma. Vamos andando, Juanito. Tómame del brazo, así, bien apretadito. No olvides que esta tarde eres mi amante.

\*  
\* \*

—¿Qué le parece a usted, don Andrés, que comamos mañana en el centro? Seremos cinco personas, pues me he permitido invitar, además, a un matrimonio amigo. ¡Gente encantadora!

Andrés Suárez le miró con simpatía por encima de la



armadura de sus anteojos, mientras abría cuidadosamente la punta de su cigarro puro.

—¿Qué me parece? Pues vaya una pregunta, mi amigo. Espléndido, sin duda alguna. Creo que Sylvina opinará lo mismo. Aunque anda, como de costumbre, un poco resfriada, aceptará gozosa.

—Vaya, muchas gracias, don Andrés. Pasaré a buscarlos alrededor de las nueve, con mis amigos, que también viven en el barrio.

Estaban sentados en el escritorio de Andrés Suárez. Una mesa amplia con cubierta de cristal los separaba. Un sofá y unos confortables sillones de cuero, colocados sobre una gruesa alfombra roja, completaban el mobiliario. En un rincón, una caja de fondos, semiembutida en la pared. Muy pocos papeles sobre la mesa. Encima de ella, en un extremo, brillaba una botella de agua, junto a una caja de fina madera color caoba, en la cual se guardaban algunos medicamentos.

Tras un silencio, en el cual los dos hombres se quedaron mirando un enorme moscón, que zumbaba, resbalando en el cristal del ancho ventanal, Juan observó:

—¡Linda oficina esta! ¡Qué hermosa vista tiene! Y ese cuadro, frente a la luz, se ve muy bien. ¿De quién es?

Don Andrés se acomodó en su sillón echando una pierna sobre la otra. Arrugó la nariz y, rascándose una ceja, como si tratara de recordar, exclamó:

—¿Sabe que no me he fijado? Usted sabe lo bruto que soy para esas cosas. A Sylvina se le ocurrió traerlo un día que estuvo aquí. Me dijo que sin un cuadro para adornar esa pared, este escritorio se parecía al de un obispo. Yo no sé dónde habrá visto ella el escritorio de los obispos, para opinar así. ¿A usted le parece bien ese cuadro?

—Sí —replicó Juan sin entusiasmo—. Me parece de gran efecto la distribución de los colores. Y la composición no está mal realizada. Aunque, tal vez, le falta animación. En fin, yo no soy un pintor, ni tampoco crítico de arte. No es una opinión de mucha calidad la mía. Sin duda, es un buen cuadro. No se entiende la firma del pintor.

Andrés Suárez miraba, sin ver, hacia la calle. Allí, casi encima de su ventana, se alzaba el montículo del Santa Lucía. Abstraído, contestó, sin embargo:

—Sylvina debe saberlo. Mañana se lo puede preguntar. O ahora mismo, si le interesa.

—No, no es para tanto. Ya tendremos tiempo. Bien, me voy caminando.

Suárez se enderezó y, levantando la mano, le preguntó:

—¿Tiene mucho que hacer? Le ruego que se quede un instante, deseo hablar con usted.

Tocó el timbre y apareció una linda muchacha morena, de boca sensual y ojos risueños. Andrés Suárez la miró un instante, apenas, para fijar de nuevo su vista en los árboles del Santa Lucía, por encima de cuyas copas divisábase el espinazo blanco de la cordillera. Le habló a la joven como si estuviera hablando solo:

—Mire, señorita, óigame bien. Si llama alguien, aunque sea el rey, le dice que no estoy. Que salí y no vuelvo.

—Muy bien, señor. Sin embargo, perdóneme que le diga que ahí está don Vicente Aspillaga. ¿Y si llama la señora?

—La señora puede venir, si lo desea.

La chiquilla, un tanto turbada, miró a Juan, y con el aire de quien tiene aún algo adentro y no se atreve a consultarlo, murmuró a media voz:

—Está muy bien, don Andrés.

Suárez, cuando salió la joven, sonrió jovial, diciendo:

—Es una buena muchacha, pero hay que tratarla con cierta severidad, porque no tiene ningún criterio para pasarme a gentes que sólo vienen a darme la gran lata. Además, ya estoy convertido en un viejo lleno de mañas y en ciertas ocasiones me gusta disponer de mi tiempo libremente. El mismo Vicente es mi amigo y hombre de confianza. Pero a veces se le pasa la mano en la conversación. Me aburre un poco y me deja pensando en si será realmente un hombre sincero, pues no desperdicia oportunidad para halagarme. Quién sabe si no sería tanta su solicitud si yo todavía estuviera arreando machos carretoneros allá en la pampa. Pero tampoco se puede vivir desconfiando de las actitudes de la gente. Porque, mire usted, Juan, esto de haber conquistado una fortuna hace que en uno se produzca un curioso fenómeno, como de auscultación sensible a las personas que nos rodean. Uno comienza a cavilar y a buscar, sin proponérselo, cuál es el objetivo que las trae. A mi el asunto, en principio, me molesta, me fastidia en alto grado. Es como si surgiera en lo íntimo un ruin sentimiento de

avaricia, de cuidar aquello que nos costó tantas luchas, tan duras batallas. Y ello también me parece estúpido, pues yo no quiero por ningún motivo caer en lo sórdido.

Calló un instante don Andrés y sonrió con un leve tinte de amargura. Golpeó el cigarro para que la pavesa cayera en el cenicero, y miró rápidamente a Juan, tratando de sondearlo. Este lo miró a su vez con aire de afectuosa franqueza y le dijo sin apuro:

—Me parece que no debería preocuparle eso que me dice. Acaso no sea sino el producto de cierto desencanto, producido por el trato de las gentes que rondan al hombre de fortuna, así como al hombre que tiene el poder. No se me figura, ni por un instante, que se produzca en usted una reacción de sordidez. Tiene usted un penetrante don de observación, que le permitirá clasificar siempre una circunstancia de ese tipo. Más bien creo que es un poco de cansancio al ver cómo se interponen ciertos intereses que convergen hacia usted. Y, en el fondo, una reacción sentimental al advertir que en la mayoría de las personas con quienes trata se esconde un interés disimulado, que espera la oportunidad propicia para manifestarse. No creo que para usted sea un problema de proyecciones más hondas.

Carraspeó Suárez, socarrón. Con el índice se rascó varias veces la nariz. Miró hacia afuera, y antes de que Juan prosiguiese, acentuó con cierto desdén:

—Eso es, desgraciadamente, querido amigo. La misera condición humana, con su eterna hacha que afilar. Y ¡qué diablos! No puede ser de otra manera. Pero óigame usted, Alsina, hay algo que para mí es de proyecciones tremendas. La vejez es un problema definitivo y sin otra solución que la muerte. Yo soy un viejo con dinero, con una mujer joven y bonita, con una querida elegante, que posiblemente me envidian muchos. ¿Pero soy feliz? ¿Es que a esto se puede llamar felicidad? En lo íntimo estoy como un viejo tronco en medio del campo desolado. Un tronco sin follaje que atraiga a los pájaros, para que vengan a acompañarlo con sus cantos y su alegre bullicio. Oigame un instante y perdóneme que lo latee, porque veo en usted a un hombre sensible, que me entiende. Mi mujer, Sylvina, es una mujer introvertida, sin efusión, sin alegría comunicativa. Encerrada en sus libros, en su música, en su afición a los cuadros, no se da cuenta de que yo existo. Por lo demás, no sería raro

que en el fondo sienta rencor hacia mí, por ese abandono en que la dejé. Ella vive una existencia que en manera alguna se conecta con la mía. Es joven y la halagan. Es bonita y la desean. Se deja llevar por una suave corriente que la acaricia, porque, como en toda mujer, hay en ella una buena dosis de vanidad. Posiblemente no me engaña, porque es un ser inerte, que no ha encontrado a alguien que la sacuda. Vive como en permanente ensueño. En un ensueño vago, porque no ha conocido la vida intensa. En esa actitud, acaso su insatisfacción se agudiza sólo cuando se da cuenta de que yo existo. Que soy el carcelero que le impide gozar de la vida en plenitud total. Aunque se me ocurre que ni siquiera columbra lo que puede darle el dinero en satisfacciones y goces. Las circunstancias hacen que yo aparezca como un viejo egoísta e incomprensivo. Pero esto va a terminar muy pronto, cuando los años, dos o tres más, la obliguen a saltar una valla que todavía le causa temor trasponer. Bueno, esto por un lado. Mi querida es al revés. Habla como un fonógrafo con toda la cuerda. Se ríe y grita como una cotorra. Y en sus manifestaciones afectuosas es en extremo expresiva. Pero, mi amigo, es un ser al cual, no obstante su agudeza y su inteligencia, el instinto le está advirtiéndole que yo me voy a morir en cualquier momento y entonces se acaba, instantáneamente, la gallina de los huevos de oro. Todas sus caricias, todos los momentos de afecto, no logran disimular su problema, tendiente a que no olvide arreglarle una situación que le permita vivir tranquila. Esto es humano, sin lugar a dudas; pero al viejo ¿se le tiene cariño por él mismo? No lo creo. En lo profundo, en lo íntimo y sincero, no hay ternura, no hay cariño. Las veo viviendo sólo la vida de ellas, ajenas completamente a mí. Yo, a veces, me siento tan solo, como el muerto que se queda en el nicho después que se ha despedido el duelo. La vejez, querido Alsina, para el hombre a quien ya no conmueve la lucha a brazo partido por el dinero, es el más espantoso de los trances a que se ve abocado el ser humano. Yo no tuve hijos con mi mujer, y si los hubiese tenido, acaso ellos hubiesen suavizado estas duras aristas de mi obsesión permanente. Y ese hijo que tengo vivió y se crió lejos de mi cuidado y de mi preocupación. A ratos me asusta y me duele darme cuenta de que no siento el amor de padre hacia él. Es un muchacho altanero, de carácter frío y resuelto.

No me reconozco en él. El hecho de que venga a vivir aquí, o que sea el único vínculo que de mi parte le quede a Sylvina, casi me causa terror. Veo en él la fría dureza, un tanto desmañada y brutal del abuelo. No es en absoluto un ser delicado, tierno, afectuoso. Al contrario. Es más bien una especie de acusador, que en su actitud me está haciendo sentir su molestia por no haber sido el marido de su madre. Tal vez sea monstruoso lo que le voy a decir, pero mi cariño casi no existe hacia él.

Un gesto amargo contrajo los labios de Andrés Suárez. Afuera atardecía y en las almenas rojas del torreón del Santa Lucía apenas quedaba un leve jirón de sol. Se quedaron un largo rato en silencio y, entonces, se oyó el sordo rumor de la ciudad. En el edificio se oía el golpazo violento de las puertas de otras oficinas que se cerraban, y la campanilla de los ascensores que se detenían en el piso.

Para disimular su estado de ánimo, Andrés Suárez carraspeó ruidosamente. Con las cejas enarcadas, se le marcaron dos hondos surcos en la frente. Quebró la pavesa del cigarro en el borde del cenicero, y aspiró con fuerza el humo, lanzándolo en una gruesa bocanada. Alsina, que doblaba repetidas veces un trozo de papel que tenía entre las manos, le dijo de pronto:

—Tiene usted un cansancio nervioso, don Andrés. En un hombre apasionado, de afectos y convicciones profundos, esto es muy explicable. Acaso se debe, también, a que sus ocupaciones tan intensas le han impedido ver el mundo en una proyección más amplia. ¿Por qué no viaja por un tiempo o emprende alguna obra de bien público que dé un cariz más optimista a su vida? Quién sabe si interesando a Sylvina en alguna actividad de ese tipo, se acercarian más, en una convivencia de amistad afectuosa.

—Sí, algo hay que hacer —dijo don Andrés, sin ilusión. Daba la sensación de que en su rostro había algo de la sombra que comenzaba a invadir la estancia—. Algo hay que hacer —repitió, como si no pudiera concretar su pensamiento—, y usted me ayudará. Porque en usted confío y tengo fe en que su amistad no me defraudará, así como yo espero serle útil en cuanto esté en mi mano. Haremos que Sylvina salga de su encantamiento. Quién sabe si yo me extralimité en mi actitud de viejo gruñón, que me induce a tratarla ásperamente.

Se puso de pie y, recobrándose, le estrechó con fuerza la mano. Con el rostro ahora iluminado por una franca sonrisa, le dijo:

—Buenas noches, Juan. Buenas noches. Qué viejo tan latero soy yo, ¿no es cierto?

Juan Alsina se fue caminando lentamente, mientras pensaba en las palabras de don Andrés. Lo deprimió el hecho de que ese hombre esquivo y un poco huraño, áspero en apariencia, pero de gran bondad en el fondo, se franqueara de tal manera con él, descubriéndole su intimidad en sus manifestaciones de sentimiento profundo. Confiaba en su lealtad, en su hombría de bien, y no obstante él también estaba obrando de mala fe, al enamorarse de su mujer con la intención de seducirla, de convertirla en su amante. Pero eso, ¿le importaba a Suárez, si él le había dicho que ya no hacía vida marital con ella?

Sin duda que tenía que dolerle, pues implicaba un engaño, una traición a la amistad. Existía, sí, un poderoso atenuante. En su empresa, lo impulsaba un cariño sincero, un amor que en esos momentos le daba la sensación de que sólo terminaría con su vida. Además, Sylvina era joven, de seguro apasionada. Necesitaba sentir intensamente el deleite de la posesión, experimentar la divina y maravillosa sensación del amor, realizado en una entrega total, en la cual ella conociera lo que es el verdadero amor.

Mas él era amigo de Andrés Suárez y éste, al refugiarse en su amistad, le otorgaba una situación de privilegio en sus relaciones. Y esa situación, él, Juan Alsina, la había aceptado. ¿Qué podía hacer? Acaso huir y mantener de ese modo su condición de hombre de conciencia sin mancha. Recordó, en ese instante, aquel beso que le diera a Sylvina, ese beso que lo transportó a regiones celestiales. Era hombre y debía portarse como un hombre. Pero los hombres tienen la sangre circuládoles por las venas, como un río de fuego o de llamas ardientes que la pasión enciende. ¡Oh, poseer a Sylvina, tenerla entre sus brazos, recorrer su cuerpo con sus besos quemantes, era ya una obsesión demasiado cruel y terrible!

Se le vino a la mente en ese momento el recuerdo de su amigo Raúl Beltrán, un mozo de gran distinción. Un sentimental, un caballero que no retrocedía ante ningún compromiso. Tuvo amores con una señorona más intelligen-

te y aguda que hermosa. Su ingenio, su chispa, la hacían a veces temible, cuando lanzaba sus dardos a diestro y siniestro, en una especie de orgía de ocurrencias, en que los defectos ajenos quedaban mal parados en sus labios crueles. Sin embargo, como todo tiene su día y su hora, la mujer se enamoró de súbito de Beltrán. Se enamoró de él con un encendimiento que la llevaba de extremo a extremo, en una especie de *carrousel* de luces feéricas, en que rutilaban los chispazos de su brillante ingenio, para entregarse también a ratos a la más negra desesperación. Beltrán era amigo del marido. Uno de esos amigos a la distancia, sin mayores preocupaciones de carácter moral, más bien una amistad de salón. De frases amables e intrascendentes. No le preocupó en absoluto ese aspecto en aquel romance. Y cuando ella se le entregó, nunca le inquietó, ni le hizo perder el sueño, lo que pudiera pensar el marido. Era éste un hombre serio, respetable; además, un señor de muchas campanillas.

Beltrán ejercía por ese tiempo el cargo de inspector de Impuestos Internos y estaba obligado, en el desempeño de su empleo, a realizar largas comisiones de servicio fuera de la ciudad. Y cuando regresaba, ella lo recibía como una fiera hambrienta, como una hembra en el período del celo. Sus encuentros eran como si se abalanzaran, jadeando de anticipado placer, a la batalla del amor. Como seres primitivos que se tienden en una alfombra, o se apoyan en una pared, o se tiran al suelo en un anhelo exasperado. En una de esas ocasiones, los sorprendió el marido, hombre con muchos años encima. Abrió la puerta del gran salón de la casa, en donde no entraba gente sino en las grandes recepciones. Hizo la comedia de no haber visto nada. Ella se incorporó con una cara de desafío. Una sonrisa de orgullo, de infinito desprecio, la dominaba. Cuando la puerta se cerró, murmuró agresiva:

—Mejor, así no tendremos la preocupación constante de que nos pudiera sorprender.

Pero Beltrán no pensó así. Al salir buscó al hombre a quien había ofendido y le dijo sin vacilar:

—Sé lo que he hecho y mido el alcance de mi culpa. Me tiene a su disposición, señor.

El caballero, como uno de esos personajes de Anatole France, le miró con aire triste y desencantado. Quedóse en

silencio, mirando al vacío. Después, con expresión de gran cansancio, le dijo:

—No me interesa la vida, ni le temo a la muerte. Pero, ¿qué ganamos usted y yo con un escándalo? Mi mujer se empeñaría en hacerme la vida imposible. Nada me atrae a ella. Detesto su ingenio, que considero una especie de don del demonio. De modo que no me queda más que pedirle que no me ponga en ridículo. Usted es un caballero y sé que se comportará como tal. Es todo lo que le pido.

Apoyando los codos en el brazo del sillón, se quedó el buen señor con las manos en ángulo, unidas en la punta de los dedos. Y la cabeza caída. Después la alzó, mostrando su rostro en el cual se veía una expresión de fatiga y de desprecio.

—Yo lo sabía —dijo—. Pero no entré allí para sorprenderlos. Recordé que había dejado una novela sobre la mesa de centro y la iba a buscar.

Beltrán, serio, humillado ante aquel dolor ya sin rebeldía del hombre viejo, sin ánimo de lucha, le contestó con grave acento:

—No sé qué excusa darle. Pero le prometo, por mi honor, que no seré yo quien aumente sus penas. Adiós, señor.

Con don Andrés Suárez, la cosa cambiaba totalmente. Eran amigos íntimos, y Sylvina, aun dentro de su coquetería femenina, no se atrevía a provocar situaciones de esa índole. Por lo menos eso creía Juan Alsina en aquellos momentos.

De pronto experimentó un agudo dolor en el pecho. Mientras caminaba, le pareció que una especie de vértigo lo envolvía. En ese momento iba a cruzar la esquina de la calle San Martín con Alameda. Se apoyó en un balcón saliente y allí se quedó bajo el peso de una opresora angustia que le hizo flaquear las piernas. Vio que los autos pasaban frente a él envueltos en un nimbo de niebla amarillenta, haciendo peligrosas curvas, como si se fueran a encaramar en la acera. Durante un instante, que le pareció eterno, se quedó sumergido en una densa obscuridad. Un sudor helado le inundó el cuerpo y lo advirtió al sujetarse de un barrote, en donde su mano insegura resbaló. En el fondo de un túnel de luz que formaba una bóveda de levisima claridad, divisó el rostro de Sylvina. Sus ojos de



lago en calma, sus rasgos finos de delicado relieve, su boca que aún no desplegaba su corola.

"Sylvina", murmuró o creyó murmurar, como si le pidiera amparo. Sintió que el aire no le entraba en los pulmones y que su cuerpo se doblegaba lentamente. La calle ondulaba, como si la hubiese agitado el viento. No supo cuánto duró aquel momento de desfallecimiento, de desmayo doloroso.

Retornó a la normalidad lentamente. Y sólo cuando advirtió que pisaba tierra firme y que las piernas volvían a sostenerlo, se atrevió a soltarse del barrote. Se fue caminando con pasos inseguros, hasta que más allá de la calle Riquelme encontró una botica abierta. No había público. El único vendedor alzó la mirada interrogadora, con aire indiferente. Pero casi en seguida cambió de actitud, para preguntarle solícito:

—¿Se siente mal, señor?

—Sí —musitó apenas Juan Alsina, con un hilo de voz—. ¿Tiene coramina?

—Cómo no. Inmediatamente. Siéntese, señor.

Se quedó allí un instante, después de tomar el remedio. Advirtió que tenía la cabeza húmeda de transpiración. Experimentó una sensación de inmensa tristeza. Se dio cuenta de que estaba solo y desamparado en aquel trance. El boticario le dijo con tono afectuoso y persuasivo:

—Descanse tranquilo, señor. No se preocupe. Pero sería conveniente que fuera a la Asistencia Pública en un momento más. Yo mismo le voy a hacer parar un auto.

Llegó a la Asistencia, y a la primera persona que vio al descender fue a Fernando Roldán, joven médico, amigo y lejano pariente suyo.

—¡Juan! ¿Qué te pasa, hombre, por Dios?

—No sé. Pero ya te explicaré.

Le tomó del brazo Roldán, un hombre alto, de rostro afable y ojos claros. En la puerta de la sala se detuvo para dirigirse a una joven que doblaba unos papelillos frente a una balanza:

—Señorita González, ¿quiere tener la bondad de ir hasta la sala doce y decirle a la enfermera que me espere unos minutos? Iré en seguida.

—Cómo no, doctor.

Entraron a una sala estrecha en cuyos extremos había dos camillas altas.

—Tiéndete y quédate tranquilo.

Mientras le hablaba, el médico le había cogido de la muñeca, para tomarle el pulso. Con el reloj en la mano, se quedó un instante en silencio. Después le preguntó:

—¿Qué sentiste?

Le explicó Alsina lo que le había ocurrido. Y cuando terminó, el médico le dio una palmada sobre la frente y con afectuosa entonación le dijo:

—Has reaccionado muy bien. Dime, ¿has tenido algunos disgustos? ¿Algún incidente molesto? A veces los nervios nos "friegan" de lo lindo. Te quedas aquí esta noche. Estoy de turno y te pondré una inyección que te va a dejar como nuevo.

Sonrió el médico, inquiriendo con ojos curiosos algo que sólo le preguntó con la mirada.

—Los hombres sentimentales están fritos. No son para esta época. Y usted, mi señor don Juan, que es "tan picado de la araña", debe pasar momentos muy malos a veces. El bello sexo nos da bastante que hacer.

Juan se quedó sin despegar los labios. La imagen de Sylvina volvió a presentársele como un dibujo, esfuminado, en el cual sus facciones se iban diluyendo en un aire suavemente dorado.

—¿Debo quedarme en cama por algunos días? —le preguntó inquieto—. Sería una lata.

El médico se quitó de los oídos el fonendoscopio y, sin contestarle, se puso a escucharle los latidos del corazón, con reiterada minuciosidad.

—No creo que haya necesidad —expresó al enderezarse, ordenando dentro de su caja los aparatos que había usado para auscultarlo y tomarle la presión—. Lo que hay, mi amigo, es que debes cuidar tus nervios y tratar de controlar mejor tus emociones. Yo sé, por experiencia propia, que no es tan fácil, cuando se tiene un temperamento inclinado a la hiperestesia. Sin embargo, no es del todo imposible hacer una vida tranquila, rehuendo las situaciones máximas de la vida sentimental.

Dejó la caja con sus instrumentos encima de una mesa. Una sonrisa que casi no le movía las facciones le suavizaba el rostro. Después agregó sin apremio:

—Estás muy bien. ¿Duermes lo normal?

—Creo que sí. Lo que hay es que a menudo tengo pesadillas. Y por las mañanas me cuesta recobrar-me. No es ese sueño reparador y agradable que a uno le impulsa a saltar de la cama apenas se despierta. Muchas veces amanezco con la cabeza pesada y la boca amarga.

El médico lo contemplaba, con las manos unidas, dándose papirotazos sobre ellas. Después le dijo:

—Hay un cansancio que te altera el sistema nervioso, haciendo resentirse los órganos más débiles. No creo que haya nada grave, sin embargo. Y el corazón funciona bastante bien. Bueno, quédate tranquilo. Después vendrá la enfermera a colocarte una inyección. Yo voy a ver algunos enfermos. Volveré a verte en seguida para charlar. Tengo muchas cosas que me interesa preguntarte. Quiero hacerte una consulta. Ahí nos devolveremos la mano. Hasta luego.

—Gracias, Fernando. Hasta luego.

Se quedó largo rato meditando. Experimentaba una sensación de ensueño triste y borroso. Como si estuviera envuelto en una bruma y oscilara en medio de ella, en un suave balanceo. Vino la enfermera y casi no se dio cuenta cuando le puso la inyección. Momentos más tarde sintió la cabeza más despejada, pero en la boca una sensación amarga y seca, que le hizo experimentar el vivo y apremiante deseo de beber algo fresco y ligeramente fragante, parecido a aquellas bebidas que solían servir en las oficinas de la pampa.

De pronto fue presa de una suave somnolencia. Era una especie de modorra. Tenía la sensación de que iba a caer en un sueño profundo, para despertar en seguida. Imaginó que Sylvina, con sus ojos hondos y pensativos, estaba junto a él, dándole de beber ese refresco que se le antojaba delicioso. A ratos la veía envuelta en un amplio delantal blanco, que daba una palidez de marfil a su rostro. Luego con una blusa de tonos grises, que le infundía una gracia dulce y tierna.

Quiso hablar, para pedirle a la enfermera algo que refrescara su boca y no pudo. Sintió el paladar como si fuera de cartón.

Intentó llamarla de nuevo, y sin advertir su equivocación, tornó a musitar el nombre de ella, de la adorada: "Sylvina... Sylvina".

Le pareció que oír su nombre era como una caricia. Afuera resonó dos veces seguidas la bocina de un auto de la Asistencia, y, casi inmediatamente, se oyó el jadeo del motor en el patio. Hubo un revuelo de conversaciones y luego se percibió el chirrido de las ruedas de una camilla que iba hacia el interior. Funcionaban con insistencia los teléfonos, y cuando cesaba la campanilla, se oía de nuevo el resonar de las bocinas. Ensordecido por la distancia, y como el rumor de un río en cuya corriente se debaten palos y piedras, estrellándose en las rocas de la orilla, oíase el ruido del tránsito en la Alameda.

Sintió después una lasitud infinita. Era como si se fuese deshaciendo, y todo su cuerpo, convertido en un montón de grano, se deslizaba hacia el vacío, desde una tolvanera que giraba sin detenerse. Después su cuerpo era algo así como un apretado rollo de tela que se extendía y se extendía, hasta quedar como una lámina que ondulaba en el viento.

De súbito experimentó un largo sacudón que lo lanzó al abismo del sueño. Fue una especie de fulgor que se apagó en el sopor de su mente debilitada. "Me voy a morir — pensó—, me voy a morir ahora mismo, y no lo va a saber Sylvina, ni Rosa Eulalia." Y como si este pensamiento le inyectara una tremenda rebeldía, se acomodó en la camilla, levantando la cabeza sin encontrar dónde apoyarla. Se puso las manos bajo la nuca, para alzarla un poco, y entonces vio los ojos dulces, suaves, remanso tranquilo, donde Sylvina escondía sus pensamientos.

"Me gustaría morir mirándola", monologó en voz baja y débil, apenas como un susurro. Y entonces, al decir aquella frase ingenua, de enamorado de dieciocho años, evocó unas palabras que le dijera Rosa Eulalia en cierta ocasión: "Eres un niño para decir las cosas. Te vas a morir, sintiendo la ilusión de un muchacho".

Lo llevaron después al Hospital del Salvador, donde permaneció en cama por espacio de un mes. Días eternos de soledad, de desamparo, de cavilar sin tregua. Venía de vez en cuando don Andrés, y entonces las horas se deslizaban rápidas y amables. Don Andrés se instalaba en un silloncito y Sylvina se sentaba familiarmente a los pies de su cama, apoyándose en el respaldo del catre. A veces Sylvina se quedaba de pie, tras el sillón de don Andrés, y entonces le

sonreía con los ojos tibios y amorosos. Simulando sacarse el cigarrillo de la boca, le enviaba un beso con la punta de los dedos. En esos momentos la pieza se iluminaba. Adquiría una especie de embrujo, y el ambiente se tornaba simpático y liviano, como si un aire de poética dulzura lo embelleciera.

—Yo creo que este enfermo se está poniendo demasiado regalón y que debía estar en la calle, olvidado de todos los achaques—le decía ella, mientras jugaba con su larga boquilla, haciéndola sonar en los dientes.

Juan se acomodaba nervioso sobre las almohadas, pasándose, en seguida, la mano por el cabello. La miraba por encima de don Andrés, como si éste no existiera, y alargando la mano para coger un vaso con agua y humedecerse los labios, respondía con amarga inflexión:

—Eso quisiera yo, pero estos médicos se obstinan en que todavía no estoy bien.

—Y así debe ser —exclamaba abruptamente Suárez, sacándose el cigarro de la boca y mirando la ceniza como si quisiera calcular el tiempo que se demoraría en desprenderse—. Así tiene que ser. No por anticiparse en unos días, se va a cometer la chambonada de echar a perder la mejoría. Sería una tontera sin objeto. Y, además, aquí es donde Juan está mejor atendido que en ninguna parte. Por lo demás, ya sabe que puede ir a convalecer a nuestra casa. No creo que vaya a ser muy buen plato para usted estar solo, como un recluido, en su departamento.

Juan se quedaba en silencio, mirando a los ojos de don Andrés y luego a Sylvina, que se quedaba con la cara inexpresiva y sin agregar nada a lo dicho por su marido. Poseído por cierta confusión, mezcla de gratitud y desazón, decía por fin:

—Muchas gracias. Muchas gracias. No me iré de aquí hasta no sentirme bien del todo. Además, no creo que vaya a ser muy agradable para Sylvina tener mayores preocupaciones.

La joven se había sonrojado ligeramente al responder:

—¡Me desencanta usted, Juanito! Creí que tenía un concepto más alto de la amistad. Si Andrés se lo ofrece, figúrese con cuánto agrado lo hará. Porque este caballero no es de los que ofrecen su casa así, de buenas a primeras. Lo que yo temo es que no vaya a estar bien atendido.

Don Andrés carraspeó sonriendo. Quebró la ceniza del grueso cigarro y exclamó jovial y divertido:

—¡En eso sí que tienes razón! Porque creo que de diez enfermos graves se te mueren once. No es una de tus virtudes la de enfermera. Y no porque dejen de ocurrírsele ideas en un momento deternimado. Lo que hay es que esta niña es indecisa, cobarde, más bien dicho, para enfrentarse con las circunstancias. Sin embargo, en cierta ocasión demostró una resolución increíble en ella. Me acuerdo ahora de un ataque al hígado, que me hizo despertar, bramando de dolor, en Río Negro, en una noche de temporal deshecho.

—Ah, ya va a contar usted eso —le interrumpió Sylvina, con aire de satisfacción y de orgullo, que, no obstante su protesta, se le reflejaba en los ojos.

—Pues, oiga usted, Juan —prosiguió Suárez, sin tomar en cuenta la protesta de la joven—. Esa noche, en que llovía como si el cielo fuera un inmenso agujero por donde se escapaban ríos de agua, doña Sylvina hizo una hazaña digna de un cuento de aventuras. Encaramada en un pingo de mala muerte, corrió media legua, hasta llegar al retén de Carabineros, en donde funcionaba la Cruz Roja. Allí se consiguió una inyección de morfina o papaverina, que me colocó ella misma. Era la primera vez que hacía tal cosa. Cuando llegó, yo estaba sudando a torrentes, enloquecido de dolor. Y me sacó del gran apuro. Le debo la vida.

"Lo divertido del caso es que yo creí que de allí no saldríamos ni en un mes. "El resfrío que esta muchacha va a coger —pensé— va a ser de marca mayor." ¡Pues nada! A la mañana siguiente, doña Sylvina dormía como si a ella le hubiesen puesto el anestésico. Y cuando despertó, estaba más animosa que nunca. ¡Vaya a ver usted! Cuando es de las que se resfrían hasta con ver volar a una mosca.

Observó Juan Alsina, con curiosidad, pues nunca se había dado cuenta de ello, que Sylvina contemplaba a su marido con una mirada profunda y tierna, como si le diera las gracias, con una ternura recóndita. Veíase en aquella actitud la alegría de oír de labios de aquel viejo gruñón palabras de afecto y simpatía para ella. Era, en realidad, un acontecimiento inusitado aquella actitud de don Andrés, que siempre estaba diciéndole frases que llegaban al borde de la impertinencia.

Juan lo miró sonriendo. Experimentó agudamente la

sensación de que Sylvina era una muchacha que escondía muy adentro su verdadera manera de ser. Acaso ese divorcio en que vivía no era nada más que el resultado de su orgullo, al sentirse lastimada en sus sentimientos más íntimos.

En aquellas ocasiones en que iban a visitar a Juan, don Andrés solía echar su morrongueo en una alerta somnolencia, pues no le agradaba que le vieran dormir. Era un viejo terco, y no admitía que los demás le advirtieran signos de fatiga o debilidad. Pero no se colocaba en la actitud del hombre dispuesto a hacer alarde de brío y juventud. Sólo trataba de disimular el efecto que los años habían hecho en su fuerte organismo, sometido a duras pruebas a lo largo de tantos años. En esas oportunidades, Sylvina y Juan se ponían a conversar de los libros que habían leído, o bien de sus impresiones acerca de algunas exposiciones de cuadros.

Ardían, entonces, casi con febril ansiedad, los ojos de Juan Alsina. Se quedaba absorto contemplando a Sylvina, y escuchaba sus opiniones como si bebiera sus palabras. Entrecerrando los ojos, se quedaba admirado después, pensando en aquella otra gran ilusión de su vida, que era la de dedicarse por entero a la pintura.

—Sí —decía Sylvina, con tono seguro—, a mí me parece que Roca es un gran marinista. El movimiento de las aguas, con su varia tonalidad, lo capta muy bien. Esos barcos viejos, tumbados en la playa, a veces envueltos en bruma, o iluminados por el sol de la tarde, adquieren, en su paleta, efectos admirables. Hay en su exposición un pequeño cuadro que me fascinó. Estuve a punto de comprarlo para regalárselo a usted, Juanito.

Don Andrés, que iniciaba un suave ronquido, se acomodó en su sillón, restregándose la nariz.

—¿Y por qué no lo hiciste? —exclamó en tono ligeramente zumbón—. Más valía que no le dijeras tal cosa a Juan. Ahora lo vas a dejar con la idea de que prevaleció tu indecisión para hacerlo. ¿Era muy caro?

—¡Andrés! —lo regañó ella, sonrojándose—. ¿Por qué usted está pensando siempre en el dinero? No tiene razón para decirme eso. ¡Ni siquiera pregunté el precio!

—Peor todavía, mucho peor —masculló Suárez, disponiéndose a reanudar su sueño.

Sylvina sonreía, moviendo la cabeza con disgusto, que dispuso metiendo un cigarrillo en la boquilla, mientras Juan cogía una caja de fósforos para encendérselo.

—Gracias —dijo ella—. El cuadro es muy atractivo de color. Es una goleta que se desliza a lo largo de una ensenada de aguas azules, con un fondo de árboles grises en la ribera próxima. Las velas, agitadas por el viento, se ven traspasadas de sol. Me gustó mucho. A ver si mañana lo encuentro. Para cumplir con mi intención. Y para que este caballero no me tilde de mezquina.

—Como Juan no puede levantarse a ver si está allí el cuadro, no hay cuidado —musitó Suárez en su entresueño.

—¡Oh, pero cómo se les ocurre! —exclamó Juan, sin ilusión—. Sería una barbaridad. Usted sabe, Sylvina, que yo tengo muchos cuadros. Ni siquiera sé dónde colocarlos.

—Este es muy pequeño —sonrió Sylvina—. No le faltará sitio para él.

Le miraba con la boca desplegada, como diciéndole: “¿No tendrá usted sitio para colocar algo que yo le regale?”

Juan la contempló sin decir nada. Le ardía la cabeza, como si una súbita fiebre se la congestionara de ardientes visiones. Y un instante se quedó oyendo el agitado latir de su corazón. Experimentó la sensación de que tenía los labios hinchados y la garganta seca. Un grito pugnaba por escapársele. Era la requisitoria de su anhelo permanente. “¡Sylvina, Sylvina!”

Era lo único que se le ocurría. El pensamiento detenido en un pueril afán de construir una frase maravillosa, que tradujera todas las proyecciones de su sentimiento, no pasaba de invocar su nombre, de resumir en él toda aquella desgarrante inquietud amorosa que lo consumía.

—¿Qué ha estado leyendo usted? —le preguntó la joven con voz lenta y acariciadora.

Juan cogió uno de los libros que tenía sobre el velador y se lo pasó en silencio. Y luego, mientras ella hojeaba el volumen, se quedó mirando las ramas de un árbol, cargadas de flores azules, que se mecían con suave oscilación, allí en medio del jardín.

—¡Baroja! —exclamó la joven, con voz suave—. ¡Qué entretenido es! ¡Qué ameno! Es de una simpatía extraordinaria. ¿No le parece a usted?



Don Andrés se restregó la nariz, enderezándose en su asiento.

—¡Simpatía extraordinaria! —gruñó ásperamente—. Siempre estás tú con tus frases hechas. Baroja es para mí el novelista más grande de la lengua española en este momento. ¡Qué manera de decir las cosas! Y nada de tonterías ni de palabras de diccionario. Ha llegado a escribir como habla, como conversa la gente, con una sencillez maravillosa. A mí me parece, cuando lo leo, que me he encontrado con un amigo que sabe conversar sabrosamente, con toda la enjundia de la vida. Esos sí que son novelistas, ¡caramba! Los libros de literatura narrativa se han hecho para refrescarnos el alma. No para dejarnos adentro un laberinto de ideas o palabras raras. Discúlpennos ustedes, que son intelectuales, pero ésa es mi opinión. Lo demás, puras pamplinas. ¿Vamos, Sylvina? Perdóneme usted, Juan, que he estado como un cerdo recién comido. Pero la verdad es que no ando muy bien. A ver si mañana o pasado volvemos por acá.

Salió Suárez y traspuso la puerta antes de Sylvina. Esta se detuvo un instante y otra vez, con voz lenta y dulce, le dijo:

—Chao, Juanito...

Se tocó los labios con la punta de los dedos y le envió el signo de un beso, como si le dejara algo de la luz de sus ojos.

Le parecía a Juan que, apenas ella trasponía la puerta, entraba una densa sombra en la habitación. Se quedaba, entonces, oyendo el rumor asordado de la ciudad. Los motores de los micros y camiones que rugían. Estridentes alaridos de bocinas que se repetían hasta lo infinito. En su recogido silencio, aquello se le hacía insoportable. Hasta que de pronto emergía la voz de unas armoniosas campanas, que dominaban todo aquel tumulto de ruidos y que a veces le resultaban peor, pues lanzaban largos latidos de tristeza. El árbol azul seguía meciéndose en el jardín. En la luz que se extinguía lentamente, las flores adquirían un matiz desteñido, como signo de la sombra que le llenaba el corazón.

Una de esas tardes, cuando hacía apenas unos instantes que don Andrés y Sylvina se habían marchado, Juan oyó unos pasos ágiles que venían a lo largo del corredor. Era

ella, Sylvina, que penetró en la estancia, mirando hacia el rincón en donde había estado sentada.

—Se me quedaron mis guantes —murmuró sin mirarlo—. ¡Ay, mire dónde los dejé!

Se volvió un instante a contemplar a Juan y le dijo:

—¿Por qué esa cara de tristeza? ¿Le disgustó nuestra visita?

—¡Qué ocurrencias! ¿Puede usted creer tal cosa?

—Así me estaba pareciendo, que no podía ser —dijo ella rápida y evasiva, en actitud de marcharse—. Bueno, adiós, Juanito. Va a estar muy contento, ¿verdad? Me voy pensando en usted.

—¡Venga, Sylvina, por caridad, venga!

La voz se le desgarró de ansiedad. La joven miró inquietamente y con súbita decisión avanzó hasta el borde del lecho, inclinándose para darle un beso. Un beso tibio y dulce que le penetró hasta la entraña. La lengua, suave y cálida, se quedó un instante en su boca, y la sintió como si fuera una posesión. Como si sus sexos se hubieran unido en un súbito y delicioso espasmo.

Huyó, en seguida, como un joven y travieso animalito y, desde la puerta, le envió otra vez un beso, diciéndole:

—¡Chao, chaito, amor!

Cruzó corriendo la galería, encendida de sol poniente y llegó hasta el auto en el momento en que don Andrés se instalaba.

—¡Vaya! —le dijo, mirándola de soslayo, con un matiz de ironía en la voz—, tan pronto volviste. Creí que te quedarías un rato pololeando con Juan.

Sylvina le lanzó una rápida mirada, y se arrinconó en silencio, poniéndose los guantes con intencionada lentitud. Después le dijo:

—No creo que tenga usted motivo para que me diga cosas así, ni siquiera en broma.

Suárez estiró el labio para replicarle con desabrida sonrisa:

—El motivo es lo de menos. La cuestión es que la broma tenga su gracia. Si no le encontraste gracia, quiere decir que la cosa es peligrosa. O no, dices tú...

Volvió Sylvina lentamente el rostro hacia su marido, como si quisiera columbrar, en algún detalle, su oculta intención. Pero Suárez mantenía su actitud de indiferencia.

El auto había tomado la costanera y desde allí se divisaba el paisaje paupérrimo de las orillas del río y luego los flancos arbolados del cerro San Cristóbal.

—Hay que ayudar a este niño —murmuró Andrés Suárez—. Está muy solo. Y es una gran persona. Un hombre de sentimientos delicados. ¡Qué cosas tan raras son las que les ocurren a algunos seres! Ahí tienes tú: este hombre que es culto y digno, que es un señor por donde lo miren, tiene la suerte del perro. Lo abandona su mujer para casarse con un pijequito de mala muerte. Cuando debía haber vivido orgullosa de tener un marido como Juan. Bueno, qué otra cosa se espera del criterio de una mujer. De una mujer, digo mal, de todas las mujeres. No les interesan nada más que las cosas frívolas y estúpidas de la vida...

—Gracias —exclamó Sylvina, recogiendo las piernas, para no tocar a don Andrés. Se acomodó en el asiento con los ojos duros y fijos y con los labios apretados, como si quisiera detener las palabras que pugnaban por escapársele. Después rió sarcástica y exclamó con punzante retintín—: Está divertido usted. Parece que estuviera repitiendo lo que dijo ese idiota resentido que se llamaba Schopenhauer. Por algo lo diría, no cabe duda.

Suárez la miró con desdeñosa fugacidad. Después se volvió hacia el río para quedarse absorto contemplándolo:

—Claro que por algo lo dijo —prorrumpió al fin—. Pero no me dirás que no tenía razón. Toda la razón del mundo. Porque las mujeres tienen menos cerebro que un chincol. Son tontas en su egoísmo, estúpidas en su mezquindad, far-santes en sus alardes de finura y sensibilidad. Con razón, los orientales y muchos pueblos de occidente no les asignaban mayor categoría que la de una esclava, destinada a proporcionar placer después de los trabajos y de las batallas. La mujer, en realidad, no tiene otro papel que el de vehículo para prolongar la especie.

Sylvina le oía con los rasgos muy marcados en su rostro. Era como si le hubiesen salido a flor de piel muchas aristas que habitualmente no se advertían en su cara. Le tembló ligeramente la voz cuando dijo quedamente:

—¿Usted se ha olvidado, Andrés, que tuvo una madre?

—¡No! —contestó éste como un disparo súbito—. No me he olvidado. Pero yo estoy generalizando, no hablando en particular. Además, ten en cuenta que yo no puedo juz-

garía. Para mí fue un ser adorable. Pero no puedo asegurarte que era un ser perfecto. ¿Puedo acaso discutir sus cualidades? Me parecería monstruoso. De manera que tu alusión es bastante desatinada.

—Sí, Andrés, eso es seguro. Pero no se olvide de que habla con una mujer.

—¡Ya lo creo! —exclamó Suárez exaltadamente—. Ya lo creo. Y con una mujer con todas sus fallas. Porque tú no sabes lo que es la franqueza. Tú no tienes el impulso de la generosidad, de la suprema alegría de dar algo para recibir algo. No lo sabes, no se te ocurre, no lo entiendes, no tienes idea de ello. Y te lo digo así, brutalmente, porque debes reaccionar como ser humano. No como un ser forjado en una máquina.

Sylvina suspiró, lanzando una delgada hebra de humo de su cigarrillo inglés. Tenía el semblante hierático y el labio inferior ligeramente estirado, en un signo desdeñoso. Abrió la cartera para guardar el pañuelo y después dijo acerbamente:

—Por desgracia ya no me pueden hacer de nuevo. Me parece que no hay poder humano capaz de transformarme. Ya no me pueden volver a meter en la máquina.

—Sí que lo hay. ¿Por qué no? Eso depende, exclusivamente, de ti. No creo que haya una criatura humana que no sea susceptible de cambiar su manera de ser. Depende de su voluntad, de la emoción que le dejen los acontecimientos de la vida. Tú, con más razón que nadie, porque has tenido la firme voluntad de cultivar tu espíritu. Te gusta leer, oír música, y estás todos los días viendo exposiciones de pintura. Tú que haces eso, ¿crees que el arte es el producto de la indiferencia, del desamor, de la falta de piedad? No, mi amiga. El arte es el producto de la vida, vivida intensamente. Yo que soy un salvaje, un hombre sin cultura, me doy cuenta de ello. Tú, en cambio, haces la comedia de la sensibilidad, y la verdad es que a ti no te conmueve nada. Excepto lo que se relaciona contigo misma.

—Total y resumiendo —comentó ella con sombrío acento burlón—, resulta que soy un monstruo. La conclusión es muy agradable y muy exacta, según la descripción suya. Vuelvo a darle las gracias.

—No te lo digo para que me des las gracias. Te lo digo para que te enmiendes. Y óyeme esto, antes de que dejemos

una conversación que, en realidad, es bien antipática para ambos. Yo entiendo que no hay ningún acto generoso cuando se realiza para halagar la vanidad. Conozco gentes que ofrecen comidas fastuosas, que hacen regalos opulentos. Y que son incapaces de darle un peso al que lo necesita con urgencia. Tú te has olvidado de lo que es la vida dura y desamparada, acaso estás expuesta a seguir ese camino. Ten cuidado, Sylvina. Yo te estimo mucho y no me gusta verte en ese plan de vida. No me gusta. La vida hay que vivirla con sencillez y con verdadera emoción. Lo demás no es nada más que farsa. La farsa del nuevo rico, que no sabe ser señor de veras. Que no sabe dignificar el empleo del dinero, porque le falta espíritu.

—Todos hacemos comedia —exclamó Sylvina con dureza—, todos. Usted también en algunos casos.

—¿Ah, sí? —exclamó a su vez Suárez—. No me había dado cuenta. Puede ser. Puede ser. No acierto a determinarlo. Me gustaría que me lo señalaras...

Sylvina le miraba un tanto irresoluta. Con el codo apoyado en el brazo del asiento, sujetaba con su linda mano, grande y fina, la larga boquilla de marfil, golpeándola levemente en el cristal de la portezuela.

—Sí —anotó con voz insegura—, entre otras manías, usted está siempre haciendo alarde de su incultura. De que jamás lee un libro. ¿No le parece que en eso también hay vanidad?... A mi juicio, eso equivale a hacerle creer a la gente que todo lo que usted habla y opina son estimaciones exclusivamente suyas. Y nadie deja de recibir algún influjo en sus lecturas. A mi juicio, ésa es una conclusión a la cual hay que llegar. Eso no quiere decir que yo dude de su inteligencia. Por el contrario, sé que la tiene. Y en alto grado.

—¡Vaya! ¿Y sabes que tienes razón? —rió Suárez sarcástico. En seguida añadió—: ¿Pero tú no te has fijado en que yo soy un viejo sin ilusión, sin otra esperanza que la de la muerte? ¿Acaso me cabe otra perspectiva? ¡Quién sabe si también procedo egoístamente! Ojalá que no fuera así. Tengo el palpito de que no haré huesos demasiado viejos, y me gustaría ver un poco de alegría a mi alrededor, si es que con el dinero se puede conseguir tal cosa. Y en cuanto a lo que me observaste, lo tendré bien presente. Ya lo verás.

Llegaban, y Sebastián, el chofer, hizo una rápida ma-

niobra para enfrentarse con el portón de rejas, mientras tocaba la bocina. Un perfume húmedo y fino los envolvió al entrar. Rosas, claveles, alhelies, hortensias. El auto se detuvo bajo una pérgola de rosas rojas. Un zorzal los saludó, al bajarse, con un largo trino que se quedó vibrando, suspendido en la ondulación de una rama alta. Sylvina se quedó contemplando la cordillera y no pudo retener una exclamación admirativa:

—¡Qué maravilla de atardecer!

\*  
\*  
\*

Juan Alsina estaba extrañado de no saber nada de Rosa Eulalia. Había encargado a la enfermera que hablase por teléfono, para avisarle que él estaba en el hospital. Cuando la enfermera dio el recado, contestaron que le avisarían a la señora, que en esos momentos andaba afuera. Sin embargo, Rosa Eulalia no daba señales de vida. ¿Qué le pasaba? Le era imposible creer que ella se despreocupase de su persona, sabiéndolo enfermo en el hospital. ¿Qué podía ocurrir? ¿Acaso aquellos amores tan turbulentos eran la causa de su desatención para con él? No podía ser. Rosa Eulalia tenía demasiado corazón para conducirse en esa forma.

Decidió, entonces, escribirle una carta. Mas tampoco obtuvo respuesta. Todos los días, cuando alguien se asomaba a su puerta, creía ver aparecer la graciosa silueta de su amiga. Y nada. Pasaban los días eternos y sólo aquellos en que aparecía Suárez con su mujer los sentía más breves. Después de aquella tarde en que Sylvina le habló del cuadro, volvió a verlo dos o tres veces. No lo trajo ni le habló de él. Parecía haber olvidado totalmente su ofrecimiento. Y esto le dolía a Juan, no por lo que el cuadro valiera, sino por lo que significaba como expresión de cariño. Una tarde, sin siquiera darse cuenta, y en el momento en que don Andrés había pasado al baño, le preguntó súbitamente:

—¿Y no ha visitado alguna exposición, Sylvina, en estos últimos días?

—No, no he salido. Hemos tenido algunas visitas y, además, he estado muy floja para levantarme. Lo que pasa es que leo hasta muy tarde y después me cuesta dor-

mirme. El sueño me viene en la mañana y a veces despierto a las once del día. En bañarme y vestirme, me dan las doce. Es una barbaridad. Andrés tiene razón, a veces, cuando me sermonea por eso.

—Levántese temprano, Sylvina. Hace bien para la salud del cuerpo y del espíritu, y venga a verme usted sola un día. ¡Qué alegría me dará con ello!

Sylvina se ruborizó. Permaneció en silencio y después dijo dulce y tierna:

—Sí. Eso lo vamos a ver.

Entraba en ese momento don Andrés y, entonces, Sylvina agregó, con tranquila naturalidad:

—Si Andrés lo desea y tiene tiempo, por mí no va a ser el inconveniente.

—¿De qué se trata? —preguntó Suárez, distraído.

—De un paseo —contestó Juan—. Le decía a Sylvina que podríamos ir a Viña o a Algarrobo algún fin de semana, luego que yo me levante. Para un convaleciente, imagínese lo agradable que sería ir en compañía de ustedes.

Don Andrés se quedó un instante mirando hacia el jardín. Después se volvió hacia Alsina y le contestó:

—Ya lo había pensado yo. Me proponía convidarlo a Algarrobo o a Constitución, la próxima semana. Porque, para entonces, ya estará bueno como para bailar el mambo. ¿No es así?

—Ojalá —repuso Juan, suspirando con cara de aburrimiento—. Ojalá. Sin la compañía de ustedes y la esperanza de verlos, creo que me hubiese ahorcado. Porque leer es bueno a ratos. Después uno se cansa de una manera espantosa.

—Fíjese que a mí no me pasa eso —comentó Sylvina—. Yo creo que podría estar meses en cama. Con buenos libros a mi lado, no me aburriría en absoluto.

—Eso cree usted —dijo Alsina—. Pero a la larga, cansa, y uno se fastidia a más y mejor. Uno necesita andar por la calle y sentir el contacto de la vida. ¿No cree usted, don Andrés?

—Sin duda, ya lo creo. A uno le parece que todo lo que hace la gente que entra y sale es de un interés extraordinario. Es la sensación de la vida en acción. La inercia obligada causa en el ánimo un tremendo hastío.

Sylvina insinuó una débil sonrisa. Desplegando un dia-

rio que tenía al alcance de la mano, habló sin ánimo de discusión:

—Así debe ser. Las mujeres no saben lo que opinan. Lo triste es que nunca llegan a tener la inteligencia del hombre.

—¿Por qué no? —dijo Alsina—. No creo que por una opinión tan simple se pueda sacar una consecuencia tan deplorable.

Don Andrés lanzó una carcajada. Le guiñó el ojo a Juan y luego explicó:

—Es que Sylvia está picada por ciertas opiniones mías con respecto a las mujeres. Es posible que me equivoque. Pero creo que alguna razón tengo.

—Ya me lo figuro —comentó Juan—. Pero usted es demasiado apasionado, don Andrés. Y la pasión enardece, induciendo a la arbitrariedad.

—Ya lo creo —le animó Sylvia—, ya lo creo. Muy bien dicho, Juanito; déle fuerte a este hombre, que siempre habla creyendo poseer la razón.

—No creo eso; jamás lo he creído. Cuando hablo doy razones. No hablo a tontas y a locas. Por lo demás, Juanito, no olvide usted que sin pasión no se hace nada. Los seres fríos, congelados, jamás construyen nada. Por el contrario, como son astutos y arteros, siempre están inclinados a destruir.

—Muy discutible el asunto —replicó Juan—. Pero de ahí a negarles a las mujeres todos los atributos superiores que alcanza el ser humano, me parece que hay un universo de distancia, don Andrés. Y quién sabe si somos los hombres los grandes culpables de que ellas se hayan quedado un poco atrás en su evolución espiritual. En todos los tiempos y en todas las razas, la mujer fue un poco esclava del hombre. Eso la obligó a la simulación, a desvirtuar su verdadera personalidad. La obligó a mentir, para defender su fragilidad física. Y la incitó a emplear recursos tal vez sinuosos. Si usted quiere, para atraer, para provocar interés. La belleza y la ternura, que vienen a ser sus atributos primordiales, el hombre los aprovecha en sus momentos de trance. La inteligencia en ella tiene otro campo de acción. Por lo menos hasta ahora, en que se sienten impulsadas a asumir responsabilidades que les fueron ajenas durante siglos de vida civilizada.

—No deja de tener razón usted —asintió Suárez con



sonrisa irónica—. Pero el asunto es otro, mi amigo. Yo pienso que la mujer vive siempre haciendo el papel de actriz. En este aspecto es donde se nos evade. Jamás se sabe cuál es su verdadera manera de pensar. O de no pensar. Discutimos con ellas durante horas enteras, y cuando creemos que están totalmente convencidas, nos lanzan el argumento del primer minuto de la discusión. ¿Qué revela eso? ¿Acaso inteligencia superior? ¿Conciencia para captar la realidad? ¿Pasta sensible, fácil de impregnarse emocionalmente? Me parece que no. No cabe duda de que eso es vanidad o un fenómeno de impermeabilidad rebelde a muchos atributos del espíritu, que contribuye a que la vida sea bella. La incomunicación de los espíritus es un camino lleno de piedras, de baches, de hoyos. No sé si me explico.

—¡Usted siempre se explica bien! —rió Sylvina en tono de zumba—. Pero no le es tan fácil a una mujer aprender aquello que es necesario para un buen entendimiento.

En ese momento entró la enfermera, trayendo sus menesteres para ponerle una inyección al enfermo. Las visitas se pusieron de pie para marcharse. Alsina le retuvo la mano a Sylvina, diciéndole:

—No es broma discutir con don Andrés. Es un hombre que en su anhelo de poseer la felicidad aún no renuncia a nada de lo que puede ofrecer la vida.

Ella se rió, como una chiquilla de doce años, y le habló con ligereza:

—Es un viejito mañoso. No se contenta con nada. Como son todos los hombres. Chao, Juanito. ¿Cuándo se levantará usted?

—Creo que en dos o tres días más.

Hacia apenas unos instantes que se había marchado la enfermera, cuando Juan oyó que avanzaban por la galería unos pasos ágiles y breves. Se quedó con el corazón anhelante, escuchando, con la idea de que Sylvina podía haber vuelto a verle, después de dejar a su marido.

La persona que llegaba se detuvo apenas un segundo en el umbral y, al asomarse tras el biombo, lanzó un contenido grito, avanzando en seguida casi de un salto hasta el borde del lecho.

—¡Juan! ¡MI hijito! ¡Pero, por Dios! ¿Qué es lo que te pasó, mi amor? Qué barbaridad, y yo sin saber que estabas

enfermo. Pobrecito, cómo te habrá extrañado que no viera a verte.

Lanzó a los pies de la cama su cartera y un pequeño paquete, y se sentó al borde de ella para cogerle la cara, rodeándola con sus brazos. Lo miró con ojos húmedos de ternura y luego lo besó en los ojos y en la boca. Era un beso de madre o de hermana, tal vez. Alsina experimentó la sensación de que por fin llegaba hasta él un ser que se interesaba verdaderamente por su persona.

—Rosa Eulalia —murmuró conteniendo su emoción—. ¡Qué alegría siento de verte! ¡Qué gusto tan grande, mi hijita! No te puedes figurar la inquietud que he sentido todo este tiempo de mi permanencia aquí, en el hospital, sin saber de tí. Tenía la certeza de que serías la primera en venir.

La joven se enderezó, sentada junto a él. Juan Alsina se quedó contemplándola y entonces se dio cuenta de que su amiga había enflaquecido en forma alarmante. En sus ojos veíase una luz de tristeza, y los rasgos de su rostro se habían acentuado de tal manera, que, sin llegar a afearla, daban la impresión de una persona enferma.

—Pobre amigo mío —dijo con la voz ronca y quebrada por la emoción—; pobre, mi amor. Hemos estado enfermos los dos. Acaso a punto de irnos de este mundo, sin ni siquiera saberlo. Imagínate que sólo he venido ayer tarde a leer tu carta. Ayer, que he vuelto a la razón, ayer no más que he abierto los ojos para mirar de nuevo al mundo. Para saber que la vida tiene aún algún interés.

Juan la contemplaba, sin atreverse a pronunciar las palabras que le estaba formulando *in mente*. Rosa Eulalia lo miraba, ahora en silencio, y en sus ojos tristes asomaba la congoja que entenebrece su alma. De súbito, unas lágrimas grandes que surcaron sus mejillas la traicionaron. Fueron superiores a su voluntad, a su rebeldía.

—Rosa Eulalia —le dijo tiernamente Juan—, no tengas pena. No te aflijas de ese modo. ¡Oh Dios mío, qué diera yo por verte alegre, porque se disipara ese dolor!

Rosa Eulalia, sin limpiarse los ojos, sollozaba con el mentón pegado al pecho. Un gemido largo, como el dolor de una herida, la desgarraba. Juan sacó un pañuelo del cajón de su velador, y acercando la cabeza de aquella mu-

jer, despedazada por el sufrimiento, le fue secando con amorosa delicadeza las lágrimas.

—Gracias, Juanito; gracias, mi hijo. Perdóname, pero déjame llorar, deja que salga un poco toda esta amargura que tengo adentro. Eres el único ser que en este mundo me quiere. Acaso ni mi madre me ha dado pruebas de cariño como lo has hecho tú. Porque ella no me entiende. Pero tú sabes, Juan, que no es la satisfacción del sexo la que da la felicidad, únicamente. Sin espíritu, sin generosidad, no existe nada, mi amor. ¡Nada! Me siento incapaz de sufrir del modo que sufro. Hubiera sido mejor morir. Pero, ahora, créeme, mi hijito, me alegro de que no haya sido así. Y es porque tú me necesitas, como yo te necesito a ti. Tú necesitas de mi amparo más que mi propio hijo, que tiene a su padre que mire por él.

Seguía llorando como una chica y le miraba con una cara de desesperación y a la vez de ternura. Entre sus lágrimas, prosiguió:

—¡Pobre, mi niño bueno! Tendrás cien años y seguirás siendo un niño. Oye, ¿por qué no nos quisimos con amor de amantes? Qué cosa tan rara fue esta que nos pasó. Y entonces, acaso, hubiéramos sido felices. Hubiéramos sentido que la vida era buena, como un sueño delicioso e interminable.

Calló un instante y luego exclamó:

—¡Qué tonterías digo, Juan! Pero qué otra cosa se puede decir cuando una ni siquiera puede pensar, porque sus pensamientos, incluso, se los avasalló alguien que no sabe valorizarlos. Alguien que sólo conoce el amor de las bestias que se patean después de poseerse. ¡Oh querido mío!, ¿por qué tuve yo esta suerte? Ah, quién sabe cuántas maldiciones me echaron aquellos con quienes jugué, sin darme cuenta de lo que es el amor.

Pasaba lentamente la crisis de llanto. Rosa Eulalia cogió las manos de Juan y las llevó a sus labios.

—Estuve a la muerte, Juanito. Me tomé un tubo entero de no sé qué tabletas para dormir y morir. Pasó una semana entera sin que yo supiese cuál era mi destino, sin darme cuenta de mi existencia. Oye, tú que eres un corazón sensible, sabrás lo que es el tormento de las horas siniestras y espantosas, de clamar en el desierto, ante la voluntad inflexible de un ser sádico, que goza con el sufrimiento aje-

no. Que se deleita en torturar a quien le entregó su vida y su alma como poseído por una enfermedad sin remedio.

—Pero tú has estado loca, mi pobre amiga. ¿Cómo es posible que una mujer tan alegre, tan optimista, tan dichosa de vivir, haya podido llegar a tales extremos? ¿Por qué no te acordaste de mí? Seguramente, desahogándote de tus cuitas, no hubieras hecho un disparate semejante.

Rosa Eulalia se quedó un largo rato meditando, con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Tenía el rostro ajado y marchito y una profunda arruga en la frente. Después alzó la cara y se quedó mirando hacia afuera.

—Qué bonito es ese árbol —dijo melancólicamente—. Parece que estuviera diciendo un verso cada vez que se agita. O despidiéndose... Pero mira, Juanito, es que en realidad una tiene que estar poseída por el demonio cuando hace disparates tan grandes, como los que yo he hecho. Imagínate: este salvaje, después de aquel día en que nosotros estuvimos almorzando juntos, me llamó por teléfono, para decirme todas las brutalidades que se le pasaron por la cabeza. Es un histérico, un poseído por el demonio, un animal en quien sólo obra el instinto. Tal como yo te lo dije, ese día anduvo por todo Santiago buscándome. Me llamó por teléfono cada media hora a mi casa. Fue al departamento y quebró y despedazó cuanto pudo, dejándome un papel, en el cual me decía horrores.

"Tú comprendes que esto no podía ser. Le dije a Tristán que me sentía muy mal de los nervios y que me iba a Valparaíso por unos días. Pero antes de que ocurriera eso, hablé con él por teléfono y traté de disuadirlo del error en que estaba. Todo fue inútil, totalmente inútil. Cada vez que te nombraba para explicarle el grado de amistad que me ligaba a tí, me interrumpía gritándome: "Sí, sé a quién te refieres. Sé que es de tu amante de quien me hablas. ¿Por qué no lo dices con franqueza? En tu perfidia no te das cuenta de que lo traicionas a él y a mí". Le grité que era un imbécil, un verdadero asesino, y disparé el teléfono. Pues bien, a la media hora volvía a llamarme para torturarme, para hacerme llorar a sollozos. Logré que fuera al departamento y allí me humilló todo lo que tú ni siquiera puedes imaginar. Le supliqué de rodillas que me oyera con calma, que atendiera a mis explicaciones. Traté de provo-

carlo, a fin de que la satisfacción del deseo lo calmara. ¡Nada! Me rechazó, diciéndome, oye..., diciéndome, oye, Juanito, diciéndome que no era nada más que una puta... "Anda a darle esas explicaciones a tu amante. Anda a dárselas a él. Conmigo no tienes ya nada más que hablar."

"Sentí que en medio de mi desesperación me poseía una especie de vértigo, de frenesí. Abrí la ventana para lanzarme por ella, para terminar con ese dolor del alma, que es más fuerte que todos los dolores físicos. Y al mirar esos fierros oxidados, esos bloques de cemento chorreados de humedad, ese hoyo de luz muerta, me sujetó un pavor infinito. Me vi con la cabeza aplastada, deshecha, con las piernas rotas, en medio de un charco de mi propia sangre. ¡Oh Juanito, qué inmensamente infeliz es el ser humano a veces! Estuve llorando a gritos, no sé cuánto tiempo. Me sentía tan humillada, tan vejada en mi condición de mujer. No tenía fuerzas ni siquiera para levantarme del suelo, en donde estaba tirada, temerosa de que volviera el amo a castigarme de nuevo. Afuera, desde una ventana próxima, salía de una radio una voz de mujer que cantaba: *la española cuando besa... es que besa de verdad...* Se me quedó pegado el disco ese. Siento que me tiritita el cuerpo cuando lo oigo. Es como si reviviera aquellas horas espantosas.

"No sé cómo atiné a arreglarme el pelo y a pasarme la esponja por la cara. Salí hasta la Plaza Italia, y las luces de los autos me marearon de tal manera, que no pude tenerme de pie. Tuve que sentarme en un banco de piedra, para despejarme un poco.

"De pronto recordé que andaba en auto y no supe dónde lo había estacionado. Me puse a caminar como una sonámbula por la orilla de una acera. Un tipo se detuvo un instante a mi lado, para decirme: "Sígueme, mi hijita. Mi auto es ese rojo que está ahí en la esquina de Ramón Carnicer. Apúrese".

"Debió tomarme por una patinadora de esas que llaman "automovilistas" y que, según le he oído a Tristán, se pasean por la orilla del Parque Gran Bretaña. Por suerte un acomodador me divisó y me dijo: "Señora, está por este otro lado su coche. En seguida voy a ayudarle a salir".

"Caminé oscilando, como si a ratos la acera se convirtiera en un cilindro por encima del cual me encaramaba, haciendo equilibrios para no caerme. Sentía la cabeza con-

gelada, sin capacidad para pensar, y en el corazón una sensación de hielo tan terrible como debe ser el frío de la muerte. En una especie de recuerdo deshecho, en una espesa bruma, recordé mi auto: "Es el auto rojo que está allí en frente, en la esquina de Ramón Carnicer".

"Era la misma voz del hombre que me tomó por patinadora. No, no era rojo mi auto. ¿Era azul claro o gris claro? Recordé, entonces, la voz gutural y monótona de una muchacha que se volvió loca, al lado de mi casa. Pasaba todo el día hablando cosas incoherentes y repetía: "El auto es color guinda seca diluido". ¿Diluido? Qué raro y divertido me pareció aquello. Color guinda seca diluido... Sí, era realmente gracioso, por lo disparatado. Y en estas cavilaciones absurdas iba, cuando oí de nuevo al acomodador que me gritó extrañado: "Para dónde se va pasando, pues, señora. Si está aquí su coche".

"¿Es el auto rojo de la esquina?... Color guinda seca diluido. En realidad me estaba yo volviendo loca. Me costó un triunfo encontrar las llaves, y cuando me senté frente al volante, me invadió un mortal desmayo.

"—Salga no más, señora. Tirese por este lado, sin temor.

"Le hice una seña para que se acercase y le alargué un billete.

"—Tengo que esperar a una persona —le dije.

"Después del llanto, después de aquella horrible sensación de mi propia muerte, mirada desde la ventana, y luego de la sensación de abandono definitivo, sentía mi cuerpo lastimado por dentro y por fuera. Me quedé embelesada mirando un alto aviso luminoso, rojo y verde, que se encendía y se apagaba en la esquina de Providencia. A ratos, el recinto iluminado del teatro se me imaginaba una alegoría estrafalaria. Algo así como un plataforma resplandeciente, por donde caminaban lentas las personas para deslizarse, en seguida, como por un tobogán. Tenía la boca amarga, y en la región vesicular, un dolorcillo agudo que me repercutía en la cintura. "Bueno —pensé—, a este paso voy a pasar la noche aquí."

"Recordé que ni siquiera había almorzado. Estaba tan ocupada atendiendo mis amores contrariados, que no sentí hambre ni sed. Pero ahora me poseía una gran fatiga. Entonces descendí del auto y me fui a tomar una taza de té al mesón del restaurante. Me comí un *sandwich*, que devoré

con deleite. "Las penas con pan son buenas —monologué—. Si me ve aquí mi adorada bestia salvaje, va a creer que estoy esperando a mi amante, o a otro de los muchos que debo tener, de acuerdo con el calificativo que, en su acceso de hidrofobia, me dio." Me sentí reconfortada, y cuando regresé al coche, venía con los ojos muy despejados. En un instante, sin la ayuda del acomodador, salí disparada y llegué a mi casa sin la más mínima dificultad. Por suerte Tristán no había llegado aún. Ni siquiera lo oí cuando entró a la pieza. Pero desperté muy temprano, y con una sensación de pena espantosa. Era como si todo mi cuerpo experimentara ese dolor, que me laceraba desde la cabeza hasta los pies. Y, entonces, no pude reprimir el llanto, un llanto que me hacía retorcerme entera y me impulsaba a lanzar alaridos de desesperación.

"En ese tormento vi cómo amanecía lentamente. Oí el canto dulce de los pájaros y los lejanos pitazos que lanzan motores, que sólo Dios sabe en qué rincón de la ciudad estarán. Después oí al niño que lloraba, regañando con su "mama", y aproveché esta circunstancia para ir a su pieza a verlo.

"Estaba molesto e inquieto el pobrecito. Se sentó en la cama, extrañado de verme junto a él. ¡Qué mal me había portado con mi niño! Con él, que era parte de mi misma vida. Restregándose los ojos llorosos, se quedó mirándome con gran curiosidad.

"—¿Qué tienes, mamita? —me dijo—, ¿qué tienes? Te encuentro más flaca, mamita. ¿Qué te pasó?

"Lo cogí entre mis brazos, poseída de ternura y de remordimiento. ¡Mi hijo! "Qué bruta soy —me dije—. También soy una bestia igual a aquel otro canibal."

"—Duérmete, mi amor —le dije—, duérmete. ¿Qué sientes? ¿Por qué no puedes dormir?

"—¡Ay, mamita, si es que me pica una cosa aquí en la espalda! Y me arde, mamita. La mama Chayo dice que son mañas. Pero me pica, me duele, mamita.

"Encendí la lámpara alta y le revisé cuidadosamente la camisa. Oye, Juanito, te juro que me dieron deseos de asesinar a esa mujer. En los pliegues de la camisa el niño tenía dos inmundos y asquerosos bichos. ¡Qué horror! Hasta los piojos se estaban comiendo al hijo de mis entrañas, mientras yo andaba en aventuras de amor. Con un gruñido

de perra brava, ordené a la muchacha que me pasara alcohol y le sacara ropa limpia. Ni siquiera me atrevi a reprenderla. ¿Con qué derecho, cuando yo, que era su madre, dejaba a mi hijo abandonado?

"Estuve esos días en una tensión nerviosa terrible. Temiendo por minutos y horas que le aparecieran al niño los indicios de la fiebre. Por otro lado, mi inquietud llegaba a ratos al paroxismo. La campanilla del teléfono me hacía dar cada vez un salto, y sentía que algo así como el filo de un vidrio me hería las arterias. Y luego todos los autos que pasaban por la calle tenían bocina igual a la del coche de ese bandido. De ese calabrés. A ratos resonaba largamente el timbre. No podía reprimirme y salía de mi dormitorio convertida en una fiera, a gritarles a las empleadas que fueran a abrir.

"—¿Pero que son sordas ustedes?

"Es tan salvaje ese hombre, que es muy capaz de venir aquí mismo a armarme la gran escena. ¡Qué otra cosa puedo esperar de él!" En el fondo, deseaba ardientemente que fuese él. Me parecía divisarlo con los ojos fulgurantes, con el rostro congestionado y los labios temblorosos.

"Y cuando la muchacha abría la puerta, aparecía un hombre con unas cebollas en la mano que gritaba estentóreo:

"—Va a querer cebollas, porotos nuevos, zapallos dulces...

"Sentía el impulso de salir corriendo a darle de palos. Oyeme, Juanito, todo eso es como para enloquecer. Afortunadamente, al niño no le pasó nada. Casi sentí gratitud por aquellos honorables "rincotos", como los llaman en el texto de zoología. Pero aquel sobresalto permanente, aquella ansiedad de todos los minutos, se me fue haciendo intolerable. Dormía envuelta en una especie de pesadilla, bajo la acción de los narcóticos que tomaba a diario. No podía tragar la comida. Ese té del desayuno, que para mí era delicioso, lo sentía ahora como un trago amargo, insufrible. A la hora del almuerzo, la comida me provocaba el asco de algo nauseabundo. Y aquel bruto, aquel canalla, ahora permanecía en silencio. Sabía que me estaba muriendo de desesperación y prolongaba el martirio, para obligarme a que fuera otra vez a humillarme ante él. A suplicarle, llorando a sollozos, que no siguiera prolongando aquella espantosa tortura.



Rosa Eulalia se puso de pie, para llenar un vaso de jugo de naranjas, del jarro que tenía Juan sobre el velador.

—Mi hijito, le estoy tomando su jugo. Perdóname. ¡Y no te traje nada! Pensando sólo en verte sali disparada. Además te estoy lateando en forma espantosa. Dime, ¿estás muy aburrido con mi cuento? Oye, pero es que no tengo a nadie con quien desahogarme.

Juan sonrió, y cogiéndole una mano se la besó.

—Pobrecita. ¡Pobre amiga querida! No sabes cuánto me duele lo que me cuentas. Lo que me preocupa es que eso te siga haciendo sufrir. Pero si descansas confiándome tu pena, sigue, por favor. Me parece que es horroroso padecer de esa manera. ¿Por qué los seres humanos son tan crueles cuando se saben queridos de ese modo?

—Todo amor prohibido —prosiguió Rosa Eulalia— no es nada más que una gran amargura. Yo creo que los recién casados son los únicos felices. Se aman y se desean. Cuando riñen, no alcanzan a conocer lo que es el sufrimiento del amor. Por la noche se encuentran en la cama y entonces se desahogan. Su organismo vuelve a su ritmo natural. Se poseen con la tranquilidad que les confieren la Iglesia y el oficial civil. Pero esto otro es una llaga virulenta, es una horrible quemadura. Mi vida ahora es un eterno desvarío. Porque nunca sé lo que va a hacer, instantes después de sus protestas de amor, este hombre.

”En esos días yo no podía respirar. El aire no me entraba a los pulmones. Las ideas no seguían su curso normal dentro de mi cabeza. Me fui a Valparaíso y allí estuve encerrada en una pieza de hotel, sintiendo a cada instante el deseo frenético de llamarlo por teléfono. De decirle, de rogarle, de suplicarle que fuera a reunirse conmigo. Pero no me atrevía. Por las noches salía a vagar por las calles. Subía, a veces, a los cerros, y caminaba por todos aquellos vericuetos y encrucijadas hasta quedar extenuada. Otras veces me sentaba en una plaza, en donde el aire del mar me calmaba. Permanecía allí hasta sentirme aterida. Una noche se me sentó al lado un tipo bastante simpático. Me buscó la conversación, y yo, al principio, le contesté con monosílabos. Hasta que me interesó. Era ingeniero de la marina mercante y había andado por medio mundo. De repente me preguntó:

”—¿Usted, quién es?

"Yo me rei por lo súbito de la pregunta, y le respondí con tono desabrido y desconcertante:

"—¿Yo? Una mujer... Ya lo ve usted.

"—Sí —dijo él—, ya lo veo; pero una maravillosa mujer. Tiene en su cara las huellas de un gran sufrimiento. ¿Acaso penas de amor?

"Me volví a mirarlo. Era un hombre moreno, de rostro enérgico y de ojos penetrantes. Estaba vestido con un traje gris y una corbata oscura. No usaba sombrero, y el pelo, ligeramente revuelto, le daba a su rostro una atracción singular.

"—Si así fuera —le contesté—, ¿qué interés tendría para usted una confesión mía?

"—¿Por qué no? La vida siempre es interesante.

"—Según como se viva...

"—Naturalmente. Pero un ser que sufre por penas de amor tiene un universo de sensaciones adentro.

"—¿Cree usted?

"—Así me parece. Estoy seguro de ello.

"—¡Seguro! ¡Vaya, qué curioso! Pues a mí me parece que, en asuntos sentimentales, nunca se puede estar seguro de nada. Los hombres y las mujeres reaccionan de tan diversas maneras en los momentos culminantes de sus conflictos; pues mientras unos tratan de redimir sus faltas, otros viven atentos de cuidar de su virtud. De esa virtud que el amor amaga y supervaloriza al propio tiempo.

"El hombre se quedó un instante cavilando. Por allá, por la estación Bellavista, oíanse el rumor del mar y el grito desapacible de algunos pájaros.

"—Perdone —me dijo con cierta brusquedad—. Pero no entiendo nada de lo que me ha dicho. Porque, hablando de amor, de verdadero amor, del buen amor, si así se puede decir, la virtud no cuenta para nada. ¿Qué pecado hay que redimir, cuando todas las fuerzas del espíritu confluyen a idealizar un mismo anhelo? Bueno, y en todo caso, su respuesta no anula mi afirmación. Quien ama, siempre tiene algo que contar. Si sufre, si es feliz. Hay en esos momentos en todo ser humano una intensa vibración. Además de eso, es quizás un atrevimiento pedirle confidencias a una persona a quien se acaba de conocer por una feliz casualidad. Feliz, para mí, por supuesto.

"Mientras hablaba se me ocurrió que yo me mostraba

demasiado indulgente al ponerme a conversar con un desconocido así de buenas a primeras. Su voz era de agradable tonalidad, con una insinuante seducción, que la hacía atractiva. ¡Qué de cosas no pensé! Una mujer dolorida en lo más íntimo, ¿qué podía discurrir en esos momentos? Acaso una aventura me sacaría de esa terrible tensión.

"No supe cómo, Juanito, me puse a conversar de esto mío, sin tener ni siquiera en cuenta que su nombre, que me diera en el comienzo, se me había olvidado totalmente.

"—¡Vaya! —exclamó él—, qué cosas tan extraordinariamente curiosas tiene la vida. Porque a mí me está ocurriendo algo muy parecido. Por no decirle igual. Es decir, no igual, porque no se trata de un ser desorbitado, de un celoso sin control. Mi caso es al revés. Me enamoré de una mujer que no me interesaba en absoluto al comienzo. Me daba la impresión de una mujer fría y convencional, enamorada de sí misma. Siempre en la actitud de decir algo original y maravilloso y de que a su vez le dijeran a ella frases de elogio, a su encanto físico, a su inteligencia. Recuerdo que la conocí en Papudo. Yo acababa de desembarcar del "Prat". Me quedaría en tierra por un par de meses. A mí esta joven no me causaba ni siquiera la más leve emoción. Andaba con unos amigos míos, de tal modo que me reunía muy seguido con ellos en la playa. Ella era casada con un rico comerciante de Santiago, un hombre grandote y estafalario, que sacaba a cada rato, hasta para pagar unos paquetes de barquillos, gruesos fajos de billetes. Ella es una mujer esbelta, no linda, pero con cierto raro atractivo en su cara de finos rasgos muy pronunciados. Le gustaba hablar de literatura, de cine y especialmente de música. Durante veinte días alternamos a diario, en la playa, en paseos nocturnos, en la mesa. Era sin duda atractiva, pero me chocaba su actitud casi enigmática y un hábil afán de llamar la atención. A mí, por ejemplo, me hacía ciertas atenciones que no tenía con los demás. Pequeños detalles que son deliciosos cuando vienen de una mujer bonita. Como, por ejemplo, ponerle mantequilla a mi pan, aliñarme la ensalada o servirme el vino. Yo la miraba a ratos y me encontraba con sus ojos tranquilos, casi sin expresión. De pronto me hacía preguntas como ésta:

"—¿Ustedes, los marinos, no sienten la necesidad de hablar con una mujer cuando están a bordo?

"O bien:

"—¿Cree usted que la ausencia destruye el amor?... Algunos creen que, por el contrario, lo agiganta y lo adorna con atributos maravillosos...

"Esto lo decía a media voz, sin que los rasgos de su cara se animaran ni sus ojos se encendieran. Al otro extremo de la mesa, el marido se reía a grandes y sonoras carcajadas, contando alguna anécdota picante o farsanteando con su dinero.

"A mí me dejaba pensando, un tanto sorprendido ante la intención de sus preguntas. "Debe ser una mujer triste e insatisfecha", reflexionaba yo. Y entonces una leve inquietud, muy agradable, en la cual quizá si había más vanidad que sentimiento, me inclinaba hacia ella. Pero la verdad es que, apenas me alejaba, su presencia desaparecía instantáneamente de mi mente. Ello no excluía el hecho de que cuando la encontraba, me causaba un agrado que en manera alguna se parecía al hechizo de una inquietud amorosa.

"Una tarde hicimos una excursión a Pite, un promontorio de rocas muy pintoresco que hay en el camino entre Papudo y Zapallar. Ella se tendió con toda naturalidad a mi lado, y se puso a conversar de una novela que estaba leyendo. Creo que era "La Isla de los Pingüinos", esa novela de France que a mí me agrada en extremo. Después me habló del Sur y sus paisajes de los lagos. Discutimos algo sobre temas musicales, y de pronto se sentó para contemplar la puesta del sol, que en ese momento agonizaba en una fulgurante sinfonía de luces.

"—A mí me conmueve la naturaleza —me dijo con voz lenta y suave, como si estuviera soñando—. A veces, en esas tardes de invierno, en que el sol es una fantasía de inexpressable colorido, en la cordillera nevada, yo experimento una emoción tan infinita, que se me llenan los ojos de lágrimas. Es como si allá, en esas lejanías, existiera una vida de suprema belleza y de bondad celestial, y que nosotros no fuéramos nada más que unos seres insignificantes y grotescos.

"Yo no sé qué tonta vulgaridad le contesté en ese momento. Obscurecía y nos fuimos caminando lentamente. El mar extendió su superficie de color acero que ondulaba en reflejos sombríos. En el fondo, aún veíase un jirón de sol

sobre los cerros de Papudo. Junto a la playa brillaron de súbito las primeras luces de la pequeña población.

"Se detuvo mi amiga a quebrar una rama y con el extremo de ella se quedó acariciándose el rostro. Un instante quedó inmóvil con los ojos perdidos en la distancia. El viento le dibujaba los pechos en la seda de su blusa.

"—¿Cree usted —me dijo muy seria— que el amor, el verdadero amor, se alcanza en este mundo?

"Me quedé contemplándola un instante y le contesté:

"—A mí me parece que sí. ¿Por qué no?

"Me miró a los ojos, como si estuviera poseída en ese momento por una secreta angustia, y luego insistió:

"—Lo dudo —dijo suspirando—. A mí me parece imposible, algo tan quimérico, que sólo cabe en la imaginación de los poetas o de los músicos sentimentales.

"—¡Vaya, qué curioso! —exclamé sinceramente sorprendido—. Me parece increíble que una mujer como usted hable de ese modo.

"—¿Por qué?

"—Sencillamente porque usted es una mujer hecha para que la quieran mucho, para ser adorada, para ser idealizada.

"Sonrió con dulzura, golpeándose el rostro con la rama que llevaba en la mano.

"—¡Qué cosas dice usted! Veo que está de broma. Pero ¿es que en realidad piensa que haya alguien que se pudiera enamorar de mí, con ese amor?

"—No sólo lo pienso, sino que estoy seguro de ello.

"—¡Ay, qué gracioso! Esas cosas son muy difíciles de asegurar.

"—¿Difíciles? Cuando se quiere nada es difícil —le dije con voz emocionada—. Y yo la estoy adorando. La siento que anda dentro de mí, que circula en mi vida, como la sangre en las arterias.

"Me miró como un pájaro que se va a escapar. Luego me preguntó con voz suave, dulce como un murmullo:

"—¿Eso es verdad?

"—Es verdad y es amor. Me angustia ahora saber cómo lo acoge usted.

"—Con gratitud —volvió a murmurar—. Y también con amor. Ahí está la gruta de la Virgen —dijo alzando la ma-

no para señalar la imagen coronada de luces—. Y que ella nos acompañe.

"Todos los días conversamos de este amor, en el cual yo me consideraba un gran farsante, porque no sentía, en lo profundo, la conmoción, la ansiedad, el intenso latir de mi corazón. Hasta que llegamos a Santiago. Su manera de ser, su esquivéz, su reserva, su juego de infinitos recursos para manejarse, me envolvieron. No fue un amor a primera vista. Fue un amor que ella supo arrancarme, dolorosamente, de la misma entraña. Tal vez a fuerza de indiferencia, de desdén, de fría actitud, sin ese temblor divino que se ofrece en un arrebató pasional con exaltación.

"Un día se me entregó y, acaso, aquel día ha sido el más triste de mi vida. Se dio con su misma actitud de indiferencia, de desabrimiento. Como un rico que le da un pan a un pordiosero, sin darse cuenta de lo que hace.

"A lo largo de un par de años de amistad amorosa, llegué a colegir que esta extraña mujer, al único hombre que ha querido y quiere ahora mismo es a su propio marido. Es un caso bien curioso. Se me figura, y casi lo podría asegurar, que su tragedia ha consistido en una permanente lucha por amoldarlo a sus ideas, a sus gustos, a sus aficiones artísticas. Y él no es nada más que un tipo sin finura, sin sensibilidad, sin vibración para los requerimientos del espíritu. Debe ser un estúpido animal, en su función de macho, y entonces ella se siente humillada de que la haga gozar, que la haga gemir de placer. Y tras la ráfaga ardiente, tras la carga quemante del deseo satisfecho, ella advierte que ese hombre vulgar y jactancioso como un gallo que se sacude, cacareando, después del acto, no puede ofrecerle nada más que su virilidad de bestia bien mantenida. Francamente, yo no entiendo el espíritu de algunas mujeres. ¿A dónde van con su afán de torturar a otro ser, si no lo aman con ese sueño maravilloso que idealiza y sublima el amor?

"Yo estaba aterida —prosiguió Rosa Eulalia—, y por cortesía no interrumpí aquella inesperada y singular confidencia. Oye, Juanito, ¿no son casos de increíble capricho, de absurda sinrazón? Ya ves tú. Yo, herida hasta la médula por la incomprensiva actitud de un hombre que ama con desorbitada violencia. Que es un verdadero temporal de celos y de pasión desenfundados. Este otro ser, he-

rído también en lo más íntimo, por un extraño caso de inquietud sexual, producto de un sentimiento amoroso que reside nada más que en el cerebro.

"Nos fuimos a sentar en el salón que hay en el hotel de la calle Condell. Con unos traguitos y una taza de café, sentí que mi organismo recuperaba su ritmo normal. Aquel hombre me hablaba en un estado de sonambulismo, acaso más bien poseído por aquellas sensaciones oníricas en las cuales uno cree vivir la realidad. ¿Qué hubiéramos hecho, si en un momento de irreflexión, de desesperado anhelo de desahogarnos, nos hubiésemos lanzado a la aventura? A lo mejor, hubiésemos terminado llorando de desesperación, puesto que nada teníamos que darnos. Porque nada nos atraía sexualmente.

"Sin embargo, conversamos hasta cerca de las tres de la madrugada. Experimenté la sensación de que mi bachicha se me diluía en una borrosa penumbra de pesadilla y que, ya apagado hasta el último rescoldo, no lo sentía como un peso abrumador. Dormí esa noche como una tortuga borracha. Un infinito relajamiento de los nervios me hizo despertar al otro día cerca de las once de la mañana. Me di un baño rápido y dispuse regresar ese mismo día por el tren de la tarde. Maclovía, la empleada, me transmitió, al llegar, el recado de que Tristán había salido esa tarde para Los Andes, con el objeto de finiquitar un negocio. Y luego, con voz y aire de complicidad, me añadió:

"—El otro caballero ya tiene el teléfono malo de tanto llamar. Vino un día a la hora del almuerzo y preguntó por don Tristán. Tenía una cara de loco que me dio miedo. Por suerte el caballero ha andado en tantos afanes, que casi no ha venido a almorzar.

"Con la cara más terca que le pude poner, conminé a Maclovía:

"—Oyeme bien, si sigue llamando, le dirás que yo no he regresado y que no sabes cuándo volveré. Por ningún motivo deseo que se imponga de que estoy en casa.

"¿Ves tú? Ahora que él andaba siguiéndome como un perro hidrófobo, era yo quien prologaba la tragedia. Como era tan poco lo que nos habíamos torturado, ahora me tocaba el turno a mí.

"Pero los llamados por teléfono volvieron otra vez a hacerme saltar como un resorte que se dispara. Esa misma

tarde oí su voz, inquiriendo de la muchacha la verdad. Trabajaba de comprometerla en forma muy ladina. Al escuchar su voz, sentía que me penetraba entera, que me tironeaban de los brazos y que me ardía la cabeza, como si tuviese un brasero dentro de ella. Tenía un deseo violento de gritarle: "Estoy aquí, mi amor. Estoy aquí adorándote, aunque no lo mereces".

"Pero me quedé allí, frente a la empleada, mirándola con cara de fiera. Si no me hubiese tenido delante, es seguro que aquella bruta le dice que yo había vuelto.

"Sentía un deseo enloquecedor de llamarlo. De descansar de toda mi desesperación. Sentada frente al espejo, pude ver mis ojos marchitos, mi rostro ajado, una cara larga de acromegálica que no ofrecía ningún encanto. Pero adentro algo me estaba repitiendo hasta lo infinito que era mujer y que la juventud daba margen a infinitos recursos. Allí estuve haciendo una verdadera obra de arte con mi cara. Arreglándome las cejas, las pestañas, la nariz y los labios. Ensayando sonrisas y gestos despectivos para decirle con un completo dominio de mis nervios: "Sí, todo lo que usted me diga puede ser verdad; pero, en mi corazón, para usted ya no hay otra cosa que indiferencia, olvido, qué sé yo..."

"Oye, Juan querido, si tú hubieras escuchado, sin que yo me percatara de ello, toda aquella conversación frente al espejo, en la cual interveníamos yo y él, te habrías reído a carcajadas. En cambio, adentro, el corazón me zapa-teaba hasta hacerme agonizar. Terminé por fin, sin quedar muy contenta con mi acicalamiento, y me dirigí al centro.

"Buscando sitio en donde estacionar el auto, llegué hasta la calle Amunátegui. Y de allá me vine caminando por la Alameda. En el teatro Bandera me detuve a contemplar los cartelones, pensando en ver alguna película por la tarde. En el momento en que me iba a dar vuelta, el corazón me dio un tremendo golpe. Ahí estaba, mirándome con sus ojos de loco, con la boca contraída en un gesto amargo:

"—¡Rosa Eulalia! —me dijo roncamente—, es posible, ¿es posible que estés aquí tan tranquila, cuando yo me ando muriendo de desesperación? ¿Es posible que hagas esto conmigo? No, tú no eres una mujer. No, tú eres un monstruo, una fiera.

"Sentí que las piernas se me doblaban, que el corazón



me palpitaba hasta ahogarme. Sin embargo, en un supremo esfuerzo, puse una cara de desdén, de desprecio, de soberana indiferencia:

"—Hágame el favor de no molestarme. Yo con usted no tengo nada que ver. Déjeme tranquila.

"Entonces él comenzó a desahogarse en un torrente de palabras que yo no entendía a ratos y que me causaban una espantosa angustia. Volvía a ser mujer, a cobrar con intereses penales todo lo que aquel canalla me debía.

"—Usted es un salvaje, un ser primitivo, un hombre elemental que no sabe lo que es la delicadeza de un sentimiento. En mí, ya todo terminó. Se lo repito ahora: para mí, usted es como uno de esos extraños que van pasando por la calle. Déjeme pasar.

"Intenté alejarme, pero ya él estaba fuera de quicio. Enloquecido totalmente. Me gritó como si estuviésemos en un potrero:

"—Es que tú no te vas. Es que tú no te puedes ir. ¿Que no sabes que para mí se apaga el sol si tú me dejas? Oyéme, óyeme, te digo; si insistes, me mato aquí mismo. Aquí, junto a ti.

"Me sonreí con una cara de demonio gozoso de verlo hecho trizas.

"—Tú sabrás lo que haces con tu vida. Ese es cuento tuyo únicamente.

"No supe cómo ni de dónde sacó una pistola. Oí que sonaba el seguro del arma y se me cayó la guardia, Juanito.

"—Por Dios el hombre imbécil —le grité a mi vez, tomándole la mano—. ¿Qué es lo que pretendes con todo esto?

"Era tal nuestra exaltación, que ni siquiera nos dimos cuenta del corrillo de gente que se había formado alrededor nuestro. Poseída de furia, al advertirlo, les grité:

"—¿Y a ustedes les importa algo todo esto? ¡Imbéciles, estúpidos! ¿Les importa algo?...

"Mario se había quedado idiotizado con la pistola en la mano. No supe cómo me salió una frase llena de ternura:

"—Vámonos, mi hijito. Venga, mi amor.

"Vi, al pasar, a un hombre rubio que me miraba con la boca abierta, riéndose. A una gorda que movía la cabeza, escandalizada.

"Sintiendo que la sangre me quemaba adentro, les hice una morisqueta de burla y de desprecio. Deben haber creído

que yo era una prostituta. ¿Qué me podía importar ya? Si allí, en plena calle Bandera, peleaba a gritos con mi amante, ¿podía ya esconder algo ante aquellos ojos brillantes de maligna curiosidad?

"Nos entregamos esa tarde en una especie de fiebre, de locura erótica, de dolor físico. Ya no podía más. Era el placer del sexo llevado al paroxismo. Rendidos, agotados, convertidos en un trapo, nos quedamos sentados al borde del lecho. Mario, ahora, fumaba un cigarrillo tras otro, y me miraba a ratos, con ojos ardientes y sombríos. Suspiraba, quejándose, como los animales después de una penosa jornada. Yo veía que, después de la orgía amorosa, volvía de nuevo a él la inquietud de los celos como un terrible temporal. Hasta que no pudo permanecer por más tiempo en su mutismo.

"—¿Oye, dime, en dónde estuviste todos estos días? ¿A dónde fuiste? Lo que me admira es que tu marido no sepa a dónde vas, ni con quién andas.

"Lo miré con inmensa angustia. ¿Qué tenía en la cabeza ese hombre? No había duda de que era un enfermo mental, en perpetuo desvarío. Me sentía impotente para convencerlo, para hablarle con ternura.

"—Dime —insistió— con quién andabas...

"Di un brinco, sin poder soportar la tensión de mis nervios. Y le grité completamente fuera de mí:

"—¿Con quién andaba? ¿Con quién andaba me preguntas, idiota? ¿Pero es que no se te ocurre, pedazo de animal, que andaba con mi amante? Con otro, con uno de los tantos que tengo fuera de ti. ¡Andaba con un amante! ¿Entiendes? Con un amante, te digo. Vuelve a preguntármelo, te digo, para contestarte que andaba con otro de mis amantes. Con el que quiero, con el que adoro.

"Se levantó como un tigre que salta sobre su presa. Y me dio una bofetada que me lanzó al otro extremo de la pieza. No supe cuánto rato estuve aturdida. No me di cuenta de lo que me pasaba, sino cuando abrí los ojos y lo encontré de rodillas, llorando, pidiéndome perdón, a sollozos. Sentí un terrible dolor en la mandíbula y el cuerpo me dolía como si me hubiesen dado cien garrotazos.

"Mario seguía llorando, suplicándome entrecortadamente que lo perdonara. Yo con una inmensa fatiga, con un

desmayo infinito. Era como si todo hubiera muerto dentro de mí.

"¡Qué pobres seres somos, Juan! Yo veía a ese hombre arrastrándose ahora a mis pies, y sentía un secreto gozo de verlo humillado, de contemplarlo arrodillado, sollozando y diciéndome las palabras más tiernas. Y entonces olvidé totalmente que no hacía una hora siquiera que me había golpeado. Que por primera vez en mi vida un hombre me castigaba físicamente. Nunca, nadie, me había tocado, fuera de las palmadas y coscorrones que me diera mi madre cuando la fastidiaba en extremo con mis caprichos de mocosa. Sentí impulsos de rodearlo con mis brazos y llenarlo de caricias.

"Pero no podía ser. Permanecía muda y me lavé la cara con agua fría durante largo rato. Entonces, ante el espejo, vi el moretón que me dejara su bofetada. Experimenté una ira tremenda. Y cuando él pretendió besarme, al salir, lo rechacé diciéndole:

"—No me toques, cobarde. Un hombre que golpea a una mujer no es un hombre. Es sencillamente un rufián. Nunca me imaginé recibir una humillación así. Te advierto que no soportaré más tus impertinencias, y, si insistes, ya verás cómo una mujer también sabe hacerse respetar.

"Te cansaría, Juan, contándote las mil incidencias que siguieron a esta escena. Lo único que puedo decirte es que ello culminó con una situación tan espantosa, que no me quedó más remedio que el suicidio. ¿Has visto? Yo que amo la vida con pasión, llegar a tales extremos, me parece inaudito. Me tomé un tubo de Adalina, y, por suerte, me trataron a tiempo. Ya los riñones estaban comprometidos y no funcionaban. Fue un verdadero milagro. Y allí estuve ¡qué sé yo cuánto tiempo!, debatiéndome entre la vida y la muerte. Me parece que ha sido una horrible pesadilla...

Alzó la cara y miró a través de la ventana. El árbol de flores azules seguía moviéndose dulcemente. Rosa Eulalia suspiró y dijo con tristeza:

—Parece que el árbol me estuviera reprochando. Diciéndome: "¿No ves, pedazo de bruta, lo que te pasa por meterte en líos? Ahí tienes las consecuencias".

—Es el amigo que me acompaña en todos mis momentos —dijo Juan con lenta voz, mirando a su vez el árbol—: Lo

echaré de menos. Bueno, ¿y la historia con Otelo sigue adelante?

Rosa Eulalia sonrió. Sacó el pañuelo y se secó los ojos.

—Me arde la vista —dijo, evasiva—. Me hacen falta mis anteojos negros. Deben haber quedado allá en el dulce nido de mi felicidad. Mira, Juanito, te vendré a ver todos estos días que sigas aquí. Espero venir a buscarte en mi coche el día que salgas. Bueno, amor, me voy. Dame un beso. Un beso que no merezco de tí.

Alsina se enderezó para besarla en la cara y ella volvió el rostro y lo besó en la boca. Fue un beso casto y sin malicia, que se prolongó un instante.

—Chao, Juanito. Que lo pases bien. A ver si Sylvina te deja un instante para que me recuerdes. Chaito...

Tenía los ojos brillantes cuando se alzó. Una emoción intensa le ponía en las pupilas un signo recóndito de dolor y de ternura.

\*  
\* \*

Esa noche, Juan Alsina pasó a buscar a don Andrés y a Sylvina, que le esperaban en su casa. Por fin iba a realizarse aquella comida a la cual los convidó días antes de su enfermedad. Le acompañaban Tristán y Rosa Eulalia. Inesperadamente, Juan se encontró con Eloísa Mancheño, recién llegada de Europa, y que le dijo a boca de jarro:

—Acabo de encontrarme con Rosa Eulalia y me contó que tú los tenías convidados a comer en el centro. Me agraviaría bien de veras si no me invitas a mí. ¡El tiempo que no nos vemos, Juan! No; tienes que invitarme.

—¡Pero, encantado! Imagínate si no tendré gusto en hacerlo. Y te vas a encontrar con gente muy simpática. Con gente que, como tú, también ha viajado por Europa, de modo que van a tener mucho de qué hablar. Sólo yo, que no he salido de Chile, me estaré con la lengua adentro de la boca. Pero de todos modos saldré ganando, porque aprenderé muchas cosas de las cuales no tengo idea.

Eloísa era una mujer delgada, graciosa para conversar. Era más bien de mediana estatura, con una bella cabeza cuya frente combada daba un halo luminoso a su rostro. Sus ojos se llenaban de luz cuando se reía. Una ligera onda de pelo negro le asomaba a la frente. Daba la impresión

de no tener más allá de treinta y cinco años. Era famosa por su amenidad para conversar, pues su charla estaba salpicada de anécdotas y de cuentos ligeramente maliciosos, que solía narrar, con fina intención, sin exagerar la nota. Una de esas mujeres de ingenio vivo y de fértiles recursos para provocar el interés por ella y por su espíritu. Juan la había conocido con motivo de la anulación de su matrimonio. Era casada con Ramiro Santis Velarde, hombre de gran fortuna heredada de su padre, minero del Norte Chico, cuyas propiedades agrícolas y mineras alcanzaban hasta la Argentina, en donde tenía una estancia. Ramiro, educado en Europa, después de sus estudios, tuvo allí oportunidad de relacionarse con gente de la alta clase de Francia y España. Era un tipo simpático cuando estaba en la intimidad de las gentes que le caían bien. Pero, en general, no gozaba de gran simpatía, pues lo encontraban vanidoso y prepotente.

Todo el mundo creyó que aquella pareja había tocado el cielo de la felicidad eterna. Eloísa, linda, vibrante, graciosa, sin ser una belleza estupenda, lo complementaba con su atracción fascinadora. No era rica, aunque su madre poseía una valiosa chacra por el lado de San Bernardo, que les daba para vivir con gran holgura. Hija única, le tocó la suerte de tener una madre que la hizo aprender a coser, a cocinar, a planchar la ropa. Era una modista de gusto refinado y todas sus amigas estaban siempre consultándola.

Pero lo que menos se pensó fue, precisamente, lo ocurrido después. Eloísa, dotada de carácter altivo, no admitió en su casa sino a la gente que a ella le agradaba. Por ahí comenzaron las primeras dificultades. Ramiro, que los días domingos parecía un opulento turista, cuando en las tribunas del Club Hípico iba a ver correr sus caballos, o perdía tranquilamente cincuenta mil pesos en las noches que se sentaba en la sala de juegos del Club, creyó que aquella mujercita alegre y entusiasta iba a ser blanda arcilla en sus manos. Pero se equivocó. Eloísa impuso su calidad de mujer que se siente pisando firme en el ambiente que la rodea. Seguramente les faltó amor. Eran dos seres fuertes y orgullosos que no quisieron arriar la bandera de sus respectivas posiciones. La falta de un hijo, además, les privó de un vínculo más estrecho. Hasta que la vida en el hogar, después de tres años, se les hizo intolerable. De co-

mún acuerdo convinieron en iniciar el juicio de anulación. Un amigo de Juan Alsina los puso en contacto, y de ahí, en esas conversaciones en que se descubren muchas intimidadas, comenzaron a estimarse. Santis Velarde, entre las causales de su juicio, alegó que Eloísa era una mujer frígida, una mujer que no servía para el amor.

Una tarde en que conversaba Eloísa con Juan, comentó aquella razón que alegaba Ramiro. Eloísa se quedó mirando a Alsina, con los ojos ardidos de picardía. La boca incitante y los dientes que, sin ser grandes, daban la impresión de una linda gata, al reír le infiltraron a Juan la convicción de que por allí no había hielo, sino carbones encendidos.

—¡Es gracioso! ¡Frígida! Me dan ganas de reirme a carcajadas. Pobre hombre que vive nada más que mirándose su cola de pavo real. Si no sabe ni acariciar a una mujer en el momento en que se espera que se exprese el amor con todo su ardor, con toda su belleza. Si es nada más que un Narciso, que se acomoda el brillante de su anillo hasta para escribir un cheque de ciento cincuenta pesos.

Se reía con ligero rubor que le tiñó las mejillas, dándole a su rostro una seducción irresistible. Juan Alsina, jugando con la pluma fuente, a la cual le hacía sonar el gancho para sujetarla en el bolsillo, se largó a reír a todo trapo.

—Es bien curioso todo esto. Lo gracioso es que ninguno de los dos puede aportar documentos al respecto. Oiga usted, querida amiga, y perdone que la llame así, porque me encantaría que lo fuéramos.

—Ya lo creo —le interrumpió Eloísa—. Ya lo creo. Espero que lo seremos. ¿Por qué no? Es usted uno de esos hombres que conservan mucho de lo que eran cuando niños. Y eso da confianza.

—Gracias. Esta profesión de abogado algo de bueno tiene —dijo Juan—. En este caso, algo maravilloso, como su amistad, pese a las respetables opiniones de don Ramiro. Pues bien, ¿me permite usted que le cuente, en la intimidad, un caso bien similar, en esto de los juicios de anulación?

—¡Pero claro! Deben ser muy divertidos. Diga no más.

—Pero hay que contar el cuento como es —le advirtió Juan—. Naturalmente que sin llegar a los extremos escabrosos.

Eloísa se acomodó en la silla, apoyando el codo sobre el escritorio, para afirmar, con actitud de coquetería, el mentón entre las manos. La naricilla ligeramente arremangada daba la sensación de palparle, como la de esos animalitos temerosos, cogidos en una trampa.

—No tiene por qué advertírmelo —le dijo, lanzándole una mirada de mujer que sabe lo que dice—. No me lo puedo imaginar diciendo una grosería.

—Pues bien, escuche usted —dijo Alsina—. Vinieron a mi oficina dos viejos casados (digo viejos, naturalmente, porque lo estaban hacia por lo menos unos diez años) a entablar juicio de anulación. Era una pareja bien singular. Ella, una mujer gordita, fresca, sonrosada, muy rápida de ideas y con cierta energía para expresarlas. El, un hombre alto, pálido, con las pestañas grises, como si tuviera las pupilas empavonadas. Venían a conversar conmigo, cada uno por su lado, y me contaban sus rencillas. El tenía una gran ferretería por el barrio Matadero. Me aseguró que su mujer era demasiado fiestera.

—Es una gran jodienda —ésta era su palabra predilecta— tener una mujer así. Yo me las machuco el día entero en el negocio. Y a ella se le antoja salir de farra por las noches. A cenar en los restaurantes de lujo. Por el gasto yo no digo nada. ¿Qué me importa a mí botar dos o tres mil pesos en una cosa así? Lo embromado es que siempre se nos pegaban futres “bolseros” que andan con su mujer o su amante. Y mi mujer ¡“cortando las huinchas” por salir a bailar! En el Waldorf, en el Nuria, o en alguna de las *bottes* del centro, en donde se baila con las luces a medio apagar. Esa era la parte “que me quemaba los panqueques” —un dicho que también le agradaba repetir—; oiga, señor Alsina, y mi mujer baila como bailan las mujeres de los salones. Pegando su “cuestión” a la del hombre. Oiga, don Juan. A mí me sacaba tanta pica el asunto, que muchas veces estuve tentado a llevármela a tirones de allí. Casi siempre nos volvíamos peleando todo el camino. Y, entonces, ella, la muy descarada, ¿sabe usted lo que me contestaba? “Y qué te importa a ti, pedazo de idiota, si yo después me voy a acostar contigo? Dime, ¿el mate quién se lo toma?”

Eloísa, encendida como la grana, se reía bajando los ojos.

—¡Qué mujer más divertida! El caso es bastante picante, mi señor don Juan.

—Sí, es verdad. Pero lo gracioso era que cuando ella, a su turno, me participaba sus cuitas, me decía que él era un zapallo pasmado. “¡Si éstos son hombres muy tontos! —insistía—! Una mujer se muere de aburrimiento con ellos. Hacen el amor como los muchachos de dieciocho años. ¿Podrá creer que este hombre pasa años sin que se le ocurra besarme los pechos? Un hombre así está bueno para vivir en una celda, arrodillado, rezando el “yo pecador me confieso”.”

Eloísa se había quedado con la cabeza baja, jugando con un cortapapeles. Después dijo suspirando:

—Bueno, ¿qué quiere usted? En la intimidad conyugal pasan las cosas más absurdas. Se juntan seres que han vivido a miles de kilómetros de diferencia sensible, de ideas y reacciones totalmente diversas. ¿Cómo se pueden aunar así, de buenas a primeras? La atracción de los sexos no basta. Es el espíritu el único crisol en que se funden las ideas que nos pueden orientar hacia fórmulas de armoniosa convivencia.

Eloísa y Juan siguieron viéndose con frecuencia. Y cuando el juicio terminó, Juan la convidó a comer una noche de comienzos de otoño. Eloísa llegó resplandeciente. Era una noche tibia, casi calurosa, como si el verano se hubiese prolongado. Alsina la esperó impaciente, como un enamorado espera a la mujer adorada. Eloísa le agradaba por su franqueza, por su sencillez, por su exaltada pasión para hablar de ciertas cosas relacionadas con los problemas sociales que le interesaban. Criada en la opulencia, se daba cuenta, sin embargo, de cómo repercutía el egoísmo de la gente rica en la existencia miserable de las clases populares.

Su padre, un hombre bondadoso, la llamaba “la revolucionaria”, y sin aprobar en absoluto sus ideas, se sentía, sin embargo, orgulloso de aquella inteligencia vibrante, de esa piedad comprensiva, característica en la personalidad de su hija.

—¡Pero si Eloísa es capaz de darles la casa entera a todos estos rotos alzados! —decía sin gran enojo—. Dios me libre de que se apodere de las llaves de la bodega,



porque no le importa dejarnos sin comer durante el año.

—¡Rotos alzados! —acentuaba Eloísa—, ¡cómo puede decir eso usted, papá, que es un hombre creyente, un hombre honrado y bondadoso! ¿Así es que usted cree que el cielo se ha hecho nada más que para los ricos? ¿Y que allá los pobres van a seguir en su miseria, en su hambruna permanente, tiritando de frío dentro de un rancho? ¿A usted no le remuerde la conciencia de pensar en que duermes abrigado y lleno de comodidades? ¿En que apenas abre la boca, tiene en seguida cuanto desea? Aquí mismo, en la casa, se les da a los perros la comida que sobra. Esa comida que haría felices a nuestros inquilinos allá en su rancho obscuro, desabrigado, sin luz, sin aire, sin saber jamás lo que es saborear algo agradable, aparte los porotos y las pancutras.

—Yo no soy el que les impido que vivan mejor —argumentaba el caballero—. No les quito lo que ganan. ¿Has visto alguna vez que yo les embrolle un centavo?

—Eso sería criminal —prorrumpía Eloísa—. Perdóname, papacito, pero ¿cree usted que Dios hizo el mundo para que los ricos vivan felices y tengan placeres sin cuento? ¿Y esta otra gente viva en la ignorancia y en la más asquerosa miseria? El hábito no lo crea la gente misma, sino el ambiente que la rodea. Mire, papá, yo comería y dormiría mucho mejor si supiera que nuestros inquilinos tienen una casa alegre, con ventanas, con flores. Que comen y se nutren en las condiciones que requiere la vida del ser humano. Que pueden tener una huerta y un chanchito y una vaca. Eso es el patrón quien se lo puede dar a su inquilino. La generosidad es atributo que jamás se pierde. Yo creo que el odio no surge porque se nazca con el virus de la maldad. El odio y la maldad los crea el egoísmo.

—¡Ah, ya te pusiste a predicar! ¿Sabes que tienes condiciones para padre misionero? ¿O para agitador popular, de esos que insolentan al pueblo?

—¡Harto que me gustaría si pudiera hacerlo! A lo mejor la gente también desconfiaría de mí. El bien es algo muy difícil de practicar cuando nuestros antecedentes familiares provienen de gentes que han vivido chupándole la sangre al pueblo.

—¡Niña! —exclamó la mamá con una violencia inusitada en ella—. ¿Que te estás volviendo loca? No puede

ser de otra manera. ¿Cómo puedes hablarle así a tu padre?

Eloísa, asustada ante la cólera desusada de su madre, guardó silencio. El padre le lanzó una mirada compasiva y se levantó de la mesa gruñendo sordamente:

—Y críe usted hijos. Para que después le saquen los ojos.

Pero en el fondo, el buen señor se sentía satisfecho de que aquella muchacha demostrara una inteligencia tan despierta, tan clara y generosa.

—Y no le falta razón en lo que dice esta mocosa — murmuraba—. No hay duda de que se puede hacer mucho por aliviar la condición de esa gente. Aunque son tan torpes y malagradecidos...

Eloísa estaba siempre en divergencia de opiniones con la mayor parte de las gentes con las cuales se relacionaba, y de pronto advirtió feliz que Alsina participaba de sus mismas ideas. Eran espíritus afines, y aunque nunca faltaba algún punto de vista en el cual discrepaban, éste les servía para prolongar la discusión y hacer más amena la charla.

Esa noche, Eloísa llegó con un traje de *crêpe satin* negro, y un sombrero color crema, que le hacía un gracioso contraste. Una flor sobre el pecho y su anillo con una aguamarina eran todo su adorno. Una estola de visón, que llevaba con simpático descuido, daba a su esbelta silueta una gran distinción.

Ninguna de las mujeres se conocía, y aparentaron, con simulada despreocupación, que ni siquiera reparaban en la tenuta que cada cual llevaba. Pero las tres, con furtivas miradas inexpresivas, se habían estudiado de alto a bajo.

Rosa Eulalia, ya muy repuesta de sus descalabros, venía con un traje de *crêpe de Chine* color concho de vino. Una toca de tul negro le afinaba el rostro moreno pálido en donde brillaban los ojos risueños y maliciosos.

Don Andrés quedó sentado junto a Eloísa, a quien le susurró con un amable gruñido:

—Qué buena suerte tengo esta noche y, en cambio, qué suerte deplorable la suya.

Eloísa le miró con los ojos muy abiertos, aparentando una gran sorpresa.

—¡Vaya! ¿Y por qué?

Mientras Suárez desplegaba la servilleta, le sonreía alegre:

—¿No se le ocurre?

—No se me ocurre. Por el contrario, creo que me tocó el mejor compañero. Un caballero como usted, seguramente, debe conversar de cosas estupendamente interesantes. ¿Verdad, Sylvina? ¿Sylvina se llama usted, no?

—Sí. Pero yo no soy la más indicada para darle opiniones sobre Andrés. Les faltaría imparcialidad. ¿No le parece, Juanito?

Juan, que conversaba con Rosa Eulalia, alzó la mirada para contemplarla. Sylvina se había quitado el abrigo. Un traje de seda negro con raros y bellos colores estampados le daba un aire de muchacha. Sonreía mirando a Juan, como si estuviera pensando en algo muy distante. Había cogido la servilleta, y en el momento en que su mano se posó sobre la mesa, el brillante de su anillo dio un destello de tan finos matices, que hizo exclamar a Eloísa:

—¡Qué maravilla de brillante, Sylvina! La felicito por él. A mí me fascinan los brillantes, pero como no puedo tenerlos, me contento con admirarlos.

Sylvina se había sonrojado y bajó la mano para colocarse la servilleta sobre la falda.

—Es precioso —comentó Rosa Eulalia—, pero me gustan más los ojos de Sylvina—. ¡Qué modo de mirar tan dulce tienen! Usted debe ser un hombre muy feliz, don Andrés. Porque se me ocurre que en este caso las apariencias no engañan. ¿No piensan lo mismo ustedes?

Sylvina, un tanto confundida, sintió que se acentuaba su rubor:

—Ya me habían dicho que usted está siempre de broma —replicó—. Y sabe hacerlas en forma muy halagadora. ¿Así quién se puede enojar?

Don Andrés exclamó en tono campechano y burlón:

—Veo que los versos son todos para mi mujer. ¡Ay de mí! Ya veo lo que estarán pensando de este respetable anciano.

Tristán, que no había despegado los labios, miró a Sylvina con simpatía, y dirigiéndose a Suárez, le dijo:

—Lo que estamos pensando es que tiene usted un gusto que es como para sacarle el sombrero.

—Quién sabe, quién sabe —gruñó Suárez—; todas las

cosas son muy discutibles. Poco a poco. Ya nos iremos conociendo y las cosas quedarán más en su lugar. ¿No le parece a usted, mi señor don Juan Alsina?

Eloísa saltó, entonces, para decir arrebatadamente:

—¡Ah, no! Juan en esto no tiene opinión. Además, me parece un abuso de su parte, don Andrés, comprometerlo. Es uno de esos pocos hombres que practican la amistad en su más generosa amplitud.

—Sería interesante que entre esos pocos nos incluyéramos todos los que estamos aquí —dijo, en tono de chanza, Suárez—. Seamos generosos. Démosle al sentimiento lo que merece. Porque la vida no vale la pena vivirla de otro modo.

—¡Bravo! Lo felicito, don Andrés, por lo que ha dicho —exclamó Eloísa—. Eso se llama entender el asunto. Yo pienso lo mismo. Creo que es necesario vivir a base de sinceridad y de franqueza. Vivir en perpetua simulación es morir a cada rato. ¡Es tan corto el tiempo que pasamos por este mundo!

—Pero para vivir así como dice usted, Eloísa —exclamó Rosa Eulalia apasionadamente—, es preciso tener valor y una conciencia exacta de lo que somos. Porque hay gente que se deja esclavizar por “el qué dirán”. Viven hipócritamente, hablando de ideales que concuerden con su carácter, pero, llegado el momento, se achican y defraudan toda afirmación. A mí se me ocurre que esos seres no viven, sino que hacen la comedia de vivir.

—Eso es muy discutible —dijo Tristán, echándole una gran cucharada de salsa americana al trozo de langosta que se estaba comiendo—. Dentro de la sociedad en que vivimos hay obligaciones y deberes que cumplir. Ineludibles algunos, aunque vayan de frentón en contra de nuestras convicciones y anhelos. No se pueden contravenir, porque, entonces, todo se volvería un guirigay tan espantoso, que la moral se iría a la misma punta del cerro, con el permiso de ustedes.

—Si —intervino Suárez—, es cierto lo que usted dice. Pero cuando las circunstancias no se pueden modificar, ¿qué hace usted? Hay que cortar por lo sano. A mi juicio, lo contrario es inmoralidad, es hipocresía.

—¡Y es cobardía, don Andrés! —exclamó arrebatadamente Eloísa—. Yo creo que en América vivimos sin darle a la existencia su gloria y su esplendor. Allá en Europa ya

han roto con estas absurdas costumbres. La gente se acomoda a sus gustos, a sus anhelos. No vive matando el ensueño. El amor es la gran riqueza espiritual que por ningún motivo se desperdicia. Allá celebran a los amantes, quienes contemplan su felicidad de quererse. Aquí la gente aburrida se entretiene en censurarlos, en reprocharlos. ¿Por qué? Acaso por resabios de una vida hecha falsamente. Hecha con tiralíneas, con cuentagotas, con recetario sentimental. Eso es una brutalidad.

—Lo es —dijo Juan—, claro que lo es, pero no es cuestión de mala intención. Ni de falta de sensibilidad. Ni de egoísmo. Lo que hay en el fondo, me parece a mí, es error de educación, en gran parte, y de buen entendimiento. A los seres humanos no se les puede reemplazar lo que tienen dentro de la cabeza así nada más, ni ponerles en el corazón aquello que les falta.

Rosa Eulalia puso una cara de circunstancias y dijo con tono socarrón:

—¡Pero, por Dios, que nos estamos poniendo trascendentales! A este paso vamos a tener que mandar a buscar un tratado de estética y de filosofía para poder alternar en la conversación.

Sylvina rió con suavidad, aprobando las palabras de Rosa Eulalia.

—Bien, Rosa Eulalia. Me gusta lo que has dicho. Porque en estas conversaciones siempre se dicen cosas en tono definitivo, pero en la práctica se sigue viviendo igual. Ni los héroes ni las heroínas abundan. Y, además, no lo podemos negar, la gente no se puede evadir de algo que se connaturaliza con la condición humana: ¿Quién no tiene vanidad en mayor o menor grado?

—Claro que sí —asintió Eloísa, dejando la copa de vino sobre la mesa, después de beber un corto sorbo—. Pero ése es otro cantar, Sylvina. Hablamos, según entiendo, de cómo se resuelven los problemas de la vida frente a nuestras ambiciones o ideales. La vanidad es una negación.

—Quién sabe —interrumpió Sylvina—, quién sabe. No se olvide de lo que acaba de decir. Todos sabemos bien cómo la condición humana flaquea en los momentos en que más se necesita ser grande.

—Cuando no hay espíritu —dijo Suárez ásperamente—. El vanidoso sacrifica hasta a su madre, para decir algo

ingenioso y recibir un halago. Así también se comporta frente a la emoción: la corta de raíz con tal de hacer prevalecer aquello que lo haga brillar, lucirse, bañarse en agua de flores. ¡Psh! Claro que el noventa por ciento de la gente es así.

—La verdad es que nada se arregla con discutir estos asuntos —comentó Rosa Eulalia—. Porque cuando una se halla frente a la realidad, se olvida de lo que debe hacer. Los seres humanos siempre están inclinados a complicarse la existencia. Las mujeres seguimos adorando a don Juan, y los hombres aman a la que sabe torturarlos y desconcertarlos.

—Eso es verdad —exclamó Eloísa—. De otro modo el hombre perdería su condición de macho dominador. Y la mujer, su coquetería y su encanto. La seducción no tiene en qué emplearla cuando el hombre se entrega como una fortaleza cuyas murallas se han derrumbado.

—¡Qué bien está eso! —dijo don Andrés con los ojos iluminados de malicia—. Que me hubiese gustado encontrarla veinte años antes. Se me figura que la batalla habría tenido sus momentos épicos. Porque yo bien sé que no hay que mostrar el juego. Así pierde todo su interés.

Eloísa miró a Sylvina, que conversaba abstraída con Tristán. Hablaban de la Sinfonía Fantástica de Berlioz y de la vida de Chopin, quien, no obstante los pesares que le causaba su enfermedad, creó una música de gran vitalidad. Nadie diría que un enfermo de tisis era el autor de aquellas mazurcas, polonesas y valeses de ritmo ágil y de tanta riqueza melódica.

Eloísa se quedó un instante oyéndolos, y luego volviéndose a Suárez le replicó:

—¡Qué caballero tan gracioso es usted! Ya me imagino lo que sería en los tiempos en que corría la verbena de lo lindo. Y, ahora mismo, no creo que sea como para descuidarse. Porque moro viejo...

—¡Psh! No diga eso, Eloísa, por Dios, no me toque en la herida. Los viejos ya somos nada más que una especie de baúl, en donde se guarda toda clase de cachivaches. Nadie tiene agrado ni de hablar siquiera con ellos. No creo puedan soportarlo largo rato.

—¡Qué barbaridades dice usted! Es absurdo que hable así. Un hombre fuerte, lleno de energías, no puede quejarse

de lo que la vida le dio. Mire de frente. Esa muchacha preciosa, ¿no es su mujer? Y así se queja.

La contestación de Suárez se disolvió en una estrepitosa carcajada de Juan y de Rosa Eulalia, que conversaban a media voz. Sylvina, sin volverse, les observaba con el rabillo del ojo, aparentando seguir muy atenta a lo que Tristán le contaba ahora acerca de los amores de Chopin con Aurora Dupin.

—Lo que pasa es que los hombres son muy prepotentes en ese aspecto —decía Rosa Eulalia—. Creen que las mujeres no tienen ninguna condición para actuar en los asuntos de Estado, y que los reyes cuyo alcance tiene relación con el gobierno del país, las reducen a cuestiones de índole doméstica y tratan de resolverlas con ese criterio. Y eso no pasa de ser una ineptia. El caso a que aludes, naturalmente que tiene sus ribetes graciosos. Pero, pensándolo bien, Juanito, es algo impresionante y hermoso.

—¿A qué se refieren? —preguntó Eloísa, con viva curiosidad.

—Hablábamos —repuso Rosa Eulalia con los ojos li-cuados de picardía— del caso de esa senadora italiana, que, según refiere el cable, pidió permiso para entrar a la sesión con su guagua en los brazos, para darle allí de mamar. Y este tonto de Juan dice que todo el Senado se hubiese quedado con la boca echa agua si es que la hubiesen autorizado para ello.

Andrés Suárez le cerró un ojo a Tristán, y le dijo en voz baja:

—¡Qué tumulto se hubiera formado!

Entre risas y comentarios, se oyó la voz de Eloísa protestando con energía:

—¡Qué bárbaros son ustedes! Yo, francamente, tal como ha dicho Rosa Eulalia, creo que el espectáculo de esa madre que le da el pecho a su hijo, allí en la sala de sesiones, tenía todo el relieve humano y emocionante de un acto maravilloso. Más que eso, lo veo como un símbolo de la vida, sustentando a la especie humana.

—Sí —dijo Suárez con aire de seriedad—, claro que el caso es de un hondo significado. Es bello, sin duda...

—Es bello, pero apetitoso —exclamó Tristán.

Sylvina, que estaba bebiendo un trago de agua mine-

ral, soltó la risa en un estallido de hilaridad, que provocó un verdadero escándalo de bullicioso regocijo.

—Por Dios que son tontos ustedes —exclamó, ruborizada de ser ella a quien más gracia le hizo la salida de Tristán—. Las tonterías que dicen.

Terminaban de comer; la orquesta tocaba toda aquella varia y estridente música bailable. En el centro del salón, y con la luz muy disminuida, se iban enlazando las parejas, que bailaban siguiendo el ritmo frenético y endiablado de la orquesta. Una muchacha alta, de melena platinada, vestida con un traje claro de falda amplia en forma de campana, giraba apoyando el sexo en el sexo de su pareja. El hombre, tieso y muy erguido, la llevaba sin esfuerzo, sin darse por aludido. Danzaba como si el brío de la muchacha no le descompusiera la raya de su pantalón. Un hombre gordo y calvo, con una rosa en el ojal, trataba de aparecer ágil y desenfadado, como un muchacho.

De pronto estallaron los platillos en una vibración metálica. El saxófono lanzó una especie de alarido que se reiteró con frenética alharaca. Uno de los músicos profirió entonces un grito, que tuvo la virtud de convertir a los danzantes en una especie de ronda poseída de frénesi. El hombre gritaba:

“¡Mambo! ¡Mambo! ¡Ay, qué rico el mambo!”

De súbito la mayoría de los danzantes se detuvieron para dejar a la pareja que formaba la muchacha de melena platinada con el hombre de tan pulcra y correcta manera de vestir.

Sin alardes, el hombre seguía el ritmo violento del endiablado balle. La muchacha, con los ojos encendidos y un gesto desdeñoso en la boca, ballaba moviendo las caderas, simulando una verdadera orgía sensual. Daba la sensación de realizar la cópula en un alarde de delirante voluptuosidad. El hombre de la orquesta seguía gritando como un poseído:

“¡Mambo! ¡Ay, qué rico el mambo!”

La muchacha retrocedía y se adelantaba con las piernas separadas, con las caderas en movimiento y, a ratos, como si recibiera el asalto del hombre, en la refriega amorosa. Los gritos, la estridente orgía de los platillos, del saxófono y del violoncelo, daban la sensación ardiente de la danza. Eran Africa y América tropical en un ayuntamiento



frenético, en un delirio de ruidos musicales, en medio de los que estaba el sexo, imponiendo su enloquecido deleite en una exaltación, en una conmoción de la tierra llena de ardientes emanaciones húmedas, saturada por un aroma espeso de flores y de cálido sudor humano.

—Esto es un espectáculo que no les viene a las cándidas jovencitas de dieciocho años que sueñan con que el amor es un ángel que vuela en medio de una nube de incienso —dijo Suárez. Sonrió con displicente ironía y después agregó—: Caramba con lo que se gasta la muchachita de la melena platinada. En la cama debe ser una artista consumada.

Juan, a quien se dirigía, sonrió levantando los ojos con aire desaprensivo.

—A lo mejor es más el ruido que las nueces. En eso, usted sabe, don Andrés, que hay muchas sorpresas.

—Así es —exclamó Suárez—, pero no le podemos negar que la representación no es mala. ¿No es así?

Juan no le contestó, porque en ese momento Eloísa se acercó para decirle:

—Encantadores todos tus amigos, Juanito. La muchacha, la mujer de Suárez, es una criatura deliciosa. Me parece, sí, un tanto introvertida. Oye, picaronazo, y no sé por qué me tincó que te gusta. Ah, diablito, me parece que errando te saqué un ojo, ¿no?

—¿Estás loca? —protestó Juan con energía—. ¡Qué cosas se te ocurren! Suárez es muy amigo mío. Tú comprendes que eso no puede ser.

Eloísa le cerró un ojo con picardía, hablándole en un susurro:

—Mientras estemos vivos, todo puede suceder, Juanito. Bien lo sabes tú. Oye, y antes de que se me olvide; ahí, a la hora del baile, ¿no pensaste tú que a cuántos maridos se les estarían quemando los panqueques?

En ese momento avanzó Sylvina para preguntarle a Eloísa:

—¿A dónde quere que vayamos a dejarla?

Eloísa sonrió. Para confirmar sus conjeturas, respondió con intención manifiesta:

—¡Oh, no, linda, no se molesten ustedes! Juan me irá a dejar a mi casa. ¿O no te sientes capaz de tal sacrificio?

—¡Sacrificio! —rió Sylvina con afectuosa malicia—. Ya me imaginó el sacrificio que debe ser para Juanito ir con una persona tan agradable como usted, Eloísa. Es un regalo para Juan. ¿No es así?

—Así es, Sylvina. Usted lo ha dicho.

—Pero no tiene objeto que se vayan a pie —insistió Sylvina—. Yendo ustedes sobra espacio en el coche. Y así conversaremos unos instantes más.

—¿Acatamos esa orden? —susurró Eloísa con traviesa intención—. Veo, Juanito, que no obstante lo dicho por Sylvina, no te seduce en absoluto la perspectiva de acompañarme. Y yo que estaba ansiosa de acapararte aunque fuese por un rato. Me desilusionas...

—¡Ah, bueno, eso ya es otra cosa! —exclamó Sylvina, mirando a Juan, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes—. Pero todo se arregla, pues, Eloísa. Nos vamos juntos y allá se lo dejamos. ¿Qué tal el arreglo?

—Me parece un poco comprometedor. Porque, por buena educación, tendré que convidarlo a pasar a mi casa. Y a esta hora todos están durmiendo. Una mujer nunca puede prever ni confiar demasiado en las intenciones de un hombre. Y Juan se me ocurre que de repente se convierte en un hombre peligroso.

—No lo creo —dijo Sylvina, lanzando su risita de colegiala después de hacer una diablura—. No lo creo —repitió—, Juanito es siempre como un niño bueno.

—No se equivoque, Sylvina, no se equivoque. Estos mosquitos muertos suelen picar muy fuerte.

En ese momento se acercaban Rosa Eulalia con Tristán y don Andrés.

—Bueno, linda —se despidió Rosa Eulalia de Sylvina—. Estoy encantada de conocerte. Espero que seremos buenas amigas. Te llamaré por teléfono una de estas tardes.

Volvióse a Juan en seguida para decirle:

—Chao, mi amor, hasta muy luego. Tengo que hablar contigo. Y cuidate. No juegues con tu salud.

Todas las mujeres se besaron, con un roce tan leve en la mejilla, como cuando se posa una mariposa. En la es-

quina de Mac-Iver con Agustinas, don Andrés hacía sonar suavemente la bocina de su auto.

—Buenas noches, buenas noches.



Venía por una de las calles del pueblo, caminando despaciosamente, cuando al alzar la mirada se encontró de manos a boca con ella. Se quedó como deslumbrado al contemplarla. Se había puesto un pantalón azul marino y una chomba de fina lana color lila. Traía la cabeza envuelta en un pañuelo de seda de vivos colores.

—¡Tan temprano y ya levantada! —exclamó Juan—. Esto sí que es maravilloso. Ni por un instante me imaginé encontrarla. Creí que todavía estaría durmiendo a pierna suelta.

Sylvina arrugó el ceño, frunciendo la boca con delicioso mohín. Rezongó con acento regalón:

—¡Ay, qué fea la expresión! ¡A pierna suelta! No sé qué se me figura. No me gusta.

Juan la contempló con infinito amor. La vio como si tuviera delante de una criatura celestial.

—No le gusta a la niña adorada. No le gusta. Y yo que lo encuentro tan elocuente. ¿De qué otra manera puede dormir una niña regaloncita y hermosa como un sueño?

Sonrió ella feliz, e inesperadamente, en un arranque que sorprendió a Juan, le cogió del brazo, apretádoselo con suave presión.

—¿Sabe usted por dónde se va a los Calabocillos? —le preguntó—. Tengo deseos de ir hasta allá. ¿No le gustaría?

—Ya lo creo que me agradaría —replicó Juan—; imagínese, Sylvina. Bueno, yo no sé por dónde se va para allá, pero lo preguntaremos.

Cruzaron la plaza, cuyos árboles agitaba el viento del mar, y fueron caminando hacia la salida del pueblo. Desde lo alto divisaron el Arco de los Enamorados y la Piedra de la Iglesia. Entre las rocas se debatía furiosamente el oleaje, formando un lago de niveas espumas que de pronto levantaban inmensos florones que se disolvían en regueros de agua tan blanca como la leche.

—Está bravo el mar —comentó Sylvina—. Mire usted allá, en la barra, el cerro de aguas que se levanta. Es grandioso este paisaje de Constitución. ¿No lo encuentra así usted, Juanito?

—Es fantástico —dijo Alsina—. A mí lo que me fascina es esta soledad, este ambiente agreste, esta sensación rural. Y el pueblo tiene una simpatía que uno no se explica de dónde surge. Y en esta ocasión me ha parecido más simpático que nunca.

Ella le apretó el brazo. Tenía los labios húmedos y entreabiertos. Los ojos dulces y tibios como si de ellos surgieran chispitas de oro. Con voz tierna, musitó:

—Debe ser por la compañía, por la alegría de encontrarse junto a amigos que lo quieren bien.

—¿Qué duda cabe? Nunca es más cierto que ahora eso de que la felicidad la llevamos dentro de nosotros mismos. Además, sentirnos traspasados por la belleza, sentirla y admirarla, me parece que es también una inmensa dicha.

—Sí —murmuró Sylvina sin afectación—, a mí se me ocurre que cuando una ama y se siente amada, tiene el espíritu más dispuesto a percibir las sensaciones maravillosas de la naturaleza. Es lo que debe ocurrirles a las plantas después que las riegan y las acaricia el sol. Se ponen más bellas. El amor da belleza, Juanito. ¿Usted no se ha fijado en esas solteronas, que viven solas, regañando de todo y escandalizándose ante cualquiera manifestación de amor?

Habían llegado a los Calabocillos. Era imponente y majestuoso el espectáculo que ofrecían aquellas rocas, en las cuales había algo así como las huellas de una gigantesca conmoción geológica. Como si el signo misterioso de la tierra agitada por un cataclismo se hubiera petrificado. Una inmensa playa de arenas en declive se extendía hasta las rocas de la orilla. Sylvina, desprendiéndose de repente del brazo de Juan, se lanzó corriendo por la pendiente, dejándose caer con impetuoso brío sobre la arena para darse varias vueltas por ella, lanzando alegres gritos de placer.

Cuando Alsina estuvo junto a ella, la joven se alzó con el rostro radiante y excitado.

—Está la arena caliente —exclamó—. ¡Qué curioso! Y a pesar de lo nublado que está el día.

Cuando Juan la alzó, se dieron cuenta de que allí la atmósfera era tibia, casi calurosa. Sylvina le había cogido

de nuevo del brazo y respiraba agitadamente. Se apoyó en su hombro y él sintió su cuerpo tibio cuando ella le hizo experimentar la deliciosa sensación de uno de sus pechos, oprimido dulcemente en su brazo. La miró Alsina y se quedó contemplándola con el rostro recogido y grave, con dos gotas de misterio en las pupilas. Su boca era tan bella, que le hicieron pensar que allí se condensaban toda su juventud y su belleza.

La besó, sintiendo que la sangre le ardía, mientras ella se estrechaba junto a él, poseída por el anhelo recóndito que palpitaba en lo íntimo de su ser. Fue uno de esos besos que dan la sensación de que no van a terminar jamás. Un beso reiterado, en que el instinto del placer busca todas las formas del deleite. Un beso que daba la sensación de la entrega total. Después la besó en los ojos, delicadamente, y tras las orejas olorosas, entre el cabello que revolvía el viento.

—Ay —dijo Sylvina con voz entrecortada—, ¡qué feliz soy! Mi amor, qué dichosa me siento. —Y agregó con un candor de niña—: Nunca me habían besado los ojos, Juanito. ¿Cómo se te ocurrió?

Lo trató de tú en ese momento, sin darse cuenta. Entregándole las dos manos tersas y frescas, le preguntó:

—¿Quieres que llegemos hasta la orilla?

Se fueron caminando sin apuro. Deseosos de que el placer les durara un infinito. Entre un roquerío de agudas aristas, se acomodaron en un rincón en donde había un pequeño lecho de arenas. Sylvina se sentó sobre una roca y Juan se tendió en la arena. Colocándose las manos en la frente, se quedó embelesado contemplando el mar.

—Me gusta mirar el mar —dijo como si soñara. Luego suspiró hondo y agregó en el mismo tono—: Nunca creí que la vida fuera tan hermosa. No lo sabía. Ahora sí que la siento dentro de mí.

Juan se quedó admirándola en silencio. Le pareció que iba a decir una tontería, una de esas tantas y ridículas frases que dicen los enamorados.

—Te amo, Sylvina, te amo —pronunció al fin—. No sé cómo explicártelo. Pero quisiera que fueras para mí del todo. Soy infinitamente feliz al adorarte, de saber que me quieres, pero también me siento triste. Triste y desesperado de todos los imposibles que nos separan. Tu amor, ¿será co-

mo para romper todas las ataduras en un momento dado? Dime, adorada, ¿será capaz...?

—¡Juanito! ¿Por qué quiere echar usted a perder este momento tan bello? Tan dulce, amor mío. Ya el tiempo dirá...

Se quedó abstraída un largo rato, entretenida en sujetarse el pelo que le arrebatava el viento de las manos. De pronto exclamó con tono de quejumbre y regalía:

—¡Ay! Me pica y me molesta la arena en los pies. Me arde, Juanito. Y usted no dice nada. No le importa...

Juan se enderezó, arrastrándose sobre la arena, para quedar sentado a los pies de Sylvina. La miraba con amorosa ternura, y sonriendo le dijo, acariciándola con la voz:

—¡Cómo que no me importa! Cómo que no me importa... ¿Así es cómo agradece mi cariño? A ver, déjeme usted sacarle esa arena que está molestando los piecitos de mi niña encantadora.

Le cogió los pies, desabrochando rápidamente la hebilla de las sandalias. Apenas había una pequeñísima cantidad de arena dentro de ellas. Más bien la tenía espolvoreada sobre el empeine como un fino polvo con partículas doradas.

—¡Regalona! Si no tienes nada —le dijo, tomándole los pies y apretándolos junto a su pecho. Después los besó lentamente, en el empeine blanquísimo en donde le azuleaban las venas y en los talones rosados. Ella lanzaba pequeños gritos nerviosos, riéndose con los ojos brillantes.

—¡Tonto! ¡Ay, que me haces cosquillas con tu boca! Pero, por Dios, ¿no me tienes asco?

El la contempló con la cara enrojecida y los labios ansiosos. En sus pupilas brillaba el deseo que hacía temblar levemente sus manos.

—Déjame ponerte las sandalias —le dijo con voz extraña y estrangulada. Le ardía la cabeza y sentía la boca seca y amarga.

—No; quiero pisar la arena —exclamó ella—. ¡Ay qué fresquita está, amor mío! ¿Por qué no te sacas tú también los zapatos?

Se arrodilló a su lado y entonces él la cogió entre sus brazos como a una criatura y la besó en las rodillas y en las piernas de raso, frescas y turbadoras para su anhelo amoroso. Quiso ir más arriba, y entonces Sylvina, asustada co-

mo un animalito del monte, se soltó de sus brazos diciendo casi con terror:

—¡No, no, por Dios! ¿Qué pensabas hacer? ¡Juanito! Yo que tenía tanta confianza. Nunca más me acercaré a ti. No creí que fueras a portarte de ese modo.

El se quedó mirándola con hosca gravedad. Un rictus amargo le desplegaba los labios. Sentía cómo le galopaba la sangre en las arterias. Sentía cómo el deseo le acicateaba los costados. Sentía el deseo quemándole las entrañas. Sentía el deseo con desesperación inmensa que le destilaba desde el corazón. Sylvia, con los ojos fijos y llenos de reproche, le seguía mirando. Le repitió:

—No me lo imaginé, Juanito. No lo creí ni por un segundo.

El permanecía escudado en su amargo silencio. Sentía una ausencia total de palabras, de argumentos que la convencieran de que un amor limitado no era amor.

—Y qué —exclamó por fin tartamudeando—. ¿No eres una mujer? ¿No sientes lo que el amor exige imperativamente? ¿No sientes la terrible tortura que causa el deseo insatisfecho?

Ella volvió a sentarse en una roca más alta. Con el busto en escorzo y las manos sobre las rodillas, dejó que el viento le arrebatara su cabellera. Tenía los ojos entrecerrados y la boca apretada en un gesto desencantado. Suspiró largo, y dijo con voz desteñida, sin inflexiones:

—Los hombres no entienden a las mujeres. No las entienden jamás. Es el eterno problema.

Se quedaron un largo rato en silencio. Juan recostado, apoyándose en una roca. Ella sentada con las piernas colgantes. Sus pies eran dos lirios que el viento trataba de agitar. De pronto, él advirtió que le caían unas piedrecillas sobre el paletó; una le rozó la oreja.

—¡Juanito peleador! —reía la joven, imitando la manera de hablar de una pequeña—. Ven a ponerme las sandalias. Tú me las sacaste. Yo no me las sé poner.

El hombre se enderezó con aire de agravio. Ella ahora lo estaba contemplando con los ojos risueños y burlones. Asomó un instante la lengüecilla roja, haciéndole una musaraña. Y, entonces, Juan se acercó solícito a colocarle las sandalias.

—¡Pero si me las estás poniendo llenas de arena! ¿No te importa nada que me duelan los pies?

Entonces el hombre retornó a su actitud amorosa y le besó de nuevo los pies.

Sylvina, después, se dejó caer de rodillas sobre la arena. Un aire de ensoñación le daba a su rostro un aspecto de irrealidad, de tierna dulzura. Se apoyó en el pecho de Juan, diciéndole en un susurro:

—¿Es verdad que me quieres mucho? ¿Es cierto todo eso que me dices en tus cartas?

Juan le contestó besándola en la boca. Después la miró como en éxtasis.

—Dime —insistió ella, regalona—, ¿me quieres mucho? ¿A todas las mujeres de las que has estado enamorado las has querido como ahora me quieres a mí? ¿A todas les has dicho las mismas cosas?

—¡Tontita! Yo no sabía lo que era amor antes de encontrarte. No lo sabía...

Ella se quedó mirándolo y le dijo con cálida dulzura:

—Bésame, quiero que me beses, pero sin portarte mal. ¿Verdad que nunca más lo volverás a hacer? ¡Ay, qué calor está haciendo, mi hijito!

Agil y flexible se enderezó para sacarse la chomba. Se quedó con una fina blusa de seda blanca y se refugió de nuevo en el pecho del hombre, que puso su mano sobre uno de sus senos. Le derramó sobre el rostro el hálito ardiente de sus palabras:

—¿Quieres que les haga cariño?

Ella cerró los ojos y se quedó con la faz inmóvil. El sol iluminó sus pechos finos y tersos, erguidos por el deseo. Los labios del hombre la quemaban al acariciarlos. Un leve jadeo se escapaba del pecho de ella.

—Te amo, te deseo, te deseo con desesperación. ¿Mía, serás mía, adorada?

Sylvina se recogió súbitamente, abrochándose la blusa. Ahora de rodillas se apoyó en Juan besándolo y rodeándole el cuello con los brazos desnudos y tibios.

—Mi amor, no me pidas eso. No me lo pidas. Yo también quiero ser tuya, pero no puede ser ahora. No puede ser. No me exijas una cosa que me remordería toda mi vida. Yo sé que un día voy a ser tuya, mi hijito. Totalmente tuya. Yo también lo estoy deseando.



Tornó a sentarse en una roca, y sacando uno de esos cigarrillos delgados, lo encendió, aspirando con ansias el humo. Lo miró con aire ausente. Tenía los ojos tristes y los labios descoloridos eran una flor mustia.

—¿Volvamos, mi amor? —le habló como si se le desgarrara la voz.

Juan sentía que el deseo insatisfecho le dejaba adentro una helada amargura. Diéronle deseos de huir, de dejarla sola, allí junto al mar, que abajo en los acantilados se debatía con sorda insistencia rumorosa.

—No te pongas triste, mi amor. No te pongas así —susurró ella—. ¿No te da alegría saber que te quiero?

—No sé —replicó Juan—. No sé. Sólo me parece que el amor, cuando es amor, lo entrega todo en el momento supremo.

Subieron lentamente el repecho, fatigándose al hundirse y resbalarse en la arena. Una corriente de aire frío los envolvió al alcanzar el camino.

—¡Ay! —exclamó Sylvina—. Qué viento tan helado. Parece que me heló hasta el corazón.

—Ese lo tienes helado desde mucho antes —dijo Juan sin mirarla—. Acaso toda tu vida.

Ella lo cogió del brazo, regañándolo:

—¡Malagradecido! ¿Crees que si no te quisiera, te demostraría mi cariño en la forma que lo hice? Ustedes, los hombres, siempre lo quieren todo. No se dan cuenta del significado que ciertas cosas tienen para una mujer.

—Tienen un solo significado —dijo Juan acerbamente—: el de la generosidad. No puede haber amor sin generosidad.

Sylvina suspiró, soltándose de él. Con la cabeza inclinada se cogió los brazos, cruzando las manos.

—Juan —le habló—; usted no se da cuenta de que todas las cosas han de tener un comienzo. Piense que nunca he tenido una aventura...

Juan se volvió bruscamente. Con el rostro contraído y los ojos ardientes de tristeza y de cólera, la interrumpió:

—¡Aventura! Aventura llama usted a esto, a este amor que me llena la vida entera, que me avasalla todos los sentimientos. Aventura llama usted al amor de un hombre que vive rindiéndole el homenaje de su cariño, de su admiración, de su fervor sin límites. Aventura...

—Bueno, perdóneme que yo no sepa usar las palabras en su verdadero significado e intención. Pero bien sabe usted que es ésta la primera vez que un hombre me busca pretendiendo mi amor a espaldas de mi marido. ¿Usted no se da cuenta del alcance que esto tiene en mi manera de ser? ¿En la conducta que yo estoy obligada a observar?

—Bueno, Sylvina —replicó Juan—, es que cuando se quiere, no se sacan cuentas. O se obedece a los sentimientos o se rechazan de plano. A mí me parece que no hay disyuntiva posible.

—Ay —suspiró ella—, los hombres piensan siempre distinto de las mujeres. ¿Qué quiere que le diga?

Caminaron sin volver a dirigirse la palabra. Sylvina se detuvo de pronto a contemplar el paisaje. En la distancia fulguraban en inmensos borbollones de agua verde y blanca los tumbos de la barra. El cerro Mutrún daba la sensación de un poderoso animal echado, con la cabeza erguida.

—Juanito, eres malo, mi amor. Creía que estarías feliz después de lo ocurrido. ¿Por qué apresurar los acontecimientos? Todo tiene que llegar un día. Un día que será para nosotros una fiesta maravillosa.

—¡Un día! Un día —repitió Juan—. Nadie vio el mañana y las oportunidades son una vez. Cuando se pierden no retornan jamás.

Ella se acercó, para cogerlo de una oreja y darle un tirón, que no era precisamente una caricia.

—¡Malo! Eres malo. ¿Por qué te empeñas en hacerme sufrir? Yo que me sentía tan feliz.

Se tomó de nuevo de su brazo y le metió la mano en el bolsillo del paletó.

—Tantos papeles que tienes aquí —le habló regalona—. Y ninguno es una carta para mí. Quiero una carta. Quiero que me escribas una carta en la que me digas que me adoras, que soy linda, que te gusto mucho. Oye, Juanito peleador. ¿Entonces no es verdad que me adoras? Oye, mírame, ¿entonces no es cierto que tengo los ojos llenos de chispitas de oro?

Juan la miró risueñamente:

—Mocosa, mi mocosita, ¿para qué fui a quererte tanto?

Se sentaron a descansar en un banco de la plaza, bajo un árbol cuya sombra estaba moteada de manchas de sol.

Al poco rato apareció don Andrés, que venía con un libro en la mano.

—¡Buenos días, Juan! Caramba, veo que usted, mi señor don Juan, se apodera tranquilamente de mi mujer. Y, por supuesto, con la voluntad de ella.

Juan quedó observándolo sin despegar los ojos de los de Suárez. Una recóndita inquietud le asaltó. ¿Es que se sentía celoso? Sylvina, tranquilamente, se limpiaba las cejas con el pañuelo, y rió con su breve y característica risa de colegiala.

Mas Suárez no tenía asomo de malicia en los ojos. Se sentó entre ellos y dijo:

—¡Pero, hombre! ¿Sabe que me agarró fuerte el librito este? No me di cuenta del tiempo. Eran las once de la mañana cuando se me ocurrió ver la hora. "Narciso y Golmundo", ¡qué libro tan hermoso! Hombre, yo pienso en estos tipos; en lo que sentirán cuando logran realizar una obra así. ¡Qué formidable! Cualquiera escribe un libro parecido. ¡Psh! Hay que tener algo dentro de la calabaza, mi amigo. A mí lo que me llama la atención en este hombre es la originalidad de sus puntos de vista. El extraño y novedoso concepto de la vida, que mete en el espíritu a sus personajes. La sensación de belleza que logra derramar a lo largo de sus páginas, sin que ello se advierta. Sin buscar palabras preciosas. Al contrario, con la más transparente sencillez; caramba, éstos sí que son escritores. ¿No le parece a usted, Juan?

—¡Ya lo creo! —dijo éste, sintiendo en la boca el sabor de los besos de Sylvina—. Ya lo creo. —Y no se le ocurrió nada más que decir.

Suárez lo miró de reojo. Sylvina seguía muy ocupada en ver si la línea de sus cejas estaba correcta. Pero de pronto intervino diciendo:

—A mí también me gusta como escritor Hermann Hesse. Tiene un hermoso estilo, pero sus novelas son artificiosas. Me dan la impresión de que las saca de su cabeza y no de la vida real. Es frío, además.

Suárez se quedó mirándola con aire de divertida curiosidad.

—¡Frío, frío! Yo no sé si será frío ó caliente. Lo que sé, por mí mismo, es que es un estupendo escritor. Un novelista que se apodera del lector. Que lo absorbe como una corriente de agua. Si logra alejarlo de la realidad que está vi-

viendo, no me dirán ustedes que no es una maravilla. Eso de frío, yo no lo entiendo. A mí se me ocurre que la palabra aplicada a los personajes de una novela es para significar que ellos no tienen alma, que no vibran, que están trazados borrosamente. Y aquí no hay tal, mi hijita. Oye, tú no sabes nada. Perdona que yo, con toda mi incultura y mi grosería de carretero de la pampa, te diga que hablas tonterías.

Sylvina se encendió; trató de reírse con aire de broma, pero no le dio resultado.

—Sí —dijo picada—, ya sé que para usted no tengo cultura. No pretendo tenerla, además. ¿Pero qué quiere usted pedirle al criterio, al pensamiento, a la sensibilidad de una mujer? Sin embargo, creo que así como tengo derecho al aire que respiro, tengo también derecho a sustentar opiniones. Ahora, si usted no lo permite, es otro cantar.

—¡Je! —hizo Suárez con leve ironía—. Eso no es constatar. A mí me parece que en esto de las opiniones sobre las cosas del arte hay también su buena dosis de vanidad en la gente. No hay que olvidar que el artista tiene su temperamento especial, su propio concepto de la vida. Se puede ser frío o apasionado para desarrollar un asunto. Por eso el criterio para formular un juicio debe estar dentro de esas circunstancias. Censurar ese punto no me parece acertado. Lo que hay que ver es si interesa, si coge, si envuelve dentro de su órbita al lector.

—Sí —dijo Juan—. Está bien eso que dice usted, don Andrés. Pero no se olvide de que Sylvina no critica ese aspecto en Hesse; señala el hecho de que es frío y nada más. Es como decir que Chopin es un sentimental y Mozart, un dramático fantástico. Son cualidades, maneras de ser, condiciones temperamentales que pueden ser interpretadas de distinta manera. Cuando mucha gente coincide, no hay tema para discusiones. Y ahí está lo grande: la calidad o el genio que se impone. He ahí unas verdades de Perogrullo.

—No tanto, mi amigo —exclamó Suárez vivamente—. No se olvide usted de Cervantes o de Beethoven... Las opiniones estaban muy divididas en su tiempo.

—Sí...; pero andando, andando el tiempo, confluyeron totalmente.

—Los dejo —Interrumpió Sylvina—. Voy a echarme una manito de gato, antes de almorzar. Además, no hago falta en esta conversación.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—¡Vaya! Su amigo, pues. ¿No lo ha oído, entonces?

—Son bromas de don Andrés —dijo Juan en tono festivo—. A veces se le pasa la mano.

—Casi siempre —replicó Sylvina riendo—. Casi siempre, mi amigo.

Huyó en seguida, corriendo y dando pequeños saltos. Entretanto, jugaba con el pañuelo con que se había envuelto la cabeza.

Los dos hombres se quedaron contemplándola hasta que desapareció en la puerta del hotel. Don Andrés movió la cabeza con grave semblante.

—Yo no sé si es manía la mía —le dijo a Alsina—, pero estoy viendo que a Sylvina le va a pasar lo que a esos hombres que no conocieron las borrascas de la juventud. Vivieron pegados a las faldas de la mamá, o temblando de terror ante las reprimendas del papá, y no se atrevieron a salir ni a la esquina después de comida. Y un buen día se casaron con la jovencita que iba de visita a la casa. No supieron de una mujer otra cosa que tomarle la mano a la novia o darle un beso en la mejilla, lo cual les pareció de una audacia inaudita. Llegaron al lecho matrimonial sin conocer más experiencia sexual que alguna masturbación, cuando el instinto se lo reclamaba, y obedeciendo a la voluptuosidad creada por el vago contacto de una mujer o por las conversaciones lascivas de algunos muchachos de su edad.

Fueron fieles al lecho conyugal, creyendo que era la suprema felicidad de su existencia. Mas, la libertad, las conversaciones con los amigos, la excitación de los tragos y luego la visita a alguna casa de prostitución, les pusieron en el camino de la fiesta galante. Entonces comenzaron a hacer, atolondradamente, la vida del juerguista. La vida tranquila del hogar se disolvió en reiteradas francachelas, y, ansiosamente, quisieron disfrutar con exceso de aquello que hasta entonces no habían conocido. Recuperar el tiempo perdido.

A Sylvina le pasa algo semejante. No supo de fiestas, de bailes ni de reuniones sociales. Ella no lo ambicionó, no porque le desagradara, sino por un total desconocimiento de esos ambientes. Yo, absorto en mis negocios, en mis preocupaciones, no paré mientes en el asunto. Ella se recogía dentro de sí misma, absorbida por sus lecturas y por sus aficio-

nes a las cosas del arte, en las cuales se refugió gustosa y satisfecha en apariencia.

"Pero, de pronto, conoció este aspecto de la vida del cual no tenía idea. Ya en Antofagasta comenzó el asunto. Hábil y cauta, nunca me participó su interés por las reuniones sociales. En el comienzo, como es natural, eran los maridos los que nos invitaban. Pero en esas fiestas, Sylvina hizo amistad con las señoras que la convidaban a reuniones de canasta o a fiestas con fines de caridad; hipocresía pura, por supuesto, pues es la manera cómo la gente con dinero disimula su afán de divertirse. Pero siempre Sylvina trataba de que la invitación se me hiciera a mí. De este modo yo no le podía reprochar nada. Y era la más sorprendida cuando le anunciaba que teníamos algún compromiso.

"Sylvina es en el fondo muy adicta a disimular sus verdaderos sentimientos. Ante mí está siempre en la actitud de hacerme creer que a ella no le agrada asistir a fiestas y reuniones sociales. Pero, en realidad, la vuelven loca. Siguiendo su manera de proceder, cuando le anuncio que hemos de asistir a una comida o a un baile, ella tuerce el gesto con fingido desabrimiento para decirme:

"—¡Vaya! ¡Qué lata! Y yo que tenía dispuesto acostarme muy temprano, para leer un libro.

"Yo la miro, y sin dificultad leo en sus ojos el gozo que la noticia le produce. Bueno, es natural. Vive los años en que los placeres de la vida nos fascinan. Entonces, para hacerla franquearse, para ver su reacción, le digo:

"—¡Pero no te compliques la vida por eso! Con avisar que tenemos un inconveniente, se arregla todo.

"Entonces me contesta simulando la mayor naturalidad posible:

"—Usted es dueño de resolverlo como guste. Pero no me parece correcto. La gente siempre tiene sus cálculos acerca de las personas a quienes ha invitado y es hartó desagradable que a última hora se excusen. Es hartó desagradable...

"—Sí, en realidad —le digo burlón—, es bien desagradable no ir a una fiesta cuando uno se está muriendo de ganas de ir a ella. ¿Por qué no lo dices con franqueza? ¿Crees por ventura que yo te lo voy a reprochar?

"Me contesta con los ojos duros y el rostro inmóvil:

"—Usted, Andrés, siempre está suponiendo en mí cosas

en las cuales ni siquiera pienso. Me es absolutamente indiferente lo que usted resuelva. No veo por qué no he de decirle la verdad.

"Sin embargo, yo la veo resplandeciente de alegría cuando sale arreglada de su habitación. Es algo que se le desborda de toda su persona. Ahí veo claro que todo cuanto diga en contrario no es nada más que pura comedia. ¿Por qué la hace? Sin duda la razón es obvia: el orgullo de no dar su brazo a torcer, de no pedirme nada. No obstante, su anhelo de entrar en el torbellino de la vida social ya no consigue disimularlo. Yo no la puedo acompañar en muchas ocasiones. Y es seguramente cuando se siente más contenta. A mí me interesa como un caso de mujer totalmente frívola, sin otra cosa que tonterías y trivialidades dentro de la cabeza y con un corazón insensible. Y esto es lo que le ocurre a la mayoría de las mujeres de hoy, Juanito. Un afán casi morboso de exhibicionismo, de lujo sin tasa ni medida. El alma y sus atributos de pureza y de bondad no entran para nada en el asunto.

—Exagera usted, don Andrés, en sus apreciaciones — exclamó Juan en tono de suave reproche—. Es demasiado intransigente en ciertas cosas. Olvida que una mujer no puede vivir encuadrada dentro de las mismas normas que el hombre. Y se olvida, también, de que todo ser humano necesita del halago, del elogio, del estímulo, en fin, para que la vida se aparte de su terrible monotonía. Por lo mismo que usted me cuenta, veo que ella tiene muy presente sus deberes de esposa, y que por encima de sus anhelos de esparcimiento, están el respeto y el afecto por usted.

Suárez guardó el cortaplumas con el cual acababa de cortarle la cabeza a un cigarro puro, y estiró los labios con gesto de desabrimiento.

—¡Pamplinas! —exclamó—. ¡Pamplinas! —reiteró abruptamente—. Pero óigame usted, Alsina, si es que a mí no me interesa la actitud afectiva de esta niña con respecto a mí. Yo sé bien, demasiado bien, que ella en ese sentido no me guarda ni el más mínimo cariño. Es lógico que así sea, por lo demás, teniendo en cuenta lo que yo le he confiado con respecto a nuestra vida conyugal. Acaso lo que a mí me fastidia es su desorbitado afán por hacer vida social, su estúpida y mal disimulada actitud de nueva rica. Me hubiera

agradado comprobar que había en ella más calidad de mujer.

Regresaba Sylvina en ese momento. Había cambiado los pantalones de excursión por una falda oscura y una blusa de seda. Unos zapatones de gamuza con grandes hebillas plateadas reemplazaban ahora a las sandalias.

—¿Nos vamos a almorzar? —propuso—; yo me estoy muriendo de hambre.

Volvió la cara para quedarse mirando unas carretas que pasaban, y así, a contra luz y de perfil, Juan pudo reparar en la fina pelusilla rubia de su tez. Jugaba con el extremo de un largo collar de perlas, al cual le había hecho un nudo, al desgaire, acariciándose las mejillas con aquellas bolitas de suave brillo.

Juan le observó afectuoso:

—¡Qué hermoso collar de perlas! Me parece que es demasiada ostentación ponérselas aquí en la playa. ¿No le parece, don Andrés?

—Así me estaba pareciendo a mí también —repuso éste con ligera ironía—, y más cuando se trata de perlas auténticas.

—No me interesa que sean auténticas —dijo la joven—. ¿Para qué? Pero son lindas. Me encanta ponérmelas. Me dan la sensación de que siempre se están resbalando, tibias y suaves.

Mientras caminaban lentamente hacia el hotel, Sylvina propuso:

—¿Qué les parece que vayamos esta tarde a tomar onces a la quinta de los Carreño? Me han dicho que es un sitio muy pintoresco y que sirven cosas muy ricas allí.

—Magnífico —exclamó Juan—. Es una excelente idea, y, aunque la ocurrencia es de Sylvina, la invitación es mía.

Suárez dejó caer su ancha y recia mano sobre el hombro de Juan Alsina.

—En eso usted no tiene voto, mi amigo. Usted es un caballero convaleciente de una grave enfermedad, y no debe hacer esfuerzos de ninguna especie. Ni siquiera del bolsillo. Que nos convide Sylvina... El que quiere celeste, que le cueste...

—¡Ya! —gritó la joven batiendo palmas—. Pero en serio. Yo pago a los boteros y los gastos de la fiesta, que va



a ser grande. Con tal de que no nos caigamos al río a la vuelta.

Y esa tarde, mientras esperaban que los botes se acercaran a la ribera y don Andrés conversaba con un amigo, en el momento en que iban a regresar, Sylvina se acercó a Juan para decirle:

—Me siento feliz, Juanito. ¡Qué lindo día hemos pasado! Ahora sólo me falta que vuelvas a decirme que me quieres mucho. Mucho, pero mucho, mucho. ¿Verdad que sí?

Caía la tarde, y un pájaro voló por sobre ellos con las alas enarcadas y jugando en el aire atardecido. Una fila de patos se encumbró como una flecha sobre las copas de los árboles de la isla Orrego, en donde aún quedaban jirones de sol poniente.

9

DIARIO DE SYLVINA.

Anoche terminé de leer "La Isla de los Pingüinos", esa novela de Anatole France, cuya lectura me pareció apasionante. Me ha quedado adentro, muy en lo íntimo, una profunda tristeza al pensar en el amargo destino de Teresa. ¿Por qué razón esa mujer tan encantadora, tan fina, tan llena de esa rara armonía en su físico y en su carácter, que la hacían exquisitamente seductora, fue tan desgraciada?

En las conversaciones y también en las novelas, he oído decir en diversas oportunidades que es el contraste entre dos espíritus distintos el que produce la atracción y hace que la dicha del amor sea más intensa. Sin embargo, Teresa no fue realmente feliz con Le Mesnil, su primer amante. Ni lo fue con Santiago Deschartres, que la adoraba con tan exaltada pasión. Le Mesnil era un hombre tranquilo, equilibrado. Un señor de la buena sociedad, para quien las mujeres son algo así como un adorno, que pueden exhibir en determinadas circunstancias. En cambio, Santiago Deschartres vive en eterna desesperación amorosa. Los más mínimos detalles acicatean su permanente inquietud, sus terribles celos que su torturada fantasía inflama hasta el delirio.

Digo yo: ¿qué gana una mujer con que se la ame en esa forma? ¿Por qué y para qué se ama? Supongo que es para embellecer la vida, para hacerla más intensa, más dulce y grata. Sin embargo, causa dolor comprobar que se

nos ama como a un objeto. Algo así como cuando decimos: me encanta este traje. Pero a los pocos días vemos otro que nos parece más atrayente. Y lo reemplazamos sin pena ni preocupación. Pero el amor, ¿puede ser así? Se me ocurre que mi comparación no es muy acertada, pues estoy viendo a cada rato cómo los hombres le echan flores a una mujer y le dicen que no hay quién se le compare. Y poco después, con minutos de diferencia, le dicen a otra las mismas cosas.

Teresa ya no quería a su primer amante. Le era absoluta y totalmente igual a otro cualquiera de los hombres que la rondaban. Adoraba a Deschartres, lo quería con ese amor que hace estar pensando a cada instante en el ser amado. Era para ella otra etapa de su vida, de su sentimiento afectivo. Pero Deschartres, enfermizamente, retrocedía en el tiempo, la quería suya antes de conocerla. No admitía la posesión de nadie, ni siquiera cuando él no soñaba que existiera una mujer como Teresa. Y, entonces, la rechaza para siempre, porque no puede soportar la idea de que fue de otro. De otro amante. Porque en estos casos el marido no cuenta para nada.

Un amor así me parece también una desgracia. Yo no sé, hasta ahora mismo, a qué extremos puede llevar. Teresa es totalmente desgraciada, porque un hombre como su amante sólo es capaz de empujarla al descabro. A malograr todos los proyectos de felicidad. Yo siempre pienso que el amor debe ser algo muy agradable, muy grato, muy ideal. Pero me parece absurdo y necio convertirlo en tortura. Se me ocurre que el amor debe ser como una fiesta, de la cual hay que gozar mientras dure. Pero una fiesta maravillosa, fantástica. Un día se termina. No me parece que hemos de pasar llorando de desesperación por ello. La vida humana, a mi juicio, ha de regularse y orientarse por la vida de las plantas y aun de los mismos animales. Se acabaron las rosas de un rosal. Pero al año siguiente volverá a florecer. Así me parece que debe tomarse también la existencia del hombre. ¿Por qué ha de vivirse únicamente para sufrir? Eso es, a mi parecer, sencillamente monstruoso. ¡Ay, si leyera Andrés estas reflexiones mías, se moriría de risa! Ya lo veo diciéndome: "Todo eso que has dicho no pasa de ser una tonta vulgaridad. Eso que dices está bueno para los objetos o para los seres inanimados que sólo se agitan instintivamente".

Yo debía considerarme la mujer más infeliz del mundo. Y no me siento tal. Tomo las cosas como en realidad son. Juan me está diciendo siempre que yo no sé lo que es el amor. Y por cierto que él está en la razón. ¡Y cuánta tiene, Dios mío! Porque si supiera la realidad de los hechos que me conciernen, se quedaría abismado. No porque yo seá, por lo menos así lo creo, un ser específicamente indiferente y frío. Pienso que hay en esto un poco de mala suerte. Además, aunque soy de tan cortos alcances, como me califica Andrés, advierto que me faltan algunas condiciones sensibles. En lo que respecta a Andrés, no digo nada, pues yo entonces era una mocosa. Me tomó él como se toma un objeto que nos parece agradable. Pero, desde el primer minuto de estar conmigo, de poseer mi cuerpo, me miró de alto a bajo. Como quien dice: "Bueno, a esta mocosa no hay que tomarla en serio". No quiso, ni se interesó por enamorarme en el lecho, por despertar en mí aquello que supongo debe tener toda mujer, para darle al amor su deleite y su máxima intensidad. ¡Cuántas veces me poseyó, sin que yo experimentara ninguna sensación de las que brinda el amor realizado!

Muchas veces cuando me hablaba después, era para reírse un poco de mí. Para hacerme sentir que yo no tenía gusto a nada. Que era como una fruta sin madurar. Me ha dicho cosas amargas y humillantes, que me dejaban pensando con gran tristeza en lo que debería hacer para darle ese placer que su desdén ni siquiera me insinuaba. Algunas noches, apenas se apartaba de mi contacto, se quedaba en silencio y luego yo le oía roncar a más y mejor. He oído decir a algunos hombres, en conversaciones entre ellos (nunca se cuidan mucho de que no les oigan las mujeres), un dicho hartó feo: "Ya te casaste para quedarte dormido al lado de una mujer". Es como decir que el matrimonio es la mayor calamidad. A veces estoy por creerlo. No porque Andrés sea ahora un viejo, sino por lo que significa el hecho de acostarse juntos a diario. Yo digo: qué feo es un hombre desnudo y qué feas son las cosas de su sexo. Acaso ellos dirán igual por las mujeres, cuando ese cariño, esa alegría de estar juntos se termina; en realidad, yo no me explico cómo se produce el deseo.

Y es que hay circunstancias y hechos inexplicables, absurdos, estúpidos, como dice Andrés (y caramba que sabe darle antipatía a la palabra); jamás se acierta en entender

cómo se producen. Y esto lo digo a propósito de Vicente Aspillaga, que se vino de Iquique con su mujer y sus dos chicos, para establecerse aquí en Santiago, con su negocio de co-tretajes. Vicente me hizo la corte desde cuando yo estaba recién casada. Al comienzo me atraían sus ojos azules, en los cuales se asoma una picardía maliciosa. Pero su conversación de hombre que trata de aparentar finura e ingenio nunca me ha convencido. Además, a mí no me han gustado jamás los hombres bajos. Tengo una idea tonta y grotesca de ellos. Sin embargo, yo no me explicaré, mientras viva, la razón que me impulsó a entregarme a él. A engañar a mi marido con un hombre al cual jamás he querido. Y lo tremendo es que me atemoriza, que me causa pavor, pensar por un instante en que Andrés se dé cuenta de que yo lo he engañado con Vicente. Cuántas veces no le he oído decir: "Me está cargando el tal Vicente. No creo que se pueda confiar mucho en un tipo tan zalamero. No pienso ni por un instante en que su afecto por mí sea el que le impulse a servirme. Lo que le interesa son los pesos que se gana conmigo. ¡Qué diablos! Toda la gente es así..."

A mí me dan deseos de huir, de desaparecer, cuando le oigo. ¡Si lo supiera él! En estos casos hay algo así como un destino. Yo misma no lo pensé jamás. Acaso porque no lo pensé fue que lo hice. Andrés se quedó inesperadamente casi una semana en las oficinas de la pampa. Se fue con el propósito de volver al día siguiente. En el fondo, Andrés es el gran culpable. Yo me quedé sola en Iquique, sin tener amistades con quienes alternar, con quienes disipar un poco mi soledad. En la tarde del día que se fue Andrés, llegó Vicente. Hizo gran alarde de alegría al encontrarme y me ofreció compañía. A mí me gustó verlo, pues lo creía un buen amigo de mi marido (¡bastante bueno!), y acepté su ofrecimiento de venir a comer a mi mesa del hotel.

Por las tardes salíamos a caminar por el centro de la ciudad. Y como lo que hacíamos era tan simple, tan claro y sin malicia, no pensé en ningún momento en que algo inesperado habría de ocurrir. Sin embargo, una noche en que nos quedamos en un rincón de la terraza del hotel, me bebí, sin darme cuenta, una copa de pajarete. Una copa grande, llena hasta los bordes. No sentí ninguna molestia, y tanto fue así, que me bebí la mitad de otra que trajo el mozo, sin

que yo lo advirtiera, mientras conversábamos. El alcohol me producía, por el contrario, una alegre y estimulante energía.

De pronto sentí un gran calor y que la cabeza me ardía. Me asomé a contemplar la fosforescencia del mar, y su aliento fuerte y fresco me produjo un bienestar delicioso. Fui yo la que le propuse:

—¿Vamos hasta la playa? Por Dios, ese trago me acaloró demasiado.

Anduvimos, y por el camino me di cuenta de que estaba semiembriagada. Sentía un ardor dentro de mí, y sin saber lo que hacía me apreté a su brazo. Vicente, el muy zorro, no se dio por aludido y me propuso que nos sentáramos tras una caseta en donde se guardaban mercaderías para la venta.

Yo me quedé inmóvil, apoyada en las tablas, y al volverme sentí el rostro de Vicente junto al mío. De pronto me besó, envolviéndome entre sus brazos y oprimiéndome los pechos. Sentí entonces un deseo quemante, enloquecedor. La playa estaba totalmente solitaria, y creo que aunque no fuese así, hubiera ocurrido lo mismo. ¡Ay, qué espantoso es todo esto! Es en estos casos cuando le encuentro razón a Andrés para decir que las mujeres no tenemos conciencia, ni alcanzamos a pensar en lo que realmente nos concierne.

Pero tengo que contarle aquí, en este cuaderno, para aliviarme algo de mi pecado. Yo tenía la cabeza perdida y no alcanzaba a darme cuenta de que Vicente y yo formábamos un solo cuerpo. Sin fuerzas, con la voz deshecha, acaso pidiendo que hiciera lo contrario, gemí muerta de deseos:

—¡Oh, por Dios, no me saque los calzones! No me los saque, por favor.

Pero cuando sentí aquella prenda estorbándome en las rodillas, fui yo misma la que me la arranqué de un tirón. Sentí la mano de Vicente acariciándome el sexo. Tomádomelo muchas veces, mientras yo le repetía:

—Ay, por Dios, tanto, tanto. Pero tanto... ¡Déjeme, por caridad!

Hasta que me poseyó con tal ansiedad, que en el momento en que yo iba a sentir el deleite supremo, él se abatió sobre mí, gimiendo de placer.

No conseguí el deleite en ese momento, pero supe de él en las dos o tres veces que volvió a poseerme esa misma noche. Conocí, intensamente, lo que es el placer del sexo. Pero,

Dios mío, ¿qué me pasó? Al día siguiente sentí una profunda repugnancia por todo lo ocurrido. Advertí, además, que Vicente me resultaba antipático. Que su charla, a la cual trata de darle un tono de agudeza, me resultaba intolerable. Sin embargo, por él me expongo a los mayores peligros. ¿Es que le amo acaso? ¡No! Tal vez le odio. Pero me atemorizan su sonrisa de seguridad, su enigmática actitud. No sé, pero la verdad es que a mi me duele darme a él. Ahora mismo, todavía no hace un mes que está aquí en Santiago, y ya me ha obligado a ir dos veces a un departamento que arrienda en un edificio de la Alameda. Cuando paso por allí con Andrés, miro con terror y fastidio ese enorme edificio que un día me va a caer encima.

*Martes 20.*

Ayer venía cruzando la Alameda para ir a tomar el té al salón de Gath & Chaves, cuando se detuvo un' auto a mi lado. Oí que me llamaban por mi nombre, y, al volverme, me encontré con Vicente, que, con las manos en el volante, me sonreía saludándome:

—Suba —me dijo—, la iré a dejar a donde vaya.

—No, gracias —le contesté—, voy muy cerca. Hasta luego.

—Suba, que la atropellan —me gritó.

Vi que un río de autos se me venía encima y no me quedé más remedio que subir.

Vicente me miró con cara de risueña felicidad. Lo miré a mi vez y pude observar que tenía las cejas y el borde de los labios inundados de traspiración.

—Así es que usted, doña Sylvina, no le tiene miedo a la muerte —me dijo socarrón.

Yo le miré con fastidio y le contesté evasivamente:

—Déjeme en Ahumada. Voy nada más que hasta Huérfanos, y deseo andar un poco.

Se quedó mirando los autos que se amontonaron en la esquina y partió de nuevo en el momento que dieron la luz verde.

—Le manifesté que me bajaría en Ahumada —le dije con violencia.

Y entonces, sin hacerme caso, sonriendo, con odiosa alegría, se internó por San Diego, para dar vuelta por una de las calles transversales y salir de nuevo hacia la Ala-

meda. Se detuvo frente al ancho portalón de hierro. Y me dijo con voz melosa:

—Baje, mi amor, baje. Apúrese, linda.

Yo iba hirviendo de rabia, y, apenas bajé, caminé hacia la Alameda, para dirigirme a donde iba. Pero este caballero, que le pasa la lengua por los zapatos a mi marido, me tomó del brazo y me apretó como una tenaza de hierro. Tuve que contener un grito, un alarido de dolor, y seguí a su lado. Me hablaba sonriendo y con aire de amabilidad suma. Y por la primera vez entramos juntos en el ascensor. Jamás lo habíamos hecho. Siempre él me esperaba arriba, y esta vez, con una desfachatez única, me obligó a subir con él.

Entramos en la habitación, y sentí impulsos de llorar, de escupirlo, de enterrarle las uñas. Vicente se había sacado el sombrero y comenzó a secarse la transpiración. Después se acercó, para decirme con su modo característico:

—Mi amorcito, mi regalona, ¿qué le pasa? ¿Por qué no quería venir para acá? ¿No somos siempre tan felices aquí? Tanto como allá en Iquique, ¿recuerdas? Qué estupendos días aquellos. ¿No es verdad?

Me dolía el brazo y me levanté la manga para mostrarle la marca de su apretón. Le dije con voz ronca:

—Estos son sus cariños, ¡ah! Esta es la manera de conducirse conmigo. Caramba, qué bien lo ha hecho. Así procede un rufián, y yo soy nada menos que la amante de un rufián.

Me ha mirado con extrañeza, entre sorprendido y burión, y, sin importarle nada mi actitud de rechazo, me ha tomado por la cintura pretendiendo besarme. Entonces, fuera de mí, le he dado con toda la fuerza de que soy capaz una bofetada en la boca. Lanza una carcajada y exclama:

—¡Caramba! Yo no sabía que una mosquita muerta pegaba tan fuerte.

Veo fugazmente mi rostro descompuesto en el espejo. Veo mi pelo en desorden y mis ojos casi velados por el llanto. La voz se me atasca en la garganta cuando trato de gritarle:

—Déjame salir, rufián. Canalla, ¿qué te has imaginado de mí?

Se ríe de nuevo ruidosamente. Siento que la cabeza me crece como si me fuera a estallar. Que el corazón me sube a

la garganta; que las piernas me tiritan, negándose a sostenerme.

Entonces, enloquecida, con impulso desesperado, me lanzo sobre él y le alcanzo a enterrar las uñas cerca de una oreja. Le brota un enorme goterón de sangre. No me doy cuenta cuando de un palmetazo me tira sobre la cama, y casi instantáneamente lo siento sobre mí. Lucho con fuerza increíble y dos veces logro desprenderme de él. Aterrada, me doy cuenta de que me va a romper la ropa. Busca mi boca como una fiera, y yo se la rehuyo, poseída de impotente desesperación.

—Déjame, cobarde —le digo, anudando mis piernas.

Pero me da un golpe en las rodillas, que se me sueltan como por arte de magia. De un salvaje tirón me arranca aquella prenda que la primera vez yo misma le ayudé a sacarme. Y me toma, entonces, plenamente. Plenamente, porque en ese momento yo experimenté un súbito deseo.

¡Infeliz mujer! No soy nada más que una infeliz mujer. Nunca he sabido de lo que es el placer del sexo como en esa ocasión. Yo que le odiaba, yo que sentía impulsos de escupirlo, no me doy cuenta cuando oigo mi propia voz gimiendo:

—Mi hijito, mi amor. ¡Ay, mi amor! Mi amor...

Cuando se aparta de mí, experimento una suprema languidez. No tengo ni siquiera fuerzas para estirar los brazos y bajarme las ropas a fin de cubrir mi cuerpo desnudo. Es él quien lo hace, y oigo como en una infinita lejanía que me dice:

—¿No ve, mi regaloncita caprichosa, como hemos sido inmensamente felices? ¿Por qué se estaba negando de ese modo?

Me besa en la boca y yo aprieto los labios. No quiero que se acerque a mí. Me cruzan por la mente una cantidad de palabras ofensivas y no le digo ninguna. Me da ira darme cuenta de que me domina este hombre a quien no amo. Pienso en que no soy nada más que una mísera criatura, cuya razón y rebeldía se disuelven, avasallada por el instinto. Me afluyen las lágrimas y estoy luchando por dominarlas, para que no advierta mi estado de ánimo.

No he pronunciado ni una sola palabra, y cuando me enderezo para ir al baño, él me dobliega otra vez sobre las almohadas, acariciándome. Un dolor agudo me aniquila: una sensación de vergüenza, de humillación. Y ahora no tengo



fuerzas para rebelarme cuando de nuevo me toma, cuando de nuevo mi carne lo acoge con júbilo, con un placer de bestia que no se satisface.

He cerrado la puerta del baño y me he quedado mirándome en el espejo. Una delgada línea azul oscura que se ensancha con leves tintes rojizos me orla los párpados. Tengo el rostro estragado. Los labios me sobresalen como si los tuviese hinchados. Una guedeja de cabellos desordenados me cae sobre las sienes. Recuerdo que no tengo mi cartera. No me queda más remedio que volver a buscarla. Veo que Vicente está tendido sobre el lecho, leyendo un diario. En su rostro hay una sonrisa de satisfacción que me resulta odiosa. Veo nada más que una bestia después del hartazgo. ¿Pero yo, yo, no soy por ventura igual? ¿De qué puedo admirarme?

Me siento a lavarme, y, cuando remuevo el agua, se me ocurre que soy peor que una miserable prostituta. Peor todavía. Porque burlo la confianza de dos hombres dignos de respeto, de afecto. Un sollozo se me escapa del pecho. Y entonces, para que ese hombre, que ha hecho de mí lo que se le antoja, no se dé cuenta de mi dolor, cojo la sábana de baño y en ella hundo la cara para llorar a mis anchas, tratando de ahogar mis sollozos. Y cuando mi pecho se alivia, cuando retorno a ser dueña de mis nervios, siento que en mis piernas y en mis rodillas quedan huellas repugnantes. Me desnudo rápida y abro las llaves de la ducha. Me jabono, poseída de nerviosa agitación, y después dejo que el agua fría me recorra entera.

Me fastidia tener que ponerme la misma ropa. Huele a la transpiración de ese hombre que en la habitación contigua lee tranquilamente el diario, cuyas páginas crujen al desplegarse. Me demoro largo rato en arreglar mi rostro. Mis ojos han adquirido en el borde de los párpados un tinte violáceo. En los labios debo hacer prodigios para que den la sensación de frescura con leves tintes de *rouge*. Consigo, por fin, que mi rostro, ahora tranquilo, aparezca más o menos correcto, decente.

Al salir me espera en el centro de la habitación. Ha dejado el diario desparramado sobre el lecho y algunas hojas han caído al suelo. Me mira extrañado e inquisitivo, y no resiste el deseo de preguntarme:

—¿Pero qué es lo que le pasa a usted? ¿No me lo puede decir?

—Me voy —le digo, y siento una inmensa amargura al hablarle.

—Bien —dice él, terco—, la llamaré por teléfono mañana. ¿No me da un beso ni para despedirse?

No le contesto y me dirijo a la puerta. Se me figura que mientras camino por el pasillo me va a alcanzar para apretarme los brazos con las tenazas de sus manos. Abro la puerta sin vacilación, y por suerte en ese momento aparece el ascensor, en el cual no van sino el ascensorista y una muchacha con una bandeja colmada de tazas.

Respiro con temor, con angustia, con íntimo dolor, cuando por fin me veo en la calle. Atravieso la Alameda, camino algunas cuadras, y me voy lentamente por Estado. Al cruzar frente al pasaje del Teatro Imperio, veo que Juan, con un semblante de espantosa tristeza, está a la entrada, conversando con un señor de ojos penetrantes, de erizadas cejas negras, que se le destacan extrañamente en el rostro pálido.

Juan me ha visto, y me detengo junto a uno de los cartelones del teatro. Se despide rápidamente y viene hacia mí, para preguntarme con gran inquietud:

—Por Dios, Sylvina, ¿qué le pasó? ¡No me diga nada! Veo que las mujeres no se dan cuenta de la horrible tortura de esperar.

—Sí, Juanito, tiene usted razón. Buenas tardes. ¿Pero sabe que me ocurrió algo bastante desagradable? Me quedé botada en la Gran Avenida, sin saber qué le pasaba al coche. Fui a dejar a Lila Manzano, una amiga del colegio.

Juan me miró sin responderme. Ibamos caminando entre la gente que a esa hora llenaba la acera. Yo estaba realmente admirada de comprobar la tranquilidad y el fácil desparpajo con que estaba mintiendo.

—Estuve una hora larga esperando a alguien de buena voluntad que me remolcara hasta una estación de servicio. Por fin la encontramos cerca de Franklin. Por suerte, Lila fue tan buena, que estuvo acompañándome hasta que encontraron la falla. Era una insignificancia, pero, como yo no entiendo nada en motores de auto, me embromé, sin saber dónde ubicar el desperfecto.

—¿Y dónde dejó su auto? —me interrogó Juan, con aire distraído y como ausente. Advertí en su voz una

gran tristeza. Algo así como el lacerante dolor de la duda.

—Lo dejé a la entrada de la Avenida Bulnes, por ahí frente al Ministerio de Defensa. Aquí en el centro es completamente inútil buscar un sitio a esta hora.

Juan se descubre con gran cortesía para saludar a una dama ya otoñal, pero de elegante silueta, que pasa a nuestro lado.

—Adiós, Alsina. Cómo le va...

Le sigue un instante con el brillo de los ojos, mirándole de soslayo. Juanito ni siquiera sonríe al contestarle.

—¡Vaya! —me dice—. ¿Y entonces por qué anda por aquí? ¿O tiene que hacer algo?

—Venía con la débil esperanza de encontrarlo, Juanito. No vaya usted enojado; ¿qué culpa tengo de lo que le pasó al auto?

Me remuerde la conciencia de hacer lo que hago. Pero ¿qué otro recurso me queda? Se me viene a la mente el recuerdo de mis palabras dichas entre gemidos de placer, con el otro, con aquel que de un bofetón me tiró sobre la cama. Siento que se me encienden las mejillas.

—Son poco más de las seis y media —le digo a Juan, para disimular mi turbación—. ¿Por qué no tomamos una taza de té? Me estoy muriendo de fatiga. Esa tontería del auto me causó gran fastidio.

—Me lo imagino —dice Juan sombríamente.

Con la frente arrugada, se queda sumergido en honda cavilación. Lo miro y me da la sensación de que en un momento ha envejecido.

—Vamos —le insinúo, tímida.

—Vamos —me contesta sin alegría—. No olvide que don Andrés nos espera a las siete en la puerta del Teatro Plaza.

—Sí —digo—; pero alcanzamos de todas maneras.

Mientras tomamos el té, rehuye mirarme, y me contesta con monosílabos. Entonces lo trato de tú. Sé que le produce gran alegría ese tratamiento, que es parte de nuestra secreta intimidad. Le digo:

—Dime algo, mi amor. Dime que me quieres mucho. ¿No te das cuenta de que ese accidente también me ha causado un desagrado? ¿Cómo podía avisarte lo que me ocurría? Si no me crees...

—No —dice áspero y amargo—. No lo creo, Sylvina. Perdóname. Pero no puedo creerlo.

El amor tiene adivinaciones increíbles. Es como si el corazón estuviera hablando en ese momento. Yo, que sé la verdad, siento que no le puedo persuadir. Entonces aparento enojo; me doy por ofendida.

—Muchas gracias —le digo—, muchas gracias. No me figuraba que usted asumiera esa actitud. Y más cuando creí que el hecho de encontrarme le produciría alegría.

Juan alza la vista y veo sus ojos trizados de desesperación. Me conmueve el amor que este hombre siente por mí, pero me mantengo terca y dura. Entonces él, con tono inseguro, me dice:

—No comprendo cuál es la razón para que una mujer dé alas al amor de un hombre cuando no siente la necesidad de él.

He suspirado largamente y debo haber puesto los ojos muy tristes cuando le digo con la voz dolida:

—Eso cree usted, Juanito. Eso cree usted. Pero la verdad es muy distinta.

El sonríe dolorosamente. Y, mientras guarda en su billetera el vuelto que el mozo le trae, me dice en tono de reproche:

—Es triste la situación de un hombre que nunca sabe cuándo le dicen la verdad.

Me causa irritación oírle hablar de ese modo. Y me molesta doblemente, pues, a base de conjeturas, está en lo cierto. Pero de ello no tiene ninguna seguridad. No hay nada que le permita suponer lo que sus celos le hacen presumir.

¡Qué terrible es todo esto! Yo sé que Juan me adora, que no hay un solo instante en que no esté pendiente de mí. Mas, lo cierto es que su cariño persigue la misma finalidad. Que sea suya. Que le entregue mi cuerpo. Y, a lo largo del tiempo, si yo accedo a su anhelo, ¿persistirá su amor? Es difícil que así sea. Yo misma, que siento un gran cariño por él, advierto con desagrado, con una especie de desilusión, que cuando este otro hombre me deja saciada hasta la fatiga, veo a Juan de distinta manera. Su ansiedad, su amor tan intenso, no me conmueven. Sus cartas las leo sin el interés que me producen en otras ocasiones. A veces me detengo a repetir alguna frase bella y guardo la carta sin terminar su lectura. Es como un manjar delicioso, cuyo sabor me deleita, pero que en ese momento guardo para saborearlo después.

¿Qué es una mujer? ¿Acaso un ser hecho de perfidia, de veleidad, de vanidad y de permanente desvarío? No. No lo es. Si yo llego a conclusiones y me baso en mi propia manera de ser, no puedo decir que la mujer sea un ser despreciable. Porque soy siempre sincera en mis declaraciones, en mi modo de obrar, cuando es mi propia voluntad la que determina.

Mi enredo con Vicente no es el producto de un gran amor. Ni siquiera de un amor pasajero. A mi juicio, es el resultado de mi soledad, de mi inexperiencia, de mi instinto de mujer, hecha para prolongar la especie por medio del placer. Me entregué a ese hombre sin darme cuenta de lo que hacía. Sin advertir que en el camino por donde iba había un abismo al cual rodé, como pudo rodar una piedra.

Ahora que puedo determinar con mayor discernimiento acerca de los accidentes de la vida, me explico con mayor claridad mi caso. Era una mocosa y vivía soñando con alguien que me quisiera con amor diferente al que mis padres tenían por mí. En las novelas de Carolina Invernizzio, que leía mi madre, y que yo también leía a hurtadillas, sin decirselo a ella, me daba cuenta de que había una diferencia enorme entre el cariño de una madre o de un hermano y el que se sentía por un extraño. No lograba determinar que era la simpatía, el mágico contacto de atracción, aunque llegué a columbrarlo en cierta oportunidad.

Iba al boliche de mi padre un muchachón alto, de rostro rubicundo y de ojos penetrantes. Andaba siempre con el pecho descubierto, sin abotonarse su amplia camisa de trabajo. Era como los chiquillos, pues siempre iba a comprar pastillas o galletas. A veces se comía una buena parte de ellas, apoyado en el borde del mostrador. Me miraba con los ojos risueños y maliciosos, y yo me daba cuenta de que le era simpática, por la manera afectuosa con que me dirigía la palabra y la sonrisa de perro goloso (si es que los perros se sonríen) con que se quedaba contemplándome.

—¿No te gustan las galletas, gringuita? Toma las que quieras. Están ricas.

Eructaba sonoramente, y a mí esto no me llamaba la atención, porque mi padre lo hacía igual. No sé qué edad tenía yo entonces. Acaso doce o trece años. Me encantaba ver llegar a ese hombre, con su sombrero caído sobre la sien, con el pecho brillante de transpiración, con sus brazos

quemados por el sol de la pampa, de uno de los cuales le colgaba un largo rebenque de cuero trenzado, sujeto por dos relucientes argollas amarillas.

Una noche en que yo me hallaba cerca de la puerta del negocio, de pie, apoyándome en una ruma de cajones vacíos, lo vi saltar de su carretón. Enganchó las riendas de los mulares en un fierro saliente del pescante y se dirigió hacia el negocio. Al pasar junto a mí se detuvo un instante y me dijo afectuoso:

—Qué hubo, gringuita linda. ¿Cómo te va? Qué buena moza te estás poniendo.

No me explico cómo ocurrió, pero lo cierto es que, en el instante de seguir su camino, su manaza me tomó el sexo, dejándome la impresión de que uno de sus dedos se había hundido en mí.

—¡Tonto cochino! Vas a ver lo que te va a pasar con mi papá —le increpé furiosa.

Entré corriendo tras él al recinto del almacén. Pero, en vez de ir a decírselo a mi papá, me sobrevino una súbita vergüenza y pasé de largo hacia el interior. Estuve tendida en la cama, y durante ese rato, que duró hasta cuando mi madre me llamó a comer, y durante toda la noche, sentí viva y fuerte la sensación de ese dedo que se había hundido en mi sexo, incitándome, con ello, a pensar en cosas que antes jamás imaginé.

Fue por aquel mismo tiempo cuando me di cuenta de que me había convertido en mujer. Me dolió el vientre todos esos días, y, aunque se lo dije a mi madre, ella no le dio mayor importancia. Me miró una tarde, con semblante grave, con ojos inquisitivos. Entonces me dijo:

—Si te pasa algo, me avisas.

Yo no supe qué sería lo que me iba a pasar. Pero una mañana sentí que esa parte de mi cuerpo estaba húmeda y que algo viscoso me mojaba las piernas. Cuando me examiné, vi horrorizada que tenía sangre. No supe qué hacer. Y sólo cuando mi madre me vio con cara compungida y los ojos llenos de lágrimas, me atreví a explicarle lo que me ocurría.

—No hay que asustarse —me dijo con tono afectuoso—. Esto les pasa a todas las niñas de tu edad.

Como en este caso y como en toda mi vida, me tocó vivir sola. Aprender los secretos de la vida después de pasar

por la experiencia dura y sorpresiva. Mi hermana mayor, que se había casado y vivía en Europa con su marido, me llevaba trece años de diferencia. No tuve relación amistosa con ella. Me miró siempre como a una guagua. Como a una criatura a la cual no se le podía participar de ninguna de las cosas que ocurren en la vida.

Así fui la esposa de Andrés. Inexperta y sin temperamento amoroso, o más bien ruborosa y sexual. No supe cautivarlo. El tenía mujeres por todas partes. Y esa querida, a la cual colma de atenciones y regalos, ha sido siempre la que le ha robado el corazón. Yo, tonta, inexperta y reservada, más que orgullosa, me recogí en mí misma. Así caí, de una manera absurda y sin gloria, en una aventura con un hombre a quien no amo. Un vaso de pajarete me llevó con la cabeza afiebrada por vericuetos que jamás sospeché. Y estoy metida en un laberinto del cual no sé por dónde voy a salir. Me causa pavor, me inmoviliza el terror, sólo de pensar en que Andrés lo sospeche o me sorprenda. ¿Cómo me atrevo a hacerlo? ¿Es que el deseo sexual me traiciona y me da impulsos para afrontar el peligro? ¿Es que la satisfacción del acto, en el fondo, es superior a un amor verdadero? Hasta ahora yo no lo sé. Lo que sé con precisión es que siento fastidio y repulsión por Vicente después de que hemos aplacado el deseo. El deseo me lo provoca él, siempre con su contacto. Y yo voy a sus citas como un reo al banquillo. Sin embargo, allí me convierto, no sé, no sé, no me atrevo a decir lo que pienso, aunque ya lo escribí en estos apuntes en que me desahogo un poco de toda esta angustia permanente que vivo.

Y ahora que conozco a Juan, experimento hacia él un sentimiento grande y hermoso. Algo como una luz resplandeciente, como un aroma sutil, fresco y purificador. Yo lo deseo ardientemente. He soñado muchas veces que me posee con un deleite sin igual, que sus besos, su voz, sus caricias, exaltan y embellecen mi sueño de amor. Pero yo no voy a ser suya. No puedo. No lo seré nunca. Engañé a mi marido, porque me dejó abandonada, porque no me necesita. Acaso porque su edad sólo le permite estar de vez en cuando con su querida, a la cual adora.

Pero de ahí a que yo me entregue a Juan, para engañarlo al otro día, me parece que hay un mundo de infinita distancia. Acaso yo no sé lo que hablo. Acaso no conozco

la moral. Pero sé que si no soporto esta situación con él, le propondré que nos vayamos juntos. Al fin del mundo. A donde sea.

Pienso que entregarme a Juan será para mí como un acto de purificación. Pero el día que me posea, ya no volveré a ser de ningún otro hombre. Jamás dejaré que, fuera de él, otro hombre toque mi cuerpo. Incluso mi marido, al cual debo abandonar el mismo día que sea de Juan. Entonces sí que conoceré lo que es la felicidad. La verdadera dicha que presentí aquella mañana, allá, entre las rocas de los Calabocillos, cuando me besó con tanta delicadeza, con tan respetuoso amor, como si besara a una flor.

Esta situación tan absurda, que me hace vivir en permanente simulación, me ha enseñado a mentir. Miento a diario, porque las circunstancias me obligan a ello. Yo no sé cómo evadirme de la tiranía de Vicente, frente a quien soy una mujer cualquiera. En cambio, el amor de Juan me enaltece. Me dice cosas maravillosas. Descubre en mí rasgos de belleza en los cuales nunca reparé. Me exalta y me idealiza hasta el extremo de mirarme como a un ser divino. Y, cuando yo me examino, cuando analizo la verdad de las circunstancias en que vivo, me parece una aberración seguir en esta comedia. Hay noches en que no puedo dormir, pensando en todo esto. Y leo, leo libros enteros, así como hablan los loros que no saben lo que dicen, pues al final de ellos me queda la sensación de no haber entendido lo que escribe el autor. Me veo en la necesidad de tomar un somnífero y entonces me duermo pesadamente. Al despertar por las mañanas, me cuesta lo imposible recobrar me. Siento el cuerpo laxo, la cabeza pesada, la boca seca y amarga, con un olor detestable. ¡Ah, si me besara Juan en esos momentos! No creo que le dejaría "una deliciosa sensación de fragancia y de frescor", como me ha dicho más de alguna vez.

*Viernes 10 de marzo.*

Hace un mes, y acaso más, que no abro este cuaderno. He intentado varias veces recogerme dentro de mí, y volver a ser quien realmente soy. Pero me he visto envuelta en una serie de compromisos sociales que no he podido eludir. ¿En realidad no los he podido eludir? Creo que estoy



mintiendo (ya me acostumbré a hacerlo), porque si no quisiera seguir en ese tren de vida, yo podría dar una excusa definitiva. Que mi marido no se siente bien. Y es la verdad. En estos últimos meses Andrés ha estado mal. El médico le prohibió fumar, porque tiene los bronquios pésimos. En las noches le silba el pecho como un pito. A mí me dijo el doctor González que la diabetes lo tiene en muy malas condiciones, y que como no reacciona bien, ahora, con su sistema curativo, va a ser necesario que se ponga insulina. Le he dicho esto con la debida prudencia y me ha contestado despectivamente que los médicos no saben dónde están parados. Y que él vivirá hasta donde le aguante la vida. Yo le hice ver que en un hombre inteligente como es él (¡caramba que lo es!), no era admisible una respuesta así. Me contestó sonriendo con burlona amargura:

—No te preocupes, Sylvina. ¿No te das cuenta de que es perder el tiempo cuidar la vida de un viejo? Qué más da que viva un año más o un año menos. Es lo mismo.

—Eso no lo puede determinar usted —le contesto con sincero interés—, lo razonable es que un enfermo se cuide cuando tiene todas las posibilidades de mejorarse. Eso está bien para los que sufren alguna enfermedad incurable. No es el caso suyo.

Se queda mirándome con una luz entre sombría y burlona en los ojos. Presiento que me va a contestar algo muy desagradable. Y esto me duele, porque, la verdad sea dicha (alguna vez siquiera), yo me siento resguardada por Andrés. A no mediar nuestra enorme diferencia de edad, es posible que nada de lo que me ha ocurrido hubiese pasado. El es un hombre de talento excepcional. Ha ganado su dinero dirigiendo sus negocios con extraordinario acierto. Y se ha autoeducado en tal forma, que en muchas oportunidades le he visto discutir con gentes que han pasado su vida estudiando, y él les ha destruido en forma brillante todos sus argumentos. El otro día, no más, le mandó una carta al senador Benavente, relacionada con el problema de la madera, del cual éste habló en el Senado. Delante de mí le dictó a su secretaria no más de veinte líneas, en las que destruyó toda la argumentación de Benavente. Cientos de personas lo llamaron por teléfono o le escribieron para felicitarlo. El a todas les contestaba con su característico tono cortante y gruñón. Pero en el fondo le agrada que lo

elogien. Es hombre, y es natural que así sea. Cuando yo veo lo que vale y sus condiciones de caballero y de generosidad, experimento una íntima vergüenza de mi insignificancia. Se me deshacen todas mis ilusiones de abandonarlo y de irme con Juan al otro lado del mundo. Pero hay algo terrible que entonces surge dentro de mí, sin que yo me pueda oponer a ello. Pienso en que si se muere, yo quedaré en libertad y podré casarme con Juan. Entonces no le temeré a Vicente, y aunque él dijera de mí los mayores horrores, yo lo negaría con cinismo, si es necesario. Porque, entonces, aunque me pusieran un revólver en el pecho, nadie me arrancarí­a esa odiosa verdad.

Pero en esta ocasión Andrés no me ha contestado nada ofensivo para mí. Por el contrario, lo he notado ligeramente emotivo y casi tierno. Riéndose, me ha dicho afectuoso:

—¿Doña Sylvina? ¿Así es que usted está muy interesada en la salud de su marido? ¿Sería capaz de dejar algunas sesiones de canasta para cuidarme, para cuidar al viejo regañón?

Yo le he mirado a los ojos y con una lealtad que me sale desde el fondo del pecho le he respondido:

—¡Claro que sí! No sólo eso. Si usted lo quiere las abandonaré totalmente. ¡Vaya que lo haré!

—¡Qué tontería! —murmura con aire desdenoso—. No hay razón para tomar resoluciones tan heroicas. Si te entretiene eso... No le veó el asunto. A mí me da igual.

—A mí también —le digo desencantada—; yo lo hago nada más que para pasar el rato. Estaría bueno tomarlo de otra manera. Sería bien estúpido.

—Así lo creo —dice distraído, tomándose un libro que está a su alcance—. ¿Tú has leído este libro?

—¡Ah, sí! Es curioso por lo desconcertante. Claro que es un hombre lanzado. Anda por caminos raros.

Sonríe y se queda mirándome por encima de los anteojos.

—Montón de disparates —gruñe disgustado—. “América”. Creí que era alguna novela en la cual se da la sensación de América vista por un europeo. Pero éstas son páginas de un loco. ¿Todas las novelas de Kafka son así?

Le cuento algunas cosas de las otras obras de Franz Kafka que he leído, y de súbito me doy cuenta de que es-

tamos hace una hora larga embarcados en una amena conversación. Se ha reído de buenas ganas a ratos y me ha dado opiniones, sin asomo de virulencia. Yo me siento increíblemente feliz. De pronto el tema ha recaído en Juan, y entonces me habla con gran simpatía de él.

—Es un mozo que vale —me dice— y creo, a juzgar por su trato, que debe tener talento como pintor. Ojalá que le resulte su intención de dedicarse totalmente a la pintura. Yo lo voy a ayudar encargándole mis asuntos sin recargarlo mucho. Y le daré un sueldo que le permita trabajar tranquilo.

—Lo merece —digo yo sin gran entusiasmo, aunque en el fondo estoy feliz con ello.

Sin darme cuenta miro el reloj y entonces Andrés me dice:

—¿Y tú no tenías un té en el Carrera esta tarde? Andate tranquila no más. Yo me quedaré leyendo. No te atrases.

Le observo un instante y, entonces, le digo con un poco de temor, temiendo que me responda algo desagradable:

—Se me pasó la hora. Ya son las cinco y media. ¿Quiere que tomemos té? Yo misma lo traeré para acá.

Sin levantar los ojos del libro, me dice:

—Muy bien. Es usted muy amable, doña Sylvina.

En el momento en que voy a ordenarle a la niña del comedor que me arregle la bandeja, suena el teléfono. Lo tomo y pregunto:

—Aló, ¿quién llama?

Es Vicente Aspillaga. Siento un golpe en el corazón.

—¡Qué hay, Sylvina! ¿Está ahí don Andrés?

—Sí —le respondo—, pero me ha encargado que ni aunque sea el rey se lo anuncie.

—¡Ah! —exclama disgustado—. ¿Y usted no va a salir?

—No —y agrego intencionadamente—: Ahora no.

—¿Está ahí mismo don Andrés?

—Sí.

—Hasta luego, entonces.

Cuelgo el auricular y me voy con el corazón liviano a buscar el té para tomarlo en compañía de mi marido. ¡Qué acontecimiento!

Ayer fuimos con Andrés a visitar a Juan en su departamento que acaba de arrendar en un enorme edificio, situado frente al Parque Forestal. Encuentro que para él es una vivienda preciosa. Tiene dos salas amplias. Una de ellas, a la hora que fuimos, está inundada de sol. Hay, además, un cuartito muy simpático, en el cual ha puesto una mesa muy monona, cubierta con una carpeta de color granate. Un florero con dos rosas enormes comunica a esta pequeña habitación un encanto singular. En la habitación cuyo amplio ventanal da al parque, ha instalado su dormitorio, que le quedó muy elegante. Un cubrecama de color verde y una pequeña alfombra a los pies en el mismo tono. Un lindo sillón *bergère* cerca de la ventana y en el otro extremo una mesa escritorio de hermosa madera barnizada de negro. Sobre ella hay una lámpara de pie, sencillamente fantástica. Un cuadro de Araya, en el cual predomina el verde de un rincón cordillerano, y otro de Israel Roa, muy atrayente de color, le dan a ese dormitorio una fina distinción.

En la pared, sobre la cabecera, hay una preciosa miniatura. Es un retrato copiado por el propio Juan de una fotografía de su madre. El, con el conocimiento que tiene de ella, le dio un carácter y una gracia delicada, casi irreal a esta copia, que es una verdadera creación suya. Me siento un instante en el sillón y me quedo soñando en lo hermoso que sería que la mujer que alegrara ese pequeño hogar fuera yo. Miro su cama y de pronto me doy cuenta de que estoy pensando en la manera cómo habría que arreglarla, si fuese necesario colocar otro lecho. El mío.

Mientras ellos pasan a la otra habitación, yo enciendo un cigarrillo. Se me escapa un suspiro que es como una queja. Pienso en lo infinitamente hermoso que sería estar allí, en ese lecho, junto a Juan. Yo colocaría mi brazo bajo su cuello, y allí estaríamos conversando, en dulce paz. Yo, sin miedo ni zozobra de ninguna especie. El contándome sus proyectos, sus sueños de artista. Y de pronto yo, dormida casi, sentiría un beso suyo sobre mis ojos, y su voz que me dijera muy quedo:

—Duérmete, adorada. Duérmete, mi amor.

Yo entreabría los ojos para mirarle con ternura entrañable:

—Sí, mi hijito. Sí, amor mío. Duerme tú también. Dame un beso. En la boca, amor mío.

Miro hacia afuera por donde pasan veloces los pesados *trolleys*, los micros y los autos. Unos muchachos enamorados se ríen felices, sentados en un banco del paseo. Una ligera brisa levanta el cabello de la chiquilla. Y al sol, es como un resplandor áureo el que nimba su frente. De pronto el muchacho se inclina hacia el oído de ella y se queda diciéndole algo durante un instante. Ella se separa riéndose a carcajadas. Lo toma de una oreja y le da unas palmaditas en el rostro. ¡Oh, cuán felices son! Siento adentro una infinita tristeza. ¡Qué lejos estoy yo de la felicidad! Los árboles del parque tienen las hojas amarillentas, y cuando se mecen, quedan a ratos las hojas tiritando como una mariposa que agoniza, cubriendo el suelo con un tapiz dorado. Allá, en la cima del San Cristóbal, diviso a la Virgen, con su corona de luces. Experimento, de súbito, un deseo recóndito de ser creyente, de aferrarme a la protección divina, de entrar en una iglesia y prosternarme ante la imagen de Jesús. De Jesús que, según cuentan las leyendas y las historias que se han escrito alrededor de su vida, perdonaba a los seres que sabían amar. Pasan veloces los autos por la calzada. Me dan la sensación de que se van persiguiendo y su envoltura metálica reluce fugaz, como llamaradas instantáneas que se apagan en seguida. Los enamorados se han marchado y van cogidos de las manos, cimbrándolas en un ir y venir, como cuando juegan los niños. La voz de Andrés me arranca de mi ensimismamiento.

—Sylvina —me llama—, ven a ver esto...

Entro en la sala donde Juan ha instalado su tablero, sus pinceles, sus pomos de pintura. Y allí, frente a la luz, veo un cuadro puesto sobre el caballete. Representa una señora de atractiva sonrisa, de dulces ojos claros, de frente despejada y luminosa. Su cabello entrecano da la impresión de que se pueden coger algunas de sus hebras. Está sentada en un sillón de estilo español antiguo, de esos que suelen verse en las exposiciones de antigüedades, o en aquellas casas donde imperan el buen gusto y el amor hacia el pasado. Con el codo apoyado en el brazo del sillón, mira un poco al sesgo. La piel de sus manos brilla como el raso, y hay una pequeña arruga en el dedo, que destaca con gracia sutil la sortija que tiene puesta. Hay tanta naturalidad,

tal plasticidad y armonía en los detalles del traje, que dan deseos de ir a tocarlo.

Yo me quedo sorprendida, deslumbrada, ante el cuadro. ¡Qué magnífica y acabada realización me parece! Mira poseída por una especie de fascinación, y no acierto a decir nada. De pronto me doy cuenta de que es la mamá de Juan, cuya imagen acabo de ver en esa miniatura que tiene en la cabecera de su lecho.

—Su mamá, ¿verdad? —le pregunto llena de felicidad—. ¡Qué maravilla, Juanito! ¡Qué hermoso cuadro! Se ve cómo ha puesto ahí toda su alma. Toda la ternura de su emoción. ¡Juanito! ¿Me da permiso para darle un abrazo? ¿No es verdad, Andrés, que lo merece? ¿No le abrazó usted?

Andrés sonríe sinceramente complacido. Y como un buen papá satisfecho de ver a sus hijos, dice alegre:

—Bueno, a mí no se me había ocurrido. Pero no es tarde. —Avanza hacia Juan y lo estrecha entre sus fuertes brazos. Después le dice—: Mis felicitaciones. Estoy por creer que éste es su verdadero camino. Y que es un gran pintor que anda extraviado entre los códigos. A mí me parece que es una maravilla de cuadro. Por cierto que usted tiene que rebajarle un poquito a nuestro entusiasmo, pues no somos autoridad para juzgarlo.

—Claro que no —digo yo arrebatadamente—, pero lo bello siempre causa admiración por muy lego que uno sea.

—Gracias, muchas gracias —dice Juan con los ojos brillantes de emoción—. La opinión de ustedes me llena de alegría. Usted, don Andrés, y usted, Sylvina, que han visto las obras más bellas que ha creado el arte allá en Europa, tienen una idea segura de las cosas. Es natural que haya alguna falla, pero ya iremos rectificándolas. Pienso concurrir a la Escuela de Bellas Artes, con la mayor puntualidad que me sea posible. Me servirá mucho.

—Hombre —dijo Andrés—, yo me alegro de verlo seguir los moldes clásicos, que a mi juicio son la más auténtica expresión de la belleza. Porque esa pintura de vanguardia, como dicen ahora, yo no la puedo entender. A mí me irrita la exaltación de la antipatía, de lo feo y repulsivo como expresión de arte. La realidad de la existencia, lo que vemos a diario, no tiene nada que ver con eso. Una mujer con ojos de pescado, con nariz de faraón y con piernas de animal prehistórico, me parece sencillamente monstruoso. Una abe-

rración, un retroceso cavernario de la sensibilidad. No lo soporto ni siquiera en Picasso. Tendrá ese hombre todo el talento que se quiera, pero es una inteligencia equivocada. Un alarde de niño prodigio sin discernimiento.

Juan, con su camisa de trabajo, sin corbata y con un guardapolvo de color crema, asiente, moviendo la cabeza, a lo que dice Andrés. A mí, sin embargo, Picasso me interesa. Me remueve algo adentro. Me inquieta. Veo algo de misterioso, de hermético en él. Pero no me atrevo a decirlo. No deseo por ningún motivo provocarle molestias, ni suscitar una de esas abruptas salidas en las cuales me manda toda su artillería gruesa, calificándome de *snoob* y de otras cosas parecidas, que me causan gran desagrado.

Conversamos junto a la ventana y desde allí se divisa una larga y blanquecina estriá, que como un arroyuelo sinuoso baja de la cordillera.

—Eso que se divisa como un arroyuelo blanco —pregunto—, ¿será nieve?

—Yo creo que sí —responde Juan—. Fines de marzo, ya habrán caído sus pequeñas nevazones allá arriba.

Andrés se calza los anteojos y murmura:

—O bien son nieves permanentes que no alcanzan a deshacerse.

Juan se quita su guardapolvo y saca el cuadro del tablero, para colocarlo en un rincón. Desde allí, como si lo asaltara una gran timidez, exclama de pronto:

—Don Andrés: ¿puedo pedirle un servicio en la seguridad de que me lo hará?

Me asalta el súbito temor de que le vaya a pedir permiso para hacerme un retrato. Siento que me arde la cara y me pongo a mirar hacia el San Cristóbal, haciendo pantalla con la mano.

Andrés carraspea unos instantes y en seguida responde afable:

—Desde luego, mi amigo, desde luego. Siempre que esté en mi mano, imagínese el placer que sentiré de poder servirlo.

Juan me cierra un ojo, sonriendo malicioso, cuando yo me vuelvo a mirarlo.

—¿Concedido entonces?

Andrés alza la mirada y le observa intrigado.

—Por cierto, cuente con ello. Bien sé que no me pedirá lo imposible.

—No, don Andrés. Quiero hacerle un retrato. Y para ello usted tiene que ayudarme. Venir para acá todos los días o lo más seguido que le sea posible, naturalmente en las horas que haya buena luz. ¿Convenido?

Andrés le mira con semblante inquisitivo. Sorprendido. En el fondo veo una de esas raras emociones que muy pocas veces he tenido oportunidad de advertir en él.

—¡Hombre! ¿Pero cree usted que vale la pena de que pierda su tiempo en algo semejante?

—Claro que sí —prorrumpo irreflexivamente—. Claro que sí. ¡Qué estupenda idea ha tenido usted, querido amigo! Me parece fantástica. Y Andrés ya no puede decir que no, está comprometido. ¿Verdad que sí, Juan?

—Ya lo creo —confirma éste con sonrisa feliz.

Andrés se acomoda en su silla y se queda contemplando gravemente a Juan.

—Pero óigame usted —le dice—. ¿Cuánto tiempo va a ocupar en eso? Le va a distraer de sus trabajos y de su asistencia a Bellas Artes. Me parece que es demasiada generosidad la suya, querido amigo.

—Pero, don Andrés, si esto no excluye en manera alguna mi plan de trabajo —replica Juan—. De ningún modo. Lo único que me temo es que fracase en mi intento y bien sé que en ese caso le haría perder a usted un tiempo precioso.

Yo me quedo en silencio, ansiosa de que Andrés no siga poniendo objeciones. Pienso que le hará un retrato de gran calidad, en el cual logrará poner en relieve lo que hay de interesante en su personalidad. Entonces Andrés dice con amable aquiescencia:

—Muy bien. Será un vínculo que hará más grata nuestra amistad.

—¿Convenido entonces?

—Convenido.

—¡Cuánto se lo agradezco, don Andrés! Ahora es cuando comienzo a sentir temor yo. Pero algo me dice que triunfaré. ¿Verdad, Sylvina?

Miro a Juan y siento una inmensa gratitud. Me dan impulsos de cogerle la cara y darle un beso. Un beso largo y dulce. Le contesto con la voz temblorosa:



—Verdad, Juan. No me cabe la menor duda.

Juan está dichoso, tan dichoso como si alcanzara con ello la más ambicionada de sus aspiraciones. Andrés dice:

—Qué le parece, doña Sylvina, ¿nos vamos a la casa a tomar el té o lo tomamos en el centro?

Pero antes de que yo alcance a responder, Juan me ataja para decir:

—No, de ninguna manera. Hoy es un día muy grato para mí. Es la inauguración de mi gran mansión señorial. Una mansión con parque, con jardines, con cerros y cordilleras al alcance de la mirada. Ustedes me van a hacer el honor de tomar el té aquí y servido por el más cariñoso de sus servidores. Un momentito.

Entra en su dormitorio, y como los prestidigitadores, sale a los pocos minutos transformado. Se ha puesto un traje azul, que le hace verse más pálido y destaca con nobleza sus cabellos grises. Una hermosa corbata de anchos listones rojos en fondo azul lo ha transformado en un elegante.

Mientras conversábamos en el taller acerca de unos documentos que Andrés debía firmar en la notaría, oímos el ruido de tazas y cucharillas, y el rumor característico de la cocinilla de gas, encendida.

—¡Juan! —le grito—, ¿no necesita de una sirvienta de mano? Aquí hay una que le puede ayudar. Es un poco torpe, pero en algo le sacará de apuros.

—No —contesta desde el otro lado—, así no tiene gracia. La cuestión es que la invitación sea en forma. Y que se demuestre que en esta casa se puede atender bien a las visitas.

A los pocos instantes abre la puerta y se asoma riendo. Hace una profunda inclinación y nos invita:

—Los señores están servidos.

—Qué bien educado el mozo —exclama Andrés, con risueño talante.

—Y muy simpático —agrego yo con voz un tanto insinuante en su tono afectuoso—. Se parece al dueño de casa. ¿No encuentra usted, Andrés?

La mesa está arreglada para tres personas, con unas lindas y finas tazas azules. Un postre de frutas y crema, galletas y un pedazo de torta. Un trozo de queso y mantequilla. Unas torrejitas de salame.

Una botella de jerez y otra de oporto esperan, descorchadas, en un esquinero. Andrés, que se ha quitado su gran abrigo, exclama campechano:

—¡Caramba! ¿Y todo esto lo hacen los brujos aquí? ¿O ha sido mozo de hotel usted, Alsina? ¡Qué rapidez! Creo que en casa, Sylvina habría entrado veinte veces al repostero o a la cocina antes de que quedara todo listo, en la forma que lo veo.

—Andrés, por caridad, no me desacredite más. Figúrese que yo me estaba ofreciendo para ayudarle a Juan. Buena la hubiese hecho.

Nos servimos sus once en un estado de ánimo delicioso. Los tres hemos bebido una copita de licor. Y, en seguida, en una bandeja, Juan trae el té. Un té riquísimo, que, según nos cuenta, le trajo un cliente que venía llegando de Venezuela, y se lo regaló allá en Antofagasta.

Nos despedimos cuando ya es de noche. Andrés ha hecho todo el gasto de la conversación, con muy breves interrupciones de nuestra parte. Ha charlado como un muchacho ansioso de contar sus aventuras. Y, en esa ocasión, tan propicia, nos ha impuesto de muchas alternativas de su vida que yo no conocía. Estuvo una vez en un convento de La Serena, y en cierta ocasión en que el sacristán se enfermó, le tocó ayudar a la misa. El padre que oficiaba era un viejito muy simpático y gracioso. Y cada vez que debía ayudarle en alguno de los sagrados menesteres, el frailecito le decía por lo bajo:

—Cabeza de burro, atiende, atiende. Ya te quedaste en la luna, ¡cernícalo!...

Contó cien anécdotas preciosísimas, y vi en ese momento cuánto guardaba Andrés en lo íntimo de su espíritu. ¡Y qué fabuloso caudal de experiencias atesoraba!

Veo que son las nueve de la noche cuando nos despedimos. Al darle la mano a Juan, se la aprieto con ternura. ¡Cuánto le amo! Ah, yo me sacaré de en medio ese odioso compromiso que me humilla y me ofende. Yo anhele vivir mi vida, limpiamente, cerca de estos dos hombres que son los que realmente me estiman.

Martes 10 de agosto.

Querida Rosa Eulalia:

¡Era lo que faltaba! Hace ya más de cuarenta días que te fuiste y no he sabido una palabra de ti. Pudo ocurrir el diluvio durante todo ese tiempo y que ni siquiera encontraras huellas de mi existencia, y ahora me vienes con la historia de que me dejaste la dirección para que te escribiera. Mujer habías de ser —como dice don Andrés Suárez— para robarme el quién vive y buscarle tres pies al gato.

Bueno, ¡qué le hemos de hacer! Las mujeres saben siempre esperar con más calma, y no sienten la impaciencia en el grado que la conocen los hombres. Por eso controlan mejor sus emociones. En la amistad y en el amor manejan las cartas con mucho más tino y llevan la cuenta de los triunfos que han salido, para emplear los suyos en el momento más preciso y oportuno.

Así lo estás haciendo tú ahora. Me dejas sin noticias de tu persona y me vienes a escribir en la hora undécima, reclamándome mi falta de atención. Veo que siempre estás dispuesta a encontrarle el aspecto humorístico a la vida, pero la verdad es que te has portado mal.

Que me has dejado en total abandono en circunstancias que tanto he necesitado de ti. He vivido todos estos días en una terrible soledad, en esa soledad que se agudiza y se siente más honda cuando estamos en medio de la gente, y el instinto nos dice que a nuestro alrededor no hay nadie que pueda entender nuestro problema íntimo y sea capaz de suavizar las agudas aristas de nuestro dolor.

Día a día he estado esperando noticias tuyas, y cada vez que pasaba el cartero me traía una decepción. Tú sabes que don Andrés estuvo veinte días en Estados Unidos. Un médico le aconsejó que se fuera a la Clínica Mayo, para que le hicieran todos los exámenes del caso, pues se ha sentido bastante mal. A mi entender, lo que este caballero tiene es un poco de arteriosclerosis, que se le ha juntado con una diabetes mal cuidada. Eso se lo pudieron diagnosticar aquí en Santiago, pero como tiene dinero, para ellos ir a Estados Unidos es como si yo fuera a Valparaíso. De la noche a la mañana tomaron la resolución de viajar y se acabó

el cuento. Una de esas tardes en que vino don Andrés a posar para ese retrato que estoy intentando hacerle, me lo contó, sin darle mayor importancia. Vi en los ojos de Sylvina una alegría que no pudo ocultar. Más que eso, una gran felicidad. Tú que me conoces y estás al tanto de lo que me ocurre, te podrás imaginar lo que en ese instante pasó por mí. En un momento en que don Andrés entró al baño, le dije con tristeza:

—¿Así es que de viaje, Sylvina, ah? Y nada me había contado.

—¡Si no lo sabía!... —me contesta—. No tenía idea de que Andrés se resolviera a hacer ese viaje. Usted sabe cómo es. Resuelve sus asuntos de un momento a otro.

—La veo feliz de dejarme. Dichosa...

—¡Psh! Eso cree usted. No me interesa un viaje así tan a la carrera. Lo recordaré mucho, Juanito.

—¿Me escribirá?

—Y me lo pregunta... Bien pronto. ¿Pensará mucho en mí?

No le he contestado. Siempre un viaje me causa una gran inquietud. En estos tiempos en que la gente viaja en avión pueden ocurrir tan terribles sorpresas. Pero a Sylvina ni siquiera se le ocurre pensar en cosas así. Su sensibilidad es como un remanso tranquilo. Siempre la veo en la actitud de la gente que sólo ve todo por el aspecto amable. El día de la partida, ella estaba tranquila, sonriente. No me atreví a ir a Los Cerrillos, pues sentía que mi emoción era demasiado fuerte. Suárez me abrazó cariñoso y conmovido:

—Hasta luego, mi amigo. Hasta muy luego.

Sylvina me dio también un abrazo, a medias, porque llevaba un abrigo, su cartera y una caja. Su actitud fue para mí desconcertante.

—Hasta luego, Juanito. Chaito.

Desde la puerta de su casa, vi como entre tinieblas que el auto dobló la esquina. Cuando me volví, para dirigirme a la Escuela de Bellas Artes, sentí que las lágrimas me corrían por la cara. ¡Qué tontería! ¿Por qué soy tan estúpido? ¿Por qué ha de querer tanto uno a las personas que sólo nos dan a medias un afecto que no llega a ser ni siquiera el remedo del amor?

Me arrepentí de ir a Bellas Artes. Qué espantosa soledad experimenté a mi alrededor. Recordé la frase de La-

martine: "Cuando nos deja el ser amado, el mundo se despuebla a nuestro alrededor". Tomé un auto para dirigirme a tu casa, y sólo cuando el chofer me preguntó la dirección, vine a recordar que tú no estabas aquí.

No sé cómo expresarte la sensación de dolorosa soledad que experimenté. Hay circunstancias en que uno se siente tan abandonado, que comienza a desconfiar de la gente. Se nos figura que nadie nos tiene estimación, ¡y cariño!, para qué decir.

Sin embargo, a ratos, cuando logro absorberme totalmente en este arte, por el cual siento pasión, se me ocurre que me libero de toda obsesión. Que una grata y saludable tranquilidad me distiende los nervios y me hace vivir casi con alegría. He advertido que en los momentos en que Sylvia sale de su reserva, de su aparente apatía, porque en el fondo no es una mujer fría, y me manifiesta con ternura su cariño, su estado de alma florecido, como una planta tierna de humedad y de sol, yo recupero totalmente mi equilibrio. La cabeza me funciona maravillosamente, y mis ojos advierten la inseguridad de un rasgo y el color mal distribuido. Entonces, el pincel en mi mano tiene la soltura para que la línea adquiera la gracia plástica requerida y el color traduzca la armonía de la verdad y de la vida.

Te comunico con gran satisfacción que el retrato de don Andrés me está saliendo bastante bien. O soy muy tonto, y no alcanzo a columbrar lo que realmente posee un valor, o estoy en lo cierto. Veo que el retrato tiene carácter. En un claroscuro han ido surgiendo su rostro y sus rasgos más acentuados. Los ojos, especialmente, son los suyos, y la frente le da un relieve singular a su cara enérgica de hombre batallador.

Ha estado viniendo con increíble puntualidad, y la otra tarde me dijo con una sonrisa de satisfacción:

—Creo que está acertando plenamente usted, Alsina. El retrato me parece espléndido, descontando lo que me favorece. Y le diré una cosa: que yo, por ningún motivo, hubiese aceptado esto. La gran estimación que le tengo me decidió. Me felicito por ello y lo felicito a usted. En realidad, ha sido una chambonada suya no haberse dedicado antes, con mayor empeño, a la pintura. Es su verdadero camino.

—Gracias, don Andrés. Muchas gracias.

Sonríe con esa simpatía leal y bondadosa que surge de su mirada en sus ratos de buen humor. En tono de chanza, me dice:

—Esto sí que está bueno. Me está haciendo usted un gran servicio y me da las gracias. El tiempo que está dedicando a esta labor vale mucho, Alsina. El dinero no sirve para pagar estas muestras de afecto.

Esa tarde está con nosotros Sylvina. Le agrada sentarse en un piso alto y apoyarse en la persiana. Esa tarde está bellísima. Sus mejillas levemente sonrosadas, su frente graciosa y sus labios entreabiertos le dan a su rostro un encanto casi irreal. Se sujeta el codo con la mano izquierda, mientras en la derecha sostiene el cigarrillo. Mantiene el equilibrio afirmando los tacones de unos lindos zapatos azules en el travesaño del piso. El sol le esplende en la cabellera y le pone un matiz dorado en la tez.

Cuando la miro a hurtadillas, me cierra un ojo con picardía y luego se queda con una sonrisa inmovilizada, mirando los árboles del parque. Se vuelve para decirme:

—La amistad se paga con amistad, ¿verdad, Juanito?

Suárez arrisca la nariz y se pasa repetidas veces la punta de un dedo por ella. Carraspea y luego exclama:

—Como usted ve, querido Juan, Sylvina arregla las cosas siempre con fórmulas económicas. ¡Qué solución más simple! La amistad se paga con amistad. Pero hay amistades de amistades.

—Ella se refiere a la buena amistad. A la amistad plena, generosa —le digo con afectuoso énfasis.

Suárez se acomoda en la silla y arruga la frente alzando las cejas.

—¿Generosa ha dicho usted, Juanito? Qué te parece, Sylvina... ¿A esa clase de amistad te referías tú?

Ella, picada en su orgullo, replica después de un rato de silencio tenso:

—Usted sabe bien, Andrés, que en mí eso no puede ocurrir. Soy por naturaleza un ser mezquino, egoísta, sórdido. No había para qué explicárselo a Juan. El lo sabe demasiado...

—Yo no sé nada, Sylvina, de eso que usted acaba de enumerar. Por lo menos en lo que a mí respecta, tengo una idea totalmente distinta acerca de su espíritu.

Sylvina se había puesto de pie, y ahora examinaba con atención creciente el cuadro. Con la boquilla larga sujeta entre los dientes, entrecerraba los ojos.

—Es fantástico, Juanito; este retrato lo va a hacer famoso a usted. Lo único que le falta es que no se ve en Andrés su aire de peleador, de rezongón, para reñir todo el tiempo con su mujer. ¿Verdad?

Se golpeaba los dientes con la boquilla, riéndose con diablura de chiquilla consentida. Don Andrés le dice con displicencia:

—Es un detalle que te agradaría mucho a ti. Te divertirá recordar que no tomaste en cuenta para nada mis rabietas.

Es curioso esto que le ocurre a Suárez. Hay en él algo así como una recóndita molestia que no llega nunca a precisarse. Es como si la duda, acerca de ese algo que él mismo no se atreve a creer, le rondara el alma. No me lo explico. Es como si tuviera celos con una sombra que no alcanza a columbrar. Y eso le irrita. Le fastidia, y a mí me causa una vaga inquietud. Me dan deseos de intentar una pregunta sutil que jamás llevo a definir.

A lo mejor son tonterías que se meten en la cabeza, cuando un cúmulo de preocupaciones nos asedian y fatigan. ¿Quién puede definir esos estados de ánimo? Lo cierto es que Sylvina de pronto me da la sensación de que vive una doble vida, o que está obsesionada por una idea fija. Y, sin embargo, cuando mira con sus dulces ojos tranquilos, da la impresión de ser un alma transparente. Casi de inocencia.

Con el alma en suspenso, yo me pongo en observación poco antes de la hora en que don Andrés suele venir. Me resultan eternos esos minutos de espera. Pasan los autos unos detrás de otros; veinte, cincuenta, ciento. ¡Qué sé yo! A veces no me doy cuenta cuando el suyo se detiene junto a la acera. ¡Y qué alegría experimento cuando veo que la elegante silueta de Sylvina se queda esperando que baje su marido! Otras veces es ella la que sale después de don Andrés. Y cuando no viene, siento que el golpe que le da a la puerta al cerrarla me da en el corazón. Hay días horribles de invierno, oscuros y helados. ¡Qué infinitamente tristes son! ¡Qué ganas de decirle a don Andrés que se vuel-

va, o de convidarlo para ir a buscar a Sylvina! A veces, como si contestara a una muda pregunta mía, me dice:

—Doña Sylvina fue a ver a la costurera o a la modista, ¡qué sé yo! No me explico qué diantres se arreglan tanto estas mujeres del demonio. Y son horas y horas las que están allí, repasando figurines, poniéndose y sacándose prendas de vestir. Hay que ser mujer para entender todo eso.

Nos quedamos envueltos en un tenso silencio. A mí me da la impresión de que a los dos nos ocupa la mente un mismo pensamiento. Yo necesito oír hablar de ella. De escuchar de sus labios que él la nombra. Y de súbito, como si la pregunta se me escapara sin poder detenerla, le digo:

—¿Pero Sylvina ha estado bien estos días? Me da la impresión de que es muy propensa a los resfrios.

Le brillan a Suárez los ojos como una rayita de luz cuando me mira de soslayo. Con los labios entreabiertos, se queda observando el humo de una gruesa bocanada que acaba de lanzar.

—Sí —me dice con desabrimiento—, pero yo no creo que sea propensa a resfriarse. Lo que hay es que ella misma los busca. Anda a veces la mañana entera muy desabrigada; apenas cubierta con una bata ligera. Sale al patio o camina por el jardín como si no sintiera el frío de la mañana. Y después la oigo con su carraspeo característico y con su tosecita seca, como la de los tísicos. “—Ya te resfriaste —le digo fastidiado—. Lo que te encanta es quedarte en la cama. Si quieres hacerlo, no veo quién te lo vaya a impedir. No le encuentro motivo al hecho de buscar enfermedades.” “—¿Sí, no? —me dice riéndose—, ¡qué ocurrencias! ¿Así es que también me está prohibido el toser?” Con las mujeres no se puede discutir, porque sacan los argumentos más peregrinos. De manera que le corto en seco toda discusión: “—Muy bien. Usted, doña Sylvina, es grandecita. Sabe demasiado lo que hace”.

En una de esas tardes en que nos encontramos solos, don Andrés me pregunta de buenas a primeras:

—¿Y usted, Alsina, no tiene ningún entretenimiento ahora? Me parece que le hace falta una mujer. Tal vez le convendría una muchacha con la cual tener algunos encuentros de cuando en cuando. Acaso me estoy metiendo en asuntos muy privados, pero lo hago guiado nada más que por un afectuoso interés.



Yo sonrío y me quedo un instante mirando hacia el parque, en el cual, a cada racha de viento, se desprenden de los árboles densas nubes de hojas amarillentas. No sé si es en mi corazón en donde hay una aguda melancolía, o es que en el día mismo hay una indefinible tristeza. Se doblegan las anchas y frondosas copas, y cuando el tránsito de la calzada se paraliza por breves momentos, se oye el blando rumor del viento como una queja. Allá en el San Cristóbal se divisan, cerca de la Virgen, unas nubecillas algodonosas y entre sus desgarraduras hay unas manchas de cielo azul. Recuerdo los ojos de Sylvina, entonces, aunque no los tiene azules, pero hay en ellos algo que me evoca ese color. Sin advertirlo, suspiro muy hondo y contesto a la pregunta de don Andrés, tartamudeando ligeramente:

—Bueno, en realidad, estoy un poco desenchufado. Preocupado de instalarme y ordenar mi nueva vida, no le he dado mayor importancia al asunto. En el fondo, no soy adicto a las aventuras pasajeras. Me gusta tener intimidad con una mujer que me atraiga. Esos lios con mujeres con las cuales no media nada más que el instinto me causan una depresión, una desazón deplorable. Pero no cabe duda de que no se puede vivir tan desamparado. Aún quedan rescoldos que de pronto turban e inquietan.

Don Andrés alza los ojos y me mira con afecto.

—Sí —dice tras un largo silencio—, es muy desagradable meterse con mujeres de lance. Dejan la sensación de todo lo que tiene de grosero y de animal el asunto. En todo hay que poner un poco de ilusión. Pero aquí, a este departamento, pueden venir a pararse algunas avechitas de muy buen plumaje. Ya vendrán. Poco a poco.

Pienso en Sylvina. Pienso en que es la mujer legítima de este hombre, al cual yo, no obstante mi leal amistad hacia él, no trepidaría en traicionar. ¡Que enredados y absurdos vericuetos tiene el alma humana! Pero la amo, y cada vez que he besado su carne de flor, siento que me arden adentro volcanes inextinguibles.

No alcanzo a contestarle, cuando suena el timbre. Voy a abrir y me encuentro con que es Sylvina. Viene como una rosa recién abierta. Con los ojos iluminados por una ardiente luz, con las mejillas encendidas.

—¿Cómo le va, Juanito? —me dice con dulce y tierna

efusión. Baja la voz y entonces me repite amorosa, en un susurro—: ¿Cómo le va, mi amor?

—Qué hay, Sylvina —le contesto en voz alta, con una especie de sorda irritación, en un cruel y doloroso arranque de celos—. ¡Casi no encuentra a don Andrés!

Sonríe feliz, como si un alegre resplandor la iluminara. Saluda a su marido con segura naturalidad:

—¿Qué tal? ¿Qué dice este caballero?

Don Andrés da un gruñido sin decir palabra. Entonces ella agrega:

—Sabía que lo encontraría aquí, Juanito. Me fue a buscar Sebastián a la peluquería.

Deja su cartera encima de una mesa y se dirige a buscar su piso alto, en el cual le agrada sentarse junto a la ventana. Saca en seguida uno de esos largos cigarrillos ingleses de su pitillera. Y, mientras lo enciende, mira hacia el caballete.

—¡Hum! —hace con tono gozoso—. ¡Qué bien! Cada vez se ve mejor esto. ¡Qué maravilla! ¿Verdad, Andrés?

Este, sin contestarle, le pregunta con tono desaprensivo:

—¿Vienes de la peluquería? Y yo te entendí que ibas a ver la modista.

Ella se acomoda en su piso, tratando de apoyarse bien en la persiana. Aspira largamente el humo del delgado cigarrillo y contesta sin darle importancia:

—De allá vengo. Me demoró tanto doña Elisa. Tenía el probador lleno de gente. De ahí me pasé a la peluquería. Tuve que ir yo misma, porque el teléfono no funcionaba. Y si no lo hago así, me deja sin hora para el viernes. Como tienen tanta gente, poco les importa.

—En realidad —replica Suárez—, es increíble la gente ociosa que hay en Santiago. Las mujeres no viven sino en eso... En perder el tiempo.

Ella echa la cabeza hacia atrás y deja que sus ojos vaguen por la estancia. Con el dedo trata de sacarse una hebra de tabaco rubio que se le ha adherido en el labio. De pronto exclama:

—¡Qué calor tengo! Hoy ha hecho un calor de pleno verano. ¿Verdad, Juanito?

No le contesto. Se ahonda en mí esa sorda irritación hacia ella. Experimento, además, unos horribles celos con una sombra. Igual que don Andrés. Me encantaría que en

ese momento él le lanzara uno de esos exabruptos con que suele aplastarle. Y no tarda en hacerlo.

—¿Calor? —me interpela Suárez—. ¿Tiene usted calor? Lo que es yo no tengo en absoluto. Bueno, debe ser el calor de la modista. Van tantas mujeres... Y tanto probarse, debe ser como para transpirar.

Sylvina sigue con la cabeza echada hacia atrás. Sonríe burlona, sin decir palabra, y en los ojos, cada vez que la miro a hurtadillas, me parece ver la expresión de algo que recuerda con deleite. Su sonrisa me resulta antipática. Acaso yo estoy pensando igual que Suárez. Que ella viene de una batalla amorosa. Ese calor dura, y se queda en la sangre como una corriente eléctrica.

“Bueno —pienso en seguida—, a lo mejor no son sino absurdas y estúpidas presunciones, porque ¿cuáles son los antecedentes que tenemos para creer tal cosa? ¡Pobre Sylvina!, a lo mejor ella está muy lejos de estas suposiciones.”

Entonces le dirijo la palabra afectuosamente. Ella me lo agradece con una mirada tibia, tierna. Se queda un largo rato en silencio y de pronto exclama con voz tranquila, como si hubiese olvidado totalmente la intención hiriente de las palabras de don Andrés:

—Me parece, Juanito, que ya no falta nada a la expresión habitual de la mirada de Andrés. Esa leve sombra, ese rasgo firme de los párpados, era lo que faltaba. Qué interesante esa leve arruga en la frente, que es característica en Andrés cuando se queda pensativo. Oiga, Juanito, me están dando unos tremendos deseos de posar yo también para un retrato. Por supuesto que a petición mía; usted me cobrará lo que vale. Me tratará con amor, ¿verdad? Y yo comenzaré a juntar dinero para pagárselo sin esa mezquindad que me atribuye y me reprocha mi señor marido.

Yo levanto los ojos y la miro con curiosidad, tratando de ver en su rostro la intención oculta que la induce a hablarme así.

—Muy bien, pues, señora, estoy a sus órdenes. Será un gran honor para mí.

Digo estas palabras en un tono enfático y pedantesco, que me sonroja en seguida. Y al advertirlo, agrego confundido:

—Imagínese, Sylvina, el placer que me dará si llego a conseguir que quede usted contenta.

Ella no sabe que yo, casi todas las tardes, en un trozo de cartón, he estado tratando de captar los rasgos más definidos de su rostro. Y tengo la fe, la seguridad absoluta, de que le haré un retrato estupendo. Tengo en la mente su imagen grabada, en muchas de sus actitudes, y sé cuándo mi lápiz no acierta en la expresión, en ese boceto que llevo muy adelantado.

Don Andrés se pone de pie y me dice:

—¿No quiere usted que salgamos a dar una vuelta por ahí? Tomaremos una taza de té en algún sitio. Y después podemos alcanzar hasta la casa a oír un poco de música. Esto siempre que su amiga Sylvina no se oponga.

—No creo que se oponga —digo con tono cariñoso—. Sylvina es una excelente amiga, aunque usted perversamente trate de desacreditarla.

Ella sonríe feliz. Me mira con sus ojos suaves y tranquilos, y poniéndome la mano sobre el hombro, me dice:

—¡Qué bien, Juanito, qué bien! Eso se llama comprender a las personas. Usted sabe cómo yo lo quiero. Y Andrés también. Si trata de infiltrarle la duda, lo hace de mala persona.

Suárez se acomoda el abrigo, que le acabo de sujetar, para ponérselo. Se vuelve a decirme:

—Gracias, mi amigo. —Sonríe cerrando un ojo y agrega—: No se confíe de las amistades, querido Alsina. ¡No se confíe! ¿Sabe usted lo que hará Sylvina? ¿No lo sabe? Pues yo se lo voy a decir. Reunirá todo el dinero que pueda, y cuando ya la obra esté realizada, le preguntará el precio. Veo ya, desde este momento, que usted se negará a cobrarle. Entonces se pondrá en una actitud de niñita regalona y terminará por darle las gracias muy emocionada. Al otro día se lanzará a comprar discos, libros, miniaturas, qué se yo.

Sylvina, en una actitud de deliciosa protesta, se queda oyendo lo que dice Suárez, con una mano sobre el pecho. Después hace con la cabeza un movimiento de desesperación y exclama:

—Oiga, Juan. Olgame, Juanito. Ahí tiene usted que este señor está totalmente equivocado. Yo no acepto posar, ni siquiera dos segundos, si usted no me dice primero lo que me va a cobrar. De otro modo no lo admito por ningún motivo. Vaya, Andrés. ¿Entonces usted cree que vamos a

arruinar a Juan, y que yo contribuiré a ello? Yo quiero mucho a mi amigo para desear tal cosa. El sabe que es así.

Al subir al auto, Sylvina le ordena a Sebastián:

—Siéntese atrás, Sebastián. Yo manejaré y así nos vamos los tres adelante.

Toma la Costanera y le imprime una buena velocidad al coche, cuando ya hemos pasado el tránsito de la Plaza Italia. Y más allá del canal, lanza el coche como disparado. Don Andrés no dice una palabra. Se limita a observar cómo el marcador va subiendo casi hasta 130 kilómetros. En una curva, poco antes de torcer hacia Apoquindo, aparece de súbito un enorme camión vinero. El conductor lanza una tremenda injuria y se ve obligado a irse casi encima de la cerca. Sylvina, sin inmutarse, toma su lado sin disminuir la velocidad que lleva y que, en seguida, va acortando lentamente.

—¡Qué tarde tan deliciosa! —exclama—. A mí me encanta el atardecer en este rincón. Me da la sensación de que el sol se va encaramando por las verrugas de los cerros. Y que el campo y los árboles y las acequias de aguas corrientes se quedan como bajo un toldo de sombra. ¿Ven ustedes cómo el cielo comienza a adquirir un tono azul acero, y la línea ondulante de las cumbres, un color violeta? Se me figura que los animales también sienten la tristeza del atardecer cuando braman y relinchan angustiados.

Mientras habla, Sylvina, que conduce con una seguridad pasmosa, toma un atajo y llegamos hasta una hostería en donde no se ve a nadie. Sólo un gran perro negro, sujeto por una cadena, nos recibe con imponentes ladridos, asomado a una mediagua. En ese momento aparece un mozo, quien a la pregunta de Sylvina dice que hay café, con *Kuchen* y chocolate.

Descendemos, y alrededor de una mesa colocada bajo un gran quitasol de petate, nos sentamos a esperar que nos sirvan.

—Aquí nos va a dar frío, Sylvina —advierde don Andrés.

—Para el rato que vamos a estar, ni siquiera alcanzaremos a sentirlo —responde ella.

Don Andrés se toma su café con unas tostadas y rechaza el *Kuchen* de manzanas. Me recomienda:

—Si no anda bien del estómago, le aconsejo que no lo coma. Es de lo más indigesto.

—No —exclama Sylvina—. ¡Qué va a ser! Está rico. Pruébelo, Juanito.

Yo lo pruebo con cierto temor, recordando una espantosa indigestión que sufrí, hace años, al comer un trozo de *Kuchen*, en una hostería situada en las orillas del lago Puyehue. En esa ocasión yo andaba con mi mujer. Estábamos recién casados y ella se deshizo en atenciones conmigo. ¡Qué distinta fue después su actitud! ¡Cómo cambian los sentimientos en el rodar del tiempo!

Al regreso, Sylvina viene como en una actitud de embeleso. Como si estuviera poseída por una deliciosa embriaguez y la subyugara la poesía de la naturaleza. Ya es de noche y Santiago se divisa desde lo alto como una inmensa sementera de luces palpitantes. Hay pájaros que cantan en las lindes de la noche. Unas campanas, que yo no puedo ubicar, adquieren una singular tonalidad melódica, cuando sus sonos se esparcen por el campo, haciendo estremecer el aire.

Me siento feliz y no tengo deseos de hablar. Don Andrés y Sylvina se dirigen la palabra de cuando en cuando. Ahora Sylvina conduce el automóvil suavemente. Es como si el motor también viniese soñando en algo maravilloso. En algo hermoso que no acierto a explicar.

Al entrar en la casa hay un pronunciado olor a flores húmedas. Rosas de fino y levisimo aroma. Claveles y jazmines. Junto a la puerta, una enorme mata de heliotropo impone su fragancia densa. En el gran *hall* hay unos flamantes muebles de cuero colocados sobre una espesa alfombra de flores rojas. En un rincón, un piano de cola relumbra como un hermoso animal agazapado. Sobre sus nobles maderas resbalan las luces de una hermosa lámpara. En la mesa de centro están plegados los diarios de la tarde. Don Andrés enciende otra lámpara de pie alto, que hay junto a un sillón. Me alarga uno de los periódicos, diciéndome:

—¿Quiere usted echarle un vistazo? Aunque estos diarios no traen nunca nada que leer. A excepción de los enormes titulares rojos con que llenan la primera página, para abultar cualquiera noticia que los diarios de la mañana dan en tres líneas.

Sylvina se ha puesto un simpático delantal. Pregunta:

—¿Quieren que les abra una ventana? Aunque, en realidad, la tarde está fresca. ¿Un trago, Juanito?

Le contesto rechazando su ofrecimiento. Y entonces ella insiste:

—Un *whisky* no le caerá mal. No se olvide de que es vasodilatador. Hace bien al corazón.

Bajo la luz, se destaca amplia y noble la frente de don Andrés. Me echa una rápida mirada, por encima de los anteojos, y me dice:

—Sí, le hace bien, Alsina. Aunque no sea para el corazón. Estimula. Dame a mí también, Sylvina.

Una muchacha alta y rubla, con aire de extranjera, me sirve amable:

—Usted me dirá, señor. ¿Le pongo agua o mineral?

Coge con las tenacillas un enorme trozo de hielo y lo va a echar en mi vaso. Yo la detengo:

—No, es demasiado hielo. Un trocito pequeño, por favor.

Les sirve en seguida a Sylvina y a don Andrés y deja la bandeja sobre la pequeña mesa. Después consulta:

—¿Les traigo frutas o un pedazo de torta?

Don Andrés no se toma el trabajo de responder. Yo acabo de tomar café y doy las gracias. Sylvina se sienta en el brazo de un sillón y da vuelta las páginas de uno de los diarios, sin mirarlas; sonriendo, me guiña un ojo. Traduzco su gesto: "Me siento muy feliz de tenerlo aquí".

Después se levanta y abre el piano. Inicia unos acordes, sin son ni ton. Y de pronto, así como por travesura, comienza a tocar el viejo vals "Sobre las Olas". Canta a media voz la primera estrofa de la letra:

*Sobre las olas de un manso tago  
tu cuerpo frío flotar yo ví...*

Su voz es ligeramente ronca, pero con cierta simpática entonación al modular las palabras. Pero es muy breve su intento. Cierra bruscamente el piano y, dándose impulso, gira sobre el piso donde está sentada y queda frente a mí con los ojos iluminados. Sonríe:

—Canto bien, ¿verdad?

—Maravillosamente —le confirmo, siguiendo su tono—. Pero fue poco.

—¡Ah, ahí está la gracia! —dice entonces, cogiendo el

vaso de *whisky* y bebiendo apenas una gota—. ¿No sabe usted que de lo bueno poco?

—Así es, desgraciadamente —le digo—, aunque tal vez fue demasiado poco.

—¡Juanito! —me dice ella con tono regalón—, no se ría de mí. Por lo demás, si le canto, sé va a embelesar de tal manera, pero no les va a encontrar gracia a los discos que le toque.

Don Andrés levanta la vista de su diario, y pasándose el dedo por la nariz, como es su costumbre, observa sin intención:

—Eso es seguro. —Y casi en seguida agrega—: ¿Pero ha visto usted, Juan, qué crímenes tan estúpidos, en apariencia por lo menos, estos que se han cometido ahora último? No se ve el móvil. Ese crimen de Viña del Mar, por ejemplo. No hubo robo, ni se ve el motivo. Ese señor que han asesinado era una excelente persona... Eso dicen.

—¡Quién sabe! —exclama Sylvina, que está sentada detrás del sillón de Suárez, con un montón de discos sobre las rodillas—. Es que usted, Andrés, no lee los detalles. Yo me entretengo algunas noches en leer la crónica roja, que explotan los diarios chicos. A lo que parece, obedecen a celos entre hombres. Y por lo que se ve, son crímenes pasionales de increíbles proyecciones. A ese señor que acaban de matar dicen que no le gustaban las niñas.

—¡Qué barbaridad! —exclama Suárez, con gesto despectivo—. Hay cosas que uno no podrá entender nunca. ¿Cómo se puede llegar a tales perversiones? En el fondo, me parece que éstos no pueden ser hombres dotados de un sentimiento estético verdadero. Porque el concepto de la belleza, en el aspecto ideal del amor, es uno solo. ¿No le parece, Alsina?

—Sin embargo, de Oscar Wilde, Gide y tantos otros no se puede creer que no tuvieron un concepto exacto de lo bello —exclama Sylvina—. Lo que hay es que intervienen factores psicológicos que nosotros no alcanzamos a columbrar en su exacta medida.

—Qué exacta medida ni diablo que se le parezca —prorrumpe Suárez, apasionadamente—. Wilde y Gide, y todos los invertidos célebres que tú me nombres, serán muy macanudos y talentosos, pero nadie puede decir que no contravienen las leyes de la naturaleza. Que atentan contra



la prolongación de la vida humana. Que buscan en la perversión sexual aquello que la conformación fisiológica impide por ley natural. Yo te diré que prefiero ser una bestia, un salvaje, un hombre vulgar, todo lo que se quiera, pero comportarme como hombre. Y con la ventaja de que dentro de nuestro concepto de la belleza humana, es en la mujer donde nuestra mente la ubica. Y por mil razones que no te voy a enumerar, porque no las recuerdo ni se me ocurren ahora, pero que existen sin duda alguna.

—Debussy, "La Catedral Sumergida" —dice Sylvina, leyendo el título de un disco. Y agrega—: Pero eso ni siquiera lo pueden discutir los seres normales, pues, Andrés. No podríamos hallar razones para discutirlo. ¿Verdad, Juanito?

—Así me parece a mí —le contesto. Y no se me ocurre nada más que agregar. Porque estoy mirando a Sylvina y siento que en ella se reúne toda esa armonía que uno sueña en un ser amado. En una mujer.

Sylvina, que está muy preocupada de revisar sus discos, se queda en silencio, y, entonces, yo digo sin mucha fuerza argumental:

—Lo curioso es que en Grecia y en Roma, en donde se le rendía tributo a la belleza femenina, también se practicaba el homosexualismo.

—Ellos eran paganos —dice don Andrés—. Tal vez lo hacían por entretenerse. Así como en Roma iban al circo a ver pelear las fieras con los hombres.

—Eso es verdad —digo yo por hablar algo—, pero no olvide usted, don Andrés, que, precisamente, dentro de ese concepto sin prejuicios, ellos buscaban la belleza en todas sus expresiones. Los efebos no se alejaban de ese concepto estético, en el cual nuestra moral cristiana no tenía, entonces, nada que ver. Desde luego, porque no existía.

Don Andrés se quita los anteojos y reprime un bostezo. En seguida dice displicente:

—Bueno, tal vez tenga usted razón, porque esos hombres buscaban el placer sin apartarse de lo bello. Pero es que ahora es diferente, pues el homosexualismo se practica en primer lugar contra todo principio de moral y sin tomar para nada en cuenta lo estético. Entonces, es un vicio, una depravación, un desvío intencionado de la función natural del sexo.

—Sí duda. Es gente a la cual más bien hay que com-

padecer, pues sus satisfacciones deben ser muy menguadas. Cuando se ha vivido esclavizado ante el atractivo de las mujeres, todo esto nos resulta incomprensible.

Sylvina se ha quedado oyendo en silencio. Sus ojos reflejan algo de absorto y de inexpresivo. Tiene algunos discos en las manos y me pregunta:

—¿Le gustaría oír la Sinfonía Inconclusa? Tengo aquí el Preludio de la Gota de Agua. También la Quinta Sinfonía de Beethoven. escoja usted. ¿O prefiere oír la Novena?

—¡Sylvina! ¿Para qué me pregunta? Usted sabe que yo soy un ignorante en música. Los discos que ponga estarán muy bien escogidos. ¿No es así, don Andrés?

Don Andrés, que se ha quedado absorto con el perlo-dico en una mano y los anteojos en la otra, sonríe con picardía.

—Sí —dice—; como nosotros no sabemos nada, no nos queda sino confiarnos en el criterio y buen gusto de Sylvina.

—¡Muchas gracias! —dice ella con intención traviesa—. ¡Qué caballero tan amable es don Andrés cuando quiere serlo!

Nos quedamos un largo rato en silencio, escuchando aquella música en que se une la fantasía del genio a una emoción que llega al milagro expresivo. Hay momentos en los cuales unó se da cuenta de lo poco que es, frente a esos hombres que convertían sus estados de ánimo en maravillosas concepciones, en las que el alma, en viva y rica transmutación melódica, expresaba todo cuanto puede sentir el ser humano. A ratos es la tempestad que estalla en alaridos extrahumanos, en una gama de notas tumultuosas, en un crescendo de expresiones inauditas. Luego sobreviene la calma, y es entonces un andante leve como un sueño; el palpar de la brisa en una tarde de sol. Después, los briosos corceles de la imaginación modulan todos los matices de un *allegro*, que es la dicha, expresada en mil formas armoniosas.

—No se puede negar —comenta don Andrés— que aunque estemos rezongando a cada rato por las infinitas molestias que nos da la vida, nos ha tocado palpar la cima de la inteligencia humana. Fíjese lo que significa oír un concierto tocado por una orquesta de sesenta o más músicos, captado en un disco, en un miserable pedazo de ebonita,

sin que se pierda nada de la ejecución. Y luego dar vuelta un botón para oír lo que están hablando a miles de kilómetros, a través de los mares, de las montañas, de los espacios más dilatados. Es algo realmente milagroso.

Sylvina, que está sentada sobre la gruesa alfombra, revisando sus discos metidos en los casilleros de un lindo mueble, se vuelve hacia nosotros.

—Lo único que le falta al ser humano —dice— es descubrir el secreto de la felicidad permanente, de la felicidad verdadera.

—¡Uf! —gruñe don Andrés, tirando el periódico sobre la mesa y rascándose la nariz—. Sería una gran lata. Lo inaguantable. ¿Qué encanto tendría obtener algo por lo que no se ha luchado, si se obtiene en seguida, sólo con desearlo? No sé cómo se te puede ocurrir algo semejante.

Sylvina me cierra un ojo con expresión risueña, sin preocuparse de que don Andrés la vea. Después replica desencantada:

—Sí, es verdad lo que usted dice, Andrés. Pero cuando se consigue, que dure. Que no sea una ráfaga, apenas vislumbrada. A eso voy.

—¡También sería una lata! —refunfuña don Andrés—. Las cosas están bien como están.

—¿Pasamos a comer? —dice la dueña de casa.

Yo no conocía el comedor de esta otra casa de Suárez, aquí en Santiago. Es una hermosa sala en la cual hay una lámpara enorme y bella. Yo no la sabría describir. La mesa está cubierta con un fino mantel traído de Italia, según me explica Sylvina; comprado por ella en uno de sus viajes. En una especie de acuario o de invernadero, formado por gruesos cristales, no lo sé precisar, hay unos maceteros con hojas transparentes en uno, y en el otro, flores tan finas semejantes a una azalea o una orquídea. Dándole un tono de sencillez a la pregunta, digo:

—Y esas plantas tan raras y tan bien presentadas, ¿son inventos suyos, Sylvina?

—No —dice ella—. Esto estaba así. A Andrés no le agrada mucho. Esta casa era de un caballero noruego, que tuvo la desgracia de perder a su hija única aquí en Chile. Parece que esa pena tan grande le hizo tomar la determinación de volver a su país. Yo encuentro que la casa es simpática, llena de luz. A mí me desesperan las casas sombrías.

—Aquella casa que construimos y a donde fuimos a vivir después de dejar la que estaba contigua a la barraca, era también muy agradable. Yo la vendí en un momento de irreflexión. No fue un mal negocio, ni tampoco muy brillante. A esta señora no le agradaba...

—Sí que me agradaba —le interrumpió Sylvina—. Lo que no me gustó fue la cercanía del río. El aire era muy desagradable en el invierno. Un aire húmedo y malsano. Y, además, desde los altos, a cada rato, se divisaban esas poblaciones callampas, que a la larga resultan como un reproche.

—¿Como un reproche? No entiendo —le pregunto.

—Sí, porque da no sé qué pensar en que hay seres humanos tan infelices. Que viven peor que las bestias. Sufriendo frío, hambre, sucia miseria, y sin conocer nada de cuanto existe de bello y de hermoso en el mundo.

—¡Vaya! —rió sarcástico don Andrés—. Tú estás como Tolstoy, quien, según he leído por ahí, no quería comer ni abrigarse en una buena cama porque los pobres campesinos de sus dominios pasaban toda clase de penurias. ¡Pero si éste es el mundo en que vivimos! ¿Qué me dices tú de esos príncipes de la India que viven como dioses, en una opulencia que cuesta imaginar, reverenciados por millones de vasallos fanáticos? Y junto a ellos viven infelices cuya miserable condición no se iguala ni siquiera a la de un perro. Se puede estar días y días hablando de las desigualdades sociales. El hecho de nacer con la piel blanca ya constituye un privilegio. ¿Cómo se puede arreglar todo eso? Que es cruel y feroz, nadie lo puede discutir. Nadie. Arreglar eso es como convertir el aire en monedas de oro, o convencer al que conquistó un bienestar, de que entregue parte de lo que tiene, por amor al prójimo.

—Salud, entonces —digo yo, levantando mi copa—. Por lo que la vida nos dio.

—Sí —exclama Sylvina con aire pensativo—. Porque la salud nos acompañe, hasta que nos llegue la hora.

—A esa cita, ustedes las mujeres no podrán faltar. Ahí sí que serán puntuales —se mofa, bromista, don Andrés.

—A lo mejor alguna ventaja sacaremos —dice Sylvina riendo—. Para hacer rablar por una vez siquiera a la flaca sin ojos.

Conversamos unos momentos más, entre largos espa-

cios de silencio. Oímos algunas de las graciosas y aéreas mazurcas y polonesas de Chopin. A don Andrés lo preocupa algo que no dice, y Sylvina en dos o tres ocasiones ha reprimido un bostezo. Me despido con una impresión agradable y triste a la vez. Triste, porque dejo al ser que amo. Agradable, porque la tarde se me ha pasado como en un sueño delicioso.

Después no los he visto sino cuando sorpresivamente me anuncian su viaje a los Estados Unidos. Los primeros días de la ausencia de Sylvina han sido para mí de una tristeza desgarradora. Me parece a cada instante oír el breve y reiterado timbrado del cartero trayéndome una carta suya. ¡Y nada! Siempre a la gente que está de viaje le cuesta escribir. Sentarse cómoda frente a una mesa a trazar unas letras. Es el que espera quien cree que el tiempo sobra para hacerlo. Y de pronto me ocurre lo inesperado. He olvidado por completo la ansiedad de recibir esa carta. Es como si la olvidara a ella misma. También me ha apenado esto. Trato de recordar sus ojos, el sabor de su boca, el tono de su voz, el perfil gracioso y delicado de su rostro, y todo es como si se hubiera disuelto lentamente en una voluta de humo. Recuerdo el verso de Neruda: *es tan corto el amor y es tan largo el olvido.*

Me asusta un poco pensarlo. Experimento una especie de soledad, de frío sin poesía. Afuera hay una atmósfera dorada, y la brisa tiritita en los cogollos casi desnudos de las altas ramas, en donde se sujetan por milagro algunas hojas. Con la ventana abierta contemplo el tránsito de la calzada. Autos, camiones, micros, y una que otra motocicleta que pasa veloz entre reiteradas detonaciones de su pequeño motor. Por el paseo discurren las parejas de enamorados con las manos unidas en una especie de símbolo de amor.

De pronto veo que el cartero entra en el portalón del edificio. Me brinca el corazón. Tengo la certeza de que trae carta para mí. Pasan largos instantes. Suena la campanilla de los ascensores. Retumban en quién sabe qué pasillos, del bloque de cemento, tremendos portazos. Vibran los timbres en otras puertas del piso. Bajan y suben las escaleras, pisadas livianas y otras recias. Una radio lanza al aire una melodía de Strauss. Acaso de Schubert o de Mendelssohn. La música de esos autores me fascina.

—Rrrr... Rrrr...

De un salto abro al cartero.

—Una carta aérea, señor —me dice.

—¿Cuánto es? —le pregunto con aparente voz serena, sin emoción. Pero adentro, mi corazón es un pájaro que cae prisionero por primera vez en una jaula y se estrella violentamente en los barrotes de su prisión.

Pero no es carta de Sylvina. Es de don Andrés. Me doy cuenta de que él me quiere más que ella. Miro los rasgos enérgicos y simpáticos de su escritura un tanto dispareja. Me envía una tarjeta con una vista de una de las esclusas del Canal de Panamá.

*Mi buen amigo: lo recuerdo con vivo afecto y simpatía. Hemos hecho un viaje estupendo. No hay nada que hacer con estos aviones. Son como para quedarse lelo. Ya ve usted adónde estamos ya, en el segundo día de viaje. Aquí en Panamá es igual que estar en la antesala del infierno. Hace un calor para achicharrarse. ¿Cómo está usted? Mejor que nosotros, en este momento, desde luego. Saludos afectuosos de sus amigos.*

A. SUÁREZ.

Ella no existe; de ella no se refleja una palabra en esas breves líneas. Es posible que haya estado junto a él mientras escribía. Pudo agregar dos palabras: "Recuerdos de Sylvina". Pero no lo hizo. ¡Qué mujer tan sin impulsos, tan sin arranques! Con razón dice don Andrés que le falta generosidad. Calcula y saca consecuencias de todo.

"Mejor, mejor", me digo; pero me duele hasta muy adentro. Así se me quitará más pronto esta tontería. Esta pasión sin objeto, que me echa a perder la vida y me priva de realizar muchas cosas. Esto es lo que se llama un ser insignificante, sin grandeza de alma. Sin aquello que confiere a la vida sus atributos más bellos.

¡Qué gran descanso! ¡Qué felicidad la de poder respirar plenamente! Me he olvidado del cartero, pero sé muy bien a las horas que pasa. Todas las tardes me aferro a mis pinceles y converso en voz alta con don Andrés, cuyas facciones, en el recuerdo, me van resultando muy bien, casi mejor que en presencia. Por las mañanas, cambio el cartoncito del calendario y sé, con precisión matemática, que ya van once días que se fueron. Apenas me levanto y tomo

el desayuno, salgo a caminar por el parque. Compro el diario y lo hojeo rápidamente. Una mañana leo un párrafo que dice: "Chilenos en Nueva York..." "El industrial chileno don Andrés Suárez y señora Sylvina Larre de Suárez, de paso en esa ciudad, ofrecieron en el Waldorf Astoria un almuerzo a un grupo de chilenos, entre los que se contaban..."

Muy a mi pesar y rablando en contra mía por mi idiotéz, he leído varias veces el famoso parrafito. Me hace un curioso efecto ver el nombre de Sylvina ofreciendo un almuerzo a sus relaciones sociales de Nueva York. ¡En el Waldorf Astoria! Presidiendo la mesa. Estaría preciosa esa noche. Con su fina cintura y sus caderas amplias y su tez clara, no sé por qué me da la impresión de una lámpara encendida.

"Recuerdo una noche en la pampa, Sylvina llegó a una fiesta con un traje gris claro de *lamé*. Se veía seductora. Entre las gringas altas y buenas mozas, ella era como una rosa entre una maceta de dalias. Yo que había pensado no asistir a esa fiesta, porque me fastidiaba vestirme de *smoking* y estaba un poco cansado, tuve la ocurrencia de llamar a su casa.

"—¿Está don Andrés? —pregunté.

"—No, señor —me contestó Esmeralda, la empleada del comedor—. Acaban de salir hacia la casa de Mr. Welland. Me parece que fueron a comer allá.

"Me vestí rápidamente y llegué cuando todavía estaban en el aperitivo. No me acerqué a Sylvina y me quedé conversando un rato con Mr. McKelly, un gringo recién llegado, que lanzaba alegres carcajadas cada vez que se equivocaba al hilvanar algunas frases.

"—¡Juanito! —me dice ella, risueña y afectuosa—. ¡Qué gusto de verlo!

"Se acerca a ofrecerme un plato de pequeños bocadillos y entonces le digo:

"—Qué rotita es usted, ¿no? ¿Por qué no me contó que iba a venir a esta fiesta?

"—¡Rotita! A honor lo tengo. Soy rotita pampina —me dice acentuando su sonrisa— y de las de buena ley, le aseguro.

"—¡Quién sabe! Habría que verlo.

"McKelly se queda mirándonos curiosamente y se ve

que no ha comprendido nuestro lenguaje. Entonces ella le dice:

"—¿Sabe usted lo que es una rotita?

"—*One rotite?* Oh, no, no sabe.

"Sylvina recurre a su precario inglés del colegio y le explica que es una mujer del pueblo.

"El gringo se ríe ruidosamente. No encuentra cómo decirle que ésa es una broma demasiado fuerte, porque ella es una *lady* preciosa. Sylvina sonríe feliz. Siempre a una mujer le encanta que le digan de mil modos que es bonita.

"—La opinión de este caballero es muy distinta —dice.

"—¡Oh, no! Este ser una broma de Mister Alsina.

"Sylvina encuentra muy gracioso que me llamen Mr. Alsina. Y después de la comida, me dice:

"—¿No le gustaría sacarme a bailar, Mister Alsina? Usted siendo mucho orgulloso conmigo."

Siempre que la recuerdo, la veo envuelta en una onda de su simpatía. Me la imagino, ahora, presidiendo la mesa allá en el Waldorf Astoria. Ligeramente tímida, con los dulces ojos que miran tranquilos como un lago en calma. Y de pronto, ruborizándose como una colegiala. Y ése, acaso, es el aspecto más seductor en su trato. Seguramente no me ha recordado ni una sola vez. Pero algo me dice que en un rincón de su mente habrá una fibra que de pronto se agite para indicarle mi existencia.

Después de ese paseo matinal por el parque me voy a mi casa y allí trabajo con tesón en el retrato de don Andrés. Creo que es un acierto. Los rasgos de su rostro van adquiriendo un relieve asombroso. Y, absorto en ello, doy un brinco sobre el asiento cuando el cañonazo de las 12 me sorprende totalmente entregado a mi tarea. Qué maravilloso es comprobar cómo se va penetrando lentamente en los secretos del arte. A veces un detalle ínfimo se nos muestra rebelde. Y, entonces, lo intentamos mil veces, hasta que, de súbito, nos ilumina el gozo de haber acertado en nuestro anhelo.

Pero el arte es siempre una lucha llena de alternativas. ¡Qué claros y definidos se ven a ratos los problemas que antes nos parecían insolubles! Todo va saliendo como si lo fuésemos tocando con una varita mágica. Mas, he aquí que de súbito surge la dificultad. ¿Es que nuestra disposición de ánimo cambió?



Es lo que me está pasando ahora con el retrato de Sylvia, que estoy abocetando con los apuntes que le he tomado. Es un curioso rostro que cambia de expresión muy fácilmente. Pero me doy cuenta de que si llego a captar la expresión de sus ojos, estoy al otro lado. Lo demás lo tengo en las retinas, como si en algún sitio del cerebro me lo hubiesen grabado a cincel. Es interesante, sin embargo, el hecho. Cuando ya he pergeñado las líneas de su rostro, me resulta una imagen tan parecida a ella, como pudiera parecerse un mongol a un habitante de Copenhague. He contemplado largo rato el boceto y, lejos de aterrarme, me he sentido con una gran seguridad. Y, para probarlo, he dibujado su boca y me ha resultado bastante bien. Maravillosamente. La he borrado en seguida y al rehacerla se me escapa esa misma expresión. Muy bien. Lo dejo, después de contemplar los diversos y fugaces apuntes hechos. Y en el momento en que me dirijo a lavarme las manos, llama el cartero. Lo sé por su manera de tocar el timbre.

“¡Carta de ella! —me digo—. Ahora sí.” ¡Y nada! Otra vez son los rasgos enérgicos de don Andrés los que llenan el sobre, casi sin dejar espacio para las estampillas. Sonríe y esta vez sin ningún dolor. No me clava el pecho el aguijón de sentirme decepcionado. “Táctica de mujer —me digo—. Así me recordará más. Así vivirá obsesionado pensando en mí, dirá. De eso no me cabe duda.”

*Me parece —dice don Andrés en su carta— que he hecho una gran chambonada en venir para acá, con el objeto de averiguar en dónde está mi mal. Esto le demostraré a usted, mi buen amigo, que uno, cuando tiene dinero, cree que con él se pueden hacer milagros. ¡Y nada! Estos gringos son macanudos para sacarle a uno los dólares del bolsillo. Tienen organizada una verdadera sociedad destinada a convertirlo en una especie de gran panizo. Cada médico le examina al paciente un trocito del organismo, y, en seguida, lo manda donde otro para que haga otro tanto.*

*De este modo me he convertido en un conejillo de experimentación. Y nos pasan cuentas, una tras otra, con gran puntualidad. Y como estamos metidos en la historia, no queda más que soltar la pepa. Ahora que tengo un verdadero archivo de opintones, no sé cuál será, en definitiva, el facultativo que haga el resumen y dictamine la senten-*

cia. Las dificultades del idioma hacen bastante odiosa y antipática esta odisea. Allá en Chile tampoco nos dicen gran cosa al respecto. Pero por lo menos tratamos de inquirir las causas y orígenes. Mi inglés aquí ha resultado tan deficiente como si hablara en chino. Y el de Sylvia anda poco más adelante.

Me iré cuanto antes. Estoy hasta la coronilla de clínicas y de aparatos que me hurgan y trajinan por todos los rincones. Creo que me voy a sentir muy bien cuando pueda respirar otra vez el aire de mi tierra. Aquí el calor es abrumador. Deprimente. La única que se siente como pez en el agua es doña Sylvia, que se ha encontrado con algunos chilenos con los cuales ha trabado amistad y en cuya compañía recorre la Meca y la Ceca y hace gran vida social.

Lo he recordado con afecto. Y espero verlo pronto, si es que no nos damos un gran porrazo en el camino. En ese caso, todos los exámenes clínicos me servirán de mucho. Sylvia siempre lo está recordando y me encarga sus saludos. ¿Cómo va ese retrato? Me imagino que estupendamente. Siento deseos de estar allá de nuevo. Y de pararme unos cinco minutos a echar un párrafo en la calle Ahumada con algún amigo mientras miramos pasar esas cabras portentosas que asoman alrededor del mediodía. Aquí las gringas son bonitas, pero les falta "gancho". Me hacen recordar un poco a los caballos de carrera, con su agilidad de muñecas estilizadas. Un buen abrazo de su amigo

ANDRÉS SUÁREZ.

P. D. Me tiene usted en un conflicto. Quiero llevarle un pequeño obsequio y no sé qué cosa le agradaría. ¿Qué le parece una máquina fotográfica? Si es posible, dígame si eso le interesa. Me proporcionará un agrado que me conteste con la misma confianza con que le hago la consulta.

Dejo la carta encima de la mesa-tablero, en donde dibujo. Y sin darme cuenta se me escapa un hondo suspiro. Es curiosa la forma cómo uno reacciona en estos asuntos del amor. Yo me sentía totalmente tranquilo antes de recibir esta carta. Y después de leerla, me siento deprimido, defraudado. Una mujer que dice quererlo a uno, ¿puede ser tan indiferente? Absorbida por sus preocupaciones socia-

les, no ha tomado en cuenta para nada mi cariño. ¿En qué se manifiesta su delicadeza, su sensibilidad?

Le agrada que le digan cosas amables. Que elogien su encanto de mujer. Y ella se queda en una actitud hierática. Es como si uno se enamorara de una estatua y le dijera todo lo que su gracia le inspira. Una estatua se quedará inmóvil, inerte, inexpresiva. ¡Qué gran tontería me parece! Una tremenda estupidez. Un hombre no puede perder su tiempo y parte de lo mejor de su existencia en seguir cultivando un sentimiento que no ofrece ningún estímulo. Ninguna reciprocidad. Totalmente estéril.

En la noche, cuando voy a comer a esa residencial de la Plaza de Armas, me doy cuenta de que estoy disgustado y no tengo apetito. Hay un guiso de verduras que allí hacen muy bien, y ahora no me atrae en absoluto. Apenas lo pruebo. Una muchachita rubia, de ojos risueños y claros y de fina cintura, me mira a hurtadillas. Es mi vecina en el comedor. Yo, cada vez que la encuentre, ya sentada en su mesa, la saludo con una amable sonrisa que ella me contesta también sonriendo sin inclinar la cabeza. Veo que sus labios se mueven al hacerlo, pero nunca alcanzo a percibir lo que me dice. Esta noche tengo el propósito de levantarme, sin esperar el postre, cuando ella, que acaba de encender un cigarrillo, me pregunta sorprendentemente:

—No ha comido nada usted. ¿Está enfermo?

—No —le respondo, feliz de iniciar una amistad con esa muchacha a quien siempre he visto sola—. No estoy enfermo. O a lo mejor lo estoy. Alguna razón existe para que uno no sienta apetito. ¿No le parece?

—Sí, pues —me contesta, así como al desgaire—. Puede ser que tenga algo que todavía no se manifiesta bien.

Se queda mirándome con sus ojos claros muy abiertos y toma la copa para beber un sorbo de agua mineral. Después se echa hacia atrás en la silla y agrega:

—Yo no sé mucho de enfermedades. Afortunadamente tengo una salud muy buena. Hay que golpear madera —dice. Y golpea tres veces.

—Tiene usted lo mejor que ofrece la vida —le digo—: juventud y salud. Por ahí se va muy lejos.

Se inclina otra vez hacia adelante, para apoyar los codos sobre la mesa. Y con las manos en el mentón, se que-

da un rato meditativa. Alza en seguida los claros ojos que son de muy dulce expresión, y me responde:

—Siempre se dicen cosas acerca de lo que es la vida. Pero yo me he fijado que nadie está contento con ella.

—¿Usted tampoco?

Extiende los brazos hacia adelante y luego, entrelazando las manos, las apoya sobre los ojos. Después levanta la cabeza y sonríe.

—A lo mejor. ¿Usted cree que una persona está siempre deseando algo?

—¡Ya lo creo! —le contesto vivamente—. ¡Ya lo creo! La vida es una permanente ansiedad. Un anhelo constante. De otro modo no sería vida. Y usted, ahora, si no es indiscreción, ¿qué está deseando? ¿Amor, riquezas?

Ella se lanza a reír con graciosa espontaneidad. Después me contesta:

—Las dos cosas. Es mucho pedir, creo yo. ¿No le parece?

—Bueno, alguna de las dos tendrá. Amor por lo menos.

Me mira con los ojos inquisitivos y, en seguida, baja los párpados.

—Creo que sí, ¡pero los hombres son tan mentirosos! Una no sabe si les puede creer alguna vez.

—En algo hay que creer —le digo—, porque si usted desconfía de todo, la existencia se hace imposible.

—¡Ah, claro! Por cierto. Cuando la desconfianza se apodera de una, entonces no sabe cómo manejarse.

Se pone de pie para colocarse una chaquetilla de lana. Con cierta timidez que se advierte en sus ojos, me pregunta:

—¿Usted se queda?

—No; me voy también.

Mientras bajamos la escalera, me mira con curiosidad y no resiste el deseo de inquirir algo de mi persona:

—¿Usted no vive aquí, verdad?

—No, vengo nada más que a las horas de comida. Y no siempre. Usted sí que vive en esta casa.

—Sí. Cuando mis padres estuvieron en Santiago, porque la mamá debía operarse, se quedaron dos meses en esta residencial. Conocieron a los dueños. Y ahora que me trasladaron a Santiago, me vinieron a dejar a ella, recomendándoles a los dueños que me cuidaran y vigilaran un poco. Parece que no han tomado muy en cuenta su compromiso. No los veo casi nunca. Por lo demás, no hace falta. Sé cuidarme

sola. Soy grandecita ya. Además, espero que esta situación no se prolongue demasiado.

—¿Se vienen sus padres a Santiago?

—¡Uf! No pueden ver a Santiago. No les gusta en absoluto. Yo espero, si, estar más acompañada dentro de un plazo relativamente corto.

—¡Ah, ya calgo! —le digo sonriendo con malicia—. Se casa usted pronto. ¿Nos sentamos un momento?

Se queda un instante irresoluta, con ambas manos unidas. El amplio vestíbulo está solitario casi. Mira de reojo a un par de ancianos que leen absortos bajo la luz de una alta lámpara de pie.

—Bueno —resuelve—. Me quedaré un momento, porque ando un poco cansada. Me ha tocado trajinar tanto estos días. Y todavía tengo muchas cosas pendientes.

La miro interrogadoramente sin atreverme a preguntarle en qué se ocupa. Y ella me lo dice con sencillez:

—Soy visitadora social y trabajo en una fábrica enorme. Tengo mucho que hacer. Es espantoso, porque yo nací para dormir, para ir al cine y para leer. Trabajar me gusta muy poco. No me gusta nada. Pero no queda más remedio.

—Y si se casa le ocurrirá lo mismo; no saldrá a un empleo, pero tendrá las preocupaciones domésticas, que son bastante absorbentes.

—Sí —dice con aire infantil y como si en ello estuviera pensando—. Por eso, yo no tengo gran interés en casarme. Casamiento de padres no sirve para nada. Cuando se acaba el amor, quedan las obligaciones tremendas. Yo, francamente, prefiero quedarme soltera hasta los treinta años. En esa edad, si no me muero, me caso.

—Es una disyuntiva bien perentoria.

—No sé qué será, pero me parece que para casarse hay que querer mucho, pero requetemucho, a un hombre.

—¿Supongo que así querrá a su novio?

Se queda con los ojos pensativos, mirándome, mientras juega con una caja de fósforos. Ríe con expresión un poco ausente y me dice:

—Usted sería bueno para padre confesor, ¿sabe? Pero eso me hace vacilar un poco. Mi novio o mi pololo, porque todavía no tengo un compromiso serio con él, tiene dos defectos que me inquietan. Es de muy mal carácter y celoso hasta decir basta. Es empleado en la Caja de Ahorros

y está tratando de venirse para acá. No sé si le resulte ese traslado. A mí me encantaría que se viniera, porque tendría con quién salir. Con quién conversar. Es muy triste estar en Santiago sin amigos.

Me quedo un instante en silencio y al fin le digo, mientras ella se mira las manos, unas manos grandes, blancas y finas, donde le azulean las venas:

—Bueno, yo le ofrezco mi amistad. Una amistad un poco desigual. Porque yo soy casi un viejo; tengo cincuenta años y usted es una chiquilla.

—No tanto —me interrumpe—, no se equivoque. Tengo veinticuatro años. De ahí a los treinta no falta nada. A los treinta una mujer ya va derecho a ser solterona. Cuando los tenga, si no me he casado, me tiro al Canal San Carlos.

—¡Qué tontería está usted diciendo! A los treinta una mujer está en su gloria. Es cuando se halla en pleno dominio de su atractivo, de su encanto, de su conocimiento de muchos recursos que son necesarios. De su belleza y seducción personal.

—Eso es seguro. ¿Y yo de dónde voy a sacar belleza, encanto y seducción?

—De su persona. Es muy simple, como usted ve.

—¡Qué gracioso! Parece que usted es un poco corto de vista. Porque, si así fuera, otro gallo me cantara. En todo caso, agradezco el cumplido.

—No soy corto de vista. En absoluto. Veo perfectamente. Ahora me toca a mí golpear madera. Uno, dos, tres. Muy bien, para mí es usted una muchacha de exquisito atractivo. Ese pololo luego se convertirá en novio y, en seguida, en marido.

Se ríe, mirándome con curiosidad. Se apoya en el brazo del sofá y me pregunta con sencillez:

—¿Cómo se llama usted?

—Alsina. Juan Alsina.

—Alsina —dice humedeciéndose los labios con la lengua y entrecerrando los ojos—. Es un apellido poco frecuente. La primera vez que lo oigo. ¿Es médico usted?

—No. Soy abogado. Ejercí en Antofagasta y aquí en Santiago, un tiempo. Pero ahora tengo mi profesión un poco abandonada. Estoy dedicado a pintar. Me atrae mucho. Y quiero aprovechar mis últimos años para ver si logro hacer algo por ese camino. Algo que valga la pena.

—Está bueno. ¿Pinta paisajes? ¿O motivos de la ciudad?

—No. Me quiero dedicar a hacer retratos.

—Está bueno —vuelve a repetir—. ¿Y a su señora le gusta que usted pinte?

—No tengo señora. Acabo de anular mi matrimonio.

—¿Sí? ¡Qué curioso! ¿Estaba usted enamorado de otra mujer?

—No. Yo no. Ella se enamoró de otro, y se casó con él.

—Está bueno. ¿Y usted no la quería ya?

Sonríó, ofreciéndole un cigarrillo, y vacilo en contestarle. Entonces le digo lo mismo que ella me dijera al comienzo:

—No sé, padrecito confesor. Pero no creo que la quisiera como cuando me enamoré de ella.

Me mira con los ojos claros licuados de picardía. Muerde un palito de fósforo que rompe con sus sanos y relucientes dientes de muchacha.

—Un buen diablito que sería usted. ¡Quién sabe los líos que tendría! Y la señora se aburríó. Las mujeres también tenemos derecho a hacer la grande. No sé por qué se me ocurre que usted es un hombre muy enamorado.

—¡Psh! ¿Y qué saco si no me llevan de apunte?

—No lo creo. No lo creo.

—Vaya, ¿y por qué? ¿No está viendo mis canas?

—Eso no tiene nada que ver. Pero es un viejito muy requetesimpático. Eso quería que le dijera. Ya se lo dije. ¡Ay, y van a ser las doce! Mañana me voy a quedar dormida. Y tengo que estar en el hospital antes de las ocho. Buenas noches.

—Buenas noches —le contesto, reteniéndole la mano, y agrego—: buenas noches, señorita... ¿cuánto?

Se queda mirándome con audaz persistencia, y me contesta, moviendo la cabeza:

—No tengo nombre. Soy una flor sin nombre.

—¡Muy hermoso! A las flores les basta con su perfume.

—¡Ah, no! Eso sí que no se lo aguanto. No se viene usted a reír de mí. Me llamo Ana Luisa Velarde. Buenas noches, don Juanito.

Se vuelve, y antes de que yo apriete el botón del ascensor, me dice:

—Vaya a acostarse, derecho, ¿ah? La noche está fresca y los viejitos se resfrían muy fácilmente.

Sube de un brinco los tres escalones para dirigirse a su habitación y se aleja riendo.

Me voy caminando lentamente por la calle Ahumada, hasta la Alameda. Está solitaria y casi en penumbra. Una pareja de enamorados, muy estrechamente tomados del brazo, camina por la acera del Banco de Chile. Algunos noctámbulos con cara de aburridos contemplan los ventanales iluminados de una casa de comercio en donde se exhiben artículos de hombre: corbatas, camisas, sombreros. En la puerta del Waldorf hay dos hombres que discuten apasionadamente, con bastantes grados alcohólicos en la cabeza.

—A mí me parece que tu actitud fue sencillamente idiota. Hay que ser huevón para decirle eso a una mujer.

—No, pues; es que la cosa no es así no más. Espérate. Oyeme primero antes de contestar estupideces. Es que tú no la conoces bien. Es que tú no sabes que es una mujer muy crestoná.

En el Restaurante Naturista hay una sentencia escrita en gruesos caracteres: "NO BASTA SABER LEER. HAY QUE SABER COMPRENDER. ESO ES LO IMPORTANTE".

—¡Qué diablos quieren decir con esto! —me digo—. Son verdades de Perogrullo. Bueno, así es la gente." Me detengo en la Feria del Libro. Uno de los vendedores me dice:

—¡Salud, don Juanito! Acaban de llegar dos libros que le van a interesar. "Lelia o la Vida de George Sand", de Maurois, y este otro de un norteamericano, James Jones: "De Aquí a la Eternidad". Han llegado nada más que dos ejemplares de cada uno. Usted sabe que aquí le podemos fiar toda la librería. También hay otro de Graham Greene. Dicen que es lo mejor que este hombre ha escrito. Vale la pena que se lo lleve, don Juan. Después se demoran una eternidad en volver a despacharlos.

Siento la tentación de llevármelos. ¡Qué manía esta de acumular libros! Y se va quedando la mitad sin leer. No me doy cuenta de lo que hago y me voy con un grueso paquete bajo el brazo.

En la esquina de la calle Estado con Alameda veo a Walter Palacios en compañía de una treintona de formas opulentas. Unos ojos audaces, una tez pálida y la boca grande, apetitosa como una fruta, son sus cualidades más visibles. Me lanza una mirada de curiosidad, en el momento en que Palacios me interpela:



—¡Salud, viejo! ¡Qué es de tu vida, hombre, por Dios! ¿Dónde te metes que no se te ve por ningún lado? Anda a verme. Te espero a comer una de estas noches.

Detienen un taxi y suben a él, sin esperar mi contestación. Sigo por la Alameda y me voy pensando en que esa mujer debe ser otro de esos arrebatados y grandes amores que inflaman tan a menudo su corazón. Por suerte, para él, las olvida muy pronto. Y es entonces cuando le oímos decir con aire trágico y desesperado: “¡Me tiene hasta la coronilla esta mujer! ¡Pero qué cuerpo tan precioso tiene! Es divina. Y cuando goza, es impresionante. Es el delirio, es el despiporre. Y después se queda rígida, helada, con los ojos blancos, como si las pupilas se le hubieran congelado. ¡Hombre, es asustador! Es para que a uno le dé miedo de que se quede muerta de placer. ¿Te imaginas el “tete” en que uno se metería?”

Yo nunca he podido averiguarle el significado de esa palabreja. Pero sonrío en la sombra de esta mal alumbrada calle Miraflores, cuando dirijo mis pasos hacia el parque. “Estos hombres sí que son felices —me digo—. No saben, en absoluto, lo que es sufrir intensamente el drama del amor torturado. Del diario tormento de amor, como ahora amo a Sylvina. ¡Qué pérfidas son todas las mujeres! ¡Qué suave, qué dulce, qué complaciente era Sylvina cuando la conocí! Aquellos paseos en Antofagasta, en su auto, me parecen un sueño. Y, sin embargo, aquí en Santiago, jamás me ha insinuado que hagamos alguna excursión. Y sé que muchas tardes se escapa en auto, diciéndole a Sebastián que volverá muy pronto, pues desea andar sola unos momentos. ¿A dónde irá? A don Andrés no le preocupa. Y si llega a inquietarle, es tan orgulloso, que no lo manifiesta por ningún motivo.”

Al abrir la puerta del departamento, encuentro una carta en el suelo. En el acto me doy cuenta de que es una tarjeta. De ella, de Sylvina. ¡Claro, de ella es! Su letra menuda, de agudos perfiles, que se rompen en cada palabra. Una alegría infinita me repica en el corazón. ¿Qué me dirá?

Lanzo mi sombrero sobre una silla y me quito la corbata. Deseo respirar plenamente, para saborear sus líneas que deben ser deliciosas. Miro largo rato el sobre, y al contemplar los rasgos de su letra con que ha escrito mi nombre, experimento una dulce emoción; algo así como la conmovida

impresión que nos causa una noticia extremadamente agradable.

La abro por fin. Y al volver la tarjeta, me encuentro con que sólo hay apenas media docena de palabras escritas en ella.

*Saludos y recuerdos al buen amigo. SYLVINA.*

He quedado presa de dolorosa estupefacción. Una ira tremenda me conmueve de pronto. Me pongo de pie tiritando de rabia, de salvaje furia.

"Mujer de mierda —exclamo—, mujer crestona —uso la palabra del borracho en la puerta del Waldorf—. Que se vaya a la gran puta. ¡Qué se imagina de mí esta imbécil! ¿De dónde le salen estos humos de princesa a esta porquería? Ahora sí que se lo creo."

Estrujo la tarjeta en la mano y la pateo en el suelo. Y después me doy muchas vueltas por la habitación, diciéndole todas las groserías que se me vienen a la cabeza. Y pisando en cada vuelta la tarjeta.

Con razón dice don Andrés que es una mezquina. ¿Quién la puede conocer mejor que él? Mezquina de alma, mezquina de sentimientos. Avara hasta en las palabras. ¿Es que se va a comprometer la princesa del caliche? ¡Ah, qué razón tiene el viejo Suárez en retarla a diario, en decirle todas las impertinencias que se le ocurren! Y yo, que soy un babieca, porque ésta es la verdad, he ocupado resmas de papel para decirle que es linda, que es elegante, que tiene una aristocracia que le sale hasta de los dedos de los pies. Que su espíritu es tan alado como la gracia de su persona, en el aéreo encanto que brota de ella, como la flor nacida de una planta maravillosa.

Esto es lo que he conseguido con decirle tal cúmulo de necedades. En crearle un monumento para que se pavonee en su tonta y pueril vanidad. Recuerdo las palabras de don Andrés cuando me dijo: "A usted, Alsina, le hace falta una muchacha que lo entretenga, que le alegre la existencia. Y a éste departamento pueden venir a posarse algunas avecitas de muy buen plumaje".

El viejo sí que es un hombre. Por algo no mantiene relaciones sexuales con ella. Por algo tiene una querida. El sí que la conoce bien. Porque Sylvina no es nada más que un ser vacío, insensible; atenta nada más que al halago; no sabe retribuir con amor, con calidez afectuosa, el amor

que le dan. Es como esas lindas lámparas de fina porcelana, preciosas por fuera y huecas por dentro. La luz que dan es una mentira, porque es luz eléctrica, alimentada por algo misterioso cuyo origen no se conoce bien.

¡Que se vaya al diablo la muy tonta!: "Saludos y recuerdos al buen amigo". Que se los meta en donde pueda. Lo que es yo, desde este momento rompo mis cadenas. Esas cadenas de dulce idealidad que fui creando alrededor de su persona. Muy bien: "El que a hierro mata a hierro muere". Ya lo verá ella. ¡Claro! Al otro, al amante que seguramente debe tener, a ése sí que le habrá dedicado horas enteras. A ése le habrá detallado todas las fases y alternativas de esa comida rutilante del Waldorf Astoria. Porque esos alardes de ostentación deben de ser cosas de ella. No creo que don Andrés vaya a ser tan estúpidamente vanidoso.

Me acerco a los cristales del gran ventanal y veo al parque dormido en un sueño susurrante. Pienso que los seres que anima la naturaleza en su vida vegetal deben de ser más felices, porque cumplen una existencia limpia y noble, sin ruines alternativas ni ostentaciones absurdas. Es una noche muy oscura, y allá en la cima del San Cristóbal, la imagen de la Virgen se afina, y la corona de luces que circunda su cabeza hace pensar en la suave y envolvente ternura de una mujer que sabe querer. Las luces de un gran automóvil negro barren un instante la calzada e iluminan fugazmente un rincón del parque que está muy oscuro. Hay allí —nunca faltan—, en un banco, una pareja de amantes que se están acariciando. Dándose el alma en un prolongado beso. Se quedan de nuevo protegidos por la oscuridad. Nadie puede quitarles su jirón de vida apasionada, su dicha del momento. La dulzura de amarse sin mezquindad, sin cálculos ni recelos. Bueno, he sido un tonto, un pobre hombre que no sabe aún conocer a las mujeres en los infinitos vericuetos de su veleidad, de su perfidia.

Pienso que es ella quien pierde en todo esto. Pues nada hay más dulce y reconfortante que ser amado con todas las fuerzas que puede dedicar un espíritu. Pero ella sabrá lo que hace. ¿Con qué objeto alimentó mis sueños, mis ilusiones? ¿Para qué me fue envolviendo en esa red de afecto simulado, cuando en su corazón no existe esa herida tan honda que provoca el amor? Ese amor que, cuando es verdadero, provoca siempre un sufrimiento...

Recuerdo los ojos claros de Ana Luisa. Ojos que me parecen leales y sin complicaciones, sin velos que escondan veleidades. Me ha contado en seguida su situación sentimental. Bueno, es verdad que no tiene nada conmigo y no le importa que yo lo sepa. Mañana o pasado la veré con su pretendiente, y yo no tendré nada que repararle. Sin embargo, algo me dice que esa muchacha no va a pasar así por mi vida. Una de estas noches la convidaré al cine y ahí veremos cuál es su actitud. Posiblemente se negará, pues toda mujer apenas advierte un interés por ella, se coloca en resguardo. En fin, ya veremos. A lo mejor es una tontería insinuarle afecto y simpatía.

A la noche siguiente la encuentro muy abstraída. Se ha puesto un paletó rojo que le sienta muy bien. Come sin mirarme, y cuando fijo mis ojos en ella, se evade, simulando no darse cuenta de ello.

“Ya comenzó con su táctica —me digo—. Ya está en la actitud de llamar la atención. Mujeres del diantre; todas son iguales. Todas emplean los mismos recursos.”

Me quedo tan abstraído, que no me doy cuenta de que está ahí, a dos metros del sitio donde me encuentro. Me arranca de mi ensimismamiento su voz.

—Está muy pensativo usted —oigo que me dice—. ¿Muchas preocupaciones?

—Estamos —le contesto—; usted ha comido sin reparar siquiera en su vecino. No me parece una manera afectuosa de comportarse con su amigo. Porque somos amigos, Ana Luisa. ¿No es así?

—¡Yo creo! —me contesta, mirándome con esa manera curiosa de quedarse un instante con los ojos muy abiertos—. ¡Pero es que estoy muy aburrída! Usted no sabe lo que es andar por Santiago sin conocer a nadie. Y hay tantos tipos sinvergüenzas que en la calle le dicen a una una serie de idioteces. Y también de cochinas. Me da rabia. Hoy me siguió un estúpido casi hasta aquí mismo. Yo venía con deseos de llorar. Quién sabe si me encontrarán cara de provinciana. ¿Tengo cara de huasamaca?

—¡Psh! —exclamo—. A mí no se me hubiera ocurrido jamás, Ana Luisa. Tampoco se me ocurría que existiera ese tipo de hombre tan necio y cobarde en la calle. Acaso es su estado de ánimo el que agranda las circunstancias. Después eso ni siquiera le llamará la atención.

—Seguro —me dice. Y suspira con tristeza—. Esperaba encontrar una carta y ¡nada! Me siento muy sola. Me dan deseos de volverme a mi pueblo. A lo mejor lo hago un día de éstos.

—Ana Luisa —le digo afectuoso—, ¿quiere usted que vayamos al cine?

Se le ilumina la cara. Pero después se queda contemplándome con algo de niño temeroso en el rostro.

—Me gustaría, pero ¿no será feo que yo salga con usted? ¿No llamará la atención de esta gente?

—Feas son las intenciones, Ana Luisa, pero no los hechos simples, sin otro objetivo que un rato de esparcimiento.

—¿Estaré bien así? ¿O me voy a cambiar vestido? ¿Qué le parece? Es mejor —resuelve ella misma, sin esperar mi opinión—. ¿Sería tan bueno para esperarme unos instantes? Yo soy rapidísima en arreglarme.

Vuelve un cuarto de hora después, con un traje oscuro y una medallita de oro sobre el pecho. Se ha puesto unas perlas muy bonitas en las orejas. Un abrigo oscuro y su cartera los trae en la mano. Sonríe con dulzura que me conmueve, y me pregunta con delicioso candor:

—¿Estoy bien así?

—Maravillosamente —le contesto—. Estoy orgulloso de ir con una señorita tan elegante.

—¡Y tan bonita! —me dice pícara y risueña—. ¿Verdad que voy muy bonita?

Hay poca gente en el cine, y después de los noticiarios, conversamos en un tono casi familiar. Un vago perfume se desprende de su cabellera. El tibio aliento de su boca me acaricia cuando me habla. Siento su hombro tibio junto a mí, y me pongo a soñar en que yo puedo querer mucho a esta mujer, hacerla desistir de su noviazgo y a lo mejor casarme con ella. ¿Por qué no? La película es buena y muy simpáticos los actores. Es una comedia musical, intrascendente, que tiene como argumento el amorío de un muchacho muy tímido con una artista de gran renombre.

Cuando vamos saliendo, le pregunto:

—¿Qué tal la película, le agradó?

—Sí —me dice—, bien simpática. Y la compañía, más todavía.

—Gracias —le contesto, apretándole un brazo con afecto—.

to—. ¿Quiere usted que tomemos una taza de té antes de irnos a dormir?

—¿No será muy tarde? ¡Porque yo siempre tengo que levantarme tan temprano! ¡Y soy tan buena para dormir!

—No ocuparemos más de media hora —le digo con acento persuasivo— y conversaremos un rato más.

—Bueno. Pero si me quedo dormida, usted va a tener la culpa...

Caminamos lentamente por Ahumada y entramos al Waldorf. La sala está en penumbra, y la orquesta toca uno de esos aires lánguidos a cuyo compás bailan algunas parejas. Cuando el mozo viene a preguntarle lo que se va a servir, ella me consulta.

—Yo tomaría algo fresco. Tengo sed.

—Una cazuela en champaña, ¿le agradaría?

Los ojos de Ana Luisa brillan en la penumbra. Se queda con ellos muy abiertos y me consulta:

—¿Es bueno eso? Yo no lo he tomado nunca.

—Sí. Es bien agradable.

Bebemos y brindamos por nuestra amistad. Somos dos almas solitarias y nos ayudaremos mientras llega ese novio chillanejo, que está tratando de venirse a la capital. Después las cosas serán de otro modo.

Ella se queda absorta, mirando a los danzantes. De pronto me pregunta:

—¿A usted no le gusta bailar?

—Sí. ¿Quiere usted que bailemos?

—Ya. A mí me encanta.

Cuando la tomo por la cintura, experimento una grata emoción. Baila con leve agilidad, como si no tocara el suelo. Su rostro está casi junto al mío. Percibo de ella un grato olor a polvos, a jabón, acaso a mujer joven y limpia.

La cazuela en champaña le ha gustado mucho a mi amiga y nos bebemos tres copas más. Ana Luisa se ha puesto expansiva y alegre. Y apenas la orquesta inicia otro aire, ella me dice:

—¿Vamos?

Y aunque estoy un poco fatigado, me lanzo a la pista, aparentando las energías de un mozalbete. No se ha acordado para nada de que debe levantarse muy temprano. Cuando se le ocurre preguntarme la hora y le digo que van a ser las tres de la mañana, se asusta de veras.

—¡Por Dios! —exclama—, ¿y yo podré entrar a la residencial? ¿Qué van a decir de mí si se dan cuenta de la hora que llego?

Nos vamos, sin embargo, lentamente. Tomados del brazo. Me dice:

—Qué noche tan linda he pasado. No lo esperaba. Muchas gracias.

Entro con ella hasta el vestíbulo del ascensor, para ver si éste funciona. Está casi a oscuras. Cuando apretamos el botón, sentimos que baja al primer piso.

—Buenas noches, niñita —le digo, acercándola a mí, al estrecharle la mano.

Me mira con una chispa de misterio y de inquietud en los ojos.

—Buenas noches y muchas gracias.

La abrazo con cariño y no me esquivo su rostro. Entonces la beso en la boca. Tiene los labios ardientes.

—Malo —me dice, abriendo la rejilla del ascensor—. ¿No ve como es bien malo usted? ¡Hasta mañana! Que duerma bien.

Me voy pensando en ella. Siento en mis labios el delicioso sabor de su boca y la deseo ardientemente. La deseo como si hubiese estallado en mí toda esa contención, esa castidad sin esfuerzo que he mantenido en este último tiempo. Es como si un vendaval se desatara dentro de mí. Y tanto, que tengo que darme una ducha de agua fría para recuperarme, para volver al equilibrio. Al acostarme, veo la tarjeta de Sylvina, resquebrajada, encima del velador. No se desvía mi recuerdo hacia ella. Persiste en la imagen de Ana Luisa. Siento el sabor de su boca y la tibia sensación de su cuerpo flexible junto al mío mientras bailábamos. Identifico el suave aroma que se desprende de ella.

“Está bueno —me digo—. O yo no he querido nunca a Sylvina, o es que esta muchacha me ha sacado de quicio. Hay que tener presente que hace por lo menos un par de meses que no sé lo que es una mujer.”

Me duermo después de un largo rato. El contacto del agua helada me provoca una reacción tibia, y las ropas mismas me inquietan con persistente voluptuosidad. Esa noche sueño con Ana Luisa y en ese sueño la poseo con sin igual deleite. ¡Ah, qué tontería! Despierto con un dolorcillo bastante molesto en el cerebro. Me siento inquieto. Ana Luisa

se me mete por todos los vericuetos sensibles. Veo sus claros ojos. Siento el sabor de su boca tibia.

"Soy un idiota —me reprocho con rabia—. Lo que falta es que esta muchacha se me meta muy adentro y luego llegue su novio. Y yo quedo bien lucido. ¡Ah, si Sylvina se hubiese comportado de otro modo conmigo, yo estaría con mis nervios tranquilos y no me pasarían estas ridículas tontearías!"

Ese día no he podido trabajar. Y lo he pasado tendido sobre la cama, pensando en Ana Luisa, en Sylvina, en mi mujer. En otras mujeres con quienes tuve amores y amoríos. Algunas de una intensidad dramática, como fue el caso de Aurora Rossi.

¡Aurora Rossi! Me causaba placer en aquel tiempo el solo hecho de escribir su nombre. ¡Cuán bello era para mí! La conocí en un tren. Era delgada, de pechos provocativos, deliciosos, de boca grande, con los ojos verdes y la frente amplia, despejada. Ibamos sentados frente a frente sin hablarnos. De pronto a ella, que leía una revista de modas, se le cayó un suplemento que venía dentro. Se lo pasé y me dijo: gracias. Fue una manera tan simpática de decírmelo, que me hizo la impresión de que había resonado una cuerda musical dentro de mí. Tenía el pelo negro y fino. En los ojos, un brillo magnético, algo así como un abismo, al cual, si uno se asomaba, sentía el vértigo en seguida.

"Era en el mes de marzo, y en Rancagua, cuando paró el tren, se acercaron las vendedoras a ofrecer manzanas, peras y los últimos duraznos de la temporada. Yo compré el único cestito de uvas que le quedaba a la vendedora. Entonces ella exclamó, dirigiéndose a una de las mujeres:

"—¿No tiene más uvas? ¿No me puede ir a buscar? Este caballero anduvo con más suerte que yo. . .

"—No se preocupe, señorita. Todavía hay tiempo. Le voy a traer en seguida.

"Pero ese enseguida se prolongó y en esto el tren partió. Vi en sus pupilas la ráfaga de disgusto que le causó.

"—Señorita —le dije con voz afectuosa—, ¿sería usted tan amable para excusar mi atrevimiento y permitirme que le ofrezca mi cesto de uvas? Yo, créamelo, las compré casi maquinalmente. No me interesan en absoluto. Tanto me da comerme una pera, una manzana, como un racimo de uvas.



"—Bueno... —dijo ella, echándose hacia atrás en el asiento—, entonces compartimos nuestra fruta. Y la uva es bastante. Podemos servirnos los dos. Mire este racimo, ¡qué lindo es! Lo voy a lavar y le convido en seguida.

"Conversamos hasta tarde. Ella no tenía sueño, y sólo cuando vino el camarero a hacer las camas, nos levantamos.

"—Hace calor —me dijo—. A mí me aterra encerrarme en esa cama, con esa cortina de felpa. Es para ahogarse.

"Iba al Sur y pensaba recorrer varios pueblos. Viajaba sola; porque estaba un poco mal de los nervios y no quería discutir con nadie lo que hacía. Deseaba bajarse donde se le ocurriera y no hacer nada, ni siquiera leer.

"—¿Y usted, hasta dónde va?

"Era una mujer inquieta y a cada rato cambiaba de postura en el asiento. Le crujían las finas medias de seda cuando desmontaba las piernas de sus rodillas.

"—Yo quiero hacer algo parecido —le contesté—. Tengo ganas de llegar hasta Puerto Montt, y de ahí pasar a Chiloé si el tiempo es bueno.

"—¿Valdrá la pena?... —dijo con indecisión—. Yo no he ido nunca a Chiloé. Me gustaría conocerlo. En fin, por el camino lo decidiré.

"Era casada con un médico y tenía dos chicos que dejó encargados a su madre. Con ella estaban muy bien.

"—Lo único malo —dijo— es que con ella se me ponen muy regalones y consentidos. Las abuelas no saben enseñar.

"Fuimos al coche comedor y allí nos tomamos unas tazas de té. En la conversación yo trataba de provocarle indirectamente una declaración para saber en qué parte se bajaría la primera vez. Y lo dijo de pronto, cuando yo no lo esperaba.

"¡Aurora! ¿Dónde estás ahora? ¿Por dónde andas tratando de apaciguar tu inquietud, tu dolorosa y permanente insatisfacción? En esa oportunidad anduvimos un mes juntos con una suerte fantástica. No nos encontramos con nadie que nos conociera.

"Fue allá en el Hotel de Lagunas Frías en donde una noche dormimos juntos, así sencillamente, sin drama ni requerimientos excesivos. Habíamos salido a pasear en bote, y en el momento en que la pequeña embarcación iba a atracar, ella se puso de pie. Una maniobra brusca la hizo caerse encima de mí. Yo sostuve su cuerpo firme, esbelto,

y su rostro se rozó conmigo. Cuando se enderezó, estaba encendida y algo así como un tiritón la hizo morderse los labios.

"Estaba casi oscuro cuando bajamos. El lago se cubría de una especie de niebla verdosa, y en las piedras de la orilla, las últimas lumbraradas de sol despedían reflejos minerales. Un cielo dulcemente desteñido, como si estuviera cubierto por una pelusilla algodonosa, se dilataba sobre las copas verde-doradas de los árboles gigantescos.

"Nos internamos por una angosta senda, donde nos acariciaban las hojas suaves y frescas de los helechos. Unos pájaros que buscaban su alojamiento gimieron angustiados.

"—Es triste esto —dijo ella—. Pero la naturaleza se humaniza cuando el corazón se llena de ternura, de amor. ¿No te parece?

"La envolví con mis brazos y la besé largamente. Ella también tenía olor a bosque. Estaba fría y suave como un mármol.

"—Te adoro —le dije—. Te adoro.

"Ella me miró con los ojos extraviados.

"—Ven —me dijo—, sentémonos aquí. Yo también te quiero mucho. ¡Qué cosa tan singular es el amor! Hace quince días que no te conocía. Ahora te amo.

"Cayó la noche sobre nosotros. Y yo la poseí bajo las estrellas, bajo la Cruz del Sur, oyendo el leve y reiterado embate de las pequeñas olas del lago.

"—Sí —me dijo, quemándome con sus labios—, quiero ser tuya, aquí en medio del bosque. Para que seamos buenos amantes. Como las bestias, como los pájaros.

"Fueron veinticinco días de orgía amorosa. Llegábamos con la más estupenda tranquilidad a los hoteles, diciéndonos marido y mujer. Una noche en que viajábamos en un coche solitario desde Osorno hacia Puerto Montt, la poseí en el tren. Ella me dijo:

"—Me parece que no podría ser nunca tu mujer. Pero tu amante siempre.

"Un día, en Ancud, fuimos al río Pudeto. Aurora se arremangó las polleras y anduvo dentro del río. De pronto pisó mal en una piedra y se cayó al agua.

"La llevé en mis brazos hasta una casita, junto a la cual se mecían unos ulmos olorosos. Pedimos hospitalidad y aquella gente fue tan amable, que le cedió su cama. Una

muchacha rolliza y risueña le secó la ropa y se la planchó. Una señora de ojos extraños y rostro pálido le sirvió un mate caliente, con charqui y pan amasado. Aurora se quemó, pero persistió en tomarlo. Después, ya reparado el percance, comimos choigas con pebre en vinagre y papas cocidas. Aurora me dijo:

"—¡No he sido nunca tan feliz! ¿Qué signo divino nos hizo encontrarnos en ese cinco de marzo?

"Fuímos cinco años amantes. Y recorrimos Chile por todos sus rincones en esa misma forma. Una tarde, en Santiago, me dijo al despedirse:

"—Bésame, mi amor, bésame. En los ojos. Así, así, mi amor. Nunca pensarás mal de mí. ¿Verdad?

"Me abrazó después con verdadero frenesí. Y cuando se desprendió, iba con los ojos nublados de lágrimas. "¡Vaya! —me dije—. ¿Qué le pasará? ¡Qué raras son las mujeres!"

"Me asomé a verla en el momento en que doblaba la esquina. Alzó la mano y bajo un árbol me hizo una señal de adiós. Era una tarde de otoño, y sobre la acera estaban cayendo las hojas amarillas. El cielo veíase desgarrado de nubes muy altas. Unas campanas distantes me provocaron una inexpresable tristeza.

"Cuando entré en la habitación, vi una carta sobre la almohada de la cama.

*"Adiós, mi amor —me decía—; adiós, mi Juan. Me voy para no volver hacia ti. Hay algo que nos separa. Algo que no te puedo decir sin herirte. Recuérdame con amor y no me odies nunca. Un beso, amor mío, de tu*

AURA.

"¡Tonterías! —me dije—. Anda con sus nervios malos, La dejaré tranquila unos días."

"¡Unos días!... Fueron años. Esa misma noche se fue a Valparaíso para tomar un barco que la llevó a Estados Unidos. Supe después que anuló su matrimonio con el médico, para casarse con un norteamericano que tenía minas de oro en Africa.

"¡Aurora! Qué delicioso recuerdo guardo de ti. Acaso has sido el único ser que hizo mi vida bella, grata, noble. Eres todo generosidad, todo alma. Un alma transparente, a quien sólo la vida hizo flaquear. Te dio acaso pena de decirme que en tu corazón ya se había marchitado tu amor por mí.

"Un día encontré a Cora Sandorf, gran violinista y mujer de exquisito temperamento artístico, a quien conocí por casualidad en casa de Mr. Strong, en Antofagasta. Cora es una mujer alta, linda como una orquídea, o como una copa de cristal de Baccarat. Cuando le dije mi nombre, me retuvo la mano, fijando sobre mí unos ojos curiosos, inquisitivos:

"—¿Se llama usted Juan Alsina?

"—Sí, así me llaman —sonreí curioso e intrigado.

"—Rues, señor mío, venga un abrazo. ¡Si somos amigos viejos! ¡No sabe usted qué deseos tenía de verlo en persona! Pensaba buscarlo en Santiago, por todos los rincones de esa ciudad, hasta ubicarlo.

"—Me tiene usted lleno de curiosidad —le digo con apremiante deseo de que me informe.

"—Muy bien —me dice Cora—. Un nombre le aclarará totalmente el misterio: Aurora Rossi.

"Siento, al oír su nombre, un recio golpe en el corazón. Es como si la emoción me ahogara y me fuesen a asomar las lágrimas. Me quedo en silencio, no porque no tenga qué decir, sino temeroso de que la emoción me ponga en ridículo.

"—Bien me lo dijo ella —me observa lentamente Cora— que era usted el ser más sensitivo y bondadoso que había conocido. Apasionadamente, me aseguraba que no había otro como usted en el mundo.

"—Pero eso no sirve para nada —le digo, recordando a Aurora—. Las mujeres en un momento determinado son los seres más crueles que existen. Las fieras, a veces, son dulces criaturas de Dios al lado de las terribles decisiones de una mujer.

"—Ay, amigo mío —contesta suspirando Cora—. Los errores se pagan caros también en las mujeres. Aurora se enamoró de ese gringo, que es, en realidad, un hombre encantador, y lealmente creyó que era lo único que llenaría para siempre su vida. Que era lo definitivo. Y, óigame usted, hombre desagradecido, al año de casada Aurora se dio cuenta, aunque esto pueda parecer ingenuo y grotesco, se dio cuenta, digo, de que el único amor, su verdadero amor, había sido el suyo. ¿Creerá usted? Está intentando escribir una novela. Me leyó algunos trozos que me parecieron deliciosos. Una noche en un tren, un racimo de uvas, una conversación interminable. Recuerdo una frase de esos manus-

critos: "La magia de ese hombre residía en su voz. Había que oírlo hablar. Oírlo hablar como supo hablarme a mí". ¿Qué tal? Ahora compruebo que Aurora estaba en lo cierto. Pero no crea usted que esa magia me va a tocar. No. Yo soy invulnerable. Tengo un cubanito que me parece la esencia de la simpatía. Además, yo no debo ser su tipo. Aurora Rossi, ¡qué ser maravilloso es! Ella no le ha escrito nunca a usted, ¿no es así? Pero la verdad es que le escribe todos los días en su cuaderno. Estoy segura de que su novela va a ser un éxito."

Me doy vueltas casi afebrado en la cama y por último enciendo la luz para fumarme un cigarrillo. ¡Qué agradable hubiese sido si yo tuviera condiciones para escribir una novela sobre esos amores! Hubo tanta y tanta incidencia maravillosa en ellos. Curioso, nunca supe nada acerca de la novela de Aurora. A lo mejor se ha publicado en inglés y con seudónimo. O bien, Aurora no habrá querido herir los sentimientos de su marido.

Me fumo el cigarrillo y recuerdo a Ana Luisa. Tengo cincuenta años. Tienen razón las mujeres para no quererme ahora. Es triste, pero es la verdad. Todo tiempo tiene su encanto, dicen. ¿Tendrá la vejez algún encanto?

Difícil me parece. Y ahora veo que aquel dicho "A buey viejo, pasto tierno" es la esencia de la verdad. Me atraen las muchachas, aunque la mayoría de ellas son tan tontas, tan frívolas y superficiales. Cuesta un mundo entenderse con ellas. Yo jamás puedo acomodarme a su conversación. Hablan horas y días, y uno no sabe de qué. He oído a algunas de estas chiquillas, que han conversado una mañana entera acerca del adorno de un traje. Bueno, hay que ser mujer para entenderlas.

Lo curioso es que con Ana Luisa hemos conversado largo alrededor de temas absolutamente intrascendentes. Y la he seguido sin ningún esfuerzo.

Casi todas las noches hemos salido. Algunas veces al cine; otras, a alguna *boite* a bailar un rato. Una noche me sorprendió con esta pregunta:

—¿Oiga, Juan, usted es rico?

La miro con curiosidad y le he contestado riéndome:

—Inmensamente rico. Soy más rico que Aladino. Por supuesto que en ilusiones. ¿Por qué me lo pregunta?

Ella se queda mirándome con una carita entre risueña y ruborizada. Después me dice:

—No; es por nada. Pero me preocupa hacerlo gastar todas las noches. Es un sacrificio para usted y, además, un abuso de mi parte. Cuando reciba mi primer sueldo aquí en Santiago, yo también lo voy a convidar un día.

—Eso me parece estupendo. Maravilloso. Pero no se asuste por la ruina que usted me está causando. Yo estoy feliz con su compañía, Ana Luisa. Y ocurre todo lo contrario de eso que la preocupa, porque es en su compañía cuando más economizo. Usted es una mocosa que no sabe hacer gastar a un hombre. Su novio va a ahorrar mucha plata al lado suyo.

—¡Mi novio! —exclama, alargando los labios y casi juntándolos con la nariz en un gesto muy divertido—. ¡Si no me ha escrito el sinvergüenza! Yo también me he quedado sin escribirle. ¿Va a creerlo usted? No le mando una letra desde la noche que salimos por primera vez. Y algunos días ni siquiera me acuerdo de él. ¿Ha visto? Usted es el culpable.

—Está bueno —le contesto, imitándole a ella, que repite muy seguido esa frase.

—¿Sí? ¡No está nada de bueno! A lo mejor, cuando se venga, no me van a dar deseos de salir con él.

—Está bueno —repito—, porque entonces saldrá conmigo. Eso sí que estaría bueno de veras.

—No se lo creo. ¿Sabe? Yo pienso que usted tiene algún compromiso con alguna mujer que en este momento no está aquí. Entonces usted está como en vacaciones y se entrefiene saliendo conmigo. Me tinca. Le apunté, ¿no es cierto?

Me mira riendo, no sin cierta inquietud que le vaga en los ojos.

—No le apuntó. No es así. ¿Por qué se le ocurre eso? Para mí será siempre muy grato contar con su amistad.

Se queda en silencio un momento y después murmura como si estuviese hablando sola:

—Me parece tan raro que usted le haya aceptado la separación a su mujer, sin tener otra que la reemplace. Además, usted es una persona de trato muy agradable. No creo difícil que obtenga un amor. Y debe tenerlo; estoy segura. Un gran amor.

—Estoy viejo, hijita. ¡Si soy un viejo! ¿Que no lo está viendo?

Suelta una carcajada y, dándome una palmada en el brazo, exclama:

—¡No lo veo! Parece que me he puesto corta de vista en estos días que vivo en Santiago.

Me río con ella y la saco a bailar. Bailamos una especie de paso doble, de ritmo un tanto violento. Siento que a ratos se estrecha a mí y que sus ojos me acarician. Pienso: "Esta mocosa me está haciendo el amor bien de frentón. ¿O qué otra cosa es esto?"

Nos vamos del brazo y la dejo otra vez junto al ascensor. No hay nadie, y la beso con un poco de dolor, recordando a Sylvina. Ella se desprende y se queda observándome:

—¿Por qué me besas? —me pregunta tuteándome—. ¿Acaso me quieres?

Le cojo entonces la carita con las dos manos y la beso otra vez suavemente, mientras le susurro:

—Te quiero. Te quiero mucho. Buenas noches, linda.

Ella se queda con una sonrisa en el rostro, sujetando la rejilla del ascensor, y me dice con ternura:

—Buenas noches, viejito falsificado.

A la noche siguiente la encuentro leyendo una carta. Finge estar tan abstraída, que no me oye llegar. Le digo, no sin cierta inquietud:

—¿Escribió ese novio ingrato?

—¡No! Es una carta de mi mamá. ¡Pobre viejita! Me cuenta que ha estado mal, con un ataque al hígado que la tuvo en cama con grandes dolores. Y no me dice una palabra de René. Lo que es a mí, ¡plin! Estoy encantada.

Me cierra un ojo con picardía.

—¿Cierto? —la interrogo.

—¡Vaya, claro, pues! Estoy feliz. Tengo hasta ganas de cantar. Santiago es bonito, ¿verdad?

—Oiga, mocosa linda —le digo—, ¿qué le parece que vayamos a oír un concierto en el Parque Forestal? Toca la Orquesta Sinfónica y el programa es bastante bueno.

—¿Tiene ya las entradas?

—¡Por supuesto! Y son bastante caras. Gasté mucho dinero en ellas.

Sonríe con gracia infantil y me dice:

—Otra vez lo convidaré yo. No crea que es broma.

—No se vaya a cambiar de traje. Como estos conciertos son al aire libre, la gente va a ellos como anda en la calle.

—¿Ah, sí? No tenía idea. Pero sea buenito, espéreme unos minutos.

—¡Muy bien! La espero.

Tiene gracia para vestirse esta chiquilla. Vuelve con una chaqueta gris y en el cuello se ha puesto un pañuelo azulino. Se ve encantadora. Creo que me estoy mejorando mucho de mi enfermedad: Sylvina.

Nos vamos felices, conversando, en dirección al parque. Ya hay una cantidad enorme de gente, que ha invadido los jardines y senderos del paseo. Se inicia el concierto con algunas piezas de autores chilenos. Es una obertura, seguramente muy bien ejecutada, pero que yo no la siento. Me parece algo débil, inexpresiva, sin el impulso arrebatador de los grandes creadores. Contemplo a Ana Luisa, y la veo con cara de resignación. Hemos encontrado un rinconcito en la sombra, donde no da la luz, y allí nos sentamos en el pasto.

—¿Le gusta? —le pregunto.

—¡Algo! —me contesta sin entusiasmo. Y luego me pregunta—: ¿Y aquí cómo se las arreglan para cobrar las entradas?

Me dan deseos de reír ante su candor. Pero le contesto muy serio:

—Es cuestión de honorabilidad. La gente paga sin que le cobren. Pues de otro modo no se puede hacer.

—¡Chis! —hace como los niños—. Yo estoy segura de que no paga ni la cuarta parte de los que llegan. ¿Usted cree que todos van a ser honorables?

—Todos no —le aseguro, siguiendo la farsa—; pero una buena cantidad paga estrictamente. La gente amante de la música es muy correcta en este sentido. Saben bien lo que cuesta llegar a dominar un instrumento, y luego aprender las partituras.

—Se me ocurre que usted se está burlando de mí. Claro, como yo soy una huasa, no es difícil hacerlo.

—¡Ana Luisa! —la reconvengo cariñoso—. ¿Es posible que usted piense que yo soy tan ordinario para suponerme tal cosa?

Pero en ese momento la orquesta inicia los primeros movimientos de una obra de Beethoven. Seguramente alguna de sus célebres sinfonías. Y esta vez nos quedamos en silencio, sin deseos de hablar. Es como si nos cogieran el alma,



que se hiciera tangible. No nos hemos dirigido la palabra, porque estamos frente a un sentimiento hondamente expresivo, que tratamos de captar, de percibir en todos sus matices melódicos. No es la música en cadencias que van buscando un ritmo, una entonación. Es el alma de un hombre cuyo genio alcanza todas las cimas de su inspiración. Es el dolor sublimado, es el júbilo enaltecido en arranques que alcanzan lo divino. Es la naturaleza puesta en movimiento. El viento que adquiere mil resonancias. La noche sobrecogedora, sombría, cuyos misterios se insinúan. Es el amanecer que de súbito se yergue como un canto de triunfo. Y entonces la angustia repercute como sí en la lejanía, en un supremo alarde, expresara con un suave y dolido tremor todo el sufrimiento de ser hombre. Un océano de notas palpitantes, que a ratos son una especie de frémito de desesperación, cuando el dolor vuelve a poseer, a adueñarse del alma en una vibración melódica torturada en su recóndita angustia.

Miro a Ana Luisa y ahora la veo extraordinariamente seria. Diríase que está en éxtasis, con los ojos dilatados y la boca entreabierta.

—¡Ah, chitas! —me dice, retornando de su ensueño—, ¡qué hermosa es esta música! Yo la he oído antes por la radio, a la Orquesta Sinfónica de Londres. Pero no es lo mismo. Sentir los instrumentos cerca de una es algo distinto, ¿verdad?

Me agrada ver a esta muchacha conmovida. No sabe explicar su emoción, pero la siente en toda su intensidad. Hay algo dentro de ella. Una sensible y vibrante finura, que la transporta y la recoge dentro de sí.

—Es cierto, Ana Luisa —le digo—. No es lo mismo. La música nos llega más de cerca oyendo a una orquesta, porque está la vida ahí, participando directamente en la interpretación. Está el aire que nos rodea y está el corazón de esos hombres, que son seres sensibles. La vida no es posible reflejarla en toda su plenitud mediante un aparato mecánico, por muy perfecto que sea.

—Yo creo —dice ella, con aire pensativo.

Me quedo callado. Y siento que en la sombra me invade un rubor que no sé reprimir. Me asalta el temor de haber dicho algo muy cursí, muy superficial. Muy en el aire. Es probable que Ana Luisa haya creído que esas palabras están muy bien. Pero...

Se va la gente, después de que una ovación a la orquesta se disuelve bajo los grandes árboles. Y nos quedamos solos. Ana Luisa se estrecha a mí, como acurrucándose. Da un tiritón, diciéndome:

—Ay, me dio frío, señor don Juan. ¿Me va usted a dejar? ¿Usted vive por aquí, no?

—Sí —le contesto, aparentando indiferencia, mientras el corazón me late con fuerza—. Casualmente ahí enfrente.

Ella se queda mirando y me pregunta:

—¿Ahí, en donde está esa ventana iluminada?

—No. En el piso de más arriba. ¿Quieres pasar a conocer mi casa?

—¡No! ¿Está usted loco? A esta hora... ¡Se le ocurre! Vamos caminando.

Me disgusta su negativa, y le contesto:

—Muy bien, vamos caminando.

—¿Y con quién vive ahí usted?

—Solo. Una mujer, la Zoila, viene por las mañanas a darme el desayuno y a hacer el aseo.

—Es triste estar solo. ¿No se siente desamparado a veces?

—Casi siempre. Ahora pensaba tener un rato de grata conversación con usted y haberle servido una taza de té, preparada por mí.

Se queda en silencio Ana Luisa, con la cabeza inclinada.

—Usted mismo pensaría mal de mí si yo lo aceptara —murmura.

—Yo no pensaría mal. Yo se lo agradecería como el mejor regalo. ¿He hecho algo como para que usted me tenga desconfianza?

Ana Luisa no me contesta. Caminamos lentamente, y de pronto me retiene del brazo, para decirme:

—Volvamos.

El ascensor no baja. ¡Qué ira siento! No me atrevo a decirle que subamos las escaleras. Sería un fatigoso esfuerzo; acaso demasiado grande. Entonces Ana Luisa me dice:

—Otro día vendré. El ascensor debe estar malo.

Pero en ese mismo instante resuena la ferretería del aparato. Subimos solos. Ana Luisa está pálida y tiene los labios descoloridos. ¿Qué es lo que está pensando? Abro la puerta y enciendo la luz. Hay una carta otra vez en el suelo. La recojo y me la pongo en el bolsillo, sin mirarla.

—Adelante, Ana Luisa. Está abrigado aquí, ¿verdad? Y hay una ventana abierta.

Entramos al taller. Y allí está ahora el retrato en esbozo de Sylvina. Experimento una rara sensación al verme contemplándola a ella, más en mi imaginación que en la tela, junto a otra mujer por quien siento simpatía y cariño. ¿Amor? Quién sabe...

—Está comenzando —murmura Ana Luisa quedamente, mirando la tela—. Pero se ve que es una mujer bonita. —Me mira largo rato con sus ojos de suaves destellos verdes, que ahora veo bien bajo la fuerte luz de la lámpara—. ¿Es ella, verdad? ¿La quiere usted mucho?

Lanzo una fingida carcajada, que la tensión nerviosa hace resonar falsa y hueca. La acerco a mí, cariñoso, y le reprocho:

—¿Usted sueña despierta, mocosa? O tiene demasiada imaginación.

Ella sonríe con una pinta de tristeza en los ojos, y me contesta:

—Las dos cosas. Pero también veo la realidad. Y le aseguro que no me equivoco.

—¡Caramba! —exclamo, tratando de darle un tono festivo a mis palabras—, ese novio y próximo marido está frito, por lo que veo. No va a poder hacerle trampa.

Me mira fugazmente con ojos dulces y misteriosos:

—La que está frita soy yo —replica.

—¿Por qué? ¿Se puede saber?

—¡Ohís, padre confesor! ¿Esta noche me va a dar la absolución?

Deja su cartera sobre el piso en el cual se sienta Sylvina, y antes extrae de ella un cigarrillo.

—Déme fuego. ¿Qué hay en esa pieza?

—El dormitorio. ¿Quiere verlo?

—Sí. ¿Por qué no?

Entra, y con toda naturalidad se sienta en la cama, junto al velador, y se pone a mirar los libros que hay encima. Después mira a su alrededor, y me dice:

—Es simpático esto. Me encanta. Me parece maravilloso. ¿Eso es todo? —pregunta en seguida.

—No; venga por aquí a sentarse y a esperar que yo le sirva esa taza de té.

La luz tamizada por una pantalla celeste le da una es-

pecie de nimbo poético al pequeño cuarto que sirve de comedor. Ana Luisa se sienta en la misma silla que ocupó Sylvia cuando tomó once en compañía de don Andrés.

—¿Siempre tiene frío, Ana Luisa? ¿Nos tomamos un traguito mientras está listo el té?

—Bueno. Pero a mí no me gustan los tragos ásperos. Una menta, un *anisette*, un *coitredü*. ¿Tiene de eso?

—Sí. *Anisette*.

—Me encanta.

Se toma el té, comiendo con gusto unas galletas de soda. De pronto se da cuenta de ello y se ríe.

—Vaya —exclama—, no me había dado cuenta de que tenía hambre. ¿Será efecto de la música o del frío?

Estamos muy cerca, y a ratos nuestras rodillas se juntan bajo la mesa. Ella las retira, y cada vez que lo hace, me lanza una rápida mirada. Se ha tomado dos tazas de té y se ha bebido cuatro diminutas copas de *anisette*. Está levemente sonrosada ahora, y los ojos le brillan risueños.

—De todas las veces que hemos salido, ésta me parece la más agradable —me dice, con el rostro apoyado en ambas manos.

—Creo lo mismo —le contesto—. Aunque siempre para mí su compañía es deliciosa.

—No tanto como la de otras personas —exclama sombría. Coge la botella de anís y se sirve otro trago—. Es rico —dice—. Lo siento como un chorrillo de fuego que me entra.

La tomo por la cintura y acerco mi rostro al de ella. Nos besamos en un beso tan prolongado, que se me ocurre que no va a terminar jamás.

—Te quiero mucho —le digo—. Mucho, mucho.

—No. No es cierto.

—Te adoro, mi mocosa linda.

—No. No mientas.

—Te amo, sé que te amo, Ana Luisa.

—No. Me deseas ahora. Eso no es amor.

Se desprende de mí y de pronto me rodea el cuello con sus brazos tibios. Con el rostro inmóvil y los ojos muy abiertos, me contempla seria y pensativa.

—Yo sí que te amo. Te amo desde la primera noche en que hablamos por primera vez. No sé qué tienes. Tú dices que eres un viejo y sabes hablar como los niños. Bésame. Dáme un beso bien largo, como para hacerme morir.

—Te adoro, Ana Luisa. Te adoro.

Acaricio sus pechos finos, erectos, tibios. Ana Luisa, con los labios entreabiertos y los ojos trizados, me habla con la voz quebrada:

—Son tuyos, mi amor. ¿Quieres besarlos?

Nerviosamente se desabrocha por la espalda la prenda que los sostiene. Y aparecen bajo la lámpara, blancos, delicados, casi frágiles, como copas de fino cristal. Siento una especie de vértigo que me sacude y me cimbra sobre un abismo. Y entonces los beso, poseído por una embriaguez quemante.

—Ana Luisa, Ana Luisa, amor...

La alzo en mis brazos, con ímpetu, creyendo que es necesario un esfuerzo mayor, y la llevo hasta el lecho. Me quito la ropa en una especie de alucinante desesperación. Saltan los botones, y todo queda disperso por el piso de la habitación.

—Amor, amor mío...

—Sí, yo lo sabía —gime—; yo sabía que sería tuya esta noche. Sí, mi amor adorado. Vine sabiendo que sería tuya. No me importa, no me importa. ¡Ay, Juan, mi amor!...

Se queda, después de la posesión, llorando dulcemente sobre el lecho. Y entonces me incorporo y le saco sus ropas. Se queda con la camisa únicamente, y con el brazo sobre los ojos, gime regalona:

—¡Ay, tengo calor, tengo calor! Me molesta la camisa. Me molesta, pues...

Bajo las sábanas me envuelve con sus brazos, y me susurra:

—Quiero dormir toda la noche contigo. Sí, mi amor. No me importa que allá en la residencial me sorprendan. Quiero morirme durmiendo junto a ti, Juan. ¿Me quieres ahora un poco? ¿Verdad que sí? Oye, amor; mañana, cuando sospechen esto, van a llegar mis padres a buscarme, a darme de palos. A tenerme encerrada como a una apestada. No me importa. Tú me defenderás. Te amo. Mi amor te hará feliz. Así sufrirás menos que viendo a esa otra mujer, de la cual estás enamorado. Yo lo sé. Te quedas sumergido en mares de tristeza de repente. Ella no te ama. Porque si te amara, tú andarías resplandeciente.

Siento el contacto tibio y suave de su cuerpo, que estre-

cha el mío. Sus pechos me producen un delicioso vértigo. Me besa largamente, y después murmura:

—¿Por qué estás tan callado? Háblame. ¿Estás pensando en ella? Dime...

Beso sus pechos tibios, dulces como una fruta. Ella se estrecha más y más. Su cabellera me hace cosquillas en la oreja. Su voz me susurra acariciadora:

—¿Durmamos un ratito?

—Sí —le contesto—, durmamos un ratito.

Pero mi mano resbala por su cintura, y sube por la suave colina de sus caderas. Sus piernas me envuelven otra vez.

—Durmamos, mi amor...

Pero no dormimos. En una apasionada búsqueda, el amor viene a visitarnos otra vez.

Pasan las horas, y ya son las cinco de la madrugada. Ana Luisa, con aire preocupado, me consulta:

—Oye. Si me voy, ¿el ascensor funcionará a esta hora?

—Yo creo que sí —le digo—. Además, hay un hombre ahí, que vela toda la noche.

—Me voy, mi amor. Me voy sola. No te levantes tú. Ay, no me levantaría nunca. Estoy tan bien. Pero me da miedo de que la empleada encuentre mi cama hecha, sin indicios de que yo haya dormido allá. Voy a lavarme los dientes. No me beses. ¿No te da asco besarme?

Se coloca la camisa y los zapatos, y pasa rápidamente al baño. La oigo haciendo aspavientos con el agua de la ducha fría, porque no ha encendido el calentador. Cuando regresa, veo sus ojos sombreados por una orla azulina. Cuando se va a poner el sostensenos se inclina hacia mí y me dice:

—¿No quieres hacerles un cariño?

Los beso y me dejan una grata sensación de frescor. Se viste, rápida, en seguida. Y se sienta junto a mí, para preguntarme:

—¿Estás contento, mi viejito? Dime, ¿apartarás un poco de cariño para mí?

Se sienta al borde del lecho frente al aparato de radio, y da vueltas el dial. Se oye un revoltijo de voces lejanas. Entonces se levanta para peinarse frente al espejo.

Yo me incorporo de un salto y me doy una ducha rapidísima. Me lavo los dientes y la cara, y me visto con la misma celeridad. Ana Luisa saca de su cartera un lápiz, y se arregla cuidadosamente las cejas.

—Nunca me había arreglado las cejas delante de nadie —me dice—. ¿Quedé bien? ¿Estoy bonita?

—Estás preciosa.

Le cojo el rostro con mis manos, y la beso en los ojos y en la boca. En ese momento en la radio se oye, dulce y distante, un vals de Saint-Saëns. Ana Luisa me dice:

—Tómame. Bailemos un segundo.

Damos unas vueltas muy lentas y ella con sus ojos claros me susurra:

—Qué triste y dulce es este vals. Es como mi amor por ti.

—Tonta, tontita. ¿Por qué va a ser triste nuestro amor? Yo soy un hombre libre y tú también. Sólo Dios sabe lo que nos podemos querer. Supongo que dejarás a ese novio o pretendiente de que me has hablado.

—Ya lo he dejado. Anoche, la primera vez que fui tuya, me dije que sólo viviría para ti. Sea como fuere. ¿Me crees?

—Sí, te creo. Te creo y te amo. Lo siento en mi corazón, y por eso te lo digo.

—Gracias, amor. Gracias, mi viejito brujo. Eres como los brujos. Me conquistaste en el primer momento. ¡Cuántas cosas lindas soñé contigo esa noche! Hubiera sido tuya aunque fueras casado. ¿Me vas a dejar a mi casa?

Todavía no amanece bien cuando salimos a la calle. Pasa un taxi y se detiene junto a nosotros, ofreciéndose. Ana Luisa oprime su brazo al mío.

—No. Son seis cuadras apenas. Vamos caminando.

Las caminamos a tranco largo. Pasa un perro trotando, y se oye el roce de sus uñas sobre las losas de la acera. Muy distante se oye un pitido de angustia. Por ahí cerca, acaso, en el templo de la Merced, se oye la hora. Son las seis de la mañana. Entramos al edificio en donde vive Ana Luisa.

El ascensor está abajo. Encendemos la luz, y Ana Luisa me ofrece los labios.

—No quiero irme —sonríe regalona—. Quiero estar siempre junto a ti. ¿Por qué te quiero tanto, amor? Hasta luego. Hasta la noche.

De vuelta y en el momento de quitarme la chaqueta, me acuerdo de sacar un cigarrillo de la cartera, y, entonces, me encuentro con la carta que recogí anoche. Me había olvidado de ella. Miró la dirección y es de Sylvina. Oprimo el sobre entre los dedos, y percibo que no es una tarjeta. Es una hoja de papel. Una carta:

*Qué raro es este mundo en que estoy viviendo estos días, Juanito —me escribe—. Aquí me he dado cuenta exacta de lo que significa la palabra "extranjera". Qué deseos tan grandes de estar allá de nuevo. Ya no siento pavor de cruzar los mares, las altas montañas y esa selva tropical, que se me figura una pesadilla horrible. No me importa arrostrar todos esos peligros, con tal de estar allá. Con tal de verlo a usted, Juanito. De sentir la caricia de sus ojos, de saber que usted me está adorando. ¡Oh, cómo deseo oír de nuevo sus palabras tan amorosas, tan tibias! Aquí, durante la ausencia, me he dado cuenta de lo que hay en cada raza y en cada civilización. También he comprendido lo que es un gran amor. Un bello amor. He pensado tantas veces en aquella mañana, allá en los Calabocillos. Habrá muchos amores, gloriosos, intensos, bellos. Pero en cada ser humano hay un matiz distinto. Yo lo siento así, mi amor. Mi Juanito callado de los paseos de Antofagasta. Lo recuerda y lo ama. S.*

Me quedo con la carta en las manos, pensando largamente. La luz del velador está encendida, y junto a él hay una colilla con una mancha de rouge. Percibo en la almohada el vago aroma de la cabellera de Ana Luisa. En la sábana hay también una mancha de rouge. Es la huella de sus labios. En el cuerpo, siento el tibio contacto del suyo. "Lo recuerda y lo ama. S.", torno a leer. ¿Por qué no me puso su nombre? En el curso de la carta me nombra, y su letra de agudos perfiles, que se rompen a cada rato, es inconfundible.

Deben estar por llegar don Andrés y Sylvina. Acaso ya están en Santiago. ¿Qué voy a hacer ahora? Experimento una sensación de cobardía, de vergüenza, de reproche para mí mismo. Bueno, mi corazón es siempre un viejo sentimental. Y sin embargo, un viejo dominante. Me ha hecho comprometerme con Ana Luisa más allá de lo necesario, de lo prudente.

¿Cómo la voy a tralcionar, a inferirle un agravio, cuando sé que es tan dulce y buena? En cambio, Sylvina es enigmática, está siempre evadiéndose, a la defensiva, calculando un posible peligro.

Pero Ana Luisa es el remanso, el lago de aguas tranquilas. Aunque, ¿quién sabe? Las mujeres nos dan siempre una sorpresa. Ella habló de otra mujer, que considera su ri-



val, con cierta sinceridad. Confiada en su juventud, en la magia de su sonrisa, en la suave dulzura de sus ojos claros. Pero todo esto, ¿es lo suficiente para no ofenderla un día, en que Sylvia me lance como una puñalada su desdén?

Por suerte, Ana Luisa está todo el día en los afanes de su ocupación, y no habrá oportunidad para que se encuentre con Sylvia. No me agradaría en absoluto que ocurriera tal cosa aquí en mi casa. En el amor es imposible hacer creer las mentiras. Lo curioso es que la carta de Sylvia me ha dejado un poco decepcionado. Sus palabras no reflejan un gran cariño, una inquietud de mujer ansiosa de recibir y de prodigar ternura. Acaso estoy equivocado. Nunca uno puede decir una palabra justa. Se olvida que en cada ser humano hay un ritmo distinto. Una sensibilidad cuya emoción se manifiesta de manera diversa.

Todas las mañanas, Zoila me trae un par de rosas. A veces algunas son encendidas y claras con ese rojo que ostentan los cardenales o los claveles allá en la costa. Otras, son rosas de una rojez densa, como sangre coagulada. Algunas blancas, con un leve tinte encendido. Y también trae esas rosas opulentas, amarillas, rosadas, como un crepúsculo maravilloso. Yo me siento feliz cuando Sylvia las elogia.

Una tarde me dijo:

—¡Qué maravilla de rosa! Me dan deseos de llevármela. ¿Me la regala?

—¡Sylvia! Pero eso no hay ni siquiera necesidad de preguntarlo. Es suya, y me proporciona una alegría con ello.

—¡Ay! —exclama—, y qué aroma tan fino tiene. —Y luego con un aire de muchacha campesina, agrega en voz baja—: Rosa roja quiere decir amor.

Don Andrés la mira sonriendo con leve ironía cuando la ve ponerse la flor en el pecho. Después exclama:

—Mire usted si será caprichosa. Allá en el jardín hay cientos de rosas. Pero tiene que venir a llevarse lo que hay aquí.

—¡Vaya!, ése es el mérito. Cuando hay tantas, una no sabe cuál elegir."

Al tercer día de recibir su carta llamo por teléfono a casa de ella, para preguntar si saben cuándo llegarán. Y es la misma Sylvia quien me contesta. Su voz por teléfono es siempre afectuosa, casi con exageración:

—¡Qué alegría de oírlo, Juanito! Sí, llegamos anoche, y

Andrés antes de irse a la fábrica me estaba diciendo que iríamos a verlo esta tarde. ¿Qué le parece? ¿Le agrada nuestra visita? O no estará en su casa...

Vienen por la tarde, y don Andrés me estrecha en un largo y cariñoso abrazo. Lo mismo hace Sylvina, de quien se desprende un fino perfume, que evoca una flor del campo, que crece entre las hierbas rústicas.

Advierto que don Andrés viene un poco más delgado, pero con un brillo juvenil en las pupilas. Sylvina viste un traje sastre, y en la vuelta del paletó luce un chiche muy simpático.

—¿Y qué tal, qué dice el buen amigo? —exclama Suárez, dejándose caer en el sillón en que siempre le agrada sentarse—. ¿Cómo ha pasado este tiempo? A mí me pareció que hacía años que faltaba de aquí. Es un mundo distinto ése. Cuesta adaptarse a las costumbres, a las comidas, a las diversiones.

—Es cuestión de tiempo —opina Sylvina, acomodándose cerca de la ventana, y sacando de su cartera una cigarrera roja con una flor de oro incrustada encima. Enciende un largo cigarrillo, que exhala un aroma persistente—. Lo que hay —agrega— es que en esas ciudades tan enormes uno se siente un gusanillo. En los hoteles, en los edificios de departamentos, el forastero se encuentra con miles de personas desconocidas, y comienza a sentir la obsesión de ver una cara amiga. Se experimenta una curiosa soledad en medio de tanta gente.

—En realidad —comenta don Andrés—, es una sensación bastante desagradable. Uno viene a darse cuenta de que necesita hablar con la gente. En lo exterior, el yanqui da la idea de que no le importa un comino la gente que pasa a su lado. A uno se le figura que sólo le interesa su propia persona, y nada más. Sin embargo, cuando se enhebra una conversación con ellos, se advierte que son cordiales, acaso más efusivos que nosotros y más infantiles para pensar y resolver sus asuntos.

Es curioso, y me agrada observarlo, que don Andrés lanza de cuando en cuando miradas a su retrato. De pronto me observa:

—Eso está casi terminado, me parece. No creo que sea necesario trabajar mucho más para darle los toques finales.

—Creo lo mismo —afirmo. Y me dispongo a trabajar unos instantes. Aunque la verdad es que no tengo ningún deseo. La presencia de Sylvina me emociona. Hay en sus pupilas una especie de suave resplandor, de inquietante misterio. Una luz que me acaricia y me envuelve de nuevo en la onda de su fascinación. Pero don Andrés, cuando ve que me preparo a trabajar, me dice, afable:

—¡Pero hoy no haga nada, Juan! ¡Cómo se le ocurre! Hemos venido a saludarlo, a conversar, a contarle algo de nuestro viaje. Espero que esta noche vendrá a comer con nosotros. ¿No es así, señora?

Sylvina mira hacia afuera, como si algo la tuviese abstraída totalmente. No se mueve ni un rasgo de su cara cuando contesta:

—Por mí, encantada. Bien sabe, Juanito, que un amigo es siempre muy bien recibido.

Yo, francamente, me asusto. Experimento una rara desazón. No iré a comer a la residencial, en donde estará Ana Luisa esperándome, con gran ansiedad, deseosa, tal vez, de confiarme sus impresiones. Resuelvo no aceptar, y se lo digo con fingida pena. Fingida hasta cierto punto, pues la verdad es que me encantaría ver a Sylvina en mayor intimidad.

A lo mejor, si don Andrés no está en el momento en que yo llegue, podré tener la oportunidad de darle un beso. Uno de esos esquivos besos que me da siempre con los ojos agrandados de inquietud, mientras murmura: "Cuidado, que puede venir alguien".

—Perdónenme ustedes —contesto—, pero sin saber de su llegada, me comprometí ayer para comer en casa de unos amigos.

Sylvina alza los párpados y una mirada fría, inquisitiva, se fija sobre mí. Afortunadamente, don Andrés resuelve el asunto con tranquila sencillez:

—Entonces, mañana lo esperamos. Mejor así, porque tendremos tiempo de abrir unas maletas, en una de las cuales viene un encargo para usted, que le mandan de Nueva York.

—¡Vaya! —exclamo, pero en ese momento Zoila, la lavandera, que jamás se asoma en las horas de la tarde, sino en las mañanas, entra al pasillo. Experimento un tremendo sobresalto, que me hace estremecer, al sentir la llave en la ce-

rradura. En el rostro de Sylvina se insinúa una vaga sonrisa de ironía, que desaparece en seguida cuando ve a Zoila.

—Perdone usted, don Juan —me dice, lanzando una curiosa mirada a Sylvina—, pero resulta que en la mañana me olvidé de llevar su traje azul. Vengo a buscarlo.

—Muy bien, pues, Zoila —le digo—, pero en castigo va a tener que prepararles una taza de té a mis visitas.

Sonríe la mujer; una cincuentona rechoncha, morena, y un poquito bizca, pero extraordinariamente simpática.

—Ese no es ningún castigo, pues, don Juan. Es una felicidad para mí servirlo a usted y a sus amistades. Al caballero ya lo conocía. Lo veo todos los días, ahí, en el cuadro.

—Muchas gracias —dicen ellos—, pero es mejor que salgamos por ahí.

—Tenemos un pancito muy rico, que le hice yo misma al caballero. Y hay torta que está fresquita —insinúa Zoila, con interés afectuoso y persuasivo.

—Entonces nos quedamos, pues —exclama don Andrés—. Nos quedamos encantados. Me tientan ese pan amasado y esa torta.

Yo me quedo pensando un rato en Ana Luisa.

¡Qué deliciosa tarde hemos pasado! Sylvina sirve el té, les pone mantequilla a esos esponjosos panecillos amasados por Zoila. Conversamos de mil cosas, y ella nos atiende desde su asiento con afable y graciosa solicitud. De pronto Sylvina, tomando muy a lo vivo su papel de dueña de casa, exclama:

—¡Zoila! Traiga más pan, y vea que el té esté caliente. Las visitas de don Juan están con muy buen apetito.

—Voy, señorita. Voy en seguida.

Don Andrés se ríe, francamente divertido.

—A Juan no le van a quedar deseos de volver a invitarnos. Y con el desplante tuyo...

Sylvina sonríe, cariñosa y efusiva.

—No —dice—, por el contrario. Yo sé que Juan está muy contento de nuestra compañía. El cariño de los verdaderos amigos es lo mejor de esta vida. ¿No es así?

—Así es —contesto—, y lo único que deseo en este momento es que estas visitas se repitan muy a menudo.

Cae la noche cuando se marchan. Don Andrés me insinúa que les acompañe hasta la casa, y que él me mandará a dejar en seguida a donde yo vaya.

—Le sirve para tomar un poco de aire —me dice, afectuoso—. Y a la Zolla también la llevamos —agrega con simpático gesto.

Zolla se resiste, pero termina por aceptar un tanto confundida. Cuando regreso, le digo a Sebastián que me deje en la Plaza de Armas.

—A donde usted ordene lo llevo, pues, don Juan —me contesta amable Sebastián—. Yo tengo que ir a la Avenida del Brasil, a buscar a don Vicente y a su señora. Van a comer a la casa esta noche. Estoy en el camino. Y, aunque así no fuera...

En el momento en que voy a comprar cigarrillos, veo que Ana Luisa desciende de un micro. Sin verme, pasa a mi lado con paso rápido.

—Adiós, señorita —le digo.

Se vuelve, y, al encontrarse conmigo, ríe gozosa.

—¡Qué hay! ¿Qué anda haciendo usted por aquí, caballero? ¿No va a comer allá?

—No —contesto con cierta reserva—; no voy a comer allá esta noche.

Se le oscurece el semblante, y, sin darse cuenta, alza la frente, arrugándola con gesto desencantado.

—¡Qué pena! —exclama—, y yo que venía tan apurada, para alcanzar a arreglarme un poco, creyendo tener su compañía, como de costumbre —agrega vacilante.

—Lo siento, Ana Luisa —le insisto—; pero no quiero comer en esa residencial esta noche. He pensado convidar a una amiga a un buen restaurante, y en seguida llevarla al teatro. Usted no se enojará, supongo.

Ella despliega la frente, que entonces le brilla tersa. Los claros ojos se iluminan.

—¡Qué felicidad la de esa amiga! Francamente, la envidio. ¿Cómo se llama?

—Es una señorita sin nombre, pero yo la llamo Ana Luisa. ¿La conoce usted?

—No —dice ella, apretándome el brazo y mirándome con ternura—. No se llama así. Se llama "amor". Tu amor de siempre, de toda la vida.

—Sí, linda, de veras; así se llama. Suba a arreglarse y yo la espero aquí, en uno de los bancos, cerca del quiosco.

A la media hora justa, retorna con un traje oscuro. Y

con su chaqueta de costumbre. Un collar de perlas, que, por supuesto, no han de ser auténticas, adorna su cuello.

Me mira risueña, diciéndome en tono de broma:

—¿No es cierto que estoy bonita?

Yo la contemplo con ojos de perito que examina un cuadro.

Se aprieta a mi brazo y me susurra:

—Viejito mío. Viejito falsificado. Te quiero mucho. ¿Sabes? He pensado todo el día en tí. A excepción de una hora que me dormí en uno de los sillones de la gerencia, después del almuerzo. Si me sorprende el gerente, que es un viejo muy serrote, capaz que me hubiese echado un buen sermón.

Comeremos en uno de esos restaurantes del barrio Providencia. En el momento en que bajamos del taxi y esperamos que disminuya el tránsito, para cruzar la calzada, oigo que me gritan desde un coche:

—Salud, Juan. ¡Buenas noches!

Alzo los ojos y reconozco el auto de don Andrés. Vicente Aspillaga sonríe, agitando su mano, en la cual lleva siempre un enorme anillo de oro. Su esposa, Reinalda Vallí, Reina, como le dice todo el mundo, también sonríe, saludándome con la mano. Es una joven alta, de distinguida figura, ligeramente colorina. Muy afectuosa en su trato. Las gentes dicen que no se lleva muy bien con Vicente, porque es muy celosa.

Contesto torpemente al saludo. Y Ana Luisa advierte que el encuentro no me ha hecho ninguna gracia. Y me lo dice sin rodeos:

—Te cayó muy mal el encuentro, mi amor. ¿Por qué? ¿No te agrada que te vean conmigo?

Me quedo un momento en silencio, verdaderamente desconcertado. Me duele la suposición de Ana Luisa.

—No pienses nunca así, mi amor —le digo, con tono de suave reconvención—. Nada de eso me puede afectar, porque soy un hombre libre.

Ana Luisa, soltándose de mi brazo y quedándose con los ojos alumbrados de picardía, me dice:

—Fue anoche cuando fui tuya. Y, desde entonces, es para mí un año de dicha sin igual. ¿Celebramos esta noche el cumpleaños de nuestro amor? ¿Qué tal?

—Claro, linda —le contesto—. Lo antipático es que esta

gente me comprometió para mañana. Y tendré que ir. Me duele dejarte.

Ana Luisa suspira hondo. Después me dice arrebatadamente:

—Yo te esperaré en la Plaza hasta que vuelvas.

—¿Estás loca? Te tomarían a lo mejor por una mujer...

—Vacilo en decirselo.

—No —me interrumpe—, no me tomarán por eso. Dime, ¿te parecería mal que te esperara en tu casa? Me dejas allá antes de irte.

La miro, tratando de escrutar su intención. Los ojos claros, muy abiertos, no revelan segundas intenciones.

—Encantado. ¿Pero no te dará miedo quedarte sola?

—Sola no me quedaré. Estaré con un libro y con tu recuerdo.

¡Qué curioso! Me alegra y me halaga plenamente este amor tan apasionado de Ana Luisa.

El restaurante está casi solitario. Tomamos unos traguitos y nos ponemos alegres y sentimentales. Un hombre vestido con un traje típico, creo que tirolés, viene a cantarnos una *canzonetta* de amor. Ana Luisa, durante el rato que el hombre canta junto a nosotros, me sujeta la mano con caluroso apretón.

Decidimos no ir al teatro. Nos vamos a mi casa y dormimos con sueño reparador hasta las cinco de la mañana. ¡Ana Luisa, te amo, te amo! En el amanecer nos hemos transfundido de nuevo, con ardiente anhelo.

Me doy cuenta de que no estoy como cuando tenía treinta años y que las batallas amorosas me hacen bastante efecto. Después de dejar a Ana Luisa junto al ascensor y de mirarla por última vez, cuando ya el aparato está próximo a perderse en el segundo piso y me manda un beso con los dedos, me vuelvo rápidamente a mi casa. Noto que llevo la cabeza un poco en el aire.

Me acuesto y creo que voy a dormirme en seguida. Pero no es así. Permanezco en un estado de somnolencia durante largas horas, y sólo cuando entra Zoila, alrededor de las siete de la mañana, advierto que el sueño comienza a envolverme en una suave niebla. Me tomo la taza de café, casi de un trago, después que Zoila, con gran cautela, me dice en voz baja:

—¡Don Juanito, que se queda sin desayunar!

Después de beberme la taza de café, lejos de desvelarme, me duermo como un leño. Y es casi la una de la tarde cuando despierto. Ahora me siento bastante bien y salto de la cama con ánimo ligero y reconfortado.

Enciendo el gas y pongo al fuego una olla con dieta que me ha preparado Zoila. Me afeito alegre, y de pronto me sorprendo cantando:

*Las chicas, las chicas,  
las chicas del café,  
jamás el amor  
toman en serio...*

De pronto me acuerdo del encuentro con Vicente Aspillaga, y, casi instantáneamente, mi buen humor se disipa.

“¡Qué mala suerte! —exclamo—,irme a topar con ese idiota. Y seguramente les habrá dicho que yo iba del brazo con una muchacha.”

Trabajo toda la tarde con gran entusiasmo en el retrato de don Andrés. Creo que en dos o tres sesiones más quedará totalmente terminado. Alrededor de las cinco de la tarde me voy al Palacio de Bellas Artes, y allí, al entrar, me encuentro con Lucila Lavín, que está siguiendo un curso de escultura. Lucila tiene sangre francesa por su madre, y aunque es un apellido muy común, no lo recuerdo en este instante. Es baja, de facciones muy graciosas, y desbordante de simpatía. Según ella, tiene treinta y dos años. Según algunas de sus amistades que no la quieren muy bien, lleva encima por lo menos cuarenta. Yo no lo creo. A mí me parece que tiene la edad que ella declara. ¡Pobre Lucila! Es una de esas mujeres de quienes se cuentan amoríos a diestro y siniestro. A ella no le importa un comino lo que digan. Y, en muchas ocasiones, la he oído decir riendo: “Dicen que yo tengo más amantes que dedos en las manos. Lo que es a mí no me importa un cuesco lo que digan. Lo que hay es que esas pobres mujeres no logran conseguir ni siquiera uno solo. En cambio, yo me acuesto con un hombre cuando me gusta y el día que se me antoja”.

Va a subir por esas endiabladas escaleras, cuando me divisa. Se vuelve, gritando mi nombre con gran estrépito:

—Juan, Juanito querido. ¿De dónde vienes saliendo, hombre de Dios? ¿Que te había tragado la tierra? ¿O estabas preso?



Me cuenta atropelladamente una serie de cosas que le han ocurrido. Tiene una voz muy dulce y grata cuando está alegre y afectuosa. Sin embargo, en los momentos en que está de mal humor, esa voz es fría y metálica, cortante como un cuchillo.

—Te veo muy bien —me dice examinándome con curiosidad infantil—. Un poco más delgado, pero con gran aspecto de salud. Pero si hacía cien años que no nos veíamos, hijito mío. ¡Qué ingrato te has portado! Supe que te habías ido a Antofagasta, y allá te mandé una vez una tarjeta con unas letras de recuerdo. Nunca me contestaste. ¿Y ahora estás viviendo aquí otra vez?

—Sí —le contesto—, aunque no sé aún si me quedaré. Depende de cómo me vaya. Espero que me irá bien.

—¿Por qué te va a ir mal? Nunca te ha ido mal. Oye, ¿por qué no te vas a comer a mi casa esta noche? Estamos casi solos. No sé si Alberto habrá convidado a algún amigo. Va a ir la Chela Valle, aquella rubia de quien anduviste bien templado. ¿Te acuerdas? Harto que me hiciste rabiar con ella...

—Cállate, no me hagas reír. ¿Cuándo te ha hecho rabiar alguien a ti? Si te has enamorado alguna vez, no fue precisamente de mí.

—¡Malagradecido! Harto que te quise. Fuiste tú el que no me supiste corresponder. Buen veleta que has sido. A mí no me vienes a contar cuentos. Pero no peleemos. ¿Puedes ir esta noche?

—Imposible, Lucila. Estoy comprometido a ir a comer a casa de un amigo, llegado de Estados Unidos. Anoche rehusé su invitación. De modo que no puedo.

—Entonces será una de estas noches. ¿Tienes teléfono? Ah, bueno, entonces anota el mío y me llamas uno de estos días. Tengo un mundo de cosas que contarte. Pero no dejes de hacerlo. Chao. Chaito.

Sube por la escalera corriendo y yo me quedo mirándola. Pensando en aquellos días en que estuve bastante enamorado de ella. Nunca vi una mujer más tornadiza, más inconsecuente. Algunos días era como un terrón de azúcar. Y luego como un fierro ardiente, imposible de tomar por ningún lado.

¡Qué de incidencias me ocurrieron con ella! Una noche en que habíamos salido en auto, por el lado de Conchalí,

me armó la gran escena. En esos momentos se ponía totalmente insufrible. Ninguna razón existía para ella. Todo lo discutía arbitrariamente. Y decía las cosas más duras e hirientes.

"—Oye, no me vengas con declaraciones sentimentales. Esas no son nada más que estupideces. Yo no creo en esa tontería del amor. Amor, cállate. Amor tiene la traducción siguiente: "Vamos a acostarnos". ¡Ah, me da asco! Todos los hombres no aspiran a otra cosa que a la gran porquería. Me repugna, te diré. Francamente, yo no sé por qué ando contigo.

"—Entonces quiere decir que eres un monstruo. Una mujer que no tiene sentimiento, ni delicadeza, ni alma para...

"—Andate al diablo con tu historia. ¡Andate al diablo! Oye, bájate. Bájate, no quiero andar más contigo. Me molestas. Me carga tu presencia. Bájate: no soporto ni un minuto más tu compañía...

"—Pues, tendrás que soportarla. Yo no me bajo. ¿Qué te imaginas?

"—Roto, roto, grosero, malcriado.

"Nos quedamos en silencio. Sigue manejando enfurruñada, y con una cara dura, hierática. Mas, después de una hora de camino, detiene bruscamente el coche y suelta el volante, riéndose a carcajadas, para en seguida recostarse sobre mi hombro, diciéndome:

"—Oye, perdóname. Perdóname, Juan. Soy una tonta histérica. Perdóname. Dame un beso, mi hijito. Oye, es que sufro, sufro horriblemente, porque me doy cuenta de que no puedo querer a ningún hombre. ¿Te das cuenta de mi tragedia? Y tengo ganas de querer, Juan. A ti mismo creí que te iba a querer mucho. Mucho más de lo que te quiero. Porque, en realidad, te quiero, Juan. Dame un beso, mi hijito. ¿Te digo una cosa? Mañana voy a ir a tu departamento. Mañana sin falta, espérame entre cuatro y cinco de la tarde.

"Al otro día aparece a la hora indicada. Viene con aire de desconfianza en sus ojos negros. Lucila es de tez sonrosada y fina, de boca graciosa. La recibo alegre y confiado. Le doy un beso y me lo devuelve sin carifio, de mala manera.

"Nos sentamos en la cama y entonces ella se tiende de espaldas, apoyada en la almohada, y se pone a hablar en tono hiriente y ofensivo:

"—¿No ves tú? Si éste es el gran amor que ustedes siempre ofrecen. Todo termina en la cama. En hacer la gran cochinado. Me repugna todo esto. Me asquea. Tengo treinta y dos años y ya me parece que hubiera vivido ciento. Los hombres no hacen otra cosa que echarse encima a una, como perros en celo. ¡Ah, qué mugre más grande! La pura verdad es que yo voy a terminar en invertida. Por lo menos en el amor lésbico hay algo más hermoso, más delicado. Tú mismo, ahora, estás haciendo la gran comedia, la inmunda hipocresía de no pedirme nada, y sé que estás tiritando de deseos.

"—Te equivocas medio a medio —le replico con sorda irritación—. Si deseas irte, yo no te lo voy a impedir.

"Me mira con los ojos encandilados por un extraño estado de ánimo. Y, entonces, se sienta y se pone a rascarse la cabeza. Hay en ella una especie de bruma que la envuelve, desfigurando su rostro, en un relajamiento de las facciones, que me deja triste y desazonado. Es como si en unos minutos el amor y el deseo se me convirtieran en desapego, en hastio.

"—Me voy —me dice con voz helada. Se incorpora de un salto en la cama y se queda largo rato ensimismada frente al espejo—. Estoy vieja y fea —murmura—. Voy a lavarme la cara y a echarme polvos. ¿Tienes una toalla sin usar?

"Abro un cajón y le alargo una. Entonces se quita el paletó y la blusa. Se lava con agua helada, con los pechos asomados, en los cuales brilla el torrente de sol que entra por la ventana. Yo me he quedado mudo, sentado encima de la cama. Y ella, con cierta timidez molesta, se me acerca, ofreciéndome sus pechos:

"—¿No quieres besarlos?

"Los beso, y advierto que no me encienden la sangre. Mi virilidad se ha recogido. Entonces ella, con la cara encendida y los ojos esquivos, me dice:

"—Levántate de ahí, pues, hombre.

"Mi actitud pasiva la irrita. Se sienta y se quita los zapatos. Y con los pies desnudos se pone de pie y se saca la falda. Se mete en seguida bajo el cubrecama y me estira los brazos desnudos:

"—Ven. No te agravies. Tú sabes que yo soy así. ¡Quítate los pantalones, hombre de Dios! Estás como un chiquillo.

"Entonces se acerca a mí, respirando agitadamente. Con los ojos entornados, me dice suplicante:

"—Hazme cariño. Hazme cariño, mi hijito. Quiero ser tuya. Ay, sí, mi amor...

"Pero yo estoy como poseído por una rara y dolorosa flaccidez. Ella misma hace lo posible por conseguir que me recobre, y es completamente inútil. Mi naturaleza se ha rebelado. Es como si se hubiera ofendido y no respondiera a ningún requerimiento.

"Entonces Lucila se queda rígida, con el rostro inmóvil y los rasgos agudizados. Los ojos fijos en el techo. Yo no sé qué actitud tomar. Hasta que de pronto se recoge de un salto, y, pasando por encima de mí, se calza los zapatos y se mete la falda en un segundo. Mira, en seguida, sobre la cama buscando algo, y me dice, violentándose para hablar:

"—Pásame los calzones. Ahí debajo deben estar.

"Se viste y se arregla rápidamente. Y se va sin mirarme.

"—Adiós —murmura atragantada.

"El portazo que da deja retemblando la estancia. Y yo me quedo presa de una horrible molestia. Tristeza, inquietud, preocupación. Sin embargo, momentos después experimento la sensación de que mi virilidad de hombre reclama con apremio su función.

"Dos horas después llega un mensajero a dejarme un libro. Creo que es uno de Herman Hesse, no recuerdo cuál. En la primera página, con su letra de firmes rasgos, Lucila, que me lo envía, ha escrito: *Sé que tuve la culpa de todo, pero por favor no te agravies. Quiero, por el contrario, ser siempre tu amiga sincera y leal.* LUCILA.

"Y lo es, en efecto. Acaso por rara contradicción nunca he conocido a una mujer que tenga mayor sentido de la ternura en los momentos tristes de la vida de un ser humano. Recuerdo una noche en que yo caminaba como pudiera caminar un muerto. Deshecho, desganado, con deseos de aullar de pena, como los lobos en la soledad. Eran tiempos en que terminaba mi romance con Aurora Rossi.

"Iba yo por la calle Mac-Iver, a tropezones, como los ebrios, doblado en dos, cuando en una mancha de sombra se cruza conmigo una mujer de andar vibrante y ágil. Con algo de esa armonía de los árboles jóvenes cuando los curva

y endereza el viento. Ya había pasado de largo, y de súbito se detuvo exclamando:

"—¡Juan! ¡Mi hijito querido, cómo te va! ¿Y qué tienes? ¿Por qué con esa cara? Oye, pero no hay derecho. Un hombre como tú que se deje arruinar por cosas pasajeras.

"Quise contarle y se me quebró la voz. Y me puse a llorar, arrimado a la pared.

"—Por Dios, Juan, mi hijito, ¿cómo es posible que te doblegues a tales extremos? Oye, óyeme, piensa que es una mujer la que está aquí a tu lado. Una mujer dispuesta a hacer lo imposible por ayudarte.

"Ha sacado su pañuelo y me limpia los ojos, prodigándome las palabras más tiernas. Nos vamos en seguida por la orilla del cerro y allí nos detenemos bajo las ramas colgantes, frescas y olorosas, de una mata de ilang-ilang. Lucila corta una ramita y me la coloca en el ojal. Me besa en la boca y me dice:

"—¿Ves tú cómo yo soy tu mamita buena en este momento? Dime, ¿no estás más tranquilo ahora? Yo voy a comer a casa de unos amigos. Pero ya no alcanzo a ir a mi casa para arreglarme. Ven conmigo, mi hijito, te acompañaré. Aquí, a dos cuadras, tengo el auto.

"Tiene la delicadeza de no preguntarme cuál es mi pesar. Acaso lo adivina. Yo, en ese tiempo, vivía muy lejos. Cerca del Estadio Francés. Contra todas mis protestas, me lleva a mi domicilio. Y me besa largamente. Después se queda pensativa apoyada en el volante y me dice:

"—¡Qué pena que seas tan excesivamente sensible! No sirves para la vida de estos tiempos. No sirves, mi hijito.

"Después me dice con dulce acento imperativo:

"—Ahora usted se va a acostar. Se toma un vaso de leche y algunas pastillitas de esas buenas para ayudarnos a soportar las penas. Y te vas a quedar dormido, pensando en mí. En que soy tu amiga y en que te ayudaré a suavizar tus quebrantos. Hasta mañana, lindo.

"Pone su auto en movimiento, y, antes de darle velocidad, asoma su cara risueña y graciosa y me dice:

"—Una de estas noches saldremos a darnos una farra. Y les daremos de palos a todas las penas. ¡Chao, Juan! Chaito..."

En todo esto me he quedado pensando, y, sentado en un banco del parque, se me han quitado totalmente los deseos

de ir a la Escuela. Me voy caminando lentamente, por entre los jardines del paseo. Me recuerda esta parte a una plaza de mi pueblo, olorosa a acacias, a rosas y a heliotropos.

Iré a buscar a Ana Luisa apenas sean las nueve de la noche. Junto al sillón le dejo caramelos y galletas. Revistas y periódicos. Le he comprado un pequeño frasco de perfume de marca francesa. ¡Qué cosa tan bella es sentir que una mujer recibe con placer un obsequio! Le dejo, además, una novela del húngaro Koermendi, extraordinariamente amena. Cuando llego a la residencial advierto, al entrar al comedor, que ella está con otra persona sentada a su mesa.

"El novio, el famoso novio", me digo con rabia, asombrado de que me cause tanta molestia.

Ana Luisa se queda contemplándome, y veo en sus ojos que el encontrarla acompañada me ha tocado en lo vivo.

—Don René Ventura —me dice sencillamente—. Es un amigo de Chillán. Viene a Santiago a hacer algunas diligencias para obtener el traslado de su empleo a la capital. La aspiración de toda la gente de provincias es llegar a Santiago. ¡Allá la vida es tan aburrida!...

Ventura me mira con cierta desconfianza. Luego observa a Ana Luisa, que en ese momento se sirve una taza de agua caliente, después de haber comido. El mozo, un hombre ligeramente rechoncho, con una gran cabezota de pelos castaños, se queda con los ojos bajos, trazando rayas sobre el mantel con el cabo del lápiz. Después se endereza y, sin mirarme, dice, dirigiéndose a Ana Luisa:

—La vida en provincias tiene, además, el inconveniente de que la gente no puede mejorar su cultura. Hasta para comprar ciertos libros es necesario encargarlos a Santiago. Muy rara vez se tiene la oportunidad de oír un concierto, de asistir a una conferencia o de ver una buena compañía teatral. ¡Es una lata! Uno tiene que conformarse con el cacho que se juega en el bar, con el *poker* o la canasta. Eso a la larga aburre.

Observo, mientras Ventura habla, que él no ha comido, y estoy pensando en que si Ana Luisa no ha desistido de ir a esperarme al departamento, no se me ocurre la forma cómo arreglará el asunto. Ella misma, al terminar con su taza de agua caliente, se encarga de sacarme de mis conjeturas. Se limpia tranquilamente la boca, se retoca ligeramente el peinado y me dice, levantándose de la mesa:

—Entonces nos vamos, don Juan. Supongo que su mamá tiene allá todo lo necesario para colocarle las inyecciones. ¿Habrá alcohol, algodón...?

—Sí, sin duda —le digo con inquieta felicidad, al ver que ella no ha variado de opinión. Me asombra su aplomo y me doy cuenta, una vez más, de que a las mujeres no les importa un ardite dejar plantado a un hombre, cuando ese hombre ya no les interesa.

En la acera de la plaza, Ana Luisa se despide de Ventura diciéndole:

—Mañana nos veremos. Supongo...

—Bueno..., sí, creo que sí —tartamudea el mozo.

Siento su respiración agitada, sus ojos esquivos, su boca que trata de ser desdeñosa. Ana Luisa, en la esquina, me coge del brazo y me susurra amorosa y tierna:

—Juan, no te vas a demorar mucho, ¿verdad? Se me harán siglos esas horas que estaré esperándote. Me tinka que allá a esa comida irá la mujer de quien estás enamorado. ¿Siempre la quieres tanto, ah? Dime. ¿La quieres mucho?

La miro sonriendo y le digo:

—¿Tú crees que un hombre se puede enamorar de un fantasma? ¿De un fantasma que tú has creado? No me explico...

—Sí, si te explicas perfectamente —me interrumpe con vehemencia—. Yo sé cuándo no dices la verdad. No sabes mentir, Juan.

—No hables tonterías, Ana Luisa. Dime, ¿y qué vas a decirle a ese muchacho? ¿Piensas romper con él?

Ana Luisa sonríe vagamente y me contesta evasiva:

—No sé. El tiempo arregla las cosas. No hay para qué apurarse tanto. Lo voy a tener de fantasma para que tú te entretengas.

Me molesta la broma. Siento que me pica el amor propio. ¡Cómo somos de egoístas en el amor!

—No me agrada en absoluto la bromita. Menos si su intención es seguir jugando con él. Será muy entretenido, pero, a la larga, alguien sale malherido.

Ana Luisa se queda en silencio. Subimos y entramos en el departamento. No puedo disimular que estoy molesto cuando me despido. Ella alza la cara y sus ojos están tristes. Su boca inmóvil, apenas entreabierta, no se me ofrece.

La beso con ternura y entonces los claros ojos se nublan con una lágrima.

—Hasta bien luego, mi amor.

—Hasta luego. Acuérdate de que te espero.

En el momento en que asomo a la puerta veo un taxi. Le hago señas, y, después de darle la dirección, me quedo largo rato en silencio. Estoy pensando en Ana Luisa, y Sylvina no surge en mi mente. De pronto el chofer me pregunta:

—¿Está viviendo por aquí ahora, señor?

—Sí —le contesto—, vivo en el edificio frente al cual usted se detuvo.

—Ah, por eso lo había echado de menos. Antes yo lo llevaba allá arriba, a Capitán Robles.

—Vaya, me alegro de encontrarlo —le digo.

—¿Recuerda usted que una de esas noches yo iba con una chiquilla, aquí adelante? ¡Una de esas cabras patinadoras!

—Sí —le digo—, lo recuerdo perfectamente.

—¡Pobre muchacha! —sigue el chofer—. Fíjese usted que murió en su ley. Resulta que se había metido en compromisos con un zapatero vecino de una comadre que ella tenía, en Lord Cochrane, a donde iba a lavar su ropa y a arreglar sus pilchas. El muchacho le "ofertó" casamiento, y le comenzó a dar para sus faltas más urgentes. No sería mucho, porque él trabajaba con un maestro, que le hacía más que nada a las composturas: medias suelas, tacos y así... La chicuelita le aceptó y le aseguró que desde ese día se dejaba de payasadas. Pero salía de repente con cualquier pretexto. La cabra siempre tira al monte. Entonces el muchacho se puso saltón. Como ella sabía que él trabajaba hasta tarde, iba a pasar la escoba por sus viejas canchas. Pero un día el zapatero salió a "luquiarla" y no se demoró nada en seguirle la pista. La chicuela era donosita y muy competente. Yo mismo me la mandé al pecho una porción de veces.

"No se imaginó que el zapatero le andaba siguiendo los pasos, y, cuando menos lo pensó, la sorprendió con un gallo subiendo la escalera de un hotel de San Diego, en donde tenía su querencia. La abrochó al tiro y la chicuela se le encachó:

"—¿Sos mi marío por sí acaso? ¿Con qué derecho te



venís a propasar conmigo? ¡Andate a la misma mierda, maricón!

"Usted sabe, señor, que cuando a un hombre le calza la misma medida con una mujer, el poto manda más que un gendarme en la cárcel. El roto peló la quisca y, de un solo tajo, la mandó pa' otro barrio. Ahí está ahora el pobre diablo, archivado y para las catacumbas. Porque si no lo sientan, sin ganas, a tomarse las pildoritas de plomo, por lo menos le sale perpetua.

"¡Pobre chicuelita! Se llamaba Deldamia y le decían Cacerollita. Fui a verla allá donde la velaron, en casa de su comadre. Estaba blanca como la harina. Los niños del paradero y otros amigos le compraron el cajoncito. Yo también ayudé con mi cuota y, además, le llevé un ramo de flores.

Espero unos minutos, después de llegar, hasta que termine su historia. Bajo, evocando la figura de la risueña muchachita, y la imagino blanca y transparente con su ramo de flores sobre el pecho. En el momento en que cruzo la acera, se acerca a mí Reina, la mujer de Vicente Aspillaga. Sonríe diciéndome:

—Más pronto se pilla a un mentiroso que a un ladrón. Anoche, Vicente salió con su tontería de contar que usted iba del brazo con una muchacha. Yo se lo reproché duramente, pues con eso usted quedó en descubierto, después de excusarse de no venir a comer. Yo no sé este Vicente por qué es tan descriteriado a veces. Por suerte Sylvia se rió mucho, aunque don Andrés no dijo ni siquiera esta boca es mía.

—Ya lo presumía —le contesté a Reina—. Le agradezco la advertencia para no incurrir en otra mentira.

Dejo pasar a Reina, sin esperar a Vicente, que se ha quedado tratando de arreglar un desperfecto en el motor de su auto. Reina es simpatiquísima, y a mí me emociona porque me trata siempre con un afecto singularmente expresivo. Como en este caso.

Don Andrés se halla solo en la sala. Lee uno de esos periódicos de la tarde que, según él, nunca dicen nada. Se quita los anteojos para saludar a Reina, y, dirigiéndose a mí, me dice:

—Buenas noches, Juan. Me alegro de verlo. Fue una lástima que no viniera anoche, porque estuvo Mr. Strong a

comer. Es un gringo tan simpático, y lo recordó a usted con gran cariño, lamentando no verlo.

En ese momento entra Vicente, quien se excusa de no dar la mano porque se la llenó de aceite en el auto. Casi simultáneamente aparece Sylvina. Vicente pide permiso para ir a lavarse las manos, y entonces Sylvina dice:

—Pase, pase. Yo le encenderé la luz y veré si han puesto toallas allí.

—Y qué dice usted, Reina, ¿cómo amaneció? Supongo que no le hizo mal la traspasada. Bueno, ustedes tienen un buen entrenamiento.

Reina sonríe, mostrando unos lindos dientes, grandes, brillantes. Su cabellera ligeramente colorina y sus grandes ojos, que despiden un vivo fulgor, le comunican un encanto fascinador.

—No crea, don Andrés. Eso lo puede decir usted de Vicente, al que nunca le falta pretexto para traspasar. Yo salgo poco, y además los chiquillos me quitan tiempo. Hay que vigilarlos noche a noche, pues de otro modo se acuestan como monos de sucios.

—Están bien, supongo —pregunta don Andrés, por decir algo.

—Sí. Fernandito no ha podido mejorarse bien de esa desviación del ojo izquierdo. Cuesta un triunfo para que se ponga los anteojos. Y apenas una se descuida, se los quita y los deja donde se le ocurre. La niña, por suerte, está sana. No le entran balas.

En ese momento vuelve Sylvina. Viste un traje oscuro opaco y se ha puesto un largo collar de perlas, al cual le ha hecho un nudo. Me mira sonriendo, con leve malicia.

—Lo echaron mucho de menos anoche —me dice—. Mr. Strong se acordó a cada rato de usted. Pero le dijimos que tenía otra invitación, más agradable que la nuestra. ¿Verdad, Reina?

—¡Ah, eso lo sabe Juan nada más! Cómo quieres que yo opine en algo que le concierne a él exclusivamente.

—En realidad lamenté no venir —digo yo—. Pero se trataba de un compromiso anterior. No me fue posible eludirlo.

—¡Sí, está muy bien, Juan! —exclama don Andrés—. No le haga caso a Sylvina. Ella cree que cuando uno es amigo de alguien, no debe cumplir con otras amistades. Eso es sencillamente una tontería.

Sylvina se sonroja y dice ásperamente:

—¡Nunca he pensado tal cosa!

Don Andrés se queda mirándola con un brillo acerado en las pupilas. Después, coloca sus anteojos en la caja y contesta:

—No tienes por qué extrañarte. Una respuesta está siempre de acuerdo con lo que se dice.

—Eso según su criterio. Y como usted, Andrés, es infalible...

Don Andrés me cierra un ojo y ahora, con aire divertido, replica sin acritud:

—Ni cosa que se le parezca. Soy objetivo y siempre hablo de acuerdo con la realidad.

—Oiga, don Andrés —intervengo como si no hubiese oído lo que han hablado—, y parece que el Presidente se decidió de frentón a desembarcar a los comunistas... Ahí se va a armar la grande...

—¿Cree usted? A mí me parece que no. ¿Qué puede ocurrir? El Presidente tiene todos los elementos en la mano para embromarlos. El está pagando su ligereza. Bueno, es un político. Y sin las fuerzas electorales que esa gente le aportaba, no hubiese sido elegido. Yo encuentro disparatado que estos hombres se embarquen en compromisos tan tremendos. El bien sabía que un partido revolucionario debe cumplir sus finalidades. Es él quien queda en una posición muy falsa.

—Así es, en efecto —digo—. ¿Pero no había otra manera más hábil para resolver el asunto?

Don Andrés me va a contestar, pero en ese momento viene entrando Walter Palacios con su mujer, una preciosa muchacha morena, cuyos ojos verdes le dan a su rostro delicado una rara seducción. Me mira riéndose, y me ofrece su rostro para que la bese en la mejilla.

—¡Qué mala gente te has puesto, Juan! Hace mil años que no te asomas por la casa. Te lo pasas en templanzas. —Y hablándome en voz baja, me agrega—: Anoche te vi, sinvergonzón, en un restaurante de Providencia con una mocosa. ¡Qué tipo! A buey viejo, pasto tierno. ¡Y era bonita la mocosa!

Sylvina, de rodillas, escoge unos discos que le va pasando a Vicente. María Soledad, Marisol, como todos la nombran, con su gracioso desenfado, la saluda diciéndole:

—¿Quiubo, chiquilla, cómo te va? Qué vergüenza, tú de rodillas y el caballero de pie. Me parece que debía ser al revés.

—Sí, a mí también me parece —exclama Sylvia—. Pero tú sabes, Marisol, que la galantería se acabó. Esas son cosas del novecientos. Antes del centenario.

—Están muy equivocadas —exclama Vicente—; lo que pasa es que yo no podría colocar los discos sobre el piano, así de rodillas.

Entra Renato Carmona acompañado de su madre, una señora de cabellos totalmente blancos. Ancha de facciones, casi vulgar de aspecto, su rostro respira bondad y dulzura.

—¡Señora Juanita! —exclama Suárez—. Qué gusto de verla. ¡Pero qué alegría! Usted no sabe qué satisfacción me proporciona con su visita. Usted conoce a Alsina, por supuesto.

—No sé, francamente; no recuerdo su cara. Mucho gusto, caballero.

Cuando le suelto la mano, Sylvia está junto a ella, con los brazos abiertos y la cara iluminada.

—Esta sí que es felicidad —dice con un tono de gran alegría—. No pensábamos que Renato lograra convencerla de venir por acá. Su salud, señora Juanita, es espléndida. ¿Verdad? No hay más que verla. ¡Qué bueno! Asiento por aquí al lado de Andrés. Su compañía le va a hacer muy bien, porque está muy regañón. Rétemelo, señora Juanita.

—Sin antecedentes no puedo proceder —contesta la señora, que al hablar se transforma en una persona encantadora—. ¿Verdad, don Andrés? Su salud muy bien, me figuro. Allá en los Estados Unidos deben haberlo dejado como nuevo.

—¡Nada, señora! ¿Dónde ha visto usted que los trastos viejos se conviertan en nuevos?

Observo a Sylvia y me parece que hace todo lo posible por provocarme inquietud. Conversa en voz baja con Renato, y a cada rato le deja caer su mano sobre el brazo. Después Walter Palacios la piropea de lo lindo. Le dice:

—Está usted preciosa. En estos momentos me siento capaz de asesinar a su marido, a mi mujer y a todos los que se opusieran a nuestro amor, si usted, señora "Mirevea", me diera el sí...

—¿Sí? —dice Sylvina, siguiendo la broma—, pero si eso es pan comido. Puede usted, desde este momento, proceder.

—¡Qué hermosa novela se escribiría sobre nosotros! Acaso se pudiera llamar "Sangre en la Estancia". Oye, Renato, lindo título, ¿verdad? ¿Tú me puedes prestar tu pistola?

—Sí, por cierto —contesta éste—. ¿La quieres para empeñarla?

—¡Pero, claro! Qué inteligente es este muchacho. ¿Pasarán algo por ella?

Marisol, que está junto a Carmona, le cierra un ojo:

—No le hagas caso, Renato, mira que a éste se le están cayendo muchas tejas de la azotea.

Walter Palacios hace una musaraña muy cómica y le contesta:

—No me dice eso Marisol cuando está en mis brazos. En esos momentos, desfallecida de amor, me arrulla: MI amórcito, qué encantador eres. ¡Qué maravilloso!

Sylvina se ríe a carcajadas, como si le hicieran cosquillas. Se queda contemplando a Palacios y le dice:

—No se olvide de que Marisol es muy bromista. Es ésa su cualidad más simpática, además de su bondad. Tal vez por eso le dice que usted es maravilloso.

Palacios simula una gran ansiedad.

—Y soy maravilloso —exclama—; es una verdadera lástima que usted, Sylvina, no pueda comprobarlo.

Marisol alza las cejas con risueño gesto.

—De buen apuro iba a salir, Sylvina. Oye, no te equivokes, si no es tan fácil encontrar a otra tonta que tenga el gusto mío.

La conversación se generaliza. Entra el general Sánchez con su señora. Ahora desempeña el cargo de jefe de la guarnición. Un caballero gordo de lentes y su esposa, una gringuita alegre, aparecen por último. Alguien me dice que él es uno de los secretarios de la Embajada de los Estados Unidos.

Un mozo vestido de *smoking* y esa muchacha alta, que tiene cierta distinción para vestirse e igualmente en sus modales, sirven *whisky* y otros tragos. La gente conversa tranquilamente y no se advierte ningún indicio de que se vaya a comer pronto.

Walter Palacios y Renato Carmona han formado un grupo aparte, y, a juzgar por sus carcajadas, me dan la

impresión de que están contando los cuentos en circulación, los últimos, como quien dice, recién preparados.

Yo me he quedado oyendo la conversación de don Andrés, con el general y el caballero de la Embajada. Hablan de las dificultades que han surgido para vender los grandes *stocks* de salitre que existen en cancha allá en el Norte.

El general cree que todo se va a subsanar.

—Esta es una situación momentánea, don Andrés. Los gringos saben y lo han comprobado que el salitre sintético, como abono, no sirve para nada. Tienen que aceptar los nuevos precios, que no pueden ser más bajos, porque el costo de producción ha subido una barbaridad. Además, Leonidas Moreira, el jefe de ventas en Europa, es un hombre muy hábil. Un talento de primer orden. Yo creo que Moreira va a solucionar muy pronto el problema.

Don Andrés hace un gesto dubitativo.

—Ojalá que sea así —dice—, ojalá; porque si no, estamos completamente embromados. Si no hay demanda, no creo que las compañías vayan a seguir acumulando montañas de salitre. Tienen que parar la producción, y, con esto, se viene encima una cesantía de obreros, un estancamiento en el comercio, fuera de toda la angustia presupuestaria. Es toda una fregatina.

Mr. Greene sonríe afable y dice en un castellano perfecto:

—Es grave la situación. Pero a la larga todo se arregla en esta vida. Si no, ya no existiríamos. Mientras tanto, tenemos *whisky*, don Andrés. ¡Salud!

—Sí —contesta Suárez, sonriendo cachazudamente—, tiene usted razón; no lloremos al muerto antes de que haya fallecido. ¡Salud!

Van y vienen bandejas con toda suerte de bocadillos. Sylvina está preocupada de que sus invitados sean bien atendidos. Se desliza liviana y esbelta, prodigando sonrisas y palabras amables. Yo me he quedado junto a una mesa de arrimo, sobre la cual hay unas finas rosas. La miro a hurtadillas y me tiene fastidiado su actitud frívola. Para disimular mi estado de ánimo, hojeo, aparentando gran interés, un ejemplar de la revista "Life", que alguien ha dejado allí. Experimento la necesidad imperiosa de que Sylvina repare en mí, que dé muestras de que estoy allí, de que vivo pensando en ella. Y, sin embargo, me siento intranquilo,

recordando a Ana Luisa. ¿Qué hará sola allá? Seguramente se habrá dedicado a trajinar todos los rincones, para descubrir alguno de mis secretos. Secretos que no tengo, que no existen, salvo viejas cartas de otra época, sin resonancia en mi emoción actual.

Estoy mirando las páginas de esa revista y de pronto advierto que no he entendido en absoluto lo que allí he leído. Mi pensamiento está pendiente de Ana Luisa, y, sin embargo, algo me duele agudamente entre los vericuetos del alma. Y en ese algo está Sylvina, con su actitud esquiva, amable y desdeñosa, indiferente y simuladora, como es su costumbre. Estoy tan sumergido en mi abstracción, que no reparo en que Sylvina está a mi lado, con un vaso en la mano. Me lo ofrece con los ojos acariciadores.

—Sírvase, Juanito. ¿Qué le pasa? ¿Es tan intenso el nuevo amor que lo conmueve? Me dijo Marisol que es una muchacha deliciosa. ¡Mírenlo no más!

Me mira sonriendo con una lucecilla burlesca en sus ojos y un gesto evasivo en su boca. Yo le contesto apasionadamente y la voz me sale trémula:

—¡Sylvina! ¿Por qué ese gusto de hacerme bromas tan sin asunto? ¿Debo creer entonces que usted no ha tomado en serio mis sentimientos? Ojalá me pudiera evadir de ellos.

—¿Tanto le pesa quererme?

—No. Lo que me pesa es su frivolidad. No creo que es serio jugar con un amor que se ha apoderado totalmente de mi espíritu.

Va a contestarme, pero en ese momento se acerca Marisol. Riéndose, la toma de un brazo y le dice a Sylvina:

—Oye, oye: apuesto que éste te está haciendo una declaración de amor. A juzgar por la cara dramática que tiene. Pero ándate con cuidado. Yo lo conozco más que tú. Es templado de oficio...

Sylvina se ríe con cierta nerviosidad, que disimula bebiéndose un sorbo de *whisky*. Le cierra un ojo y exclama con voz sigilosa:

—¡Qué falta de tino! Llegaste en el preciso instante en que iniciaba su declaración. Me has hecho perder la oportunidad más preciosa de mi vida. Ya no tiene remedio...

Marisol se ríe gozosa, con el rostro iluminado de simpatía.

—Dame las gracias, por haberte librado de una grande.

¡Si este cargante se hace el de las monjas! ¿No lo ves que sigue con esa cara de pastel hambreado?

—Lo que no sabes, a pesar de que te crees tan aguda —le digo—, es que la única mujer que me inquieta eres tú. Viniste a echarme a perder la confianza. Ahora ya perdió todo su encanto de íntimo secreto, del cual la única depositaria iba a ser Sylvina.

—A mí no me vienes con cuentos románticos. No se te olvide que yo no me vengo cayendo del nido.

Sylvina la mira con expresión de regocijo, y, como es su costumbre, me cierra un ojo antes de decirle a Marisol:

—¡Vaya, esto sí que es gracioso! Tú tampoco tienes por qué agraviar a Juanito. ¿Cómo sabes si eres tú su ideal soñado?

Marisol le dice algo al oído y ambas estallan en una carcajada. Sylvina me mira con afectuosa y burlona picardía.

—¡Me muero! —exclama—, pero no te lo puedo creer. Yo sé que Juan es un amigo muy leal. Muy capaz de heroicos sacrificios.

—Vas perdida, entonces, porque ahora no existe la lealtad. ¡Si éste es una buena pieza! Oye, pero déjate de bromas, ¿tú nos convidaste a cenar? Porque éstas ya no son horas de comida...

—Inmediatamente —exclama Sylvina—. ¿Pasamos, Andrés?

—¡Es una hora muy apropiada! —gruñe don Andrés con retintín—. A este paso, nos encuentra en la mesa el amanecer.

Me siento entre Marisol y la señora de Carmona, que tiene a su derecha al general Sánchez. Marisol me explica que se ha sentido muy mal del estómago. Le han aconsejado los médicos un régimen alimenticio con horas fijas para comer.

—Figúrate si es posible cumplir el régimen. Con lo poco comadrero que es mi marido... Nunca falta una invitación a comer en la semana y a veces dos o tres. Otros días somos nosotros los que tenemos que retribuir atenciones. Una misma se mata por su gusto. ¿Y qué va a hacer?

—Así es —le digo—, los compromisos nunca faltan cuando se tienen tantos amigos. Afortunadamente, no es mi caso, porque he estado viviendo un poco apartado.

Marisol se ríe y me observa maliciosa:



—Claro, si sé que te has puesto de lo más antipático. ¿Y a dónde diantres te lo llevas? Porque supongo que todas las noches no andarás de galán. Aunque en un muchacho como tú todo se explica...

—Te has puesto mala persona —le reprocho afable—. Oye, cuéntame, ¿qué le dijiste a Sylvina?

—¡Tonterías! No irás a creer que te iba a poner mal con ella. ¡Con lo poco que te quieren! Don Andrés y Sylvina no hacen otra cosa que hablar bien de ti. Pero, para que no te quedes con el cominillo, te lo contaré: le decía a Sylvina que era una lástima que te estuvieras poniendo viejo, porque de lo contrario las fuerzas te alcanzarían para las dos. Como tú ves, son bromas entre mujeres, ¡que a lo mejor tienen algo de cierto!...

Se queda mirándome risueña y graciosa y estalla en una carcajada. En ese momento Sylvina se dirige a Palacios, que está sentado junto a la señora de Greene, y le llama la atención diciéndole con voz insinuante:

—Oiga, Walter, usted ni siquiera ha reparado en que su amigo Juan no ha cesado un instante de galantear a su señora. Parece que la está cortejando en forma y que le está yendo muy bien.

Palacios alza su copa y convida a beber. Con su tono habitual de broma, exclama:

—Nada me extrañaría en un hombre tan cumplido como es don Juan. Es su deporte habitual, y yo me felicito de que mi señora tenga tan buen gusto. Yo la apruebo ampliamente. Si piensan en huir, yo mismo puedo ayudarles con el pasaje de ida...

—Juan no acepta ayuda de ninguna especie —exclama Marisol—, ¿qué te imaginas? Es un hombre delicado y orgulloso. Si no es la ida y la vuelta, ¿qué gracia tiene?

—¡Déjalo siquiera que conteste él! —grita arrebatadamente Sylvina.

—¿Para qué? No hay necesidad. Una mujer que ama debe interpretar los íntimos pensamientos del hombre que adora. ¿No es así, Juanito? Habla algo también, pues. No me dejes sola entregada a las fieras.

—Habla tú no más, amor —digo yo siguiendo la broma—. Yo no sabría hacerlo con el encanto, con la divina gracia, con el hechizo con que lo haces tú, amor mío.

—¿Ven ustedes? —dice Palacios—. Ya está todo finiqui-

tado. ¡Y qué buen poeta el muchacho! Yo mismo, si estuviera en lugar de mi amada esposa, no sabría cómo resistirme. Te encuentro razón, hijita. ¡Qué alivio de que calgas en tan buenas manos!

—No cantemos gloria tan pronto —exclama don Andrés—. Hay que ver la parte económica, en qué forma la planteará Marisol para la anulación.

—Nada de anulación, don Andrés —exclama Marisol—. ¿Qué gracia tendría eso? Seremos amantes y nada más que amantes. Yo espero morir abrazada a Juanito, cuando Walter nos dispare todas las balas de su pistola...

—¡Sofiar no cuesta nada! —exclama Palacios—. ¿Tú te imaginas lo que cuestan las balas hoy día para malbaratarlas en esa forma?

La conversación continúa en un ambiente de alegría casi explosiva. Reina, la mujer de Vicente, conversa, riéndose agudamente, con el secretario de la Embajada. Sylvina habla como una cotorra. Celebra lo que ella dice, entre sorbos de vino.

Yo estoy pendiente de mi prisionera. Y pienso que esa comida no va a terminar ni a las dos de la mañana. Afortunadamente, Sylvina invita a tomar el café en el *living*, y allí tornan a desfilar bandejas cargadas de botellas y pequeñas copas para los bajativos.

En ese momento llega Ernesto Undset. Es un hombre jovial y un gran conversador. En sus rasgos predomina la raza alemana, aunque su apellido materno es Aguilera. Es médico especialista en niños, muy solicitado por su clientela.

—Siento no haber alcanzado a comer con ustedes —exclama sonriente—, pero tuve tantas visitas a domicilio, que me demoraron hasta hace poco rato.

—¡Pero si hay comida lista! —exclama Sylvina—. Venga, venga, Ernesto. Yo lo acompaño.

—Gracias, señora —contesta Ernesto, mirándola con sostenida curiosidad—. ¡Usted siempre tan amable! Pero yo comí rápidamente en el club. Me vino a dejar en su coche Alberto Silva, que tiene una chica con amigdalitis. Le insinué que se bajara un momento a verlos, pero andaba muy preocupado con lo de la niña. Es un hombre tan cariñoso con sus chiquillos. Me pidió que les saludara.

—Gracias —dijo don Andrés—. Supongo que no es de cuidado la enfermedad de la niña.

—No... En absoluto. Pero como es tan aprensivo, yo no le insistí. Hubiera estado intranquilo.

—Sí, cierto —dice Sylvina—; mañana voy a telefonarles para saber cómo amaneció.

—Les gustará mucho —aprueba Ernesto, mirando a la joven con sus ojos miopes, iluminados de simpatía—. Y qué linda está con ese traje la señora dueña de casa.

—Oiga, Ernesto, ¿no le queda ninguna florcita para nosotras? —exclama Marisol—. Porque ya Sylvina nos tiene bien "apanuncadas". Ya me están dando ganas de irme. ¿No te parece, Reina?

—Oiga, joven pediatra, no esté perdiendo el tiempo en conversaciones frívolas y triviales —interrumpe Palacios—. En futillezas; les ruego observen mi vocabulario. Yo creo que sería mejor que nos dedicáramos al acto, en el cual usted es maestro tan eximio. Señora dueña de casa, ¿nos podría proporcionar los elementos de trabajo?

—En seguida. Y les advierto que son de primer orden. Recién traídos de los Estados Unidos. ¿Qué tal?

—¡Maravilloso! —dice Palacios, lanzando un largo y ruidoso suspiro—. Como todo lo suyo, hijita. Sabemos bien que nadie la puede superar en encantos y bondades.

Se instalan en la sala vecina. Una pequeña habitación llena de cuadros y deliciosas chucherías. Estatuillas, cajas y cofres de raras y caprichosas formas. Sylvina se instala en una mesa, donde se sientan Reina, Renato y la señora del general Sánchez.

Pienso que éste es el momento propicio para escaparme. Ana Luisa estará esperándome inquieta y triste. ¡Qué ocurrencia la de esta muchacha! ¿Es que está enamorada de mí, o simplemente se ha quedado para comprobar si va alguna mujer a verme por las noches?

Me quedo, sin embargo, un rato, viendo cómo se inicia el juego de la canasta. Crujen los naipes nylon, flamantes. Sylvina los baraja en gran estilo, tomando dos paquetes de cartas que se despliegan entre sus manos como un abanico. Ahora todos callan absorbidos por los detalles del juego.

—¿Quién se repone? —pregunta Reina, recorriendo con sus ojos vivos y penetrantes a sus compañeros.

La única que se repone es la señora Sánchez, que lanza al tapete dos cartas con el tres colorado. El juego se inicia muy difícil, pues nadie tiene las cartas suficientes para ba-

jarse a formar la canasta. Sylvina vive ahora en otro mundo. Totalmente absorbida por el juego. A ratos lanza miradas de entendimiento a Renato, que es su compañero. El mazo de cartas va subiendo y esto les provoca una tensa inquietud. Sylvina no se aguanta y grita:

—¡No vaya a entregar el pozo, compañero, por Dios! Carmona sonríe y tira un comodín al pozo.

—Eso es, así me gusta, compañero. No hemos de darles en el gusto —exclama Sylvina arrebatadamente.

—Vaya —dice Reina, aparentando calma—, alguien tiene que tomarse el pozo. No es para armar tanto escándalo.

Renato dice con aire campanudo y como si rubricara las palabras:

—Estamos jugando, no estamos conversando. Me permito recordárselo, señora.

—¿Ah, sí, no? Y a su compañera, ¿no le hace ninguna advertencia?

—No, porque no la necesito. ¿Verdad, compañero? —grita Sylvina.

Enciende Sylvina un cigarrillo de una cajetilla de Pall Mall, que Renato le ofrece. Y al lanzar el humo hacia lo alto, me mira un brevísimo instante. Su cara inexpresiva me da la sensación de que no me ve y que sólo vive para su entretención del momento. Se me hace odiosa y siento el impulso de marcharme inmediatamente. En ese momento le toca de nuevo jugar a Renato, y Sylvina lo mira con una expresión de ansiedad casi trágica. Este se queda vacilante, con una indecisión que también puede ser una treta.

Sylvina lo escruta con los ojos tan fijos como si estuviera poseída por una alucinación.

—Por Dios, Renato, no vaya a darles el pozo. ¡Me muero!

Reina la mira con los labios desplegados, y, aunque sus ojos son risueños, hay una cierta dureza en su rostro.

—Ya, pues, señor, juegue de una vez.

Entonces Carmona lanza otro comodín, para impedir que Reina tenga opción a tomar el pozo.

Sylvina lanza un verdadero alarido de júbilo.

—Qué bien, compañero. ¡Pero qué bien!

—Sí, pero ayúdeme en algo usted, porque ya las fuerzas me van fallando.

—¡Farsante! —exclama Reina—, tienes todos los comodines y los tres negros.

Con gesto despectivo, Reina lanza una carta y entonces Sylvina da un brinco en la silla.

—¡Pero qué lindo, mi hijita, pero qué lindo! Esto sí que merece un trago. ¡Salud, Renato! ¡Salud! No te enojés, Reina, no te enojés por favor, mi hijita. En la otra te daremos el pozo a ti.

—¡Gracias! Me conmueve tu generosidad.

Sylvina no repara en la intención; está completamente absorbida por su juego. Toma ella el mazo y entonces se baja y comienza a formar las filas de cartas.

—¡Tenemos dos canastas limpias, compañero!

La señora Sánchez sonríe suavemente. Dice sin gran inquietud:

—¡Y nosotras ni siquiera vamos a alcanzar a bajarnos! A lo mejor nos hacen un terremoto.

—¡Déjelos no más, señora! Si ésta es largona que les estamos dando —dice Reina—. Ya verá usted la paliza que les daremos. Y especialmente a esta ansiosa de Sylvina.

—¡Reina! ¿Cómo puedes decir tal cosa?

Sigue haciendo canastas limpias y sucias. Es como si estuviera contando monedas de oro. Tal es la expresión de felicidad de su rostro. En la mesa vecina juegan la señora Carmona, Marisol, Vicente y Ernesto. Este ha hecho un terremoto, y Marisol, que es su compañera de juego, le dice:

—Estamos comenzando. Yo lo siento por la señora Juanita. Por este cargante de Vicente, estoy feliz. Es una lástima que lo tenga de compañero.

Ernesto la mira tras sus lentes gruesos y ligeramente oscuros. Le dice:

—Necesito mayor cooperación, señora. Se distrae demasiado observando a los vecinos.

—¿Ah, sí? Estamos jugando. No trabajando a trato. Si no le agrada su compañera, la puede cambiar. Me pelean, le diré, joven.

—¡Sí, lo sé! Pero me permito llamarle la atención en la forma más afectuosa.

Marisol me cierra un ojo y me dice por lo bajo:

—Anda a jugar, antipático. No te pongas a mi lado, porque me dan ganas de conversar contigo; entonces, mi compañero me reprende: me salió más guapo que si fuese mi marido...

Me voy deslizando hasta dejar la sala de juego. En el gran salón don Andrés conversa con el secretario de la Embajada y con el general Sánchez.

—Perdone usted, don Andrés, que me retire —le digo—; pero tengo dos trasnochadas encima y ando un poco resfriado. Buenas noches.

Don Andrés me mira, escrutándome.

—Lo lamento, Juan. Mañana iré a verlo. Muchas gracias por su compañía. Buenas noches. Vea que Sebastián lo vaya a dejar.

No me agrada molestarles y me voy caminando por la Avenida Cristóbal Colón, con la esperanza de encontrar un taxi. Pero Sebastián, seguramente avisado por don Andrés, me envuelve en la luz de los faros poderosos del gran Cadillac, antes de caminar un par de cuadras.

—¡Don Juan, don Juan, por favor, suba! Mire que si el patrón sabe que no lo encontré, la elevada que me echa es tremenda.

Subo y apenas contesto con monosílabos la conversación que inicia Sebastián. Me voy disgustado. ¡Qué estúpida y poco delicada me parece la actitud de Sylvina! ¿Qué fe se puede tener en una mujer con la cual uno nunca sabe en qué terreno pisa? Es una tontería este dolor. ¿Por qué? Una mujer que extrema su coquetería y trata de dominar a un hombre haciéndole sentir que todos están pendientes de ella, me parece sencillamente tonta, vanidosa, insensible.

Además, ¿qué? En mi casa hay una mujer joven, una muchacha que me espera ansiosa de mis caricias. También es estúpido mi amor propio. ¿Mi vanidad me induce a no agradecer a quien me ama de verdad? ¿A quien me da lo más íntimo de su vida, únicamente por cariño? Y con mayor mérito, cuando por esa portentosa adivinación que da el amor, ella tiene casi la certidumbre de que yo estoy enamorado de otra mujer.

Abro la puerta con cuidado, pensando en que Ana Luisa se ha ido a acostar y puede estar durmiendo. Y así es en efecto. Entro en puntillas y la encuentro con una revista casi encima de la cara. Sólo la luz del velador está encendida. Abre casi en seguida los ojos y en ellos se refleja una expresión de extrañeza, cuando después de restregarse los párpados se queda mirándome asombrada. Se da vueltas en la ca-

ma, y sacando un brazo de debajo de las ropas, lanza la revista a los pies del lecho.

—¡Qué tarde llegaste! —me dice entrecortadamente—. Me dio miedo estar sola y estuve en la ventana esperándote. Casi me fui. Y por último resolví acostarme para no amanecer con sueño. ¿Lo pasaste muy bien, verdad? No te dejaban venir. No te quiero ya. No te quiero. Se me acabó todo el cariño.

Trato de besarla en la boca, y entonces, cual un pájaro zahareño, que se agita y rebulle en su jaula al ver acercarse a alguien, me rechaza con energía.

—No —insiste con los ojos agresivos e inquisitivos, como si tratara de descubrir alguna huella delatora en mí—. No, si ya no te quiero. Es cierto. Andate a la otra pieza para vestirme. No quiero que vuelvas a verme desnuda. Quiero irme en seguida. ¡Andate!

Tiene los ojos tristes y duros. Se ha enderezado un poco, apoyando su cabeza en el respaldo del lecho. Y acaso no advierte que sus pechos, como dos pájaros blancos que se disponen a volar, se asoman por encima del borde de la camisa. La envuelvo en mis brazos, estrechando sus tibias caderas, mientras la beso con dulce arrebató. Reacciona con energía y torna a rechazarme con violencia:

—No quiero; no quiero que me beses. No, nunca más.

Tiro la ropa hacia atrás y aprisiono, entonces, su cuerpo desnudo, que beso con apasionada exaltación. Entonces su voz se torna suplicante:

—¡Déjame, déjame! ¿Para qué me quieres a mí? Déjame, por favor. Si usted es a otra mujer a la que adora. A la que desea con toda su alma... Si yo lo sé... No sea hipócrita conmigo...

No le contesto y sigo acariciándola, y, de pronto, ella me coge del cuello y me atrae para besarme largamente.

—Malo —gime—, malo; eres bien malo. Yo sé que a mí no me quieres.

La cubro de nuevo con las ropas del lecho y me quedo con su cabeza junto a mi pecho. Ella mira hacia arriba y entonces la beso en los ojos.

—Has fumado mucho —le reprocho—; estás pasada a cigarrillo.

—Claro: he fumado todo el tiempo. Porque tenía pena,

porque estaba sola y tú estabas con esa princesa. Ah, me da rabia, me dan deseos de irme inmediatamente. ¿Qué saco yo con quererte?

—Sacarás todo lo que una mujer puede sacar de un hombre; eres tú, en este momento, la única mujer a quien amo.

Se le dulcifican los ojos claros. Me recuerda su color al de los huevitos de diuca de un nido que vi cuando niño. Como una pequeña que pide ternura, me pregunta:

—¿Verdad? ¿Es verdad que me quieres? Bésame. Bésame, aunque te dé asco con mi olor a cigarrillos. Fumé tanto porque estaba pensando en ti. Dime, ¿por qué no venías?

Le cuento que comenzamos a comer muy tarde y que la comida se prolongó demasiado. Que no me podía salir en seguida. Ana Luisa me escucha con los ojos llenos de curiosidad. Me deshace el nudo de la corbata mientras hablo y me desabotona el chaleco. Después me envuelve con sus tibios brazos desnudos y me susurra:

—Ahora no quiero irme. No quiero. ¡Es verdad, viejito! Acuéstate luego. Quiero dormir un rato junto a ti, antes. Pero me dejarás dormir. Apúrate. Me muero de sueño. Anoche le dije a la señora de la residencial que me iba a Puente Alto a alojar en casa de una familia de Chillán. Penso irme de aquí mismo a mi oficina, antes de que llegue la Zoila. ¿O tú no quieres?

¿De qué hablamos durante horas? No lo sé. Sólo sé que están piando los pájaros en el parque, cuando siento que la suave y deliciosa niebla del sueño comienza a envolverme. Ana Luisa se ha dormido ya, con su mano sobre mi cabeza. Duerme como un niño, pues apenas percibo su respiración.

Al día siguiente, cuando entra Zoila con el desayuno y nos ve durmiendo, se torna sigilosa. Vuelve después de un rato, y sin abrir los ojos advierto que trae otra taza más. Me dice con voz afectuosa:

—Ahí queda el desayuno. ¿Lo espero un momento, por si se le ofrece algo?

—Bueno, Zoila —le contesto con la voz adormilada y la lengua torpe—. Espérese un ratito. Tengo visitas, Zoila. ¿No se enoja usted?

Zoila, con la mano en el filo de la puerta, contesta sonriendo afable:



—Yo no me enojo, don Juan. Y qué linda es la visita. Lo felicito.

Ana Luisa levanta la cabeza. Sus dulces y bellos ojos se quedan fijos en Zoila.

—¡Buenos días! —le dice—. Yo la conozco a usted por Juan, que la nombra a cada rato. La quiere mucho...

—Correspondidos no más estamos —replica Zoila, volviendo la cara.

Ana Luisa, ya despabilada, le dice entonces:

—¿Sabe usted que este viejito me robó el corazón? Cuidemelo, ¿no? Pero para mí únicamente.

Entonces Zoila tiene una salida que nos hace reír alegremente:

—Para los dos, pues, señorita. Si yo también lo quiero mucho.

\*  
\* \*

Todo esto era una carta que comencé a escribirle a Rosa Eulalia. En el curso de ella olvidé completamente el objetivo de estas páginas y me acostumbré a escribir diariamente en estos apuntes. Es como si me desahogara haciéndolo. Me doy cuenta de que cada vez estoy más solo. A tal punto olvidé que era una carta, que en ellas he ido vertiendo todas mis impresiones. Advierto una cosa, que leyéndolas me he entretenido. ¿Es que tengo condiciones de escritor? ¿De ser capaz de escribir una novela? ¿O por lo menos un relato?

¡Sería formidable! Cuando pienso en ello, me da un terrible miedo. Muchas veces he sentido la tentación de leérselas a alguien, pero no me he atrevido a mostrárselas a nadie. Ni siquiera a Ana Luisa.

Hace días, casi un mes, que no veo a Sylvina. Don Andrés siempre me visita a pesar de que ya el cuadro terminó. ¡Qué de elogios he recibido por él! Elogios y veladas censuras. Vicente Aspillaga me dijo que él no se había dado cuenta de que era don Andrés a quien representaba.

Reina, su mujer, lo miró con una cara de terrible disgusto, de asombrada extrañeza, y con voz bastante dura le reprochó:

—¿Pero tú estás tonto? ¿Qué es lo que te pasa? Es tan maravilloso el retrato, que da la impresión de que don Andrés se va a poner de pie, para ponerse a conversar.

Vicente enarca las cejas y estira los labios con gesto dubitativo. Después dice con retintín:

—Debe ser así. Yo, como no soy artista, no entiendo nada de estas cosas. . .

—Vaya —replica Reina con vehemencia—, no hay necesidad de ser artista para apreciar una obra así. Basta con tener ojos.

Yo le agradezco su cálido elogio. Me proporciona una honda satisfacción. Porque es una mujer inteligente y culta, además de su belleza, de su vibrante simpatía.

Don Andrés deseaba poner el cuadro en su oficina, pero Sylvina lo disuadió de tal propósito. Y ha quedado en la sala de recibo frente a la luz del amplio ventanal.

Le agradezco su fineza. Al fin y al cabo, el hecho de que el cuadro esté allí es como una permanente propaganda para mí. Me han dicho que lo vio Mr. Strong, y que se quedó maravillado. Habló de que yo debía ir a los Estados Unidos. Con las relaciones que ellos tienen, yo podía ganar dinero a montones. Es decir, dólares. ¡Dólares! O sea, la moneda que gobierna al mundo. A Sylvina, según me ha dicho don Andrés, le insinuó que él estaría feliz si yo me decidiera a hacerle un retrato a su esposa.

Yo me he quedado en silencio cuando don Andrés me ha contado esto. Es una tarde de comienzos de junio, cuando nos hemos sentado a conversar junto al ventanal, por donde el pálido sol de invierno entra a torrentes.

—Strong es una gran persona —me ha agregado don Andrés— y le tiene una profunda simpatía a usted.

—Yo también siento por él un gran cariño —le contesto—. Me parece un hombre excepcional. Bien lo podría comparar con usted.

Suárez se queda mirándome. Ha enrojecido ligeramente. No me contesta y mira hacia el parque, en donde los árboles desnudos producen una sensación de melancólica belleza.

—Gracias, Juan —dice después de un largo silencio—. ¿Y qué proyectos tiene ahora?

—Estoy asistiendo a Bellas Artes —le digo—. Me parece que debo hacerlo antes de emprender alguna otra cosa. Hay que aprender mucho en esto, si uno quiere ser alguien. Y tratar de ganársela al tiempo, antes de que sea tarde.

—Tiene usted lo principal, mi amigo. El talento, la pas-

ta del verdadero artista. Naturalmente que todo cuanto se haga por aprender los secretos del arte nunca está de más.

—Sí, así pienso —le digo con vaga melancolía, mirando hacia afuera. Ahora que los árboles están sin follaje, la mirada abarca un horizonte más dilatado.

—Está muy agradable el sol aquí —me dice don Andrés—. Y su compañía me resulta muy grata aunque no conversemos. Es una característica de las grandes amistades. Tengo que ir a tomar el té con Elcira. ¿Quiere usted acompañarme? Por supuesto, si no tiene compromiso. No lo convidó a la casa porque doña Sylvina iba a ir a un té-canasta de beneficencia. Creo que va con Reina y Marisol. ¡Un té-canasta de beneficencia! ¿Ha visto qué tontería más grande? Como si para ayudar a la gente fuera necesario valerse de todas esas alcahueterías.

Recuerdo que Ana Luisa me ha convidado para ir al teatro y en seguida a comer en el centro. ¡Gran acontecimiento! Es una invitación con dinero de su primer sueldo que recibe en Santiago.

—Voy a recibir un montón de dinero —me dijo, colgándose de mi cuello—. ¿Me prestas tu maleta grande para ir a buscarlo?

—Por supuesto. Siempre que le quede algo adentro. No estaría malo.

—No hay necesidad —me dijo, sacando su pañuelo y humedeciéndolo en su lengua, para sacarme una pinta de *rouge* que me ha dejado en la cara—. Te lo doy todo si quieres. Después de pagar la pensión, ¿para qué necesito más dinero?"

—Muy bien, don Andrés —le contesto—. Me gustaría ver a Elcira. Hace tanto tiempo que no vamos por allá. Sólo que a la hora de comida estoy comprometido.

Don Andrés sonríe afectuoso. No sé por qué esta tarde me siento exageradamente emotivo. Me dan deseos de abrazarlo. De estrechar su pecho entre mis brazos. Me dice:

—Parece que aquellas avecitas de buen plumaje que le auguré le han resultado. Lo felicito, Juan. Mujeres del diantre, nos friegan la cachimba, ¡pero son tan necesarias!

—De veras —le contesto—. Bueno, es un obligado destino del hombre. Porque eso de los maricones debe ser algo muy amargo.

—¡Psh! Imagínese. Preferible enterrarse vivo.

—Voy a hablar por teléfono, don Andrés. Vuelvo en seguida. ¿Quiere ver usted el diario de la tarde?

—Consigo ubicar a Ana Luisa y le explico lo que ocurre.

—Oye, amor, ¿quieres que cambiemos el programa y vayamos después de comida al cine?

—¡Tengo las entradas! —insiste ella.

—Bueno, las cambiamos, mi mocosa. ¿Quieres ser buena y no embromar la paciencia?

—Ya, pues. ¿A qué hora me irás a buscar?

—A las nueve en punto.

Vamos a casa de Elcira, que nos recibe feliz. La encontramos sentada, tocando el piano. Me parece que es algo de Schubert o de Chopin. Yo, en esto de la música, soy como las niñas que leen novelas y jamás recuerdan o tienen idea del nombre del autor. La sala, con muebles y alfombras de un tono azulino, está iluminada por el sol de la tarde. Junto al ancho ventanal que da a un jardín muy cuidado, cuelga la jaula de un canario, que llena el ámbito con sus notas aéreas.

Elcira, cuando nos oye entrar, hace girar el piso del piano y sonríe al vernos. Es una mujer esbelta sin ser delgada. Sus ojos pardos despiden una luz tan viva y cálida, que da la sensación de una muchacha.

—¿Y esto qué significa? ¡El señor don Juan Alsina se digna llegar hasta aquí! ¡Qué acontecimiento tan grato!

Elcira es simpatiquísima. Su cabello negro destaca su tez sonrosada. Viste un traje oscuro. Tiene sobre los hombros una chaqueta de lana, de color gris claro, puesta con elegancia, como al desgaire.

—¡Cómo le va a usted, mi querida amiga! —le digo afectuoso—. ¿Por qué se extraña de verme en su casa? Me figuro que me considera su amigo. Yo creo que es a otras personas a quienes habría que culpar de mis ausencias.

—Ah, sí —exclama ella riendo festiva—, eso debe ser. Porque al pobre ciegucecito hay que traerlo de la mano para que encuentre el camino de esta casa.

Se vuelve en seguida y mira con afecto a don Andrés, que se ha sentado en un gran sillón y la contempla en silencio. Ella le dice:

—Y usted, caballero, ¿por qué llegó tan callado? ¿Cómo

se ha sentido en estos días? Me parece que muy bien. A juzgar por el aspecto.

—Tú sabes que a veces las apariencias engañan. Oye, y no sermonees a Juan por no venir a verte. Voy a ser infidente con él. Figúrate que ha dejado una cita de amor por venir aquí. ¿Te parece poco?

—Al contrario, me parece una suprema distinción con la cual me honra. Muy agradecida, Juan. Me emociona su actitud.

—No es para tanto —digo yo, riendo al ver que se levanta para hacerme una reverencia, desplazando la falda de su vestido—. Lo principal es que me siento feliz de verla, Elcira. Y que el tiempo no camina con usted. Cada vez la veo más llena de encanto y de juventud.

—¡Uf! —dice la simpática mujer, echándose a reír—. ¿Acaso no sabe usted que hay ahora muchas cosas para disimular los años?

Me quedo contemplando un instante a esta mujer de espléndida y maravillosa belleza. No asoma en ella ningún indicio del otoño. La piel tersa de su rostro, su nariz ligeramente respingada, le comunican una gracia singular a su rostro, cuya boca de labios sensuales hace pensar en que el viejo Suárez todavía es capaz de presentar batalla, sin detrimento de sus antecedentes.

—Usted estaba tocando —le observo—, ¿por qué no sigue? En estos tiempos en que sólo se oye la radio o el tocadiscos, es una verdadera fiesta encontrar una persona que demuestre que el piano sirve para algo más que ser un mueble de lujo.

—¡Con el mayor gusto! Usted sabe que no soy como las niñas rogadas. ¿Le agrada Chopin? Pero antes voy a hacer que le traigan un traguito. ¿Usted, Andrés, desea tomar algo?

Don Andrés se queda mirándola largo rato y en seguida le responde:

—Ay, sí. Claro que sí. ¿Sabe usted, Juan, que esta señora cumple años hoy? ¡Uno menos que el año pasado!

—¡Pero qué bárbaro es usted, don Andrés! No le perdono esta mala pasada. ¿Por qué no me lo dijo antes? Hubiera sido tan grato para mí saludarla más a tiempo. Supongo que el abrazo no me lo negará, Elcira.

La estrecho con verdadero afecto. Un perfume muy grato se desprende de ella. A flores, a esencias vegetales. Don Andrés se levanta a su vez y la estrecha largamente entre sus brazos. Ella se desprende con los ojos brillantes. Se sienta e inclina la cabeza un instante. Después murmura:

—Me siento feliz de tenerlos aquí hoy. Tenía un cierto temor de que Andrés no pudiese venir.

Don Andrés extrae de su bolsillo una carta cerrada y le dice:

—Un caballero amigo suyo me encargó que le entregara esta carta. A lo mejor es de amor.

—¡Entonces es muy privada! No la puedo abrir delante de ustedes. La emoción me delataría. Y yo que para llorar soy mandada a hacer...

—A veces el amor hace reír de felicidad —le observo—. Por lo menos, en contadas ocasiones.

Nos servimos unos tragos deliciosos. Son preparados especialmente por Elcira, con jugos de frutas y algunos licores. Brindamos a la salud de ella, de pie, chocando las copas.

Después, Elcira se sienta al piano y nos hace oír varios trozos de música clásica. Elcira es una estupenda ejecutante. En seguida canta una bella canción italiana.

—Esto ha sido en honor de los distinguidos visitantes —exclama—. Ahora voy a guardar mi carta de amor, que leeré esta noche, en el recogimiento íntimo, para saborearla como es debido.

Sale de la habitación y al poco rato vuelve con la emoción reflejada en el semblante. Se acerca a don Andrés y lo abraza besándolo en la frente.

—Gracias, Andrés —le dice con ternura—. No pude resistir la curiosidad y abrí esa carta. Ya estaba maliciando quién era ese enamorado que me escribía. A usted no se le ocurre, ¿verdad, Juan?

—No —le contesto—. No caigo. No es tan fácil de adivinar.

Tomamos el té, conversando alegres. Don Andrés ha salido de su mutismo y, como siempre, cuando está de buen humor, cuenta innumerables anécdotas de su vida de trabajo y de esfuerzo. Me da la impresión de que ésta es su verdadera casa y que allá, junto a Sylvina, está de visita. Claro

que es una visita bastante original, porque dice impertinencias cada cinco minutos.

Nos vamos cuando ya van a ser las ocho de la noche. Don Andrés pasa a dejarme a mi casa. Cuando salimos de casa de Elcira, me dice:

—Elcira es una mujer con algunas cualidades muy valiosas. En el día de su cumpleaños, siempre le agrada estar sola conmigo. Ahora, al salir, me ha dicho: “¡Qué agradable ocurrencia haber traído a Juan! ¡Qué buen amigo suyo es!”

Nos quedamos un rato en silencio mientras el auto corre por la avenida Yrarrázaval. Después me dice, con su retintín característico:

—La señora Sylvina debe estar en los últimos momentos de su piadosa obra de beneficencia. ¡Cómo se sacrifican en esos tés-canastas! Son mujeres capaces de dar su vida en bien del prójimo. Es decir, cumpliendo con las obras de misericordia. ¿No le parece?

Al entrar en el dormitorio veo una carta encima del velador. La tomo sintiendo el pálpito de que es de Ana Luisa, en la que me avisa que no podrá reunirse conmigo. ¡Tienen tantas rarezas las mujeres! O mejor dicho, tantas incomprendiones... Pero no es de ella. Reconozco los rasgos grandes y enérgicos de la letra de don Andrés. ¡Qué curioso! ¿Para qué me puede escribir?

Me quedo meditando con el sobre en la mano y por fin me decido a romperlo. Al desplegar el papel, lo primero que veo es un cheque sujeto a la hoja con un alfiler. El cheque está girado a mi nombre y es por una suma alzada. Por una suma que jamás he recibido yo, de una vez, a lo largo de mi vida. En breves líneas me dice:

*Mi buen amigo: le suplico aceptar ese papelito. No es un pago. Con nada llegaré jamás a retribuir su buena amistad. Si no lo acepta, me ofendería mucho. Y, si por el contrario, lo recibe, me proporcionará una inmensa satisfacción.*  
Suyo,

ANDRÉS SUÁREZ.

Siento que el corazón me late agitadamente. ¡Don Andrés! Me priva de la dicha de haberle hecho ese retrato sin retribución alguna. Pero no puedo rehusarle su envío. Este

es uno de esos ricos que hacen la excepción al proverbio: "Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre al cielo".

En realidad, don Andrés es uno de esos ricos que podrán entrar al cielo, si es que el cielo existe en la forma que lo describe la teología cristiana. Tiene un corazón generoso, o quizás sí, por mejor decir, un alma comprensiva que le permite valorizar los actos en su justa medida. Me asalta el deseo de escribirle una carta, diciéndole que con eso le quita todo mérito a mi gesto. No sé, en realidad, qué hacer. Pero es tan terminante su deseo de ayudarme, que, en definitiva, resuelvo sencillamente darle las gracias. Ese dinero me proporcionará una larga tranquilidad. Pues ya me comenzaba a preocupar el asunto de que me sería necesario dedicarle un tiempo a mi profesión para poder subsistir, sin enfrentarme con angustias económicas.

Sin embargo, el hecho me causaba no poca desazón. Pienso, para aligerarme del peso que me agobia, en que posiblemente sea ése el valor de mi trabajo. Pero, entonces, ¿qué gracia tiene?

Ana Luisa advierte mi preocupación cuando llego a reunirme con ella. A mi vez observo que no está contenta. No llega con su cara de efusiva alegría. Le pregunto:

—¿Qué te pasa, muchachita?

Me mira con sus ojos claros un poco tristes, y como si advirtiera en mí una sombra de inquietud, me responde en son de broma:

—¿Y a ti, qué te pasa, muchachito?

—¿A mí? Nada que me cause daño. Es decir, no sé cómo se pueden tomar las cosas a veces.

Le cuento sin mayores preámbulos de qué se trata. Ella, con la cabeza ligeramente inclinada, alza los ojos y me da un argumento que me sorprende:

—Pero si es tan rico, ¿qué gracia tiene? La gracia es dar cuando apenas se tiene para uno. Además, todo ese tiempo que ocupaste representa dinero que se pudo ganar. En todo caso me parece justo que sea él quien haga el regalo, y no tú.

—Es usted una niña muy inteligente —le digo afectuoso—. Su argumento me ha convencido. Quiere decir que el mío es un asunto finiquitado. ¿Y a ti qué te ocurre?



—Lo mío es un poquito más difícil de resolver. Acabo de recibir una carta de mi papá en la cual me comunica que llegará en estos días porque necesita hablar conmigo. Y voy a tener que ir a la casa, si la mamá sigue mal. Está muy delicada.

—¡Vaya! Qué malo está eso. Lo siento de veras. Pero supongo que no podrás ausentarte por mucho tiempo. Recién llegada aquí a Santiago, tal vez te costará un poco conseguir un permiso.

—Eso es lo que pienso. Tendría que ser sin sueldo. Por cierto que si la mamá sigue mal, debo ir de todas maneras. Así te dejaré tranquilo... Podrás ir todas las noches a comer a la casa de tus amigos, sin que te moleste mi compañía.

Me quedo en silencio. Me fastidia que me hable en ese tono. Advierto lo frágil que es el cariño de una mujer, cuando se viven los años que yo tengo. Se me vienen a la mente algunas amargas palabras de don Andrés.

Pañece que el disgusto detiene el curso de mis ideas, y como el silencio se prolonga, Ana Luisa me dice:

—¿Qué será lo que mi papá necesita hablar conmigo? Se me ocurre que este muchacho que anduvo por aquí le ha dado a entender alguna cosa, relacionada con mi actitud hacia él. O bien, el portero nocturno le ha contado a la señora que yo he llegado al amanecer todas estas noches. No sé qué pensar, pero estoy intranquila. Además, ¿qué puedo resolver, cuando nada tengo que decirles en forma categórica?

Yo la miro hasta el fondo de las pupilas. Ana Luisa toma un cigarrillo y lo enciende, entrecerrando los ojos para disimular la impresión que la domina.

—Bueno —le inquiero—, ¿tú desahuciaste al joven ese? ¿Qué le dijiste?

Se queda ahora mirándome con una sonrisa que apenas se insinúa en su rostro, mezcla de ironía y de agravio.

—¡Vaya!, ¿qué querías que le contestara? Le dije lo que tenía que decirle. Por supuesto, echándole toda la culpa a él. Que como no me había escrito durante tanto tiempo, yo lo había tomado como una prueba de desamor. Y que eso mismo me había indicado que yo no lo quería tanto como para casarme con él.

—¿Y qué te contestó?

—Me contestó una cosa bien divertida. ¿No te enojas si te la digo?

—Díla no más —le respondo, sintiendo que me atraganto.

—Me dijo: “Supongo que no serás tan tonta como para enamorarte de ese viejo que te vino a buscar el otro día”.

Se ríe y se trapica con el humo del cigarrillo, tosiendo durante un rato. Me mira burlona y ello me causa un vivo escozor. Prosigue:

—“¿Quién: don Juan? —le contesté—. ¡Pero ese caballero no es un viejo! Claro que un muchacho no es. Pero a mí no se me ha pasado por la mente una cosa así. ¿Cómo se te pudo ocurrir?”

”Se quedó callado, pero yo me di cuenta de que estaba bastante molesto. ¡Que haga lo que se le ocurra! Pero yo te voy a decir una cosa. No pienso quedarme en Chillán ni por un segundo. Menos si (lo que Dios no ha de permitir) se muere la mamá. Mi empleo no lo suelto por ningún motivo. Además, si ocurriera esa desgracia de que mi mamá se nos fuera, podría ocurrir que mi papá se volviese a casar. ¡Si es un viejito muy frescachón! Se parece a otro que yo conozco.

—Pero ese otro, según tu opinión, no es un viejo.

—No, claro que no. Pero algo sí... Ya, tomemos vino. Tenemos que emborracharnos ahora. No te olvides de que soy yo quien paga todo.

Ana Luisa al poco rato se quita su abrigo. Se ve esbelta y casi demasiado delgada. Come con avidez una media langosta que le han traído. Yo no tengo apetito. Además, lo ocurrido me echa a perder el buen humor. En cambio, Ana Luisa ha perdido totalmente su aire de preocupación. Se bebe una copa de vino, y cuando la orquesta comienza a tocar, me hace una seña con los ojos:

—¿Ballamos?

—Sí, pero después que termines con tu langosta. ¿No piensas ya en ir al cine?

—No pensemos en nada ahora. Sólo en que estamos juntos y en que yo te quiero mucho. Y tú también. Aunque quieras negarlo. Niégalo, a ver si te atreves.

—¿Sabes que me gusta? ¿Por qué voy a negar la verdad? Y tanto es así, que estoy planeando cosas muy serias con respecto a usted, señorita.

Ella deja el trozo de langosta y se queda con los labios

entreabiertos y los ojos llenos de curiosidad. No me pregunta nada, sino que me dice:

—Dame vino. Y ahora vamos a bailar, viejito templado. Aprovechemos el tiempo. Salud, mi amor.

Se toma casi entera la copa de vino blanco y se pone de pie. La sala está a media luz y la orquesta arma un ruido de los mil demonios.

Ana Luisa tiene los ojos brillantes y en la boca un rictus que me llama la atención. Se estrecha a mí y advierto que su sexo me busca, como si estuviera llena de inquietud erótica. Recuerdo a mi amigo abogado y su cuento acerca de aquella mujer que tomaba una actitud parecida cuando bailaba, provocándole tal enojo al marido, "que le quemaba los panqueques".

Ana Luisa de pronto, en un rincón, me besa furtivamente en la boca. Después me dice:

—Oiga, mi viejo feo, adorado, antipático, pesado de sangre y lindo. ¿Qué cosa tan seria ha pensado con respecto a mí? Dímelo, ¿quieres? ¿Has pensado en casarte conmigo?

—Oye, Ana Luisa —le contesto—, ¿tú crees que aquí, dándonos vuelta como un asado, es un sitio adecuado como para conversar de asuntos de esa índole?

Adopta un aire y un tono de muchacha regalona y me contesta:

—¡Bah! ¿Qué importa? Yo quiero saber luego, inmediatamente. Oye, te prometo que si no me lo dices, te doy un beso en la boca aquí mismo, donde haya más luz, para que nos vean. Y se lo cuenten a...

La suelto y le digo con cariñosa autoridad:

—Vamos a sentarnos. Allá conversaremos. No sea tan guagüita.

Al pasar, veo que Renato Carmona con su mujer, y ese caballero diplomático que estaba en casa de los Suárez, también con su esposa, están comiendo en una mesa próxima. Renato me saluda en voz alta:

—Salud, Juan. Buenas noches.

Le digo a Ana Luisa en tono de suave reconvención:

—¿Ves tú como hay gente conocida aquí? Imagínate la idea que se formarían si tú hubieras hecho lo que te proponías.

—¡Vaya! Me encanta tu manera de pensar. ¿Acaso hay

algo de malo en que la gente se quiera? No veo en dónde está el pecado.

Para evitarle un enojo, le digo en tono conciliador y de broma afectuosa:

—Muy bien, entonces. Déme todos los besos que quiera. A mí me encanta. Y me pone orgulloso. ¡Ah! ¿Ves lo que te pasó? Se llevaron tu langosta.

—No importa. Ahora deseo comer otra cosa. Sirvame vino, pues. Usted me prometió que nos íbamos a emborrachar esta noche.

—Sí, pero no tan temprano.

Ana Luisa mira disimuladamente hacia la mesa donde está Carmona con Mr. Greene, y me sorprende ver que éste, de pronto, le sonríe y le hace un afable y reiterado saludo.

—Vaya, ¿conque usted tiene amigos en la diplomacia? —le digo bromeando.

—Sí, éste es uno. Pero tengo muchos otros. ¡Muchos!

Adopto mi estrategia y no le pregunto dónde lo ha conocido. Mas ella, con su ímpetu, con su vehemencia de muchacha, no se aguanta las ganas de decírmelo:

—Es un gringo de la Embajada de los Estados Unidos. La otra tarde estuvo allá en la fábrica, viéndolo todo. Después en la oficina de la gerencia le ofrecieron un cóctel y me convidaron a mí. Me tocó quedar a su lado y parece que me ligó a *full*. A mí también me gustó bastante. Y ese otro tipo que está con él, ¿quién es?

—Renato Carmona, un ingeniero que, según me han dicho, gana mucho dinero. Es el imán de las niñas. Según cuentan las crónicas, todas las mujeres que lo tratan se mueren por él.

Ana Luisa se queda tranquilamente mirándolo, con sus ojos claros inexpresivos en ese momento.

—Es un lindo —me observa—, con el pelo ondeado y los ojos azules. ¡Debe ser más creído de sí mismo ese tonto! No me gusta.

—¡Cuidado! —le digo—, no sea tan arrebatada. A veces es cuando se cambia más pronto de juicio. No hay que escupir para el cielo, porque...

—¡Chis! —hace con esa actitud tan característica de muchacha irreflexiva—. Escupo no más para arriba. Estoy segura de que no me cae encima. No me gustan los rubios.

Ni los hombres que se creen preciosos. Prefiero a un viejo divorciado y antipático, pero que es como una pluma para quererlo. Oye y dime: ¿cómo era tu mujer? ¿Era bonita?

Me quedo en silencio observándola. Come su carne y su ensalada, con gozo, con deleite, tomando de cuando en cuando un sorbo de vino tinto.

—Oye, pues, dime, ¿era bonita tu señora? En ningún caso creo que haya sido tan bonita como yo. ¡Nunca!

—Eso es totalmente imposible —le contesto—. No creo que haya otra que te iguale.

Me mira con cálida ternura. Y es tan dulce, tan seductora su mirada, que me siento emocionado. Después se ríe alegremente.

—¿No es cierto que yo soy muy encantadora?

Le agrada bromear así. Sin embargo, algunas noches me ha dicho: "Me hubiera gustado ser bonita, pero con simpatía. ¿De qué sirve una tonta bonita que no tiene gracia ni para hablar?"

Acabábamos de tomarnos el café cuando veo que Renato Carmona se levanta y viene hacia nosotros. Le presento a Ana Luisa, y entonces él me dice:

—Vengo a convidarlos para que se tomen un traguito con nosotros. Mr. Greene está muy interesado en conversar con esta señorita. Parece que el otro día lo flechó.

—Sí —exclama Ana Luisa—. Y él también a mí. Y allá en los Estados Unidos hay divorcio. La cosa no es tan difícil para solucionar cualquier inconveniente.

—¡Qué arrebató! —bromea Carmona—. No se me ocurría que esta chiquilla rubia, con aire inocente e infantil, tuviese un corazón tan inflamable. Y que Mr. Greene consiguiera éxitos tan fulminantes.

Casi nos sorprende el amanecer allí. Ana Luisa ha tenido un gran éxito con mis amigos. Las señoras la han llenado de expresiones afectuosas, no sin hacerle algunas bromas con respecto a mí. Ana Luisa se comporta con un tino sorprendente. Baila con Mr. Greene y con Renato, durante breves momentos. Después, como la cosa más natural del mundo, me insinúa:

—¿Bailamos, don Juan?

Ninguna vez se ha equivocado, de tratarme de tú o por mi nombre, delante de los demás. Como todas las mujeres, sabe hacer su comedia estupendamente. Se ha bebido un

par de tragos de *whisky*. Le brillan los ojos y parece que su boca está pidiendo un beso. Me dice de pronto mientras bailamos:

—¿Por qué no nos vamos? Tengo que madrugar mañana. ¿Me vas a dejar? ¿O quieres que te vaya a dejar yo? Te da miedo irte solo, ¿no es verdad?

—Sí, me da miedo —digo, apretándole la mano—. Si algo me pasa en el camino, ¿quién puede defenderme mejor que tú?

Al despedirnos, Mr. Greene nos ofrece llevarnos en su coche. Ana Luisa contesta sonriendo:

—Yo estoy a dos cuadras y este caballero me acompañará. Muchas gracias. Buenas noches.

Renato sonríe malicioso:

—¡Qué lástima que sean sólo dos cuadras!

—¡Vaya! ¿Y por qué?

—Porque a estas horas es cuando más deseos dan de conversar. Es la hora en que se comentan las incidencias del día y se hacen proyectos para el porvenir.

Ana Luisa le lanza una mirada desaprensiva y contesta mirando a la señora de Renato:

—¿Qué le parece lo que dice su marido? Yo no pienso ahora sino en dormir. Mañana es otro día y nos quedará tiempo para comentar los buenos ratos que se pasan.

Salgo con la idea de ir a dejar a Ana Luisa, pero ella me dice, apretándome el brazo:

—¿Y para dónde me llevas?

—¿Para dónde? Pues, para tu casa...

Ana Luisa lanza una carcajada y me susurra, acercando su cabeza a mi cara:

—Al fin resultó que fuiste tú el que te emborrachaste. Si yo no vivo ahora por este lado. Si me cambié de domicilio.

Nos encaminamos a tranco largo hacia el parque. Al subir miro la hora en mi reloj de pulsera y digo:

—Van a ser las cuatro de la mañana. Estamos espantosamente farreros, Ana Luisa.

—Sí —dice ella, acercándose a mí, para darme un beso, en el momento en que el ascensor se detiene en el piso—. Oye, ¿pero quieres que te diga una cosa? Anoche leí en un libro un pensamiento que dice que el presente es lo único que existe. Y que el mañana no lo ha visto nadie.

—Hoy ya es mañana...

—¿Sí? Miren qué gracia. Y mañana...

Enciendo la luz del pasillo y ella se queda apoyada en el rincón de la puerta, mirándome con provocadora sonrisa:

—¿Qué te pasa? ¿Te vas a quedar afirmando la puerta?

Me echa los brazos al cuello y, ladeando la cabeza, me besa con ardiente desvarío. Me hace la impresión de que tiene hambre, de que tiene sed.

—Mocosa —le digo—, te quiero mucho. Ven. Vamos, mi hijita.

Sin soltarme del cuello, me dice:

—Me dio reumatismo. No puedo caminar. ¿No ves? Tú tienes la culpa donde me haces trasnochar. El frío de las noches. Si no puedo caminar... ¡Cierto!

Me la echo al hombro casi sin esfuerzo. Es tan liviana, que en realidad me sorprende. Y cuando la deposito sobre el lecho, no me suelta. Me besa con verdadero frenesí.

Sus ojos están trizados por el deseo y su boca la siento dulce y ardiente. Se desprende de mí para respirar, como si estuviera sintiendo un gran cansancio. Murmura entrecortadamente:

—Estoy enamorada de Renato Carmona. ¡Me muero por él! Y no te pones celoso. ¡Tonto no más! ¡Tonto! Quiero una cosa, una cosa que tú no sabes, amor. Una cosa que tú no más me puedes dar.

Me quita la corbata y, abriéndome el chaleco, me abraza suspirando. Se saca los zapatos, apoyando los tacones en el borde del lecho, y me vuelve a acariciar con sus palabras:

—Tengo sueño, amor. Tengo sueño. Quitame tú la ropa, porque yo no puedo. Me estoy muriendo de sueño. Si no tengo fuerzas...

Y esa mañana yo estoy vencido, laxo. Sin energías ni siquiera para enderezarme. El sol entra a torrentes por la ventana cuando la siento incorporarse y vestirse rápida. El perfume de su rostro se me queda en el momento de decirme:

—Me voy, amor. Hasta luego. Hasta la noche.

Me duermo casi en seguida, como si me sumergiera en una espesa niebla.

Oigo entre sueños que Zoila me ofrece el desayuno, y más tardé se asoma para decirme que volverá al mediodía, a traerme un guiso y a arreglar mi pieza. Zoila posee una sabiduría sutilísima. Sabe que, en estas ocasiones, yo le

agradezco que me traiga alguna comida, porque no tengo ánimo para salir a un restaurante.

Me doy un baño largo y me meto de nuevo en la cama. Leo en seguida algunas páginas de "Demian", esa novela de Hermann Hesse de la cual hablan tanto en estos días. Zoila me trae un caldillo de congrio y un estofado de cordero. Siento un apetito voraz y ese almuerzo me parece exquisito. Converso con Zoila, quien me aconseja, entre bromista y seria, que en estos asuntos del amor no hay que abusar. Recuerda el caso de don Antonio Soto, su ex patrón, dueño de la hacienda "Tijerales", en Loncomilla, quien se quedó "como un chiquillo mediano, por propasarse con las mujeres".

—Tuvieron que darle leche de mujer para que pudiera ser hombre capaz otra vez. Y quedarse bien sosegado durante un tiempo largo, para que le volviera de nuevo su naturaleza.

—¡Conque así es la cosa! —comento sonriendo—. No es ninguna broma. ¡Caramba! Vamos a parar el baile este, Zoilita. Tiene usted mucha razón.

—La pelea tiene que ser pareja —me observa maliciosamente—. La chiquilla es linda y ha de ser bien entusiasta para la cuestión. Por suerte lo pilló descansadito a usted. Porque en la de no, va perdido usted, don Juan.

¡Qué razón tiene Zoila! En realidad, siento los efectos de estas batallas. Yo me quedo como si me hubiesen dado una paliza. En cambio, Ana Luisa puede bailar en seguida el mambo durante un par de horas. Para sus veintitrés años, es como jugar una breve partida de pimpón. Le sacaremos el cuerpo. Iremos al cine o a bailar por ahí. Podemos gastar a cuenta de ese succulento chequecito que me dejó don Andrés. Está intacto, pues ni siquiera lo he depositado en el banco.

Zoila me advierte que dispone de toda la tarde, y que piensa encerrar el piso, que ya está pidiendo a gritos una limpieza buena.

—Pero sería bueno que usted saliera un rato para poder trabajar sin molestarlo. Le hace bien un paseo por el parque —me observa con intencionada sonrisa—, para que se reponga. El día está muy bonito.

Hace en realidad un tiempo espléndido. Un tibio sol de invierno les da una belleza poética a los jardines, por cuyos senderos discurren estudiantes, enamorados y muchachas



que llevan de paseo a los niños confiados a su cuidado. Yo no tengo deseos de trabajar y me quedo contemplando la cordillera, cuyas altas cumbres ya se ven cubiertas de nieve. Resuelvo ir a sentarme a leer en un banco donde haya sol, y en seguida pasar un rato al Bellas Artes.

—Muy bien, Zolla, me voy. Sus consejos, hoy día, no pueden ser mejores. Hasta luego.

—Hasta luego, señor. Y no se siga portando mal... Hágame caso...

Al pasar por la portería llamo a la casa de don Andrés. Me contesta casi instantáneamente Sylvina.

—Qué curioso —me dice—, esto es lo que se llama un caso de telepatía. Estaba pensando en qué forma podía averiguar el teléfono de la portería, de ahí de ese edificio, para llamarlo. ¿Por qué no viene para acá un rato?

Le contesto que iba saliendo a dar un paseo por el parque, para aprovechar el magnífico sol que hay.

—Deseaba hablar con don Andrés y por eso llamé para allá. Me interesa mucho conversar con él, aunque sea por teléfono.

—¡Ah —me responde quejosa—, así es que es con Andrés no más su gran amistad! ¡Muchas gracias! Yo estaba feliz creyendo que su llamada era para mí. ¡Pero qué le vamos a hacer! Una nunca sabe cuándo va a tener una decepción.

—Especialmente de mi parte —le digo en son de broma—. Eso debe causarle gran desesperación. Lo lamento bien de veras. Sin embargo, yo abrigaba la secreta ilusión de encontrarme con usted.

—Sí, está bien, componga no más su mentira. Ya no vale. Pero, como no soy rencorosa, le propongo que se venga para acá. No está Andrés, pero llegará a la hora del té.

—Oígame, Sylvina. ¿Quiere que le pida un servicio? Usted que dispone de un auto, ¿por qué no viene hasta el parque? La espero frente a la calle Estados Unidos, pero en el lado que da al río. Avísele a don Andrés y dígame que lo convido a tomar el té aquí, pues tengo a Zoila en la casa.

—Muy bien. Voy a avisarle a Andrés. A lo mejor nos vamos juntos. Puede ser que esté desocupado y pueda salir.

Subo a prevenir a Zoila, que acepta con alegría que-darse. Me pregunta:

—¿Le agradarían los panqueques al caballero? Yo los hago bastante ricos.

Recuerdo de nuevo a mi amigo abogado y me río alegremente.

—Pero siempre que no se le quemén, Zoila.

—¡No, señor, cómo se le ocurre!

No alcanzo a leer una página de la novela de Hesse cuando aparece Sylvina. ¡Qué hermosa la veo en esta tarde luminosa! Hay algo de rutilante en ella. Es como si en los ojos trajera una hebra de luz que va deshilando en la dorada luminosidad. Un traje de paletó gris claro, un pañuelo azul y unos zapatos también en ese tono destacan su elegancia, su gracia.

—¿Cómo le va? —me dice con voz acariciadora—. ¿Qué es de su vida, Juanito? Mírenlo no más, tiene una que venir a verlo. ¿Qué está leyendo?

Me lanza todas sus preguntas sin que alcance a contestarle ninguna. Siento que su presencia le ha comunicado a la tarde un aura de poesía, una esplendidez de tonos aristocráticos en el color de las plantas y de los árboles.

—Asiento, amor —le digo, y mi voz es insegura y conmovida—. ¿Vino en taxi o en autobús?

—Me vine volando —sonríe con tierna voz—. Volando, porque deseaba mucho verlo, Juanito. Volando, volando —repite con traviesa dulzura.

—No me extraña —le digo—. ¿Un ángel de qué otra manera podía venir? La vi que venía en el aire azul dorado de esta tarde tan hermosa.

—Me bajé en la Plaza Italia —me dice—. Tenía deseos de caminar unas cuadras, porque tengo los pies helados. ¡Ay, qué agradable está el sol, Juanito!

—De veras. Y don Andrés, ¿va a venir?

—Sí; le avisé que yo iba a tomar un poco de sol en su compañía, Juanito, y que lo esperábamos aquí. Me dijo que en una hora más vendría a reunirse con nosotros.

Poniéndose la mano sobre la frente, me mira sonriendo. Me cierra un ojo, con esa manera graciosa que sabe hacerlo. Después me pregunta:

—¿Y qué ha hecho usted todos estos días? He estado esperando su llamado. Me parece que la chiquilla esa, con la que sale a comer muy seguido, lo tiene entretenido.

Me quedo mirando hacia el cerro San Cristóbal. El verdor desteñido de los faldeos y la masa oscura de los árboles

tienen una tristeza. El cielo se va tornando azul plumizo, como si el sol no tuviera fuerzas para darle alegría al paisaje. Mi silencio se debe, en gran parte, a que me cuesta mentir con esa seguridad, con ese aplomo que sólo puede infundir la verdad.

—¿De dónde saca usted esa tontería? —le digo—. Esa muchacha es la hermana de un amigo de Antofagasta, y esa noche la acompañé hasta el restaurante, mientras iban a buscar a las demás personas con quienes íbamos a comer.

—¡Juanito! ¡Para mentir y comer pescado hay que tener mucho cuidado! ¿Anoche también estaba usted esperando a unos amigos en compañía de esa misma niña? ¡Ah!, ¿qué me dice de eso?

Me sonrojo como un chiquillo de doce años sorprendido en una mentira. Sin embargo, me atrevo a mirarla con resolución y sorpresa, porque en realidad me sorprende el hecho de que ella se haya informado tan pronto del asunto.

—¡Vaya! ¿Sabe que está bueno? ¡Qué buen servicio de informaciones tiene usted, Sylvina! Nunca me lo hubiera imaginado. Pero, aunque le cueste creerlo, yo no tengo costumbre de mentir. Y la única persona que pudo decírselo es Renato Carmona. Tiene él algún interés especial en hacerlo, por lo que veo. La felicito, Sylvina. Carmona es un hombre encantador. Buen mozo, excelente conversador. Pero si le interesa saberlo, aunque sea por simple curiosidad, le diré que a esa muchacha la convidé yo a comer, porque se va al Sur mañana o pasado a casa de sus padres. Un dato más. Está de novia y yo la he convidado sin otro ánimo que el de pasar un rato en compañía de una mujer joven y alegre. Estoy tan solo, tan desamparado, que de alguna manera trato de suavizar mi soledad. Eso es todo.

—¿Nada más? ¡Pobrecito! Me da pena saberlo tan triste. La soledad me parece que es muy agradable en compañía de niñas que están de novia.

Una luz burlona y traviesa le enciende las pupilas. Me fastidia su actitud. Su tranquilo desdén. Su seguridad para darme a entender que todo eso no la preocupa ni en lo más mínimo. Le digo:

—Sí, así debe ser. Cada cosa tiene una interpretación muy personal. Por lo que veo en usted, no es difícil colegirlo. Ella se torna más efusiva y contesta con vehemencia.

—Es que no entiendo esa soledad de que me habla. Usted sabe cómo lo queremos, cómo lo quiero yo. Sin embargo, se aleja de mí. No tiene ningún interés en verme. ¿O es que en mi compañía persiste su soledad?

Me río sin ganas. ¡Qué deliciosa es su manera de enojarse! Baja los ojos y su boca adquiere un nuevo encanto, al apretar los labios con gesto desdenoso.

—Sylvina —le digo apasionadamente—, ¿qué significa esa amistad tan íntima con Renato Carmona? Fue él quien le dijo que me había visto con esa muchacha. ¿No es así? Por lo demás, usted, la última noche que estuve en su casa, hizo alarde de su intimidad con él. Conversaciones a media voz; expresivas miradas. Abstracción total de su persona, para demostrar que lo único que le interesaba era él.

Se echa hacia atrás en el banco, apoyándose en el respaldo, y se ríe con sonora y alegre espontaneidad.

—¡Tonto, tonto! Me doy cuenta de que eres un tonto. No ves nada. ¡Ay, qué gracioso es todo eso que me dices! ¡Mi intimidad con Renato! Es para morir de la risa. Es como si tuviera intimidad con Pérez, el contador de la oficina de Andrés. Oye, amor, ¿siempre has sido tan tonto, o es que ahora te estás poniendo así? ¿Es con la amistad de esa niña que está de novia? Debe ser muy entretenida su conversación, porque supongo que siempre te estará hablando de su novio. ¿De qué otra cosa, si no?

—Sylvina —le digo con tristeza y acaso con humildad—, no te rías de mí. Tú sabes que te adoro, tú sabes cuánto te amo. Dime, dime por caridad, ¿cuándo vas a venir a verme una mañana? Dímelo, amor. Dímelo, mi adorada. Tú sabes que don Andrés jamás viene a verme a esa hora. ¿Acaso nunca vas a ser buena conmigo? ¿No me vas a dar la dicha con que sueño en cada instante de mi vida? Ven uno de estos días aunque sea para tener unos instantes de tranquila intimidad.

—No puedo —me dice con su risa burlona ballándole en las pupilas—. Esa intimidad se la dedico sólo a Renato.

Se pone a reír nerviosamente y, dándome una palmada en el brazo, me dice:

—¡Qué hombre tan tonto! Nunca me lo hubiese imaginado.

Después se queda pensativa, con los ojos bajos y el rostro inmóvil. Insisto:

—No te burles. Dime, ¿cuándo vas a venir?

Me mira intensamente. Y, en seguida, se queda un instante pensando. Yo siento que mi vida pende de sus palabras. Después me habla con dulzura, evadiéndose, sin embargo, aunque para tranquilizarme me diga lo contrario:

—Voy a ir, Juan. Voy a ir. No me lo exija así de buenas a primeras. ¿Usted no se da cuenta de lo que una cosa así significa para mí? Pero voy a ir, mi amor —se inclina para alisarse una uña y me dice con voz dulce, acariciadora—: Voy a ir, pero tú te vas a portar muy bien. ¿No es así, amor? No me exigirás nada. ¿Verdad?

—Eso lo sabes tú. Tú lo determinarás. ¿Acaso es posible tomar una resolución de esa naturaleza, cuando no sabemos lo que nuestro amor nos exija en esos momentos? Pero, dime, no me contestes así, evasivamente, ¿cuándo será?

Se queda en silencio, mirándome, como si quisiera escrutar el fondo de mi pensamiento. Después me dice:

—Esta semana ya no es posible. Pero en un día de la próxima será. Llegaré cuando menos lo pienses.

—Gracias, mi amor —le contesto. Y en un momento en que no pasa nadie por allí, cojo una de sus manos y la beso—. ¿Te imaginas cuán feliz me harás el día en que seas mía?

—Sí, mi amor, pero usted se va a dejar de esas amistades. No me gustan nada, aunque sean novias a punto de casarse. ¿Qué le habrá pasado a Andrés que no llega? Se está nublando. Estoy sintiendo frío.

Aun no termina de decir estas palabras, cuando el gran Cadillac de don Andrés se detiene frente a nosotros. Desciende él, y se queda un momento hablando con Sebastián. Me adelanto a saludarlo y me mira sonriente.

—¡Qué hay! —exclama con semblante afable—. ¿Cómo le va a usted, Juan?

—Muy bien. Aunque me siento un poco mal. Eso que ha hecho usted me tiene realmente comprometido. Es excesivo, y mi interés por demostrarle mi afecto perdió todo su mérito.

—¿Quiere no hablar tonterías? Si me estima, le ruego no insistir en el asunto. Yo soy su amigo y eso es lo que vale para mí.

—Gracias, don Andrés. Muchas gracias.

—¿Qué hay, Sylvina? Oye, ¿tú le habías dicho a Renato Carmona que iríamos a comer a su casa esta noche? Me llamó luego de hablar contigo. Me parece demasiada lata eso de estar trasnochando noche a noche. Le pedí que me excusara. Como yo no sabía lo que ustedes habían hablado, convidé al general Sánchez para tratar cierto asunto con él. Lo llaman a retiro. Ahí tiene usted, Juan, a un hombre joven, que puede trabajar veinte años más, le pagan para que esté ocioso. El Fisco cobra impuestos a diestro y siniestro para botar el dinero en jubilar a la gente. En mandar señoritos a Europa con sueldos en dólares, mientras aquí, a las industrias y al comercio los consume la anemia y van cada día peor. Yo no me explico qué laya de gente es la que nos gobierna. Lo único que les interesa es tener contentos a los dirigentes de los partidos políticos que los apoyan. En la Cámara y en el Senado despachan leyes a tontas y a locas, sin estudiar antes la manera de financiarlas. Así el país progresa que es un contento. ¡Qué gente! Ese proyecto de Romero Salinas, el senador socialdemócrata, sobre la subdivisión de la propiedad, no es nada más que un montón de disparates. ¿Qué ganan con subdividir la tierra si no tienen cómo darle a la gente los elementos de trabajo? Las máquinas, las semillas, el ganado, se compran con dinero, no con leyes estúpidas, dictadas por gente que no conoce a fondo el asunto. Y esto mismo de los negocios de campo es lo más complicado que existe. Muchos se ensartan, creyendo que el trigo, el pasto, etc., se cultivan solos. Que el ganado se cría en los potreros sin que nadie se preocupe de él. Así es cómo se van a la ruina los que se meten en el campo sin saber nada. Y, a propósito, Juan, quiero convidarlo a ver un fundo que me venden en Linares. Hay allí unos cincuenta mil álamos en estado de explotación y una plantación de pinos que en dos o tres años más estarán en su punto. ¿Qué le parece que nos echemos una andada por allá? Iríamos nada más que nosotros, Sylvina, por supuesto, y el corredor de propiedades. Allá nos esperan los dueños. Si las cosas resultan como me las han presentado, creo que es negocio hecho. Allí es donde quiero meter al general Sánchez. Es hijo de agricultores, criado en el campo, y conoce bien lo que es el trabajo agrícola. Además, es hombre disciplinado, que sabe mandar y hacerse obedecer. El está muy entusiasmado con

el asunto. Ojalá que resulte. Con unas alamedas nuevas que hay allí, creo que tendremos madera para veinte años. Por supuesto que yo voy a estar entonces en el otro mundo. Mas, por ahora, eso me entusiasma, me entretiene. Hay una estación del ferrocarril que no dista más de veinte kilómetros por un camino que se puede arreglar sin demasiados gastos. En todo caso hay que sembrar para cosechar. ¿No le parece?

—¡Ya lo creo! —le digo con entusiasmo—. Ya lo creo, don Andrés.

En el fondo me llena de alegría la idea de ese paseo, en donde por unos cuantos días respiraré el mismo aire que Sylvina. Pienso que será muy agradable, sin preocupaciones de canastas, de tés de beneficencia y de conciertos, en que hay que sufrir el comentario de los *snoobs*, que no saben nada de nada.

—¡Ay! —exclama Sylvina de pronto—, tengo frío. ¿A qué horas nos dará usted, Juanito, ese té que nos tiene ofrecido?

—En el acto, Sylvina. Doña Zoila, que llegó por casualidad, debe tenerlo listo. Vamos andando.

Estamos apenas a un par de cuadras y las caminamos con perezosa lentitud. Sylvina pregunta:

—¿El general Sánchez también irá a ver el fundo? A él le interesará ver todo eso; las casas en donde va a vivir. Porque supongo que irá a vivir allá.

—Por cierto —dice don Andrés—, de otro modo no serviría para nada. Me han dicho que hay unas espléndidas casas de habitación. Y en el primer tiempo es absolutamente necesario que Sánchez esté allá. Hay que arreglar el camino, recibir el ganado y las máquinas. Un mundo de cosas que ver. Como no he hablado con él, no sé si podrá acompañarnos. A lo mejor estará ocupado en los trámites de su expediente de retiro.

—No creo —observa Sylvina—. Cuando tienen interés en producir la vacante de un puesto tan importante como ése, los trámites van como con electricidad. Así le pasó a un primo de Walter Palacios. Ni siquiera supo de trámites cuando lo notificaron de que sus diligencias estaban totalmente finiquitadas.

—Yo creo lo mismo —opino—. En esos grados están los reemplazantes esperando el ascenso en la puerta. ¡Y qué di-

vertidas son estas cosas! En días pasados encontré a Sánchez, aquí en el parque. Iba a una recepción en una embajada. Le pregunté:

"—¿Y es cierto, general, que llaman a retiro a muchos jefes del Ejército? Acabo de leerlo en la prensa.

"—Puede ser —me contestó—. Pero yo soy de la exclusiva confianza del Presidente, y él, en una invitación que nos hizo a tomar el té en La Moneda, me dijo, contestando a una broma que yo le hice, "que sus buenos y probados amigos, el Presidente tendrá cuidado de que no le dejen solo". ¿Cómo se entiende eso?

—¡Uf! —gruñó Suárez, con risa sarcástica—. Pero si ésa es la manera habitual de actuar de los políticos. Ellos están atentos nada más que a su conveniencia del momento. Sánchez me contó que el Ministro le había jurado, por el cariño de sus hijos, que lamentaba en extremo su retiro, pero que no hacía sino cumplir órdenes superiores.

"Y cuando fue a despedirse del Presidente, éste le aseguró que eran decisiones del Ministro. "Usted comprende, mi querido general, que en la difícil situación del momento, no me es posible estarme poniendo yo mismo piedras en el camino. Una crisis ministerial ahora sería catastrófica. ¡Imagínese cómo la aprovecharía la oposición!"

—Esa es la vida de hoy día —comento yo—. La veleidad y la perfidia reinan en todas partes. Por eso, cuando se encuentra un verdadero amigo, hay que cuidarlo como el tesoro máspreciado. ¿No le parece, Sylvina?

Ella me mira con una sombra de agravio en las pupilas. Bien sabe a qué me refiero. Pues, no obstante lo que me aseguró con respecto a Carmona, nada me había contado acerca de esa invitación a comer.

—No sé, Juanito. Ahora tengo mucha hambre y frío. No estoy, en absoluto, en condiciones de opinar.

—¡Por suerte! —exclamó Suárez en el momento en que tomamos el ascensor—. Pero eso dura poco. Ya la veremos allá arriba, con calefacción y buen té, cómo se le van a desarrollar sus facultades intelectuales. Y cómo resolverá los asuntos más enredados con una expedición admirable.

—¡Qué cobardía me parece lo que ustedes hacen conmigo! Dos hombres dedicados a atacar a una débil e indefensa mujer. Es el colmo.



—Es cierto; muy débil. Pero no olvides, Sylvina, que pelear con una mujer es como boxear con la sombra. Uno se cansa hasta lo inaudito y la sombra permanece intacta.

Voy a sacar la llave para abrir, cuando Zolla aparece sonriente y efusiva. Don Andrés, campechano y afectuoso, le alargó la mano con cariño. Le pregunta:

—¿Hay pan amasado, Zoila?

—Sí. De todo lo que a usted le gusta le tengo un poquito.

Sylvina le sonríe, golpeándole el hombro. Evita así darle la mano. Es algo que jamás hace con los sirvientes. Un detalle curioso.

—¿Qué le parece, Zolla? Estamos cebados, por lo que usted ve. Y adivinamos cuándo está aquí. No se enoje, Zoilita, pero me estoy muriendo de hambre y de frío.

—El té los espera. Ojalá que no deje en vergüenza a don Juanito.

Zolla ha hecho prodigios. Panqueques, pan amasado, queso asado y charqui machacado. Seguramente ha ido a prepararlo a su casa. Sylvina sonríe, con el rostro resplandeciente.

—¡Qué simpático es este rincón de su casa! —me dice—. Me recuerda un rinconcito que tenía mi madre, en la trastienda. Una mesa chica, unos pisos bajos y un estante que era un Arca de Noé. La hora de once era lo más que me encantaba a mí, porque el desayuno siempre se hacía a toda carrera. ¿Sabe usted, Andrés, que Juan es un admirable dueño de casa? Si se casa algún día, la señora va a pasar como una reina, comiendo cosas ricas.

—Estamos mejor solos. ¿Verdad, Zoila?

Zolla se ríe afectuosa, y alza los párpados que muestran sus pupilas grises. Es curioso, en una mujer como ella, el encanto, la dulzura plena de simpatía que fluye de ellos. Le pone azúcar a la taza de don Andrés y contesta con una de esas fantásticas salidas que le son propias:

—A mí me encanta que esté solo don Juan. Yo lo quiero mucho, y si se casa me parece que me van a quitar algo de su persona.

Sylvina se ríe, lanzando agudos gritos de hilaridad. Don Andrés también celebra con muy buen humor.

—¡Qué bien, Zoila —exclama Sylvina—, pero qué bien! Oiga, Juanito, ésa es una declaración en forma.

—Sí, pues, así no más es —coincide don Andrés—. ¿Sabe, Juan, que va a ser un problema bien grave si usted se casa un día? Porque Zoila, o se muere de pena o mata a la novia.

Zoila, que está oyendo en la cocina, contesta:

—Yo tengo muchas ganas de vivir, don Andrés. Prefiero matar a la novia.

Entonces, Sylvina forma un verdadero alboroto con sus gritos y risas. ¡Qué linda es esa manera de reírse que tiene! Sonora, cálida, efusiva. Es como si una alegre niña mostrara toda su espontaneidad. Toda su íntima manera de ser. Don Andrés comenta en voz baja:

—¡Qué simpática mujer! Ahí tiene, mi amigo; esto es lo que puede llamarse el salón de la tierra. Lo auténtico sin artificios de ninguna especie.

—De veras —le digo—, en efecto, así es. La gente del pueblo es de una fineza, cuando les toma afecto a las personas a quienes sirve.

En ese momento suena un breve timbrazo. Me da en pleno corazón. Como siempre, se me ocurre que es Ana Luisa, que viene a decirme algo. Debo haber puesto una tremenda cara de circunstancias, porque Sylvina me mira con una sutil sonrisa de ironía. Zoila me trae un sobre y yo digo:

—Con permiso, voy a ver de qué se trata.

Abro la carta y leo dos líneas de Ana Luisa.

*Mi papá llega esta noche por "el último tren de la noche". Alrededor de las ocho iré a verte. Espérame. Mil besos.*

ANA LUISA.

Doy una propina y le digo al mensajero en voz alta:

—Dígale que está bien.

Vuelvo a sentarme, ahora tranquilamente. Son las seis de la tarde. Y eso calma mi inquietud. No sé cómo miento con gran desparpajo.

—¡Divertido! —comento—. Es un muchacho a quien conozco desde niño. No lo veo nunca. Pero cuando desea pedirme una pequeña suma me escribe diciéndome que necesita hablar con urgencia conmigo. Casi siempre es para tratar de negocios, que son, según él, de gran importancia. Negocios que nos darán dinero a montones. Después de explicármelos, termina pidiéndome cien o doscientos pesos.

Por suerte es muy poco y no lo hace muy seguido. Después, se pierde por meses. Pero al despedirse, nunca deja de decirme: "El lunes próximo vendré a pagarte todo. Sin falta".

"Yo creo haberle contado en varias oportunidades que anulé mi matrimonio. Pero jamás deja de decirme: "Mis respetos a tu señora".

—¡Qué cómico! —exclama Sylvia—. En realidad, todos los sablistas tienen su aspecto humorístico.

—Y lo curioso es —agrega don Andrés— que son admirables narradores verbales. Cuentan su historia, casi siempre dramática, con un cúmulo de detalles totalmente inventados en el momento mismo en que están hablando. Conoció a un abogado, que fue profesor universitario. Era un fabulador portentoso. Y en muchas ocasiones le salían asuntos maravillosos. Si alguien hubiese podido captarlos, ya sea en una síntesis, o bien en una versión taquigráfica, me parece que hubiera resultado una verdadera pieza literaria.

"Yo siempre lo escuchaba con verdadero interés, pues el tipo tenía un talento extraordinario. Pero ocurría que, a veces, tenía algo urgente que hacer y entonces le decía:

"—Oye, perdóname que no te siga escuchando, pero tengo hora donde el médico y ya casi estoy en ella. Excúsame, pero dime, ¿no se te ofrece algo? Tú sabes con qué cariño te sirvo. Ten confianza en mí, es la mejor prueba de amistad que me puedes dar.

"—Sí, en realidad —tartamudeaba él.

"Era un hombre honorable y fino. Delicado y muy suave de maneras. Yo le daba siempre veinte veces lo que él se atrevía a pedir. Era morfinómano. ¡Qué lástima de inteligencia tan perdida! Tengan presente ustedes que, siendo un mozo de treinta años, fue Ministro de Estado. Figúrese usted...

"Es triste —continúa don Andrés—, pero es como ver a un hombre evadido de la realidad, que anda por las calles, elabora proyectos y vive aferrado a su quimera. Tienen una curiosa inteligencia. Renuevan sus amistades, las manejan sin molestarlas al principio en lo más mínimo. Hacen calendario, su calendario, y entonces estudian la manera de que cada una de las personas a quienes les dan el sablazo, no lo sienta como cosa cotidiana. Les aplican turnos muy bien espaciados.

Yo me quedo abstraído, pensando en que, con motivo de la mentira que acabo de echar, se ha promovido una larga conversación, bastante interesante. Se me figura a ratos que Ana Luisa va a llegar de repente diciéndome: "Me desocupé antes de la hora y me vine corriendo".

¡Qué lindo papel haría entonces yo! Pero no pasa nada de eso. Don Andrés tiene una sesión a las siete de la tarde en las oficinas de la Sociedad Agrícola.

—¡Qué lata! —rezonga—. Tan agradable que estaba la conversación y no tengo otro remedio que irme. Me comprometí asistir a esa reunión. Si tiene tiempo y ganas, ¿por qué no va a comer con nosotros?

—Muchas gracias. A lo mejor me tienen por allá esta noche.

Don Andrés pasa al *toilet* y entonces le digo a Sylvina:

—¿Cumplirás tu promesa, amor?

Ella asiente, moviendo la cabeza y bajando los párpados, con gesto expresivo.

—Todos los días te esperaré. No me hagas sufrir. Ven cuanto antes.

—Síiii —dice ella en voz baja, alargando traviesamente la palabra—. Pero te vas a portar bien, ¿no?

Se marchan y yo me tiendo en la cama a soñar con ese glorioso instante, con ese momento en que ella será mía sin rehusarme nada. ¡Qué maravilloso será sentirla entre mis brazos! Me quedo mirando el florero, en donde hay dos rosas enormes. De pronto cae un pétalo de una de ellas.

"Sí —me digo—, ella será como esa rosa. Sabrá lo que es deshojarse entera en un ritmo de dicha infinita."

Me quedo largo rato imaginando una serie de circunstancias relacionadas con ese momento en que ella vendrá a demostrarme su amor. La imagino sentada sobre mis rodillas; tendida en el lecho junto a mí. Desnuda totalmente entre mis brazos. Y esto me hace arder la cabeza y me enciende la sangre.

"¡Qué estupidez! —exclamo, poseído de furia—. ¡Qué gran estupidez! —vuelvo a repetir—. ¿Hasta cuándo voy a dejarme llevar por esta obsesión?"

Me enderezo a buscar los últimos números de la "Revista de Arte". Uno de esos números trae un estupendo análisis de la obra de Renoir. El autor es un francés que ha

estudiado a fondo la pintura impresionista. Me entretengo después largo rato, hojeando un libro precioso, en el cual vienen reproducciones de Matisse, de Cézanne, de Manet y de otros pintores de esa época.

Vuelvo a tenderme en la cama y no sé cómo, a influjos del agradable calorcillo que reina en la habitación, me quedo profundamente dormido. Suena de pronto el timbre, y, en ese sueño tan pesado, el campanilleo es como si despertara sensaciones oníricas. Sólo cuando la metálica vibración se prolonga, vengo a recobrarme y salgo tambaleándome a abrir la puerta.

Allí está Ana Luisa, mirándome con ojos extrañados y no sin cierto disgusto reflejado en el rostro.

—¿Qué te pasó que no abrías nunca? Creí que no estabas...

—Me cogió el sueño mientras leía —le contesto—. Tan dormido estaba, que no podía darme cuenta de que era el timbre el que sonaba. Entra, entra. Estoy ansioso de saber qué te pasa. Aunque supongo que tu papá no te lo habrá explicado en su carta.

Ana Luisa me lanza una mirada rápida y sombría. Después se queda con los ojos sin brillo, como si no encontrara en dónde posar su mirada.

—Ese tonto canalla que estuvo aquí debe haberle llenado la cabeza de estupideces a mi papá —me dice por fin con lenta voz. Su rostro está nublado por la preocupación que la posee.

Le cojo la cara entre las manos y le doy un beso. Pero se aleja de mí, con visible desagrado.

—¡Vaya! —le observo—. ¡Esto sí que está bueno! Estás armando una tempestad en un vaso de agua, ¿qué podría decir de ti? ¿Que no lo quieres? Pero si eso pasa todos los días en los asuntos sentimentales.

Permanece de pie en el pasillo, con la cartera entre las manos, y su aire de cavilación.

—Venga —le insisto—, venga a sentarse y conversaremos. ¿A qué conduce estar haciendo dramas así en el aire?

Se sienta casi en el borde de una silla, en la actitud de una persona que se dispone a partir en seguida.

—No sé —murmura vacilante— qué es lo que pasa. Pero mi papá es muy caprichoso. A lo mejor se le ocurre que me

vaya con él y renuncie a mi empleo. Pero no se lo voy a soportar por ningún motivo. Ahora, si de ahí de la residencial le han escrito diciéndole que yo salgo todas las noches contigo, le voy a decir que estuve atendiendo a tu mamá. ¡No se va a poner a averiguar! En eso yo no le admito imposiciones. Lo único que me afligiría y me resolvería a irme a Chillán, por unos días, sería la enfermedad de mi mamá.

De pronto lanza su cartera sobre la mesa y se quita el abrigo. Sonríe entre triste y amorosa, y se queja regalona:

—¡Tengo hambre! ¡Por Dios! Ya me muero de fatiga. Con ese almuerzo de la residencial a una no se le calientan ni las tripas. ¿No es cierto? No sirve para nada. Voy a buscar otra parte en donde "el pienso" sea mejor. Mi papá dice así. ¡Viejito del diantre que me tiene preocupada! Oye, ¿tú no tienes nada para convidarme?

Miro mi reloj y veo que van a ser las nueve de la noche. Le propongo:

—Comamos aquí. Pediré por teléfono dos comidas a un restaurante. ¿Qué te parece? Déjame festejarte esta noche. A lo mejor te vas a Chillán y no te veo en un mes.

Le brillan los ojos de alegría. Se viene hacia mí y se sienta en mis rodillas, para juntar su rostro al mío.

—Tengo fastidio, tengo rabia. Oye, ¿se demorarán mucho en mandar la comida? Anda a pedirla en seguida. Y un postre. Castañas con crema. Me encantan.

Comemos con buen apetito. Ana Luisa se siente feliz, comiéndose un pedazo de pavo con apio. Bebe unos tragos de vino tinto y me invita a chocar las copas. Toma la botella de vino y le mira la etiqueta.

—Me gusta este vino —exclama—. Le calienta bien luego el cuerpo a una. Es rico, ¿verdad?

—¿Tú vas a ir a la estación a esperar a tu papá? —le pregunto.

—No sé —responde dubitativa—. Creo que no. Me voy a ir a acostar, mejor. Lo esperaré leyendo. ¡Tengo unos deseos de saber a qué viene! Mañana, bien temprano, cuando me vaya a la fábrica, te pasaré a contar lo que ocurre. ¿Me convidas a tomar desayuno?

Después de comida rehusa servirse una taza de café. Bebe una copita de pisco con *apricot*, combinación que ha inventado ella y que le parece estupenda.

—¡Es rico! —dice con los ojos iluminados—. Toma, pruébalo. ¿Verdad que es exquisito? Ay, qué bueno sería quedarme aquí! Hace frío afuera. Y allá en mi pieza estoy tan sola. Quiero llevar un libro. ¿Vamos a buscar alguno que sea bien entretenido? No estoy ahora para leer libros difíciles.

Entra al dormitorio y se lanza sobre la cama. Se tiende dándome la espalda.

—¿Y el libro? —le pregunto.

—¡Ay, búscalo tú! Tengo flojeritis aguda. Me dio sueño con el trago. Oye, ¿por qué no vienes a tenderte aquí a mi lado?

Me tiendo junto a ella y se estrecha junto a mí. Me toma de una oreja y se queda mirándome.

—Oyeme —me habla con cierta emoción—, tú no me dices nada. Nunca me explicaste aquellas cosas serias que ibas a hablar conmigo. No te volviste a acordar. ¿Por qué no me lo dices ahora?

Me quedo en silencio, sin deseos de comprometerme. Siento acaso el cansancio amoroso de tan reiterados encuentros. Sin embargo, me emociona verla con los ojos llenos de inquieta curiosidad. De apremiante anhelo.

—Bueno, no sé qué deseas. Dime con franqueza qué quieres de mí.

Una ráfaga sombría le nubla las pupilas. Mira hacia el cielo raso y me contesta esquivando el rostro:

—Es que tú no me quieres —dice con la voz temblorosa—. Si me quisieras, me dirías lo que piensas de mí. Yo soy joven y podía ser tu...

Se calla y veo que las lágrimas le surcan el rostro. La enlazo para acariciarla y le digo con ternura:

—¿Pero qué te pasa? ¿No sabes que yo siento un gran cariño por ti? Me parece que debías darte cuenta de ello.

Entonces estalla en sollozos. Nunca la había visto llorar y me conmueve; me duele, me siento culpable de su dolor.

—Un gran cariño... Un gran cariño... —murmura sollozando—. Yo sí que siento un amor inmenso por ti. No te pedí nada cuando fui tuya. Nada, mi hijito. Pero ahora me asusta saber que no me liga a ti sino el amor que te tengo. Yo quisiera ser tu mujer. Para acompañarte, para cuidarte, para vivir pendiente de ti. Y no me dices nada... Nada. Porque sigues enamorado de esa otra mujer que no

te quiere. Porque yo sé que no te quiere. Y yo sería tan feliz de poder decirle a mi papá alguna cosa con respecto a mi amistad contigo.

Me sorprende a mí mismo la frialdad con que le contesto:

—¿Qué te agradaría decirle a tu papá? ¿Que yo soy tu novio? ¿Que estamos pololeando? ¿No te parece que resulta un poco ridículo?

—¡Psh! No veo por qué. Sin embargo, me parece que sería muy agradable para mí contarle que soy tu amiga, que simpatizamos, y que si en un tiempo más, tomando en cuenta nuestra diferencia de edad, este cariño se afianza, tú estás dispuesto a formalizar un compromiso conmigo.

—Vaya, ¿sabes que no está mal tu idea? Me parece que eso se lo puedes decir, pues, precisamente, tú has interpretado fielmente lo que he pensado. Eres muy inteligente, mocosita.

Se le iluminaron los ojos y en todo su rostro florece una dulce expresión de emocionada alegría. Me besa sin provocarme, sin incitarme. Después su rostro tibio se acerca al mío y me dice:

—Gracias, mi amor. Gracias. ¿Tú eres bien sincero al decirme esto? ¿Te sientes feliz de pensar en que yo pueda ser tu mujer para siempre?

La tomo delicadamente de las orejas y la miro un largo rato.

—Sí —le contesto—, me agrada pensar en que seas mi mujer. Tengo confianza en ti.

Me echa los brazos al cuello y me acaricia con sus palabras.

—¡Oh, qué feliz me siento! ¡Qué dicha tan inmensa es para mí oírte esto!

Después se despidió de mí, diez veces y torna de nuevo a hacerlo, juguetona y dichosa. Yo siento un agrado, una inexpresable sensación. No me doy cuenta de que estoy jugando al borde de un precipicio, al cual me puedo lanzar sin darme cuenta. Sin advertirlo, acaso. En el fondo, me siento indigno. Me gusta esta muchacha, me agrada poseerla, pero tengo en lo íntimo la convicción de que su amor hacia mí durará en ella lo que una ráfaga de primavera. Yo que me considero un hombre íntegro, serio, honesto, ¿por qué juego de este modo con el amor? Y si esta muchacha me ama de veras, ¿cómo voy a salir del paso?



Recuerdo aquella novela "Tigre Juan", que leí hace tantos años. Veinte, treinta, quizá. Tigre Juan amaba con ese amor infinito que es capaz de sacrificarlo todo por una mujer. Concebía el amor humano como un lazo imposible de romper. Y también incorruptible. Ningún otro cariño podía interferir a ese que le estaba apretando el corazón como una mano fresca y odorosa, también dura y fuerte, como para no soltar nunca.

En cambio, ¿qué es lo que me ocurre a mí? Amo a Sylvia, y sin embargo me atrae el encanto de otra mujer. ¡Puedo hacer la comedia! Y lo más curioso del caso es que en esos momentos me parece que obro con gran sinceridad. No entiendo, no me explico qué rara inquietud o qué caprichoso impulso me incita a obrar así. Más extraño y curioso es aún el hecho de que cuando estoy con una, me olvido totalmente de la otra. Me quedo sumergido en largas cavilaciones. Fui siempre un monógamo. Un hombre apasionado que sufría, más que lo que gozaba con el alma. Porque siempre he padecido de celos incurables. Una mujer que falta a una cita me hace extraviarme en un intrincado laberinto de dolorosas conjeturas. Todas las mujeres sienten la propensión a no cumplir un compromiso. A ser informales hasta lo inaudito. Y luego dan las disculpas más pueriles, excusas que sólo ellas pueden valorizar. Aurora Rossi fue la única excepción. Se comportaba siempre con una seriedad no habitual en una mujer. Y cuando alguna circunstancia insalvable le impedía acudir a una cita, siempre encontraba el medio de hacérmelo saber. "No me gusta que me torturen —decía con su linda sonrisa de sol en medio de las flores—, y por eso lo evito con el ser a quien amo."

A mí me parece que Ana Luisa se parece a Aurora en esa cualidad. Pero ¿se puede asegurar que sea siempre así? Nuestro amor ha sido como una tempestad de verano. Como una embriaguez súbita y frenética. Sin embargo, algo me dice que no hay en ella una condición de persistencia en sus afectos.

"Después de conocer a Renato Carmona, me ha preguntado dos o tres veces por él.

"—Es un gran vanidoso. Yo no me enamoraría nunca de un hombre así.

"Y a la noche siguiente, mientras comemos, me ha dicho como si ello no le importara un comino:

"—Bueno, ¿y será cierto que Carmona tiene tantas amantes?

"—No sé —le contesto secamente—. ¿Cómo puedo saberlo? Tendría que andar en aventuras con él. ¿A ti te interesa?

"—¡Mucho! —dice con sonrisa burlona, lanzando el humo de su cigarrillo—. Me preocupa en extremo.

"—Haces muy bien. Vale la pena.

"Me mira con desdén y una sonrisa de desprecio se le insinúa en el rostro. Después, hábil y zalamera, insinúa la coartada:

"—Te lo pregunto porque no me gusta que andes en su compañía. Cuando dos hombres se juntan a menudo, casi siempre hay también dos mujeres con ellos.

"—Sabes mucho —le digo—. A mí no se me ha ocurrido nunca eso. Ni tampoco he tenido la experiencia suficiente como para deducir un axioma tan terminante."

No sé por qué razón viénesse en ese momento a mi mente el recuerdo de que Ana Luisa ya conocía el amor antes de entregarse a mí. Jamás le pregunté nada a ese respecto. Una de esas noches que ella se quedó en mi casa, me dijo:

"—Una mujer es virgen hasta el momento en que sabe lo que es el verdadero amor...

"Yo no repuse nada y la miré de soslayo. Después de un prolongado silencio, le observo:

"—Es posible. En esta vida todo es posible.

"Ana Luisa se queda seria, fumando nerviosa.

"—¡Me parece a mí! —insiste vacilante—. Una mocosa no sabe lo que hace cuando las circunstancias la requieren. Es la parte animal del contacto de dos sexos. En cambio, cuando el cariño la hace vibrar a una, es como conocer otra vida.

"Se sonroja hasta el pelo. Y se vuelve para quedarse con la cara sumergida en la almohada. Largo rato permanece así. Después retorna a mirarme con una gran dulzura reflejada en el semblante y me dice:

"—Te quiero mucho... ¡Verdad! Soy feliz cuando estoy junto a ti."

Es una explicación simple y decorosa. ¿A qué relatar la eterna historia? Es casi siempre parecida.

Pienso en las mil incidencias que ocurren a lo largo de

una amistad amorosa. Durante un par de horas, por lo menos, trato de leer un libro de Wilhelm Waltzhold, "Tú y el Arte", que, como lo indica el subtítulo, es una introducción a la contemplación artística y a la Historia del Arte. No entiendo nada de lo que leo, aunque el asunto me interesa en alto grado. De pronto, un gran golpe en el suelo me indica que me he dormido y el libro se me ha resbalado de las manos. Sin embargo, en el sueño sigo repitiéndome una frase que, al pie de la reproducción de un grabado en madera, se lee en una de sus páginas:

"Quien al poeta quiere conocer, por el país del poeta ha de viajar".

El grabado representa al emperador Maximiliano entrando al taller de un artista.

Me quedo, quizá si horas, divagando en el sueño, con la frase en cuestión. En el influjo que el arte ejerce sobre la vida humana.

"Me duermo por fin, y sueño que estoy junto a la ventana contemplando el retrato de Sylvina. ¡Qué maravilloso es! ¿Cómo es posible que yo lo haya ejecutado? ¿Entonces es verdad que yo soy un gran pintor?"

"Igual que en ese grabado en madera, en el cual el emperador sorprende al artista totalmente abstraído en su labor, yo, asimismo, me quedo sumergido en la obra que acabo de realizar, y no siento los pasos de un hombre que acaba de penetrar al taller. Se queda frente al cuadro, deslumbrado, en ese silencio extático que nos produce una gran emoción.

"Experimento un placer infinito al darme cuenta de que alguien, que no sea yo, se sienta poseído por una admiración indecible. Casi no me atrevo a mirarlo. Tengo miedo de decepcionarme; de que no sea una persona que en realidad posea cultura y sensibilidad como para que represente un valor esa admiración. Inmóvil, poseído totalmente por el éxtasis, ni siquiera repara en que yo estoy ahí. ¡Yo, que soy el autor, el creador de esa maravilla! De súbito, una fina hebra de sol rutila sobre la tela. Ilumina los ojos y les infunde color y animación a esas pupilas.

"—Es sencillamente admirable —dice ese hombre que ha penetrado en la estancia—. ¡Admirable, admirable! — exclama con la voz cálida y entonada.

"Entonces yo me atrevo a mirar al visitante. Al comienzo no reconozco los rasgos de su rostro. ¡Pero si es un amigo mío! ¿Por qué no sé quién es? En ese momento el hombre sonríe con afecto, con alegría efusiva.

"—¿Estás contento? —me pregunta—; tienes que estar muy contento —agrega.

"Sólo cuando me habla, me doy cuenta de que es Walter Palacios. Walter Palacios que ha penetrado en la habitación sin que yo sepa por dónde. Ni siquiera se me ocurre preguntárselo. Pero atento a aquello que halaga mi sensibilidad de artista, lo interrogo con inquieta ansiedad:

"—Te gusta, ¿verdad? Te gusta mucho, ¿no es cierto?

"—Sí —me dice sin mirarme, como si la fascinación que lo absorbe no le diera ánimo ni siquiera para moverse.

"—Estas son las obras que sólo pueden realizar los escogidos, aquellos que en cada partícula del cerebro tienen un destello del alma.

"Palacios, en ese momento, no tiene ese aspecto del hombre en permanente actitud de broma, de travesura. Permanece grave, y en sus ojos pardos hay una dulce expresión de afecto. Me dan deseos de decirle muchas palabras cariñosas, húmedas de emoción. Pero no puedo hablar. Siento que mi espíritu está lleno de música, de armonía, de deleitables disonancias. El sol abre su abanico de oro sobre la tela y yo me apoyo en la ventana. Me da la impresión de que nos posee un transparente y musical silencio.

"Y de súbito, desde el piso de abajo, se encumbran, en una escala de melodías, las notas del Preludio de Chopin. Es una ráfaga, es un viento desatado en claras notas. Luego es la tempestad que ahuyenta al sol hasta un horizonte de bruma triste y dolorosa. El alma se desgarran en mil variaciones melódicas. Es el amor en todas sus fases, en todos sus motivos emocionales. Larga desgarradura, como el ludir de los alambres que cruzan una selva en donde se rompen los relámpagos, en fugaces y lívidas llamaradas. Y la música adquiere de súbito un ímpetu atronador. Es el frémito de cien potros desbocados con las fauces al viento y las melenas flameando como banderas de guerra. Es el dolor de amar, despedazado por la duda, por los celos, por la perfidia y la veleidad. Y en esta explosión inaudita de desesperación, todos los sentimientos se rompen como altos ventanales que trizara y despedazara el trueno.

"Pero la tempestad pasa en una especie de moviendo apasionado, de andante traspasado por el oloroso viento de la primavera. Y luego el cielo está azul. Unas nubes rosadas lo cubren, un aire tibio juega y conversa con amor bajo las ramas florecidas de muchos árboles, que acaban de vestirse de flores rosadas y blancas. Esteros claros, risueños, juguetones, se desmelenan corriente abajo. Es un canto de triunfo. Es una canción de ventura nupcial. Es el amor que entona su armonía de ensueño."

Me doy vueltas en el lecho y entonces advierto que he dormido hasta muy tarde. Unas franjas de sol cruzan la estancia. Veo que está mi taza de café con tostadas encima del velador. El libro que leía, Zolla lo ha puesto sobre los que están arrumados junto a la pared. Me quedo un rato pensando en el sueño que he tenido y no sé precisar si es la sensación de un estado onírico, o es que en realidad por la mañana he estado oyendo la música de alguna radio de la vecindad.

Pruebo la taza de café y está helada. Debe ser ya muy tarde. Bueno, ¿y qué es lo que pasó? ¿No iba a venir Ana Luisa a contarme el motivo del viaje de su padre? Seguramente no ha tenido tiempo. Es probable que el papá la haya acompañado a la fábrica en donde desempeña sus labores de visitadora social. A lo mejor es una persona muy exigente y no la va a dejar ni siquiera un momento sola. Querrá acompañarla a todas partes.

Me levanto de un salto para ir al baño y a calentar en seguida mi desayuno. Y en ese preciso momento suena el timbre, breve y seco, tres veces seguidas, como lo hace el cartero. Me dirijo a abrir la puerta, creyendo que es él. Y entonces me encuentro con Ana Luisa. Entra arrimándose a la pared, con la cara triste y los ojos nublados.

—¿Qué hay, qué te pasa? —le pregunto con vivo interés—. ¿Llegó tu papá?

Se queda abstraída, con los párpados bajos y el rostro sombrío. Después abre la cartera para sacar un cigarrillo. Lo enciende y se queda mirándome con aire indeciso y pre-ocupado.

—Pero dime, de una vez, qué es lo que pasó —la apremio con creciente curiosidad.

—Viene a buscarme y quiere que me vaya en seguida.

Hoy mismo. Que pida permiso sin sueldo y partamos esta misma tarde.

—¿Es que tu mamá sigue muy mal?

—No. Al contrario, sigue mejor. Pero dice que hay un asunto de familia que es urgente resolver. Y que no se puede solucionar sin mi presencia. Hemos estado discutiendo toda la mañana y no ha querido explicármelo. Se ha empeñado en decirme que sólo allá lo sabré. Que antes no me lo puede revelar. ¡Yo no sé qué diantres será!

—¡Vaya, qué curioso! ¿Pero en su ánimo no has notado ningún indicio de que él se haya impuesto de tus salidas?...

—No, nada. Por el contrario, más bien me ha estado suplicando que no le ponga obstáculos. Que se trata de algo para bien mío y de toda la familia.

—¿Y dónde está ahora?

—Se fue a hacer unas compras y a hablar no sé con quién, al Ministerio. Me pidió que estuviera lista para que nos vayamos en el tren de las dos de la tarde. Yo le dije que eso no podía ser y que me era imposible viajar hoy. Que lo haría mañana.

Ana Luisa asoma la punta de la lengua para sacarse una partícula de tabaco que se le ha pegado allí. La cojo del cuello y la beso largamente.

—¡Pobre mi chiquilla! —le digo sinceramente preocupado—. ¡Ah, qué fastidio! Y tan bien que lo estábamos pasando, mi amor. ¡Qué raro me parece todo eso! ¿Qué asunto de familia puede ser ése, tan misterioso, que no te pueda anticipar nada de lo que se trata? En realidad da que pensar.

—Así es —me contesta, y tornando la voz dura y resuelta, me agrega—: Le dije a mi papá que por ningún motivo yo dejaría mi empleo. Y que regresaría cuanto antes. El quería que yo pidiera permiso por un mes, pero le contesté que por ninguna causa lo haría. Me parece que en un día se puede discutir ese asunto de familia.

Hace un gesto como para despojarse de esa preocupación, y, sonriendo, me pregunta:

—Oye, ¿y tú te vienes levantando?

—Sí, me quedé dormido. Y ahora voy a tomar mi desayuno, que está frío. Me carga el café recalentado.

—Hagamos café nuevo y me convidas. Tomé desayuno a las siete de la mañana. Y ahora ya van a ser las diez.

¡Figúrate! Tengo hambre otra vez. Ya, vamos. El muy fresco hace lo que se le antoja y yo tengo que trabajar. ¿Ves tú? Si me quisieras mucho, yo sería tu mujer y mi papá no vendría a imponerme su voluntad.

Se quita el abrigo, que dispara sobre un mueble.

—¡Ay, qué tibio está aquí! —exclama—. Oye, a ti no te apena que yo me vaya. ¿Ves como no me quieres nada?

—Hablares de eso —le contesto encendiendo la cocinilla—. Supongo que tu ausencia no pasará de una semana. Tienes que escribirme apenas sepas de lo que se trata. Pero inmediatamente. Primero me pones un telegrama y en seguida me mandarás la carta. ¿Me lo prometes?

—Sí, claro. ¿Tienes charqui, queso, mantequilla, salame? Se me desató el hambre. Junto a ti se me pasó el fastidio. Oye, cuando yo regrese hablaremos seriamente sobre nuestra situación. ¿Verdad?

—Seriamente, chiquilla. Por cierto. Ya lo verás.

Tomamos el café muy cerca el uno del otro. Ella termina primero, y se bebe mi taza que apenas he comenzado. Me besa risueña y dice:

—Anda a buscar más. Yo no voy, porque soy la señorita que está de visita.

Come mantequilla y charqui, como los chiquillos glotones. Y se va acercando más y más a mí. En la esquina de la mesa, sus rodillas se meten entre mis piernas. Sonríe con los ojos bajos y ardientes y torna a su juego, que me está sacando de quicio.

—Tengo frío —murmura—. Me dio frío ahora. Y tan, tan calentito que estás. Apriétame con tus piernas. No te has vestido, flojó. Y en cambio yo ando 'caminando desde el amanecer por la calle. Tengo las manos heladas, déjame ponerlas entre tus piernas. ¡Vaya! ¿Qué te dolió? Yo no te he tocado ninguna parte delicada.

Siento que en la corriente de la sangre me arde el deseo. Su boca cálida y dulce me succiona la lengua y sus manos me buscan, con esa sabiduría amorosa que está exigiendo la posesión. Nos vamos caminando enlazados hacia el lecho y allí la desnudo lentamente. Ella me mira con los ojos bajos y se quita esa prenda que sostiene sus pechos. Allí en el lecho, entre la blancura de las sábanas, va emergiendo su cuerpo pálido, que acaricio, besándolo, con amoroso

deleite; con sus manos levanta sus pechos que me desafían al combate. Su voz, enronquecida por el quemante anhelo, gime:

—Bésame, bésame, por caridad.

Un instante nos quedamos inmóviles, temblando en una ardiente gravitación. Entonces ella me esquivo la boca y con los ojos trizados me suplica:

—Ya, por Dios, Juan. Ya, mi amor, tómame, tómame...

En la apasionada lucha quedamos extenuados. Siento que un largo agujón me cruza la cintura. Que un infinito desmayo me doblega sobre las almohadas. Experimento el temor de que algo se rompe dentro de mí, como en un misterioso desgarramiento de la entraña. Oigo la voz de Zoila que me dice: "En el asunto ése, don Juan, hay que andar con prudencia".

Yo estoy derrumbado en el lecho, como si una inquietante niebla me rodeara. Ana Luisa viene del baño, donde ha ido sin que yo lo advierta. Viene desnuda, sonriente, con un cigarrillo en los labios. Se da una media vuelta como para iniciar una danza y en seguida se lanza sobre mí, diciéndome.

—Te portas como un gran soldado, mi viejito. Pero no quiero que te haga mal esto. Ahora que me voy, te dejaré descansar un tiempo largo.

Yo sonrío sin ánimo para decirle nada. Y ella, sentada al borde del lecho, comienza a vestirse. Se pone las medias y alza las piernas, mirándoselas con tanta atención como si no se las hubiera visto nunca. Después dice:

—Estas medias me han salido muy buenas. Están intactas. ¿Se ven bonitas mis piernas, verdad?

Yo la miro, y al sonreír se me ocurre que mi sonrisa es como la de un convaleciente después de una grave enfermedad. Ella se queda un instante pensativa y coge el cigarrillo que ha dejado en un cenicero al alcance de su mano. Aún no se viste y veo sus pechos un poco recogidos, como flores que comienzan a marchitarse.

—¿Sabes —me dice— que me siento un poco desmayada? Déjame un huequito para descansar a tu lado. Te prometo que ni siquiera me voy a acercar a ti. Pero ¡qué bien me vendría un suefiecito! Son las once. A las doce me levanto para irme a almorzar volando. Además quiero conversar contigo.



Se acuesta junto a mí y, entre las sábanas, su cuerpo desnudo da un gran tiritón. Me introduce sus brazos por debajo del cuello y cierra los ojos. Advierto el leve olor de su axila. Ese olor de la transpiración de una mujer que acaba de bañarse.

—No tengo deseos de irme —monologa con los ojos cerrados y la cara contraída en una sensación deliciosa—. ¿Qué te parece si dejo a mi papá esperando? Que se vaya él solo, por último. Yo quiero vivir mi vida como la sueño y la deseo. ¿No te parece?

—Sí —le digo—, me parece bien.

Oigo otra vez la advertencia de Zoila, y se me ocurre que la prudencia va a comenzar cuando esta chiquilla me deje en la cama, como aquel caballero de su cuento, que perdió su naturaleza y hubo que criarlo de nuevo con leche de mujer.

Ana Luisa tiritita de nuevo y me vuelve la espalda, diciéndome:

—Estoy helada y quiero dormir. ¿Tú no me vas a pedir nada más, verdad?

—No, nada más —le contesto entre dientes. Entonces, Ana Luisa refunfuña regalona:

—No me gusta que me contestes así, tan descarinado; no me gusta. ¿Oíste?

De pronto nos quedamos profundamente dormidos. Son las tres de la tarde cuando despertamos, casi a un tiempo. Le digo la hora y agranda los ojos asustada.

—Mi papá —exclama— debe estar hecho una furia conmigo.

Pero se revuelve junto a mí, regalona y zalamera como una gata. Yo no sé cómo se produce el hecho, pero la verdad es que yo me veo en la necesidad de volver a demostrar que soy un buen soldado. Un gran soldado capaz de morir en la demanda.

Lo curioso es que al levantarme me siento con un ánimo excelente. Ana Luisa se ha vestido y sentado en un sillón; me mira con ojos tristes y pensativos, fumando un cigarrillo tras otro.

Almorzamos, y durante el almuerzo Ana Luisa se queda a ratos en silencio. Pero el apetito no le falla. Yo, en el fondo, me siento en esos momentos egoísta y malo. Tengo

deseos de que se vaya por un tiempo. Que me deje recuperarme. Pienso: "A este paso, esta muchacha me liquida".

—¿Qué le dirás a tu papá? —le pregunto, acariciando su rostro pensativo.

—No he tenido tiempo para pensarlo —me dice—. Estaba pensando en ti.

Se peina después y se arregla la cara. La veo tranquila. Acaso dominando su emoción. Pero cuando me abraza para despedirse, en los ojos le crecen dos lágrimas, hasta prorrumpir en un largo sollozo.

—Tengo pena —gime—. Tengo pena.

Me besa rápidamente en los labios y se va corriendo, sin cerrar la puerta. Cuando entro a la estancia, el sol la ha invadido triunfalmente. Y entonces yo también experimento una profunda tristeza.

\*  
\* \*

He pensado en acostarme y dormir toda la tarde. El sueño me reconfortará y acaso limpie totalmente mi espíritu de esa vaga tristeza que me ha dejado en el ánimo la partida de Ana Luisa. Pero en el momento en que voy a arreglar el lecho con este objeto, suena el timbre prolongadamente. Resuelvo no abrir, pero el timbre sigue sonando con reiterada insistencia.

Fastidiado, salgo a abrir y me encuentro con el portero del primer piso. Me dice:

—El señor Suárez me ha pedido que le avise que desea hablar con usted. Que lo llame tan pronto como le sea posible.

—Muchas gracias. Voy a ir en seguida.

Me afeito con pereza y me lavo con bastante minuciosidad. Comienzo a vestirme cuando siento que de nuevo tornan a llamar. Sin alcanzar ni siquiera a ponerme la corbata, me dirijo a la puerta. Allí me encuentro con Sebastián, quien me trae un recado de don Andrés.

—Me encargó el patrón que le dijera que si no tenía inconvenientes, lo llevara en el auto a la casa. La señora me encargó también que pasara por la casa de la señora Reina en el caso que usted no estuviera, para pedirle que

se vaya a tomar el té allá. Si le parece, voy a buscarla mientras usted termina de arreglarse.

—Está bien, Sebastián, lo espero. Si la señora Reina no está lista, puede usted esperarla todo el tiempo que sea necesario. Yo no tengo prisa.

Termino de vestirme en dos minutos y me siento a leer unos cuadernos de Arte que acaban de llegar a la Librería Francesa. El sol está muy agradable y aquellas páginas son de tanto interés, que no me doy cuenta cómo pasa una hora, cuando oigo a Sebastián que llama en la puerta.

El coche se ha detenido al sol, y Reina está en el rincón en donde la viva y dorada claridad resplandece en su cabellera, ligeramente colorina.

—¡Qué hay, Juan, qué gusto de verlo! —me saluda, con su sonrisa franca y efusiva.

—¡Cómo le va, Reina! —le contesto—. El gusto es para mí. Nunca creo haber dicho una verdad tan cabal... Porque es una Reina la que veo aquí. ¡Qué nombre tan bien puesto!

—Gracias, Juan —sonríe dulce y digna, sin coquetería—. Es usted un hombre muy amable. Pero no olvide que ése no es mi nombre.

—Eso no importa —exclamo con sincera alegría de verla—. La gracia es que usted es una Reina de todos modos. El diminutivo es una maravillosa coincidencia.

—¡Qué día tan hermoso, tan tibio, tan claro! Parece un cristal el aire —me dice.

—De veras —le contesto. Y me quedo pensando en la gracia natural, en la aristocracia que hay en la manera de ser de esta bella mujer.

Me abstraigo, y lo curioso es que me quedo pensando en ella. Sin decirle una palabra. El coche se traga la distancia, tomando la Avenida Costanera, y yo voy cavilando acerca de mi propio sino. ¿Por qué no me tocó en suerte encontrarme en el camino a una mujer como ésta? Se me figura que hubiese sido un suave y reposado cariño, sin trastornos, sin esas inesperadas alternativas que siempre me ocurrieron a mí. ¿O es que yo nunca supe inspirar un gran amor? Más bien dicho, mantenerlo, asegurarlo. Se me figura que los hombres sin inquietud permanente son los que mantienen en el fiel de la balanza el amor de una mu-

jer. Yo no supe aprender ese arte. En este momento pienso que Reina es la seguridad, la dignidad amorosa. Porque para amar también se necesita una dignidad. Un decantamiento emocional. No lo sé explicar. Sin embargo, creo ahora que mujeres como Ana Luisa y Sylvina son pájaros que aman cielos y paisajes distintos y que se fastidian de permanecer siempre en un mismo sitio. Oyendo una misma melodía.

Sin darme cuenta, de pronto, murmuro en voz alta, como si contestara una pregunta:

—No lo supe ver. No supe encontrarla...

Reina sonríe con dulce y suave malicia. Sus ojos arden un instante. Hemos llegado y me dice al disponerse a bajar:

—¿Es un monólogo interior?

—Sí —le contesto—, un monólogo que usted, Reina, ha inspirado.

—¡Vaya! —murmura burlona—. No creí que el invierno diera tanto impulso a la imaginación. Pronto cambiará usted de ideas...

—No olvide que las apariencias engañan —insinúa, sin darle énfasis a mis palabras.

Ella se adelanta y en la entrada de la casa saluda a Sylvina. Se besan en las mejillas. Sylvina con gran alarde afectuoso; Reina con una sonrisa de dulce y grave reserva. Sus ojos me dicen: “¿Qué hay, señor, qué piensa usted ahora?”

Sylvina se queda conversando con gran vehemencia y tengo yo que interrumpirla:

—Cómo le va, pues, señora...

Me fastidia que mi voz sea insegura. No es que me emocione en lo profundo la presencia de ella. Lo que hay es que me da ira que siempre esté en actitud de simulación. Bueno, los impulsos de un sentimiento grande son incontrolables. Y ella maneja sus emociones con un total dominio. Sin embargo, le da una inflexión casi acariciadora al contestarme:

—¡Juanito, cómo le va! Andrés ha estado desesperado buscándolo. Con su modo de regalón, se hace usted esperar.

—De veras, así lo creo yo también.

Mi tono tiene un retintín amargo, y sólo suaviza mi molestia el hecho de que en ese momento aparece don Andrés

con los anteojos en la mano. Sonríe afable, y me interpela sin aspavientos:

—¡Lo que es un hombre solicitado! Desde temprano, estoy deseando verlo. ¡Qué hay! ¡Mañana hacemos el viaje! ¿Qué le parece?... ¿Está dispuesto?

—Sí, yo creo que sí. Hasta aquí no hay inconveniente de ninguna especie, en lo que a mí respecta. Soy un hombre de pocos compromisos, querido don Andrés.

Don Andrés me da un golpe en el hombro, y sonríe, mirándome intencionadamente:

—Algunos tendrá... Siempre hay alguien que nos pone un palito para pisarlo.

El sol del invierno tiene esta tarde un poético encanto. Se derrama por encima de las alfombras, dándoles a los dibujos inusitado relieve. Después se desborda por los sillones y sofás, se encarama a los cuadros que hay en la habitación. Las dos jóvenes señoras se han sentado, dándole la espalda al sol. Conversan de algo que seguramente ha de ser muy gracioso, porque se ríen con risas explosivas. Reina se estira a cada rato la falda, que le deja al descubierto las finas rodillas, y Sylvina, mientras habla, se entretiene en cortar unas hilachas que asoman al borde de su amplia pollera azulina.

—Resulta, querido Juan —me dice don Andrés—, que este negocio del fundo de Linares tiene sus bemoles. Y con este motivo, van a tener que ir, además de nosotros, el gerente del Banco de la República y el abogado de los vendedores. Parece que esa gente tiene una hipoteca grande y otras obligaciones un tanto enredadas. Y, como además de eso hay que examinar los títulos, quiero que usted me acompañe, a fin de que se oriente en todos los detalles de la operación. ¿No le parece?

—Está muy bien, don Andrés. Me tiene totalmente a sus órdenes. Para qué le digo con qué interés me preocuparé del asunto.

—Gracias, Juan. Perdone que lo distraiga por unos días y lo saque de esa labor tan grata para su espíritu, a la cual ahora está dedicado. ¿Y cómo va todo eso? ¿Ha estado asistiendo a la Escuela de Bellas Artes?

No sé por qué me dan deseos de reírme ante esta pregunta de don Andrés. Y no lo disimulo. Le contesto con cierta ironía, en la cual se deja entrever el motivo de ella:

—Sí, don Andrés. Pero tengo que decirle que usted me ha resultado un temible profeta... Usted sabe a qué me refiero.

—¡Ah, sí! Bueno, ¡qué diablos! Si de eso no es posible prescindir. Las mujeres son como las enfermedades, pues llegan cuando uno menos se lo imagina. Por suerte es una enfermedad bastante agradable. Que tiene sus peligros, no hay duda. Por suerte usted aún puede resistir un combate cuerpo a cuerpo en condiciones bastante honorables.

—No tanto, don Andrés. No tanto. Me han tenido muy afligido. Y si no me he declarado derrotado, ha sido nada más que por amor propio. Además, el enemigo dispone de armas flamantes. Y las mías están ya casi fuera de uso.

Don Andrés se queda observándome con afectuosa simpatía. Risueñamente me insinúa:

—Bueno, algo de eso habrá, si usted lo dice. Pero queda el recurso de la estrategia. No alude usted a que los años también proporcionan ventaja. Casi siempre es fácil derrotar al enemigo cuando es inexperto.

—Sin embargo, es curioso —digo—, y esto me hace recordar algunas confidencias que usted me ha hecho, cómo el instinto del amor en algunas mujeres tiene un alcance extraordinario. Esta muchacha a quien he conocido hace unos tres meses, posee una intuición, una sabiduría erótica, que no me parece que se obtenga en el ejercicio reiterado. Más bien, se me figura una facultad recóndita, dedicada a descubrir todos los secretos del placer amoroso. Yo no le puedo explicar bien el caso, pero la verdad es que esta chiquilla no manifiesta, en manera alguna, desvergüenza ni impudicia. Es en el momento de la divina inconsciencia cuando ella dice: "Hazme esto, hazme esto otro". Y después me mira con una cara de inocencia, en la cual se refleja una expresión de candor. Casi de virtud. Sus ojos entonces son dulces y transparentes. Sólo en su boca hay algo de avidez, de golosa, de sedienta. A mí me hace pensar que en su cerebro se produce una inteligencia dedicada nada más que al placer erótico. Porque en la vida práctica es un pájaro, que no sabe darle importancia a ninguna de las cosas que nos son imprescindibles en la vida.

—Sí —murmura don Andrés—; he conocido mujeres así. Me parece certera su observación. Son seres que nacieron para ese fin. Y como mujeres de amor, son deliciosas.

—Verdad es —le digo lentamente, sintiendo que en el cuerpo me hormiguea más de un recuerdo—. Son mujeres con gancho.

Don Andrés sonríe picarescamente.

—¡Cuidado! —exclama—. Esa es la maldición gitana. ¡Que encuentres un coño que te venga a tu medida! ¡Y caramba que es fregatina grande ésa! Pues, casi siempre, ésas son mujeres que no poseen ninguna cualidad práctica. Para comenzar, no tienen concepto de lo que es la fidelidad.

Estamos tan abstraídos en esta conversación, que no nos damos cuenta de que Sylvina y Reina se han quedado calladas. Seguramente, gran parte de ella la han oído. Para hacernos creer lo contrario, se ponen a conversar apenas nos quedamos en silencio.

—Andrés —exclama Sylvina—. Yo le estaba diciendo a Reina que nos acompañe a Linares. Espero que ustedes no se opondrán.

—¡Vaya! —exclama don Andrés—. Como siempre, se te ocurren cosas encantadoras. Bien sabes que en el caso de Reina no tienes para qué hacerme consultas. Su compañía nos causa felicidad. ¿Y Vicente, ya volvió de La Serena?

—Muchas gracias, don Andrés, Ya sabía yo que usted no podía contestar de otro modo. No; Vicente no regresa hasta el lunes. Parece que ese negocio del manganeso se ha demorado un poco. Anoche me llamó por teléfono y me encargó que lo saludara a usted.

—Gracias.

—Así es que don Vicente manda saludos nada más que para don Andrés. ¡Qué feo me está pareciendo eso! —bromea Sylvina.

Reina se ríe, encendiéndose. Después exclama, con afectuoso tono:

—Eso no hay ni qué decirlo. Para usted son saludos especiales. La dueña de casa es la otra parte principal. ¿No le parece, don Andrés?

—Así dicen —gruñe don Andrés. Y agrega—: ¿Vamos a tomar té?

—Dije que lo trajeran para acá —explica Sylvina. Pero se levanta en seguida y va a tocar un timbre.

—¡Qué buena idea ha tenido usted, Reina! Por lo que veo, ese viaje a Linares nos va a resultar espléndido.

—¿Y usted no se opone? —me dice Reina, con aire bur-lón, que se diluye en una sonrisa.

—¡Yo! Tiene gracia la cosa —exclamo—. En primer lugar, no soy voz ni voto en el asunto. Estoy encantado, dichoso, de que nos acompañe.

—Ya lo creo, ya lo creo —murmura don Andrés, con aire distraído—. Veo que Reina tiene ánimo de meterle pleito. Se le olvidó que usted es abogado.

—¡No, don Andrés, cómo se le ocurre! Lo digo para que don Juan me dirija la palabra. De otro modo, a mi lado, se queda en silencio.

—Puede ser el efecto de una gran emoción —observa don Andrés.

—Y así es. Usted ha expresado mi pensamiento.

Suena la campanilla del teléfono en el pasillo, y en seguida se oye la voz de Sylvina, que contesta:

—¿Aló? Sí, con ella. Qué hay, cómo le va, Renato. Me alegro. Sí; si está bien. ¿Quiere hablar con él? ¡Ah! No creo, no creo. Pero véngase inmediatamente y toma el té con nosotros. Ya, muy bien. Chao.

Llega hasta donde estamos, caminando con lentitud, mientras hace girar el aro de su llavero en el dedo.

—Renato Carmona —le dice a don Andrés— desea hablar un momento con usted. Viene en seguida; le dije que se viniera a tomar el té con nosotros.

Don Andrés contesta breve, casi con acritud:

—Lo oí, Sylvina.

Sylvina permanece de pie. Una sonrisa apenas insinuada le vaga en el semblante. Me lanza una rápida mirada, y me dice entre burlona y afectuosa:

—Así es que estamos de viaje, Juanito. ¿No le da pena dejar la capital?

Yo contesto como un tonto:

—¿Por qué había de darme pena? Yo puedo vivir aquí o en Pitrufquén, y es igual.

—No creo. En Pitrufquén no se pueden pasar ratos tan agradables como en Santiago.

Don Andrés, que habla con Reina, se interrumpe, y le observa, zumbón:

—Desde luego, Juan está diciendo algo que es casi una impertinencia para la señora.

—¿Por qué?



—¡Hombre! ¿No se da cuenta usted de que en Pitrufrquén no está Sylvina? ¿Cómo puede alguien pasar un rato agradable sin la presencia de ella?...

Reina se ríe, cerrándole un ojo a Sylvina, a quien se le oscurece el semblante.

—Son las clásicas y finas galanterías de mi señor marido —exclama Sylvina entre desdeñosa y divertida.

—¡Don Andrés! No se aproveche de la oportunidad. Pero, tratando de molestar a Sylvina, no ha dicho nada más que la verdad. A mí la compañía de Sylvina se une a muchos momentos agradables. En esta casa siempre se advierten el encanto y la distinción de la dueña de casa. En realidad, mi cita acerca de Pitrufrquén ha sido bastante desafortunada.

Sylvina lanza una risa en falsete. A cada ruido en la puerta, no se contiene, y mira hacia ella. Después dice, sin apremio:

—No creo, Juanito, que a usted se le pase por la mente el deseo de molestarme. Lo que hay es que este caballero se aprovecha de toda coyuntura para largarme sus pullas.

Don Andrés ni siquiera se da por aludido. En ese momento suena el timbre de la calle, y luego aparece Renato. Viene con un traje azul claro, una pequeña flor en el ojal, y un abrigo liviano al brazo. Sylvina se queda ahora inclinada, hablándole en voz baja a Reina, que mira a Renato con cierto aire de disimulado desdén.

—Hola, Carmona —exclama don Andrés—, ¿cómo le va a usted? —Le sujeta la mano y agrega—: ¡Qué hombre tan elegante! Me da la impresión de un galán joven en el momento en que sale al escenario.

Reina comenta, festiva:

—Pero, don Andrés. Si es la manera habitual en este caballero. ¿De qué se admira usted?

—No me admiro. Celebro su distinción.

—Qué malos amigos son Reina y usted, don Andrés. Porque eso es echarle talla de frentón a uno. ¿Qué hay, Sylvina, cómo le va?

—¡Qué tal, Renato! De veras que viene como para ponerlo en una vitrina. Es una elegancia suprema.

—Eso es. Falta Juan no más. ¿Qué me vas a decir tú?

—¿Yo? Nada. No estoy con suerte hoy, y prefiero callarme.

En ese momento, la empleada, esa muchacha alta de aire muy digno y casi solemne, se acerca, empujando un carrito con las tazas y las teteras. En la parte baja vienen muchas cosas apetitosas, cuyo aroma invade la estancia.

Sylvina ayuda a servir el té. Le sirve a don Andrés, que deja la taza en la mesita, próxima a su sillón.

Yo le pregunto a Reina:

—¿Usted va a ir con sus chicos?

—No, Juan, cómo se le ocurre. Ellos se quedan en la casa de mi papá. Afortunadamente, Juliana, mi madrastra, los quiere mucho. Como ellos no tienen hijos...

—¿Ah, sí? Se hacen la ilusión de que son de ellos.

—Es posible. Pero Juliana adora a todos los niños. Siempre está hablando de su deseo de tener uno. Y el tiempo pasa sin que se vean indicios.

—¿No es joven ella?

—Sí, claro. Juliana debe de tener treinta años, cuando más. Yo creo que la falla debe ser del marido... Pero mi señor padre hace mucho alarde de que la culpa no es suya.

Sylvina le sirve el té a Reina, y en seguida a Renato. El último soy yo. Pienso: los últimos serán los primeros. Sin embargo, me molesta esa actitud de Sylvina, pues todo lo hace con cierta disimulada intención. Advierto una serie de detalles en su físico, que van destruyendo mi admiración por ella. Veo sus talones demasiado gruesos, sus muñecas anchas, su cuello sin gracia. Esa actitud me desconcierta, me pone de mal humor. Quisiera tener los derechos de don Andrés para decirle alguna impertinencia.

Renato, impecable, con la corbata ligeramente saliente del chaleco y una perla en ella, sostiene la taza, comiéndose un *sandwich* de queso. Le dice a don Andrés:

—¿Sabe una noticia, una noticia muy agradable para mí?, y supongo que también lo será para usted: Samuel Echandía me ha pedido que lo acompañe a Linares, con el objeto de que le explique a usted los detalles de carácter técnico de las instalaciones del aserradero y de la bodega allá en el fundo. No sé si le han dicho que hay una viña de treinta cuadras, en plena producción.

Don Andrés deja la taza encima de la mesita y se acomoda en su sillón. Enarca las cejas y una sombra extraña le nubla las pupilas.

—¡Hombre! ¡Qué curioso! Por lo que veo, don Samuel tiene demasiado interés en el asunto. Pero yo todavía veo bien las cosas y no me pasan gatos por liebres, así de buenas a primeras. Me alegro mucho de tenerlo en la expedición.

Renato deja la taza y saca un cigarrillo. El tono de don Andrés, no obstante su desplante, lo ha desconcertado. Estira las piernas para subirse el pantalón en las rodillas y no deformar su raya impecable. Le observa:

—Yo sé bien que usted se guía por criterio, don Andrés, pero le voy a decir una cosa. El fundo, a mi juicio, es estupendo, magnífico, don Andrés. La plantación de álamos es de primera calidad. Las tierras son muy buenas. Pero ocurre que a esta gente que ha vivido en grande, aquí en Santiago y en Europa, se la están comiendo las *calillas*. Están entrampados hasta los ojos. Y los bancos los atrincan día a día. ¡Muy fuerte! Samuel me explicó que a él le interesaba realizar el negocio con usted, porque le agrada hacer las cosas rápidamente. En ningún caso se aprovechará de la situación de ellos. Conocen bien su manera de proceder.

—Ya veremos, ya veremos —exclama don Andrés—. Si el negocio vale la pena, no creo que haya inconvenientes insubsanables.

—¡Qué va a haber, don Andrés! —exclama Renato, bebiéndose el resto de su taza de té y cogiendo otro *sandwich* de la bandeja—. Las dificultades sólo se producen cuando las cosas no valen la pena, o simplemente si no hay chiches suficientes.

—De modo que los caballeros que nos acompañan estarán muy ocupados —dice Sylvina—. Nos vamos a latear de lo lindo. Nosotras vamos únicamente de estorbo. ¿No crees tú, Reina?

Reina sonríe con gracia seductora. Estira los labios y en seguida se acomoda en la silla.

—No veo por qué —prorrumpe al fin—. Nosotras vamos de adorno. Después de sus fatigas, estos caballeros necesitan disfrutar de nuestra simpática charla. ¿No es así, Juan?

Yo me siento sumergido en una especie de bruma tibia que me amodorra por completo a ratos. Ahora estoy sintiendo los efectos de mi jornada de la mañana. Me doy cuenta de que no es broma tratar de ser un buen soldado.

Sin embargo, me despabilan la conversación de don Andrés con Carmona y el cotorreo de Sylvina. Reina la mira con sus dulces ojos tranquilos, y a ratos apenas sonríe. De cuando en cuando un suspiro se escapa de su pecho. Yo me quedo pensando en ella, frente a ella, como cuando veníamos en el auto.

—Quédese a comer, Juan —me insinúa don Andrés. Pero no tengo ganas de comer, y experimento la sensación de que no respiro bien junto a Sylvina. Su risa y su parloteo incansable me hacen daño.

Reina y Aurora me parecen seres más dignos de ser amados. Ana Luisa es una deliciosa cabecita loca. Me tincta, como decimos los chilenos, que hay algo raro en ese viaje de Ana Luisa. Algo que a ella le gusta y le disgusta. Y Sylvina es otra mujer bella y frívola. Cabezas huecas, que viven para ser halagadas. Que se alimentan con el elogio. ¡Qué triste me parece todo esto!

Pero hay una diferencia que favorece a Ana Luisa. Es la espontaneidad de su carácter. La deliciosa generosidad de su temperamento. Es una mujer que nació para el amor. No lo complica, no pone esas trabas absurdas destinadas a provocar la inseguridad, que en el ejercicio de la amistad amorosa dan una sensación desagradable, de permanente inquietud. Celos; pueriles motivos que dan margen a rencillas, a vivir siempre en una perpetua alternativa de odiosas divergencias.

Don Andrés, con los anteojos puestos, me mira con cierta curiosidad inquisitiva. Me da la impresión de que está pensando en algo completamente ajeno a lo que le habla Renato. De pronto se quita los anteojos con brusco ademán, y con la mano sobre el brazo del sillón los hace sonar, como si eso lo entretuviese mucho.

Sylvina a cada rato le habla en voz baja a Reina. Y ésta la oye sonriendo con cierta dulzura, no exenta de malicia. Lo curioso es que sin explicar lo que en el fondo le dice su amiga, le contesta en voz alta:

—Creo que estás equivocada. Yo creo que no. ¡Qué tonterías se te ocurren!

Y esta última frase la pesca al vuelo don Andrés, quien refunfuña sonriendo con evidente fastidio:

—¿Usted se admira, Reina, de que a Sylvina se le ocurran tonterías? Eso no es raro; no obstante su cultura y su

inteligencia, las personas mejor dotadas suelen incurrir en esas fallas. Son inherentes a la condición humana.

Reina se enciende, riéndose nerviosamente:

—¡Don Andrés! —le dice—. Se está poniendo usted cada vez más malo. Bien sabe usted que mi frase corresponde a una manera de hablar. Sylvina puede decir las mismas tonterías que digo yo o cualquiera otra persona. ¡Ay, qué caballero este! Es tremendo, una no se puede disculdar con él!

Sylvina disimula su molestia, dándole algunas órdenes a la joven que trajo el té. Pero no insiste en su afán de seguir en secretes con Reina, que no la sigue por ese camino.

Se ha obscurecido ya cuando me voy. En el aparato de radio se oye una música de fantasía. Me despido de don Andrés, quien me dice:

—Bueno, hasta mañana. Que duerma bien. Alrededor de las nueve lo mandaré a buscar.

Inesperadamente, Sylvina me acompaña hasta la puerta. Me dice:

—Hasta mañana, mi amor.

Yo le contesto, sin mirarla:

—Buenas noches.

Experimento una molestia imposible de traducir. Y, cuando me acuesto, cojo un libro al azar. Se me ocurre que no voy a poder dormir en toda la noche. Pero al doblar la segunda página, no sé cómo me duermo profundamente. Es un sueño tan profundo, que no tengo ninguna conciencia de que existo.

Al despertar en la mañana, ya entrado el día, me rebulle en el cuerpo un delicioso bienestar. Recuerdo a Ana Luisa con la satisfacción del deber cumplido honorablemente. A ratos me parece sentir junto al mío su cuerpo delgado y flexible; sus pechos erectos por el deseo; su boca tibia y su aliento anhelante. Me parece verla con los ojos trizados de ansiedad, alzando la cabeza para recogerse el cabello que se le viene sobre el rostro. ¿Qué fue de ella desde ayer a hoy? ¿Hizo la comedia de que venía a buscarla su padre, o es que algo perturbó su cabecita de pájaro, impulsándola a alejarse de mí?

Me siento tranquilo, y no me causa tristeza su alejamiento. Ahora, en unos momentos más, veré a Sylvina. La idea de saber que la voy a encontrar me causa más bien disgusto. ¿Es el efecto del hartazgo amoroso con Ana Luisa lo

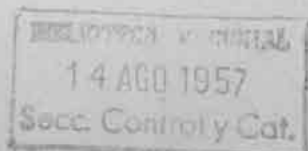
que me causa este estado de ánimo? ¿O acaso la frivolidad de Sylvina, cuyo goce es mantenerse en permanente inquietud?

Yo no sé qué es lo que pretende con este juego. Por lo visto, ahora se entretiene con darle todas las posibilidades a Renato Carmona. ¿Lo hace con el deseo de provocarme celos y ponerme en esa tensión amorosa insufrible, cuando hay un gran amor? Esto es lo que no puedo averiguar, ni tampoco llego a comprender. Si he sentido un gran amor por ella o todo ha sido el resultado de mi soledad, de mi orfandad de cariño. Ana Luisa me ha descongestionado, ha suavizado las aristas del tormento amoroso en que vivía.

Estoy viviendo la más curiosa y rara etapa de mi existencia. Porque mi sensibilidad sufre una especie de hipertrofia. Tengo una especie de predisposición a enamorarme apasionadamente. A sufrir horriblemente con el amor. A vivir momentos de infinita e indecible tortura. Es una sed apremiante de anhelo amoroso. Una especie de fiebre que me quema y disgrega todos los atributos de mi carácter, de mi voluntad. Sylvina se me transforma en una caricatura de toda esa fantasía con que la idealicé. Veo su boca de gesto falso. Su mirada esquiva y su sonrisa de odiosa veleidad. Fue ella misma quien destruyó la belleza de esa criatura en mi mente.

No. No escribo más estas páginas alargadas por mi doloroso desvarío. Era una carta dirigida a Rosa Eulalia, que también me ha defraudado con su amistad. No sé nada de ella. Me siento solo, "solo como un túnel". ¡Qué bien lo dijo Neruda! Refleja mi desamparo, mi soledad de hombre, quien, por los años, es un viejo. Un viejo que adentro tiene un árbol florecido y de follaje verde, como una inútil esperanza.

Hotel El Retiro, Quilpué, 30 de septiembre de 1954.



## NOTA DE LA EDITORIAL

Los originales de esta novela de Luis Durand se publican íntegros, sin modificación alguna, dejando la narración en las últimas palabras escritas por el autor.

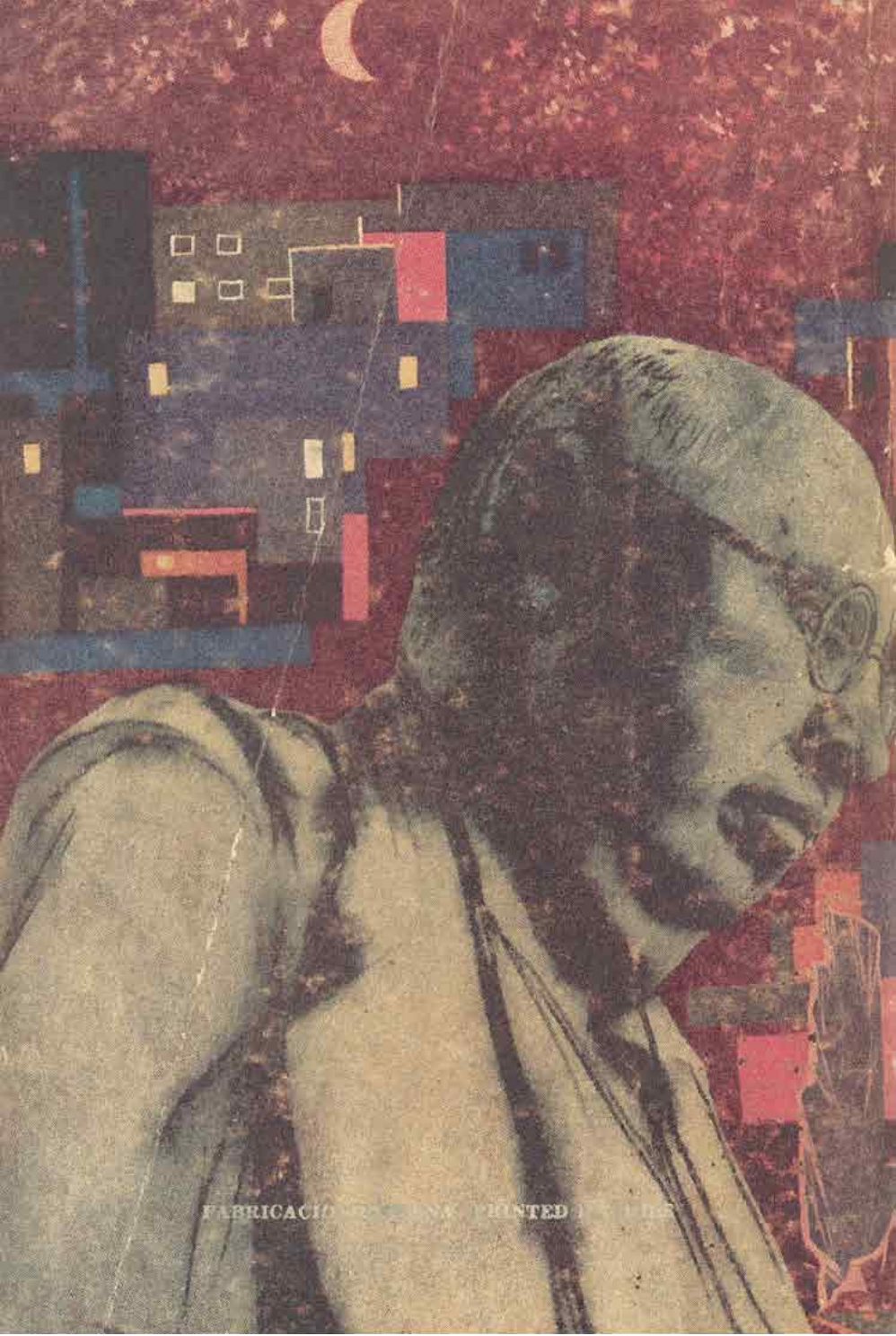
Ahora bien, entre los borradores que sirvieron de esquema para construir la novela, el autor ha dejado unas notas que permiten fijar con aproximación el posible desenlace de una obra que, por su contextura, estaba llamada a convertirse en un animado fresco de la vida santiaguina actual.

El vivir anecdótico de algunos personajes se diluye en el ambiente. Se queda detenido, tal como acontece en las obras de muchos personajes cuyas vidas no se cruzan en cristalizaciones definitivas.

Tres figuras femeninas, Sylvina, Aurora Rossi y Ana Luisa hubieran continuado su hacer y destejer amoroso y erótico, impulsando la vida atormentada del protagonista Juan Alsina.

El viejo Andrés Suárez estaba condenado a morir en los ámbitos novelescos, creando así la posibilidad de una Sylvina viuda, egoísta y calculadora en los arrebatos del amor, de un amor que Juan Alsina hubiera visto desvanecerse.

Luis Durand trazó en sus planes una culminación novelesca de sutiles emociones. El personaje central obtiene un Premio en el Salón de Bellas Artes, siente deseos de viajar lejos del país. Y cuando el barco se aleja de las costas chilenas, en su alma rebulle el recuerdo, entre delicioso y atormentado, de tres mujeres, de tres formas amorosas, imposibles cada una de entregarle la felicidad de un amor.



FABBRICAZIONE IN CARTA STAMPATA IN ITALIA